Ellen G. White Estate

JOYAS DE LOS TESTIMONIOS

Tomo 1

ELLEN G. WHITE

Joyas de los testimonios
1

Ellen G. White

1971

Copyright © 2012
Ellen G. White Estate, Inc.

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electronic es proporcionado por Ellen G. White Estate. Se incluye en el más amplio de libertadLibros online Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

Una breve biografía de Elena G. de White
Sobre la Elena G. White Estate

Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o la descarga de este libro le concede solamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para el uso exclusivamente para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados, o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por la presente.

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Prefacio

La Posesión del espíritu de profecía es una de las dos características que distinguen a la iglesia remanente, según lo predicho en el libro del Apocalipsis. Desde los mismos comienzos del movimiento adventista, este don desempeñó un papel importante en la experiencia de los adventistas y en el desarrollo de su iglesia. Por medio de él, la iglesia ha sido amonestada, guiada, alentada, reprendida y corregida.

A medida que los *Testimonios* iban saliendo de la prensa, los hermanos los conseguían con afán, estudiaban su contenido con oración, y prestaban oídos a sus instrucciones. Con el transcurso de los años se fueron proveyendo algunos de estos testimonios a los creyentes que leían otros idiomas que el inglés. Y en gran parte se debe a estos mensajes la fuerza, la unidad y las altas normas que se notan actualmente en la iglesia.

Ahora, gracias a esta edición mundial de *Joyas de los Testimonios,* estos consejos, que tanta influencia ejercieron, se hacen asequibles para los adventistas de todo el mundo. Sin embargo, sólo ofreciendo una selección de los artículos originales es posible publicarlos en forma compacta, manuable y de amplia distribución.

Estos tres tomos presentan una selección de artículos bien equilibrados y representativos, realizada por comisiones de obreros experimentados, bajo la dirección de la Junta de Fideicomisarios de las Publicaciones de E. G. de White, el instrumento establecido por ella para que se encargase de que continuaran publicándose sus escritos. Constituyen una parte integral de la "Biblioteca Introductoria del Espíritu de Profecía," que consta de doce volúmenes de los escritos de la Sra. White destinados a ser publicados lo antes posible en los principales idiomas del mundo.

[8] Los nueve tomos completos de los *Testimonies for the Church,* se componen de una serie de artículos escritos independientemente unos de otros y a menudo se refiere a temas que no tienen relación unos con otros. La primera colección se hizo en forma de folleto

y se publicó hacia fines de 1855. Pronto siguieron otras, hasta que hubo treinta y siete folletos y libros numerados consecutivamente y publicados a través de un período de cincuenta y cinco años. Los mensajes que contenían eran de carácter general y específico, y se entremezclaban con ellos testimonios personales que trataban problemas que podrían arrostrar otras personas que las mencionadas.

Como habían sido escritos a través de un lapso tan largo, y para suplir las necesidades corrientes de la iglesia, era natural que se repitieran muchos asuntos. Además, muchos de los consejos se aplicaban especialmente a condiciones locales y a veces aisladas que existían en el momento de escribirse el mensaje. Esta repetición de los consejos y mensajes de importancia local, aunque fueran de gran valor, no podría prestar actualmente servicio a la iglesia esparcida fuera de Norteamérica. Se necesitaba, pues, hacer una selección de artículos de aplicación general y universal, para la iglesia en todas partes del mundo. Esto armonizaba plenamente con la conducta que esbozó la Sra. E. G. de White misma en 1864, cuando se reimprimieron los primeros diez Números de los *Testimonios,* según se desprende de su declaración introductoria publicada en 1864:

"Durante los últimos nueve años, de 1855 a 1864, he escrito diez folletos titulados *Testimony for the Church,* que han sido publicados y puestos en circulación entre los adventistas del séptimo día. Como se ha agotado la primera edición de la mayoría de estos folletos, y aumenta la demanda, se ha considerado que lo mejor era reimprimirlos en la forma que se les da en las páginas siguientes, omitiendo los asuntos locales y personales, y presentando solamente las porciones que son de importancia e interés prácticos y generales."—Testimony for the Church, No 1-10, según se volvieron a publicar en Spiritual Gifts, tomo 4. [9]

Aunque las ediciones hechas ulteriormente en inglés, abarcaron todo lo que se presentaba en los folletos anteriores, estos principios enunciados por la Sra. E. G. de White son los que han guiado la preparación de esta edición mundial de *Joyas*.

Los *Testimonios para la Iglesia* publicados en inglés suman un total de 4.737 páginas. Los tres tomos de estas *Joyas* contendrán unas 1.600 páginas de texto, o sea más o menos una tercera parte del contenido de los nueve tomos. Se ha hecho un esfuerzo por incluir todos los artículos que han aparecido en las dos selecciones básicas

de los *Testimonios* que se han hecho en lo pasado y que han sido publicados en otros idiomas que el inglés: la edición de dos tomos de 650 páginas publicada en Europa Central, y la edición de tres tomos de 1.100 páginas publicada en algunos de los idiomas latinos. En unos pocos casos, cuando los artículos paralelos de las ya citadas ediciones serían una repetición de los temas tratados en este juego de tres tomos, o dentro de la serie titulada "Biblioteca Introductoria del Espíritu de Profecía," estos artículos han sido omitidos.

Por regla general, los artículos se usan completos. Pero, en algunos casos, a fin de ahorrar espacio y así permitir una selección más amplia de los temas, se omiten ciertas porciones de los artículos largos. En cada caso, se indican las supresiones en el texto. Además de los artículos elegidos, se han extraído de otros capítulos algunos párrafos destacados que presentan puntos vitales de la verdad. En cada caso se indica claramente la fuente original. También se han incluído algunos artículos importantes que tienen carácter de testimonio y tratan temas vitales que no están tratados en los *Testimonios* pero aparecen en algunos otros lugares de las ediciones en inglés de los libros de la Sra. E. G. de White que no existen en otros idiomas.

Los artículos están dispuestos en su orden cronológico como aparecieron en el juego completo de los nueve tomos, con excepción de algunos casos donde pareció aconsejable ordenarlos en forma diferente para iniciar debidamente los tres tomos. Se han añadido
[10] subtítulos, y en algunos casos se han dividido los párrafos muy largos. Se han empleado formas modernas de puntuación y ortografía, pero no se ha alterado el texto. En una nota al pie de la primera página de cada artículo se da la fecha en que fué publicado por primera vez, juntamente con la fuente de donde se ha sacado, y el título original que llevó, si es que ha sido cambiado luego.

En muy pocos casos las referencias que podrían parecer obscuras por haberse suprimido los títulos anteriores, quedan aclaradas por notas explicativas puestas al pie de las páginas. Se observará que en los testimonios personales no aparecen los nombres de las personas a quienes se destinaban, sino que se usan más bien las iniciales "A," "B," "C," etc. Por lo tanto la inicial que se usa en el *Testimonio* no tiene relación alguna con el nombre de la persona a quien se dió el mensaje.

Estos tomos, aunque se publiquen en inglés, no están destinados a reemplazar el juego completo de los nueve tomos de *Testimonies for the Church*. Esta edición "standard" tendrá siempre mucha demanda. Las *Joyas* publicadas en inglés contribuirán, sin embargo, a ampliar grandemente la distribución de importantes consejos dados en los *Testimonios,* al ponerlos en forma conveniente y menos costosa al alcance de los que leen el inglés en las Américas y otros países.

A medida que estos tomos circulen en varios de los principales idiomas, comunicarán los importantes mensajes de amonestación y estímulo de los *Testimonios* a los hogares de los adventistas del séptimo día en todo el mundo. La uniformidad del contenido de *Joyas,* tal como se publica en todos los idiomas, reportará gran ventaja al pueblo de Dios que en todas partes del mundo es uno por sus intereses, sus objetivos, su fe y su esperanza. Que estos consejos, vitales para el bienestar de la iglesia, sean eficaces en el "perfeccionamiento de los santos," y la "edificación del cuerpo de Cristo," es la ferviente oración de la Junta Directiva de la Asociación General y los

Fideicomentarios de las Publicaciones de Elena G. de White.

Índice

Índice general

Información sobre este libro I
Prefacio IV
Índice VIII
Elena G. de White—Breve esbozo biográfico XVIII
La fe en Dios 24
Prepárate para encontrarte con tu Dios 26
El ángel con la balanza 27
Nuestro libro guía 28
Nuestro único modelo 28
La responsabilidad de los padres 30
Eres guardián de tu hermano 32
Atados por los bienes terrenales 33
Los dos caminos 35
Una bendición menospreciada 36
Las esposas de los ministros 39
Las esposas como colaboradoras 40
“Sé celoso y arrepiéntete” 43
El amor del mundo 44
Se preparan pruebas 46
El orden en el culto 47
Los jóvenes observadores del sábado 49
Se necesita una experiencia más profunda 50
Los padres unidos en la disciplina 50
Se necesita una verdadera conversión 52
Jesús lo exige todo 54
Sirvamos a Dios por principio 55
El tesoro en los cielos 58
El zarandeo 60
La prueba de Dios 65
Las casas de culto 67
Lecciones de las parábolas 69
Responsables ante Dios 70
Fiadores de los incrédulos 72
Los juramentos 73

Deberes para con los hijos 76
Resultados de la negligencia paterna 78
El nombre de nuestra denominación 80
Una consagración completa 82
Intereses divididos 83
Salid y manteneos separados 84
Viene una gran angustia 87
Es tiempo de actuar 88
Nos esperan escenas espantosas 90
Nuestro deber para con los pobres 91
Las viudas, los huérfanos y los inválidos 92
El espiritismo moderno 94
Es aventurarse en el terreno de Satanás 95
Nuestra única seguridad 96
Ceden a Satanás 97
La religión en la familia 100
El esposo considerado 103
La esposa animosa 103
El ataque de Satanás en el hogar 104
Andemos por la fe 106
Falsas nociones de santificación 108
Sus frutos 109
No hay santificación para los desobedientes 111
Un crecimiento continuo 112
El poder de Satanás 114
Los engaños de Satanás 115
La palabra de Dios nos protege 117
La contienda por las almas 118
Las dos coronas 121
Engaño satánico 122
Riquezas verdaderas y falsas 123
Agentes de Satanás 124
El futuro 127
Padres e hijos 129
Lo que pueden hacer los padres 130
Un tiempo crítico para los niños 132
Padres comprensivos 133
Peligros de la juventud 135

Los niños consentidos 137
El pecado de la ociosidad 139
La conversión de los hijos 140
La debida disciplina y educación 142
Las influencias del hogar 144
No vayamos a los extremos 145
Es necesario obrar a tiempo 146
Con el mundo en sus placeres 147
La tarea no es fácil 148
Andad en la luz 150
Debe reconocerse el conflicto 152
Falsificación de los dones del espíritu 154
Todos deben dar siempre un buen ejemplo 155
La verdad eleva 157
Nuestro blanco es la perfección 157
Grupitos de almas inquietas 159
Caudillos presuntuosos 160
Esto desagrada a Dios 161
La oración de David 164
La debida observancia del sábado 166
Los seguros de vida 168
La salud y la religión 170
La temperancia cristiana 172
Las horas finales del tiempo de gracia 173
Se hace sufrir a otros 174
Corramos la carrera celestial 175
La responsabilidad paterna 176
El exceso en el comer 177
El primer trabajo de la madre 178
Un régimen empobrecido 179
Las carnes, la leche y el azúcar 180
La religión y la buena cocina 181
Las carnes y los estimulantes 184
Aumenta la predisposición a las enfermedades 185
Una conciencia violada 188
La separación del mundo 192
Hay que pedir con fe 193
La plaga del egoísmo 194

El amor verdadero 197
El poder del amor 198
La oración por los enfermos 201
Cómo orar 203
Trampas de Satanás 206
Los sufrimientos de Cristo 208
El salvador divino-humano 209
Nuestro ejemplo 209
En Getsemaní 210
"Velad y orad" 211
Angustia inenarrable 213
Un amor incomprensible 214
En la cruz 215
En el abismo 216
"Consumado es" 218
Un amor más fuerte que la muerte 218
Opiniones limitadas acerca de la expiación 220
Cómo se mide el valor de un alma 221
El celo cristiano 223
Responsabilidades de los jóvenes 224
Una carta de cumpleaños 226
Una influencia positiva 227
Enanos espirituales 228
El engaño de las riquezas 233
Probada por la prosperidad 234
Un tiempo de peligro 235
Oportunidad de volver 237
La verdadera conversión 238
Una súplica personal 239
La contaminación moral 241
Apartaos de la iniquidad 243
Se nos pidió que oráramos 244
La relación de la alimentación con la moralidad 246
Por qué reprende Dios a su pueblo 248
La necesidad del dominio propio 250
Un falso concepto del amor 252
Frutos de los excesos 253
Abnegación y temperancia 255

Las reuniones de Testimonios y de oración 257
Oraciones cortas y directas 258
Las reuniones que dirigió Jesús 259
La oración en público 260
Cómo observaremos el sábado 263
El libro de la naturaleza 264
La recreación cristiana 266
No habrá tiempo de gracia después que venga Cristo 268
Responsables de la luz 269
Se descuidan las verdades por las fantasías 271
El carácter sagrado del sábado 272
La responsabilidad del ministro 273
A los que recuperan el sueño 273
Mentes desequilibradas 275
Un consejo a los ministros 276
No todos pueden seguirlos 277
Debemos buscar la claridad 278
La fidelidad en los deberes domésticos 279
Los pensamientos vanos 282
Consideración por los que yerran 284
Parábolas de los perdidos 286
La oveja perdida 286
La dracma perdida 286
El hijo pródigo 288
El amor del padre 289
El hermano celoso 290
El trigo y la cizaña 292
La bendición de las pruebas y la adversidad 294
La educación debida 296
Debe enseñarse la confianza propia 297
La reforma pro salud 300
Debemos recalcar la ley natural 300
Peligro de los aplausos 302
El trabajo a favor de los que yerran 303
El amor y el deber 305
La iglesia de Laodicea 307
La causa de la ceguera espiritual 309
Testimonios directos en la iglesia 311

El deber de reprender el pecado 313
Acán es una lección objetiva 315
¿Confesaremos o negaremos a Cristo? 317
Lecciones de la naturaleza 319
Despreciadores de los reproches 320
Una súplica a los jóvenes 324
El amor a la ostentación y la diversión 326
El adorno de un espíritu manso y humilde 328
El fiel Abrahán 329
Una lección en figura 330
Se pesan los caracteres 331
El poder de la oración en la tentación 333
Los diezmos y ofrendas 335
Intereses mundanos y tesoros celestiales 337
El amargo yugo del egoísmo 338
La parábola de los talentos 339
Abnegación y sacrificio 341
El sistema del diezmo 342
Colaboradores con Dios 344
Desde el tiempo de Adán 346
La décima parte de las entradas 347
No es carga gravosa 349
Tesoros en la tierra 351
Para beneficio del hombre 352
Responsabilidad de los pobres 353
Un consejo a los ricos 355
Fidelidad indivisa 357
Bienaventuranza de la generosidad 358
A todo el mundo 359
“Ven, oh alma mía, al Calvario.” 360
La autoridad de la iglesia 363
Enviado a la iglesia en busca de instrucción 364
No se sanciona la independencia 367
La condición del mundo 369
Un ejemplo de pureza 370
Es tiempo de velar 371
La condición de la iglesia 373
El amor al mundo 376

Siervos de Mammón 378
La liberación por medio de Cristo 379
La presunción 381
Importancia del trabajo de las mujeres 382
Una advertencia a los ministros 383
El poder del apetito 385
La intemperancia en el comer 386
La única conducta segura 387
Beneficios del ejercicio físico 389
Los ministros deben dar el ejemplo 389
Regidos por una conciencia iluminada 390
Importancia de la obra de la madre en el hogar 391
La disciplina de la prueba 394
Una experiencia progresiva 395
"No puedo ir" 398
El ejemplo de Nehemías 399
Debe esperarse oposición 400
La confianza en Dios 402
Biografías bíblicas 404
Lo experimentado por Israel es una advertencia 405
Advertencias actuales 407
No hay ocasión para desesperar 409
La responsabilidad de los miembros de la iglesia 411
Dios conduce a su pueblo 412
Sostenedores sinceros 413
El testimonio de una iglesia unida 414
Avancemos 417
Avancemos por fe 418
Colaboradores de Cristo 420
Hay que alentar a los nuevos conversos 421
Trabajemos por los niños 422
Reuniones de oración interesantes 423
El poder de la buena música 424
Simpatía y sociabilidad 424
Los reavivamientos sensacionalistas 427
Se necesita firmeza 428
Debemos servir a otros 429
La retención de los recursos 431

La cruz revela un principio 433
La maldición del egoísmo 435
"Guardaos de toda avaricia" 436
La prueba 438
Jesús abrió el camino 439
El mensaje de Laodicea 441
El remedio de Dios 442
Algunos serán eliminados 443
Necesidad de progreso constante 444
La eficacia de la sangre de Cristo 446
La obediencia voluntaria 449
Obediencia implícita 450
La demora es peligrosa 452
Las críticas a los que llevan responsabilidades 454
El carácter sagrado de los mandamientos de Dios 459
La obediencia parcial no es aceptable 460
La fe y la obediencia 462
Las circunstancias no son una excusa 463
La edad no disculpa a nadie 464
La preparación para la venida de Cristo 467
Influencia de la fijación de fechas 468
Fe y diligencia 471
Conocidos por sus frutos 471
La Biblia es una guía infalible 473
Injertados en Cristo 475
Una lección de humildad 478
El juicio 481
Estorbaron la siembra 482
Hallados faltos 483
Los embajadores de Cristo 486
Prediquemos a Cristo 486
Enseñemos la piedad práctica 488
Hagamos llamamientos fervientes 489
Dirijamos la atención hacia Cristo 492
Un ministerio consagrado 494
Deberes de los padres para con el colegio 497
Los estudiantes del colegio 499
El carácter sagrado de los votos 501

Cumplió su voto 504
Según la prosperidad otorgada 506
La benevolencia sistemática es equitativa 507
Las promesas son sagradas 508
El hombre es instrumento de Dios 510
Los testamentos y legados 513
Mayordomía de los ancianos 515
La demora es insensatez 516
Seamos precavidos 518
Continuad dispensando con prudencia 519
La relación de los miembros de la iglesia 522
Serenidad y dominio propio 522
Una integridad cabal 523
La tolerancia de Jesús 525
Dispépticos mentales 527
Fruto de las lecturas impropias 528
Casamientos antibíblicos 531
Obreros fieles 536
En el laberinto del escepticismo 539
La influencia de las compañías 542
Guardemos nuestro espíritu 543
Determinan nuestro destino 544
Ennoblezcamos nuestra obra 545
La iglesia triunfará 547
Certidumbre de la verdad 548
La sencillez en el vestir 549
El anillo de compromiso 557
La formación del carácter 558

Elena G. de White—Breve esbozo biográfico

La Sra. Elena G. de White y su hermana gemela nacieron el 26 de noviembre de 1827, en Gorham, cerca de Portland, estado de Maine, en la región septentrional de Nueva Inglaterra. A los nueve años de edad, Elena sufrió un grave accidente. Una condiscípula inconsciente le arrojó una piedra, y la herida que sufrió en el rostro casi le costó la vida. De hecho, la dejó tan delicada que le resultó imposible continuar con sus estudios.

A la edad de once años, mientras que con sus padres, Roberto Harmon y Eunice de Harmon, asistía a un congreso metodista, Elena dió su corazón a Dios. Poco después fué bautizada por inmersión en el mar y recibida como miembro de la iglesia metodista. Juntamente con otros miembros de su familia, asistió a las reuniones adventistas que se iniciaron en Portland en 1840. Aceptó plenamente las enseñanzas referentes a la inminente segunda venida de Cristo que presentaban Guillermo Miller y sus colegas, y esperaba con confianza el regreso del Salvador.

La juventud de Elena no atenuó la intensidad de la gran desilusión sufrida el 22 de octubre de 1844. Ella, juntamente con otras personas, durante los días de perplejidad que sucedieron a esa desilusión, pidió fervorosamente a Dios luz y dirección. Una mañana de diciembre de 1844, mientras oraba con cuatro mujeres, el poder de Dios descendió sobre ella. Al principio perdió la conciencia de las cosas terrenales; luego, en una revelación gráfica, presenció las peregrinaciones del pueblo adventista hasta la ciudad de Dios. También se le mostró la recompensa de los fieles. Temblando, la
[16] niña de diecisiete años relató a sus correligionarios de Portland esta visión y otras ulteriores. Luego, a medida que se le presentaba la oportunidad, las relataba a grupos de adventistas de Maine y otros estados cercanos.

En agosto de 1846, Elena Harmon se unió en matrimonio con Jaime White, joven ministro adventista. Durante los treinta y cinco años siguientes, la vida de la Sra. de White estuvo estrechamente

vinculada con la de su esposo en arduos trabajos evangélicos hasta la muerte de él, ocurrida el 6 de agosto de 1881. Viajaron extensamente por los Estados Unidos, predicando y escribiendo, plantando y edificando, organizando y administrando. El tiempo y otras pruebas han demostrado cuán amplios y firmes fueron los fundamentos que ellos echaron, cuán sabia y prudentemente edificaron. Iniciaron entre los adventistas del séptimo día la obra de publicaciones en 1849 y 1850, y hacia el año 1860 desarrollaron la organización de la iglesia sobre la base de un sano sistema financiero. Esto culminó en 1863 con la organización de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. Hacia 1865 se inició nuestra obra médica, y la gran obra educativa de la denominación comenzó poco después de 1870. En 1868 se había empezado a poner en práctica el plan de celebrar congresos anuales, y en 1874 los adventistas del séptimo día mandaron su primer misionero de los Estados Unidos al extranjero.

En todos estos progresos, como también en el pleno desarrollo del funcionamiento de estos esfuerzos, desempeñaron un papel destacado los mensajes de consejo, instrucción y aliento que recibió la iglesia por medio de discursos orales y de la pluma incansable de la Sra. E. G. de White. Al principio, las comunicaciones enviadas a la iglesia las recibieron los miembros en cartas individuales, o en artículos que aparecían en el *Present Truth*. Luego, en 1851, la Sra. de White publicó su primer libro, un opúsculo de sesenta y cuatro páginas titulado *A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White* (Un esbozo de la experiencia cristiana y visiones de [17]
Elena G. de White). Comenzando con 1855, se publicó una serie de folletos numerados, cada uno de los cuales llevaba el título de *Testimony for the Church* (Testimonio para la iglesia). Estos hacían accesibles los mensajes de instrucción y corrección que, de vez en cuando, Dios enviaba para bendecir, reprender y guiar a su pueblo. Para suplir la continua demanda de estas instrucciones, se volvieron a publicar en 1885 en cuatro tomos encuadernados, y, con la adición de otros tomos que aparecieron entre 1889 y 1909, constituyen un juego de nueve tomos de los *Testimonios para la Iglesia*.

Aunque dedicaban gran parte de su tiempo a viajar y trabajar en favor del público, el pastor White y su esposa residieron en la parte oriental de los Estados Unidos hasta 1855. Durante los diecisiete años siguientes, vivieron en el estado de Míchigan. Desde 1872

hasta el momento de la muerte del pastor White en 1881, residieron mayormente en California. Aunque nunca fué muy fuerte, la Sra. de White disfrutó de buena salud desde que llegó a la edad madura.

A los esposos White les nacieron cuatro hijos. El primero, Enrique, vivió hasta los dieciséis años; el último, Heriberto, murió a los tres meses. Los otros dos, Edson y Guillermo, llegaron a la madurez y se dedicaron ambos activamente a la obra de la denominación adventista del séptimo día.

En respuesta a un pedido de la Asociación General, la Sra. de White fué a Europa en el verano de 1885. Allí dedicó dos años a fortalecer la obra que se estaba desarrollando en el continente. Hizo de Basilea, Suiza, su centro, pero viajó extensamente por la Europa Meridional, Central y Septentrional, para asistir a los congresos de la iglesia y conocer las congregaciones de creyentes. Pasó luego cuatro años en los Estados Unidos, y en 1891, en respuesta al pedido de la Asociación General, se dirigió a Australia. Allí residió nueve años y ayudó a iniciar y desarrollar la obra, especialmente en sus ramos educativo y médico. La Sra. de White regresó a los Estados
[18] Unidos en 1900 y se radicó en la costa occidental, en Santa Elena, California, hasta su muerte ocurrida en 1915.

Durante toda su vida de servicio, la influencia de la Sra. de White se hizo sentir en las filas adventistas. Visitaba las iglesias, participaba de las sesiones de la Asociación General, y cuando le era posible, asistía a los congresos locales. Con frecuencia, este trabajo la llevaba durante todo un verano de un congreso a otro, en los cuales se dirigía a los miembros de la iglesia y a grandes congregaciones del público en general.

Durante varias décadas, aparecieron regularmente en los periódicos de la denominación muchos artículos de su pluma. Estos mensajes inspirados ejercían semanalmente una amplia y serena influencia modeladora. De vez en cuando salían sus libros de la prensa para ser leídos y releídos ávidamente. La tarea de presentar a la iglesia y al mundo las instrucciones y la información que se le habían impartido en sus visiones, fué la vocación de toda su vida. Las visiones continuaron durante toda su vida. Entre las del principio, en 1858, se contó la abarcante visión básica del "Gran Conflicto." Antes que hubieran transcurrido seis meses después de recibir esta revelación, el asunto estuvo listo para el público en forma de un

librito titulado "Dones Espirituales," tomo 1, "La Gran Controversia entre Cristo y sus Angeles y Satanás y sus Angeles." (*Early Writings,* Parte III.) En muchas visiones sucesivas, la historia de la gran controversia fué presentada en mayores detalles y la Sra. de White la volvió a escribir, primero entre 1870 y 1880 en los cuatro tomos del "Espíritu de Profecía," y más tarde en los tomos de la serie titulada "El Conflicto de los Siglos" ("Patriarcas y Profetas," "Profetas y Reyes," "El Deseado de Todas las Gentes," "Los Hechos de los Apóstoles," y "El Conflicto"). Otras obras de la pluma de la Sra. de White que han ejercido una amplia influencia modeladora son: "El Ministerio de Curación," "Lecciones Prácticas del Gran Maestro," "La Educación," "El Discurso Maestro de Jesucristo," y una decena de tomos dedicados a consejos especiales como "Obreros Evangélicos," "El Colportor Evangélico," "Consejos para los Maestros, [19]
Padres y Alumnos," etc. La bien conocida obra "El Camino a Cristo" ha sido leída por millones de personas en sesenta idiomas.

En 1909, la Sra. de White, a la edad de ochenta y un años, asistió al congreso de la Asociación General en Wáshington, D.C. Este fué su último viaje a través del continente. Dedicó los cinco años siguientes a la preparación de artículos para los periódicos de la denominación y a la publicación de sus libros. Hacia el fin de su vida declaró: "Sea que se me conserve la vida o no, mis escritos hablarán constantemente y su obra continuará mientras dure el tiempo."*

Aunque la Sra. de White continuó empeñada en sus actividades literarias hasta principios de 1915, durante los últimos tres años de su vida no trabajó apremiada por la gran necesidad de escribir que caracterizó su obra a través de los largos años de su existencia. Con valor indómito y plena confianza en su Redentor, durmió en su casa el 16 de julio de 1915. Se la puso a descansar al lado de su esposo y sus hijos en el cementerio de Oak Hill, Battle Creek, Míchigan.

Los adventistas del séptimo día comprenden hoy que el ministerio de la Sra. de White como "mensajera del Señor" fué el cumplimiento de la profecía de Apocalipsis 12:17 y 19:10, a saber, que la iglesia remanente "que guarda los mandamientos de Dios" había de tener el "testimonio de Jesucristo" o sea el "espíritu de profecía." Ven en su obra el don de profecía del cual Pablo habla

*Writing and Sending Out of the Testimonies for the Church, 12, 13.

en Efesios 4:9-13 al colocarlo entre otros dones de la iglesia "para perfección de los santos" y "edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe."

Las revelaciones que le fueron dadas a través de su larga vida armonizaron con los medios que Dios indicara al declarar a Israel: "Si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él." Números 12:6. En cuanto a su carácter, la obra que
[20] realizó la Sra. E. G. de White, fué muy parecida a la del caudillo del Israel antiguo acerca de quien se registra en Oseas 12:14: "Y por profeta hizo subir Jehová a Israel de Egipto, y por profeta fué guardado."

La Sra. White era conocida por sus vecinos y amigos como una mujer cristiana, ferviente y piadosa. Si queremos conocer la opinión que de su trabajo y obra tenían quienes la rodeaban, podemos abrir la "American Biographical History," y encontraremos que su redactor decía en 1878:

"La Sra. E. G. de White es una mujer de una organización mental singularmente bien equilibrada. Predominan en ella la benevolencia, la espiritualidad, una conciencia escrupulosa y un gran idealismo. Sus cualidades personales son tales que le granjean la amistad más cálida de todos aquellos con quienes trata, y les inspira la mayor confianza en su sinceridad...." No obstante sus muchos años de trabajo en favor del público, ha conservado toda la sencillez y sinceridad que caracterizaron la primera parte de su vida.

"Entre las pocas señoras que se han distinguido en este país como conferenciantes en los últimos veinte años, la Sra. de White es una de las que más éxito han alcanzado. El uso constante de sus órganos vocales, los ha fortalecido de tal manera, que su voz se distingue por una rara profundidad y poder. Su claridad y fuerza de locución es tan grande, que cuando habla al aire libre, con frecuencia se la oye a la distancia de mil seiscientos metros. Su lenguaje, aunque sencillo, es siempre enérgico y elegante. Cuando se siente inspirada por el tema, manifiesta a menudo una elocuencia maravillosa, y mantiene hechizados durante horas a los mayores auditorios, sin que éstos den la menor señal de impaciencia o cansancio."

"Los temas de sus discursos son siempre de carácter práctico, pues se refieren mayormente a los deberes del hogar, la educación religiosa de los hijos, la temperancia y otros temas afines. En los

reavivamientos, es siempre la que habla con más eficacia. Ha hablado con frecuencia antes inmensos auditorios, en las grandes ciudades, sobre sus temas favoritos, y siempre ha sido recibida muy favora- [21]
blemente. En una ocasión, en Massachusetts, veinte mil personas la escucharon con sostenida atención durante más de una hora.

"La Sra. de White es autora de numerosas obras que han tenido amplia circulación. Sus escritos se caracterizan por la misma sencillez y naturaleza práctica que resaltan en sus discursos. Penetran en el círculo de la vida familiar en forma que cautiva la atención del lector sincero, y no puede menos que instruirlo en cuanto a los deberes solemnes de la vida práctica."—*"American Biographical History of Eminent and Self-Made Men of the State of Míchigan," (Third Congressional District),* pág. 108.

De parte de sus colaboradores, de la iglesia y de los miembros de su familia, la Sra. de White fué estimada y honrada como una madre consagrada, y como una persona que trabajó fervorosa, generosa e incansablemente en el campo religioso. Nunca tuvo cargos oficiales en la iglesia. Nunca pidió a los demás que la considerasen como modelo ni empleó su don para crearse popularidad y ganancias financieras. Su vida, y todo lo que poseía lo dedicó a la causa de Dios.

A su muerte, el redactor de un semanario popular clausuró los comentarios relativos a su vida fructífera, con estas palabras: "Fué absolutamente sincera al creer en sus revelaciones. Su vida fué digna de ellas. No manifestó orgullo espiritual ni procuró lucro indigno. Vivió y obró como una digna profetisa."*

Para obtener un relato más detallado de la vida y obra de la Sra. de White, se remite al lector a *Testimonios Selectos,* tomo 1, donde se encuentra una traducción de *The Christian Experience and Teachings of Ellen G. White*.

Los Fideicomisarios de las Publicaciones de Elena G. de White [22]

*The Independent, 23 de agosto de 1915.

La fe en Dios*

Mientras me hallaba en Battle Creek, estado de Míchigan, el 5 de mayo de 1855, vi que había una gran falta de fe entre los siervos de Dios, como también entre la iglesia. Se desaniman con demasiada facilidad, propenden demasiado a dudar de Dios y creer que les toca una suerta dura y que Dios los ha abandonado. Vi que esto era cruel. Dios los amó de tal manera que dió a su Hijo amado para que muriese por ellos, y todo el cielo estaba interesado en su salvación. Sin embargo, después de todo lo que se hizo por ellos, les costaba confiar en un Padre tan bondadoso y amante. El ha dicho que está más dispuesto a conceder el Espíritu Santo a quienes se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Vi que los siervos de Dios y la iglesia se desanimaban con excesiva facilidad. Cuando pedían a su Padre celestial cosas que creían necesarias y no las recibían inmediatamente, su fe vacilaba, su valor desaparecía, y se posesionaba de ellos un sentimiento de murmuración. Vi que esto desagradaba a Dios.

Todo santo que se allega a Dios con un corazón fiel, y eleva sus sinceras peticiones a él con fe, recibirá contestación a sus oraciones. Vuestra fe no debe desconfiar de las promesas de Dios, porque no veáis o sintáis la inmediata respuesta a vuestras oraciones. No temáis confiar en Dios. Fiad en su segura promesa: "Pedid, y recibiréis." Juan 16:24. Dios es demasiado sabio para errar, y demasiado bueno para privar de cualquier cosa buena a sus santos que andan íntegramente. El hombre está sujeto a errar, y aunque sus peticiones asciendan de un corazón sincero, no siempre pide las cosas que sean buenas para sí mismo; o que hayan de glorificar a Dios. Cuando tal cosa sucede, nuestro sabio y bondadoso Padre oye nuestras oraciones, y nos contesta, a veces inmediatamente; pero nos da las cosas que son mejores para nosotros y para su propia gloria. Si pudiésemos apreciar el plan de Dios cuando nos envía sus bendiciones, veríamos claramente que él sabe lo que es mejor para nosotros, y que nuestras

[23]

*Testimonios para la Iglesia 1:120, 121 (1855).

oraciones obtienen respuesta. Nunca nos da algo perjudicial, sino la bendición que necesitamos, en lugar de algo que pedimos y que no sería bueno para nosotros.

Vi que si no advertimos inmediatamente la respuesta a nuestras oraciones, debemos retener firmemente nuestra fe, y no permitir que nos embargue la desconfianza, porque ello nos separaría de Dios. Si nuestra fe vacila, no conseguiremos nada de él. Nuestra confianza en Dios debe ser firme; y cuando más necesitemos su bendición, ella caerá sobre nosotros como una lluvia.

Cuando los siervos de Dios piden su Espíritu y bendición, a veces los reciben inmediatamente; pero no siempre les son concedidos en seguida. En este último caso, no desmayemos. Aférrese nuestra fe de la promesa de que llegará. Confiemos plenamente en Dios, y a menudo esta bendición vendrá cuando más la necesitemos; recibiremos inesperadamente ayuda de Dios cuando estemos presentando la verdad a los incrédulos, y quedaremos capacitados para impartir la Palabra con claridad y poder.

Se me presentó el asunto como el caso de los niños que piden una bendición a sus padres terrenales que los aman. Piden algo que el padre sabe les ha de perjudicar; pero el padre les da cosas que serán benéficas para ellos, en vez de aquello que deseaban. Vi que toda oración elevada con fe por un corazón sincero, será oída y contestada por Dios, y que el suplicante obtendrá la bendición cuando más la necesite, y a menudo ésta excederá sus expectativas. No se pierde una sola oración de un verdadero santo, si es elevada con fe por un corazón sincero. [24]

Prepárate para encontrarte con tu Dios*

Vi que no debemos retrasar la venida del Señor. Dijo el ángel: "Preparaos, preparaos, para lo que va a venir sobre la tierra. Correspondan vuestras obras a vuestra fe." Vi que el ánimo debe apoyarse en Dios, que debemos ejercer nuestra influencia en favor de Dios y su verdad. No podemos honrar al Señor mientras seamos negligentes e indiferentes. No podemos glorificarle cuando estamos descorazonados. Debemos tener fervor para asegurar nuestra propia salvación, y para salvar a otros. Debemos conceder suma importancia a esto, y considerar secundario todo lo demás.

Vi la belleza del cielo. Oí a los ángeles cantar sus himnos arrobadores, tributando alabanza, honra y gloria a Jesús. Pude entonces percibir vagamente el prodigioso amor del Hijo de Dios. El abandonó toda la gloria, toda la honra que se le tributaba en el cielo, y se interesó de tal manera en nuestra salvación que, con paciencia y mansedumbre, soportó toda injuria y escarnio que los hombres quisieron imponerle. Fué herido, azotado y afligido; se lo extendió sobre la cruz del Calvario, y sufrió la muerte más atroz para salvarnos de la muerte; para que pudiésemos ser lavados en su sangre, y resucitar para vivir con él en las mansiones que está preparando, donde disfrutaremos la luz y la gloria del cielo, y oiremos cantar a los ángeles y cantaremos con ellos.

Vi que todo el cielo se interesaba en nuestra salvación; y ¿habremos de ser nosotros indiferentes? ¿Seremos negligentes como si fuese asunto de poca monta el que seamos salvos o perdidos?
[25] ¿Despreciaremos el sacrificio que fué hecho por nosotros? Algunos han obrado así. Han jugado con la misericordia que se les ofrecía y el desagrado de Dios pesa sobre ellos. No siempre habrá de quedar entristecido el Espíritu de Dios. Si se le contrista algo más, se apartará. Después que se haya hecho todo lo que Dios podía hacer para salvar a los hombres, y ellos por su vida hayan demostrado que desprecian la misericordia ofrecida por Jesús, la muerte será su

*Testimonios para la Iglesia 1:123-126 (1855).

parte y pagarán caro esa actitud. Será una muerte horrible, porque habrán de sufrir la agonía que Cristo soportó en la cruz para obtener la redención que ellos han rehusado. Y se darán cuenta de lo que han perdido: la vida eterna y la herencia inmortal. El gran sacrificio que fué hecho para salvar las almas, nos revela su valor. Cuando el alma preciosa se perdió, se perdió para siempre.

El ángel con la balanza

Vi a un ángel de pie con una balanza en la mano, que pesaba los pensamientos y el interés del pueblo de Dios, especialmente de los jóvenes. En un platillo estaban los pensamientos e intereses que tendían hacia el cielo; en el otro se hallaban los pensamientos e intereses terrenales. En este platillo se arrojaba toda la lectura de cuentos, los pensamientos dedicados a los vestidos, la ostentación, la vanidad y el orgullo, etc. ¡Oh, cuán solemne momento! Los ángeles de Dios, de pie, pesan con balanza los pensamientos de los que profesan ser hijos de Dios, de aquellos que aseveran haber muerto al mundo y estar vivos para Dios. El platillo lleno de los pensamientos terrenales, la vanidad y el orgullo, bajaba rápidamente a pesar de que se sacaba pesa tras pesa de la balanza. El que contenía los pensamientos e intereses referentes al cielo, subía mientras que él otro bajaba. ¡Qué liviano era! Puedo relatar esto como lo vi, pero nunca podré producir la solemne y vívida impresión que se grabó en mi mente, al ver al ángel que tenía la balanza donde se pesaban los pensamientos e intereses del pueblo de Dios. Dijo el ángel: "¿Pueden los tales entrar en el cielo? No, no, nunca. Diles que la esperanza que ahora poseen es vana, y que a menos que se arrepientan prestamente, [26] y obtengan la salvación, perecerán."

Una forma de piedad no salvará a nadie. Todos deben tener una experiencia profunda y viva. Esto es lo único que los salvará en el tiempo de angustia. Entonces será probada su obra para ver de qué clase es; si es de oro, plata y piedras preciosas, serán escondidos como en lo secreto del pabellón de Jehová. Pero si su obra es de madera, paja y hojarasca, nada podrá protegerlos del fuego de la ira de Jehová.

Tanto los jóvenes como los de más edad, tendrán que dar razón de su esperanza; pero sus mentes destinadas por Dios a cosas mejo-

res, formadas para servirle perfectamente, se han espaciado en cosas insensatas en vez de hacerlo en los intereses eternos. Esa mente que vaga de aquí para allá, es tan capaz de comprender la verdad, la evidencia de la Palabra de Dios en favor del sábado, y el verdadero fundamento de la esperanza del cristiano, como de analizar las apariencias, los modales, los vestidos, etc. Y todos los que entregan su mente al placer que producen los cuentos insensatos y ociosos, alimentan sus facultades imaginativas; pero ante ellos se eclipsa el brillo de la Palabra de Dios. La mente queda directamente separada de Dios, y se destruye el interés por su preciosa Palabra.

Nuestro libro guía

Se nos ha dado un libro para que guíe nuestros pies a través de los peligros de este obscuro mundo hasta el cielo. Sus páginas nos dicen cómo podemos escapar de la ira de Dios, y también nos hablan de los sufrimientos de Cristo por nosotros, y del gran sacrificio que hizo para que pudiésemos ser salvos y disfrutar de la presencia de Dios para siempre. Y si algunos son hallados faltos al final, habiendo oído la verdad como la han oído en esta tierra de luz, será por culpa suya; quedarán sin excusa. La Palabra de Dios nos explica cómo podemos llegar a ser cristianos perfectos y escapar a las últimas siete
[27] plagas. Pero ellos no se interesaron en absoluto en descubrirlo. Otras cosas distrajeron su mente; apreciaron los ídolos, y despreciaron la santa Palabra de Dios. Muchos de los que profesan ser cristianos se han burlado de Dios; y cuando su santa Palabra los juzgue en el día postrero serán hallados faltos. Esa Palabra que ellos han descuidado para leer insulsos libros de cuentos, prueba sus vidas. Es la norma; sus motivos, palabra y obras, como también el uso de su tiempo, todas esas cosas son comparadas con la Palabra escrita de Dios, y si ellos son hallados faltos, sus casos quedarán decididos para siempre.

Nuestro único modelo

Vi que muchos se miden entre sí y comparan su vida con la vida de otros. Esto no debe ser. Nadie sino Cristo nos es dado como ejemplo. El es nuestro verdadero modelo, y cada uno debe luchar para distinguirse por su imitación de él. Somos colaboradores de

Cristo, o colaboradores del enemigo. O juntamos para Cristo, o dispersamos contra él. Somos cristianos decididos y de todo corazón, o no lo somos en absoluto. Dice Cristo: "¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca." Apocalipsis 3:15, 16.

Vi que algunos apenas saben lo que es la abnegación o el sacrificio, o lo que significa sufrir por causa de la verdad. Pero nadie entrará en el cielo sin hacer un sacrificio. Debemos tener espíritu de abnegación y sacrificio. Algunos no se han ofrecido a sí mismos ni a sus propios cuerpos sobre el altar de Dios. Conservan un genio impulsivo y arrebatado. Satisfacen sus apetitos y atienden sus propios intereses, sin tener en cuenta la causa de Dios. Los que están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para obtener la vida eterna, la tendrán, y vale la pena sufrir por ella, crucificar el yo, y sacrificar todo ídolo. El más excelso y eterno peso de gloria, supera todo lo demás, y eclipsa todo placer terreno. [28]

La responsabilidad de los padres*

Vi que descansa sobre los padres una gran responsabilidad. Estos no deben ser manejados por sus hijos, sino que deben dirigirlos a ellos. Se me señaló el caso de Abrahán. El era fiel en su casa, gobernó a su familia después de él, y ello fué recordado por Dios.

Se me mencionó luego el caso de Elí. El no reprendía a sus hijos y éstos se pervirtieron y envilecieron y por su maldad extraviaron a Israel. Cuando Dios hizo conocer sus pecados a Samuel, y le comunicó la grave maldición que los iba a sobrecoger porque Elí no los había reprendido, dijo que sus pecados no podían ser limpiados por sacrificios u ofrendas. Cuando Samuel le transmitió lo que el Señor le había revelado, Elí se sometió, diciendo: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere." 1 Samuel 3:18. La maldición de Dios no tardó en sobrevenir. Aquellos malvados sacerdotes fueron muertos así como treinta mil hombres de Israel, y el arca de Dios fué tomada por el enemigo. Y cuando Elí oyó que el arca de Dios había sido tomada, cayó de espaldas y murió. Todo este mal resultó de la negligencia de Elí en cuanto a reprender a sus hijos. Vi que si Dios era tan escrupuloso que advertía tales cosas antiguamente, no las nota menos en estos último días.

Los padres deben gobernar a sus hijos, corregir sus acciones y subyugarlos, o Dios destruirá seguramente a sus hijos en el día de su gran ira; y los padres que no hayan dominado a sus hijos no quedarán sin culpa. De manera especial, deben los siervos de Dios gobernar sus propias familias y mantenerlas en buena sujeción. Vi que no están preparados para juzgar o decidir asuntos de la iglesia, a menos que puedan gobernar bien su propia casa. Primero deben poner orden en su casa, y luego su juicio e influencia pesarán en la
[29] iglesia.

Vi que las visiones no habían sido más frecuentes últimamente, porque no han sido apreciadas por la iglesia. La iglesia ha perdido casi completamente su espiritualidad y fe, y las reprensiones y amo-

*Testimonios para la Iglesia 1:118-120 (1855).

nestaciones han tenido muy poco efecto sobre ella. Muchos de los que profesaban tener fe en aquéllas no las escucharon.

Algunos siguieron una conducta poco juiciosa cuando hablaban de su fe a los incrédulos, y si se les exigía una prueba, leían una visión en vez de recurrir a la Biblia para encontrar la prueba requerida. Vi que esta conducta es inconsecuente, y crea en los incrédulos prejuicios contra la verdad. Las visiones no pueden tener peso para aquellos que nunca las han visto, y no conocen su espíritu. No se debe recurrir a ellas en tales casos. [30]

Eres guardián de tu hermano*

El 20 de noviembre de 1855, mientras me hallaba en oración, el Espíritu de Dios bajó repentina y poderosamente sobre mí, y fuí arrebatada en visión.

Vi que el Espíritu del Señor ha estado apartándose de la iglesia. Los siervos del Señor han confiado demasiado en la fuerza de los argumentos y no han tenido la firme confianza en Dios que debieran haber tenido. Vi que los meros argumentos de la verdad no inducirán a las almas a tomar su posición con el pueblo remanente, porque la verdad es impopular. Los siervos de Dios deben atesorar la verdad en el alma. Dijo el ángel: "Deben recibirla cálida de la gloria, llevarla en su seno y derramarla con calor y fervor del alma a los oyentes." Unas pocas personas concienzudas están dispuestas a decidirse por el peso de la evidencia; pero es imposible conmover a muchos con una simple teoría de la verdad. Debe haber un poder que acompañe la verdad, un testimonio vivo que los conmueva.

Vi que el enemigo está atareado en la destrucción de las almas. El ensalzamiento ha penetrado en las filas; debe haber más humildad. Se manifiesta demasiada independencia de espíritu entre los mensajeros. Esto debe ser puesto a un lado, y los siervos de Dios deben unirse. Han manifestado demasiado el espíritu que induce a preguntar: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" Génesis 4:9. Dijo el ángel: "Sí, eres guardián de tu hermano. Debes cuidar constantemente a tu hermano, interesarte en su bienestar, y manifestar un espíritu bondadoso y amante hacia él. Uníos, uníos." Dios se propuso que el hombre fuese de corazón abierto y sincero, sin afectación, humilde, manso y sencillo. Tal es el principio del Cielo; Dios lo ordenó
[31] así. Pero el pobre y frágil ser humano ha buscado algo diferente: la prosecución de sus propios caminos y la atención cuidadosa a sus propios intereses.

Pregunté al ángel por qué la sencillez había desaparecido de la iglesia, y por qué habían entrado en ella el orgullo y el ensalzamien-

*Testimonios para la Iglesia 1:113-115 (1855).

to. Vi que ésta es la razón por la cual hemos sido casi entregados en manos del enemigo. Dijo el ángel: "Mira, y verás que este sentimiento prevalece: '¿Soy yo guarda de mi hermano?' " Volvió a decir el ángel: "Eres guarda de tu hermano. Tu profesión y tu fe exigen de ti que te niegues a ti mismo y que te ofrendes a Dios, o serás indigno de la vida eterna; porque fué comprada para ti a gran precio, a saber, por la agonía, los sufrimientos y la sangre del amado Hijo de Dios."

Atados por los bienes terrenales

Vi que muchos en diferentes lugares, en los estados del Este y del Oeste, estaban añadiendo una propiedad a otra, un terreno a otro, una casa a otra, y se excusan diciendo que lo hacen para poder ayudar a la causa. Se encadenan a sí mismos, de manera que pueden ser de muy poco beneficio para la causa. Algunos compran un terreno y trabajan con toda su fuerza para pagarlo. Su tiempo está tan ocupado que casi no pueden dedicar un momento para orar y servir a Dios, ni para obtener de él fuerzas para vencer las tentaciones. Se hallan endeudados, y cuando la causa necesita su ayuda, no se la pueden prestar, porque deben primero librarse de las deudas. Pero tan pronto como se libran de una deuda, se hallan más imposibilitados de ayudar a la causa que antes, porque vuelven a contraer obligaciones aumentando sus propiedades. Se lisonjean de que su conducta es correcta porque emplearán los réditos en la causa, cuando, en realidad, están acumulando tesoros aquí. Aman la verdad en palabra, pero no en obra. Aman la causa precisamente en la medida en que sus obras lo demuestran. Aman más al mundo, y menos a la causa de Dios. La atracción de la tierra se robustece más, y se debilita la atracción del cielo. Su corazón está con su tesoro. Por su ejemplo, indican a los que los rodean que su intención es [32] permanecer aquí, pues este mundo es su patria. Dijo el ángel: "Eres guarda de tu hermano."

Muchos han hecho gastos inútiles, tan sólo para complacer los sentimientos, el gusto y los ojos, mientras la causa necesitaba los mismos recursos que así usaban, y mientras algunos de los siervos de Dios iban mal vestidos y se veían estorbados en su labor por falta de recursos. Dijo el ángel: "Pronto habrá pasado su tiempo de trabajar. Sus obras demuestran que el yo es su ídolo y que le ofrecen sacri-

ficios." Primero debe complacerse el yo; su sentimiento es: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" Muchos han recibido amonestación tras amonestación, pero no las han oído. El yo es el fin principal, y a él debe someterse todo lo demás.

Vi que la iglesia ha perdido casi completamente el espíritu de abnegación y sacrificio; sus miembros ponen en primer lugar el yo y los intereses propios, y luego hacen por la causa lo que creen que no les cuesta nada. Un sacrificio tal es defectuoso, y no es acepto a Dios. Todos deben interesarse por hacer cuanto puedan para promover la causa. Vi que los que no tienen propiedades, pero tienen fuerza corporal, son responsables delante de Dios por su fuerza. Debieran ser diligentes en los negocios y fervientes en espíritu; no deben dejar que realicen todos los sacrificios los que tienen posesiones. Vi que ellos también pueden sacrificarse, y que el hacerlo es deber suyo tanto como de los que tienen propiedades. Pero muchas veces los que no tienen posesiones no se dan cuenta de que ellos pueden negarse a sí mismos de muchas maneras; pueden gastar menos para sus cuerpos y para complacer sus gustos y apetitos, y ahorrar mucho para la causa, para así hacerse tesoros en los cielos. Vi que hay hermosura y belleza en la verdad; pero si se le quita el poder de
[33] Dios, ella es impotente.

Los dos caminos*

En la conferencia celebrada en Battle Creek (Míchigan), el 27 de mayo de 1856, se me mostraron en visión algunas cosas correspondientes a la iglesia en general. Pasaron ante mí la gloria y majestad de Dios. Dijo el ángel: "La majestad de Dios es terrible; y sin embargo, vosotros no lo advertís. Su cólera es aterradora; y no obstante le ofendéis diariamente. Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y anchuroso el camino que conduce a la destrucción y muchos son los que andan por él; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos lo encuentran."

Estos caminos son distintos, están separados y van en direcciones opuestas. Uno conduce a la vida eterna y el otro a la muerte. Vi la distinción entre ambos caminos y también la distinción entre quienes por ellos andaban. Los caminos eran totalmente opuestos. Uno era ancho y llano; el otro áspero y estrecho. Así, quienes por ellos iban eran opuestos en carácter, conducta, porte y conversación.

Los que van por el camino estrecho hablan de la alegría y felicidad que les aguardan al fin de la jornada. Su aspecto es a menudo triste, pero a veces brilla con sagrado y santo gozo. No visten como los que van por el camino ancho ni hablan ni obran como ellos. Se les ha dado un modelo. Un "varón de dolores, experimentado en quebranto," les abrió el camino y por él anduvo. Sus seguidores ven sus huellas y al verlas se consuelan y animan. El llegó salvo al destino, y también ellos podrán llegar a salvo si siguen sus huellas.

En el camino ancho, todos piensan en sí mismos, en su ropa y en los placeres del camino. Se entregan libremente a la hilaridad y algazara, sin pensar en el término de la jornada, donde les aguarda segura destrucción. Cada día se acercan más a su nefasta suerte; sin [34]
embargo, se apresuran locamente, cada vez con más rapidez. ¡Oh, cuán terrible me pareció aquel espectáculo!

*Testimonios para la Iglesia 1:127-131 (1856).

Vi que muchos de los que iban por ese camino ancho llevaban escritas sobre sí estas palabras: "Muerto para el mundo. El fin de todas las cosas está cerca. Preparaos también." Su aspecto era el mismo que el de todos los demás frívolos seres que los rodeaban, excepto cierto aire de tristeza que se advertía en sus semblantes. Su conversación era igual a la de las alegres y atolondradas gentes que con ellos iban, aunque de vez en cuando se detenían a señalar con mucha satisfacción el letrero de sus vestidos, y exhortaban a los demás a que también se lo pusiesen en los suyos. Iban por el camino ancho, y sin embargo, decían pertenecer a la compañía que viajaba por el camino estrecho; pero sus compañeros les replicaban: "No hay distinción entre nosotros. Somos iguales. Vestimos, hablamos y obramos de igual manera."

Una bendición menospreciada

Luego, me fueron señalados los años 1843 y 1844. Reinaba entonces un espíritu de consagración ahora ausente. ¿Qué le ha sucedido al pueblo que profesa ser el pueblo peculiar de Dios? Vi la conformidad con el mundo, la falta de voluntad para sufrir por la verdad y notable rebeldía ante la voluntad de Dios. Me fué mostrado el ejemplo de los hijos de Israel después que salieron de Egipto. Dios, en su misericordia, los sacó de entre los egipcios, para que pudiesen adorarle sin impedimento ni restricción. En el camino, obró milagros por ellos, y los probó con estrecheces. Después que Dios había obrado tales maravillas por ellos, y los había librado tantas veces, murmuraban cuando advertían que él los probaba. Sus palabras eran: "¡Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto!" Éxodo 16:3. Codiciaban los puerros y cebollas de allí.

[35] Vi que muchos de los que profesaban creer la verdad referente a los últimos días, encontraban extraño que los hijos de Israel murmurasen en su camino, y que, después de tan maravilloso trato divino, fuesen tan ingratos, que olvidaran cuanto Dios había hecho por ellos. El ángel dijo: "Peor que ellos os habéis conducido vosotros." Vi que Dios les ha dado a sus siervos la verdad tan clara, tan explícita, que es imposible negarla. Por doquiera que vayan, se les asegura la victoria. Sus enemigos no pueden rebatir la convincente verdad. La luz

derramada es tan clara que los siervos de Dios pueden levantarse en cualquier parte y dejar que la verdad, evidente y compacta, consiga el triunfo; y sin embargo, aun no han estimado ni comprendido esta grandiosa bendición. Si sobreviene una prueba, algunos miran hacia atrás y creen que pasan por grandes dificultades, porque, a pesar de llamarse siervos de Dios, no conocen la purificadora eficacia de las pruebas. A veces se forjan e imaginan pruebas ellos mismos, se desalientan con tanta facilidad y sienten luego tan herido su amor propio, que se perjudican a sí mismos, a los demás y a la causa de Dios. Satanás agranda sus tribulaciones y pone en sus mentes pensamientos que, en caso de que se les preste atención, destruirán su influencia y utilidad.

Algunos se han sentido tentados a retirarse de la obra, para dedicarse a trabajos manuales. Vi que si Dios aparta de ellos su mano y quedan sujetos a las enfermedades y la muerte, entonces sabrán lo que son tribulaciones. Es muy terrible murmurar contra Dios. Los que lo hacen no reparan en que el camino por donde van es áspero y requiere abnegación y crucifixión del yo, y no han de esperar que cuanto les suceda se deslice tan suavemente como si anduvieran por el camino ancho.

Vi que algunos siervos de Dios, aun de entre los predicadores, se desaniman tan fácilmente y son tan quisquillosos que se creen despreciados y perjudicados cuando en realidad no es así. Consideran penosa su suerte. No echan de ver lo que les sucedería ni las angustias que pasarían si Dios apartase de ellos su mano, pues en- [36]
tonces fuera su suerte diez veces más dura que antes, cuando estaban empleados en la obra de Dios, sufriendo pruebas y privaciones, pero con la aprobación del Señor.

Algunos de los que trabajan en la causa de Dios no se percatan de cuando les va bien. Han sufrido tan pocas privaciones y conocen tan poco la necesidad, las fatigas de la labor o las cargas del alma, que cuando se encuentran bien y se ven favorecidos de Dios y casi enteramente libres de angustia de espíritu, no lo comprenden y se figuran que son grandes sus tribulaciones. Vi que a éstos los despedirá Dios de su servicio a menos que manifiesten espíritu de abnegación y estén dispuestos a trabajar gozosamente sin escatimar esfuerzos. Dios no los reconocerá como siervos abnegados, sino que suscitará quienes trabajen con fervor y no perezosamente, y

conozcan cuando disfrutan de bienestar. Los siervos de Dios deben sentir responsabilidad por las almas y llorar entre el pórtico y el altar, exclamando: "Perdona, oh Jehová, a tu pueblo." Joel 2:17.

Algunos siervos de Dios han entregado sus vidas para gastar y ser gastados en la causa de Dios, a tal punto que su salud se ha quebrantado casi por completo, y ellos están agobiados a consecuencia de su labor mental, incesantes inquietudes, trabajos y privaciones. Otros no tomaron ni quisieron tomar la carga sobre sí, y sin embargo, se consideran muy atribulados, porque nunca experimentaron penurias ni han sido bautizados en el sufrimiento, ni lo serán mientras manifiesten tanta debilidad y tan poca fortaleza y sean tan amantes de la comodidad.

Según lo que Dios me ha mostrado, es necesario que haya un castigo entre los predicadores a fin de eliminar a los perezosos, lerdos y egoístas, para que quede una compañía pura, fiel y abnegada, que no busque su bienestar personal, sino que ministre fielmente en palabra y doctrina, con voluntad de soportarlo todo por causa de Cristo y salvar a los que él redimió con su muerte. Sientan sobre sí estos siervos el ¡ay! que se les aplicará si no predican el Evangelio,
[37] y esto bastará; pero no todos lo sienten.

Las esposas de los ministros*

Vi las esposas de los ministros. Algunas de ellas no ayudan a sus esposos, y sin embargo, profesan creer el mensaje del tercer ángel. Piensan más en analizar sus propios deseos y placer, que en descubrir cómo pueden cumplir la voluntad de Dios o sostener las manos de sus esposos por medio de sus oraciones fieles y su conducta cuidadosa. Vi que algunas de ésas siguen una conducta tan voluntariosa y egoísta que Satanás las usa como instrumentos suyos, y se vale de ellas para destruir la influencia y utilidad de sus esposos. Se sienten libres para quejarse o murmurar si se ven sometidas a estrecheces. Se olvidan de los sufrimientos de los antiguos cristianos por amor a la verdad, y piensan que deben poder cumplir sus deseos y hacer su voluntad. Se olvidan de los sufrimientos de Jesús, su Maestro. Olvidan al Varón de dolores, experimentado en quebranto, que no tenía donde reposar la cabeza. No quieren recordar aquellas sienes santas, atravesadas por una corona de espinas. Se olvidan de Aquel que, llevando su propia cruz al Calvario, se desmayó bajo su peso. No sólo la carga de la cruz de madera, sino también la pesada carga de los pecados del mundo, pesaba sobre él. Se olvidan de los crueles clavos que atravesaron sus tiernas manos y pies, y los clamores de su agonía: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" A pesar de todo este sufrimiento que soportó por ellas, se sienten muy poco dispuestas a sufrir por Cristo.

Vi que estas personas se están engañando a sí mismas. No tienen parte ni suerte en el asunto. Se han apoderado de la verdad; pero la verdad no se ha apoderado de ellas. Cuando la verdad solemne e importante se apodere de ellas, morirá el yo; entonces no dirán: "Iré allí; no me quedaré aquí;" sino que preguntarán sinceramente: "¿A dónde quiere Dios que esté? ¿Dónde puedo glorificarlo mejor, y [38]
dónde pueden ser de mayor beneficio nuestras labores unidas?" Su voluntad estará absorbida por la voluntad de Dios. La disposición voluntariosa y la falta de consagración que manifiestan algunas

*Testimonios para la Iglesia 1:137-140 (1856).

de las esposas de ministros, estorban el camino de los pecadores; la sangre de estas almas manchará sus vestidos. Algunos de los ministros han dado un testimonio enérgico respecto del deber y los males de la iglesia; pero no han tenido el efecto debido porque sus propias compañeras necesitaban el testimonio directo que se daba, y la reprensión recayó sobre ellos mismos con gran peso. Estos predicadores permiten que sus compañeras los afecten, los arrastren hacia abajo y llenen su mente de prejuicio. Se sienten abatidos y desalentados, y no comprenden que la verdadera fuente del mal está muy cerca de ellos mismos, y así pierden su utilidad e influencia.

Las esposas como colaboradoras

Estas hermanas están estrechamente vinculadas con la obra de Dios si es que él ha llamado a sus esposos a predicar la verdad presente. Estos siervos, si verdaderamente son llamados por Dios, sentirán la importancia de la verdad. Se colocarán entre los vivos y los muertos, y velarán por las almas como quienes han de dar cuenta. Solemne es su vocación y sus compañeras pueden ser para ellos una gran bendición o una gran maldición. Pueden alentarlos cuando están abatidos, consolarlos cuando están desanimados, y animarlos a mirar hacia arriba y confiar plenamente en Dios cuando les falta la fe. O pueden seguir una conducta opuesta; mirar el lado sombrío, pensar que pasan por tiempos difíciles, y no ejercer fe en Dios, hablar de sus pruebas e incredulidad con sus compañeros, albergar un espíritu quejoso y murmurador, y ser un lastre y hasta una maldición para ellos.

Vi que las esposas de los ministros deben ayudar a sus esposos en sus labores, y cuidar muchísimo la influencia que ejercen; porque
[39] hay quienes las observan y esperan más de ellas que de otros. Su indumentaria, su vida y conversación debieran ser un ejemplo que tenga sabor de vida y no de muerte. Vi que deben asumir una actitud humilde y mansa, aunque digna, sin dedicar su conversación a cosas que no tienden a dirigir la mente hacia el cielo. Su gran pregunta debe ser: "¿Cómo puedo salvar mi propia alma, y ser el medio de salvar a otros?" Vi que Dios no acepta una obra tibia al respecto. Quiere todo el corazón e interés, o nada. Su influencia se ejerce decidida e inequívocamente en favor de la verdad o contra ella. Recogen con

Jesús o dispersan. Una esposa no santificada es la mayor maldición que pueda tener un ministro. Aquellos siervos de Dios que por desgracia tengan en sus casas esta influencia agostadora, deben duplicar sus oraciones y su vigilancia, y, asumiendo una posición firme y decidida, no permitir que los opriman las tinieblas. Deben aferrarse más a Dios, ser enérgicos y decididos, gobernar bien su propia casa, y vivir de tal manera que puedan recibir la aprobación de Dios y la custodia de los ángeles. Pero si ceden a los deseos de sus compañeras no consagradas, el ceño de Dios pesará sobre su casa. El arca de Dios no puede morar en ella, porque ellos apoyan a sus esposas en sus errores y se los toleran.

Nuestro Dios es un Dios celoso. Es algo terrible jugar con él. Antiguamente, Acán codició un lingote de oro y un manto babilónico, y los escondió. Todo Israel sufrió por ello y fué derrotado delante de sus enemigos. Cuando Josué averiguó la causa, el Señor dijo: "Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás estar delante de tus enemigos hasta tanto que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros." Josué 7:13. Acán había pecado, y Dios lo destruyó a él y a toda su familia, con todo lo que poseían, y borró la maldición de Israel.

Vi que el Israel de Dios debe levantarse, y renovar su fortaleza en Dios, refirmando y cumpliendo su pacto con él. La codicia, el egoísmo, el amor al dinero y el amor al mundo compenetran todas las [40] filas de los observadores del sábado. Estos males están destruyendo el espíritu de sacrificio entre el pueblo de Dios. Los que albergan esta codicia en su corazón no se dan cuenta de ello. Ese mal se ha apoderado de ellos imperceptiblemente, y a menos que lo desarraiguen, su destrucción será tan segura como la de Acán. Muchos han sacado su sacrificio del altar de Dios. Aman al mundo, desean sus ganancias, y a menos que se produzca en ellos un cambio completo, perecerán con el mundo. Dios les ha prestado recursos; éstos no son propios, pues Dios ha hecho a los hombres mayordomos suyos. Pero debido a esto, los llaman propios y los atesoran. Pero ¡oh, cuán prestamente les es arrebatado todo en un momento cuando la mano prosperadora de Dios se aparta de ellos! Se deben hacer sacrificios para Dios; hay que negarse al yo por amor a la verdad. ¡Oh, cuán débil y frágil es el hombre! ¡Cuán débil su brazo! Vi que pronto

la altivez del hombre será abatida, y humillado su orgullo. Reyes y nobles, ricos y pobres, todos por igual serán postrados y caerán
[41] sobre ellos la plagas agostadoras de Dios.

“Sé celoso y arrepiéntete” *

Estimados hermanos y hermanas: El Señor me ha mostrado en visión algo concerniente a la tibieza actual de la iglesia, y os lo relataré. La iglesia me fué presentada en visión. Dijo el ángel a la iglesia: “Jesús te habla: ‘Sé celoso y arrepiéntete?’ ” Apocalipsis 3:19. Vi que esta obra ha de ser emprendida con fervor. Hay algo de que arrepentirse. La mentalidad mundanal, el egoísmo y la codicia han estado carcomiendo la espiritualidad y la vida del pueblo de Dios.

El peligro que han corrido los hijos de Dios durante los últimos años ha sido el amor al mundo. De éste han nacido los pecados del egoísmo y de la codicia. Cuanto más obtienen de este mundo, tanto más fijan sus afectos en él; y tanto más procuran obtener. Dijo el ángel: “Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios.” Sin embargo, muchos de los que profesan creer que poseemos la última nota de amonestación para el mundo, están esforzándose con toda su energía para colocarse en la situación en la cual es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para ellos entrar en el reino.

Estos tesoros terrenales son bendiciones cuando se usan debidamente. Los que los poseen deben comprender que Dios se los ha prestado y deben gastar alegremente sus recursos para hacer progresar su causa. No perderán su recompensa aquí. Serán considerados bondadosamente por los ángeles de Dios y se harán también un tesoro en el cielo.

Vi que Satanás observa el temperamento peculiar egoísta y codicioso de algunos que profesan creer la verdad, y los tentará prosperando su camino y ofreciéndoles las riquezas de la tierra. Sabe que si no vencen su temperamento natural, tropezarán y caerán al amar a Mammón y adorar su ídolo. Con frecuencia Satanás logra su objeto. [42] El fuerte amor al mundo vence o absorbe el amor a la verdad. Les son ofrecidos los reinos del mundo, y ellos se apoderan ávidamente

*Testimonios para la Iglesia 1:141-146 (1857).

de sus tesoros, y piensan que son admirablemente prosperados. Satanás triunfa porque su plan ha tenido éxito. Ellos han abandonado el amor de Dios por el amor del mundo.

El amor del mundo

Vi que aquellos que son así prosperados pueden estorbar el designio de Satanás si deciden vencer su codicia egoísta poniendo todas sus posesiones sobre el altar de Dios. Cuando ven dónde se necesitan recursos para hacer progresar la causa de Dios y ayudar a la viuda y a los huérfanos y afligidos, deben dar alegremente, y así hacerse tesoros en el cielo.

Oíd el consejo del Testigo fiel: Comprad oro afinado en el fuego, a fin de que seáis ricos, ropas blancas para que estéis vestidos, y colirio a fin de que veáis. Haced algún esfuerzo. Estos tesoros preciosos no descenderán sobre nosotros sin esfuerzo alguno de nuestra parte. Debemos comprar, ser celosos y arrepentirnos de nuestro estado de tibieza. Debemos despertarnos para ver nuestros males, buscar nuestros pecados y arrepentirnos celosamente de ellos.

Vi que los hermanos acaudalados deben apartarse de estos tesoros terrenales, y vencer su amor al mundo. Muchos de ellos aman a este mundo y sus tesoros, pero no quieren darse por enterados. Deben ser celosos y arrepentirse de su codicia egoísta, a fin de que el amor de la verdad pueda absorber todo lo demás. Vi que muchos de los que poseen riquezas no comprarán el oro, ni las vestiduras blancas ni el colirio. Su celo no se caracteriza por una intensidad ni fervor proporcionales al valor del objeto que están buscando.

Vi a estos hombres mientras luchaban por los bienes terrenales. ¡Qué celo manifestaban, qué fervor, qué energía para obtener un tesoro terrenal que ha de pasar pronto! ¡Qué fríos cálculos hacían!
[43] Trazaban planes, se afanaban constantemente, y sacrificaban sus comodidades por el tesoro terrenal. Un celo parecido de su parte por obtener el oro, la vestidura blanca y el colirio los pondría en posesión de estos tesoros inestimables y de la vida eterna en el reino de Dios. Vi que si hay quienes necesitan colirio, son los que poseen bienes terrenales. Muchos de ellos están ciegos en cuanto a su propio estado y su firme apego a este mundo. ¡Ojalá que viesen!

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo." Apocalipsis 3:20. Vi que muchos tienen tanta escoria acumulada ante la puerta del corazón que no pueden abrirla. Algunos tienen que eliminar las dificultades que tienen con sus hermanos. Otros tienen que eliminar el mal genio o la codicia antes que puedan abrir la puerta. Otros colocan al mundo delante de la puerta de su corazón, y así la cierran. Toda esta escoria tiene que ser quitada. Entonces podrán abrir la puerta y dar la bienvenida al Salvador.

En la visión me fué mostrado cuán preciosa es la promesa: "Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." ¡Oh, qué admirable es el amor de Dios! A pesar de toda nuestra tibieza y nuestros pecados nos dice: "Tornaos a mí y yo me tornaré a vosotros, y sanaré todas vuestras rebeliones." El ángel lo repitió unas cuantes veces: "Tornaos a mí y yo me tornaré a vosotros, y sanaré todas vuestras rebeliones." El ángel lo repitió unas cuantas veces: "Tornaos a mí y yo me tornaré a vosotros, y sanaré todas vuestras rebeliones." actuando más o menos como antes, y la boca del Señor los vomitará. Únicamente aquellos que se arrepientan celosamente recibirán el favor de Dios.

"Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." Apocalipsis 3:21. Podemos vencer plena y enteramente. Jesús murió para hacernos un camino de salida, a fin de que pudiésemos vencer todo mal genio, todo pecado, toda tentación y sentarnos al fin con él. [44]

Es nuestro privilegio tener fe y salvación. El poder de Dios no ha disminuido. Vi que su poder nos sería concedido tan libremente como antes. La iglesia de Dios es la que ha perdido su fe para pedir, su energía para luchar y clamar como Jacob: "No te dejaré, si no me bendices." Génesis 32:26. La fe perseverante se ha ido muriendo. Debe revivir en el corazón de los hijos de Dios. Se debe solicitar la bendición de Dios. La fe, la fe viva nos eleva siempre hacia Dios y la gloria; la incredulidad nos arrastra hacia abajo, las tinieblas y la muerte.

Se preparan pruebas

Vi que la mente de algunos miembros de la iglesia no ha funcionado correctamente. Algunos, de temperamento peculiar, se han valido de sus propias nociones para medir a sus hermanos. Si algunos no estaban completamente de acuerdo con ellos, en seguida se producían dificultades en el campamento. Algunos han colado el mosquito y tragado el camello.

Estos preconceptos han sido tolerados demasiado tiempo. Se ha efectuado una búsqueda en un pajar. Y cuando no surgieron verdaderas dificultades en la iglesia, se fabricaron pruebas. La mente de la iglesia y de los siervos del Señor queda desviada de Dios, la verdad y el cielo, para espaciarse en las tinieblas. Satanás se deleita en que continúen haciéndose tales cosas, pues esto lo satisface. Pero ninguna de estas pruebas es de las que han de purificar a la iglesia, ni aumentarán al fin la fuerza del pueblo de Dios.

Vi que algunos se están marchitando espiritualmente. Han vivido durante algún tiempo velando para mantener a sus hermanos en el camino recto, observando todo defecto para crearles dificultades. Y mientras hacían esto, su mente no se aferraba a Dios ni al cielo ni a la verdad, sino precisamente donde Satanás quiere que se aferre: a alguna otra persona. Los tales han descuidado sus almas; rara vez advierten sus propios defectos, porque han tenido bastante que hacer
[45] para observar los defectos ajenos. Ni siquiera analizan sus propias almas ni escudriñan su propio corazón. Les llama la atención el vestido de una persona, su sombrero o su delantal. Deben hablar a éste o aquél, y esto basta para ocuparlos durante semanas. Vi que toda la religión de algunas pobres almas consiste en observar las vestiduras y las acciones de los demás, y censurarlas. A menos que se reformen no habrá lugar para ellas en el cielo, porque hasta criticarían al Señor mismo.

Dijo el ángel: “Estar en paz con Dios es una obra individual.” Se efectúa entre Dios y nuestra propia alma. Pero cuando las personas se preocupan tanto por los defectos ajenos, no se cuidan de sí mismas. Estas personas llenas de preconceptos y de tendencias a la censura se curarían probablemente de su hábito si trataran directamente con el prójimo a quien consideran equivocado. Esto les costaría tanto que renunciarían a sus opiniones antes que ir. Pero es fácil hablar

con libertad de ésta o aquella persona, cuando el acusado no está presente.

El orden en el culto

Algunos piensan que es malo procurar observar orden en el culto de Dios. Pero he visto que tal cosa no es peligrosa. He visto que la confusión desagrada al Señor, y que debe haber orden en la oración y también en el canto. No debemos ir a la casa de Dios a orar por nuestras familias, a menos que nos induzca a ello un profundo sentimiento, mientras el Espíritu de Dios las está convenciendo. Generalmente, el momento apropiado para orar por nuestras familias es el culto de familia. Cuando las personas objeto de nuestras oraciones están lejos, la cámara secreta es el lugar apropiado donde se puede interceder ante Dios en su favor. Cuando estamos en la casa de Dios, debemos pedir por una bendición actual y esperar que Dios oirá y contestará nuestras oraciones. Estas reuniones serán interesantes y llenas de vida.

Vi que todos deben cantar con el espíritu, y también con el entendimiento. A Dios no le agrada la confusión de voces y la [46] discordia. Siempre le agrada más lo correcto que lo erróneo. Y cuanto más correcto y armonioso sea el canto del pueblo de Dios, tanto más glorificado será el Señor, beneficiada la iglesia y afectados favorablemente los incrédulos.

Se me ha mostrado el orden perfecto del cielo, y he quedado arrobada al escuchar la música perfecta que se oye allí. Después de salir de la visión, el canto terrenal me pareció muy áspero y discordante. He visto compañías de ángeles dispuestos en cuadros, cada uno con un arpa de oro. En el extremo del arpa había un instrumento para dar vuelta, acomodar el arpa o cambiar la melodía. Sus dedos no recorrían descuidadamente las cuerdas, sino que tocaban distintas cuerdas para producir diferentes sonidos. Hay un ángel que siempre guía, que toca primero el arpa y da el tono; luego todos se unen para producir la rica y perfecta música del cielo. Es indescriptible esa melodía celestial y divina, que vibra mientras todo rostro refleja la imagen de Jesús, cuya gloria resplandece con brillo inefable.

* * * * *

Entre el pueblo de Dios no debe reinar la confusión, ni carecerse de orden, armonía, consecuencia y belleza. Se deshonra muchísimo al Señor cuando existe desunión entre su pueblo. La verdad es una unidad. Debemos cultivar día tras día la unión que Dios requiere si queremos contestar la oración de Cristo. La desunión que trata de surgir entre aquellos que profesan creer el último mensaje de misericordia que ha de ser dado al mundo, no debe hallar lugar; pues sería un temible estorbo para el progreso de la obra de Dios. Sus siervos han de ser uno, como Cristo es uno con el Padre; sus facultades, iluminadas, inspiradas y santificadas, deben fusionarse para constituir un todo completo. Los que aman a Dios y guardan
[47] sus mandamientos no han de separarse, sino unirse.*

*Testimonios para la Iglesia 8:174, 175 (1904).

Los jóvenes observadores del sábado*

El 22 de agosto de 1857, en la casa de oración de Monterrey, estado de Míchigan, me fué mostrado que muchos no han oído todavía la voz de Jesús, ni se ha posesionado de su alma el mensaje salvador para realizar una reforma en su vida. Muchos de los jóvenes no abrigan el espíritu de Jesús. El amor de Dios no mora en su corazón, y por lo tanto, todas las tendencias naturales que los asedian obtienen la victoria, en lugar del Espíritu de Dios y la salvación.

Los que poseen realmente la religión de Jesús no se avergonzarán ni temerán llevar la cruz ante aquellos que tienen más experiencia que ellos. Desearán toda la ayuda que puedan obtener de los cristianos de más edad, si anhelan con fervor obrar con rectitud. Aquellos les ayudarán gustosamente; las bagatelas no estorbarán en la carrera cristiana a los de corazón enternecido por el amor de Dios. Hablarán de lo que el Espíritu de Dios obra en ellos. Lo expresarán con canto y oración. Es la falta de religión, la falta de santidad, lo que infunde timidez a los jóvenes, pues su vida los condena. Ellos saben que no viven como debieran vivir los cristianos, por lo tanto, no tienen confianza ante Dios, ni ante la iglesia.

Cuando los jóvenes sienten más libertad al estar ausentes los mayores, es porque están con los de su clase. Cada uno piensa que es tan bueno como el otro. Todos quedan por debajo de lo que debieran ser, pero se miden por sí mismos, se comparan entre sí y descuidan la única norma perfecta y verdadera. Jesús es el verdadero Modelo. Su vida de abnegación es nuestro ejemplo.

Vi cuán poco se estudia el Modelo, cuán poco se lo ensalza delante de ellos. ¡Cuán poco sufren los jóvenes, o se niegan a sí [48]
mismos por su religión! Apenas si se piensa en el sacrificio entre ellos. No imitan al Modelo a este respecto. Vi que el lenguaje de su vida es: el yo debe ser complacido, el orgullo debe ser satisfecho. Se olvidan del Varón de dolores, que conoció el pesar. Los sufrimientos de Jesús en el Getsemaní, su sudor, como de grandes gotas de sangre

*Testimonios para la Iglesia 1:154, 164 (1857).

en el huerto, la apretada corona de espinas que hirió su sagrada frente, no los conmueven. Se han encallecido. Sus sensibilidades están embotadas, y han perdido toda noción del gran sacrificio hecho por ellos. Pueden quedar sentados escuchando la historia de la cruz, y oyendo cómo los crueles clavos traspasaron las manos y los pies del Hijo de Dios sin conmoverse hasta lo más profundo del alma.

Se necesita una experiencia más profunda

Dijo el ángel: "Si los tales fueran introducidos en la ciudad de Dios, y se les dijera que toda su rica belleza y gloria serán su disfrute eterno, no se darían cuenta de cuán elevado precio se pagó por esta herencia que se les destina. Nunca comprenderán las inconmensurables profundidades del amor del Salvador. No han bebido de su copa ni han sido bautizados de su bautismo. El cielo se mancillaría si los tales moraran allí. Únicamente aquellos que han participado de los sufrimientos del Hijo de Dios, y han subido de la gran tribulación y lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero, pueden disfrutar de la gloria indescriptible y la belleza insuperable del cielo."

La falta de esta preparación necesaria excluirá a la mayor parte de los jóvenes que profesan el cristianismo; porque éstos no trabajan con bastante fervor y celo para obtener el reposo que queda para el pueblo de Dios. No quieren confesar sinceramente sus pecados, para que les sean perdonados y borrados. Estos pecados se revelarán dentro de poco en toda su enormidad. El ojo de Dios no dormita. Conoce todo pecado oculto ante el ojo mortal. Los culpables saben
[49] exactamente qué pecados han de confesar para que sus almas queden limpias delante de Dios. Jesús les está dando ahora oportunidad de confesarlos, y arrepentirse con profunda humildad y purificar su vida obedeciendo a la verdad y viviendo de acuerdo con ella. Ahora es el momento de corregir los males y de confesar los pecados, o aparecerán delante del pecador en el día de la ira de Dios.

Los padres unidos en la disciplina

Los padres confían generalmente demasiado en sus hijos; y sucede con frecuencia que, cuando los padres confían en ellos, estos hijos

están sumidos en iniquidad oculta. Padres, velad sobre vuestros hijos con cuidado celoso. Exhortadlos, reprendedlos, aconsejadlos cuando os levantáis y cuando os sentáis; cuando salís y cuando entráis; "mandamiento tras mandamiento, ... línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá." Isaías 28:10. Subyugad a vuestros hijos cuando son jóvenes. Muchos padres descuidan esto lamentablemente. No asumen una actitud tan firme y decidida como debieran asumirla con respecto a sus hijos. Les permiten ser como el mundo, amar la ostentación de la vestimenta y asociarse con los de influencia venenosa porque odian la verdad. Al obrar así, estimulan en sus hijos una disposición mundanal.

Vi que debe ser siempre un principio fijo para los padres cristianos mantenerse unidos en el gobierno de sus hijos. Algunos padres fallan al respecto; les falta unión. El defecto se advierte a veces en el padre, pero con más frecuencia en la madre. La madre cariñosa mima a sus hijos. El trabajo del padre le obliga a menudo a ausentarse de la casa y de la sociedad de sus hijos. La influencia de la madre se hace sentir. Su ejemplo contribuye mucho a formar el carácter de los hijos. Algunas madres cariñosas les permiten a sus hijos costumbres que no debieran ser toleradas por un momento. A veces se le ocultan al padre las faltas de los hijos. La madre concede ciertas prendas de vestir o algunas otras complacencias, con el entendimiento de que el [50] padre no sabrá nada de ello; porque él reprendería tales cosas.

Con esto se les enseña eficazmente a los niños una lección de engaño. Luego, si el padre descubre estas faltas, se presentan excusas, pero se dicen medias verdades. La madre no es franca. No considera debidamente que el padre tiene el mismo interés que ella en los hijos, y que no debiera dejarle ignorar los males o debilidades que se les debiera corregir mientras son jóvenes. Se ocultan las cosas. Los hijos conocen la falta de unión que hay entre los padres, y ello tiene su efecto. Los hijos empiezan desde muy jóvenes a engañar y a encubrir tanto a su padre como a su madre las cosas y presentarlas con matices muy diferentes de los verdaderos. La exageración se vuelve un hábito, y se llega a contar mentiras abiertas con pocos remordimientos de conciencia.

Estos males se iniciaron cuando la madre ocultó las cosas al padre, que tiene igual interés que ella en el desarrollo del carácter de sus hijos. El padre debiera haber sido consultado libremente.

Debiera habérsele revelado todo. Pero la conducta opuesta, seguida para ocultar los yerros de los hijos, estimula en ellos una disposición a engañar y falta de veracidad y sinceridad.

La única esperanza de estos hijos, sea que profesen la religión o no, consiste en que sean cabalmente convertidos. Todo su carácter debe cambiar. Madre irreflexiva, ¿piensa Vd., mientras enseña a sus hijos, en que toda la experiencia religiosa de éstos queda afectada por lo que se les enseña cuando jóvenes? Subyúguelos cuando jóvenes; enséñeles a someterse a Vd., y tanto más fácilmente aprenderán a obedecer a los requerimientos de Dios. Estimule en ellos una disposición veraz y sincera. No les dé nunca ocasión de dudar de su sinceridad y estricta veracidad.

Vi que los jóvenes profesan creer en el poder salvador de Dios, pero no gozan de él. Carecen de religión, carecen de la salvación.
[51] Y, ¡cuántas palabras sin provecho pronuncian! Se lleva un registro fiel de ellas, pues los mortales serán juzgados de acuerdo con los actos cometidos por el cuerpo. Jóvenes amigos, vuestras acciones y vuestras palabras ociosas quedan escritas en el Libro. Vuestra conversación no ha versado sobre cosas eternas, sino sobre éste, aquel o el otro asunto común y mundano, al que no debieran dedicarse los cristianos. Todo queda escrito en el Libro.

Se necesita una verdadera conversión

Vi que a menos que se manifieste en los jóvenes un cambio completo y una conversión cabal, pueden desesperar de alcanzar el cielo. Por lo que me ha sido mostrado, no están verdaderamente convertidos ni siquiera la mitad de los jóvenes que profesan la religión y la verdad. Si hubiesen sido convertidos, darían frutos para la gloria de Dios. Muchos se apoyan en una esperanza supuesta, sin verdadero fundamento. La fuente no ha sido limpiada; por lo tanto los raudales que proceden de ella no son puros. Limpiad la fuente y los raudales serán puros. Si el corazón está bien, vuestras palabras, vuestra indumentaria, vuestros hechos también lo estarán. Falta la verdadera piedad. No quisiera deshonrar a mi Maestro admitiendo siquiera que es cristiana una persona negligente, trivial y que no ora. No; el cristiano obtiene la victoria sobre los pecados que lo asedian y sobre sus pasiones. Hay un remedio para el alma enferma

de pecado. Ese remedio está en Jesús. ¡Precioso Salvador! Su gracia basta para los más débiles; y los más fuertes deben recibir también su gracia o perecer.

Vi cómo se puede obtener esta gracia. Id a vuestra cámara, y allí a solas, suplicad a Dios: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí." Salmos 51:10. Tened fervor y sinceridad. La oración ferviente es muy eficaz. Como Jacob, luchad en oración. Agonizad. En el huerto Jesús sudó grandes gotas de sangre; pero habéis de hacer un esfuerzo. No abandonéis vuestra cámara hasta que os sintáis fuertes en Dios; luego velad y mientras veléis y oréis, podréis dominar los pecados que os asedian, y la [52] gracia de Dios podrá manifestarse en vosotros; y lo hará.

No permita Dios que yo deje de amonestaros. Jóvenes amigos, buscad al Señor de todo corazón. Acudid a él con celo, y cuando sintáis sinceramente que sin la ayuda de Dios habríais de perecer, cuando le anheléis a él como el ciervo anhela las corrientes de agua, entonces el Señor os fortalecerá prestamente. Entonces vuestra paz sobrepujará todo entendimiento. Si esperáis la salvación, debéis orar. Tomad tiempo para ello. No os apresuréis ni seáis negligentes en vuestras oraciones. Rogad a Dios que obre en vosotros una reforma cabal, para que los frutos de su Espíritu moren en vosotros y permanezcáis como luminarias en el mundo. No seáis un estorbo ni una maldición para la causa de Dios; podéis ser una ayuda, una bendición. ¿Os dice Satanás que no podéis disfrutar de la salvación, plena y gratuitamente? No lo creáis.

Vi que es privilegio de todo cristiano gozar de las profundas emociones del Espíritu de Dios. Una paz dulce y celestial invadirá la mente y os deleitaréis en meditar en Dios y en el cielo. Os regocijarán las gloriosas promesas de su Palabra. Pero sabed primero que habéis iniciado la carrera cristiana. Sabed que habéis dado los primeros pasos en el camino de la vida eterna. No os engañéis. Sé que muchos de vosotros no sabéis lo que es la religión. Habéis sentido cierta excitación, cierta emoción, pero nunca habéis reconocido la enormidad del pecado. Nunca habéis sentido que estabais perdidos, ni os habéis apartado de vuestros malos caminos con amargo pesar. Nunca habéis muerto al mundo. Amáis todavía sus placeres; os deleita conversar de asuntos mundanales. Pero, cuando se introduce la verdad de Dios no tenéis nada que decir. ¿Por qué calláis así? ¿Por

qué habláis tanto de cosas mundanales, y guardáis silencio sobre el tema que más os concierne, un tema que debiera embargar toda vuestra alma? La verdad de Dios no mora en vosotros.

[53] Vi que muchos hacen una admirable profesión de fe, mientras que su interior está corrompido. No os engañéis los que profesáis así la religión con corazón falso. Dios mira al corazón. "De la abundancia del corazón habla la boca." Mateo 12:34. Vi que el mundo está en el corazón de los tales, pero no la religión de Jesús. Si los que profesan ser cristianos aman más a Jesús que al mundo, se deleitarán al hablar de él como de su mejor amigo, en quien concentran los más caros afectos. El acudió en su auxilio cuando ellos se sintieron perdidos y a punto de perecer. Cuando estaban cansados y agobiados por el pecado, se volvieron hacia él. El quitó su carga de la culpabilidad del pecado, quitó su pesar y aflicción, y desvió toda la corriente de sus afectos. Aborrecen ahora las cosas que una vez amaron, y aman las cosas que aborrecían.

Jesús lo exige todo

¿Se ha realizado este gran cambio en nosotros? No os engañéis. Por mi parte, no tomaría el nombre de Cristo, o le daría todo mi corazón, mis afectos indivisos. Debemos sentir la más profunda gratitud por el hecho de que Jesús acepta esta ofrenda. El lo exige todo. Cuando somos inducidos a ceder a sus requerimientos, y a renunciar a todo, sólo entonces, y no antes, nos circuye con sus brazos de misericordia. Pero, ¿qué damos cuando se lo damos todo? Un alma contaminada de pecado para que Jesús la purifique, la limpie por su misericordia y la salve de la muerte por su amor sin par. Y sin embargo, vi que algunos piensan que es demasiado difícil entregarlo todo. Me avergüenza oír hablar de esto, me avergüenza escribirlo.

¿Habláis de abnegación? ¿Qué dió Cristo por nosotros? Cuando os parece duro que Cristo lo requiera todo, id al Calvario, y llorad por haber pensado así. ¡Contemplad las manos y los pies de nuestro Libertador desgarrados por los crueles clavos, a fin de que fuésemos lavados del pecado con su propia sangre!

[54] Los que sienten el amor constrictivo de Dios no preguntan cuán poco pueden dar a fin de obtener la recompensa celestial; no pre-

guntan cuál es la norma más baja, sino que buscan una perfecta conformidad con la voluntad de su Redentor. Con ferviente deseo lo entregan *todo,* y manifiestan un celo proporcional al valor del objeto que buscan. ¿Cuál es ese objeto? La inmortalidad, la vida eterna.

Amigos jóvenes, muchos de vosotros estáis lamentablemente engañados. Os habéis satisfecho con algo que es menos que la religión pura e inmaculada. Quiero despertaros. Los ángeles de Dios procuran despertaros. ¡Ojalá que las verdades importantes de la Palabra de Dios os hagan apreciar el peligro que os acecha y os induzcan a realizar un examen cabal de vosotros mismos! Vuestros corazones son todavía carnales. No están sujetos a la ley de Dios ni pueden estarlo. Estos corazones carnales deben ser cambiados, y veréis entonces tanta belleza en la santidad que la anhelaréis como el ciervo anhela las corrientes de las aguas. Amaréis a Dios y su ley, y el yugo de Cristo os resultará fácil y ligera su carga. Aunque sufráis pruebas, si las soportáis, ellas no harán más que embellecer el camino. La herencia inmortal es para el cristiano que se niegue a sí mismo.

Sirvamos a Dios por principio

Vi que el cristiano no debe dar demasiado valor a los sentimientos de felicidad ni depender demasiado de ellos. Estos sentimientos no son siempre verdaderos guías. Cada cristiano debe procurar servir a Dios por principio, y no ser regido por los sentimientos. Al hacer esto, se ejercerá la fe y ella aumentará. Me fué mostrado que si el cristiano vive en forma humilde y abnegada, tendrá como resultado paz y gozo en el Señor. Pero la mayor felicidad que se experimentará provendrá de beneficiar a otros, hacer felices a los demás. Tal felicidad será duradera.

Muchos de los jóvenes no tienen principios fijos para servir a Dios. No ejercen la fe. Se hunden bajo cada nube. No tienen poder de resistencia, ni crecen en la gracia. Parecería que guardaran [55]
los mandamientos de Dios. Elevan de vez en cuando una oración formal, y se llaman cristianos. Sus padres ansían mucho verlos aceptar cualquier cosa que parezca ventajosa, pero no trabajan con ellos, ni les enseñan que la mente carnal debe morir. Los animan a adelantarse y desempeñar un papel. Pero no los inducen a escudriñar

diligentemente su corazón, a examinarse y a calcular el costo de lo que significa ser cristiano. El resultado es que los jóvenes profesan ser cristianos sin probar suficientemente sus motivos.

Dice el Testigo fiel: "Ojalá fueses frío o caliente. Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca." Apocalipsis 3:15, 16. Satanás acepta que seáis cristianos de nombre, porque así resultáis más convenientes para sus fines. Si tenéis una forma de piedad y no la verdadera, puede usaros como señuelo para atraer a otros al mismo estado de engaño propio. Algunas pobres almas os mirarán a vosotros en vez de recurrir a la norma de la Biblia; y no se elevarán más alto. Serán tan buenas como vosotros, y se quedarán satisfechas.

A los jóvenes se los insta a menudo a cumplir con su deber, a hablar u orar en las reuniones; se les insta a que mueran al orgullo. Se les insta a cada paso. Una religión tal no vale nada. Si cambia el corazón carnal, no habrá tal obra rutinaria, ni personas de corazón frío que profesen servir a Dios. Todo el amor al vestido y a las apariencias habrá desaparecido. El tiempo que pasáis delante del espejo, arreglando vuestro cabello para que agrade al ojo, será dedicado a la oración y al escudriñamiento del corazón. En el corazón santificado no habrá cabida para el atavío exterior, sino una búsqueda ferviente y ansiosa del adorno interior: las gracias cristianas y los frutos del Espíritu de Dios.

Dice el apóstol: "El adorno de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto, en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande
[56] estima delante de Dios." 1 Pedro 3:3, 4.

Subyugad la mente carnal, reformad la vida, y no se idolatrará el pobre cuerpo mortal. Si se reforma el corazón, ello se notará en la apariencia exterior. Si Cristo es en nosotros la esperanza de gloria, descubriremos tan incomparables encantos en él que el alma se enamorará. Se aferrará a él, elegirá amarle, y por admiración a él, será olvidado el yo. Jesús será magnificado y adorado, y el yo humillado y abatido. Pero profesar el cristianismo sin este amor profundo, es simple palabrería, árido formalismo y penosa rutina. Muchos de vosotros conserváis una noción mental de la religión, una religión exterior, aunque el corazón no ha sido purificado. Dios

mira al corazón, pues "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta." Hebreos 4:13. ¿Se quedará él satisfecho con algo menor que la verdad en el fuero íntimo? Toda alma verdaderamente convertida llevará las señales inequívocas de que la mente carnal ha sido subyugada.

Hablo claramente. No pienso que esto desanimará a un verdadero cristiano; no quiero que ninguno de vosotros llegue al tiempo de angustia sin una esperanza bien fundada en su Redentor. Resolved conocer lo peor de vuestro caso. Averiguad si tenéis una herencia en el cielo. Tratad verazmente con vuestra alma. Recordad que Jesús presentará a su Padre una iglesia sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

¿Cómo habéis de saber que sois aceptos a Dios? Estudiad su Palabra con oración. No la pongáis a un lado por ningún otro libro. Ella os convence de pecado. Revela claramente el camino de la salvación. Saca a luz una recompensa brillante y gloriosa. Os revela un Salvador completo y os enseña que únicamente por su misericordia ilimitada podéis esperar salvación.

No descuidéis la oración secreta, porque es el alma de la religión. Con oración ferviente y sincera, solicitad pureza para vuestra alma. Interceded tan ferviente y ardorosamente como lo haríais por vuestra vida mortal, si estuviese en juego. Permaneced delante de Dios hasta que se enciendan en vosotros anhelos indecibles de salvación, y [57] obtengáis la dulce evidencia de que vuestro pecado está perdonado.

La esperanza de la vida eterna no se ha de recibir por motivos frágiles. Es un asunto que se ha de decidir entre Dios y vuestra propia alma, y por la eternidad. Una esperanza que sea tan sólo supuesta, provocará vuestra ruina. Puesto que subsistís o caéis por la Palabra de Dios, en esta Palabra debéis buscar el testimonio de vuestro caso. Allí podréis ver lo que se requiere de vosotros para llegar a ser cristianos. No depongáis vuestra armadura, ni abandonéis el campo de batalla hasta haber obtenido la victoria y triunfado en vuestro Redentor. [58]

El tesoro en los cielos*

Algunos no siguen una conducta honrada ni sincera. Los tales deben actuar en forma muy diferente y trabajar rápidamente para redimir el tiempo. Muchos observadores del sábado yerran en esto. Se aprovechan de sus hermanos pobres, y los que tienen abundancia de recursos exigen a sus hermanos que están en situación embarazosa y angustiosa por falta de recursos un precio superior al valor real de las cosas que les venden, mucho más de lo que ellos mismos pagarían. Dios conoce todas estas cosas. Todo acto egoísta, toda extorsión codiciosa, traerá su recompensa.

Vi que es cruel e injusto no tener consideración de la situación de un hermano. Si él está angustiado y empobrecido, a pesar de hacer lo mejor que puede, se le debe hacer alguna concesión. Ni siquiera se le debe exigir el pleno valor de las cosas que compre a los ricos; sino que ellos deben manifestar compasión hacia él. Dios aprobará tales actos de bondad, y el que los haga no perderá su recompensa. Pero una terrible cuenta subsiste contra muchos observadores del sábado por actos de egoísmo y avaricia.

Me fué recordado un tiempo en el cual eran pocos los que escuchaban y abrazaban la verdad. Estos no tenían muchos bienes de este mundo. Las necesidades de la causa se dividían entre muy pocos. Entonces era necesario que algunos vendiesen sus casas y tierras, y consiguiesen otras más baratas para usarlas como refugio u hogar, mientras que prestaban libre y generosamente sus recursos al Señor para publicar la verdad, y ayudar de otras maneras a hacer progresar la causa de Dios. Mientras contemplaba a estos hermanos abnegados, vi que habían soportado privaciones para beneficiar a
[59] la causa. Vi a su lado a un ángel que señalaba hacia arriba y decía: "¡Tenéis bolsas en el cielo! Tenéis en el cielo bolsas que no envejecen. Resistid hasta el fin y grande será vuestra recompensa."

Dios ha estado obrando en muchos corazones. La verdad por la cual unos pocos se sacrificaron tanto, a fin de presentarla a otros, ha

*Testimonios para la Iglesia 1:176, 177 (1857). (Del cap. "El joven rico.")

triunfado, y multitudes la han aceptado. En su providencia Dios ha obrado en ciertas personas acaudaladas, y las ha traído a la verdad a fin de que a medida que la obra crece, sean suplidas las necesidades de la causa. Muchos recursos han ingresado en las filas de los observadores del sábado, y vi que actualmente Dios no exige las casas que la gente necesita para vivir, a menos que se quieran cambiar casas costosas por otras más económicas. Pero si los que están en la abundancia no oyen su voz para separarse del mundo y, vendiendo parte de su propiedad y tierra, hacer un sacrificio para Dios, los pasará por alto, y llamará a quienes estén dispuestos a hacer cualquier cosa por Jesús, hasta el punto de vender sus casas para satisfacer las necesidades de la causa. Dios quiere ofrendas voluntarias. Los que den deben considerar que es un privilegio el poder hacerlo. [60]

El zarandeo*

El 20 de noviembre de 1857 me fué mostrado el pueblo de Dios, y lo vi poderosamente sacudido. Algunos, con robusta fe y clamores de agonía intercedían ante Dios. Estaban pálidos y sus rostros demostraban la profunda ansiedad resultante de su lucha interior. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente; pero con todo, su aspecto manifestaba firmeza y fervor. De cuando en cuando brillaba en sus semblantes la señal de la aprobación de Dios, y nuevamente volvían a quedar en solemne, fervorosa y anhelante actitud.*

Angeles malos los rodeaban y los oprimían con sus tinieblas para ocultarles de la vista a Jesús y para que sus ojos se fijaran en la obscuridad circundante, a fin de inducirlos a desconfiar de Dios y luego a murmurar contra él. Su única salvaguardia estribaba en mantener los ojos dirigidos hacia arriba, pues los ángeles de
[61] Dios estaban encargados de su pueblo y, mientras que la ponzoñosa atmósfera de los malos ángeles circundaba y oprimía a las ansiosas almas, los ángeles celestiales batían sin cesar las alas para disipar las densas tinieblas.

Vi que algunos no participaban en esta lucha e intercesión. Parecían indiferentes y negligentes. No resistían a las tinieblas que los

*Testimonios para la Iglesia 1:179-184 (1857).

*"Tocad trompeta en Sión, pregonad ayuno, llamad a congregación, reunid el pueblo, santificad la reunión, juntad los viejos. ... Entre la entrada y el altar, lloren los sacerdotes, ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová a tu pueblo, y no pongas en oprobio tu heredad, para que las gentes se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios?" Joel 2:15-17. "Someteos pues a Dios; resistid al diablo, y de vosotros huirá. Allegaos a Dios, y él se allegará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros de doblado ánimo, purificad los corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os ensalzará." Santiago 4:7-10. "Congregaos y meditad, gente no amable, antes que para el decreto, y el día se pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el furor de la ira de Jehová, antes que el día de la ira de Jehová venga sobre vosotros. Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, que pusisteis en obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová." Sofonías 2:1-3.

envolvían, y éstas los encerraban como una espesa nube. Vi que los ángeles de Dios se apartaban de ellos y acudían en auxilio de los que se empeñaban en resistir con todas sus fuerzas a los ángeles malos y procuraban ayudarse, clamando perseverantemente a Dios. Pero los ángeles nada hacían por quienes no procuraban ayudarse a sí mismos; y los perdí de vista. Mientras los que oraban continuaban clamando con fervor, recibían a veces un rayo de luz que emanaba de Cristo para alentar su corazón e iluminar su rostro.

Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el directo testimonio que exige el consejo del Testigo fiel a la iglesia de Laodicea. Tendrá este consejo efecto en el corazón de quien lo reciba y le inducirá a ensalzar la norma y expresar claramente la verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él. Esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios.

El testimonio del Testigo no ha sido escuchado sino a medias. El solemne testimonio, del cual depende el destino de la iglesia, se tiene en poca estima, cuando no se lo descarta por completo. Este testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento, y todos los que lo reciban sinceramente, le obedecerán y quedarán purificados.

Dijo el ángel: "Escuchad." Pronto oí una voz que resonaba como si fueran muchos instrumentos musicales de acordes perfectos y armoniosos. Era incomparablemente más melodiosa que cuantas músicas hubiera oído hasta entonces y parecía henchida de misericordia, compasión y gozo santo y enaltecedor. Conmovió todo mi ser. El ángel dijo: "Mirad." Fijé la atención entonces en la hueste que antes había visto tan violentamente sacudida. Vi a los que antes gemían y oraban con aflicción de espíritu. Los rodeaba doble número de ángeles custodios, y una armadura los cubría de pies a cabeza. Marchaban en perfecto orden, firmemente, como una compañía de soldados. Sus semblantes delataban el severo conflicto que habían sobrellevado y la desesperada batalla que acababan de reñir. Sin embargo, sus rostros que llevaban la impresión grabada por la angustia, resplandecían ahora, iluminados por la gloriosa luz del cielo. Habían logrado la victoria, y esto despertaba en ellos la más profunda gratitud y un gozo santo y sagrado. [62]

El número de esta hueste había disminuído. Con el zarandeo, algunos fueron dejados a la vera del camino.[*] Los descuidados e indiferentes que no se unieron con quienes apreciaban la victoria y la salvación lo bastante para perseverar en anhelarlas clamando angustiosamente por ellas, no las obtuvieron y quedaron rezagados en tinieblas; pero sus lugares fueron ocupados en seguida por otros, que se afiliaron a la hueste que había aceptado la verdad. Los ángeles malignos seguían agrupándose en su derredor, pero ningún poder
[63] tenían sobre ellos.[**]

Oí que los revestidos de la armadura proclamaban la verdad con gran poder, y ella producía su efecto. Vi a las personas que habían estado atadas: algunas esposas por sus consortes, y algunos hijos por sus padres. Los sinceros, a quienes hasta entonces se les había impedido oír la verdad, se adhirieron ardientemente a ella. Desvanecióse todo temor a los parientes. Tan sólo la verdad les parecía sublime, y la valoraban más que la misma vida. Habían tenido hambre y sed de verdad. Pregunté por la causa de tan profunda mudanza y un ángel me respondió: "Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia de Dios; el potente pregón del tercer ángel."

Formidable poder tenían aquellos escogidos. Dijo el ángel: "Mirad." Vi a los impíos, malvados e incrédulos. Estaban todos muy excitados. El celo y poder del pueblo de Dios los había enfurecido. Cundía entre ellos la confusión. Vi que tomaban medidas contra la hueste que tenía la luz y el poder de Dios. Pero esta hueste, aunque rodeada por densas tinieblas, se mantenía firme, aprobada por

[*] "Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo." Apocalipsis 3:15-17.

[**] "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y estar firmes, habiendo acabado todo. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos de verdad, y vestidos de la cota de justicia. Y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de salud y la espada del Espíritu; que es la palabra de Dios. Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos." Efesios 6:12-18.

Dios y confiada en él. Los vi perplejos; luego los oí clamar a Dios ardientemente, sin cesar día y noche.* Oí estas palabras: "¡Hágase, Señor, tu voluntad! Si ha de servir para gloria de tu nombre, dale a tu pueblo el medio de escapar. Líbranos de los paganos que nos rodean. Nos han sentenciado a muerte; pero tu brazo puede salvarnos." Estas son todas las palabras que puedo recordar. Todos mostraban honda convicción de su insuficiencia y manifestaban completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, todos sin excepción, como Jacob, oraban y luchaban fervorosamente por su liberación.

Poco después que estos seres humanos iniciaron su anhelante clamor, los ángeles, movidos a compasión quisieron ir a librarlos; pero un ángel alto y de aspecto imponente no lo consintió, y dijo: [64] "Todavía no está cumplida la voluntad de Dios. Han de beber del cáliz. Han de ser bautizados con el bautismo."

Pronto oí la voz de Dios que estremecía cielos y tierra.* Hubo un gran terremoto. Por doquiera se derrumbaban los edificios. Oí entonces un triunfante cántico de victoria, un cántico potente, armonioso y claro. Miré a la hueste que poco antes estaba en tan angustiosa esclavitud y vi que su cautividad había cesado. La iluminaba una refulgente luz. ¡Cuán hermosos parecían entonces! Se había desvanecido todo rastro de inquietud y fatiga, y cada rostro rebosaba salud y belleza. Sus enemigos, los paganos que los rodeaban, cayeron como muertos, porque no les era posible resistir la luz que iluminaba a los santos libertados. Esta luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta que apareció Jesús en las nubes del cielo, y la fiel y probada hueste fué transformada en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, de gloria en gloria. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los santos, revestidos de inmortalidad, exclamando: "¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro!" Y juntamente con los santos vivos fueron arrebatados al encuentro de su Señor en el aire, mientras que

*"¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque sea longánime acerca de ellos? Os digo que los defenderá presto. Empero cuando el Hijo del hombre viniere, ¿hallará fe en la tierra?" Lucas 18:7, 8; véase también Apocalipsis 14:14, 15.

*"Y Jehová bramará desde Sión, y dará su voz desde Jerusalem, y temblarán los cielos y la tierra: mas Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel." Joel 3:16; véase también Hebreos 12:26; Apocalipsis 16:17.

toda lengua inmortal emitía hermosas y armónicas aclamaciones de
[65] gloria y victoria.

La prueba de Dios*

Dios probará a los suyos. Jesús los soporta pacientemente, y no los vomita de su boca en un momento. Dijo el ángel: "Dios está pesando a su pueblo." Si el mensaje hubiese sido de corta duración, como muchos de nosotros suponíamos, no habría habido tiempo para desarrollar el carácter. Muchos actuaron por sentimientos, no por principios y fe, y este mensaje solemne y temible, los conmovió. Obró sobre sus sentimientos y excitó sus temores, pero no realizó la obra que Dios quería que realizase. Dios lee el corazón. Porque sus hijos no se engañen a sí mismos, les da tiempo para que pase la excitación; luego los prueba para ver si quieren obedecer el consejo del Testigo fiel.

Dios conduce a su pueblo paso a paso. Coloca a sus seguidores en diferentes situaciones a fin de que se manifieste lo que hay en el corazón. Algunos soportan ciertas pruebas, pero fracasan en otras. A medida que se avanza en este proceso, el corazón es probado un poco más severamente. Si los que profesan ser hijos de Dios, encuentran que su corazón se opone a esta obra directa, deben convencerse de que tienen que hacer algo para vencer, si no quieren ser vomitados de la boca del Señor.

Dijo el ángel: "Dios irá probando cada vez más de cerca a cada uno de sus hijos." Algunos están dispuestos a aceptar un punto; pero cuando Dios los prueba en otro, lo rehuyen y retroceden, porque hiere directamente algún ídolo suyo. Así tienen oportunidad de ver lo que hay en su corazón que los aísla de Jesús. Hay algo que aprecian más que la verdad y su corazón no está preparado para recibir a Jesús. Los individuos son probados durante cierto tiempo [66] para ver si quieren sacrificar sus ídolos y escuchar el consejo del Testigo fiel. Si alguno no quiere ser purificado por la obediencia de la verdad, y vencer su egoísmo, su orgullo y malas pasiones, los ángeles de Dios reciben este encargo: "Se han unido a sus ídolos, dejadlos," y prosiguen con su obra, dejando en manos de los malos

*Testimonios para la Iglesia 1:186-190 (1859). (Del cap. "La iglesia de Laodicea.")

ángeles a aquellos que no han subyugado sus rasgos pecaminosos. Los que resisten en cada punto, que soportan cada prueba y vencen, a cualquier precio que sea, han escuchado el consejo del Testigo fiel y recibirán la lluvia tardía, y estarán preparados para la traslación. ... ¡Ojalá que toda persona que profesa tibiamente su creencia pudiese comprender la obra de limpieza que Dios está por realizar entre su pueblo profeso! Estimados amigos, no os engañéis acerca de vuestra condición. No podéis engañar a Dios. Dice el Testigo fiel: "Conozco tus obras." Apocalipsis 3:1. El tercer ángel está conduciendo a un
[67] pueblo paso a paso, cada vez más arriba. A cada paso será probado.

Las casas de culto*

Vi que muchos de aquellos a quienes Dios ha confiado recursos, se sienten libres para usarlos liberalmente según su propia conveniencia y acomodarse hogares placenteros en esta tierra; pero cuando edifican una casa en la cual se ha de adorar al gran Dios que habita en la eternidad, no pueden permitirle que use los recursos que él les prestó. No rivalizan los miembros en demostrar su gratitud a Dios por la verdad, haciendo todo lo que pueden para preparar un lugar de culto apropiado; por el contrario, algunos tratan de hacer lo menos posible. Les parece que lo que gastan en la preparación de un lugar donde puedan recibir la visita del Altísimo se ha de contar como pérdida. Tal ofrenda es coja, e inaceptable para Dios. Vi que le agradaría mucho más a Dios si sus hijos manifestasen tanta sabiduría al prepararle una casa como la que manifiestan al construir sus propias moradas.

Los sacrificios y las ofrendas de los hijos de Israel debían ser sin mácula ni defecto, lo mejor de los rebaños; y se requería que cada uno participase en esta obra. La obra de Dios para este tiempo será extensa. Si edificáis una casa para el Señor, no le ofendáis ni le pongáis limitaciones dedicándole vuestras ofrendas cojas. Poned en la casa edificada para Dios la mejor ofrenda. Sea ella lo mejor de lo mejor que poseéis. Manifestad interés en hacerla conveniente y cómoda. Algunos piensan que esto no tiene importancia porque el tiempo es muy corto. Entonces aplicad la misma regla a vuestras propias moradas, y a todos vuestros arreglos mundanales.

Vi que Dios podría llevar a cabo su obra sin ayuda de ningún hombre; pero tal no es su plan. El mundo actual está destinado a ser un escenario de prueba para el hombre. Este debe formar aquí [68]
un carácter que le acompañará en el mundo eterno. Delante de él se halla el bien y el mal, y su estado futuro depende de la elección que haga. Cristo vino para cambiar la corriente de sus pensamientos y afectos. Su corazón debe ser apartado de su tesoro terrenal, y fijado

*Testimonios para la Iglesia 1:196, 197 (1859).

en el celestial. Por su abnegación, Dios será glorificado. El gran sacrificio ha sido hecho para el hombre. Ahora se lo prueba a él para ver si sigue el ejemplo de Cristo y se sacrifica por sus semejantes.

Satanás y sus ángeles están coligados contra el pueblo de Dios, pero Jesús trata de purificarlo para sí. El exige que sus hijos hagan prosperar su obra. Dios les ha confiado en este mundo lo suficiente para llevar a cabo su obra sin trabas, y él quiere que usen juiciosamente los recursos que les ha confiado. "Vended lo que poseéis, y dad limosna" (Lucas 12:33), es parte de la sagrada Palabra de Dios. Los siervos de Dios deben levantarse, clamar y no escatimar esfuerzos para declarar "a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado." Isaías 58:1. La obra de Dios se ha de extender. Si su pueblo sigue su consejo, no conservará muchos recursos que serán consumidos en la conflagración final. Se habrá hecho tesoros donde la polilla y el orín no pueden corromper, y no habrá vínculo que lo
[69] ligue a esta tierra.

Lecciones de las parábolas*

Se me mostró que la parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida. Esta lección importante fué dada a los discípulos para beneficio de los creyentes que viviesen en los postreros días. Y estos talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir acerca de la Palabra de Dios. La parábola se aplica a los recursos temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Aquellos a quienes se había entregado cinco y dos talentos, negociaron y duplicaron lo que se les confió. Dios requiere de aquellos que tienen posesiones en esta tierra, que de su dinero obtengan interés para él, que lo dediquen a la causa, para diseminar la verdad. Y si la verdad vive en el corazón de aquel que la recibió, él también ayudará con sus medios para comunicarla a otros; y mediante sus esfuerzos, su influencia y sus recursos, otras almas aceptarán la verdad y empezarán a trabajar por Dios.

Vi que algunos de los que profesan ser hijos de Dios, son como el hombre que ocultó su talento en la tierra. Impiden que sus bienes beneficien a la causa de Dios. Aseguran que son suyos, que tienen derecho a hacer lo que les plazca con ellos; y no se salvan almas por medio de los esfuerzos juiciosos que ellos podrían hacer con el dinero de su Señor. Los ángeles llevan un registro fiel de toda la obra de cada hombre, y al ser pronunciado el juicio sobre la casa de Dios, se registra la sentencia de cada uno al lado de su nombre, y al ángel se le ordena que no perdone a los siervos infieles, sino que los abata en el tiempo de la matanza. Y lo que les fué confiado les será arrebatado. Se los despojará de su tesoro terrenal; lo habrán perdido todo. Las coronas que podrían haber llevado si hubieran sido fieles, se colocarán sobre la cabeza de aquellos que hayan sido salvados por [70]
los siervos fieles cuyos recursos estuvieron constantemente en uso para Dios. Cada persona en cuya salvación intervinieron, añadirá estrellas a su corona de gloria y aumentará su eterna recompensa.

*Testimonios para la Iglesia 1:197-200 (1859).

También me fué mostrado que la parábola del mayordomo infiel había de enseñarnos una lección. "Haceos amigos por medio de las riquezas de injusticia, para que cuando faltaren, se os reciba en las mansiones eternas." Lucas 16:9. Si empleamos nuestros recursos para la gloria de Dios en esta tierra, nos hacemos tesoro en los cielos; y cuando las posesiones terrenales hayan desaparecido todas, el mayordomo fiel tendrá a Jesús y a los ángeles por amigos que le recibirán en las mansiones eternas.

Responsables ante Dios

"El que es fiel en lo muy poco, también en lo mucho es fiel." Lucas 16:10. El que es fiel con sus bienes terrenales, que son los de menor importancia, y emplea juiciosamente lo que Dios le prestó aquí, será fiel a su profesión. "El que en lo muy poco es infiel, también en lo mucho es infiel." Lucas 16:10 (VM). El que retiene de Dios lo que él le prestó, será infiel en las cosas de Dios en todo respecto. "Por tanto si en cuanto a las riquezas injustas no habéis sido fieles, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas?" Lucas 16:11 (VM). Si nos demostramos infieles en el manejo de lo que Dios nos presta aquí, él no nos dará nunca la herencia inmortal. "Y si en lo ajeno no habéis sido fieles ¿quién os dará lo vuestro propio?" Lucas 16:12 (VM). Jesús compró la redención para nosotros; es nuestra; pero nos hallamos aquí a prueba, para ver si resultamos dignos de la vida eterna. Dios nos prueba confiándonos bienes terrenales. Si somos fieles en impartir liberalmente lo que nos ha prestado, para fomentar su causa, Dios puede confiarnos la herencia eterna. "No podéis servir a Dios y al Dinero." Lucas 16:13 (VM). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él." 1 Juan 2:15.

[71] Desagrada a Dios la manera negligente en que muchos de los que profesan ser hijos suyos manejan sus negocios mundanales. Parecen haber perdido todo sentido del hecho de que la propiedad que están usando pertenece a Dios, y de que deberán dar cuenta de su mayordomía. En los asuntos comerciales de algunos reina absoluta confusión. Satanás se fija en todo ello y ataca en una oportunidad favorable, y por su manejo de las cosas arrebata muchos recursos de las filas de los observadores del sábado. Y estos recursos van a sus filas. Algunos que son ya ancianos no quieren arreglar sus

negocios mundanales, y en un momento inesperado enferman y mueren. Hijos suyos que no tienen interés en la verdad, recogen la propiedad. Satanás lo arregló así para su propia conveniencia. "Por tanto si en cuanto a las riquezas injustas no habéis sido fieles, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas? Y si en lo ajeno no habéis sido fieles, ¿quién os dará lo vuestro propio?"

Me fué revelado el terrible hecho de que Satanás y sus ángeles intervienen más que Dios en el manejo de la propiedad de los que profesan ser hijos de Dios. Los mayordomos de los postreros días son imprudentes. Permiten que Satanás rija sus asuntos comerciales, y dejan pasar a sus filas lo que pertenece a la causa de Dios y debiera estar en ella. Dios se fija en vosotros, mayordomos infieles, y os llamará a dar cuenta. Vi que los mayordomos de Dios pueden, por una administración fiel y juiciosa, manejar sus asuntos en este mundo con exactitud, honradez y rectitud. Y es especialmente el privilegio y deber de los ancianos, de los débiles y de aquellos que no tienen hijos, colocar sus recursos donde puedan ser empleados en la causa de Dios en caso de que los arrebate repentinamente la muerte. Pero vi que Satanás y sus ángeles se regocijan del éxito que han tenido en este asunto. Y aquellos que debieran ser sabios herederos de la salvación, permiten casi voluntariamente que el dinero de su Señor se deslice de sus manos a las filas del enemigo. De esta manera fortalecen el reino de Satanás, y parecen sentirse perfectamente tranquilos al respecto. [72]

Fiadores de los incrédulos*

Vi que a Dios le desagrada que su pueblo sea fiador de los incrédulos. Se me indicaron estos textos: "No estés entre los que tocan la mano, entre los que fían por deudas." "Con ansiedad será afligido el que fiare al extraño: mas el que aborreciere las fianzas vivirá confiado." Proverbios 22:26; 11:15. ¡Mayordomos infieles! Han comprometido lo que pertenece a otra persona—su Padre celestial,—y Satanás está dispuesto a ayudar a sus hijos a sacárselo de las manos. Los observadores del sábado no deben ser socios de los incrédulos. Los hijos de Dios confían demasiado en la palabra de los extraños, y piden su consejo cuando no debieran hacerlo. El enemigo hace de ellos sus agentes, y obra por su medio para quitar bienes a los hijos de Dios y afligirlos.

Algunos no tienen tacto para manejar prudentemente los asuntos mundanales. Carecen de las cualidades necesarias, y Satanás se aprovecha de ellos. Cuando así sucede, los tales no deben permanecer ignorantes de su falta. Deben ser bastante humildes para consultar con sus hermanos, en cuyo juicio pueden tener confianza, antes de ejecutar sus planes. Se me indicó este pasaje: "Sobrellevad los unos las cargas de las otros." Gálatas 6:2. Algunos no son bastante humildes para permitir que los que tienen más capacidad hagan cálculos para ellos hasta después que siguieron sus propios planes y se vieron en dificultades. Entonces ven la necesidad de obtener el consejo y el juicio de sus hermanos; pero ¡cuánto más pesada que al principio es la carga! Los hermanos no deben recurrir a los tribunales si es posible evitarlo; porque así dan al enemigo gran ventaja para enredarlos y afligirlos. Sería mejor hacer algún arreglo aunque implique cierta
[73] pérdida.

*Testimonios para la Iglesia 1:200, 201 (1859).

Los juramentos*

Vi que algunos de los hijos de Dios han cometido un error con respecto a los juramentos, y Satanás se ha aprovechado de esto para oprimirlos y sacarles el dinero de su Señor. Vi que las palabras de nuestro Señor: "No juréis en ninguna manera" (Mateo 5:34), no se aplican al juramento judicial. "Sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que es más de esto, de mal procede." Mateo 5:37. Esto se refiere a la conversación común. Algunos usan un lenguaje exagerado. Unos juran por su vida; otros por su cabeza, o declaran que están tan seguros de algo como de que viven, o de que tienen cabeza. Algunos toman el cielo y la tierra como testigos de que ciertas cosas son como ellos dicen. Algunos incitan a Dios a que les quite la vida si lo que dicen no es verdad. Contra esta clase de juramento común amonesta Jesús a sus discípulos.

Ciertos hombres han sido colocados sobre nosotros para gobernarnos, y hay leyes que rigen al pueblo. Si no fuera por estas leyes, la condición del mundo sería peor que la actual. Algunas de estas leyes son buenas y otras, malas. Las últimas han estado aumentando, y aun hemos de vernos en dificultades. Pero Dios sostendrá a su pueblo para que se mantenga firme y viva de acuerdo con los principios de su Palabra. Cuando las leyes de los hombres entran en conflicto con la Palabra y la ley de Dios, hemos de obedecer a estas últimas, cualesquiera que sean las consecuencias. No hemos de obedecer la ley de nuestro país que exige la entrega de un esclavo a su amo; y debemos soportar las consecuencias de su violación. El esclavo no es propiedad de hombre alguno. Dios es su legítimo dueño, y el hombre no tiene derecho a apoderarse de la obra de Dios y llamarla suya. [74]

Vi que el Señor tiene algo que hacer todavía con las leyes de la tierra. Mientras Jesús está en el santuario, los gobernantes y el pueblo sienten la restricción del Espíritu de Dios. Pero Satanás domina en extenso grado las masas del mundo, y si no fuera por

*Testimonios para la Iglesia 1:201-204 (1859).

las leyes de la tierra, experimentaríamos mucho sufrimiento. Se me mostró que cuando es realmente necesario, y se llama a los hijos de Dios a testificar en forma legal, ellos no violan la Palabra de Dios al invocarle solemnemente como testigo de que dicen la verdad, y sólo la verdad.

El hombre es tan corrompido que las leyes están destinadas a obligarle a asumir sus responsabilidades. Algunos hombres no temen mentir a sus semejantes; pero se les ha enseñado que es cosa terrible mentir a Dios, y el Espíritu de Dios que los refrena se lo ha inculcado. Se nos dió como ejemplo el caso de Ananías y Safira, su esposa. El asunto es llevado del hombre a Dios, de manera que si alguno da falso testimonio, no lo da ante el hombre, sino ante el gran Dios que lee el corazón y conoce la verdad exacta de cada caso. Nuestras leyes hacen del falso juramento un delito muy grave. Dios imponía a menudo un castigo al que juraba en falso, y a veces mientras el juramento estaba aún en sus labios, el ángel destructor lo derribó. Esto había de aterrorizar a los malhechores.

Vi que si hay en la tierra alguien que pueda testificar bajo juramento en forma consecuente, ese tal es el creyente. El vive a la luz del rostro de Dios. Se fortifica en su fortaleza. Y cuando la ley debe decidir asuntos de importancia, no hay quien pueda apelar con tanto acierto a Dios como el creyente. El ángel me ordenó notar que Dios jura por sí mismo. Génesis 22:16; Hebreos 6:13, 17. Juró a Abrahán (Génesis 26:3), a Isaac (Salmos 105:9; Jeremías 11:5), y a David. Salmos 132:11; Hechos 2:30. Dios exigió de los hijos de Israel un juramento entre hombre y hombre. Éxodo 22:10, 11. Jesús se sometió al juramento en la hora de su juicio. El sumo sacerdote le dijo: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios." Mateo 26:63. Jesús le contestó: "Tú lo has
[75] dicho." Vers. 64. Si Jesús, en sus enseñanzas a los discípulos, se hubiese referido al juramento judicial, habría reprendido al sumo sacerdote, y puesto en práctica sus enseñanzas para beneficio de sus discípulos que estaban presentes. A Satanás le ha agradado que algunos hayan considerado el juramento en forma errónea; porque le ha dado oportunidad de oprimirlos y quitarles el dinero de su Señor. Los mayordomos de Dios deben ser más prudentes, trazar sus planes y prepararse para resistir a los designios de Satanás; porque él hará mayores esfuerzos que nunca antes.

Vi que algunos tienen prejuicios contra nuestros gobernantes y nuestras leyes; pero si no fuera por la ley, este mundo estaría en una condición espantosa. Dios refrena a nuestros gobernantes; porque en sus manos está el corazón de todos. Les son impuestos límites que les es imposible trasponer. Muchos de los gobernantes son personas a quienes Satanás domina; pero vi que hasta entre ellos Dios tiene sus agentes. Y algunos de ellos se convertirán aún a la verdad. Están ahora desempeñando el papel que Dios quiere que desempeñen. Cuando Satanás obra por medio de sus agentes, se hacen propuestas que, si se llevasen a cabo, impedirían la obra de Dios y producirían grandes males. Los ángeles buenos inducen a estos agentes de Dios a que se opongan a tales propuestas con razones convincentes, a las cuales no pueden resistir los agentes de Satanás. Unos pocos de los agentes de Dios tendrán poder para derribar mucho mal. Así proseguirá la obra hasta que el tercer mensaje haya terminado su misión. Durante el fuerte pregón del tercer ángel, estos agentes tendrán oportunidad de recibir la verdad, y algunos de ellos se convertirán y soportarán con los santos el tiempo de angustia. Cuando Jesús salga del lugar santísimo, su Espíritu refrenador se retirará de los gobernantes y del pueblo. Estos quedarán bajo el dominio de los ángeles malos. Entonces, por consejo y dirección de Satanás, se harán leyes tales que, a menos que el tiempo sea muy corto, no se salvará ninguna carne. [76]

Deberes para con los hijos*

Se me ha mostrado que generalmente los padres no se han conducido debidamente para con sus hijos. No los han refrenado como debieran haberlo hecho, sino que les han permitido manifestar orgullo y seguir sus propias inclinaciones. Antiguamente, la autoridad paterna era respetada: los hijos estaban entonces sujetos a sus padres, y los temían y reverenciaban; pero en estos últimos días el orden ha sido invertido. Algunos padres están sujetos a sus hijos. Temen contrariar su voluntad, y por lo tanto ceden a lo que les exigen. Pero mientras que los hijos están bajo el techo de sus padres, y dependen de ellos, deben estar sujetos a su voluntad. Los padres deben obrar con decisión, requiriendo que se acate lo que ellos consideran correcto.

Elí podría haber reprendido a sus hijos perversos, pero temía desagradarles. Los dejó persistir en su rebeldía, hasta que llegaron a ser una maldición para Israel. Se exige que los padres refrenen a sus hijos. La salvación de éstos depende en gran parte de la conducta seguida por los padres. En su amor y ternura equivocados, muchos padres miman a sus hijos para perjuicio de éstos, fomentan su orgullo, y los atavían con adornos que los envanecen e inducen a pensar que el traje es lo que hace a un caballero o a una dama. Pero una corta relación con ellos convence a quienes los tratan de que una hermosa apariencia no es suficiente para ocultar la deformidad del corazón desprovisto de las gracias cristianas, pero lleno de amor propio, altanería, y pasiones sin freno. Los que aman la mansedumbre, la humildad y la virtud, deben huir de tal sociedad, aun cuando sea la de hijos de observadores del sábado. Su compañía
[77] es deletérea; su influencia conduce a la muerte. Los padres no se dan cuenta de la influencia destructora que ejerce la semilla que están sembrando. Ella brotará y dará un fruto que hará a los hijos despreciar la autoridad paterna.

*Testimonios para la Iglesia 1:216-220 (1861).

Aunque sean adultos, se requiere de los hijos que respeten a sus padres, y que se preocupen por su comodidad. Deben seguir los consejos de padres piadosos, y no han de pensar que porque han cumplido algunos años más ya no tienen obligaciones para con ellos. Hay un mandamiento que encierra una promesa para aquellos que amen a su padre y a su madre. En estos postreros días, los hijos se distinguen tanto por su desobediencia y falta de respeto, que Dios lo ha notado especialmente. Ello constituye una señal de que el fin se acerca y demuestra que Satanás ejerce un dominio casi completo sobre la mente de los jóvenes. Muchos no respetan ya las canas. Se considera que eso es anticuado; que es una costumbre que data de los tiempos de Abrahán. Dijo Dios: "Yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí." Génesis 18:19.

Antiguamente, no se permitía a los hijos que se casaran sin el consentimiento de sus padres. Los padres elegían los cónyuges de sus hijos. Se consideraba delito que los hijos contrajesen matrimonio por su propia responsabilidad. Primero se presentaba el asunto ante los padres, y ellos habían de considerar si la persona que iba a ser puesta en íntima relación con ellos era digna, y si las partes contrayentes podían sostener una familia. Se consideraba de suma importancia el que ellos, como adoradores del verdadero Dios, no se uniesen en matrimonio con gente idólatra, a fin de que sus familias no fuesen apartadas de Dios. Aun después que los hijos se habían casado, se hallaban bajo la más solemne obligación para con sus padres. Su juicio no era considerado aun entonces como suficiente sin el consejo de los padres, y se les exigía que respetasen y acatasen sus deseos, a menos que éstos se opusieran a los requisitos de Dios.

[78] También fué llamada mi atención a la condición de los jóvenes en estos últimos días. No se ejerce dominio sobre los niños. Padres, debéis principiar vuestra primera lección de disciplina cuando vuestros hijos son aún niños mamantes en vuestros brazos. Enseñadles a conformar su voluntad a la vuestra. Esto puede hacerse con serenidad y firmeza. Los padres deben ejercer un dominio perfecto sobre su propio genio, y con mansedumbre, aunque con firmeza, doblegar la voluntad del niño hasta que no espere otra cosa sino el deber de ceder a sus deseos.

Resultados de la negligencia paterna

Los padres no empiezan a tiempo. No subyugan la primera manifestación de mal genio del niño, y éste nutre una terquedad que aumentará con el crecimiento y se fortalecerá a medida que él mismo adquiera fuerza. Algunos niños piensan que por ser ya mayorcitos es la cosa más natural que se los deje hacer su propia voluntad y que sus padres se sometan a sus deseos. Ellos esperan que sus padres los sirvan. Las restricciones los impacientan, y cuando ya tienen bastante edad para ayudar a sus padres, no llevan las cargas que debieran llevar. Se les ha eximido de las responsabilidades, y se vuelven inútiles para el hogar y para cualquier ambiente. No tienen poder de resistencia. Los padres han llevado las cargas, y los han dejado crecer ociosos, sin hábitos de orden, laboriosidad ni economía. No se los ha habituado a la abnegación, sino que se los ha mimado y echado a perder. Sus apetitos han sido fomentados; y llegan a la edad adulta con la salud debilitada. Sus modales y comportamiento no son agradables. Son desdichados ellos mismos, y hacen desdichados a cuantos los rodean. Y mientras los hijos son aún niños, mientras necesitan ser disciplinados, se les deja salir en grupos y buscar la sociedad de los jóvenes, y unos ejercen una influencia corruptora sobre otros.

La maldición de Dios descansará seguramente sobre los padres infieles. No sólo están ellos plantando espinas que los habrán de herir
[79] aquí, sino que deberán arrostrar su propia responsabilidad cuando se abra el juicio. Muchos hijos se levantarán en el juicio y condenarán a sus padres porque no los reprendieron, y los harán responsables de su destrucción. La falsa simpatía y el amor ciego de los padres los impulsa a excusar y a no corregir las faltas de sus hijos, y como consecuencia éstos se pierden, y la sangre de sus almas recaerá sobre los padres infieles.

Los niños que son así criados sin disciplina, tienen que aprenderlo todo cuando profesan seguir a Cristo. Toda su experiencia religiosa queda afectada por la crianza que han recibido en su niñez. Muchas veces aparece el mismo carácter voluntarioso, la misma falta de abnegación, la misma impaciencia bajo los reproches, el mismo amor propio y mala voluntad para aceptar consejos ajenos, o para recibir la influencia de los juicios ajenos, la misma indolencia,

el mismo espíritu de rehuir las cargas y de negarse a llevar responsabilidades. Todo esto se ve en su relación con la iglesia. Para los tales es posible vencer; pero ¡cuán dura es la lucha que les aguarda y cuán severo el conflicto! ¡Cuán duro es pasar por el curso de disciplina cabal necesario para alcanzar la elevación del carácter cristiano! Sin embargo, si llegan a vencer al fin, les será permitido ver, antes de ser trasladados, cuánto se acercaron al precipicio de la destrucción eterna, por haberles faltado la debida preparación en la juventud, por no haber aprendido a someterse en la niñez. [80]

El nombre de nuestra denominación*

Recibí una revelación acerca de la adopción de un nombre por el pueblo remanente. Se me presentaron dos clases de personas. Una abarcaba las grandes organizaciones cuyos miembros profesan ser cristianos. Estos hollaban la ley de Dios bajo sus pies y se postraban ante una institución papal. Observaban el primer día de la semana como día de reposo del Señor. La otra clase, en la cual había pocas personas, se prosternaba ante el gran Legislador. Observaba el cuarto mandamiento. Los rasgos peculiares y prominentes de su fe eran la observancia del séptimo día y la espera del aparecimiento de nuestro Señor en el cielo.

El conflicto se desarrolla entre los requisitos de Dios y los de la bestia. El primer día, institución papal que contradice directamente al cuarto mandamiento, ha de ser usado todavía como una prueba por la bestia de dos cuernos. Y entonces la solemne amonestación de Dios declara la penalidad en que incurren los que se postran ante la bestia y su imagen. Beberán del vino de la ira de Dios, que es derramado sin mezcla en la copa de su indignación.

No podríamos elegir un nombre más apropiado que el que concuerda con nuestra profesión, expresa nuestra fe y nos señala como pueblo peculiar. El nombre adventista del séptimo día es una reprensión permanente para el mundo protestante. En él se halla la línea de demarcación entre los que adoran a Dios y los que adoran la bestia y reciben su marca. El gran conflicto se desarrolla entre los mandamientos de Dios y los requisitos de la bestia. Debido a que
[81] los santos guardan todos los diez mandamientos, el dragón guerrea contra ellos. Si quisieran arriar el estandarte y renunciar a las peculiaridades de su fe, el dragón se aplacaría, porque excitan su ira, porque se atreven a levantar el estandarte y a desplegar su bandera en oposición al mundo protestante que adora la institución del papado.

El nombre adventista del séptimo día presenta los verdaderos rasgos de nuestra fe, y convencerá la mente inquisidora. Como una

*Testimonios para la Iglesia 1:223, 224 (1861).

saeta del carcaj del Señor, herirá a los transgresores de la ley de Dios, e inducirá al arrepentimiento para con Dios y a la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Me fué mostrado que casi todo fanático que surge y que desea ocultar sus sentimientos a fin de arrastrar a otros, asevera pertenecer a la iglesia de Dios. Un nombre tal excitaría en seguida sospechas, porque se emplea para ocultar los errores más absurdos. Este nombre es demasiado indefinido para el pueblo remanente de Dios. Provocaría la sospecha de que tenemos una fe que procuramos encubrir. [82]

Una consagración completa*

Estimados Hnos. K***: En mi última visión, me fueron mostradas algunas cosas referentes a vuestra familia. El Señor tiene pensamientos de misericordia para con vosotros, y no os abandonará a menos que le abandonéis. L*** y M*** son tibios. Deben despertarse y hacer esfuerzos para su salvación, o no alcanzarán la vida eterna. Deben sentir una responsabilidad individual y adquirir experiencia propia. Necesitan que el Espíritu Santo de Dios obre en su corazón, y los induzca a amar y escoger la sociedad del pueblo de Dios más que cualquier otra, y a separarse de los que no aman las cosas espirituales. Jesús exige un sacrificio completo, una consagración absoluta.

L*** y M***, no habéis comprendido que Dios exige vuestros afectos indivisos. Habéis hecho profesión de santidad, y sin embargo, habéis descendido al nivel muerto de los que profesan comúnmente tener religión. Amáis la sociedad de los jóvenes que no tienen consideración por las verdades sagradas que profesáis. En apariencia os habéis asemejado a vuestros compañeros, y en realidad os habéis conformado con un grado de religión que os hiciese agradables a todos, sin merecer la censura de nadie.

Cristo lo exige todo. Si él requiriese menos, su sacrificio sería demasiado caro, demasiado grande para ponernos a ese nivel. Nuestra fe santa clama por una separación. No debemos conformarnos con el mundo, ni con los que profesan una fe muerta, sin corazón. "Reformaos por la renovación de vuestro entendimiento." Romanos 12:2. Este es un camino de abnegación. Y cuando pensamos que el camino es demasiado estrecho, que se exige demasiada abnegación en esta
[83] senda estrecha; cuando decimos: ¡Cuán duro es renunciar a todo!, hagámonos la pregunta: ¿A cuánto renunció Cristo por mí? Esto ensombrece cualquier actitud que nosotros llamemos abnegación.

Contemplemos a Jesús en el huerto, mientras suda grandes gotas de sangre. Un ángel solitario es enviado del cielo para fortalecer

*Testimonios para la Iglesia 1:240-243 (1861).

al Hijo de Dios. Seguid a Cristo camino del tribunal, mientras lo ridiculiza, escarnece e insulta la muchedumbre enfurecida. Contempladle cubierto con aquel viejo manto de púrpura regia. Oíd los groseros escarnios. Ved cómo colocan en aquella noble frente la corona de espinas. Luego le hieren con una caña, para que las espinas penetren en sus sienes y la sangre corra de esa frente santa. Oíd a aquella muchedumbre homicida que clama ávidamente por la sangre del Hijo de Dios. Este es entregado en sus manos, la turba se aleja con el noble Doliente, pálido, débil y desfalleciente, para crucificarlo. Lo extienden sobre la cruz de madera, y hunden los clavos en sus tiernas manos y pies. Contempladle colgado de la cruz durante aquellas espantosas horas de agonía hasta que los ángeles velan sus rostros para no ver la horrible escena, y el sol oculta su luz, rehusando contemplarla. Pensad en estas cosas y preguntaos: "¿Es demasiado estrecho el camino?" No, no.

Intereses divididos

En una vida dividida y tibia, hallaréis dudas y tinieblas. No podéis gozar los consuelos de la religión, ni la paz que el mundo da. No os sentéis en el sillón de Satanás para no hacer nada, mas levantaos y esforzaos para alcanzar la elevada norma que es vuestro privilegio alcanzar. Es un bienaventurado privilegio renunciar a todo para Cristo. No miremos la vida de los demás ni la imitemos con el propósito de no elevarnos más alto que ellos. Tenemos tan sólo un Modelo infalible. Lo único seguro es seguir a Cristo. Resolved que si los demás obran con pereza espiritual, los abandonaréis y progresaréis hacia la elevación del carácter cristiano. Formad un carácter para el cielo. No durmáis en vuestro puesto. Obrad con [84] fidelidad y veracidad para con vuestra propia alma.

Estáis cediendo a un mal que amenaza destruir vuestra espiritualidad. Eclipsará toda la belleza y el interés de las páginas sagradas. Me refiero al amor por los libros de cuentos y otras lecturas que no ejercen buena influencia en la mente dedicada al servicio de Dios. Produce una excitación falsa y malsana, afiebra la imaginación, destruye la utilidad de la mente, y la descalifica para cualquier ejercicio espiritual. Aparta el alma de la oración y del amor por las cosas espirituales. La lectura que arroja luz sobre el volumen sagrado y

despierta vuestros deseos y diligencia por estudiarla, no es peligrosa, sino benéfica.

Me fuisteis presentados con los ojos apartados del Libro sagrado y atentamente fijos en libros excitantes, que son mortales para la religión. Cuanto más a menudo y con mayor diligencia leáis las Escrituras, más hermosas os parecerán y menos gusto tendréis por las lecturas livianas. El estudio diario de las Escrituras ejercerá sobre la mente una influencia santificadora. Respiraréis una atmósfera celestial. Ligad este precioso Volumen a vuestro corazón. Demostrará ser para vosotros un amigo y un guía en la perplejidad.

Salid y manteneos separados

Habéis tenido en vuestra vida ciertos objetivos en vista y, ¡con cuánta constancia y perseverancia habéis trabajado para alcanzarlos! Habéis hecho cálculos y planes hasta que se realizaron vuestros deseos. Hay ahora delante de vosotros un objeto digno de un esfuerzo perseverante, incansable, de toda la vida. Es la salvación de vuestra alma, la vida eterna. Y para alcanzarla se requiere abnegación, sacrificio y estudio detenido. Debéis ser purificados y refinados. Os falta la influencia salvadora del Espíritu de Dios. Tratáis con vuestros asociados, y os olvidáis de que habéis tomado el nombre de Cristo. Actuáis y os vestís como ellos.

[85] Hna. K***, vi que Vd. tiene una obra que hacer. Debe morir al orgullo y dedicar todo su interés a la verdad. Su destino eterno depende de la conducta que siga ahora. Para obtener la vida eterna, debe Vd. vivir por ella y negarse a sí misma. Salga del mundo y manténgase separada de él. Su vida debe caracterizarse por la sobriedad, la vigilancia y la oración. Los ángeles están observando el desarrollo del carácter, y pesando el valor moral. Todas nuestras palabras y acciones pasan en revista delante de Dios. Es un momento terrible y solemne. La esperanza de la vida eterna no ha de considerarse livianamente; es asunto que debe decidirse entre Dios y nuestra propia alma. Algunos prefieren apoyarse en el juicio y la experiencia de los demás, antes que darse el trabajo de examinar detenidamente su propio corazón, y dejan transcurrir meses y años sin recibir testimonio del Espíritu de Dios ni evidencia de que han sido aceptados. Se engañan a sí mismos. Tienen una esperanza supuesta,

pero carecen de las cualidades esenciales del cristiano. Ante todo se debe verificar una obra cabal en el corazón; luego los modales asumirán el carácter elevado y noble que señala a los verdaderos discípulos de Cristo. Se requiere esfuerzo y valor moral para vivir de acuerdo con nuestra fe.

El pueblo de Dios es singular. Su espíritu no puede congeniar con el espíritu e influencia del mundo. No deseáis llevar el nombre de cristianos y ser indignos de él. No deseáis comparecer ante Jesús con una simple profesión de fe. No deseáis engañaros en un asunto tan importante. Examinad cabalmente las bases de vuestra esperanza. Obrad verazmente con vuestra propia alma. Una esperanza supuesta no os salvará. ¿Habéis calculado el costo? Temo que no. Decidid ahora si seguiréis a Cristo, cueste lo que cueste. No podéis hacerlo y gozar de la compañía de aquellos que no prestan atención a las cosas divinas. Vuestros espíritus no pueden fusionarse mejor de lo que se fusionan el aceite y el agua.

Es una gran cosa ser hijo de Dios y coheredero con Cristo. Si tal es vuestro privilegio, conoceréis la comunión de los sufrimientos de [86] Cristo. Dios mira al corazón. Vi que debéis buscarle fervorosamente, y elevar la norma de vuestra piedad, o no alcanzaréis la vida eterna. Tal vez os preguntéis: ¿Vió la Hna. White esto? Sí: y he procurado presentároslo, y daros todas las impresiones que yo sentí. El Señor os ayude a prestarles atención.

Estimados hermanos, velad sobre vuestros hijos con cuidado celoso. El espíritu y la influencia del mundo están destruyendo en ellos todo deseo de ser verdaderos cristianos. Sea vuestra influencia tal que los aparte de los compañeros jóvenes que no tienen interés en las cosas divinas. Deben hacer un sacrificio si quieren ganar el cielo.

* * * * *

¿A quién escogeréis, dice Cristo, a mí o al mundo? Dios pide que se le entreguen incondicionalmente el corazón y los afectos. Si amáis a vuestros amigos, hermanos o hermanas, casas o tierras, más que a mí, dice Cristo, no sois dignos de mí. La religión impone al alma la mayor obligación hacia sus requerimientos, la de andar guiada por sus principios. Así como el imán misterioso señala

hacia el norte, los requerimientos de la religión señalan la gloria de Dios. Vuestros votos bautismales os imponen la obligación de honrar a vuestro Creador, negaros resueltamente a vosotros mismos, crucificar vuestros afectos y concupiscencias, y reducir aún vuestros pensamientos a la obediencia de la voluntad de Cristo.*

* * * * *

Vuestra mundanalidad no os inclina a abrir de par en par la puerta de vuestros duros corazones al llamamiento de Jesús, que está procurando entrar allí. El Señor de gloria, que os ha redimido por su sangre, aguardó ante vuestra puerta a que le admitieseis; pero no le abristeis ni le disteis la bienvenida. Algunos abrieron un poquito la puerta, y permitieron que penetrase un poco de la luz de su presencia,
[87] pero no dieron la bienvenida al Visitante celestial. No había cabida para Jesús. El lugar que se le debería haber reservado estaba ocupado por otras cosas. Jesús os rogó: "Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." Apocalipsis 3:20. Teníais una obra que hacer para abrir la puerta. Por un tiempo os sentisteis inclinados a oír y abrirla, pero aun esta inclinación desapareció, y no os asegurasteis la comunión de que podríais haber disfrutado con el Huésped celestial. Sin embargo, algunos abrieron
[88] la puerta y dieron una cordial bienvenida a su Salvador.*

*Testimonios para la Iglesia 3:45 (1872).
*Testimonios para la Iglesia 2:216, 217 (1869).

Viene una gran angustia*

Vi en la tierra una angustia mayor de la que hemos presenciado hasta aquí. Oí gemidos y clamores de angustia, y vi grandes compañías empeñadas en batalla. Oí el tronar del cañón, el fragor de las armas, la lucha cuerpo a cuerpo, y los gemidos y oraciones de los moribundos. El suelo estaba cubierto de heridos y muertos. Vi familias desconsoladas y desesperadas, que sufrían privaciones en muchas moradas. Ahora mismo muchas familias sufren privaciones; pero esto aumentará. Los rostros de muchos parecían demacrados, pálidos y afectados por el hambre.

Me fué mostrado que el pueblo de Dios debiera estar íntimamente unido por los vínculos de la comunión y el amor cristianos. Sólo Dios puede ser nuestro escudo y fortaleza en este tiempo de calamidades nacionales. El pueblo de Dios debe despertarse. Debe aprovechar sus oportunidades de diseminar la verdad, porque éstas no durarán mucho. Me fué mostrada angustia y perplejidad y hambre en la tierra. Satanás procura mantener al pueblo de Dios en un estado de inactividad, e impedirle que desempeñe su parte en la difusión de la verdad, para que al fin sea pesado en la balanza y hallado falto.

El pueblo de Dios debe recibir la amonestación y discernir las señales de los tiempos. Las señales de la venida de Cristo son demasiado claras para que se las ponga en duda; en vista de estas cosas, cada uno de los que profesan la verdad debe ser un predicador vivo. Dios invita a todos, tanto predicadores como laicos, a que se despierten. Todo el cielo está conmovido. Las escenas de la historia terrenal están llegando rápidamente al fin. Vivimos en medio de los peligros de los postreros días. Mayores peligros nos esperan, y sin embargo, no estamos despiertos. La falta de actividad y fervor en la [89]
causa de Dios es espantosa. Este estupor mortal proviene de Satanás. El domina la mente de los observadores del sábado no consagrados, y los induce a sentir celos unos de otros, a criticarse y censurarse. Es su obra especial dividir los corazones, para que la influencia,

*Testimonios para la Iglesia 1:260-264 (1862).

la fuerza y la labor de los siervos de Dios sean consumidas por el trabajo entre los observadores del sábado no consagrados, y les toque dedicar de continuo su tiempo precioso al arreglo de pequeñas divergencias, cuando debieran consagrarlo a proclamar la verdad a los incrédulos.

Es tiempo de actuar

Vi que los hijos de Dios aguardaban a que sucediese algún cambio, y se apoderase de ellos algún poder compelente. Pero sufrirán una desilusión, porque están equivocados. Deben actuar; deben echar mano del trabajo y clamar fervorosamente a Dios para obtener un conocimiento verdadero de sí mismos. Las escenas que se están desarrollando delante de nosotros son de suficiente magnitud como para hacernos despertar y grabar la verdad en el corazón de todos los que quieran escuchar. La mies de la tierra está casi madura.

Se me mostró cuán importante es que sean íntegros los ministros que se dedican a la obra solemne y de tanta responsabilidad de proclamar el mensaje del tercer ángel. El Señor no se ve en estrechez por falta de recursos o instrumentos con que realizar su obra. Puede hablar en cualquier momento, y por quienes quiera; su Palabra es poderosa, y realizará aquello para lo cual la envió. Pero si la verdad no ha santificado ni purificado las manos y el corazón de aquel que ministra las cosas sagradas, está expuesto a hablar de acuerdo con su propia experiencia imperfecta; y cuando habla de sí mismo, de acuerdo con las decisiones de su propio juicio no santificado, su consejo no es entonces de Dios, sino de sí mismo. Así como el que es llamado de Dios es llamado a ser santo, el que es aprobado y
[90] separado de los hombres debe dar evidencia de su santa vocación, y manifestar por su conversación y conducta celestiales que es fiel a Aquel que lo ha llamado.

Pesan terribles ayes sobre los que predican la verdad, pero no son santificados por ella, y también sobre aquellos que consienten en recibir y sostener a los no santificados para que ministren en palabra y doctrina. Me siento alarmada por los hijos de Dios que profesan creer la verdad solemne e importante; porque sé que muchos de ellos no están convertidos, ni santificados por ella. Los hombres pueden oír y reconocer toda la verdad, y sin embargo, no saber nada

del poder de la piedad. No serán salvos por la verdad todos los que la predican. Dijo el ángel: "Limpiaos los que lleváis los vasos de Jehová." Isaías 52:11.

Ha llegado el momento en que aquellos que eligen al Señor como heredad presente y futura, deben confiar sólo en él. Todo aquel que profese la piedad debe tener experiencia propia. El ángel registrador está anotando fielmente las palabras y los actos del pueblo de Dios. Los ángeles están observando el desarrollo del carácter, y pesando el valor moral. Los que profesan creer la verdad han de ser íntegros ellos mismos y ejercer toda su influencia para iluminar a otros y ganarlos para la verdad. Sus palabras y obras son el conducto por medio del cual los principios puros de la verdad y la santidad son transmitidos al mundo. Son la sal y la luz de la tierra.

Vi que al mirar hacia el cielo veremos luz y paz; pero al mirar al mundo, veremos que todo refugio nos faltará, y todo bien pasará pronto. No hay para nosotros ayuda sino en Dios; en este estado de confusión de la tierra podemos hallar serenidad, firmeza o seguridad tan sólo en la fuerza de una fe viva; no podemos tener paz si no descansamos en Dios ni esperamos su salvación. Resplandece sobre nosotros una luz mayor que la que iluminó a nuestros padres. No podemos ser aceptados ni honrados por Dios prestando el mismo servicio o haciendo las mismas obras que nuestros padres. Para ser aceptados y bendecidos por Dios, como lo fueron ellos, debemos imitar su fidelidad y celo, aprovechar nuestra luz como ellos aprovecharon la suya, y obrar como ellos habrían obrado si hubiesen vivido en nuestros días. [91]

Debemos andar en la luz que resplandece sobre nosotros. De otra manera esa luz se trocará en tinieblas. Dios exige que manifestemos al mundo, por medio de nuestro carácter y nuestras obras, una medida del espíritu de unión que esté de acuerdo con las verdades sagradas que profesamos, y con el espíritu de las profecías que se están cumpliendo en estos postreros días. La verdad que hemos comprendido y la luz que ha resplandecido sobre nuestra alma nos juzgarán y condenarán si nos apartamos de ellas y nos negamos a ser guiados por ellas.

Nos esperan escenas espantosas

¿Qué diré para despertar al pueblo remanente de Dios? Me fué mostrado que nos esperan escenas espantosas; Satanás y sus ángeles oponen todas sus potestades al pueblo de Dios. Saben que si los hijos de Dios duermen un poco más, los tienen seguros, porque su destrucción es cierta. Insto a todos los que profesan el nombre de Cristo a que se examinen, y hagan una plena y cabal confesión de todos sus yerros, para que vayan delante de ellos al juicio, y el ángel registrador escriba el perdón frente a sus nombres.

Hermanos míos, si no aprovecháis estos preciosos momentos de misericordia, quedaréis sin excusa. Si no hacéis un esfuerzo especial para despertaros, si no manifestáis celo para arrepentiros, estos momentos áureos pasarán pronto, y seréis pesados en la balanza y hallados faltos. Entonces, vuestros gritos de agonía no os servirán de nada. Entonces se aplicarán las palabras del Señor: "Por cuanto llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y no hubo quien escuchase; antes desechasteis todo consejo mío, y mi reprensión no quisisteis: también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo
[92] que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; buscarme han de mañana, y no me hallarán: por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía: comerán pues del fruto de su camino, y se hartarán de sus consejos. Porque el reposo de los ignorantes los matará, y la prosperidad de los necios los echará a perder. Mas el que me oyere, habitará confiadamente, y vivirá reposado, sin temor de mal." Proverbios
[93] 1:24-33.

Nuestro deber para con los pobres*

Muchas veces se hacen preguntas referentes a nuestro deber con los pobres que aceptan el tercer mensaje; y nosotros mismos hemos deseado durante mucho tiempo saber cómo tratar con discreción los casos de familias pobres que aceptan el sábado. Pero mientras me hallaba en Roosevelt, estado de Nueva York, el 3 de agosto de 1861, me fueron mostradas algunas cosas respecto a los pobres.

Dios no requiere de nuestros hermanos que se hagan cargo de cada familia pobre que acepta este mensaje. Si lo hubiesen de hacer, los predicadores dejarían de entrar en nuevos campos porque los fondos se agotarían. Muchos son pobres por falta de diligencia y economía. No saben usar correctamente sus recursos. Si se les ayudase, ello los perjudicaría. Algunos serán siempre pobres. Con tener las mejores ventajas, sus casos no mejorarían. No saben calcular y gastarían todos los recursos que podrían obtener, fuesen muchos o pocos. No saben negarse ciertas cosas y economizar para evitar deudas y ahorrar algo para los tiempos de necesidad. Si la iglesia ayudase a los tales, en vez de dejarlos fiar en sus propios recursos, les perjudicaría al fin; porque confían en la iglesia y esperan recibir ayuda de ella, y no practican la abnegación y economía cuando están bien provistos. Y si no reciben ayuda cada vez, Satanás los tienta, se ponen celosos y se erigen en conciencia de sus hermanos, pues temen que éstos dejarán de sentir su deber para con ellos. Ellos mismos son los que cometen el error. Están engañados. No son los pobres del Señor.

Las instrucciones dadas en la Palabra de Dios con referencia a ayudar a los pobres no se aplican a tales casos, sino a los infortunados y afligidos. En su providencia, Dios ha afligido a ciertas [94]
personas para probar a otras. En la iglesia hay viudas e inválidos para bendición de la iglesia. Forman parte de los medios que Dios ha elegido para desarrollar el verdadero carácter de los que profe-

*Testimonios para la Iglesia 1:272-274 (1862).

san seguir a Cristo, y para hacerles ejercer los preciosos rasgos de carácter de nuestro compasivo Redentor.

Las viudas, los huérfanos y los inválidos

Muchos que apenas pueden vivir cuando están solteros, deciden casarse y criar una familia, cuando saben que no tienen con qué sostenerla. Y lo peor es que no tienen ningún gobierno de su familia. Toda su conducta en la familia se caracteriza por hábitos de negligencia. No ejercen ningún dominio propio, y son apasionados, impacientes e inquietos. Cuando los tales aceptan el mensaje, les parece que tienen derecho a la ayuda de sus hermanos más pudientes; y si no se satisfacen sus expectativas, se quejan de la iglesia, y la acusan de no vivir conforme a su fe. ¿Quiénes deben sufrir en este caso? ¿Se debe desangrar la causa de Dios y agotar su tesorería, para cuidar de estas familias pobres y numerosas? No. Los padres deben ser los que sufran. Por lo general, no sufrirán mayor escasez después de aceptar el sábado que antes.

Hay entre algunos de los pobres un mal que por cierto provocará su ruina a menos que lo venzan. Abrazaron la verdad apegados a costumbres groseras e incultas, y necesitan cierto tiempo para darse cuenta de su rusticidad y comprender que ella no está de acuerdo con el carácter de Cristo. Consideran orgullosos a los más ordenados y refinados, y a menudo se les oye decir: “La verdad nos pone a todos en el mismo nivel.” Pero es un grave error pensar que la verdad rebaja a quien la recibe. Lo eleva, refina sus gustos, santifica su criterio, y si se vive conforme a ella, lo hace a uno cada vez más idóneo para gozar de la sociedad de los santos ángeles en la ciudad de Dios. La verdad está destinada a elevarnos a todos a un alto nivel.

[95] Los más pudientes deben actuar siempre noble y generosamente con los hermanos más pobres; han de darles también buenos consejos, y luego dejarles pelear las batallas de la vida. Pero me fué mostrado que la iglesia tiene el deber solemnísimo de cuidar especialmente de las viudas, huérfanos e inválidos indigentes.

* * * * *

Muchos de los que profesan la verdad no son santificados por ella ni sienten deseos de rebajar, aunque sea un poco, los precios de

sus productos cuando tratan con un hermano pobre, a diferencia de cuando tratan con un mundano de buena posición. No aman a sus prójimos como a sí mismos. Sería más agradable a Dios que hubiese menos egoísmo y más benevolencia desinteresada.* [96]

*Testimonios para la Iglesia 2:251 (1868).

El espiritismo moderno*

Se me indicó que el pasaje de Colosenses 2:8 se aplicaba especialmente al espiritismo moderno: "Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo." Me fué mostrado que miles de personas, afectadas por la filosofía de la frenología y el magnetismo animal, han sido impulsadas a la incredulidad. Si la mente se encamina en esa dirección, es casi seguro que perderá su equilibrio y quedará dominada por un demonio. "Vanas sutilezas" llenan la mente de los pobres mortales. Se creen poseedores de un poder capaz de realizar grandes obras, y no sienten la necesidad de un poder superior. Sus principios y su fe son "conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo." Jesús no les ha enseñado esta filosofía. Nada de esta índole puede hallarse en sus enseñanzas. El no dirigió la mente de los pobres mortales a sí mismos, como si poseyesen algún poder. Siempre la dirigía hacia Dios, el Creador del Universo, como fuente de su fortaleza y sabiduría. En el versículo 18 se da una amonestación especial: "Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, metiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado en el sentido de su propia carne."

Los que enseñan el espiritismo se presentan en forma agradable y seductora para engañaros, y si escucháis sus fábulas quedaréis entrampados por el enemigo de la justicia, y perderéis ciertamente vuestra recompensa. Una vez que os haya vencido la influencia fascinadora del gran engañador, estaréis envenenados y su influencia mortífera adulterará y destruirá vuestra fe en que Cristo es el Hijo
[97] de Dios, y dejaréis de fiar en los méritos de su sangre. Los que son seducidos por esta filosofía se ven privados de su recompensa por los engaños de Satanás. Fían en sus propios méritos, ejercen una humildad voluntaria, y aún están dispuestos a hacer sacrificios y degradarse, entregando su intelecto a una creencia sumamente

*Testimonios para la Iglesia 1:297-302 (1862). (Del cap. "La filosofía y vanos engaños.")

insensata, y aceptando las ideas más absurdas por intermedio de seres que para ellos son sus amigos difuntos. Satanás ha enceguecido de tal manera sus ojos y pervertido su juicio, que no perciben el mal y siguen las instrucciones de los supuestos amigos difuntos, que aseveran ser ahora ángeles de una esfera superior.

Satanás ha escogido un engaño eficaz y fascinador, bien calculado para ganar la simpatía de aquellos que han depositado sus seres amados en la tumba. Los malos ángeles asumen la forma de estos amados, y relatan incidentes relacionados con su vida y ejecutan acciones que sus amigos ejecutaban mientras vivían. De esta manera engañan a los parientes de los muertos y los inducen a creer que sus deudos difuntos son ángeles que se ciernen sobre ellos y se comunican con ellos. Se les tributa cierta adoración idólatra, y lo que ellos digan tiene sobre esos parientes mayor influencia que la Palabra de Dios.

Es aventurarse en el terreno de Satanás

Estos malos ángeles, que aseveran ser deudos muertos rechazarán la Palabra de Dios como cuentos ociosos, o, si les conviene, elegirán las partes vitales que testifican de Cristo y señalan el camino hacia el cielo, y cambiarán los claros asertos de la Palabra de Dios a fin de hacerlos concordar con su propia naturaleza corrupta y arruinar las almas. Si prestan la debida atención a la Palabra de Dios, todos pueden convencerse de que se trata de un engaño destructor del alma. La Palabra de Dios declara en términos positivos que "los muertos nada saben." "Porque los que viven saben que han de morir: mas los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor, y su odio y su envidia, feneció [98] ya: ni tiene ya más parte en el siglo, en todo lo que se hace debajo del sol." Eclesiastés 9:5, 6.

Los mortales seducidos están adorando a los malos ángeles, creyendo que son los espíritus de sus deudos difuntos. La Palabra de Dios declara expresamente que los muertos ya no tienen parte en nada de lo que se hace debajo del sol. Los espiritistas dicen que los muertos saben todo lo que se hace debajo del sol; que se comunican con sus amigos de la tierra, que les dan valiosa información y ejecutan prodigios. "No alabarán las muertos a Jah, ni cuantos

descienden al silencio." Salmos 115:17. Satanás, transformado en ángel de luz, obra con todo engaño de injusticia. El que pudo arrebatar al Hijo de Dios, cuando fué hecho poco inferior a los ángeles, y colocarlo sobre el pináculo del templo, y llevarlo a la cumbre de una montaña altísima para presentarle los reinos del mundo, puede ejercer su poder sobre la familia humana, que en fuerza y sabiduría es muy inferior al Hijo de Dios, aun después que él hubo asumido la naturaleza humana.

En esta era de degeneración Satanás domina a los que se apartan de lo recto y se aventuran sobre su terreno. Ejercita su poder sobre los tales en forma alarmante. Me fueron señaladas estas palabras: "Metiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado en el sentido de su propia carne." Colosenses 2:18. Se me ha mostrado que algunos satisfacen su curiosidad y juegan con el diablo. No tienen verdadera fe en el espiritismo, y retrocederían horrorizados al pensar en ser médiums. Sin embargo, se aventuran a colocarse en una posición donde Satanás puede ejercer su poder sobre ellos. Los tales no se proponen penetrar hondo en esta obra; pero no saben lo que están haciendo. Se están aventurando en el terreno del diablo, y lo están tentando a que los domine. Este poderoso destructor los considera como su presa legítima, y ejerce su poder sobre ellos contra la voluntad de los mismos. Cuando desean dominarse no pueden. Entregaron su mente a Satanás, y él no renuncia a ella, sino que los mantiene
[99] cautivos. Sólo el poder de Dios puede librar al alma entrampada, en respuesta a las fervientes oraciones de sus fieles discípulos.

Nuestra única seguridad

La única seguridad consiste ahora en buscar como a un tesoro escondido la verdad revelada en la Palabra de Dios. Los temas del sábado, la naturaleza del hombre y el testimonio de Jesús, son las grandes e importantes verdades que se han de comprender. Resultarán como un ancla que sostenga al pueblo de Dios en estos tiempos peligrosos. Pero la masa de la humanidad desprecia las verdades de la Palabra de Dios y prefiere escuchar las fábulas. "Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira." 2 Tesalonicenses 2:10, 11.

Los más licenciosos y corrompidos se sienten altamente halagados por estos espíritu satánicos, que para ellos son los espíritus de sus amigos muertos, y sus mentes carnales se engríen vanamente. "Y no teniendo la cabeza, de la cual todo el cuerpo, alimentado y conjunto por las ligaduras y conjunturas, crece en aumento de Dios" (Colosenses 2:19), niegan a Aquel que proporciona fuerza al cuerpo, para que todo miembro pueda crecer con el desarrollo de Dios.

Vana filosofía. Los miembros del cuerpo son controlados por la cabeza. Los espiritistas hacen a un lado la Cabeza, y creen que todos los miembros del cuerpo deben actuar de por sí, y que leyes fijas los llevarán progresivamente a la perfección sin una cabeza. "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto." "Estad en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que en mí no estuviere, será [100] echado fuera como mal pámpano, y se secará; y los cogen y los echan en el fuego, y arden." Juan 15:1, 2, 4-6.

Cristo es la fuente de nuestra fortaleza. El es la vid, nosotros los pámpanos. Debemos recibir nutrición de la Cepa viva. Privados de la fuerza y nutrición de aquella Cepa, somos como miembros del cuerpo sin cabeza, y estamos en la misma posición en la cual Satanás quiere que estemos, para poder dominarnos como le agrade. El obra "con todo engaño de iniquidad en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por lo tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira." El espiritismo es una mentira. Se basa en la gran mentira original: "*No* moriréis." Miles cortan la Cabeza y el resultado es que los miembros actúan sin Jesús como cabeza, y otro guía al cuerpo. Satanás los domina.

Ceden a Satanás

Me fué mostrado que Satanás no puede dominar la mente a menos que ésta le sea entregada. Los que se apartan de lo recto están en grave peligro ahora. Se separan de Dios y del cuidado vigilante de

sus ángeles, y Satanás, siempre listo para destruir las almas, empieza a presentarles sus engaños. Los tales corren el mayor peligro; y si lo ven y tratan de resistir a las potestades de las tinieblas, no les resultará fácil libertarse de la trampa de Satanás. Se han aventurado en el terreno de Satanás, y él los declara suyos. No vacilará en empeñar todas sus energías y llamar en su ayuda a toda su hueste maligna para arrancar a un solo ser humano de las manos de Cristo.

Los que han tentado al diablo a que los tiente, tendrán que hacer esfuerzos desesperados para librarse de su poder. Pero cuando empiecen a trabajar, entonces los ángeles de Dios a quienes han agraviado acudirán en su auxilio. Satanás y sus ángeles no están dispuestos a perder su presa. Contienden y pelean con los santos ángeles, y el conflicto es intenso. Pero si los que han errado continúan
[101] orando y con profunda humildad confiesan sus yerros, los ángeles que son poderosos en fortaleza prevalecerán y los arrebatarán del poder de los ángeles malos.

Al levantarse el telón y mostrárseme la corrupción de esta época, mi corazón se condolió y mi espíritu casi desmayó dentro de mí. Vi que los habitantes de la tierra estaban llenando la copa de su iniquidad. La ira de Dios está encendida, y no se apagará hasta que los pecadores estén destruídos sobre la tierra. Satanás es el enemigo personal de Cristo. Es el que origina y encabeza toda especie de rebelión en el cielo y en la tierra. Su ira aumenta; nosotros no nos damos cuenta de su poder.

Si nuestros ojos fuesen abiertos y pudiéramos discernir la obra que efectúan los ángeles caídos con aquellos que se sienten tranquilos y seguros, no nos sentiríamos tan seguros. Los malos ángeles nos siguen en todo momento. Es lógico que los hombres malos estén dispuestos a obrar como les sugiere Satanás; pero mientras que nuestra mente no está en guardia contra sus agentes invisibles, ellos asumen nuevas posiciones y obran maravillas y milagros ante nuestros ojos. ¿Estamos preparados para resistirles por la Palabra de Dios, la única arma que podemos usar con éxito?

Algunos estarán tentados a recibir estos prodigios como provenientes de Dios. Habrá enfermos que sanarán delante de nosotros. Se realizarán milagros ante nuestra vista. ¿Estamos preparados para la prueba que nos aguarda cuando se manifiesten más plenamente los milagros mentirosos de Satanás? ¿No serán entrampadas y apresadas

muchas almas? Al apartarse de los claros preceptos y mandamientos de Dios, y al prestar oído a las fábulas, la mente de muchos se está preparando para aceptar estos prodigios mentirosos. Todos debemos procurar armarnos ahora para la contienda en la cual pronto deberemos empeñarnos. La fe en la Palabra de Dios, estudiada con oración y puesta en práctica, será nuestro escudo contra el poder de Satanás y nos hará vencedores por la sangre de Cristo. [102]

La religión en la familia*

Me fué mostrada la posición elevada e importante que los hijos de Dios deben ocupar. Son la sal de la tierra y la luz del mundo, y deben andar como Cristo anduvo. Saldrán vencedores de la gran tribulación. El tiempo actual es un tiempo de guerra y prueba. Nuestro Salvador dice en Apocalipsis 3:21: "Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." La recompensa no se da a todos los que profesan seguir a Cristo, sino a los que vencen como él venció. Debemos estudiar la vida de Cristo, y aprender lo que significa confesarle delante del mundo.

A fin de confesar a Cristo, debemos tenerlo en nosotros. Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo a menos que posea el ánimo y el espíritu de Cristo. Si la forma de piedad, o el reconocimiento de la verdad fuesen siempre una confesión de Cristo, podríamos decir: "Ancho es el camino que conduce a la vida, y muchos son los que lo hallan." Debemos comprender lo que significa confesar a Cristo, y en qué le negamos. Puede suceder que nuestros labios confiesen a Cristo, y que nuestras obras le nieguen. Los frutos del Espíritu, manifestados en la vida, son una confesión de Cristo. Si lo hemos abandonado todo por Cristo, nuestra vida será humilde, nuestra conversación santa y nuestra conducta intachable. La poderosa y purificadora influencia de la verdad en el alma, y el carácter de Cristo manifestado en la vida, son una confesión de Cristo. Si se han sembrado en nuestro corazón las palabras de vida eterna, el fruto será justicia y paz. Podemos negar a Cristo en nuestra vida, entregándonos al amor de la comodidad y del yo, bromeando y buscando los honores del mundo. [103] Podemos negarle en nuestro aspecto exterior, conformándonos al mundo, o mediante un porte orgulloso o atavíos costosos. Únicamente por la vigilancia constante y tenaz y la oración perseverante y casi incesante podiemos manifestar en nuestra vida el carácter de Cristo y la influencia santificadora de la

*Testimonios para la Iglesia 1:303-310 (1862).

verdad. Muchos ahuyentan a Cristo de sus familias por abrigar un espíritu impaciente y apasionado. Los tales deben vencerse en este respecto.

Me fué presentado el actual debilitamiento de la familia humana. Cada generación se ha estado debilitando más y la enfermedad, bajo todas sus formas, aflige a la especie humana. Miles de pobres mortales, con cuerpos enfermizos, deformados, con nervios destrozados y mentes sombrías, arrastran una mísera existencia. El poder de Satanás sobre la familia humana aumenta. Si el Señor no viniese pronto a quebrantar su poder, la tierra quedaría despoblada antes de mucho.

Se me reveló que el poder de Satanás se ejerce especialmente sobre los hijos de Dios. Muchos me fueron presentados en una condición de duda y desesperación. Las enfermedades del cuerpo afectan la mente. Un enemigo astuto y poderoso acompaña nuestros pasos, y dedica su fuerza y habilidad a tratar de apartarnos del camino recto. Y demasiado a menudo sucede que los hijos de Dios no están en guardia y por lo tanto, ignoran sus designios. Satanás obra por los medios que mejor le permiten ocultarse, y a menudo alcanza su objeto.

Ciertos hermanos han invertido recursos en derechos de patentes y otras empresas, y han inducido a interesarse por estas cosas a otros que no pueden soportar la perplejidad y el cuidado de tales negocios. Sus mentes ansiosas y recargadas afectan gravemente sus cuerpos ya enfermizos y ceden al abatimiento, el cual crece hasta llegar a la desesperación. Pierden toda confianza en sí mismos, piensan que Dios los ha abandonado y no se atreven a creer que será misericordioso con ellos. Estas pobres almas no serán dejadas bajo el dominio de Satanás. Se abrirán paso a través de la lobreguez, volverán a aferrar su fe temblorosa a las promesas de Dios; él las [104]
librará, trocará su pesar y tristeza en paz y alegría. Pero se me mostró que los tales deben aprender, por las cosas que sufren, a dejar de lado estos derechos de patentes y diversas empresas. No deben permitir siquiera que sus hermanos los halaguen para enredarlos en tales empresas; porque sus deseos no se materializarán, y luego serán arrojados sobre el campo de batalla del enemigo desarmados para el conflicto.

Los recursos que debieran haberse puesto en la tesorería de Dios para hacer progresar su causa, se pierden al ser invertidos en algunos de estos perfeccionamientos modernos. Si algunos de los que profesan la verdad se sienten libres y capaces para dedicarse a estos derechos de patentes e inventos, no deben ir entre sus hermanos y hacer de ellos su campo de operación, sino ir entre los incrédulos. No se valgan de su nombre y profesión de adventistas para seducir a sus hermanos que desean consagrar sus recursos a Dios. Vayan más bien al mundo, y denle oportunidad de invertir sus recursos a la clase de personas que no se interesan en el progreso de la causa de Dios.

Me fué mostrada la necesidad de abrir las puertas de nuestras casas y corazones al Señor. Cuando empecemos a trabajar en serio por nosotros mismos y nuestras familias, entonces recibiremos ayuda de Dios. Vi que la mera observancia del sábado, y el orar mañana y noche, no son evidencias positivas de que somos cristianos. Se pueden observar estrictamente estas formas externas y, sin embargo, carecer de verdadera piedad. "Que se dió a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, *celoso de buenas obras.*" Tito 2:14. Todos los que profesan seguir a Cristo deben dominar su propio genio, y no permitirse hablar nerviosa e impacientemente. El esposo y padre debe refrenar la palabra impaciente que está por pronunciar. Debe estudiar el efecto de sus palabras, no sea que produzcan tristeza y heridas.

[105] Las enfermedades y dolencias afectan especialmente a las mujeres. La felicidad de la familia depende en gran manera de la esposa y madre. Si ella es débil y nerviosa, y se le permite cargarse de trabajo, su mente se deprime, porque ésta siente la influencia del cansancio físico y además de eso, la esposa encuentra demasiado a menudo una fría reserva de parte de su cónyuge. Si no marcha todo tan agradablemente como él quisiera, culpa a la esposa y madre. El se desentiende completamente de sus congojas y cargas, y no siempre sabe simpatizar con ella. No se percata de que está ayudando al gran enemigo en su obra destructiva. Por fe debiera levantar un estandarte contra Satanás; pero parece no ver sus propios intereses ni los de su esposa. La trata con indiferencia. No sabe lo que está haciendo. Obra directamente contra su propia felicidad, y destruye la de su familia. La esposa se desalienta y abate. Desaparecen la esperanza y

alegría. Ella atiende mecánicamente a sus tareas diarias porque ve que su trabajo debe ser hecho. Su falta de alegría y ánimo se siente en todo el círculo de la familia. Hay muchas familias desdichadas en las filas de los observadores del sábado. Los ángeles llevan las vergonzosas nuevas al cielo, y el ángel registrador lo anota todo.

El esposo considerado

El esposo debe manifestar gran interés en su familia. Debe ser especialmente cuidadoso de los sentimientos de una esposa débil. Puede evitarle muchas enfermedades. Las palabras bondadosas, alegres y alentadoras resultarán mucho más eficaces que las medicinas más poderosas. Infundirán ánimo al corazón de la abatida y desanimada esposa, y la alegría infundida a la familia por los actos y las palabras de bondad, recompensarán diez veces el esfuerzo hecho. El esposo debiera recordar que gran parte de la carga de educar a sus hijos recae sobre la madre, y que ella ejerce una gran influencia para modelar sus mentes. Esto debe inducirle a manifestar los sentimientos más tiernos, y a aliviar con solicitud sus cargas. Debe alentarla a apoyarse en su afecto, y a dirigir sus pensamientos hacia el cielo, [106] donde hay fuerza, paz y descanso final para los cansados. No debe volver a la casa con la frente ceñuda, sino que su presencia debiera brindar alegría a la familia y estimular a la esposa a mirar hacia arriba y creer en Dios. Unidos, pueden aferrarse a las promesas de Dios y atraer su rica bendición sobre la familia. La falta de bondad, el espíritu de queja y la ira, apartan a Jesús de la morada. Vi que los ángeles de Dios huirán de una casa donde se pronuncian palabras desagradables y se manifiesta inquietud y disensión.

La esposa animosa

También se me ha mostrado que muchas veces la esposa comete un grave error. Ella no realiza esfuerzos decididos para dominar su propio genio y hacer feliz el hogar. Manifiesta a menudo inquietud y profiere quejas innecesarias. El esposo llega de su trabajo cansado y perplejo, y encuentra un rostro ceñudo en vez de palabras alegres y alentadoras. El es humano, y sus afectos se apartan de su esposa. Pierde el amor al hogar, su senda se obscurece y se desvanece su

valor. Pierde el respeto propio y la dignidad que Dios le exige que mantenga. El esposo es la cabeza de la familia, como Cristo es la cabeza de la iglesia, y cualquier actitud asumida por la esposa que pueda disminuir su influencia y degradar su posición digna y responsable, desagrada a Dios. Es deber de la esposa renunciar a sus deseos y voluntad, en favor de su esposo. Ambos deben saber renunciar a sus gustos, pero la Palabra de Dios da la preferencia al criterio del esposo. Y la esposa no perderá dignidad al ceder así a aquel a quien ella eligió por consejero y protector. El esposo debe mantener su posición en la familia, con toda mansedumbre, y sin embargo con decisión. Algunos han preguntado: ¿Debo estar siempre en guardia y ejercer continuamente una restricción sobre mí? Me ha sido mostrado que tenemos delante de nosotros una gran obra que hacer para escudriñar nuestros corazones y velar sobre nosotros mismos
[107] con celosa vigilancia. Debemos aprender cuáles son los puntos en que faltamos, y luego precavernos al respecto. Debiéramos tener un perfecto dominio de nuestro genio. "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, que también puede con freno gobernar todo el cuerpo." Santiago 3:2. La luz que resplandece sobre nuestra senda, la verdad que se recomienda a nuestra conciencia, condenará y destruirá el alma, o la santificará y transformará. Estamos viviendo demasiado cerca del fin del tiempo de gracia para conformarnos con una obra superficial. La misma gracia que hasta aquí hemos considerado como suficiente, no nos sostendrá ya. Nuestra fe debe aumentar y debemos ser más semejantes a Cristo en conducta y disposición a fin de subsistir y resistir con éxito las tentaciones de Satanás. La gracia de Dios es suficiente para todo el que sigue a Cristo.

El ataque de Satanás en el hogar

Nuestros esfuerzos para resistir los ataques de Satanás deben ser fervientes y perseverantes. El dedica su fuerza y habilidad a tratar de apartarnos del camino recto. El vigila nuestras salidas y entradas, a fin de hallar oportunidad de perjudicarnos o destruirnos. El obra con muchísimo éxito en las tinieblas, perjudicando a aquellos que ignoran sus designios. No podría conseguir ventajas si su método de ataque fuese comprendido. Los instrumentos que emplea para lograr

sus propósitos y arrojar sus dardos encendidos, son a menudo los miembros de nuestras propias familias.

Aquellos a quienes amamos pueden hablar y obrar con descuido y herirnos profundamente. Tal no era su intención, pero Satanás magnifica sus palabras y actos ante la mente y así arroja un dardo de su aljaba para atravesarnos. Nos erguimos para resistir a la persona que pensamos nos hirió, y al hacerlo estimulamos las tentaciones de Satanás. En vez de pedir a Dios fuerza para resistir a Satanás, permitimos que nuestra felicidad quede empañada tratando de defender lo que llamamos "nuestras derechos." Así concedemos una doble ventaja a Satanás. Obramos de acuerdo a nuestros sentimien- [108]
tos agraviados, y Satanás nos emplea como agentes suyos para herir y angustiar a aquellos que no se proponían perjudicarnos. Puede ser que a veces las exigencias del esposo parezcan irrazonables a la esposa; pero si ella echara serena y sinceramente una segunda mirada al asunto, y lo considerara en una luz tan favorable como fuese posible para el esposo, vería que, renunciando a su propia idea y sometiendo su juicio al del esposo, aun cuando ello contrariase sus sentimientos, salvaría a ambos de la desdicha y les daría una gran victoria sobre las tentaciones de Satanás.

Vi que el enemigo luchará tanto para inutilizar a los piadosos como para quitarles la vida, y tratará de destruir su paz mientras ellos vivan en este mundo. Pero su poder es limitado. Puede hacer calentar el horno, pero Jesús y sus ángeles velarán sobre el cristiano que confía para que sólo la escoria sea consumida. El fuego encendido por Satanás no tiene poder para destruir o perjudicar el verdadero metal. Es importante cerrar toda puerta posible que dé acceso a Satanás. Es privilegio de cada familia vivir de tal manera que Satanás no pueda aprovecharse de nada que digan o hagan sus miembros para perjudicarse unos a otros. Cada miembro de la familia debe tener presente que cada uno de ellos tiene tanto que hacer como los demás para resistir a nuestro astuto enemigo, y con fervientes oraciones y fe inquebrantable cada uno debe confiar en los méritos de la sangre de Cristo y pedir su fuerza salvadora.

Andemos por la fe

Las potestades de las tinieblas rodean el alma y ocultan a Jesús de nuestra vista, y a veces no podemos hacer otra cosa sino esperar entristecidos y asombrados hasta que pase la nube. A veces estos momentos son terribles. Parece faltar la esperanza, y la desesperación se apodera de nosotros. En estas horas angustiosas debemos aprender a confiar, a depender únicamente de los méritos de la expiación, y en toda nuestra impotente indignidad fiar enteramente [109] en los méritos del Salvador crucificado y resucitado. Nunca pereceremos mientras hagamos esto, *nunca*. Cuando la luz resplandece sobre nuestra senda, no es difícil ser fuertes con el poder de la gracia. Pero para aguardar con paciencia y esperanza cuando las nubes nos rodean y todo está obscuro, se requiere una fe y una sumisión que una nuestra voluntad con la de Dios. Nos desalentamos demasiado pronto, y pedimos ardientemente que la prueba sea apartada de nosotros, cuando debiéramos pedir paciencia para soportarla y gracia para vencerla.

Sin fe es imposible agradar a Dios. Podemos tener la salvación de Dios en nuestras familias, pero debemos creer para obtenerla, vivir por ella y ejercer de continuo fe y confianza permanente en Dios. Debemos subyugar el genio violento, y dominar nuestras palabras; así obtendremos grandes victorias. A menos que dominemos nuestras palabras y genio, somos esclavos de Satanás, y estamos sujetos a él como cautivos suyos. Cada palabra discordante, desagradable, impaciente o malhumorada, es una ofrenda presentada a su majestad satánica. Y es una ofrenda costosa, más costosa que cualquier sacrificio que podamos hacer para Dios; porque destruye la paz y felicidad de familias enteras, destruye la salud, y puede hacernos perder finalmente una vida eterna de felicidad.

La Palabra de Dios nos impone restricción para nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestras familias y de cuantos nos rodean. Refina nuestro gusto, santifica nuestro criterio y nos reporta paz mental, y al fin, la vida eterna. Bajo esta restricción santa, creceremos en gracia y humildad, y nos resultará fácil hablar lo recto. El carácter natural, apasionado, será mantenido en sujeción. El Salvador, al morar en nosotros, nos fortalecerá a cada hora. Los ángeles ministradores permanecerán en nuestras moradas, y con

gozo llevarán al cielo las nuevas de nuestro progreso en la vida divina, y el ángel registrador tendrá para anotar un informe alegre y feliz. [110]

Falsas nociones de santificación*

Dios está ahora probando a su pueblo. Está desarrollando su carácter. Los ángeles están pesando el valor moral, y llevando un registro fiel de todos los actos de los hijos de los hombres. Entre los que profesan ser hijos de Dios hay corazones corrompidos; pero serán probados. El Dios que lee lo que hay en el corazón de cada uno, sacará a luz cosas ocultas de las tinieblas donde con frecuencia menos se sospechan, para eliminar las piedras de tropiezo que han estorbado el progreso de la verdad, a fin de que Dios tenga un pueblo limpio y santo que declare sus estatutos y juicios.

El Capitán de nuestra salvación conduce a su pueblo hacia adelante paso a paso, purificándolo y haciéndolo idóneo para la traslación, y dejando en la retaguardia a aquellos que están dispuestos a apartarse del cuerpo, que no quieren ser guiados, y se contentan con su propia justicia. "Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?" Mateo 6:23. No podría seducir a la mente humana un engaño mayor que el que induce a los hombres a tener un espíritu de confianza propia, a creer que están en lo cierto y en la luz, cuando se están apartando del pueblo de Dios y la luz que acarician es en verdad tinieblas....

El Hno. J*** recibió del pastor K*** una falsa teoría de la santificación, que es extraña al mensaje del tercer ángel. Dondequiera que se la recibe, destruye el amor por el mensaje. Me fué mostrado que el pastor K*** se hallaba en terreno peligroso. No está unido con el tercer ángel. Disfrutó una vez de la bendición de Dios, pero no así ahora, porque no apreció la luz de la verdad que resplandeció sobre su senda. Conservó una teoría metodista de la santificación y
[111] la recalca, dándole la mayor importancia. Considera de poca consecuencia las verdades sagradas aplicables a este tiempo. Siguió su propia luz, y quedó cada vez más sumido en tinieblas. Se alejó paulatinamente de la verdad, hasta un punto en que ésta tiene ya

*Testimonios para la Iglesia 1:332-340 (1862). (Del cap. "El norte de Wisconsin.")

poca influencia sobre él. Satanás dominó su mente y ocasionó graves daños a la causa de la verdad en el norte de Wisconsin.

Sus frutos

Esta teoría de la santificación que la Hna. G*** recibió del pastor K***, y que ella procuró seguir, es la que la ha arrastrado a este terrible fanatismo. El Pastor K*** ha aturdido y confundido a muchos con esta teoría de la santificación. Todos los que la abrazan pierden en extenso grado su interés por el mensaje del tercer ángel y su amor hacia él. Esta opinión de la santificación es una teoría que parece muy hermosa. Blanquea las pobres almas que están en las tinieblas del error y del orgullo. Les da apariencia de buenos cristianos, dotados de santidad, cuando sus corazones están corrompidos. Es una teoría que proclama paz y seguridad, que no saca a luz el mal, ni reprende los yerros. Cura superficialmente las heridas de la hija del pueblo de Dios, proclamando paz, paz, cuando no hay paz. Hombres y mujeres de corazones corruptos se arropan con el manto de la santificación y son considerados como ejemplos del rebaño cuando son agentes de Satanás, que él usa para engañar a las almas sinceras y atraerlas a una senda desviada, de modo que no sientan la fuerza y la importancia de las verdades solemnes proclamadas por el tercer ángel.

El pastor K*** ha sido considerado como un ejemplo, mientras que perjudicaba a la causa de Dios. Su vida no ha sido sin culpa. Sus caminos no han estado de acuerdo con la santa ley de Dios, ni con la vida inmaculada de Cristo. Su naturaleza corrompida no está subyugada; y sin embargo, se espacia mucho en la santificación, y con ello engaña a muchos. Me fueron mostradas sus labores pasadas. No hizo entrar a las almas en la verdad, ni las estableció en el mensaje del tercer ángel. Presenta una teoría de la santificación como asunto de [112]
la mayor importancia, mientras que da poca importancia al conducto por el cual se recibe la bendición de Dios. “Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad.” Juan 17:17. No considera la verdad presente, que es el conducto, sino que la pisotea. Los hombres pueden clamar: “Santidad, santidad; santificación, santificación; consagración, consagración,” y sin embargo, no tener más experiencia de lo que mencionan que el pecador con sus propensiones corruptas. Dios no

tardará en arrancar este manto blanqueado de profesa santificación con que algunas personas de mente carnal se han revestido para ocultar la deformidad de su alma.

Se lleva un registro fiel de los actos de los hijos de los hombres. Nada puede quedar oculto a los ojos del Santo y Sublime. Algunos siguen una conducta que contraría directamente la ley de Dios, y luego, para cubrir esta conducta pecaminosa, profesan estar consagrados a Dios. Esta profesión de santidad no se manifiesta en su vida diaria. No tiende a elevar sus espíritus ni los induce a apartarse de "toda forma de mal." 1 Tesalonicenses 5:22 (VM). Somos espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Se blasfema de nuestra fe como consecuencia de la conducta tortuosa de los de ánimo carnal. Estos profesan una parte de la verdad, con lo cual adquieren influencia, mientras que no se unen con aquellos que creen toda la verdad y están unidos con ella. ¿Cuál ha sido la influencia del pastor K***? ¿Cuáles han sido los frutos de su labor? ¿A cuántos ganó y estableció en la verdad presente? ...

Me fué mostrado el caso del Sr. L***. El habla mucho acerca de la santificación, pero se engaña a sí mismo, y otros se engañan respecto a él. Su santificación tal vez le dure mientras está en la reunión; pero no puede soportar la prueba. La santidad bíblica purifica la vida; pero el corazón de L*** no ha sido purificado. Hay mal en su corazón y en su vida, y los enemigos de nuestra fe han tenido ocasión de arrojar oprobio sobre los observadores del sábado.
[113] Juzgan al árbol por sus frutos.

"Antes quitamos los escondrijos de vergüenza, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por manifestación de la verdad encomendándonos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios." 2 Corintios 4:2.

Muchos obran directamente contra el pasaje citado. Andan con astucia, y manejan engañosamente la Palabra de Dios. No ejemplifican la verdad en su vida. Sienten preocupación especial por la santificación, pero desechan la Palabra de Dios. Oran, cantan y gritan acerca de la santificación. Hombres de corazón corrupto asumen aire de inocencia y profesan ser consagrados; pero esto no evidencia que lo sean. Sus acciones testifican acerca de ellos. Sus conciencias están cauterizadas; pero llegará el día del juicio de Dios y la obra de

cada uno será manifiesta, según lo que haya sido. Cada uno recibirá de acuerdo con sus acciones.

Dijo el ángel, mientras señalaba a L***: "¿Qué tienes tú que enarrar mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca, pues que tú aborreces el castigo, y echas a tu espalda mis palabras? Si veías al ladrón, tú corrías con él; y con los adúlteros era tu parte. Tu boca metías en mal, y tu lengua componía engaño." Salmos 50:16-19. Dios dispersará y sacudirá estas influencias divisorias, y librará a su pueblo, si los que profesan toda la verdad acuden en auxilio del Señor.

No hay santificación para los desobedientes

No hay santificación bíblica para los que desechan una parte de la verdad. La Palabra de Dios da bastante luz para que nadie necesite errar. La verdad es tan sublime que admira a los intelectos más elevados, y sin embargo, tan sencilla que puede comprenderla y ser instruído por ella el más humilde y débil hijo de Dios. Los que no vean la belleza de la verdad, ni le den importancia al mensaje del tercer ángel, quedarán sin excusa; porque la verdad es clara.

"Que si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó los [114] entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios." 2 Corintios 4:3, 4.

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." "Y por ellos yo me santifico a mí mismo para que también ellos sean santificados en verdad." Juan 17:17, 19.

"Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia de la verdad, por el Espíritu, en caridad hermanable sin fingimiento, amaos unos a otros entrañablemente de corazón puro." 1 Pedro 1:22.

"Así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios." 2 Corintios 7:1.

"Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su

buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa en medio de la nación maligna y perversa, entre los cuales resplandecéis como luminares en el mundo." Filipenses 2:12-15.

"Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado." Juan 15:3.

"Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la palabra, para presentársela gloriosa para sí, una iglesia que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha." Efesios 5:25-27.

Tal es la santificación bíblica. No es simplemente ostentación u obra exterior. Es la santificación recibida por el conducto de la verdad. Es la verdad recibida en el corazón, y puesta en práctica en la vida.

[115] Jesús considerado como hombre era perfecto, y sin embargo, crecía en gracia. "Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres." Lucas 2:52. Aun el cristiano más perfecto puede crecer continuamente en el conocimiento y en el amor de Dios.

"Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados de él sin mácula, y sin reprensión, en paz." "Mas creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén." 2 Pedro 3:14, 18.

Un crecimiento continuo

La santificación no es obra de un momento, una hora o un día. Es un crecimiento continuo en la gracia. No sabemos un día cuán intenso será nuestro conflicto al día siguiente. Satanás vive, es activo y cada día necesitamos clamar fervorosamente a Dios por ayuda y fortaleza para resistirle. Mientras reine Satanás tendremos que subyugar el yo, tendremos asedios que vencer, y no habrá punto en que detenerse, donde podamos decir que hemos alcanzado la plena victoria.

"No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo por ver si alcanzo aquello para lo cual fuí también alcanzado de Cristo Jesús." Filipenses 3:12.

La vida cristiana es una marcha constante hacia adelante. Jesús está sentado para refinar y purificar a sus hijos; y cuando su imagen se refleja perfectamente en ellos, son perfectos y santos, preparados para la traslación. Se requiere del cristiano una obra grande. Se nos exhorta a purificarnos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, y a perfeccionar la santidad en el temor de Dios. En esto vemos en qué estriba la gran labor. Hay trabajo constante para el cristiano. Todo sarmiento de la cepa debe obtener de ella vida y fuerza a fin de dar fruto.

* * * * *

Nos costará un esfuerzo obtener la vida eterna. Seremos vencedores únicamente mediante un esfuerzo largo y perseverante, intensa [116]
disciplina y severo conflicto. Pero si con paciencia y resolución, en el nombre del Vencedor que obtuvo la victoria en nuestro favor en la tentación y en el desierto, vencemos como él venció, obtendremos la recompensa eterna. Nuestros esfuerzos, nuestra abnegación, nuestra perseverancia deben ser proporcionales al valor infinito del objeto que perseguimos.[*] [117]

[*] Testimonios para la Iglesia 3:324, 325 (1873).

El poder de Satanás*

El hombre caído es el cautivo legítimo de Satanás. La misión de Cristo consistió en rescatarlo del poder de su gran adversario. El hombre se inclina por naturaleza a seguir las sugestiones de Satanás, y no puede resistir con éxito a un enemigo tan terrible, a menos que Cristo, el poderoso Conquistador, more en él, guíe sus deseos y le fortalezca. Dios solo puede limitar el poder de Satanás. Este va de aquí para allá por la tierra, recorriéndola de un lado al otro. Ni por un solo instante está desprevenido, por temor a perder una oportunidad de destruir las almas. Es importante que los hijos de Dios entiendan esto a fin de poder evitar sus trampas.

Satanás está preparando sus engaños, para que en su última campaña contra el pueblo de Dios, éste no entienda que se trata de él. "Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz." 2 Corintios 11:14. Mientras que algunas almas engañadas sostienen que él no existe, las está llevando cautivas y trabaja extensamente por su medio. Satanás conoce mejor que los hijos de Dios el poder que ellos pueden tener sobre él cuando su fuerza está en Cristo. Cuando el más débil creyente en la verdad solicita humildemente ayuda al poderoso Conquistador, confiando firmemente en Cristo, puede repeler con éxito a Satanás y toda su hueste. El es demasiado astuto para presentar abierta y audazmente sus tentaciones, porque entonces se despertarían las soñolientas energías del cristiano, y éste confiaría en el poderoso Libertador. Pero se presenta inadvertido, y obra por engaño mediante los hijos de desobediencia que profesan la piedad.

Satanás recurrirá a todo su poder para acosar, tentar y desviar al
[118] pueblo de Dios. El que se atrevió a enfrentarse con nuestro Señor para tentarlo y desafiarlo, y que tuvo poder para tomarlo en sus brazos y llevarlo al pináculo del templo, y hasta la cumbre de una altísima montaña ejercerá su poder hasta un grado asombroso sobre la presente generación, que dista mucho de tener la sabiduría de

*Testimonios para la Iglesia 1:341-347 (1862).

su Señor, y que ignora casi completamente la sutileza y fuerza de Satanás. De manera maravillosa afectará el cuerpo de los que están por naturaleza inclinados a hacer su voluntad. Satanás se regocija cuando se lo considera como un mito. Cuando es objeto de burlas y representado por alguna ilustración infantil, o como algún animal, ello le conviene perfectamente. Como se le cree tan inferior, las mentes humanas están completamente desprevenidas ante sus planes sabiamente trazados, y él tiene casi siempre éxito. Si su poder y sutileza fuesen comprendidos, muchos estarían preparados para resistirle victoriosamente.

Todos debieran entender que Satanás fué una vez un ángel muy exaltado. Su rebelión hizo que fuera echado del cielo, pero no destruyó sus facultades ni hizo de él una bestia. Desde su caída volvió su poderosa fuerza contra el gobierno del cielo. Se ha estado volviendo más astuto, y ha aprendido de qué manera puede triunfar más completamente al presentar sus tentaciones a los hijos de los hombres.

Los engaños de Satanás

Satanás ha inventado fábulas a fin de engañar. Principió en el cielo a guerrear contra el fundamento del gobierno de Dios, y desde su caída ha persistido en su rebelión contra la ley de Dios, y ha inducido a la mayoría de los que profesan el cristianismo a hollar el cuarto mandamiento, que presenta al Dios viviente. Arrancó el sábado original del Decálogo, y puso en su lugar uno de los días hábiles de la semana.

La gran mentira original que le dijo a Eva en el Edén: "De seguro que no moriréis" (Génesis 3:4, VM), fué el primer sermón que se predicó sobre la inmortalidad del alma. Fué coronado de éxito, y le siguieron resultados desastrosos. Satanás ha logrado que muchas [119]
mentes acepten ese sermón como si fuera verdad, y los predicadores lo proclaman, lo cantan y lo mencionan en sus oraciones.

Se están popularizando rápidamente las fábulas de que el diablo no existe y de que habrá un tiempo de prueba después de la venida de Cristo. Las Escrituras aseveran claramente que el destino de toda persona quedará fijado para siempre al momento de la venida del Señor. "El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio,

ensúciese todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía. Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra." Apocalipsis 22:11, 12.

Satanás se ha aprovechado de las fábulas populares para ocultarse. Se presenta a los pobres y engañados mortales mediante el espiritismo moderno, el cual no impone limitaciones a los de ánimo carnal, y cuando se sigue, separa las familias, crea celos y odio, y concede libertad a las más degradantes propensiones. El mundo sabe muy poco todavía de la influencia corruptora del espiritismo. Se levantó el telón, y se me reveló gran parte de su obra devastadora. Vi a algunas personas que habían tenido experiencia en el espiritismo, y renunciado después a él, que se estremecen al considerar cuán cerca se hallaron de la ruina completa. Habían perdido el dominio propio, y Satanás las obligaba a hacer lo que detestaban. Pero aun dichas personas tienen tan sólo una débil idea de lo que es el espiritismo. Los ministros inspirados por Satanás pueden revestir con elocuencia este monstruo abominable, ocultar su deformidad y hacerlo aparecer hermoso ante muchos. Pero proviene tan directamente de su majestad satánica, que él sostiene tener el derecho de dominar a cuantos tengan algo que ver con él, porque se han aventurado sobre terreno prohibido y han perdido todo derecho a ser protegidos por su Hacedor.

Algunas pobres almas, fascinadas por las palabras elocuentes de los maestros del espiritismo, se entregan a su influencia; más
[120] tarde descubren su carácter mortífero y quisieran renunciar a él y huir, pero no pueden. Satanás las retiene por su poder, y no quiere dejarlas en libertad. El sabe que le pertenecen seguramente mientras se hallan bajo su dominio especial, pero que una vez libres de su poder, nunca las podría inducir a creer ya en el espiritismo, ni a colocarse tan directamente bajo su dominio. La única manera en que estas pobres almas pueden vencer a Satanás, consiste en discernir entre la pura verdad de la Biblia y las fábulas. Al reconocer las exigencias de la verdad, se sitúan donde pueden ser ayudadas. Debieran rogar a aquellos que han tenido experiencia religiosa, y tienen fe en las promesas de Dios, que intercedan en su favor ante el poderoso Libertador. Ello representará un conflicto reñido. Satanás reforzará su contingente de ángeles malos que han dominado a estas

personas; pero si los santos de Dios, con profunda humildad, oran y ayunan, sus oraciones prevalecerán. Jesús comisionará a ángeles santos para resistir a Satanás, y éste será ahuyentado y su poder sobre los afligidos, quebrantado. "Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno." Marcos 9:29.

La palabra de Dios nos protege

Los predicadores populares no pueden resistir con éxito al espiritismo. No tienen nada con que proteger a sus rebaños de su influencia nefasta. Gran parte de los tristes resultados del espiritismo recaerá sobre los ministros de esta época, porque han pisoteado la verdad, y preferido las fábulas. El sermón que Satanás predicó a Eva con referencia a la inmortalidad del alma: "No moriréis," lo han reiterado desde el púlpito, y la gente lo recibe como pura verdad bíblica. Tal es el fundamento del espiritismo. En ninguna parte enseña la Palabra de Dios que el hombre es inmortal. La inmortalidad es atributo de Dios únicamente, "quien sólo tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver: al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén." 1 Timoteo 6:16. [121]

La Palabra de Dios, debidamente comprendida y aplicada, es una salvaguardia contra el espiritismo. La teoría de un infierno que arde eternamente, predicada desde el púlpito, y presentada constantemente a la gente, representa una injusticia para el carácter benevolente de Dios. Le presenta como el mayor tirano del universo. Este difundido dogma ha hecho volver a millares hacia el universalismo, la incredulidad y el ateísmo. La Palabra de Dios es clara. Es una recta cadena de verdad, y resultará un ancla para aquellos que estén dispuestos a recibirla, aun cuando hayan de sacrificar sus apreciadas fábulas. Ella los salvará de los terribles engaños de estos tiempos peligrosos. Satanás ha inducido a los predicadores de las diferentes iglesias a aferrarse tenazmente a sus errores populares, como indujo a los judíos a aferrarse en su ceguera a sus sacrificios y a crucificar a Cristo. El rechazamiento de la luz y la verdad deja a los hombres cautivos, sujetos a los engaños de Satanás. Cuanto mayor es la luz que rechazan, tanto mayor será el poder del engaño y de las tinieblas que los sobrecogerán.

Me fué mostrado que el verdadero pueblo de Dios es la sal de la tierra y la luz del mundo. Dios requiere de él que progrese continuamente en el conocimiento de la verdad, y en el camino de santidad. Entonces comprenderá cómo llega Satanás y con la fuerza de Jesús, le resistirá. Satanás llamará en su ayuda legiones de sus ángeles para oponerse a los progresos hasta de un alma, y si posible fuese, la arrebataría de las manos de Cristo.

La contienda por las almas

Vi a los malos ángeles contender por las almas, y a los ángeles de Dios resistirles. El conflicto era intenso. Los malos ángeles estaban corrompiendo la atmósfera con su influencia venenosa, y se cernían en tropel alrededor de aquellas almas para entumecer su sensibilidad. Los ángeles santos estaban mirando con ansiedad, y esperando para rechazar las huestes de Satanás. Pero no es obra de los ángeles buenos dominar las mentes de los hombres contra su voluntad. Si
[122] ellos se entregan al enemigo y no hacen esfuerzo para resistirle, entonces los ángeles de Dios no pueden hacer mucho más que mantener en jaque a la hueste de Satanás, para que no destruya a los que están en peligro, hasta que se les haya dado mayor luz con el fin de despertarlos y hacerlos mirar al Cielo en procura de ayuda. Jesús no comisionará a los ángeles santos para que libren a los que no se esfuerzan por ayudarse a sí mismos.

Si Satanás ve que corre peligro de perder a un alma, hace cuanto puede para conservarla. Y cuando la persona llega a darse cuenta del peligro que corre, y con angustia y fervor busca fortaleza en Jesús, Satanás teme perder un cautivo, y llama un refuerzo de sus ángeles para rodear a la pobre alma y formar una muralla de tinieblas en derredor de ella con el propósito de que la luz del cielo no la alcance. Pero si el que está en peligro persevera, y en su impotencia se aferra a los méritos de la sangre de Cristo, nuestro Salvador escucha la ferviente oración de fe, y envía refuerzos de ángeles poderosos en fortaleza para que lo libren.

Satanás no puede soportar que se recurra a su poderoso rival, porque teme y tiembla ante su fuerza y majestad. Al sonido de la oración ferviente, toda la hueste de Satanás tiembla. El continúa llamando legiones de malos ángeles, para lograr su objeto. Cuan-

do los ángeles todopoderosos, revestidos de la armadura del cielo, acuden en auxilio del alma perseguida y desfalleciente, Satanás y su hueste retroceden, sabiendo perfectamente que han perdido la batalla. Los voluntarios súbditos de Satanás son fieles, activos y unidos en un propósito, y aunque se aborrecen y se hacen guerra mutuamente, aprovechan toda oportunidad para fomentar su interés común. Pero el gran General del cielo y de la tierra ha limitado el poder de Satanás.

Lo que he experimentado ha sido singular, y durante años he sufrido pruebas mentales peculiares. La condición del pueblo de Dios y mi relación con la obra de Dios, me han abrumado a menudo con un peso de tristeza y desaliento indecible. Durante años, he [123]
considerado al sepulcro como un dulce lugar de reposo. En mi última visión, pregunté a mi ángel acompañante por qué se me dejaba sufrir tal perplejidad mental, y por qué era tan a menudo arrojada al terreno de batalla de Satanás. Rogué que si había de estar tan íntimamente relacionada con la causa de la verdad, fuese librada de estas pruebas severas. Hay poder y fuerza en los ángeles de Dios, y yo rogué que ellos me escudasen.

Entonces se me presentó nuestra vida pasada, y se me mostró que Satanás había tratado de varias maneras de destruir nuestra utilidad; que muchas veces había hecho sus planes para apartarnos de la obra de Dios; se había presentado de diferentes maneras y por medio de diversos expedientes, para lograr sus propósitos; pero el ministerio de los santos ángeles le había derrotado. Vi que, en nuestros viajes de lugar en lugar, con frecuencia había colocado a sus malos ángeles en nuestra senda para causar un accidente que nos ocasionase la muerte; pero los santos ángeles fueron enviados al lugar para librarnos. Diversos accidentes nos pusieron a mi esposo y a mí misma en grave peligro, y nuestra salvación ha sido maravillosa. Vi que habíamos sido objeto especial de los ataques de Satanás, por causa de nuestro interés en la obra de Dios y nuestra relación con ella; y al ver el gran cuidado que Dios ejerce en todo momento en favor de quienes le aman y le temen cobré confianza en Dios, y me sentí reprendida por mi falta de fe.

* * * * *

Mediante la manifestación de un poder sobrenatural, al utilizar a la serpiente como agente suyo, Satanás hizo caer a Adán y Eva en el Edén. Antes que termine el tiempo realizará prodigios aun mayores. Hasta donde alcance su poder, realizará verdaderos milagros. Dice la Escritura: "Engaña a los moradores de la tierra por las señales que le ha sido dado hacer" (Apocalipsis 13:14); no simplemente por lo que pretende hacer. En este pasaje se presenta algo más que
[124] imposturas. Pero hay un límite que Satanás no puede superar; y entonces recurre al engaño y falsifica la obra que no puede realizar en verdad. En los postreros días se presentará de tal manera que hará creer a los hombres que es Cristo venido por segunda vez al mundo. Se transformará en verdad en un ángel de luz. Pero, aunque tenga la apariencia de Cristo en todo detalle exterior, no engañará sino a aquellos que, como el antiguo Faraón, procuran resistir a la verdad.*
[125]

*Testimonios para la Iglesia 5:698 (1889).

Las dos coronas*

En una visión que tuve en Battle Creek (Míchigan), el 25 de octubre de 1861, se me mostró esta tierra obscura y melancólica. Dijo el ángel: "¡Mira cuidadosamente!" Se me mostró entonces a los pobladores de la tierra. Los ángeles de Dios rodeaban a algunos; otros estaban en tinieblas completas, rodeados por ángeles malos. Vi bajar del cielo un brazo que sostenía un cetro de oro, en cuyo extremo había una corona cuajada de diamantes, cada uno de los cuales despedía una viva y hermosa luz. En la corona se leía: "Todos los que me ganen serán felices y tendrán vida eterna."

Debajo de esa corona había otro cetro, y sobre él otra corona, en cuyo centro había joyas, oro y plata, que reflejaban algo de luz. La inscripción de esta corona era: "Tesoros terrenos. La riqueza es poder. Todos los que me ganen tendrán honor y fama." Vi una gran multitud que porfiaba por obtener esta corona. Todos clamaban por ella, y algunos, con tal ahinco, que parecían enloquecidos. Se herían unos a otros, empujaban para atrás a los más débiles y pisoteaban a quienes caían en su apresuramiento. Algunos se apoderaban ansiosamente de las preseas de la corona y las retenían con vigoroso empeño. Otros tenían los cabellos blancos como plata y los rostros surcados de arrugas causadas por la inquietud y la ansiedad. No hacían caso ni de sus propios parientes, carne de su carne y hueso de sus huesos; y cuando alguno de ellos los miraba anhelosamente, se asían con más firmeza a sus tesoros como si temieran que en un momento de descuido fuesen a perder parte de ellos, o se les obligara a compartirlos con los reclamantes. Sus ansiosos ojos se clavaban en la corona terrenal, y contaban y recontaban sus tesoros. [126]

Aparecieron entre la multitud figuras que personificaban la penuria y la miseria; miraban anhelosamente los tesoros y se apartaban desesperadas porque el fuerte se sobreponía y rechazaba al débil. Sin embargo, no cejaban en su empeño y con una multitud de contrahechos, enfermizos y viejos, trataban de abrirse paso hacia la corona

*Testimonios para la Iglesia 1:347-353 (1862).

terrenal. Algunos morían mientras intentaban alcanzarla. Otros sucumbían en el momento de asirla, y otros, después de tenerla un instante en las manos. El suelo estaba sembrado de cadáveres, y no obstante, la multitud se apretujaba y avanzaba pisoteando los cadáveres de sus compañeros. Todos los que alcanzaban la corona poseían parte de ella y eran aplaudidos calurosamente por la interesada compañía que con anhelo rodeaba la corona.

Engaño satánico

Una numerosa hueste de ángeles malos estaba muy atareada. Satanás permanecía en medio de ellos, y todos miraban con extremada satisfacción a la multitud que luchaba por la corona. Satanás parecía lanzar un peculiar ensalmo sobre quienes más afanosamente la apetecían. Muchos de los que buscaban esta corona terrenal eran cristianos de nombre y algunos parecían tener un poco de luz; pero, si bien miraban deseosos la corona celestial y a veces parecían encantados de su hermosura, no tenían verdadero concepto de su valía y belleza. Mientras con una lánguida mano trataban de alcanzar la celestial, con la otra se esforzaban con afán en lograr la terrena, resueltos a poseerla, y perdían de vista la celestial. Quedaban en tinieblas; sin embargo, iban a tientas ansiosos de asegurarse la corona terrena.

Otros se disgustaban de seguir con quienes tan afanosamente buscaban esa corona, y recelando de los peligros que implicaba, se apartaban de ella para ir en busca de la celestial. El aspecto de éstos se transmutaba muy pronto de tinieblas a luz y de melancolía a placidez y santo júbilo.

[127] Después vi una hueste que, con la vista decididamente fija en la corona del cielo, se abría paso a través de la multitud. Y mientras avanzaba presurosa por entre la desordenada muchedumbre, los ángeles la asistían y le daban espacio para avanzar. Al acercarse a la corona celeste, la luz que ésta despedía brilló sobre los miembros de dicha compañía y alrededor de ellos disipó las tinieblas, y aumentó su fulgor hasta transformarlos a semejanza de los ángeles. No echaron ni una sola mirada para atrás, sobre la corona terrenal. Los que iban en busca de ésta se mofaban de ellos y les arrojaban pelotillas negras que por cierto no les producían daño alguno mientras sus ojos

estaban fijos en la corona celestial; pero quienes prestaban atención a las pelotillas negras quedaban manchados por ellas. Entonces se me presentó a la vista el siguiente pasaje de la Escritura:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso: mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón." Mateo 6:19-24.

Después, todo lo que yo había visto se me explicó como sigue: La multitud que tan afanosamente porfiaba por la corona terrenal estaba compuesta por los que aman los tesoros de este mundo y se dejan engañar y lisonjear por sus efímeras atracciones. Vi algunos que, a pesar de llamarse discípulos de Jesús, son tan ambiciosos de tesoros terrenales que pierden el amor por los del cielo, obran según el mundo y Dios los tiene por mundanos. Dicen que buscan una corona inmortal, un tesoro en los cielos; pero su interés y su preocupación mayor está en adquirir tesoros terrenales. Quienes [128] tienen sus tesoros en este mundo y aman sus riquezas, no pueden amar a Jesús. Podrán pensar que son justos, y aunque se aferran como avaros a sus posesiones, no se les puede convencer de ello; no son capaces de reconocer que aman más el dinero que la causa de la verdad o los tesoros celestiales.

Riquezas verdaderas y falsas

"Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?" Mateo 6:23. En la experiencia de los tales llega un punto en que, por no apreciar la luz que se les dió, ésta se convierte en tinieblas. El ángel dijo: "No podéis amar y adorar los tesoros de la tierra y al propio tiempo poseer verdaderas riquezas." Cuando vino a Jesús el joven que le dijo: "Maestro bueno, ¿que haré para poseer la vida eterna?" Mateo 19:16. Jesús le dió a elegir entre

dos cosas: o se separaba de sus posesiones y obtenía la vida eterna, o guardaba aquéllas y perdía ésta. El apreció sus riquezas más que el tesoro celestial. La condición de separarse de sus tesoros y darlos a los pobres, a fin de hacerse seguidor de Cristo y tener la vida eterna, ahogó su buen deseo, y se fué triste.

Aquellos que vi afanarse por la corona terrenal eran los que recurren a toda clase de medios para adquirir posesiones. En este punto llegan hasta la locura. Todos sus pensamientos y energías se enfocan en el logro de riquezas terrenas. Pisotean el derecho ajeno, oprimen al pobre y al jornalero en su salario. Si pueden, se valen de los que son más pobres y menos astutos que ellos, para acrecentar sus riquezas, sin vacilar un momento en oprimirlos aunque los arrastren a la mendicidad.

Los de cabellos canos y semblante arrugado por la inquietud, eran los ancianos que, a pesar de quedarles pocos años de vida, se afanaban en asegurar sus tesoros terrenales. Cuanto más cerca estaban del sepulcro, tanto mayor era su afán de aferrarse a ellos. Sus propios parientes no recibían beneficio alguno. Para ahorrar algo de
[129] dinero, dejaban a los miembros de sus familias que trabajasen más allá de sus fuerzas. Y no empleaban ese dinero para el bien ajeno ni para el propio. Les bastaba saber que lo poseían. Cuando se les presenta su deber de aliviar las necesidades de los pobres y sostener la causa de Dios, se entristecen. Aceptarían gustosos el don de la vida eterna, pero no quieren que les cueste algo. Las condiciones son demasiado duras. Pero Abrahán no retuvo a su hijo unigénito. En obediencia a Dios hubiera podido sacrificar a este hijo de la promesa más fácilmente de lo que muchos sacrificarían algunos de sus bienes terrenales.

Agentes de Satanás

Era penoso ver a quienes hubieran podido madurar gloriosamente y prepararse día tras día para la inmortalidad, emplear todas sus fuerzas en retener sus tesoros terrenales. Vi que no eran capaces de estimar el tesoro celestial. Su intenso afecto a lo terreno, les impelía a demostrar en sus actos que no estimaban lo bastante la herencia celestial como para sacrificarse por ella. El “joven” manifestaba disposición a guardar los mandamientos, y sin embargo, nuestro

Señor le dijo que una cosa le faltaba. Deseaba la vida eterna, pero amaba más sus bienes. Muchos se engañan a sí mismos. No han buscado la verdad como a tesoro escondido. No sacan el mejor partido posible de sus facultades. Su mente, que podría ser iluminada por la luz celestial, está perturbada y perpleja. "Los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias que hay en las otras cosas, entrando ahogan la palabra, y se hace infructuosa." Marcos 4:19. "Los tales—dijo el ángel,—están sin excusa." Vi que la luz se apartaba de ellos. No deseaban comprender las solemnes e importantes verdades para este tiempo, y pensaban que estaban bien sin comprenderlas. Su luz se apagó y quedaron andando a tientas en las tinieblas.

La multitud de contrahechos y enfermizos que porfiaban por la corona terrenal eran aquellos que tienen sus intereses y tesoros en este mundo. Aunque por todas partes los hiera el desengaño, no [130] pondrán sus afectos en el cielo para asegurarse allí una morada y un tesoro. Por más que fracasan en lo terrenal, prosiguen apegados a ello y pierden lo celestial. No obstante los desengaños y la desdichada vida y muerte de quienes pusieron todo su empeño en el logro de riquezas materiales, otros siguen el mismo camino. Se precipitan locamente, sin reparar en el miserable fin de aquellos cuyo ejemplo siguen.

Aquellos que alcanzaban la corona y lograban una participación en ella y eran aplaudidos, son los que obtienen el único anhelo de su vida; las riquezas materiales. Reciben la honra que el mundo tributa a los ricos. Tienen influencia en el mundo. Satanás y sus malignos ángeles quedan satisfechos, porque saben que los tales son seguramente suyos, y que, mientras vivan en rebelión contra Dios, son poderosos agentes de Satanás.

Los que acaban por disgustarse con quienes se afanan por la corona terrenal, son los que han reparado en la vida y muerte de quienes luchan por las riquezas terrenas, pues ven que éstos nunca están satisfechos sino que son desgraciados. Por esto se ponen en guardia y, apartándose de los egoístas, buscan las riquezas verdaderas y perdurables.

Se me mostró que quienes, asistidos por los santos ángeles, se abren paso a través de la multitud hacia la corona celeste, son los

fieles hijos de Dios. Los ángeles los guían y les infunden celo para avanzar en busca del tesoro celestial.

Las pelotillas negras que se arrojaban contra los santos eran las maledicencias y falsedades difundidas contra el pueblo de Dios por quienes mienten y gustan de la mentira. Hemos de tener mucho cuidado de observar irreprensible conducta y abstenernos de toda apariencia de mal, a fin de marchar airosamente hacia adelante sin hacer caso de los falsos vituperios de los malvados. Cuando la vista de los justos se fija en los inestimables tesoros del cielo, se acrecienta más y más su semejanza con Cristo, con lo que quedarán
[131] así transformados y dispuestos para la traslación al cielo.

El futuro*

En ocación de la transfiguración, Jesús fué glorificado por su Padre. Le oímos decir: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él." Juan 13:31. Así, antes de su entrega y crucifixión, fué fortalecido para sus últimos terribles sufrimientos. Al acercarse los miembros del cuerpo de Cristo al período de su último conflicto, al "tiempo de angustia de Jacob," crecerán en Cristo y participarán en gran medida de su Espíritu. Al crecer el tercer mensaje hasta ser un fuerte pregón, cuando acompañe a la obra final un gran poder y gloria, los hijos de Dios participarán de aquella gloria. La lluvia tardía será lo que los fortalecerá y reavivará para atravesar el tiempo de angustia. Sus rostros resplandecerán con la gloria de aquella luz que acompaña al tercer ángel.

Vi que Dios preservará de manera maravillosa a su pueblo durante el tiempo de angustia. Así como Jesús oró con toda la agonía de su alma en el huerto, ellos clamarán con fervor y agonía día y noche para obtener libramiento. Se proclamará el decreto de que deben despreciar el sábado del cuarto mandamiento, y honrar el primer día, o perder la vida. Pero ellos no cederán, ni pisotearán el sábado del Señor para honrar una institución del papado. Los rodearán las huestes de Satanás y los hombres perversos, para alegrarse de su suerte, porque no parecerá haber para ellos medio de escapar. Pero en medio de las orgías y el triunfo de aquéllos, se oirá el estruendo ensordecedor del trueno más formidable. Los cielos se habrán ennegrecido, y estarán iluminados únicamente por la deslumbrante y terrible gloria del cielo, cuando Dios deje oír su voz desde su santa morada.

Los cimientos de la tierra temblarán; los edificios vacilarán y caerán con espantoso fragor. El mar hervirá como una olla, y toda la tierra será terriblemente conmovida. El cautiverio de los justos se cambiará, y con suave y solemne susurro se dirán unos a otros: "Somos librados; es la voz de Dios." Con solemne asombro escu- [132]

*Testimonios para la Iglesia 1:353, 354 (1862).

charán las palabras de la voz. Los malos oirán, pero no entenderán las palabras de la voz de Dios. Temerán y temblarán, mientras que los santos se regocijarán. Satanás y sus ángeles, y los hombres perversos, que habían estado regocijándose porque el pueblo de Dios estaba en su poder y podían raerlo de la faz de la tierra, presenciarán la gloria conferida a aquellos que honraron la santa ley de Dios. Verán cómo el rostro de los justos estará iluminado y reflejará la imagen de Jesús. Los que estaban tan deseosos de destruir a los santos, no podrán soportar la gloria que descansará sobre los que habrán sido libertados, y caerán como muertos al suelo. Satanás y los malos ángeles huirán de la presencia de los santos glorificados.
[133] Habrán perdido para siempre el poder de molestarlos.

Padres e hijos*

Se me ha mostrado que mientras los padres que temen a Dios imponen restricciones a sus hijos, deben estudiar sus disposiciones y temperamentos, y tratar de suplir sus necesidades. Algunos padres atienden cuidadosamente las necesidades temporales de sus hijos; los cuidan bondadosa y fielmente mientras están enfermos, y luego consideran que han cumplido todo su deber. En esto cometen un error. Tan sólo han empezado su trabajo. Se deben suplir las necesidades de la mente. Se requiere habilidad para aplicar los debidos remedios a la curación de una mente herida.

Los niños han de soportar pruebas tan duras, tan graves en su carácter, como las de las personas mayores. Los padres mismos no sienten siempre la misma disposición. A menudo su mente está afligida por la perplejidad. Trabajan bajo la influencia de opiniones y sentimientos equivocados. Satanás los azota y ceden a sus tentaciones. Hablan con irritación y de una manera que excita la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e inquietos. Los pobres niños participan del mismo espíritu, y los padres no están preparados para ayudarles, porque ellos son la causa de la dificultad. A veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos desdichados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de la dificultad reside en ellos mismos.

Algunos padres suscitan muchas tormentas por su falta de dominio propio. En vez de pedir bondadosamente a los niños que hagan esto o aquello, les dan órdenes en tono de reprensión, y al mismo tiempo tienen en los labios censuras o reproches que los niños no [134] merecieron. Padres, esta conducta para con vuestros hijos destruye su alegría y ambición. Ellos cumplen vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a obrar de otro modo. No ponen su corazón en el asunto. Les resulta un trabajo penoso en vez de un placer; y a menudo por esto mismo se olvidan de seguir todas

*Testimonios para la Iglesia 1:384-389 (1863).

vuestras indicaciones, lo cual acrece vuestra irritación y empeora la situación de los niños. Las censuras se repiten; se les pinta con vivos colores su mala conducta, hasta que el desaliento se posesiona de ellos, y no les interesa agradaros. Se apodera de ellos un espíritu que los impulsa a decir: "A mí qué me importa," y van a buscar fuera del hogar, lejos de sus padres, el placer y deleite que no encuentran en casa. Frecuentan las compañías de la calle, y pronto se corrompen tanto como los peores.

Lo que pueden hacer los padres

¿Sobre quién pesa este gran pecado? Si se hubiese hecho atrayente el hogar, si los padres hubiesen manifestado afecto por sus hijos, si con bondad les hubiesen encontrado ocupación, enseñándoles con amor a obedecer a sus deseos, habrían hallado respuesta en sus corazones, y con corazones, manos y pies voluntarios, los hijos les habrían obedecido prestamente. Dominándose a sí mismos, y hablándoles con bondad, y alabando a los niños cuando tratan de hacer lo recto, los padres pueden estimular sus esfuerzos, hacerlos muy felices, y rodear al círculo de la familia con un encanto que despejará toda lobreguez y hará penetrar en él la alegría como la luz del sol.

A veces los padres disculpan su propia mala conducta con la excusa de que no se sienten bien. Están nerviosos y piensan que no pueden ser pacientes ni serenos, ni hablar de una manera agradable. En esto se engañan y agradan a Satanás, quien se regocija de que ellos no consideran la gracia de Dios como suficiente para vencer las flaquezas naturales. Ellos pueden y deben dominarse a sí mismos en toda ocasión. Dios se lo exige. Deben darse cuenta de que cuando
[135] ceden a la impaciencia e inquietud hacen sufrir a otros. Los que los rodean son afectados por el espíritu que ellos manifiestan, y si a su vez actúan impulsados por el mismo espíritu, el daño aumenta y todo va mal.

Padres, cuando os sentís nerviosos, no debéis cometer el grave pecado de envenenar a toda la familia con esta irritabilidad peligrosa. En tales ocasiones, ejerced sobre vosotros mismos una vigilancia doble, y resolved en vuestro corazón no ofender con vuestros labios, sino pronunciar solamente palabras agradables y alegres. Decíos:

"No echaré a perder la felicidad de mis hijos con una sola palabra de irritación." Dominándoos así vosotros mismos, os fortaleceréis. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible. Quedaréis fortalecidos por los principios de lo recto. La conciencia de que estáis desempeñando fielmente vuestro deber, os fortalecerá. Los ángeles de Dios sonreirán al ver vuestros esfuerzos, y os ayudarán.

Cuando os sentís impacientes, con demasiada frecuencia pensáis que la causa está en vuestros hijos, y les echáis la culpa cuando no la merecen. En otras ocasiones, ellos podrían hacer las mismas cosas, y todo sería aceptable y correcto. Los niños conocen, notan y sienten estas irregularidades y *ellos* tampoco son siempre los mismos. A veces están más o menos preparados para arrostrar actitudes variables; y en otras ocasiones están nerviosos e intranquilos, y no pueden soportar la censura. Su espíritu se subleva en rebelión contra ella. Los padres quieren que se tenga en cuenta su estado mental, y sin embargo no ven siempre la necesidad de hacer las mismas concesiones a sus pobres hijos. Disculpan en sí mismos aquello que censurarían severamente si lo advirtieran en sus hijos, que no tienen tantos años de experiencia y disciplina.

Algunos padres de temperamento nervioso, cuando están cansados por el trabajo u oprimidos por la congoja, no conservan serenidad mental, sino que manifiestan hacia aquellos que debieran serles más caros en este mundo una irritación e intolerancia que desagradan a Dios y extienden una nube sobre la familia. Con tierna simpatía, [136] debe calmarse a los niños en sus dificultades. La bondad y tolerancia mutuas harán del hogar un paraíso y atraerán a los ángeles santos al círculo de la familia.

La madre puede y debe hacer mucho para dominar sus nervios y ánimo cuando está deprimida. Aun cuando está enferma, puede, si se educa a sí misma, manifestar una disposición agradable y alegre, y puede soportar más ruido de lo que una vez creyera posible. No debiera hacer sentir a los niños su propia flaqueza y nublar sus mentes jóvenes y sensibles por su propia depresión de espíritu, haciéndoles sentir que la casa es una tumba y que la pieza de mamá es el lugar más lúgubre del mundo. La mente y los nervios se entonan y fortalecen por el ejercicio de la voluntad. En muchos casos, la fuerza de voluntad resultará ser un potente calmante de los nervios.

Un tiempo crítico para los niños

No dejéis que vuestros hijos os vean con rostros ceñudos. Si ellos ceden a la tentación, y luego ven su error y se arrepienten de él, perdonadles tan generosamente como esperáis ser perdonados por vuestro Padre celestial. Instruidlos bondadosamente y ligadlos a vuestro corazón. Este es un tiempo crítico para los niños. Los rodearán influencias tendientes a separarlos de vosotros, y debéis contrarrestarlas. Enseñadles a hacer de vosotros sus confidentes. Permitidles contaros sus pruebas y goces. Estimulando esto, los salvaréis de muchas trampas que Satanás ha preparado para sus pies inexpertos. No tratéis a vuestros hijos únicamente con severidad, olvidándoos de vuestra propia niñez, y olvidando que ellos no son sino niños. No esperéis de ellos que sean perfectos, ni tratéis de obligarlos a actuar como hombres y mujeres en seguida. Obrando así, cerraríais la puerta de acceso que de otra manera pudierais tener hacia ellos, y los impulsaríais a abrir la puerta a las influencias perjudiciales, que permitirían a otros envenenar sus mentes juveniles
[137] antes de advertir el peligro.

Satanás y su hueste están haciendo arduos esfuerzos para desviar la mente de los niños, y éstos deben ser tratados con franqueza, ternura y amor cristianos. Esto os dará una poderosa influencia sobre ellos, y les hará sentir que pueden depositar una confianza ilimitada en vosotros. Rodead a vuestros hijos de los encantos del hogar y de vuestra sociedad. Si lo hacéis, no tendrán mucho deseo de trabar relaciones con otros jóvenes. Satanás obra por medio de dichas relaciones, y trata de que las mentes ejerzan una mutua influencia corruptora. Esta es la manera más eficaz en que pueda trabajar. Los jóvenes tienen una influencia poderosa unos sobre otros. Su conversación no es siempre selecta y elevada. Oyen malas conversaciones, que, si no se resisten con decisión, se alojan en el corazón, para arraigar allí, crecer hasta dar frutos y corromper las buenas costumbres. A causa de los males que imperan hoy en el mundo, y de la restricción que es necesario imponer a los hijos, los padres deben tener doble cuidado de ligarlos a sus corazones y de dejarles ver que desean hacerlos felices.

Padres comprensivos

Los padres no deben olvidar cuánto anhelaban en su niñez la manifestación de simpatía y amor, y cuán desgraciados se sentían cuando se les censuraba y reprendía con irritación. Deben rejuvenecer sus sentimientos, y transigir mentalmente para comprender las necesidades de sus hijos. Sin embargo, con firmeza mezclada de amor, deben exigirles obediencia. La palabra de los padres debe ser obedecida implícitamente.

Los ángeles de Dios vigilan a los niños con el más profundo interés para ver qué carácter adquieren. Si Cristo tratase con nosotros como a menudo tratamos a los demás y a nuestros hijos, tropezaríamos y caeríamos de puro desaliento. Vi que Jesús conoce nuestras flaquezas, y ha experimentado lo mismo que nosotros en todo, menos en el pecado. Por lo tanto, nos ha preparado una senda adecuada a nuestra fuerza y capacidad, y como Jacob, ha andado suavemente y con serenidad con los niños según lo que ellos pudie- [138]
ran soportar, a fin de sostenernos por el consuelo de su compañía y servirnos de guía perpetuamente. El no desprecia, descuida ni deja atrás a los niños del rebaño. El no nos ha ordenado que avancemos y los dejemos. El no ha viajado tan apresuradamente como para dejarnos rezagados juntamente con nuestros hijos. ¡Oh, no; sino que ha emparejado la senda de la vida, aun para los niños! Y requiere que los padres, en su nombre, los conduzcan por el camino estrecho. Dios nos ha señalado una senda adecuada a la fuerza y capacidad de los niños.

* * * * *

Valdrá la pena manifestar afecto en vuestro trato con vuestros hijos. No los rechacéis por falta de simpatía hacia sus juegos, goces y agravios infantiles. Nunca permitáis que vuestra frente se muestre ceñuda, ni que escape de vuestros labios una palabra dura. Dios escribe todas estas palabras en su libro de registro. Las palabras duras agrían el temperamento y hieren los corazones de los niños; y en algunos casos estas heridas sanan difícilmente. Los niños son sensibles a la menor injusticia y algunos se desalientan ante ella, y no prestarán atención a la voz de mando alta y airada, ni a las amenazas de castigo. La rebelión anida con demasiada frecuencia en

el corazón de los hijos por la mala disciplina de los padres, cuando una conducta apropiada los habría inducido a adquirir un carácter bueno y armonioso. Una madre que no tiene perfecto dominio de sí misma no es idónea para el manejo de sus hijos.*

* * * * *

Venza Vd. su disposición a ser exigente con su hijo, no sea que las reprensiones demasiado frecuentes hagan que su presencia le desagrade y que sus consejos le parezcan odiosos. Líguelo a su corazón, no mediante una complacencia insensata, sino por los suaves lazos del amor. Puede ser firme aunque bondadoso. Cristo debe ser
[139] su auxiliador. El amor será el medio de atraer otros corazones al suyo, y su influencia los establecerá en el camino bueno y correcto.

Le he amonestado ya contra un espíritu de censura y quisiera volver a precaverle con respecto a este defecto. Cristo reprendió a veces con severidad, y en algunos casos puede ser necesario que nosotros también lo hagamos; pero debemos considerar que aunque Cristo conocía la condición exacta de aquellos a quienes reprendía, y sabía exactamente cuánta reprensión podían soportar, y qué se necesitaba para corregir su mala conducta, también sabía exactamente cómo compadecerse de los que erraban, consolar a los infortunados y alentar a los débiles. Sabía evitar a las almas el abatimiento e inspirarles esperanza, porque estaba familiarizado con los motivos exactos y las pruebas peculiares de cada espíritu. No podía cometer
[140] un error.*

*Testimonios para la Iglesia 3:532, 533 (1875).

*Testimonios para la Iglesia 4:66 (1876).

Peligros de la juventud*

El 6 de junio de 1863 me fueron mostrados algunos de los peligros que corre la juventud. Satanás está dominando las mentes de los jóvenes y extraviando sus pies inexpertos. Ellos ignoran sus designios, y en estos tiempos peligrosos los padres deben despertar y trabajar con perseverancia y laboriosidad para rechazar el primer ataque del enemigo. Deben instruir a sus hijos, cuando salen, cuando entran, cuando se levantan y cuando se sientan, dándoles renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y un poco allá.

El trabajo de la madre empieza con el niño mamante. Ella debe conquistar la voluntad y el genio de su hijo, ponerlo en sujeción y enseñarle a obedecer. Y a medida que el niño crezca, no relaje la disciplina. Cada madre debe tomarse tiempo para razonar con sus hijos, para corregir sus errores y enseñarles pacientemente el buen camino. Los padres cristianos deben saber que están instruyendo y preparando a sus hijos para ser hijos de Dios. Toda la experiencia religiosa de los niños queda afectada por las instrucciones dadas, y el carácter se forma en la niñez. Si la voluntad no se subyuga entonces, ni se la hace someter a la voluntad de los padres, será tarea muy difícil enseñarles la lección en los años ulteriores. ¡Qué lucha intensa, qué conflicto costará someter a los requisitos de Dios esa voluntad que nunca fué subyugada! Los padres que descuidan esa obra importante, cometen un grave error y pecan contra sus pobres hijos y contra Dios.

Sucederá a veces que los niños que se hallan bajo una disciplina estricta se sentirán descontentos. Se volverán impacientes bajo las restricciones, y querrán hacer su voluntad, e ir y venir como les plazca. Especialmente entre los diez y dieciocho años, creerán a menudo que no habría ningún perjuicio en participar en salidas [141]
campestres y otras reuniones de compañías jóvenes; pero sus padres experimentados pueden ver el peligro. Ellos conocen los temperamentos peculiares de sus hijos, conocen la influencia que sobre su

*Testimonios para la Iglesia 1:390-405 (1863).

mente ejercen esas cosas, y porque desean salvarlos, les evitan estas diversiones excitantes.

Cuando estos niños deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo, y hacerse discípulos de Cristo, ¡qué carga desaparece de los corazones de los padres cuidadosos y fieles! Y sin embargo, aun entonces no debe cesar la labor de los padres. No se debe dejar a los niños que elijan su propio proceder, ni tampoco que hagan siempre sus propias decisiones. Han empezado tan sólo a luchar en serio contra el pecado, el orgullo, las pasiones, la envidia, los celos, el odio y todos los males del corazón natural. Los padres deben velar y aconsejar a sus hijos, decidir por ellos y mostrarles que si no prestan una obediencia alegre y voluntaria a sus padres, no pueden obedecer voluntariamente a Dios y les es imposible ser cristianos.

Los padres deben animar a sus hijos a confiar en ellos, a presentarles las penas de su corazón, sus pequeñas molestias y pruebas diarias. Así podrán los padres aprender a simpatizar con sus hijos y podrán orar con ellos y por ellos, para que Dios los escude y los guíe. Deben revelarles a su Amigo y Consejero infaltable, que se compadecerá de sus flaquezas, porque fué tentado en todo como nosotros, aunque sin pecar.

Satanás tienta a los niños a ser reservados con sus padres, y a elegir sus confidentes entre sus compañeros jóvenes e inexpertos, entre aquellos que no les pueden ayudar, sino que les darán malos consejos. Los niños y las niñas se reúnen y conversan, ríen y bromean, y ahuyentan a Cristo de sus corazones y a los ángeles de su presencia por sus insensateces. La conversación ociosa, relativa a los actos ajenos, las habladurías acerca de ese joven o de aquella niña, agostan los pensamientos y sentimientos nobles, arrancan del corazón los deseos buenos y santos; dejándolo frío y despojándolo
[142] del verdadero amor hacia Dios y su verdad.

Los niños quedarían a salvo de muchos males si fuesen más familiares con sus padres. Estos deben estimular en sus hijos una disposición a manifestarse confiados y francos con ellos, a acudir a ellos con sus dificultades, presentarles el asunto tal cual lo ven y pedirles consejo cuando se hallan perplejos acerca de qué conducta es la buena. ¿Quiénes pueden ver y señalarles los peligros mejor que sus padres piadosos? ¿Quién puede comprender tan bien como ellos el temperamento peculiar de sus hijos? La madre que ha vigilado

todo el desarrollo de la mente desde la infancia, y conoce su disposición natural, es la que está mejor preparada para aconsejar a sus hijos. ¿Quién puede decir como la madre, ayudada por el padre, cuáles son los rasgos de carácter que deben ser refrenados y mantenidos en jaque?

Los niños consentidos

Los hijos cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios a toda bendición terrenal. Amarán y honrarán a sus padres. Hacer a sus padres felices debe ser una de las principales preocupaciones de su vida. En esta era de rebelión, los hijos no han recibido la debida instrucción y disciplina y tienen poca conciencia de sus obligaciones hacia sus padres. Sucede a menudo que cuanto más hacen sus padres por ellos, tanto más ingratos son, y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y rodeados de cuidados, esperan siempre un trato tal; y si su expectativa no se cumple, se chasquean y desalientan. Esa misma disposición se verá en toda su vida. Serán incapaces, dependerán de la ayuda ajena, y esperarán que los demás los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun en la edad adulta, se creen maltratados; y así recorren su senda por el mundo, acongojados, apenas capaces de llevar su propio peso, murmurando e irritándose a menudo porque todo no les sale a pedir de boca.

Los padres que siguen una conducta errónea enseñan a sus hijos lecciones que les resultarán dañosas, y también siembran espinas [143]
para sus propios pies. Piensan que satisfaciendo los deseos de sus hijos y dejándoles seguir sus inclinaciones, obtendrán su amor. ¡Qué error! Los niños así consentidos se crían sin ver restringidos sus deseos, sin saber dominar sus disposiciones y se vuelven egoístas, exigentes e intolerantes; serán una maldición para sí mismos y para cuantos los rodeen. En gran medida los padres tienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les incumbe la obra importante de formar el carácter de estos hijos. Las instrucciones que les dieron en la niñez los seguirán durante toda la vida. Los padres siembran la semilla que brotará y dará fruto para bien o mal. Pueden hacer a sus hijos idóneos para la felicidad o para la desgracia.

Desde muy temprano se debe enseñar a los niños a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y a ayudar a otros. En nuestra época, muchas hijas pueden, sin remordimiento de conciencia, ver a sus madres trabajar, cocinar, lavar o planchar, mientras ellas permanecen en la sala leyendo cuentos, o haciendo crochet o bordados. Sus corazones son tan insensibles como una piedra. Pero, ¿dónde está el origen de este mal? ¿Quiénes son generalmente los más culpables? Los pobres y engañados padres. Ellos pasan por alto el bien futuro de sus hijas, y en su ternura equivocada las dejan en la ociosidad, o les permiten hacer cosas que tienen poca utilidad o no requieren ejercicio de la mente o de los músculos, y luego disculpan a sus hijas indolentes porque son débiles. Pero, ¿qué es lo que las ha debilitado? En muchos casos ha sido la conducta errónea de los padres. Una cantidad apropiada de ejercicio en la casa mejoraría tanto su mente como su cuerpo. Pero, debido a ideas falsas, las niñas son privadas de dicho ejercicio, hasta que llegan a profesar aversión al trabajo; éste les desagrada, y no concuerda con sus ideas de la finura. Creen que es indigno de una dama, y hasta grosero, lavar los platos, planchar o inclinarse sobre la pileta de lavar ropa. Tal es la instrucción que está
[144] de moda dar a las hijas en esta era desdichada.

Los hijos de Dios deben ser gobernados por principios superiores a los de los mundanos, que tratan de medir todo su proceder por la moda. Los padres que temen a Dios deben educar a sus hijos para una vida de utilidad. No deben permitir que sus principios de gobierno estén mancillados por las nociones extravagantes que prevalecen en esta época. Tampoco deben conformarse a las modas ni ser gobernados por las opiniones de los mundanos. No deben permitir a sus hijos que elijan sus compañeros. Enseñadles que es vuestro deber elegirlos por ellos. Preparadlos para llevar cargas mientras son jóvenes.

Si vuestros hijos no se han acostumbrado al trabajo, pronto se cansarán. Se quejarán de dolores en los costados y en los hombros, y de que tienen los miembros cansados; y vuestra simpatía os hará correr el riesgo de hacer el trabajo vosotros mismos más bien que verlos sufrir un poco. Sea muy ligera al principio la carga impuesta a los niños, y luego vaya aumentando un poco cada día, hasta que puedan hacer la debida cantidad de trabajo sin cansarse. La inactividad

es la causa principal de los dolores en los costados y los hombros de los niños.

Hay en esta época una clase de señoritas que son seres sencillamente inútiles, pues sirven solamente para respirar, comer, lucir vestidos y hablar sandeces, mientras sostienen entre los dedos algún tejido o bordado. Pero pocas jóvenes manifiestan juicio sano y buen sentido común. Llevan una vida de mariposas, sin propósito especial. Cuando esta clase de compañías mundanas se reúnen, todo lo que se puede oír son unas pocas observaciones tontas acerca de los vestidos, o algún asunto frívolo; y luego se ríen de sus propias observaciones que consideran muy inteligentes. Esto lo hacen frecuentemente en presencia de personas mayores, que no pueden sino entristecerse ante tal falta de respeto por sus años. Estas jóvenes parecen haber perdido todo sentido de modestia y de buenos modales. Sin embargo, la manera en que han sido instruídas las induce a pensar que su [145]
conducta es un dechado de gentileza.

Este espíritu es como una enfermedad contagiosa. El pueblo de Dios debe elegir la compañía que han de frecuentar sus hijos, y enseñarles a evitar la de los mundanos. Las madres deben llevar a sus hijas consigo a la cocina y educarlas pacientemente. Su constitución se beneficiará con este trabajo; sus músculos adquirirán tono y fortaleza, y sus meditaciones serán más sanas y elevadas al fin del día. Tal vez se cansen; pero ¡cuán dulce es el reposo después de trabajar como es debido! El sueño, dulce restaurador natural, vigoriza el cuerpo cansado y lo prepara para los deberes del día siguiente. No dejéis creer a vuestros hijos que no importa que trabajen o no. Enseñadles que se necesita su ayuda, que su tiempo es valioso, y que dependéis de su trabajo.

El pecado de la ociosidad

Se me ha mostrado que mucho pecado es resultado de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no hallan tiempo para ceder a toda tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están totalmente preparados para ser dominados por Satanás. Cuando la mente no está debidamente ocupada, se espacia en cosas impropias. Los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado. Se me mencionó lo que se dice en Ezequiel 16:49: “He aquí

que esta fué la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, hartura de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no corroboró la mano del afligido y del menesteroso."

Los hijos deben sentir que tienen una deuda con sus padres que los han vigilado durante su infancia, y cuidado en tiempos de enfermedad. Deben darse cuenta de que sus padres han sufrido mucha ansiedad por ellos. Los padres piadosos y concienzudos han sentido especialmente el más profundo interés en que sus hijos eligiesen el buen camino. ¡Cuánta tristeza sintieron en sus corazones al ver defectos en sus hijos! Si éstos, que causaron tanto dolor a esos
[146] corazones, pudiesen ver el efecto de su conducta, se arrepentirían ciertamente de ella. Si pudiesen ver las lágrimas de su madre, y oír sus oraciones a Dios en su favor, si pudiesen escuchar sus reprimidos y entrecortados suspiros, sus corazones se conmoverían, y prestamente confesarían sus pecados y pedirían perdón. Tanto los de más edad como los jóvenes tienen una obra que hacer. Los padres deben prepararse mejor para desempeñar su deber con sus hijos. Algunos padres no los comprenden a éstos, ni los conocen verdaderamente. A menudo hay una gran distancia entre padres e hijos. Si los padres quisieran compenetrarse plenamente de los sentimientos de sus hijos, y desentrañar lo que hay en sus corazones, se beneficiarían ellos mismos.

La conversión de los hijos

Los padres deben obrar fielmente con las almas que les han sido confiadas. No deben estimular en sus hijos el orgullo, el despilfarro y el amor a la ostentación. No deben enseñarles ni permitir que aprendan pequeñas gracias que parecen vivezas en los niños, pero que después tienen que desaprenderse, y que tendrán que corregirse cuando sean mayores. Los hábitos que primero se adquieren no se olvidan fácilmente. Padres, debéis comenzar a disciplinar las mentes de vuestros hijos en la más tierna edad, a fin de que sean cristianos. Tiendan todos vuestros esfuerzos a su salvación. Obrad como que fueron confiados a vuestro cuidado para ser labrados como preciosas joyas que han de resplandecer en el reino de Dios. Cuidad de no estar arrullándolos sobre el abismo de la destrucción, con la errónea

idea de que no tienen bastante edad para ser responsables, ni para arrepentirse de sus pecados y profesar a Cristo.

Se me refirió a las muchas promesas preciosas registradas para aquellos que buscan temprano a su Salvador. "Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que vengan los malos días, y lleguen los años, de los cuales digas, No tengo en ellos contentamiento." Eclesiastés 12:1. "Yo amo a los que me aman; y me hallan los que madrugando me buscan." Proverbios 8:17. El gran Pastor de [147]
Israel dice todavía: "Dejad a los niños, y no les impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos." Mateo 19:14. Enseñad a vuestros hijos que la juventud es el mejor tiempo para buscar al Señor. Entonces las cargas de la vida no pesan sobre ellos, y sus mentes juveniles no están agobiadas por los cuidados. Mientras están así libres, deben dedicar lo mejor de su fuerza a Dios.

Estamos viviendo en una época desdichada para los niños. Se siente una fuerte corriente que arrastra hacia abajo, hacia la perdición, y se necesita algo más que una experiencia y fuerza de niño para remontar esa corriente y no ser llevado por ella. Los jóvenes en general parecen cautivos de Satanás, y éste y sus ángeles los llevan a una destrucción segura. Satanás y sus huestes hacen guerra contra el gobierno de Dios. A todos los que tienen deseo de entregar su corazón al Señor y de obedecer sus requerimientos, Satanás tratará de hacerles sufrir perplejidades y de vencerlos con sus tentaciones, a fin de que se desalienten y renuncien a la lucha.

Padres, ayudad a vuestros hijos. Despertad del letargo que ha pesado sobre vosotros. Velad continuamente para detener la corriente y rechazar el peso del mal que Satanás está echando sobre vuestros hijos. Los niños no pueden hacer esto de por sí, pero los padres pueden hacer mucho. Mediante la oración ferviente y la fe viva, ganarán grandes victorias. Algunos padres no se han dado cuenta de las responsabilidades que pesan sobre ellos, y han descuidado la educación religiosa de sus hijos. Por la mañana, los primeros pensamientos del cristiano deben fijarse en Dios. Los trabajos mundanales y el interés propio deben ser secundarios. Debe enseñarse a los niños a respetar y reverenciar la hora de oración. Antes de salir de la casa para ir a trabajar, toda la familia debe ser convovocada, y el padre, o la madre en ausencia del padre, debe rogar con fervor a Dios que los guarde durante el día. Acudid con humildad, con un

corazón lleno de ternura, presintiendo las tentaciones y peligros que
[148] os acechan a vosotros y a vuestros hijos, y por la fe atad a estos últimos sobre el altar, solicitando para ellos el cuidado del Señor. Los ángeles ministradores guardarán los niños así dedicados a Dios. Es el deber de los padres creyentes levantar así, mañana y tarde, por ferviente oración y fe perseverante, una valla en derredor de sus hijos. Deben instruirlos con paciencia, enseñándoles bondadosa e incansablemente a vivir de tal manera que agraden a Dios.

La debida disciplina y educación

La impaciencia de los padres excita la de los hijos. La ira manifestada por los padres, crea ira en los hijos, y despierta lo malo de su naturaleza. Algunos padres corrigen a sus hijos severamente con impaciencia, y muchas veces con ira. Tales correcciones no producen ningún buen resultado. Al tratar de corregir un mal, se crean dos. La censura continua y el castigo corporal endurecen a los niños y los separan de sus padres.

Estos deben aprender primero a dominarse a sí mismos; y entonces podrán dominar con más éxito a sus hijos. Cada vez que pierden el dominio propio, y hablan y obran con impaciencia, pecan contra Dios. Deben primero razonar con sus hijos, señalarles claramente sus equivocaciones, mostrarles su pecado, y hacerles comprender que no sólo han pecado contra sus padres, sino contra Dios. Teniendo vuestro propio corazón subyugado y lleno de compasión y pesar por vuestros hijos errantes, orad con ellos antes de corregirlos. Entonces vuestra corrección no hará que vuestros hijos os odien. Ellos os amarán. Verán que no los castigáis porque os han causado inconvenientes, ni porque queréis desahogar vuestro desagrado sobre ellos, sino por un sentimiento del deber, para beneficio de ellos, a fin de que no se desarrollen en el pecado.

Algunos padres no han dado educación religiosa a sus hijos, y han descuidado también su educación escolar. Ni la una ni la otra debieran haberse descuidado. Las mentes de los niños son activas, y si ellos no se dedican al trabajo físico o se ocupan en el
[149] estudio, quedarán expuestos a las malas influencias. Es un pecado de parte de los padres dejar a sus hijos crecer en la ignorancia. Deben proporcionarles libros útiles e interesantes, deben enseñarles

a trabajar, a tener sus horas de trabajo físico y sus horas de estudio y lectura. Los padres deben tratar de elevar las mentes de sus hijos, y de cultivar sus facultades mentales. La mente, abandonada a sí misma, sin cultivo, es generalmente baja, sensual y corrupta. Satanás aprovecha su oportunidad, y educa a las mentes ociosas.

Padres, el ángel registrador escribe toda palabra impaciente e irritada que decís a vuestros hijos. Cada vez que dejáis de darles las instrucciones debidas y de mostrarles el carácter excesivamente grave del pecado y el resultado final de una conducta pecaminosa, ello queda registrado frente a vuestro nombre. Cada palabra que decís descuidadamente delante de ellos, aunque sea en broma, cada palabra que no sea casta y elevada, queda anotada por el ángel como una mancha sobre vuestro carácter cristiano. Todos vuestros actos quedan registrados, sean buenos o malos.

Los padres no pueden tener éxito en el gobierne de sus hijos antes de haber adquirido perfecto dominio sobre sí mismos. Deben primero aprender a subyugarse, a dominar sus palabras y la misma expresión de su rostro. No deben permitir que se turbe el tono de su voz, o se agite con excitación e ira. Entonces podrán tener una influencia decisiva sobre sus hijos. Los hijos pueden desear hacer lo recto, pueden proponerse en su corazón ser obedientes y bondadosos para con sus padres o tutores; pero necesitan ayuda y estímulo de parte de ellos. Pueden hacer buenas resoluciones, pero a menos que sus principios sean fortalecidos por la religión y en sus vidas reine la influencia de la gracia renovadora de Cristo, no alcanzarán su objeto.

Los padres deben duplicar sus esfuerzos para la salvación de sus hijos. Deben instruirlos con fidelidad, y no permitir que obtengan su educación ellos mismos como mejor puedan. No se debe permitir que los jóvenes aprendan lo bueno y lo malo indistintamente, con la [150]
idea de que en algún tiempo futuro lo bueno prevalecerá y lo malo perderá su influencia. Lo malo se desarrolla más rápidamente que lo bueno. Es posible que lo malo que hayan aprendido sea erradicado después de muchos años; pero ¿quién quiere correr ese riesgo? El tiempo es corto. Es más fácil y mucho más seguro sembrar semilla limpia y buena en el corazón de vuestros hijos, que arrancar las malas hierbas después. Es el deber de los padres velar para que las influencias que rodean a sus hijos no tengan un efecto perjudicial

sobre ellos. Es su deber elegirles los compañeros que han de tener y no dejar que ellos mismos los elijan. ¿Quién cumplirá este deber si los padres no lo hacen? ¿Pueden los demás tener en favor de vuestros hijos el interés que debierais tener vosotros? ¿Pueden ejercer ese cuidado constante y amor profundo que sienten los padres?

Las influencias del hogar

Puede suceder que los niños observadores del sábado se impacienten por las restricciones y piensen que sus padres son demasiado estrictos; y hasta puede suceder que se susciten en sus corazones sentimientos duros y lleguen a alimentar pensamientos de descontento y pesar contra aquellos que obran para su bien presente, futuro y eterno. Pero si llegan a vivir algunos años más, bendecirán a sus padres por el cuidado estricto y la vigilancia fiel que ejercieron sobre ellos en sus años de inexperiencia.

Los padres deben explicar y simplificar ante sus hijos el plan de salvación, a fin de que sus mentes juveniles puedan comprenderlo. Los niños de ocho, diez y doce años tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. No mencionéis a vuestros hijos algún período futuro en el que tendrán bastante edad para arrepentirse y creer en la verdad. Si son debidamente instruídos, los niños, aun los de poca edad, pueden tener opiniones correctas acerca de su estado de pecado y el camino de salvación por Cristo. Los
[151] predicadores manifiestan generalmente demasiada indiferencia hacia la salvación de los niños, y su obra no es tan personal como debiera ser. Muchas veces se pierden áureas oportunidades de impresionar las mentes de los niños.

La mala influencia que rodea a nuestros niños es casi abrumadora; está corrompiendo sus mentes y arrastrándolos a la perdición. Las mentes juveniles son por naturaleza dadas a la liviandad; y en tierna edad, antes que su carácter esté formado y su juicio maduro, manifiestan a menudo su preferencia por compañías que ejercen sobre ellos una influencia perjudicial. Algunos adquieren afición al sexo opuesto, contra los deseos y ruegos de sus padres, y violan, deshonrándolos así, el quinto mandamiento. Es deber de los padres vigilar las salidas y las entradas de sus hijos. Deben estimularlos y presentarles incentivos que los atraigan al hogar y les hagan ver que

sus padres se interesan en ellos. Deben hacer alegre y placentero el hogar.

No vayamos a los extremos

Padres y madres, hablad bondadosamente a vuestros hijos; recordad cuán sensibles sois vosotros mismos y cuán poca censura podéis soportar; reflexionad y reconoced que vuestros hijos son como vosotros. No les impongáis lo que vosotros mismos no podéis llevar. Si no podéis soportar la censura y la inculpación, tampoco lo pueden vuestros hijos, que son más débiles que vosotros y no pueden aguantar tanto. Sean vuestras palabras agradables y alegres como rayos de sol en la familia. Los frutos del dominio propio, la atención y el esmero que manifestéis se centuplicarán.

Los padres no tienen derecho a ensombrecer la felicidad de sus hijos por su censura o severas críticas por errores triviales. Lo que es verdaderamente malo debe ser presentado en el verdadero carácter pecaminoso que tiene y se debe proceder con firmeza y decisión para evitar que se repita. Debe hacerse sentir a los niños el mal que han hecho, pero no se les debe dejar en un estado mental desesperado, [152] sino con cierto grado de valor a fin de que puedan mejorar y ganar vuestra confianza y aprobación.

Algunos padres cometen el error de conceder a sus hijos demasiada libertad. Tienen a veces tanta confianza en ellos que no ven sus defectos. Es malo permitir a los niños realizar visitas distantes que entrañan cierto gasto, sin estar acompañados de sus padres o tutores. Ello tiene una mala influencia sobre los niños. Llegan a pensar que son muy importantes y que les pertenecen ciertos privilegios, y si éstos no les son concedidos, se creen maltratados. Hacen alusión a otros niños que van y vienen y tienen muchos privilegios, mientras que ellos tienen tan pocos.

Y la madre, temiendo que sus hijos la crean injusta, satisface sus deseos, lo cual les causa gran perjuicio. Los jóvenes visitantes, que no se hallan bajo el ojo vigilante de alguno de sus padres, de modo que éstos puedan ver y corregir sus faltas, reciben a menudo impresiones cuya supresión requiere meses. Se me refirieron casos de padres que tenían hijos buenos y obedientes y que, teniendo la mayor confianza en ciertas familias, dejaron que sus hijos se alejasen

por un tiempo de su lado para visitar a estos amigos. Desde entonces se notó un cambio completo en la conducta y el carácter de estos hijos. Antes, vivían contentos y felices en el hogar, y no tenían muchos deseos de hallarse en compañía de otras personas jóvenes. Cuando volvieron a sus padres, la restricción les pareció injusta, y el hogar una cárcel. Decisiones tan imprudentes de parte de los padres deciden el carácter de sus hijos.

Al hacer visitas tales, algunos niños traban relaciones que al fin los conducen a la ruina. Padres, conservad a vuestros hijos a vuestro lado si podéis, y vigiladlos con la más tierna solicitud. Cuando los dejáis ir de visita a cierta distancia, se sienten con bastante edad para cuidarse y hacer sus propias decisiones. Cuando se deja a los jóvenes así abandonados a sí mismos, su conversación versa a menudo sobre
[153] temas que no los refinan ni elevan, ni tampoco aumentan su amor por lo que atañe a la religión. Cuanto mayor sea el número de visitas que se les permita hacer, tanto mayor será el deseo de realizarlas y menos atrayente les parecerá el hogar.

Hijos, Dios consideró propio confiaros al cuidado de vuestros padres, para que ellos os instruyan y disciplinen, y así desempeñen su parte en formar vuestro carácter para el cielo. Pero a vosotros os incumbe decir si queréis adquirir un buen carácter cristiano aprovechando las ventajas que significa para vosotros el haber tenido padres piadosos, fieles y vigilantes en la oración. A pesar de toda la ansiedad y la fidelidad de los padres en favor de sus hijos, ellos solos no pueden salvarlos. Los hijos tienen también una obra que hacer. Cada hijo tiene que atender su caso individual. Padres creyentes, os incumbe una obra de responsabilidad para guiar los pasos de vuestros hijos aun en su experiencia religiosa. Cuando amen verdaderamente a Dios os bendecirán y reverenciarán por el cuidado que les otorgasteis y por vuestra fidelidad al restringir sus deseos y subyugar sus voluntades.

Es necesario obrar a tiempo

Prevalece en el mundo la tendencia a dejar a los jóvenes seguir la inclinación natural de su propia mente. Y los padres dicen que si los jóvenes son muy desenfrenados en su adolescencia se corregirán más tarde, y que cuando tengan dieciséis o dieciocho años razonarán

por su cuenta, abandonarán sus malos hábitos y llegarán por fin a ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten que el enemigo siembre en el jardín del corazón; permiten que se desarrollen en él malos principios, y en muchos casos todo el trabajo que se haga para cultivar ese terreno no servirá para nada.

Satanás trabaja con astucia y perseverancia y es un enemigo mortífero. Cuandoquiera que se pronuncie una palabra descuidada para perjuicio de la juventud, sea en adulación o para hacerle considerar un pecado con menos aborrecimiento, Satanás se aprovecha de ello [154]
y alimenta la mala semilla, a fin de que pueda arraigar y producir abundante cosecha. Algunos padres han dejado a sus hijos adquirir malas costumbres, cuyos rastros podrán verse a través de toda la vida. Los padres son responsables de este pecado. Esos hijos pueden profesar ser cristianos, pero sin una obra especial de la gracia en el corazón y una reforma cabal en la vida, sus malas costumbres pasadas se advertirán en toda su experiencia y manifestarán precisamente el carácter que sus padres les permitieron adquirir.

Con el mundo en sus placeres

La norma de la piedad es tan baja entre los que profesan ser cristianos, en general, que los que desean seguir a Cristo con sinceridad, hallan esto más difícil y trabajoso de lo que de otro modo sería. La influencia de los que profesan ser cristianos pero manifiestan un espíritu mundanal, perjudica a los jóvenes. Los más de los que profesan ser cristianos han suprimido la línea de demarcación entre los cristianos y el mundo; y aunque profesan vivir por Cristo, están viviendo para el mundo. Su fe ejerce poca influencia refrenadora sobre sus placeres; mientras que profesan ser hijos de la luz andan en obscuridad y son hijos de la noche y de las tinieblas.

Los que andan en tinieblas no pueden amar a Dios ni desear sinceramente glorificarle. No son iluminados para discernir la excelencia de las cosas celestiales, y por lo tanto no pueden amarla de veras. Profesan ser cristianos porque ello es considerado honorable, y no tienen que llevar cruz alguna. Sus motivos son a menudo egoístas. Las tales personas, que profesan ser cristianas, pueden entrar en un salón de baile y participar de todas las diversiones que éste proporciona. Otras no pueden ir tan lejos, pero asisten a fiestas, salidas

campestres, exposiciones y otras diversiones. Y el ojo más avizor no lograría discernir en los tales cristianos profesos una sola señal de cristianismo. Uno no podría ver en su aspecto diferencia alguna
[155] entre ellos y el mayor incrédulo. El cristiano profeso, el disoluto, el que se burla abiertamente de la religión, y el que es francamente profano, todos se mezclan como un solo cuerpo, y Dios los considera uno en espíritu y práctica.

Una profesión del cristianismo, sin la fe y las obras correspondientes, no servirá de nada. Nadie puede servir a dos señores. Los hijos del maligno son los siervos de su señor, al cual se entregaron para obedecerle; son sus siervos, y no pueden ser siervos de Dios a menos que renuncien a todas sus obras. No puede ser inofensivo para los siervos del Rey celestial el tomar parte en los placeres y diversiones en que participan los siervos de Satanás, aun cuando repitan a menudo que las tales diversiones son inocentes. Dios ha revelado verdades sagradas y santas que han de separar a sus hijos de los impíos y purificarlos para sí. Los adventistas del séptimo día deben vivir conforme a su fe. Los que obedecen los diez mandamientos consideran el estado del mundo y las cosas religiosas desde un punto de vista completamente diferente del que tienen los que profesan ser cristianos, pero son amantes de los placeres, rehuyen la cruz y viven violando el cuarto mandamiento.

La tarea no es fácil

En el actual estado de la sociedad, no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos e instruirlos de acuerdo con la norma de lo recto que establece la Biblia. Los que profesan tener religión se han apartado de la Palabra de Dios a tal punto, que cuando los hijos de Dios vuelven a su Palabra sagrada, y quieren educar a sus hijos según sus preceptos y, como antiguamente lo hizo Abrahán, mandar a su familia después de sí, los pobres niños, que sientan tal influencia en derredor de sí, piensan que sus padres son innecesariamente exigentes y demasiado estrictos para con ellos con respecto a sus compañías. Desean naturalmente seguir el ejemplo de aquellos que profesan ser cristianos, y, sin embargo, aman los placeres y el mundo.
[156] En estos tiempos, no se conocen casi las persecuciones y el oprobio por amor de Cristo. Muy poca abnegación y sacrificio son

necesarios para asumir una forma de piedad y hacer inscribir el nombre de uno en los registros de la iglesia; pero el vivir de tal manera que nuestros caminos agraden a Dios y nuestros nombres estén registrados en el libro de la vida, requerirá vigilancia y oración, abnegación y sacrificio de nuestra parte. Los que profesan ser cristianos no son ejemplo para la juventud, sino tan sólo en la medida en que sigan a Cristo. Las buenas acciones son inequívocos frutos de la verdadera piedad. El Juez de toda la tierra dará a cada uno conforme a sus obras. Los niños que siguen a Cristo tienen una lucha delante de sí; tienen que llevar diariamente una cruz para salir del mundo, mantenerse separados e imitar la vida de Cristo. [157]

Andad en la luz*

Me fué revelado que los hijos de Dios moran demasiado bajo una nube. No es voluntad de su Padre que ellos vivan en incredulidad. Jesús es luz, y en él no hay tinieblas. Sus hijos son hijos de la luz. Son renovados a su imagen y llamados de las tinieblas a su luz admirable. El es la luz del mundo, y lo mismo son los que le siguen. No deben andar en tinieblas, sino tener la luz de la vida. Cuanto más lucha el pueblo de Dios para imitar a Cristo, con tanta mayor perseverancia será perseguido por el enemigo; pero al estar cerca de Cristo se fortalece para resistir los esfuerzos que hace nuestro astuto enemigo para apartarlo de Jesús.

Me fué mostrado que establecemos demasiadas comparaciones entre nosotros mismos, tomando a hombres falibles por nuestro modelo, cuando tenemos un Dechado seguro e infalible. No debemos medirnos por el mundo, ni por las opiniones de los hombres, ni por lo que éramos antes de aceptar la verdad. Nuestra fe y nuestra posición en el mundo, tal como son ahora, deben compararse con lo que habrían sido si nuestra senda nos hubiese llevado siempre hacia adelante y hacia arriba desde que profesamos seguir a Cristo. Esta es la única comparación que se puede hacer sin peligro. En cualquier otra que se haga, habrá engaño. Si el carácter moral y el estado espiritual de los hijos de Dios no corresponden a las bendiciones, los privilegios y la luz que él les ha concedido, aquéllos son pesados en la balanza, y los ángeles los declaran faltos.

Algunos parecen ignorar su verdadero estado. Ven la verdad, pero no perciben su importancia ni sus requerimientos. Oyen la verdad, pero no la comprenden plenamente, porque no amoldan su
[158] vida a ella, y por lo tanto no son santificados por la obediencia. Y sin embargo, permanecen tan despreocupados y satisfechos como si los precediese la nube de día y la columna de fuego de noche, como señales del favor de Dios. Profesan conocer a Dios, pero en sus obras lo niegan. Se declaran su pueblo escogido y peculiar, pero su

*Testimonios para la Iglesia 1:405-409 (1863).

presencia y poder de salvar hasta lo sumo se manifiestan rara vez en ellos. ¡Cuán grandes son las tinieblas de los tales! Sin embargo, no lo saben. La luz resplandece, pero no lo comprenden. No hay mayor engaño que pueda seducir a la mente humana que aquel de hacer creer a los hombres que están perfectamente bien y que Dios acepta sus obras cuando están pecando contra él. Confunden la forma de la piedad con el espíritu y poder de ella. Suponen que son ricos y no necesitan nada, cuando son pobres, miserables, ciegos y desnudos, y lo necesitan todo.

Hay quienes profesan seguir a Cristo, y, sin embargo, no hacen esfuerzo alguno en las cosas espirituales. En cualquier empresa mundanal realizan esfuerzos y manifiestan ambición para lograr su objeto y obtener el fin deseado; pero en la empresa de la vida eterna, donde todo está en juego y donde la felicidad eterna depende de su éxito, obran con tanta indiferencia como si no fuesen agentes morales, como si otro estuviese jugando el juego de la vida por ellos, y no tuviesen nada que hacer sino aguardar el resultado. ¡Oh, qué insensatez! ¡Qué locura! Si todos quisieran tan sólo manifestar el grado de ambición, celo y fervor para la vida eterna que manifiestan en sus empresas mundanales, serían vencedores y victoriosos. Vi que cada uno debe obtener experiencia por sí mismo, cada uno debe desempeñar bien y fielmente su parte en el juego de la vida. Satanás aguarda su oportunidad para arrebatar las gracias preciosas cuando estamos desprevenidos, y tendremos que sostener un severo conflicto con las potestades de las tinieblas para retenerlas, o para recuperar una gracia celestial si por falta de vigilancia la perdemos.

Pero me fué mostrado que es privilegio de los creyentes obtener fuerza de Dios para retener todo don precioso. La oración ferviente [159]
y eficaz será respetada en el cielo. Cuando los siervos de Cristo toman el escudo de la fe para defenderse, y la espada del Espíritu para la guerra, hay peligro en el campamento del enemigo, y algo debe hacerse. La persecución y el oprobio acechan a aquellos que están dotados de poder de lo alto y dispuestos a ponerlo en acción. Cuando la verdad, en su sencillez y fuerza, prevalezca entre los creyentes y ejerza su influencia contra el espíritu del mundo, será evidente que no hay concordia entre Cristo y Belial. Los discípulos de Cristo deben ser ejemplos vivos de la vida y el espíritu de su divino Maestro.

Debe reconocerse el conflicto

Jóvenes y ancianos tienen que sostener un conflicto, una guerra. No tienen que dormirse ni por un momento. Un enemigo astuto está constantemente alerta para descarriarlos y vencerlos. Los que creen en la verdad presente deben ser tan vigilantes como su enemigo y manifestar sabiduría para resistir a Satanás. ¿Lo harán? ¿Perseverarán en esta guerra? Se apartarán cuidadosamente de toda iniquidad? Se niega a Cristo de muchas maneras. Podemos negarle hablando de una manera contraria a la verdad, hablando mal de otros, conversando insensatamente o bromeando, o mediante palabras ociosas. En estas cosas manifestamos poca perspicacia o prudencia. Nos debilitamos a nosotros mismos; nuestros esfuerzos son débiles para resistir a nuestro gran enemigo, y somos vencidos. "De la abundancia del corazón habla la boca." Mateo 12:34. Y por nuestra falta de vigilancia, confesamos que Cristo no está en nosotros.

Aquellos que vacilan en cuanto a dedicarse sin reserva a Dios no siguen fielmente a Cristo. Le siguen a una distancia tan grande que la mitad del tiempo no saben realmente si están siguiendo en sus pisadas o en las del gran enemigo. ¿Por qué tardamos tanto en renunciar a nuestro interés en las cosas de este mundo, y admitir a Cristo como nuestra única suerte? ¿Por qué habríamos de desear
[160] conservar la amistad de los enemigos de nuestro Señor, seguir sus costumbres y ser guiados por sus opiniones? Debemos entregarnos completamente y sin reserva a Dios, apartarnos del amor al mundo y a las cosas terrenales, o no podremos ser discípulos de Cristo.

La vida y el espíritu de Cristo son la única norma de excelencia y perfección; y la única conducta segura que podamos seguir es la que él ejemplificó. Si así lo hacemos él nos guiará con sus consejos, y más tarde nos recibirá en la gloria. Debemos contender con diligencia, y estar dispuestos a sufrir mucho a fin de andar en las pisadas de nuestro Redentor. Dios está dispuesto a trabajar por nosotros, a darnos su libre Espíritu, si luchamos, vivimos y creemos para obtenerlo; entonces podremos andar en la luz, como él está en luz. Podremos regocijarnos en su amor y beber de su rica plenitud.

* * * * *

Si la oración secreta y la lectura de las Escrituras se descuidan hoy, se podrán omitir mañana con menos remordimiento de conciencia. Habrá una larga lista de omisiones por un solo grano sembrado en el terreno del corazón. Por otro lado, cada rayo de luz apreciado dará una mies de luz. Las tentaciones resistidas una vez darán poder para resistir más firmemente la segunda vez; y cada nueva victoria obtenida sobre el yo preparará el camino para alcanzar triunfos más elevados y más nobles. Cada victoria es una semilla sembrada para la vida eterna.* [161]

*Testimonios para la Iglesia 5:120 (1882).

Falsificación de los dones del espíritu*

Un espíritu de fanatismo ha regido cierta clase de observadores del sábado [del este de los Estados Unidos]; han bebido tan sólo pocos sorbos de la fuente de verdad, y no conocen el espíritu del mensaje del tercer ángel. Nada puede hacerse para esta clase hasta que corrija sus opiniones fanáticas. ...

Algunas de esas personas tienen manifestaciones de lo que llaman dones, y dicen que el Señor las ha colocado en la iglesia. Hablan en una jerigonza incomprensible que llaman la lengua desconocida, y que lo es no sólo para el hombre, sino para el Señor y todo el cielo. Estos dones son fabricados por hombres y mujeres ayudados por el gran engañador. El fanatismo, la falsa agitación, el falso hablar en lenguas y los servicios ruidosos han sido considerados dones que Dios ha colocado en la iglesia. Algunos han sido engañados. El fruto de todo esto no ha sido bueno. "Por sus frutos los conoceréis." Mateo 7:16. El fanatismo y el ruido han sido considerados como evidencias especiales de la fe.

Algunos no se quedan satisfechos con una reunión a menos que sientan cierto poder y momentos felices. Trabajan para esto y despiertan sentimientos de excitación. Pero la influencia de tales reuniones no es benéfica. Una vez desaparecida la sensación fugaz de felicidad, descienden más bajo que antes de la reunión, porque su felicidad no proviene de la debida fuente. Las reuniones más provechosas para el progreso espiritual son aquellas que se caracterizan por la solemnidad y el escudriñamiento profundo del corazón; en las cuales cada uno procura conocerse a sí mismo y con fervor y
[162] profunda humildad se esfuerza por aprender de Cristo. ...

Son muchos los espíritus inquietos que no quieren someterse a la disciplina, el sistema y el orden. Piensan que sus libertades quedarían cercenadas si pusiesen a un lado su propio juicio y se sometiesen al de personas de experiencia. La obra de Dios no progresará a menos que los hermanos decidan someterse al orden y expulsar de

*Testimonios para la Iglesia 1:411-420 (1863). (Del cap. "La causa en el Este.")

las reuniones el espíritu temerario y desordenado del fanatismo. Las impresiones y los sentimientos no son evidencia segura de que una persona es conducida por el Señor. Satanás creará sentimientos e impresiones, si no se sospecha de él. Estas cosas no son una guía segura.

Todos deben dar siempre un buen ejemplo

Todos deben familiarizarse cabalmente con las evidencias de nuestra fe, y el gran objeto de su estudio debe ser cómo adornar la profesión de fe con frutos dignos de la gloria de Dios. Nadie debiera proceder en forma que repela a los incrédulos. Debemos ser castos, modestos y elevados en nuestra conversación e inmaculados en la vida. Debe refrenarse un espíritu trivial, temerario y bromista. No es evidencia de los efectos de la gracia de Dios sobre el corazón que las personas hablen y oren con talento en la reunión, y luego, cuando han salido de ella, se entreguen a una conversación y conducta grosera y descuidada. Las tales personas son muy malos representantes de nuestra fe; son un oprobio para la causa de Dios.

Hay una extraña mezcla de opiniones entre los profesos observadores del sábado de * * *. Algunos no están en armonía con el resto de la iglesia, y mientras continúen asumiendo esa actitud, estarán sujetos a las tentaciones de Satanás, y quedarán afectados por el fanatismo y el espíritu de error. Algunos tienen opiniones fantásticas que los ciegan con respecto a muchos puntos vitales e importantes de la verdad, y los inducen a colocar sus propias deducciones caprichosas al mismo nivel que la verdad vital. La apariencia de los tales y el espíritu que los acompaña hacen que el incrédulo sensato presente objeciones contra el sábado por el cual aquéllos abogan. [163] Sería mucho mejor para el progreso y el éxito del mensaje del tercer ángel que las tales personas dejasen la verdad. ...

Los ministros que predican la doctrina deben ser obreros cabales, deben presentar la verdad en su pureza, aunque con sencillez. Deben apacentar la grey con forraje limpio, esmeradamente aventado.

Hay estrellas fugaces que profesan ser ministros enviados por Dios y van predicando el sábado de lugar en lugar; pero han mezclado la verdad con el error y le ofrecen al pueblo el conjunto de sus opiniones dispares. Satanás los ha introducido para disgustar a

los incrédulos inteligentes y sensatos. Algunos tienen mucho que decir acerca de los dones, y tienen a menudo manifestaciones especiales. Se entregan a sentimientos desenfrenados y excitantes, y hacen ruidos ininteligibles que llaman don de lenguas. Cierta clase de personas parece encantada con estas extrañas manifestaciones. Un espíritu extraño domina a estas gentes, que están dispuestas a atropellar a cualquiera que se proponga reprenderlas. El Espíritu de Dios no está en esta obra y no acompaña a tales obreros. Ellos tienen otro espíritu. Sin embargo, estos predicadores tienen éxito entre cierta clase. Pero esto multiplicará el trabajo de aquellos siervos a quienes Dios envíe, que estén preparados para presentar a la gente el sábado y los dones en su debido marco, y cuya influencia y ejemplo sean dignos de imitación.

La verdad debe ser presentada de una manera que la haga atractiva para el espíritu inteligente. No se nos comprende como pueblo, sino que se nos considera como personas degradadas, de intelecto débil y humilde condición. Por lo tanto, cuán importante es que todos los que enseñan la verdad y todos los que la creen estén de tal manera afectados por su influencia santificadora que su vida consecuente y elevada demuestre a los incrédulos que han estado equivocados con respecto a este pueblo. Cuán importante es que la causa de la verdad quede despojada de todo lo que se parezca a una
[164] excitación falsa y fanática, a fin de que la verdad se destaque por sus propios méritos, revelando su pureza original y su carácter excelso.

Vi que es sumamente importante que aquellos que prediquen la verdad sean de modales refinados, y que rehuyan las rarezas y excentricidades, y presenten la verdad en su pureza y claridad. Se me refirió a Tito 1:9: “Retenedor de la fiel palabra que es conforme a la doctrina: para que también pueda exhortar con sana doctrina, y convencer a los que contradijeren.” En el versículo 16, Pablo habla de una clase que profesa conocer a Dios, pero lo niega por sus obras, siendo “reprobados para toda buena obra.” Exhorta así a Tito: “Empero tú, habla lo que conviene a la sana doctrina: que los viejos sean templados, graves, prudentes, sanos en la fe, en la caridad, en la paciencia. ... Exhorta asimismo a los mancebos a que sean comedidos; mostrándote en todo por ejemplo de buenas obras; en doctrina haciendo ver integridad, gravedad, palabra sana, e irreprensible; que el adversario se avergüence, no teniendo mal

ninguno que decir de vosotros." Tito 2:1-8. Esta instrucción fué escrita para beneficio de todos aquellos a quienes Dios ha llamado a predicar la Palabra y también para beneficio de sus hijos que la oyen.

La verdad eleva

La verdad de Dios no degradará nunca al que la reciba, sino que lo elevará, refinará su gusto, santificará su juicio y lo perfeccionará para que pueda estar en compañía de los ángeles puros y santos en el reino de Dios. A algunos la verdad los encuentra toscos, rudos, singulares, jactanciosos; son personas que se aprovechan de sus vecinos si pueden, para beneficiarse a sí mismas y que yerran de muchas maneras; sin embargo, cuando creen en la verdad de todo corazón, ésta realiza un cambio completo en su vida. Comienza inmediatamente una obra de reforma.

La influencia pura de la verdad elevará a todo el ser. En su trato comercial con sus semejantes, tendrá presente el temor de Dios; [165] amará a su prójimo como a sí mismo y lo tratará como quisiera ser tratado. Su conversación será veraz, casta y de un carácter tan elevado que los incrédulos no podrán valerse de ella ni decir mal de él con justicia, ni quedarán disgustados por sus modales descorteses y conversación inconveniente. Introducirá la influencia santificadora de la verdad en su familia, y delante de ella dejará brillar su luz de tal manera que, viendo sus buenas obras, pueda glorificar a Dios. En todas las ocupaciones de la vida, ejemplificará la de Cristo.

Nuestro blanco es la perfección

La ley de Dios no se conformará con nada que no sea la perfección, una obediencia perfecta y completa a todos sus requerimientos. De nada valdrá cumplirlos a medias, y no prestar una obediencia perfecta y cabal. El mundano y el incrédulo admiran a los que son consecuentes, y siempre han sido poderosamente convencidos de que Dios estaba en verdad con su pueblo cuando sus obras han correspondido a su fe. "Por sus frutos los conoceréis." Mateo 7:16. Cada árbol se conoce por sus frutos. Nuestras palabras y nuestras acciones son el fruto que llevamos.

Son muchos los que oyen los dichos de Cristo, pero no los cumplen. Hacen profesión de fe, pero sus frutos son tales que disgustan a los no creyentes. Son jactanciosos, y oran y hablan de una manera que refleja justicia propia; se ensalzan, relatan sus buenas acciones, y, como el fariseo, agradecen virtualmente a Dios porque no son como los demás. Sin embargo, estas mismas personas son astutas, y cometen extorsiones en los negocios. Sus frutos no son buenos. Sus palabras y actos son malos, y sin embargo, parece que no advierten su condición indigente y miserable.

Me fué mostrado que el siguiente pasaje se aplica a los que están en tal engaño: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que
[166] está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad." Mateo 7:21-23.

Este es el mayor engaño que pueda afectar a la mente humana; estas personas creen que obran bien cuando están obrando mal. Piensan que están haciendo una gran obra en su vida religiosa, pero Jesús les arranca finalmente su manto de justicia propia, y les presenta vívidamente el cuadro fiel de lo que son, con todos sus yerros y la deformidad de su carácter religioso. Son hallados faltos cuando es demasiado tarde para que sus necesidades queden suplidas. Dios ha provisto medios para corregir a los que yerran; pero si éstos prefieren seguir su propio juicio y desprecian los medios que él ha ordenado para corregirlos y unirlos en la verdad, quedarán en la situación descrita por las palabras de nuestro Señor citadas más arriba.

Dios está sacando a un pueblo y preparándolo para que se destaque por su unidad, hable las mismas cosas y cumpla así la oración de Cristo en favor de sus discípulos: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste." Juan 17:20, 21.

Grupitos de almas inquietas

Continuamente surgen grupitos de personas que creen que Dios está únicamente con los muy pocos y muy dispersos. La influencia de los tales tiende a derribar y dispersar lo que edifican los siervos de Dios. Los espíritus inquietos que desean constantemente ver y creer algo nuevo surgen de continuo, algunos en un lugar y otros en otro, haciendo todos una obra especial por el enemigo y, sin embargo, pretendiendo tener la verdad. Se destacan como separados del pueblo a quien Dios está conduciendo y prosperando, y por medio de quien él va a hacer su gran obra. Expresan constantemente sus temores de [167] que el cuerpo de los observadores del sábado se está volviendo como el mundo; pero apenas habrá dos de estas personas que concuerden en sus opiniones. Están dispersas y confusas, y sin embargo, se engañan hasta el punto de creer que Dios las acompaña en forma especial. Algunas de ellas profesan tener entre sí los dones; pero por la influencia y enseñanza de estos dones son inducidas a dudar de aquellos a quienes Dios ha impuesto la carga especial de su obra, y a desviar del cuerpo a una clase de personas. Los que, de acuerdo con la Palabra de Dios están haciendo todo esfuerzo para unirse, que están establecidos en el mensaje del tercer ángel, son considerados sospechosos, por la razón de que están extendiendo sus labores y ganando almas para la verdad. Se los considera mundanos porque ejercen influencia sobre el mundo y porque sus actos atestiguan que esperan que Dios haga todavía una obra grande y especial en la tierra para sacar un pueblo y prepararlo para la aparición de Cristo.

Esta clase de personas no sabe realmente lo que cree, ni las razones de su creencia. Nunca aprenden y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Se levanta un hombre con opiniones extraviadas y erróneas, y asevera que Dios le ha enviado con una luz nueva y gloriosa, y que todos deben creer lo que predica. Algunos que no tienen fe establecida, que no están sujetos al cuerpo, sino que andan al garete sin ancla que los retenga, reciben ese viento de doctrina. La luz de aquel hombre resplandece de tal manera que induce al mundo a apartarse de él con disgusto y aborrecimiento. Entonces se coloca con espíritu blasfemo al lado de Cristo, y asevera que el mundo le aborrece por la misma razón que aborreció a Cristo.

Se levanta otro aseverando ser conducido por Dios, y presenta la doctrina de que los impíos no resucitarán, herejía que es una de las obras maestras del engaño satánico. Otro alberga opiniones erróneas acerca de la edad futura. Otro insiste celosamente en que
[168] se adopte el traje americano [moda extravagante que se procuraba implantar entonces en los Estados Unidos]. Todos quieren plena libertad religiosa y cada uno actúa independientemente de los demás, y sin embargo aseveran que Dios obra especialmente entre ellos.

Caudillos presuntuosos

Algunos se regocijan de que tienen los dones que otros no tienen. Dios quiera librar a su pueblo de tales dones. ¿Qué hacen estos dones por ellos? ¿Se unen en la fe por el ejercicio de estos dones? ¿Y convencen acaso al incrédulo de que Dios está en verdad con ellos? Cuando estos seres discordantes, que sostienen sus diferentes opiniones, se reúnen y manifiestan considerable excitación y se expresan en lengua desconocida, dejan brillar de tal manera su luz que los incrédulos dirían: "Esta gente no es cuerda; está arrebatada por una falsa excitación, y sabemos que no tiene la verdad." Los tales estorban directamente el camino de los pecadores; su influencia tiende a impedir a otros que acepten el sábado. Los tales serán recompensados según sus obras. ¡Ojalá que se reformen o renuncien al sábado! En tal caso no estorbarían el camino de los incrédulos.

Dios ha conducido a hombres que han trabajado durante años, que han estado dispuestos a hacer cualquier sacrificio, que han sufrido privaciones y soportado pruebas para presentar la verdad al mundo, y por su conducta consecuente han eliminado el oprobio que los fanáticos impusieron a la causa de Dios. Han hallado oposición de toda clase. Han luchado noche y día en busca de las evidencias de nuestra fe, para poder presentar la verdad con claridad, en forma bien eslabonada, a fin de que pudiesen resistir toda oposición. La labor incesante y las pruebas mentales relacionadas con esta gran obra han agobiado más de una constitución y encanecido prematuramente las cabezas. No se han gastado en vano. Dios ha notado sus oraciones fervientes acompañadas de lágrimas de agonía, en que se pedía luz y
[169] verdad y que ésta resplandeciese con claridad delante de los demás.

Ha notado sus esfuerzos abnegados y los recompensará según sus obras.

Por otro lado, los que no han luchado para destacar estas verdades preciosas se han levantado y han recibido algunas doctrinas, ya elaboradas, como la verdad del sábado, y luego toda la gratitud que sienten por lo que no les ha costado nada a ellos, pero mucho a otros, la manifiestan levantándose como Coré, Datán y Abiram y arrojando oprobio sobre aquellos a quienes Dios impuso la carga de su obra. Y dicen: "Básteos, porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová." Números 16:3. Desconocen la gratitud. Poseen un espíritu terco, que no cede a la razón, y que los llevará a su propia destrucción.

Dios ha bendecido a sus hijos que han avanzado, siguiendo las oportunidades de su providencia. Ha sacado un pueblo de todas las clases para colocarlo sobre la gran plataforma de la verdad. Los incrédulos han quedado convencidos de que Dios estaba con su pueblo, y han humillado su corazón para obedecer a la verdad. La obra de Dios sigue constantemente hacia adelante. Sin embargo, a pesar de todas las evidencias de que Dios ha estado conduciendo al cuerpo, hay y continuará habiendo quienes, profesando creer en la verdad del sábado, actuarán en forma independiente del cuerpo, y creerán y obrarán como se les antoje. Sus opiniones están confusas. Su dispersión es un testimonio permanente de que Dios no está con ellos. El mundo coloca el sábado y los errores de los tales a un mismo nivel y los desecha juntamente.

Esto desagrada a Dios

Dios está airado con los que siguen una conducta que nos hace odiar por el mundo. Si a un creyente se le odia por sus buenas obras y por seguir a Cristo, tendrá recompensa. Pero si se le odia porque no se conduce en forma que inspire amor, o por sus modales incultos, porque hace de la verdad un motivo de disputa con sus vecinos y hace del sábado una molestia para ellos, es una piedra de tropiezo [170] para los pecadores, un oprobio para la verdad sagrada, y a menos que se arrepienta, sería mejor que se atase una piedra de molino al cuello y se arrojase al mar.

* * * * *

Hay en la naturaleza humana una tendencia a ir a los extremos, y de un extremo a otro completamente opuesto. Muchos son fanáticos. Los consume un ardiente celo que toman equivocadamente por religión; pero el carácter es la verdadera prueba del discipulado. ¿Tienen la mansedumbre de Cristo? ¿Tienen su humildad y dulce benevolencia? ¿Han despojado el centro de su alma del orgullo, la arrogancia, el egoísmo y la censura? Si no lo han hecho, no saben de qué espíritu están animados. No comprenden que el verdadero cristianismo consiste en llevar mucho fruto para la gloria de Dios.

Otros van a un extremo en su conformidad con el mundo. No hay una línea de separación clara y distinta entre ellos y los mundanos. Si en un caso los hombres son ahuyentados de la verdad por un espíritu de censura duro y condenatorio, en este otro se ven inducidos a concluir que el cristiano profeso carece de principios, y no conoce cambio de corazón o de carácter. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:16), son las palabras de Cristo.*

* * * * *

El Señor requiere que su pueblo emplee su razón y no la ponga a un lado en favor de las impresiones. Su obra será inteligible para todos sus hijos. Su enseñanza será tal que se recomiende al entendimiento de los espíritus inteligentes. Está calculada para elevar la mente. El poder de Dios no se manifiesta en toda ocasión. La
[171] necesidad del hombre es la oportunidad de Dios.*

Cuando los que han presenciado y experimentado falsas manifestaciones quedan convencidos de su equivocación, Satanás saca ventaja de su error, y se lo recuerda constantemente, para inspirarles temor a toda manifestación espiritual; y de esta manera procura destruir su fe en la verdadera piedad. Debido a que estuvieron una vez engañados, temen hacer cualquier esfuerzo por medio de la oración ferviente a Dios en busca de ayuda especial y victoria. Los tales no

*Testimonios para la Iglesia 5:305, 306 (1885).

*Testimonios para la Iglesia 1:230 (1861).

deben permitir que Satanás consiga su objeto y los arroje en el frío formalismo e incredulidad. Deben recordar que el fundamento de Dios permanece firme. Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso. Su única seguridad consiste en asentar los pies en la plataforma firme; en ver y comprender el mensaje del tercer ángel, en apreciar, amar y obedecer la verdad.* [172]

*Testimonios para la Iglesia 1:323, 324 (1862).

La oración de David*

Vi a David suplicando al Señor que no le abandonase cuando fuese viejo; vi qué causa le arrancaba esta ferviente oración. Veía él que los más de los ancianos que le rodeaban eran desgraciados, y que las características desfavorables de su carácter se intensificaban especialmente con la edad. Si por naturaleza las personas eran avarientas y codiciosas, lo eran hasta un punto muy desagradable en su vejez. Si eran celosas, inquietas e impacientes, lo eran especialmente en la edad provecta.

David sentía gran angustia al ver que los reyes y los nobles que parecían haber temido a Dios mientras gozaban de la fuerza de su virilidad se ponían celosos de sus mejores amigos y parientes cuando llegaban a viejos. Temían de continuo que fuesen motivos egoístas los que inducían a sus amigos a manifestar interés por ellos. Escuchaban las sugestiones y los consejos engañosos de los extraños respecto a aquellos en quienes debieran haber confiado. Sus celos irrefrenados ardían a veces como llamas, porque no todos concordaban con su juicio decrépito. Su avaricia era horrible. A menudo pensaban que sus propios hijos y deudos deseaban que muriesen para reemplazarlos, poseer sus riquezas y recibir los homenajes que se les concedían. Y algunos estaban de tal manera dominados por sus sentimientos celosos y codiciosos que llegaban hasta a matar a sus propios hijos.

David notaba que aunque había sido recta la vida de algunos mientras disfrutaban de la fuerza de la virilidad, al sobrevenirles la vejez parecían perder el dominio propio. Satanás intervenía y guiaba su mente, volviéndolos inquietos y descontentos. Veía que muchos de los ancianos parecían abandonados de Dios y se exponían al ridículo y al oprobio de los enemigos de él. David quedó
[173] profundamente conmovido y se angustiaba al pensar en su propia vejez. Temía que Dios le abandonase y que, al ser tan desdichado como otras personas ancianas cuya conducta había notado, quedara

*Testimonios para la Iglesia 1:422-424 (1863).

expuesto al oprobio de los enemigos del Señor. Sintiendo esta preocupación, rogó fervientemente: "No me deseches en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabare, no me desampares. ... Oh Dios, enseñásteme desde mi mocedad; y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Y aun hasta la vejez y las canas; oh Dios, no me desampares, hasta que denuncie tu brazo a la posteridad, tus valentías a todos los que han de venir." Salmos 71:9, 17, 18. David sentía la necesidad de precaverse contra los males que acompañan a la senectud.

Sucede con frecuencia que las personas ancianas no están dispuestas a comprender ni reconocer que su fuerza mental está decayendo. Acortan sus días asumiendo preocupaciones que corresponden a sus hijos. Satanás obra a menudo sobre su imaginación y las induce a sentir una ansiedad continua respecto de su dinero. Llega a ser su ídolo y lo guardan con cuidado avariento. Hasta se privarán a veces de muchas de las comodidades de la vida y trabajarán más de lo que les permiten sus fuerzas, antes de usar los recursos que tienen. De esta manera sufren constante necesidad por temor a que en algún tiempo futuro hayan de pasar miseria. Todos estos temores tienen su origen en Satanás. El excita los órganos que los inducen a sentir temores y celos serviles que corrompen la nobleza del alma y destruyen los pensamientos y sentimientos elevados. Las tales personas son insanas respecto del dinero. Si ellas asumiesen la actitud que Dios quiere que asuman, sus postreros días podrían ser los mejores y más felices. Los que tienen hijos en cuya honradez y juicioso manejo tienen motivos para confiar, deben dejar que sus hijos los hagan felices. A menos que obren así, Satanás se aprovechará de su falta de fuerza mental, y lo manejará todo en su lugar. Deben deponer la ansiedad y las cargas, ocupar su tiempo tan felizmente como puedan, y prepararse así para el cielo. [174]

La debida observancia del sábado*

El 25 de diciembre de 1865 se me indicó que se ha observado el sábado con demasiada negligencia. No ha habido prontitud para cumplir los deberes regulares durante los seis días de trabajo que Dios ha dado al hombre, ni cuidado para no usurpar una hora del tiempo santo y sagrado que él se ha reservado. No hay negocios humanos que deban ser considerados de suficiente importancia para hacerle a uno transgredir el cuarto precepto de Jehová.

Hay casos en los cuales Cristo mismo ha dado permiso para trabajar aun en el sábado, como cuando se trata de salvar la vida de hombres o de animales. Pero si violamos la letra del cuarto mandamiento para beneficiarnos desde un punto de vista pecuniario, llegamos a ser violadores del sábado y somos culpables de transgredir todos los mandamientos; porque si ofendemos en un punto somos culpables en todos.

Si, a fin de ahorrar nuestros bienes, violamos el mandamiento expreso de Jehová, ¿dónde nos detendremos? ¿Dónde fijaremos los límites? Si transgredimos en un asunto pequeño, y lo consideramos como si no fuese pecado particular de nuestra parte, la conciencia se endurece, las sensibilidades se embotan, a tal punto que podemos ir más lejos, y realizar bastante trabajo y seguir lisonjeándonos de ser observadores del sábado cuando, según la norma de Cristo, estamos violando cada uno de los santos preceptos de Dios. Los observadores del sábado están en falta al respecto; pero Dios es muy escrupuloso, y todos los que sientan que están ahorrando un poco de tiempo, u obteniendo ventajas por usurpar un poco del tiempo del Señor, tarde o temprano sufrirán una pérdida. El no los puede bendecir como le
[175] agradaría hacerlo, porque su nombre es deshonrado por ellos, y sus preceptos menospreciados. La maldición de Dios recae sobre ellos y perderán diez o veinte veces más de lo que ganan. “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado.” Malaquías 3:8.

*Testimonios para la Iglesia 1:531-533 (1867).

Dios dió al hombre seis días en los cuales trabajar para sí, pero se reservó un día en el cual se le ha de honrar especialmente. Debemos glorificarle y respetar su autoridad. Y sin embargo el hombre roba a Dios apropiándose de un poco del tiempo que el Creador reservó para sí. Dios puso aparte el séptimo día como período de descanso para el hombre, para bien del hombre tanto como para su propia gloria. Vió que las necesidades del hombre requerían que durante un día descansase del trabajo y cuidado, que su salud y vida peligrarían sin un período de reposo del trabajo y ansiedad de los seis días.

El sábado fué hecho para beneficio del hombre; y transgredir a sabiendas el santo mandamiento que prohibe trabajar en el séptimo día es, a la vista del cielo, un crimen considerado de tal magnitud bajo la ley mosaica, que exigía la muerte del que lo cometiera. Pero esto no era todo lo que el delincuente había de sufrir, porque Dios no llevará al cielo a un transgresor de su ley. Deberá sufrir la segunda muerte, que es la penalidad plena y final a que se hace acreedor el transgresor de la ley de Dios. [176]

Los seguros de vida*

Se me mostró que los adventistas observadores del sábado no deben tomar parte en los negocios relacionados con los seguros de vida. Es un comercio con el mundo que Dios no aprueba. Los que participan en esta empresa se unen con el mundo, mientras que Dios invita a su pueblo a salir de él y a mantenerse separado. Dijo el ángel: "Cristo os compró con el sacrificio de su vida." '¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.' 'Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.' Tal es el único seguro de vida que el Cielo sanciona.

El tomar un seguro de vida constituye una conducta mundana que induce a nuestros hermanos que la siguen a apartarse de la sencillez y pureza del Evangelio. Toda desviación tal debilita nuestra fe y reduce nuestra espiritualidad. Dijo el ángel: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable." Pertenecemos al Señor en un sentido especial. Cristo nos ha comprado. Nos rodean ángeles poderosos. No cae al suelo un solo pajarillo sin que lo note nuestro Padre celestial. Aun nuestros cabellos están contados. Dios ha provisto para sus hijos. Los cuida en forma especial, y no deben desconfiar de su providencia siguiendo una conducta mundanal.

Dios quiere que conservemos con sencillez y santidad nuestro carácter peculiar como pueblo. Los que siguen ese mundano curso de acción, invierten recursos que pertenecen a Dios, y que él les
[177] ha confiado para que los usen en su causa a fin de hacer progresar su obra. Muy pocos serán los que obtengan ganancias del seguro de vida, y sin la bendición de Dios aun estas utilidades resultarán un perjuicio en vez de un beneficio. Aquellos a quienes Dios ha

*Testimonios para la Iglesia 1:549-551 (1867).

hecho sus mayordomos no tienen derecho de colocar en las filas del enemigo los recursos que él les ha confiado para que los usen en su causa.

Satanás está presentando constantemente incentivos al pueblo escogido de Dios para desviar su atención de la obra solemne de prepararse para las escenas que le esperan en el futuro cercano. El es, en todo sentido de la palabra, un engañador, un hábil seductor. Cubre sus planes y trampas con mantos de luz sacados del cielo. Tentó a Eva a comer de la fruta prohibida, haciéndole creer que con ello obtendría grandes ventajas. Satanás induce a sus agentes a introducir varios inventos y derechos de patentes y otras empresas a fin de que los adventistas observadores del sábado, que tienen prisa para hacerse ricos, caigan en la tentación, queden entrampados, y atraigan sobre sí muchos pesares. El está muy despierto, y se dedica activamente a llevar cautivo al mundo, y por intermedio de los mundanos crea continuamente un entusiasmo agradable, para inducir a los incautos que profesan creer la verdad, a que se unan con los mundanos. La concupiscencia de los ojos, el deseo de excitación y diversión agradable, es una tentación y una trampa para el pueblo de Dios. Satanás tiene muchas redes peligrosas de fina trama, que parecen inocentes, pero con las cuales se prepara hábilmente para engañar al pueblo de Dios. Hay espectáculos agradables, entretenimientos, discursos sobre frenología, y una inacabable variedad de empresas destinadas a desviar al pueblo de Dios, para que ame al mundo y las cosas que están en él. Mediante esta unión con el mundo, se debilita la fe, y los recursos que debieran invertirse en la causa de la verdad presente quedan transferidos a las filas del enemigo. Por medio de estos diferentes recursos, Satanás vacía constantemente los bolsillos de los hijos de Dios, y a causa de esto pesa sobre ellos el desagrado del Señor. [178]

La salud y la religión*

Hay personas de imaginación enfermiza para quienes la religión es un tirano, que las gobierna con vara de hierro. Las tales lamentan constantemente su propia depravación, y gimen por males supuestos. No existe amor en su corazón; su rostro es siempre ceñudo. Las deja heladas la risa inocente de la juventud o de cualquiera. Consideran como pecado toda recreación o diversión, y creen que la mente debe estar constantemente dominada por pensamientos austeros. Este es un extremo. Otros piensan que la mente debe dedicarse constantemente a inventar nuevas diversiones a fin de tener salud. Aprenden a depender de la excitación, y se sienten intranquilos sin ella. Los tales no son verdaderos cristianos. Van a otro extremo.

Los verdaderos principos del cristianismo abren ante nosotros una fuente de felicidad, cuya altura, profundidad, longitud y anchura son inconmensurables. Cristo es en nosotros una fuente de agua que brota para vida eterna. Es un manantial inagotable del cual el cristiano puede beber a voluntad, sin apurarlo nunca.

Lo que comunica a casi todos enfermedades del cuerpo y de la mente, son los sentimientos de descontento y los anhelos insatisfechos. No tienen a Dios, ni la esperanza que llega hasta dentro del velo, que es para el alma un ancla segura y firme. Todos los que poseen esta esperanza se purifican como él es puro. Los tales estarán libres de inquietudes y descontento; no estarán buscando males continuamente ni acongojándose por dificultades prestadas. Pero vemos a muchos sufrir dificultades de antemano; la ansiedad está estampada en todas sus facciones; no parecen hallar consuelo, sino que de continuo esperan algún mal terrible.

[179] Los tales deshonran a Dios y desprestigian la religión de Cristo. No tienen verdadero amor hacia Dios, ni hacia sus compañeros e hijos. Sus afectos se han vuelto mórbidos. Pero las vanas diversiones no corregirán nunca el espíritu de los tales. Necesitan la influencia transformadora del Espíritu de Dios para ser felices.

*Testimonios para la Iglesia 1:565, 566 (1867).

* * * * *

La simpatía que existe entre el espíritu y el cuerpo es muy grande. Cuando uno está afectado, el otro responde. La condición de la mente tiene mucho que ver con la salud del organismo. Si el espíritu está libre y feliz, con la conciencia de que hace lo recto y con la satisfacción de proporcionar felicidad a los demás, nacerá una alegría que reaccionará sobre todo el organismo, induciendo a la sangre a circular más libremente y a tonificar todo el cuerpo. La bendición de Dios es sanadora; y los que benefician abundantemente a los demás sentirán en su corazón y vida esa bendición prodigiosa.*

* * * * *

La religión de la Biblia no obra en detrimento de la salud del cuerpo ni de la mente. La influencia del Espíritu de Dios es la mejor medicina que pueda recibir un ser humano enfermo. El cielo es todo salud; y cuanto más hondamente se sientan las influencias celestiales, tanto más seguro será el restablecimiento del inválido creyente.*

* * * * *

La carga del pecado, con su inquietud y deseos insatisfechos, es el fundamento de una gran parte de las enfermedades que sufre el pecador. Cristo es el poderoso Médico del alma enferma de pecado. Estos pobres seres afligidos necesitan un conocimiento más claro de Aquel que es, cuando se lo conoce correctamente, la vida eterna. Necesitan que se les enseñe con paciencia, bondad y fervor, a abrir de par en par las ventanas del alma y dejar entrar la luz del amor de Dios para que ilumine las cámaras obscuras de la mente.* [180]

*Testimonios para la Iglesia 4:60, 61 (1876).
*Testimonios para la Iglesia 3:172 (1872).
*Testimonios para la Iglesia 4:579 (1881).

La temperancia cristiana[*] [*]

"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." 1 Corintios 6:19, 20.

No nos pertenecemos. Hemos sido comprados a un precio elevado, a saber, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Si pudiésemos comprender plenamente esto, sentiríamos que pesa sobre nosotros la gran responsabilidad de mantenernos en la mejor condición de salud, a fin de prestar a Dios un servicio perfecto. Pero cuando nos conducimos de manera que nuestra vitalidad se gasta, nuestra fuerza disminuye y el intelecto se anubla, pecamos contra Dios. Al seguir esta conducta no le glorificamos en nuestro cuerpo ni en nuestro espíritu que son suyos, sino que cometemos lo que es a su vista un grave mal.

¿Se dió Jesús por nosotros? ¿Ha sido pagado un precio elevado para redimirnos? Y, ¿no es precisamente por esto por lo que no nos pertenecemos? ¿ Es verdad que todas las facultades de nuestro ser, nuestro cuerpo, nuestro espíritu, todo lo que tenemos y todo lo que somos, pertenecen a Dios? Por cierto que sí. Y cuando comprendemos esto, ¡qué obligación tenemos para con Dios de conservarnos en la condición que nos permita honrarle aquí en la tierra, en nuestro cuerpo y nuestro espíritu que son suyos!

Creemos sin duda alguna que Cristo va a venir pronto. Esto no es una fábula para nosotros; es una realidad. No tenemos la menor duda,
[181] ni la hemos tenido durante años, de que las doctrinas que sostenemos son la verdad presente, y que nos estamos acercando al juicio. Nos estamos preparando para encontrar a Aquel que aparecerá en las nubes de los cielos escoltado por una hueste de santos ángeles, para dar a los fieles y justos el toque final de la inmortalidad. Cuando él

[*] Discurso dado en Battle Creek el 6 de marzo de 1869, y transcripto por U. Smith.
[*] Testimonios para la Iglesia 2:354-376 (1870).

viniere, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo.

Las horas finales del tiempo de gracia

Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los que son injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. *Ahora* es cuando debe realizarse esta obra en nosotros.

Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva, y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es donde se ha de realizar esta obra en favor nuestro. Aquí es donde nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad. [182]

Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la pureza de carácter y al crecimiento en la gracia. Dondequiera que miremos, vemos corrupción y contaminación, deformidad y pecado. Y ¿cuál es la obra que hemos de emprender aquí precisamente antes de recibir la inmortalidad? Consiste en conservar nuestros cuerpos santos y nuestro espíritu puro, para que podamos subsistir sin mancha en medio de las corrupciones que abundan en derredor nuestro en estos últimos días. Y para que esta obra se realice, necesitamos dedicarnos a ella en seguida con todo el corazón y el entendimiento. No debe penetrar ni influir en nosotros el egoísmo. El Espíritu de Dios debe

ejercer perfecto dominio sobre nosotros, e influir en todas nuestras acciones. Si nos apropiamos debidamente del cielo y del poder de lo alto, sentiremos la influencia santificadora del Espíritu de Dios sobre nuestros corazones.

Se hace sufrir a otros

Cuando hemos procurado presentar la reforma pro salud a nuestros hermanos, y les hemos hablado de la importancia del comer y beber, y hacer para gloria de Dios todo lo que hacen, muchos han dicho por sus acciones: "A nadie le importa si como esto o aquello; nosotros mismos hemos de soportar las consecuencias de lo que hacemos."

Estimados amigos, estáis muy equivocados. No sois los únicos que han de sufrir a consecuencia de una conducta errónea. En cierta medida, la sociedad a la cual pertenecéis sufre por causa de vuestros errores tanto como vosotros mismos. Si sufrís como resultado de vuestra intemperancia al comer o al beber, los que estamos en derredor vuestro o alternamos con vosotros, también quedamos afectados por vuestra flaqueza. Hemos de sufrir por causa de vuestra conducta errónea. Si ella contribuye a disminuir vuestras facultades mentales o físicas, y lo advertimos cuando estamos en vuestra compañía, quedamos afectados por ello. Si en vez de tener espíritu animoso,
[183] sois presa de la lobreguez, ensombrecéis el ánimo de todos los que os rodean. Si estamos tristes, deprimidos y angustiados, vosotros, si gozarais de salud, podríais tener una mente clara que nos mostrase la salida y dirigiese una palabra consoladora. Pero si vuestro cerebro está nublado como resultado de vuestra errónea manera de vivir, a tal punto que no podéis darnos el consejo correcto, ¿no sufrimos acaso una pérdida? ¿No nos afecta seriamente vuestra influencia? Tal vez tengamos mucha confianza en vuestro juicio y deseemos vuestro consejo, porque "en la multitud de consejeros hay salud." Proverbios 11:14. Deseamos que nuestra conducta parezca consecuente ante aquellos a quienes amamos y deseamos buscar el consejo que ellos nos puedan dar con mente clara. Pero ¿qué interés tenemos en vuestro juicio si vuestra energía mental ha sido recargada hasta lo sumo y la vitalidad se ha retirado del cerebro para disponer del alimento impropio que se puso en el estómago, o de una enorme cantidad de

alimento, aunque sea sano? ¿Qué interés tenemos en el juicio de tales personas? Ellas lo ven todo a través de una masa de alimentos indigestos. Por lo tanto, vuestra manera de vivir nos afecta. Resulta imposible seguir una conducta errónea sin hacer sufrir a otros.

Corramos la carrera celestial

"¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, mas uno lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Y todo aquel que lucha, de todo se abstiene: y ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible; mas nosotros, incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere el aire: antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado." 1 Corintios 9:24-27. Los que participaban en la carrera a fin de obtener el laurel que era considerado un honor especial, eran templados en todas las cosas, para que sus músculos, su cerebro y todos sus órganos estuviesen en la mejor condición posible para la carrera. Si no hubiesen sido templados en todas las [184]
cosas, no habrían adquirido la elasticidad que les era posible obtener de esa manera. Si eran templados, podían correr esa carrera con más posibilidades de éxito; estaban más seguros de recibir la corona.

Pero, no obstante toda su templanza—todos sus esfuerzos por sujetarse a un régimen cuidadoso a fin de hallarse en la mejor condición,—los que corrían la carrera terrenal estaban expuestos al azar. Podían hacer lo mejor posible, y sin embargo no recibir distinción honorífica; porque otro podía adelantárseles un poco y arrebatarles el premio. Uno solo recibía el galardón. Pero en la carrera celestial, todos podemos correr, y recibir el premio. No hay incertidumbre ni riesgo en el asunto. Debemos revestirnos de las gracias celestiales y con los ojos dirigidos hacia arriba, a la corona de la inmortalidad, tener siempre presente el Modelo. Fué Varón de dolores, experimentado en quebranto. Debemos tener constantemente presente la vida de humildad y abnegación de nuestro divino Señor. Y a medida que procuramos imitarlo, manteniendo los ojos fijos en el premio, podemos correr esa carrera con certidumbre, sabiendo que si hacemos lo mejor que podemos, lo alcanzaremos con seguridad.

Los hombres estaban dispuestos a someterse a la abnegación y a la disciplina para correr y obtener una corona corruptible, que iba a perecer en un día, y que era solamente un distintivo honroso de parte de los mortales. Pero nosotros hemos de correr la carrera que brinda la corona de inmortalidad y la vida eterna. Sí, un inconmensurable y eterno peso de gloria nos será otorgado como premio cuando hayamos terminado la carrera. "Nosotros—dice el apóstol—una incorruptible." Y si los que se empeñaban en una carrera terrenal para recibir una corona temporal podían ser templados en todas las cosas, ¿no podemos serlo nosotros, que tenemos en vista una corona incorruptible, un eterno peso de gloria y una vida que se compara con la vida de Dios? Ya que tenemos este gran incentivo,
[185] ¿no podemos correr "con paciencia la carrera que nos es propuesta, puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, en Jesús"? El nos ha indicado el camino, y lo ha señalado con sus pisadas en todo el trayecto. Es la senda que él ha recorrido, y podemos experimentar con él la abnegación y el sufrimiento, y andar en esa senda señalada por su propia sangre.

"Así que, yo de esta manera corro, no como a cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere el aire; antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre." En esto tiene una obra que hacer todo hombre, mujer y niño. Satanás procura constantemente obtener el dominio de nuestro cuerpo y espíritu. Pero Cristo nos ha comprado, y somos su propiedad. Nos toca obrar unidos con Cristo y con los santos ángeles que ministran en nuestro favor. Nos toca mantener en sujeción al cuerpo. A menos que lo hagamos, perderemos ciertamente la vida eterna y la corona de la inmortalidad. Y, sin embargo, algunos dicen: "¿A quien le importa lo que como o bebo?" Os he mostrado qué relación tiene con los demás vuestra conducta. Habéis visto que tiene mucho que ver con la influencia que ejercéis sobre vuestras familias. Tiene un gran papel en la obra de moldear el carácter de vuestros hijos.

La responsabilidad paterna

Como he dicho antes, vivimos en una era corrupta. Es un tiempo en que Satanás parece ejercer un dominio casi perfecto sobre las mentes que no están plenamente consagradas a Dios. Por lo tanto,

descansa una gran responsabilidad sobre los padres y los tutores que tienen que criar a los niños. Los padres han asumido la responsabilidad de traer estos niños a la vida; y ahora, ¿cuál es su deber? ¿Consiste en dejarlos criarse lo mejor que puedan o como quieran? Permitidme deciros que recae una pesada responsabilidad sobre esos padres. "Si pues coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios." 1 Corintios 10:31. ¿Hacéis esto cuando preparáis alimento para vuestras mesas, y llamáis a la familia a participar de ellos? ¿Estáis colocando delante de vuestros hijos solamente alimentos que producirán la mejor sangre? ¿Contribuirá este alimento a conservar sus cuerpos en la condición menos febril? ¿Es de la clase que los pondrá en la mejor condición de vida y salud? ¿Es tal el alimento que procuráis colocar delante de vuestros hijos? ¿O será que, sin mirar a su bienestar futuro, les dais alimentos malsanos, estimulantes e irritantes? [186]

Permitidme deciros que los niños se inclinan al mal. Satanás parece dominarlos. Se posesiona de sus mentes juveniles y son corrompidos. ¿Por qué obran los padres y las madres como si estuviesen aletargados? No sospechan que Satanás está sembrando mala semilla en sus familias. Son ciegos, negligentes y temerarios hasta el colmo en estas cosas. ¿Por qué no despiertan y se dedican a leer y estudiar estos asuntos? Dice el apóstol: "Mostrad en vuestra fe virtud, y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza, y en la templanza paciencia" etc. 2 Pedro 1:5, 6. Esta es una obra que incumbe a todos los que profesan seguir a Cristo; consiste en vivir de acuerdo con el plan de la adición. ...

El exceso en el comer

Muchos que han adoptado la reforma pro salud han abandonado todo lo perjudicial; pero ¿se sigue de ello que porque han dejado estas cosas, pueden comer tanto como quieran? Se sientan a la mesa, y en vez de considerar cuánto deben comer, se entregan al apetito y comen en exceso. Luego, el estómago debe trabajar hasta el extremo durante el resto del día para eliminar la carga que se le ha impuesto. Todo alimento ingerido, del cual el organismo no deriva beneficio, es una carga para la naturaleza en su trabajo. Estorba la máquina viviente. El organismo queda obstruído y no puede

realizar su trabajo con éxito. Los órganos vitales quedan recargados innecesariamente, y la fuerza nerviosa del cerebro es desviada al estómago para ayudar a los órganos digestivos a realizar su obra de
[187] disponer de una cantidad de alimento que no beneficia al organismo.

De esta manera la fuerza del cerebro es disminuída por las exigencias que se le imponen para ayudar al estómago a llevar su pesada carga. Y después de realizada la tarea ¿qué sensaciones se experimentan como resultado de este gasto innecesario de fuerza vital? Una sensación de debilidad y desfallecimiento, como que se debiera comer más. Tal vez esta sensación se produce precisamente antes de la hora de comer. ¿Cual es la causa? La naturaleza se quedó agotada por su trabajo; de ahí viene esa sensación de cansancio. Y pensáis que el estómago dice: "Más alimento," cuando su cansancio dice claramente: "Dadme reposo."

El estómago necesita descansar a fin de recuperar sus energías agotadas, para dedicarlas al próximo trabajo. Pero en vez de concederle un período de descanso, pensáis que necesita más alimento e imponéis otra carga a la naturaleza y le negáis el reposo que necesita. Es como el caso de un hombre que trabajase en el campo durante toda la primera parte del día hasta cansarse. Al llegar a casa a las doce, dice que está cansado y agotado; pero se le indica que vuelva a trabajar para obtener alivio. Así es como tratáis al estómago. Está totalmente agotado. Pero en vez de darle reposo, se le da más alimento, y luego se desvía la vitalidad de otras partes del organismo hacia el estómago para ayudar en el trabajo de la digestión. ...

El primer trabajo de la madre

He visto madres de familias numerosas que no se daban cuenta del trabajo que tenían ante sí y ante su propia familia. Querían ser misioneras y hacer una obra grande. Deseaban un puesto elevado, pero descuidaban el mismo trabajo que en su casa se les había asignado. ¡Cuán importante es que la mente se despeje! ¡Cuán importante es que el cuerpo esté tan libre como sea posible de la enfermedad, a fin de que podamos hacer el trabajo que el Señor nos ha encomendado, y esto de una manera que permita al Maestro decir:
[188] "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu señor." Mateo 25:21. Hermanas mías,

no despreciéis las pocas tareas que el Señor os ha dado que hacer. Sean las acciones cotidianas tales que en el día del ajuste final de cuentas, no tengáis que avergonzaros frente a lo que anotó el ángel registrador.

Un régimen empobrecido

Pero ¿qué diremos del régimen empobrecido? He hablado de cuán importante es que la cantidad y la calidad de los alimentos estén estrictamente de acuerdo con las leyes de la salud. Pero no quisiera recomendar un régimen alimenticio empobrecido. Se me ha mostrado que muchos adoptan una opinión errónea acerca de la reforma pro salud y siguen un régimen demasiado pobre. Se sustentan con alimentos baratos y de mala calidad, preparados sin cuidado ni consideración de la nutrición del organismo. Es importante que el alimento sea preparado con cuidado y que agrade al apetito no pervertido. Debido a que por principio descartamos el uso de carne, manteca (mantequilla), pasteles de carne, especias, tocino y cosas que irritan el estómago y destruyen la salud, nunca debiera inculcarse la idea de que poco importa lo que comemos.

Hay quienes van a los extremos. Según ellos, deben comer cierta cantidad precisa y exactamente determinada, y limitarse a dos o tres cosas. Permiten que tanto a ellos como a sus familias se les sirvan pocos alimentos. Al comer cantidades reducidas de alimento, que no son de la mejor calidad, no ingieren lo que puede nutrir adecuadamente el organismo. El alimento de mala calidad no puede convertirse en sangre buena. Un alimento poco nutritivo empobrecerá la sangre. ...

A algunos no les impresiona la necesidad de comer y beber para la gloria de Dios. La satisfacción del apetito los afecta en todas las relaciones de la vida. Ello se ve en sus familias, en la iglesia, en la reunión de oración y en la conducta de sus hijos. Ha sido la maldición de sus vidas. Es imposible hacerles comprender [189] las verdades destinadas a estos postreros días. Dios ha provisto abundantemente para el sustento y la felicidad de todas sus criaturas; y si no se violasen sus leyes, y si todos obrasen en armonía con la voluntad divina, se experimentaría salud, paz y felicidad, en vez de miseria y malestar continuos. ...

Las carnes, la leche y el azúcar

Ingeridas como alimento las carnes perjudican a la sangre. Al cocinar carnes con muchos condimentos, y al comerlas con pasteles y tortas suculentas, se obtiene sangre de mala calidad. El organismo está demasiado recargado para asimilar esa clase de alimentos. Los pasteles de carne y los encurtidos, que nunca debieran hallar cabida en un estómago humano, proporcionarán una sangre de pésima calidad. Y un alimento de mala clase, cocinado en forma impropia y en cantidad insuficiente, no puede formar buena sangre. Los alimentos suculentos a base de carne y un régimen empobrecido producirán los mismos resultados.

Acerca de la leche y el azúcar, diré lo siguiente: Conozco personas que se han asustado por la reforma pro salud, y han dicho que no querían saber nada de ella, porque hablaba contra el uso copioso de estas cosas. Los cambios deben hacerse con gran cuidado; y debemos obrar cautelosa y sabiamente. Necesitamos seguir una conducta que nos recomiende a los hombres y mujeres inteligentes del país. Las grandes cantidades de leche y azúcar ingeridas juntas son perjudiciales. Comunican impurezas al organismo. Los animales de los cuales se obtiene la leche no son siempre sanos. Pueden sufrir enfermedades. Una vaca puede estar aparentemente sana por la mañana y morir antes de la noche. En tal caso estaba enferma por la mañana, y su leche también; pero no lo sabíais. La creación animal está llena de enfermedades, y las carnes también. Si pudiésemos saber que los animales estaban en perfecta salud, yo recomendaría a la gente que comiese carne antes que grandes cantidades de leche
[190] y azúcar. No les haría el daño que les hacen estas últimas cosas. El azúcar recarga el organismo y estorba el trabajo de la máquina viviente. ...

Con frecuencia me siento a las mesas de los hermanos y veo que usan grandes cantidades de leche y azúcar. Estas recargan el organismo, irritan los órganos digestivos y afectan el cerebro. Cualquier cosa que estorba el movimiento activo del organismo, afecta muy directamente al cerebro. Y por la luz que me ha sido dada, sé que el azúcar, cuando se usa copiosamente, es más perjudicial que la carne. Estos cambios deben hacerse cautelosamente, y el tema debe ser

tratado en forma que no disguste ni cause prejuicios en aquellos a quienes queremos enseñar y ayudar.

La religión y la buena cocina

Con frecuencia nuestras hermanas no saben cocinar. A las tales quiero decirles: Yo iría a la mejor cocinera que se pudiera hallar en el país, y permanecería a su lado si fuese necesario durante semanas, hasta llegar a dominar el arte de preparar los alimentos, y ser una cocinera inteligente y hábil. Obraría así aunque tuviese cuarenta años de edad. Es vuestro deber saber cocinar, y lo es también el enseñar a vuestras hijas a cocinar. Cuando les enseñáis el arte culinario, edificáis en derredor de ellas una barrera que las guardará de la insensatez y el vicio que de otra manera podría tentarlas. Yo aprecio a mi costurera y a mi copista; pero mi cocinera, que sabe preparar el alimento que sostiene la vida y nutre el cerebro, los huesos y los músculos, ocupa el puesto más importante entre los ayudantes de mi familia.

Podemos tener una variedad de alimentos buenos y saludables, cocinados en forma sana, de manera que agraden a todos. Y si vosotras, hermanas mías, no sabéis cocinar, os aconsejo que aprendáis. Saber cocinar es de vital importancia para vosotras. Por la mala cocina se pierden más almas de lo que nos imaginamos. Produce malestar, enfermedad y mal genio; el organismo se descompone y no se pueden discernir las cosas celestiales. Hay más religión en un [191]
buen pan de lo que muchos piensan. Hay más religión en una buena cocina de lo que muchos se imaginan. Queremos que aprendáis lo que es la buena religión, y que la practiquéis en vuestras familias. A veces, durante mis ausencias de casa, sabía que el pan y el alimento en general que había sobre la mesa me iban a perjudicar; pero me veía obligada a comer un poco para sustentar la vida. Es un pecado a los ojos del cielo ingerir tales alimentos. He sufrido por falta de alimento apropiado. Para un estómago dispéptico, podéis colocar sobre vuestras mesas frutas de diferentes clases, pero no demasiadas en una comida. De esta manera podéis tener variedad y alimentos de buen gusto, y después de comer os sentiréis bien. ...

Algunos de vosotros os expresáis como si os agradara que alguien os dijese cuánto se debe comer. No debe ser así. Tenemos

que actuar desde un punto de vista moral y religioso. Debemos ser templados en todas las cosas, porque se nos ofrece una corona incorruptible, un tesoro celestial. Y ahora quiero decir a mis hermanos y hermanas: Preferiría tener valor moral, asumir una posición definida y gobernarme a mí misma. No quisiera imponer esta carga a otra persona. Coméis demasiado y luego lo lamentáis, y seguís pensando en lo que coméis y bebéis. Comed lo que os beneficia, y levantaos de la mesa sintiéndoos libres ante el cielo, sin remordimiento de conciencia. No creo que se deben evitar todas las tentaciones a los niños ni a los adultos. Nos espera una lucha, y debemos mantenernos en situación de resistir las tentaciones de Satanás; y necesitamos saber que poseemos en nosotros poder para ello.

Y ya que os aconsejamos que no comáis en exceso, aun de los mejores alimentos, queremos dirigir unas palabras de cautela a los extremistas para que no presenten una norma falsa ni procuren luego que todos se conformen con ella. Hay quienes emprenden una obra de reformadores respecto a la salud cuando no están preparados para dedicarse a otra empresa, pues no tienen bastante sentido para cuidar
[192] sus propias familias ni para conservar su debido lugar en la iglesia. ¿Qué hacen? ¡Ah, se dedican a ser médicos de la reforma pro salud, como si pudiesen tener éxito en ello! Asumen las responsabilidades del ejercicio de esta profesión, y se encargan de las vidas de hombres y mujeres, cuando no saben nada del asunto.

Elevaré la voz contra los novicios que aseveran tratar las enfermedades de acuerdo con los principios de la reforma pro salud. No permita Dios que seamos objeto de experimentación. Nuestras filas son demasiado escasas. Y morir en una guerra tal es muy poco glorioso. Dios nos libre de un peligro tal. No necesitamos tales maestros y médicos. Los que procuran tratar las enfermedades deben saber algo del organismo humano. El Médico celestial estaba lleno de compasión. Los que tratan con los enfermos necesitan ese espíritu. Algunos de los que quieren dedicarse a médicos son fanáticos, egoístas y tercos. No se les puede enseñar nada. Puede ser que nunca hicieron nada de valor. Tal vez no hayan tenido éxito en la vida. No saben nada que valga la pena saberse, y sin embargo, se dedican a practicar la reforma pro salud. No podemos dejar que estas personas maten a uno o a otro. No, no podemos permitirlo.

Necesitamos estar cada vez en lo cierto. Necesitamos educar a nuestros hermanos en la correcta reforma pro salud. "Limpiémonos—dice el apóstol—de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios." 2 Corintios 7:1. Debemos tener razón para resistir en los últimos días. Necesitamos cerebros claros y mentes sanas en un cuerpo sano. Debemos empezar a trabajar seriamente por nuestros hijos, por cada miembro de nuestras familias. ¿Echaremos mano de esta obra y trabajaremos basados en lo correcto? Jesús va a venir; y si seguimos una conducta que nos impida ver las verdades destinadas a elevar las almas en estos postreros días, ¿cómo seremos santificados por la verdad? ¿Cómo podremos prepararnos para la inmortalidad? El Señor nos ayude, a fin de que podamos comenzar a trabajar aquí como nunca antes. [193]

Las carnes y los estimulantes*

Estimados hermanos H***: Recordé que vuestros rostros se hallaban entre los de varias personas a quienes vi necesitadas de que se haga cierta obra para ellas antes de que puedan ser santificadas por la verdad. Abrazasteis la verdad porque veíais que era la verdad, pero ella no se ha apoderado de vosotros. No habéis sentido su influencia santificadora en la vida. Ha estado resplandeciendo la luz sobre vuestra senda con respecto a la reforma pro salud y el deber que incumbe a los hijos de Dios en estos postreros días en cuanto a ejercer templanza en todas las cosas. Vi que estabais entre aquellos que demorarían en ver la luz y en corregir su manera de comer, beber y trabajar. En la medida en que se reciba y se siga la luz, ésta realizará una completa reforma en la vida y el carácter de todos aquellos que son santificados por ella. ...

La Hna. H*** es una mujer cuya sangre está corrompida. Su organismo está lleno de humores escrofulosos por comer carne. El consumo de carne de cerdo en vuestra familia os ha proporcionado sangre de mala calidad. La Hna. H*** necesita limitarse estrictamente a un régimen de cereales, frutas y verduras, cocinadas sin carne ni grasa alguna. Necesitaréis adheriros durante bastante tiempo a un régimen estrictamente saludable para colocaros en mejores condiciones de salud, que os relacionen correctamente con la vida. Es imposible que quienes hacen copioso consumo de carne tengan un cerebro despejado y un intelecto activo.

Os aconsejamos que cambiéis vuestros hábitos de vida; pero al mismo tiempo os recomendamos que lo hagáis con entendimiento. Conozco familias que han cambiado de un régimen a base de carne
[194] a otro deficiente. Su alimento está tan mal preparado que repugna al estómago; y estas personas me han dicho que la reforma pro salud no les asienta, pues están perdiendo su fuerza física. Esta es una razón por la cual algunos no han tenido éxito en sus esfuerzos para simplificar su alimentación. Siguen un régimen pobre. Preparan sus

*Testimonios para la Iglesia 2:60-66 (1868).

alimentos sin esmero ni variación. No debe haber muchas clases de alimentos en una comida, pero cada comida no debe estar compuesta invariablemente de las mismas clases de alimentos. El alimento debe prepararse con sencillez, aunque en forma esmerada para que incite al apetito. Debéis eliminar la grasa de vuestra alimentación. Contamina cualquier alimento que preparéis. Comed mayormente frutas y verduras.

Aumenta la predisposición a las enfermedades

Después de disminuir su fuerza física por comer una cantidad reducida de alimentos de mala calidad, algunos concluyen que su anterior manera de vivir era mejor. El organismo debe ser sostenido. Sin embargo, no vacilamos en decir que la carne no es necesaria para tener salud y fuerza. Se la usa porque el apetito depravado la desea. Su consumo excita las propensiones animales y fortalece las pasiones de la misma naturaleza. Cuando aumentan estas propensiones, decrecen las facultades intelectuales y morales. El consumo de carne tiende a hacer tosco el cuerpo y embota las finas sensibilidades de la mente.

El pueblo que se está preparando para ser santo, puro y refinado, y ser introducido en la compañía de los ángeles celestiales, ¿habrá de continuar quitando la vida de los seres creados por Dios para sustentarse con su carne y considerarla como un lujo? Por lo que el Señor me ha mostrado, habrá que cambiar este orden de cosas, y el pueblo de Dios ejercerá templanza en todas las cosas. Los que se sustentan mayormente con carne no pueden evitar comer la de animales que en mayor o menor grado están enfermos. El proceso de preparar los animales para el mercado, produce enfermedad en ellos; y aun cuando se hallen en el mejor estado de salud posible, se [195] acaloran y enferman al ser arreados antes de llegar al mercado. Los flúidos y las carnes de estos animales enfermos pasan directamente a la sangre y al sistema circulatorio del cuerpo humano para convertirse en flúidos y carnes del mismo. Así se introducen humores en el organismo. Y si la persona tiene ya sangre impura, ésta se empeora por el consumo de la carne de esos animales. El peligro de contraer una enfermedad aumenta diez veces al comer carne. Las facultades intelectuales, morales y físicas quedan perjudicadas por el consumo

habitual de carne. El comer carne trastorna el organismo, anubla el intelecto y embota las sensibilidades morales. Os decimos, amados hermanos y hermanas, que la conducta más segura para vosotros consiste en dejar la carne.

El consumo de té y café perjudica también el organismo. Hasta cierto punto, el té intoxica. Penetra en la circulación y reduce gradualmente la energía del cuerpo y de la mente. Estimula, excita, aviva y apresura el movimiento de la maquinaria viviente, imponiéndole una actividad antinatural, y da al que lo bebe la impresión de que le ha hecho un gran servicio infundiéndole fuerza. Esto es un error. El té substrae energía nerviosa y debilita muchísimo. Cuando desapareció su influencia y cesa la actividad estimulada por su uso, ¿cuál es el resultado? Una languidez y debilidad que corresponden a la vivacidad artificial que impartiera el té. Cuando el organismo está ya recargado y necesita reposo, el consumo de té acicatea la naturaleza, la estimula a cumplir una acción antinatural y por lo tanto disminuye su poder para hacer su trabajo y su capacidad de resistencia; y las facultades se agotan antes de lo que el Cielo quería. El té es venenoso para el organismo. Los cristianos deben abandonarlo. La influencia del café es hasta cierto punto la misma que la del té, pero su efecto sobre el organismo es aún peor. Es excitante, y en la medida en que lo eleve a uno por encima de lo normal, lo dejará finalmente agotado y postrado por debajo de lo normal. A los
[196] que beben té y café, los denuncia su rostro. Su piel pierde el color y parece sin vida. No se advierte en el rostro el resplandor de la salud.

El té y el café no nutren el organismo. Alivian repentinamente, antes que el estómago haya tenido tiempo de digerirlos. Esto demuestra que aquello que los consumidores de estos estimulantes llaman fuerza proviene de la excitación de los nervios del estómago, que transmiten la irritación al cerebro, y éste a su vez es impelido a aumentar la actividad del corazón y a infundir una energía de corta duración a todo el organismo. Todo esto es fuerza falsa, cuyos resultados ulteriores dejan en peor condición, pues no imparten ni una sola partícula de fuerza natural.

El segundo efecto de beber té es dolor de cabeza, insomnio, palpitaciones del corazón, indigestión, temblor nervioso y muchos otros males. ...

Necesitáis mentes claras y enérgicas para apreciar el carácter excelso de la verdad, para valorar la expiación y estimar debidamente las cosas eternas. Si seguís una conducta equivocada y erróneos hábitos de comer, y por ello debilitáis las facultades intelectuales, no estimáis la salvación y la vida eterna como para que os inspiren a conformar vuestras vidas con la de Cristo; ni haréis los esfuerzos fervorosos y abnegados para conformaros con la voluntad de Dios que su Palabra requiere, y que necesitáis para que os den la idoneidad moral que merecerá el toque final de la inmortalidad. [197]

Una conciencia violada[*]

Estimado Hno. N***: Me siento obligada por un sentimiento del deber a dirigirle unas pocas líneas. Me han sido mostradas respecto a su caso algunas cosas que no me atrevo a callar. Se me señaló que Satanás se aprovechó de Vd. porque su esposa no abrazó la verdad. Vd. trabó amistad con una mujer corrupta cuyos pasos llevan al infierno. Ella manifestó gran simpatía hacia Vd. por la oposición de su esposa. Como la serpiente en Edén, hizo fascinantes sus modales. Le convenció de que a Vd. lo trataban mal; de que su esposa no apreciaba sus sentimientos ni retribuía sus afectos y de que al casarse con ella había cometido un error. Vd. llegó hasta a considerar que los votos matrimoniales de fidelidad vitalicia que lo unían a su esposa, eran amargas cadenas. Vd. buscó simpatía en ese falso ángel que pronuncia lindas palabras. Le confió a ella lo que únicamente debiera haber confiado a su esposa a quien se comprometió a amar, honrar y estimar mientras ambos viviesen. Se olvidó de velar y orar siempre, no fuera que *entrase en* tentación. Su alma quedó mancillada por un delito. Vd. manchó el registro que de su vida se lleva en el cielo con una terrible tacha. Sin embargo, una profunda humillación y el arrepentimiento delante de Dios serán aceptables. La sangre de Cristo puede lavar esos pecados.

Vd. ha caído en forma terrible. Satanás lo atrajo a su red, y lo dejó para que se desenredase lo mejor que pudiese. Se ha visto acosado, perplejo y terriblemente tentado. Lo atormenta una conciencia culpable. Desconfía de sí mismo, y se imagina que todos los demás desconfían de Vd. Es celoso de sí mismo, y se imagina que otros corazones lo celan. No tiene confianza en sí mismo, y se imagina que sus hermanos no la tienen tampoco. Satanás le presenta a menudo el pasado, y le dice que de nada vale procurar vivir la verdad, que
[198] el camino es demasiado estrecho para Vd. que ha sido vencido; y ahora Satanás se aprovecha de su conducta pecaminosa para hacerle creer que no hay redención posible.

[*] Testimonios para la Iglesia 2:89-93 (1868).

Se encuentra en el campo de batalla de Satanás, empeñado en un severo conflicto. Vd. ha derribado la valla que rodea todo círculo familiar, para hacerlo sagrado. Y ahora Satanás lo acosa casi constantemente. Vd. no tiene reposo ni paz; y procura hacer responsables a sus hermanos de los conflictos ocasionados por sus sentimientos, dudas y celos; considera que ellos yerran y que no le prestan atención. La dificultad estriba en Vd. mismo. Vd. quiere seguir su propio camino, y no desgarrar su corazón delante de Dios. Se niega, quebrantado y contrito, pecaminoso y contaminado, a confiar en su misericordia. Sus esfuerzos por salvarse, si persiste en ellos, le acarrearán la ruina.

Deben cesar sus celos y censuras. Dirija su atención a su propio caso, y arrepiéntase con humildad, confiando solamente en la sangre de Cristo para salvar su propia alma. Haga una obra cabal para la eternidad. Si huye de la verdad, se arruinará; y su familia también. Una vez que han sido derribadas las fortificaciones destinadas a conservar el carácter sagrado y privado de la relación familiar, es difícil volverlas a edificar; pero con la fortaleza de Dios, y sólo con ella, Vd. podrá hacerlo. La verdad sagrada es el ancla que le impedirá ser arrastrado hacia abajo por la corriente del crimen y la destrucción.

Una vez violada, la conciencia se debilita mucho. Necesita fuerza y vigilancia constante y oración incesante. Vd. está en un resbaladero. Necesita toda la fuerza que la verdad pueda darle para fortalecerlo y salvarlo del naufragio completo. Delante de Vd. están la vida y la muerte; ¿cuál elegirá? Si Vd. hubiese visto la necesidad de mantenerse firmemente aferrado a los principios, y no obrar por impulsos, de no desanimarse fácilmente, sino prepararse para soportar penurias, no habría sido vencido como lo fué. Vd. ha obrado por impulso. No estuvo, como nuestro Modelo sin defecto, dispuesto a soportar la [199]
contradicción de los pecadores contra Vd. Se nos exhorta a recordar a Aquel que soportó esto, no sea que nos cansemos y desmayemos en nuestro ánimo. Vd. ha sido tan débil como un niño, sin poder de resistencia. No sintió la necesidad de estar establecido, fortalecido, asentado y edificado en la fe.

Vd. consideró que tal vez era su deber enseñar la verdad a otros en vez de que se la enseñasen a Vd. Pero debe estar dispuesto a aprender, a recibir la verdad de los demás, y debe cesar de censurar,

tener celos, quejarse; y con mansedumbre, permitir que la Palabra se injerte en su alma porque puede salvarla. Le incumbe decidir si quiere tener felicidad o miseria. Vd. cedió una vez a la tentación, y no puede ahora confiar en su propia fuerza. Satanás tiene gran poder sobre su mente, y Vd. no tendrá nada a que aferrarse cuando se aparte de la influencia refrenadora de la verdad. Esta ha sido una salvaguardia para Vd., al impedir que se vea arrastrado al crimen y la iniquidad. Su única esperanza consiste en procurar una conversión cabal, y redimir el pasado por su vida bien ordenada y su conducta piadosa.

Vd. obró por impulso. La excitación agradó a su temperamento. Su única esperanza consiste ahora en arrepentirse sinceramente de sus pasadas transgresiones de la ley de Dios, y purificar su alma obedeciendo a la verdad. Cultive la pureza de los pensamientos y la vida. La gracia de Dios será su fuerza para refrenar sus pasiones y dominar sus apetitos. La oración fervorosa y la vigilancia le brindarán la ayuda del Espíritu Santo, para perfeccionar la obra y asemejarlo a su Modelo infalible.

Si Vd. decide desechar la influencia sagrada y refrenadora de la verdad, Satanás le conducirá cautivo a su voluntad. Vd. estará en peligro de caer víctima de sus apetitos y pasiones y de dar rienda suelta a las concupiscencias, al mal y a los deseos abominables. En vez de reflejar en su rostro una calma serena bajo la prueba y la aflicción, como el fiel Enoc, e irradiar la esperanza y la paz que
[200] sobrepujan el. entendimiento, estampará en su rostro la huella de los pensamientos carnales y los deseos concupiscentes. Llevará la impresión de lo satánico en vez de lo divino.

"Por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la *naturaleza divina,* habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia." 2 Pedro 1:4. Tiene Vd. ahora la oportunided de volver al Señor y presentarle sus palabras de humilde confesión y sincero arrepentimiento. La sangre preciosa de Jesucristo puede limpiarle de toda impureza, eliminar toda su contaminación, y hacerle perfecto en él. Las misericordias de Cristo están todavía a su alcance si Vd. quiere aceptarlas. Por amor a su esposa perjudicada y a sus hijos, fruto de su propio cuerpo, deje de hacer el mal y aprenda a obrar bien. Lo que Vd. siembre, eso también segará. Si siembra

para la carne, de la carne cosechará corrupción. Si siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna.

Vd. debe vencer su sensibilidad y espíritu de censura. Siente celos porque los demás no le dedican toda la atención que Vd. considera que debiera recibir. Vd. no debe adherirse a la experiencia fundada en sentimientos que sepan a fanatismo. No hay seguridad en ellos. Obre por principios, por un cabal entendimiento. Escudriñe las Escrituras, y capacítese para instruir con mansedumbre y temor a todo aquel que le pida razones de la esperanza que abriga Vd. Deje morir el ensalzamiento propio. "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros de doblado ánimo, purificad los corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza." Santiago 4:8, 9. Cuando se sienta acosado por tentaciones y malos pensamientos, recuerde que hay Uno solo a quien puede Vd. acudir en busca de alivio y socorro. En su debilidad, recurra a él. Cuando esté cerca de él, las saetas de Satanás se romperán y no podrán dañarlo. Sus pruebas y tentaciones, si las soporta en Dios, le purificarán y humillarán, pero no le destruirán ni le pondrán en peligro. [201]

La separación del mundo*

Se nos ordena que, sea que comamos, bebamos o hagamos cualquier otra cosa, lo hagamos todo para gloria de Dios. ¿Cuántos obran por principios más bien que por impulsos, y obedecen esta orden al pie de la letra? ¿Cuántos de los jóvenes discípulos de la localidad de *** han hecho de Dios su apoyo y heredad, y han procurado fervientemente conocer y hacer su voluntad? Hay muchos que son siervos de Cristo de nombre, pero no en verdad.

Cuando uno se rige por los principios religiosos, corre poco peligro de cometer graves errores, porque el egoísmo, que siempre enceguece y engaña, queda subordinado. El sincero deseo de hacer bien a otros, predomina de tal manera que se olvida al yo. El sustentar firmes principios religiosos es un tesoro inestimable. Es la influencia más pura, elevada y sublime que pueden sentir los mortales. Los que disponen de ella, cuentan con un ancla. Reflexionan antes de dar un solo paso, no sea que su efecto perjudique a otros y los aparte de Cristo. Preguntan constantemente: Señor, ¿cómo puedo servirte mejor, y glorificar tu nombre en la tierra? ¿Cómo puedo conducir mi vida para alabar tu nombre en la tierra e inducir a otros a amarte, servirte y honrarte? Permíteme tan sólo desear y elegir cumplir tu voluntad. Sean las palabras y el ejemplo de mi Redentor la luz y fortaleza de mi corazón. Mientras confíe en él, no me dejará perecer. El será mi corona de regocijo.

Si tomamos equivocadamente la sabiduría del hombre por la de Dios, nos extraviará la insensatez de la sabiduría humana. Tal es el gran peligro de muchos de los que están en ***. No tienen
[202] experiencia propia. No han seguido el hábito de considerar con oración por su cuenta, sin prejuicios, las cuestiones y los temas nuevos que puedan surgir. Esperan para ver lo que piensan otros. El disentimiento ajeno es todo lo que se necesita para convencerlos de que el tema considerado carece de importancia. Aunque esta clase de personas es numerosa, ello no cambia el hecho de que no

*Testimonios para la Iglesia 2:129-133 (1868).

tienen experiencia y que su mente es débil porque cedieron durante mucho tiempo al enemigo. Serán siempre tan enfermizos como infantes; andarán a la luz ajena y vivirán según la experiencia de otros; sentirán como sientan los demás, y actuarán como ellos, como si no tuvieran individualidad, porque su identidad está fundida en la ajena. Son simplemente sombras de quienes para ellos tienen razón.

A menos que se percaten de su carácter vacilante y lo corrijan, se verán todos privados de la vida eterna; no podrán resistir los peligros de los postreros días. No poseerán energía para resistir al diablo; porque no saben que de él se trata. Es necesario que haya alguien a su lado para indicarles si se acerca un enemigo o un amigo. No son espirituales, y por lo tanto no disciernen las cosas espirituales. No son sabios en las cosas que se relacionan con el reino de Dios. Ni los jóvenes ni los ancianos tienen excusa por confiar en que los otros tengan experiencia en su lugar. Dice el ángel: "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo." Jeremías 17:5. En la experiencia y la lucha cristianas, se necesita una noble independencia.

Hay que pedir con fe

Hombres, mujeres y jóvenes, Dios requiere de vosotros que poseáis valor moral, firmeza de propósito, fortaleza y perseverancia, mentes que no admitan los asertos ajenos, sino que investiguen por su cuenta antes de aceptarlos o rechazarlos, y escuchen y pesen las evidencias, y las lleven al Señor en oración. "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada." Santiago 1:5. Ahora bien, se impone la condición: "Pero pida *en fe,* no dudando nada: porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es [203] movida del viento, y echada de una parte a otra. No piense pues el tal hombre que recibirá ninguna cosa del Señor." Vers. 6, 7. Esta petición de sabiduría no debe ser una oración sin sentido, que se olvide tan pronto como se haya terminado. Es una oración que expresa el enérgico y ferviente deseo inspirado al corazón por un consciente anhelo de poseer sabiduría para discernir la voluntad de Dios.

Después de hecha la oración, si no obtenemos inmediatamente la respuesta, no nos cansemos de esperar, ni nos volvamos inestables. No vacilemos. Aferrémonos a la promesa: "Fiel es el que os ha llamado; el cual también lo hará." 1 Tesalonicenses 5:24. Como la viuda importuna, presentemos nuestros casos con firmeza de propósito. ¿Es importante el objeto y de gran consecuencia para nosotros? Por cierto que sí. Entonces, no vacilemos; porque tal vez se pruebe nuestra fe. Si lo que deseamos es valioso, merece un esfuerzo enérgico y fervoroso. Tenemos la promesa; velemos y oremos. Seamos firmes, y la oración será contestada; porque, ¿no es Dios quien ha formulado la promesa? Cuanto más nos cueste obtener algo, tanto más lo apreciaremos cuando lo obtengamos. Se nos dice claramente que si vacilamos, ni podemos pensar que recibiremos algo del Señor. Se nos recomienda aquí que no nos cansemos, sino que confiemos firmemente en la promesa. Si pedimos, él nos dará liberalmente, sin zaherir.

En esto es donde muchos yerran. Vacilan en su propósito y les falta la fe. Esta es la razón por la cual no reciben nada del Señor, fuente de nuestra fortaleza. Nadie necesita andar en tinieblas, tropezando como ciego, porque el Señor ha provisto luz si queremos aceptarla como él lo indica, y no elegir nuestro propio camino. El exige de todos un cumplimiento diligente de los deberes de cada día. Esto lo requiere especialmente de los que están empeñados en la obra solemne e importante de la oficina de publicaciones: tanto de aquellos sobre quienes pesan las más pesadas responsabilidades
[204] del trabajo, como de los que llevan las responsabilidades menores. Pero estos deberes pueden cumplirse únicamente pidiendo a Dios la capacidad de hacer fielmente lo recto ante el cielo, gobernados por motivos abnegados, como si todos viesen el ojo de Dios que nos contempla e investiga nuestras acciones.

La plaga del egoísmo

El pecado más difundido que nos separa de Dios y provoca tantos trastornos espirituales contagiosos, es el egoísmo. No se puede volver al Señor excepto mediante la abnegación. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero si Dios nos fortalece, podemos vivir para hacer bien a otros, y de esta manera rehuir el mal del egoísmo.

No necesitamos ir a tierras paganas para manifestar nuestros deseos de consagrarlo todo a Dios en una vida útil y abnegada. Debemos hacer esto en el círculo del hogar, en la iglesia, entre aquellos con quienes tratamos y con aquellos con quienes hacemos negocios. En las mismas vocaciones comunes de la vida es donde se ha de negar al yo y mantenerlo en sujeción. Pablo podía decir: "Cada día muero." 1 Corintios 15:31. Es esa muerte diaria del yo en las pequeñas transacciones de la vida lo que nos hace vencedores. Debemos olvidar el yo por el deseo de hacer bien a otros. A muchos les falta decididamente amor por los demás. En vez de cumplir fielmente su deber, procuran más bien su propio placer.

Dios impone positivamente a todos los que le siguen el deber de beneficiar a otros con su influencia y recursos, y de procurar de él la sabiduría que los habilitará para hacer todo lo que esté en su poder para elevar los pensamientos y los afectos de aquellos sobre quienes pueden ejercer su influencia. Al obrar por los demás, se experimentará una dulce satisfacción, una paz íntima que será suficiente recompensa. Cuando estén movidos por un elevado y noble deseo de hacer bien a otros, hallarán verdadera felicidad en el cumplimiento de los múltiples deberes de la vida. Esto les proporcionará algo más que una recompensa terrenal; porque todo cumplimiento [205] fiel y abnegado del deber es notado por los ángeles, y resplandece en el registro de la vida. En el cielo nadie pensará en sí mismo, ni buscará su propio placer; sino que todos, por amor puro y genuino, procurarán la felicidad de los seres celestiales que los rodeen. Si deseamos disfrutar de la sociedad celestial en la tierra renovada, debemos ser gobernados aquí por los principios celestiales.

Cada acto de nuestra vida afecta a otros para bien o para mal. Nuestra influencia tiende hacia arriba o hacia abajo; los demás la sienten, obran de acuerdo con ella, y la reproducen en mayor o menor grado. Si por nuestro ejemplo ayudamos a otros a adquirir buenos principios, les impartimos poder de obrar el bien. A su vez, ellos ejercen la misma influencia benéfica sobre otros, y así ejercemos sobre centenares y millares de personas nuestra influencia inconsciente. Pero, si por nuestros actos fortalecemos o ponemos en actividad las malas facultades que poseen los que nos rodean, participamos de su pecado, y tendremos que dar cuenta por el bien que podríamos

haberles hecho y que no les hicimos, porque no hallamos en Dios
[206] nuestra fortaleza, nuestro guía, nuestro consejero.

El amor verdadero*

El amor verdadero no es una pasión impetuosa, arrolladora y ardiente. Por el contrario, es sereno y profundo. Mira más allá de lo externo, y es atraído solamente por las cualidades. Es prudente y capaz de discriminar y su devoción es real y permanente. Dios nos prueba por los sucesos comunes de la vida. Son las cosas pequeñas las que revelan lo más recóndito del corazón. Son las pequeñas atenciones, los numerosos incidentes cotidianos y las sencillas cortesías, las que constituyen la suma de la felicidad en la vida; y el descuido manifestado al no pronunciar palabras bondadosas, afectuosas y alentadoras ni poner en práctica las pequeñas cortesías, es lo que contribuye a formar la suma de la miseria de la vida. Se encontrará al fin que el haberse negado a sí mismo para bien y felicidad de los que nos rodean, constituye una gran parte de lo que se registra en el cielo acerca de la vida. Se revelará también el hecho de que el preocuparse de sí mismo, sin tener en cuenta el bien o la felicidad de los demás, no deja de ser notado por nuestro Padre celestial.

Hno. B***, el Señor está obrando en beneficio suyo, y le bendecirá y fortalecerá si hace lo recto. Vd. comprende la teoría de la verdad, y debiera estar obteniendo todo el conocimiento posible acerca de la voluntad y obra de Dios, a fin de estar preparado para ocupar una posición de más responsabilidad, si él, viendo que Vd. puede glorificar mejor su nombre así, se lo requiriese. Pero tiene todavía que adquirir experiencia. Es demasiado impulsivo y se deja afectar con demasiada facilidad por las circunstancias. Dios está dispuesto a fortalecerle, establecerle y asentarle, si quiere con fervor y humildad pedir sabiduría al que no yerra y que promete no dejársela pedir en vano. [207]

Al enseñar la verdad a otros, está en peligro de hablar en una forma demasiado categórica, que no guarda relación con su corta experiencia. Abarca las cosas con una mirada, y puede ver fácilmente la orientación de los temas. Todos no están capacitados como Vd., y

*Testimonios para la Iglesia 2:133-136 (1868).

no pueden hacer esto. Vd. no está dispuesto a esperar con paciencia y calma que pesen las evidencias aquellos que no pueden apreciarlas tan rápidamente como Vd. Correrá el peligro de instar demasiado a los demás para que vean en seguida como Vd., y sientan todo el celo y la necesidad de acción que Vd. siente. Si no se realizan sus expectativas, habrá peligro de que Vd. se desanime, se inquiete y desee un cambio.

Vd. debe rehuir la disposición a censurar y abrumar a otros. Evite todo lo que sepa a espíritu de denuncia. No agrada a Dios que este espíritu anime a ninguno de sus siervos de larga experiencia. Es propio de un joven, si tiene esta gracia de la humildad y el adorno interior, que manifieste ardor y celo; pero la actitud de un joven de pocos años de experiencia que manifiesta un celo atropellado y un espíritu denunciador, es muy impropia y causa profundo desagrado. Nada podría destruir tan pronto como esto su influencia. La mansedumbre y la amabilidad, la tolerancia y la longanimidad, el no sentirse fácilmente provocado y el soportarlo, esperarlo y sufrirlo todo, esas cosas son los frutos que produce el precioso árbol del amor, de crecimiento celestial. Este árbol, si se lo nutre, se mantendrá siempre verde, sus ramas no caerán ni se marchitarán sus hojas. Es inmortal, eterno, y regado de continuo por los rocíos del cielo.

El poder del amor

El amor es poder. Este principio encierra una fuerza intelectual y moral, que no puede separarse de él. El poder de la riqueza tiende a corromper y destruir. El poder de la fuerza es grande para hacer daño; pero la excelencia y el valor del amor puro consisten en su eficiencia para hacer bien, solamente el bien. Cualquier cosa que se
[208] haga por puro amor, por pequeña o despreciable que sea a la vista de los hombres, es completamente fructífera; porque Dios considera más con cuánto amor se trabajó que la cantidad lograda. El amor es de Dios. El corazón inconverso no puede producir esta planta cultivada por el Cielo, porque ésta vive y florece solamente donde Cristo reina.

El amor no puede vivir sin acción, y cada acto lo aumenta, fortalece y extiende. El amor alcanzará la victoria donde la discusión y la autoridad sean impotentes. El amor no obra por ganancia o

recompensa; sin embargo, Dios ha manifestado que toda labor de amor tendrá una gran ganancia como seguro resultado. Su naturaleza es difundirse, y obrar en forma tranquila, aunque en su propósito es poderoso para vencer grandes males. Su influencia enternece y transforma, y al apoderarse de la vida de los pecaminosos afecta su corazón aun cuando ningún otro medio haya tenido éxito.

Donde quiera que se emplee el poder del intelecto, de la autoridad o de la fuerza, y no se manifieste la presencia del amor, los afectos y la voluntad de aquellos a quienes procuramos alcanzar, asumen una actitud defensiva y rebelde, y se refuerza su resistencia. Jesús fué el Príncipe de paz. Vino al mundo para poner en sujeción a sí mismo la resistencia y la autoridad. Podía disponer de sabiduría y fortaleza, pero los medios que empleó para vencer el mal, fueron la sabiduría y la fuerza del amor. No permita que nada divida su interés de su obra actual, hasta que Dios considere propio darle otro trabajo en el mismo campo. No procure la felicidad, porque nunca se la halla buscándola. Cumpla sus deberes. Deje que la fidelidad caracterice todas sus acciones, y vístase de humildad.

"Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos." Mateo 7:12. Como fruto de una conducta tal se verán resultados bienaventurados. "Con la misma medida que midiereis, os será vuelto a medir." Lucas 6:38. Estos son los poderosos motivos que deben constreñirnos a amarnos [209] unos a otros con corazón puro y con fervor. Cristo es nuestro ejemplo. El anduvo haciendo bienes. Vivió para beneficiar a otros. El amor embelleció y ennobleció todas sus acciones. No se nos ordena que nos hagamos *a nosotros mismos* lo que desearíamos que otros hiciesen con nosotros; debemos *hacer a otros* lo que quisiéramos que ellos nos hiciesen en iguales circunstancias. Siempre se nos vuelve a aplicar la medida con que medimos.

El amor puro es sencillo en sus manifestaciones, y distinto de cualquier otro principio de acción. El amor por la influencia y el deseo de que otros nos estimen, puede producir una vida bien ordenada, y con frecuencia una conversación intachable. El respeto propio puede inducirnos a evitar la apariencia de mal. Un corazón egoísta puede ejecutar acciones generosas, reconocer la verdad presente y expresar humildad y afecto exteriormente, y sin embargo, los motivos pueden ser engañosos e impuros; las acciones que fluyen de

un corazón tal pueden estar privadas del sabor de vida, de los frutos de la verdadera santidad, y de los principios del amor puro. Debe albergarse y cultivarse el amor, porque su influencia es divina.

* * * * *

El cielo ha de comenzar en esta tierra. Cuando los hijos del Señor rebosen de mansedumbre y ternura, comprenderán que el estandarte que extiende sobre ellos es el amor, y su fruto será dulce para su paladar. Harán aquí un cielo en el cual puedan prepararse para el
[210] cielo de lo alto.*

*Testimonios para la Iglesia 7:131 (1902).

La oración por los enfermos*

En el caso de la Hna. F***, se necesitaba hacer una gran obra. Los que se unieron para orar por ella necesitaban que se hiciera una obra en favor de ellos. Si Dios hubiese contestado sus oraciones, les habría causado la ruina. En tales casos de aflicción, cuando Satanás domina la mente, antes de dedicarse a la oración debe haber el más detenido examen propio para descubrir si no hay pecados de los cuales sea necesario arrepentirse, para confesarlos y abandonarlos. Es necesaria una profunda humildad de alma delante de Dios, y una confianza firme y humilde en los méritos de la sangre de Cristo únicamente.

Nada lograrán el ayuno y la oración mientras el corazón esté enajenado de Dios por una conducta errónea. "¿No es antes el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, deshacer los haces de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa; que cuando vieres al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu carne?" Isaías 58:6, 7. "Entonces invocarás, y oírte ha Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo, y hablar vanidad; y si derramares tu alma al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el medio día; y Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías hartará tu alma, y engordará tus huesos; y serás como huerta de riego, y como manadero de aguas, cuyas aguas nunca faltan." Vers. 9-11.

Lo que el Señor requiere es una obra del corazón, buenas obras que broten de un corazón lleno de amor. Todos deben considerar [211]
con cuidado y oración los pasajes arriba citados, e investigar sus motivos y acciones. La promesa que Dios nos hace se basa en una condición de obediencia, de obediencia a todos sus requerimientos. "Clama a voz en cuello—dice el profeta Isaías—no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa

*Testimonios para la Iglesia 2:145-149 (1868).

de Jacob su pecado. Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese obrado justicia, y que no hubiese dejado el derecho de su Dios: pregúntanme derechos de justicia, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?" Vers. 1-3.

Aquí se habla a un pueblo que hace una alta profesión de fe, que tiene costumbre de orar, y que se deleita en los ejercicios religiosos, pero al cual, sin embargo, le falta algo. Se da cuenta de que sus oraciones no reciben contestación; sus esfuerzos celosos y fervientes no son observados en el cielo, y pregunta con anhelo por qué el Señor no le responde. No es que haya negligencia de parte de Dios. La dificultad estriba en el pueblo mismo. Mientras profesa tener piedad, no lleva frutos para gloria de Dios; sus obras no son lo que debieran ser. Descuida sus deberes positivos. A menos que los cumpla, Dios no puede contestar sus oraciones para su gloria. En el caso en que se elevaron oraciones en favor de la Hna. F***, hubo una confusión de sentimientos. Algunos eran fanáticos y obraban por impulso. Poseían celo, pero no de acuerdo con el conocimiento. Algunos esperaban que en este caso se realizara algo grande, y empezaron a triunfar antes que se obtuviese la victoria. Se manifestaba mucho el espíritu demostrado por Jehú cuando dijo: "Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová." 2 Reyes 10:16. En lugar de manifestar esta seguridad y confianza propia, el caso debería haberse presentado a Dios con espíritu de humildad y desconfianza de sí mismo, y con corazón quebrantado y contrito.

[212] Me fué mostrado que en caso de enfermedad, cuando está expedito el camino para ofrecer oración por el enfermo, el caso debe ser confiado al Señor con fe serena, y no con tempestuosa excitación. Sólo él conoce la vida pasada de la persona, y sabe cuál será su futuro. El que conoce todos los corazones, sabe si la persona, en caso de sanarse, glorificaría su nombre o lo deshonraría por su apostasía. Todo lo que se nos pide que hagamos es que roguemos a Dios que sane al enfermo si esto está de acuerdo con su voluntad, creyendo que él oye las razones que presentamos y las oraciones fervientes que elevamos. Si el Señor ve que ello habrá de honrarlo, contestará nuestras oraciones. Pero no es correcto insistir en el restablecimiento sin someternos a su voluntad.

Cómo orar

Dios puede cumplir en cualquier momento lo que promete, y la obra que él ordena a su pueblo que haga puede realizarla por su medio. Si ellos quieren vivir de acuerdo a toda palabra que él pronunció, se cumplirán para ellos todas las buenas palabras y promesas. Pero, si no prestan una obediencia perfecta, las grandes y preciosas promesas quedarán sin efecto.

Todo lo que puede hacerse al orar por los enfermos es importunar fervientemente a Dios en su favor, y entregar en sus manos el asunto con perfecta confianza. Si miramos a la iniquidad y la conservamos en nuestro corazón, el Señor no nos oirá. El puede hacer lo que quiere con los suyos. El se glorificará por medio de aquellos que le sigan tan completamente que se sepa que es su Señor, que sus obras se realizan en Dios. Cristo dice: "Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará." Juan 12:26. Cuando acudimos a él, debemos orar porque nos permita comprender y realizar su propósito, y que nuestros deseos e intereses se pierdan en los suyos. Debemos reconocer que aceptamos su voluntad, y no orar para que él nos conceda lo que pedimos. Es mejor para nosotros que Dios no conteste siempre nuestras oraciones en el tiempo y la manera que nosotros deseamos. El hará para nosotros algo superior al cumplimiento de todos nuestros deseos; porque [213] nuestra sabiduría es insensatez.

Nos hemos unido en ferviente oración en derredor del lecho de hombres, mujeres y niños enfermos, y hemos sentido que nos fueron devueltos de entre los muertos en respuesta a nuestras fervorosas oraciones. En esas oraciones nos parecía que debíamos ser positivos, y que, si ejercíamos fe, no podíamos pedir otra cosa que la vida. No nos atrevíamos a decir: "Si esto ha de glorificar a Dios," temiendo que sería admitir una sombra de duda. Hemos observado ansiosamente a los que nos fueron devueltos, por así decirlo, de entre los muertos. Hemos visto a algunos de éstos, especialmente jóvenes, que recobraron la salud: se olvidaron luego de Dios, se entregaron a una vida disoluta, ocasionaron así pesar y angustia a sus padres y a sus amigos, y avergonzaron a aquellos que temían orar. No vivieron para honrar y glorificar a Dios, sino para maldecirlo con sus vidas viciosas.

Ya no trazamos un camino, ni procuramos hacer que el Señor cumpla nuestros deseos. Si la vida de los enfermos puede glorificarlo, oramos que vivan, pero no que se haga como nosotros queremos, sino como él quiere. Nuestra fe puede ser muy firme e implícita si rendimos nuestro deseo al Dios omnisapiente, y, sin ansiedad febril, con perfecta confianza, se lo consagramos todo a él. Tenemos la promesa. Sabemos que él nos oye si pedimos de acuerdo con su voluntad. Nuestras peticiones no deben cobrar forma de órdenes, sino de una intercesión para que él haga las cosas que deseamos que haga.

Cuando la iglesia esté unida, tendrá fuerza y poder; pero cuando parte de sus miembros están unidos al mundo, y muchos están entregados a la avaricia, que Dios aborrece, poco puede hacer el Señor por ella. La incredulidad y el pecado nos apartan de Dios. Somos tan débiles que no podemos soportar mucha prosperidad espiritual; corremos el riesgo de atribuirnos la gloria y de considerar que nuestra
[214] bondad y justicia son los motivos de la señalada bendición de Dios, cuando todo se debe a la gran misericordia y al amor de nuestro compasivo Padre celestial, y no a cosa buena alguna que haya en nosotros.

* * * * *

Vi que la razón por la cual Dios no oye más plenamente las oraciones de sus siervos en favor de los enfermos que hay entre nosotros, es que no se le glorifica al hacerlo, mientras se violan las leyes de la salud. También vi que él quería que la reforma pro salud y el Instituto de la Salud preparasen el camino para que las oraciones de fe fuesen contestadas plenamente. La fe y las buenas obras deben ir juntas para aliviar a los afligidos que hay entre nosotros, y ponerlos en condición de glorificar a Dios aquí, y ser salvos cuando venga Cristo. No permita Dios que estos afligidos se chasqueen y agravien al descubrir que los dirigentes del Instituto trabajan solamente desde un punto de vista mundanal, en vez de añadir a la práctica de la higiene las bendiciones y las virtudes de padres y madres en Israel.

No tenga nadie la idea de que el Instituto es para ellos el lugar donde han de ser levantados por la oración de fe. Es el lugar donde hallarán alivio de la enfermedad por tratamientos, y, por los

debidos hábitos de vida, aprenderán a evitar la enfermedad. Pero si hay un lugar debajo del cielo donde más que en otro cualquiera deben ser ofrecidas oraciones consoladoras y llenas de simpatía, por hombres y mujeres llenos de devoción y fe, es en un Instituto tal. Los que tratan a los enfermos deben progresar en su importante obra, confiando poderosamente en Dios para que su bendición acompañe los medios que ha provisto misericordiosamente, y a los cuales ha llamado nuestra atención como pueblo, como el aire puro, el aseo, la alimentación sana, los debidos períodos de trabajo y reposo, y el uso del agua.[*] [215]

[*] Testimonios para la Iglesia 1:561 (1867).

Trampas de Satanás*

Satanás tiene grandes ventajas. Poseía el admirable poder intelectual de un ángel, del cual muy pocos tienen una idea justa. Satanás era consciente de su poder; de otra manera no se habría empeñado en un conflicto con el Dios todopoderoso, el Padre eterno y el Príncipe de paz. Satanás observa detenidamente los sucesos, y cuando encuentra alguien que tiene especialmente desarrollado el espíritu de oposición a la verdad de Dios, llega hasta revelarle acontecimientos que no se han cumplido, a fin de asegurarse más firmemente un lugar en su corazón. El que no vaciló en entrar en conflicto con Aquel que sostiene la creación con su mano, tiene malicia para perseguir y dañar. Actualmente mantiene entrampados a los mortales. Durante su experiencia de casi seis mil años, no ha perdido nada de su habilidad ni de su astucia. Durante todo este tiempo ha observado detenidamente todo lo que concierne a nuestra especie.

Satanás emplea como sus médiums* a personas que se han opuesto acerbamente a la verdad de Dios. Se les presenta asumiendo la forma y vestimenta de otra persona, tal vez un amigo del médium. Convence a éste usando palabras de ese amigo, y relatando circunstancias que están por ocurrir o que realmente han ocurrido, y de las cuales el médium no sabía nada. A veces antes de un fallecimiento o de un accidente, por medio de un sueño o de una caracterización,
[216] conversa con su agente y hasta le imparte conocimiento por medio de sus sugestiones. Pero ésta es sabiduría del infierno y no de lo alto. La sabiduría enseñada por Satanás se opone a la verdad, a menos que sea para servir a sus fines, y se viste aparentemente con la luz que rodea a los ángeles. A cierta clase de mentes les sancionará parte

*Testimonios para la Iglesia 2:171-173 (1868). (Del cap. “Los que llevan cargas en la iglesia.”)

*Se ha creído conveniente conservar el vocablo del original inglés, que es también el usado en castellano por los espiritistas para designar a los seres humanos que sirven de intermediarios para las comunicaciones que ellos creen provenientes del “más allá,” pero que, en realidad, son de origen satánico.—*Nota del traductor*.

de lo que creen los seguidores de Cristo, mientras que les aconsejará rechazar otra parte considerada como error peligroso y fatal.

Satanás es un obrero maestro. Emplea con buen éxito su sabiduría infernal. Está dispuesto a enseñar a aquellos que rechazan el consejo de Dios contra su propia alma y está capacitado para ello. Suele revestir de toda la bondad posible y hacer tan atrayente como puede, la carnada que ha descubierto que le es útil para atraer almas a su red, a fin de asegurarlas en su camino infernal. Todos aquellos a quienes entrampe así aprenderán a un costo espantoso cuán insensato es vender el cielo y la inmortalidad por un engaño de consecuencias fatales.

Nuestro adversario el diablo, no está desprovisto de sabiduría y fuerza. Anda en derredor como león rugiente, buscando a quien devore. Obrará "con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos." 2 Tesalonicenses 2:9, 10. Debido a que rechazaron la verdad "les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad." Vers. 11, 12. Tenemos que contender con un enemigo poderoso y seductor, y nuestra única seguridad estriba en Aquel que va a venir y que consumirá a este gran engañador con el espíritu de su boca y lo destruirá con el resplandor de su venida. [217]

Los sufrimientos de Cristo*

A fin de apreciar plenamente el valor de la salvación, es necesario comprender cuál ha sido su costo. Como consecuencia de las ideas limitadas referentes a los sufrimientos de Cristo, muchos estiman en poco la gran obra de la expiación. El glorioso plan proyectado para la salvación del hombre se puso por obra mediante el amor infinito de Dios Padre. En este plan divino se ve la manifestación más admirable del amor de Dios hacia la especie caída. Un amor como el que se manifiesta en el don del amado Hijo de Dios asombraba a los ángeles. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Juan 3:16. Este Salvador era el esplendor de la gloria del Padre, y la imagen expresa de su persona. Divinamente majestuoso, perfecto y excelente, era igual a Dios. "El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz." Filipenses 2:6-8.

Cristo consintió en morir en lugar del pecador, a fin de que el hombre, mediante una vida de obediencia, pudiese escapar a la penalidad de la ley de Dios. Su muerte no anuló la ley; no la eliminó, ni disminuyó sus santos requerimientos, ni redujo su sagrada dignidad. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley de su Padre al castigar al transgresor, al consentir en someterse él mismo a la penalidad de la ley, a fin de salvar de su maldición al hombre caído. La muerte del amado Hijo de Dios en la cruz revela la inmutabilidad
[218] de la ley de Dios. Su muerte la magnifica y la honra, y evidencia ante el hombre su carácter inmutable. De sus labios divinos se oyen las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino a cumplir." Mateo 5:17. La muerte de Cristo justificó los asertos de la ley.

*Testimonios para la Iglesia 2:200-215 (1869).

El salvador divino-humano

En Cristo se unió lo humano y lo divino. Su misión consistía en reconciliar a Dios y el hombre, en unir lo finito con lo infinito. Solamente de esta manera podían ser elevados los hombres caídos: por los méritos de la sangre de Cristo, que los hacía partícipes de la naturaleza divina. El asumir la naturaleza humana, hizo a Cristo idóneo para comprender las pruebas y los pesares del hombre, y todas las tentaciones que le asedian. Los ángeles que no conocían el pecado no podían simpatizar con el hombre y sus pruebas peculiares. Cristo condescendió en tomar la naturaleza del hombre, y fué tentado en todo como nosotros, a fin de que pudiese socorrer a todos los que son tentados.

Como estaba revestido de humanidad, sentía la necesidad de la fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos para orar. Se deleitaba en mantenerse en comunión con su Padre en la soledad de la montaña. En este ejercicio, su alma santa y humana se fortalecía para afrontar los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identifica con nuestras necesidades y debilidades, porque elevó sus súplicas nocturnas para pedir al Padre nuevas reservas de fuerza, a fin de salir vigorizado y refrigerado, fortalecido para arrostrar el deber y la prueba. El es nuestro ejemplo en todo. Se hermana con nuestras flaquezas, pero no alimenta pasiones semejantes a las nuestras. Como no pecó, su naturaleza rehuía el mal. Soportó luchas y torturas del alma en un mundo de pecado. Dado su carácter humano, la oración era para él una necesidad y un privilegio. Requería el más poderoso apoyo y consuelo divino que su Padre estuviera dispuesto a impartirle a él que, para beneficio del hombre, había dejado los [219] goces del cielo y elegido por morada un mundo frío e ingrato. Cristo halló consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Allí podía descargar su corazón de los pesares que lo abrumaban. Era Varón de dolores y experimentado en quebranto.

Nuestro ejemplo

Durante el día trabajaba fervientemente, haciendo bien a otros para salvarlos de la destrucción. Sanaba a los enfermos y consolaba a los que lloraban; impartía alegría y esperanza a los desesperados

y comunicaba vida a los muertos. Después de terminado su trabajo del día, salía por las noches y se alejaba de la confusión de la ciudad para postrarse en algún huerto apartado, donde oraba a su Padre. A veces los brillantes rayos de la luna resplandecían sobre su cuerpo postrado; luego nuevamente las nubes y las tinieblas le privaban de toda luz. El rocío y la helada de la noche caían sobre su cabeza y su barba mientras él estaba en actitud de súplica. Con frecuencia continuaba sus peticiones durante toda la noche. El es nuestro ejemplo. Si le recordáramos e imitáramos, seríamos mucho más fuertes en Dios.

Si el Salvador de los hombres, a pesar de su fortaleza divina, necesitaba orar, ¡cuánto más debieran los débiles y pecaminosos mortales sentir la necesidad de orar con fervor y constancia! Cuando Cristo se veía más fieramente asediado por la tentación, no comía. Se entregaba a Dios y gracias a su ferviente oración y perfecta sumisión a la voluntad de su Padre salía vencedor. Sobre todos los demás cristianos profesos, debieran los que profesan la verdad para estos últimos días imitar a su gran Ejemplo en lo que a la oración se refiere.

"Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor." Mateo 10:25. Nuestras mesas están con frecuencia cargadas de manjares malsanos e innecesarios, porque amamos esas cosas más que la abnegación, la salud y la sanidad mental. Jesús pedía fuerza a su Padre con fervor. El divino Hijo de Dios la consideraba
[220] de más valor que el sentarse ante la mesa más lujosa. Demostró que la oración es esencial para recibir fuerzas con que contender contra las potestades de las tinieblas, y hacer la obra que se nos ha encomendado. Nuestra propia fuerza es debilidad, pero la que Dios concede es poderosa, y hará más que vencedor a todo aquel que la obtenga.

En Getsemaní

Mientras el Hijo de Dios se postraba en actitud de oración en el huerto de Getsemaní, a causa de la agonía de su espíritu brotó de sus poros sudor como grandes gotas de sangre. Allí fué donde le rodeó el horror de densas tinieblas. Pesaban sobre él los pecados del mundo. Sufría en lugar del hombre, como transgresor de la ley

de su Padre. Allí se produjo la escena de la tentación. La divina luz de Dios desapareció de su vista y él pasó a manos de las potestades de las tinieblas. En su angustia mental cayó postrado sobre las frías piedras. Se percataba del ceño de su Padre. Había desviado la copa del sufrimiento de los labios del hombre culpable, y se proponía beberla él mismo, para dar al hombre en cambio la copa de la bendición. La ira que habría recaído sobre el hombre recayó en ese momento sobre Cristo. Allí fué donde la copa misteriosa tembló en su mano.

Jesús había acudido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar. Ellos conocían bien este retiro sagrado. Aun Judas sabía dónde conducir la turba homicida a fin de entregar a Jesús en sus manos. Nunca antes había visitado este lugar el Salvador con un corazón tan apesadumbrado. Lo que rehuía el Hijo de Dios no era el sufrimiento corporal, ni fué esto lo que arrancó de sus labios, en presencia de sus discípulos, estas amargas palabras: "Mi alma está muy triste hasta la muerte." "Quedaos aquí,—dijo él—y velad conmigo." Mateo 26:38.

Dejando a sus discípulos al alcance de su voz, se fué a corta distancia de ellos y cayó sobre su rostro y oró. Presa su alma de agonía, rogaba: "Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso; [221] empero no como yo quiero, sino como tú." Vers. 39. Le abrumaban los pecados de un mundo perdido. Comprendiendo el enojo de su Padre como consecuencia del pecado, desgarraba su corazón una agonía intensa y hacía brotar de su frente grandes gotas de sangre que, corriendo por sus pálidas mejillas, caían al suelo y humedecían la tierra.

"Velad y orad"

Levantándose de su postración, se acercó a sus discípulos y los halló durmiendo. Díjole a Pedro: "¿Así no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está presto, mas la carne enferma." Vers. 40, 41. En el momento más importante, cuando les había rogado en especial que velasen con él, Jesús halló dormidos a los discípulos. El sabía que les sobrevendrían graves conflictos y tentaciones. Los había llevado consigo para que le fortaleciesen, y para que los aconteci-

mientos que presenciasen esa noche y las lecciones de instrucción que recibiesen se quedasen grabadas indeleblemente en su memoria. Esto era necesario para que su fe no desfalleciese, sino que fuese fortalecida para la prueba que les esperaba.

Pero en vez de velar con Cristo, abrumados por el pesar, se durmieron. Aun el ardiente Pedro, que, pocas horas antes había declarado que sufriría y, si era necesario, moriría por su Señor, se había dormido. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba su simpatía y sus sentidas oraciones, los halló durmiendo. Al dormir así perdieron mucho. Nuestro Salvador quería fortalecerlos para la severa prueba a la cual muy pronto iba a ser sometida su fe. Si hubiesen pasado esos momentos tristes velando con su amado Salvador y orando a Dios, Pedro no habría sido abandonado a su propia débil fuerza, que le indujo a negar a su Señor en el momento de prueba.

El Hijo de Dios se alejó por segunda vez y oró diciendo: "Padre
[222] mío, si no puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad." Vers. 42. Nuevamente volvió adonde estaban los discípulos y los halló durmiendo. Tenían los ojos pesados. Estos discípulos dormidos representan a una iglesia que duerme cuando se acerca el día del juicio de Dios. Es un tiempo de nubes y densas tinieblas, cuando es peligroso dormirse.

Jesús nos ha dejado esta amonestación: "Velad pues, porque no sabéis cuándo el señor de la casa vendrá; si a la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; porque cuando viniere de repente, no os halle durmiendo." Marcos 13:35, 36. Se pide a la iglesia de Dios que cumpla su vigilia, por peligrosa que sea, ora sea corta o larga. El pesar no brinda excusas para ser menos vigilantes. La tribulación no debe inducirnos al descuido, sino a duplicar la vigilancia. Por su ejemplo Cristo indicó a su iglesia cuál es la fuente de su fuerza en tiempo de necesidad, angustia y peligro. La actitud de vela designará en verdad a la iglesia como pueblo de Dios. Por esta señal, los que aguardan se distinguen del mundo y demuestran que son peregrinos y extranjeros en la tierra.

De nuevo, el Salvador se apartó tristemente de sus discípulos que dormían, y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras. Luego volvió a ellos y les dijo: "Dormid ya, y descansad: he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores."

Mateo 26:45. ¡Qué crueles fueron los discípulos al permitir que el sueño les cerrase los ojos, y encadenase sus sentidos, mientras su divino Señor soportaba tan inefable angustia mental! Si hubiesen permanecido en vela, no habrían perdido su fe al contemplar al Hijo de Dios muriendo en la cruz.

Esta importante vigilia nocturna debiera haberse destacado por nobles luchas mentales y oraciones, que los habrían robustecido para presenciar la indecible agonía del Hijo de Dios. Los habría preparado para que, mientras contemplaban sus sufrimientos en la cruz, comprendieran algo de la naturaleza de la angustia abrumadora que él soportó en el huerto de Getsemaní. Y habrían quedado mejor [223] capacitados para recordar las palabras que les había dirigido con referencia a sus sufrimientos, muerte y resurrección; y en medio de la lobreguez de aquella hora terrible y penosa, algunos rayos de esperanza habrían iluminado las tinieblas y sostenido su fe.

Cristo les había predicho que estas cosas iban a suceder; pero no lo comprendieron. La escena de sus sufrimientos había de ser una prueba de fuego para sus discípulos, y por esto era necesario que velasen y orasen. Su fe necesitaría ser sostenida por una fuerza invisible, mientras experimentaran el triunfo de las potestades de las tinieblas.

Angustia inenarrable

Podemos apreciar apenas débilmente la angustia inenarrable que sintió el amado Hijo de Dios en Getsemaní, al comprender que se había separado de Dios al llevar el pecado del hombre. El fué hecho pecado por la especie caída. La sensación de que se apartaba de él el amor de su Padre, arrancó de su alma angustiada estas dolorosas palabras: “Mi alma está muy triste hasta la muerte.” “Si es posible, pase de mí este vaso.” Luego, con completa sumisión a la voluntad de su Padre, añadió: “Empero, no como yo quiero, sino como tú.”

El divino Hijo de Dios desmayaba y se moría. El Padre envió a un mensajero de su presencia para que fortaleciera al divino Doliente, y le ayudara a pisar la senda ensangrentada. Si los mortales hubiesen podido ver el pesar y asombro de la hueste angélica al contemplar en silencio cómo el Padre separaba sus rayos de luz, su amor y gloria, del amado Hijo de su seno, comprenderían mejor

cuán ofensivo es el pecado a la vista de Dios. La espada de la justicia iba a ser desenvainada contra su amado Hijo. Por un beso fué éste entregado en manos de sus enemigos y llevado apresuradamente al tribunal terreno, donde había de ser ridiculizado y condenado a muerte por mortales pecaminosos. Allí, el glorioso Hijo de Dios fué
[224] "herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados." Isaías 53:5. Soportó insultos, burlas e ignominiosos abusos, hasta que "fué desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres." Isaías 52:14.

Un amor incomprensible

¿Quién puede comprender el amor manifestado aquí? La hueste angélica contempló con admiración y pesar a Aquel que había sido la majestad del cielo y que había llevado la corona de gloria, y ahora soportaba la corona de espinas, víctima sangrante de la ira de una turba enfurecida, inflamada de insana locura por la ira de Satanás. ¡Contemplemos al paciente y dolorido! Las espinas coronan su cabeza. Su sangre fluye de las venas laceradas. ¡Y todo por causa del pecado! Nada podría haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad celestiales, y venir a un mundo pecaminoso para ser olvidado, despreciado y rechazado por aquellos a quienes había venido a salvar, y finalmente, para sufrir en la cruz, sino el amor eterno y redentor que siempre será un misterio.

¡Admiraos, oh cielos, y asómbrate, oh tierra! ¡He aquí al opresor y al Oprimido! Una vasta multitud rodea al Salvador del mundo. Las burlas y los escarnios se mezclan con maldiciones y blasfemias. Los miserables sin sentimientos comentan su humilde nacimiento y vida. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos ridiculizan su aserto de que es el Hijo de Dios, y las bromas vulgares y el ridículo insultante vuelan de un labio a otro. Satanás ejercía pleno dominio sobre las mentes de sus siervos. A fin de lograr esto eficazmente, comenzó con los príncipes de los sacerdotes y ancianos, y les infundió frenesí religioso. Movía a estos últimos el mismo espíritu satánico que agitaba a los más viles y endurecidos miserables. Prevalecía una armonía corrompida en los sentimientos de todos, desde los sacerdotes y ancianos hipócritas hasta los más degradados. Sobre los hombros de Cristo, el precioso Hijo de Dios, se puso la cruz. Cada paso de Jesús

quedaba marcado por la sangre que fluía de sus heridas. Rodeado por una inmensa muchedumbre de acerbos enemigos y espectadores [225] insensibles, se lo condujo a la crucifixión. "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fué llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca." Isaías 53:7.

En la cruz

Sus entristecidos discípulos le seguían a lo lejos, detrás de la turba homicida. Lo vieron clavado en la cruz, colgado entre los cielos y la tierra. Sus corazones rebosaban de angustia al ver a su amado Maestro sufriendo como un criminal. Cerca de la cruz, los ciegos, fanáticos e infieles sacerdotes y ancianos le escarnecían y se burlaban de él diciendo: "Tú, el que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los príncipes de los sacerdotes, escarneciendo con los escribas y los Fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios: líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: Soy Hijo de Dios." Mateo 27:40-43.

Ni una palabra contestó Jesús a todo esto. Mientras se hundían los clavos en sus manos, y grandes gotas de sudor agónico brotaban de sus poros, los labios pálidos y temblorosos del Doliente inocente exhalaron una oración de amor perdonador en favor de sus homicidas: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Lucas 23:34. Todo el cielo contemplaba la escena con profundo interés. El glorioso Redentor del mundo perdido sufría la penalidad que merecía la transgresión de la ley del Padre, que había cometido el hombre. Estaba por redimir a su pueblo con su propia sangre. Estaba pagando lo que con justicia exigía la santa ley de Dios. Tal era el medio por el cual se había de acabar finalmente con el pecado, Satanás y su hueste.

¡Oh! ¿Hubo alguna vez sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo? Lo que hizo tan amarga su copa fué la comprensión del desagrado de su Padre. No fué el sufrimiento corporal [226] lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fué el

peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Mateo 27:46.

Jesús unido con el Padre, había hecho el mundo. Frente a los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecieron insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendiaban al amado Hijo de Dios, mientras éste agonizaba y moría. Pero la naturaleza inanimada gemía y simpatizaba con su Autor que sangraba y perecía. La tierra tembló. El sol se negó a contemplar la escena. Los cielos se cubrieron de tinieblas. Los ángeles presenciaron la escena del sufrimiento hasta que no pudieron mirarla más, y apartaron sus rostros del horrendo espectáculo. ¡Cristo moría en medio de la desesperación! Había desaparecido la sonrisa de aprobación del Padre, y a los ángeles no se les permitía aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo podían contemplar con asombro a su amado General, la Majestad del cielo, que sufría la penalidad que merecía la transgresión del hombre.

En el abismo

Aun las dudas asaltaron al moribundo Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. Ninguna esperanza resplandeciente le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni la aceptación de su sacrificio de parte de su Padre. El Hijo de Dios sintió hasta lo sumo el peso del pecado del mundo en todo su espanto. El desagrado del Padre por el pecado y la penalidad de éste, la muerte, era todo lo que podía vislumbrar a través de esas pavorosas tinieblas. Se sintió tentado a temer que el pecado fuese tan ofensivo para los ojos de Dios que no pudiese reconciliarse con su Hijo. La fiera tentación de que su propio Padre le había abandonado
[227] para siempre, le arrancó ese clamor angustioso en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Cristo experimentó mucho de lo que los pecadores sentirán cuando las copas de la ira de Dios sean derramadas sobre ellos. La negra desesperación envolverá como una mortaja sus almas culpables, y comprenderán en todo su sentido la pecaminosidad del pecado.

La salvación ha sido comprada para ellos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran voluntaria y gustosamente; pero ninguno está obligado a obedecer a la ley de Dios. Si niegan el beneficio celestial y prefieren los placeres y el engaño del pecado, consumarán su elección, pero al fin recibirán su salario: la ira de Dios y la muerte eterna. Estarán para siempre separados de la presencia de Jesús, cuyo sacrificio han despreciado. Habrán perdido una vida de felicidad y sacrificado la vida eterna por los placeres momentáneos del pecado.

La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, porque Dios ya no le aseguró su aprobación y aceptación, como hasta entonces. El Redentor del mundo había confiado en las evidencias que le habían fortalecido hasta allí, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía en su obra. En su agonía mortal, mientras entregaba su preciosa vida, tuvo que confiar por la fe solamente en Aquel a quien había obedecido con gozo. No le alentaron claros y brillantes rayos de esperanza que iluminasen a diestra y siniestra. Todo lo envolvía una lobreguez opresiva. En medio de las espantosas tinieblas que la naturaleza formó por simpatía, el Redentor apuró la misteriosa copa hasta las heces. Mientras se le denegaba hasta la brillante esperanza y confianza en el triunfo que obtendría en lo futuro, exclamó con fuerte voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Lucas 23:46. Conocía el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor, y sometiéndose a él se entregó en sus manos. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores oyeron las palabras del moribundo del Calvario. [228]

La naturaleza simpatizó con los sufrimientos de su Autor. La tierra convulsa y las rocas desgarradas proclamaron que era el Hijo de Dios quien moría. Hubo un gran terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores, cuando las tinieblas velaron al sol, la tierra tembló bajo sus pies y las rocas se partieron. Las burlas y los escarnios de los príncipes de los sacerdotes y ancianos cesaron cuando Cristo entregó su espíritu en las manos de su Padre. La asombrada muchedumbre empezó a retirarse y a buscar a tientas, en las tinieblas, el camino de regreso a la ciudad. Se golpeaban el pecho mientras iban, y con terror cuchicheaban entre sí: "Asesinaron a un inocente. ¿Qué será

de nosotros, si verdaderamente él fuera, como lo afirmó, el Hijo de Dios?"

"Consumado es"

Jesús no entregó su vida hasta que hubo realizado la obra que había venido a hacer y exclamó con su último aliento: "Consumado es." Juan 19:30. Satanás estaba entonces derrotado. Sabía que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando fueron pronunciadas las palabras: "Consumado es." El gran plan de redención, que dependía de la muerte de Cristo, había sido ejecutado hasta allí. Y hubo gozo en el cielo porque los hijos de Adán podrían, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. ¡Oh, qué amor! ¡Qué asombroso amor fué el que trajo al Hijo de Dios a la tierra para que fuese hecho pecado por nosotros a fin de que pudiésemos ser reconciliados con Dios y elevados a vivir con él en sus mansiones de gloria! ¡Oh, qué es el hombre para que se hubiese de pagar un precio tal por su redención!

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender plenamente la magnitud del gran sacrificio que fué hecho por la Majestad del cielo al morir en lugar del hombre, entonces será magnificado el plan de la salvación, y al reflexionar en el Calvario se despertarán emociones tiernas, sagradas y vivas en el corazón del cristiano; vi-
[229] brarán en su corazón y en sus labios alabanzas a Dios y al Cordero. El orgullo y la estima propia no pueden florecer en los corazones que mantienen frescos los recuerdos de las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor a aquellos que estimen el gran precio de la redención del hombre, la preciosa sangre del amado Hijo de Dios. Todas las riquezas del mundo no tienen suficiente valor para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que sintió Cristo por el mundo perdido, mientras pendía de la cruz sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este amor fué inconmensurable, infinito.

Un amor más fuerte que la muerte

Cristo demostró que su amor era más fuerte que la muerte. Estaba cumpliendo la salvación del hombre; y aunque sostenía el más

espantoso conflicto con las potestades de las tinieblas, en medio de todo ello su amor se intensificaba. Soportó que se ocultase el rostro de su Padre, hasta sentirse inducido a exclamar con amargura en el alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Su brazo trajo salvación. Pagó el precio para comprar la redención del hombre cuando, en la última lucha de su alma, expresó las palabras bienaventuradas que parecieron repercutir por toda la creación: "Consumado es."

Muchos de los que profesan ser cristianos se entusiasman por empresas mundanales, y se interesan por diversiones nuevas y excitantes, mientras que su corazón parece helado ante la causa de Dios. He aquí, pobre formalista, un tema que tiene suficiente importancia para excitarte. Entraña intereses eternos. Es un pecado permanecer sereno y desapasionado ante él. Las escenas del Calvario despiertan la más profunda emoción. Tendrás disculpa si manifiestas entusiasmo por este tema. Que Cristo, tan excelso e inocente, hubiese de sufrir una muerte tan dolorosa y soportar el peso de los pecados del mundo, es algo que nuestros pensamientos e imaginaciones no podrán nunca comprender plenamente. No podemos medir la lon- [230]
gitud, anchura, altura y profundidad de un amor tan asombroso. La contemplación de las profundidades inconmensurables del amor del Salvador debieran llenar la mente, conmover y enternecer el alma, refinar y elevar los afectos, y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado." 1 Corintios 2:2. Nosotros también podemos mirar al Calvario y exclamar: "Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo." Gálatas 6:14.

Considerando a qué inmenso costo se compró nuestra redención, ¿cuál será la suerte de los que descuiden tan grande salvación? ¿Cuál será el castigo de los que profesan seguir a Cristo, y sin embargo no se postran en humilde obediencia a los requerimientos de su Redentor, ni toman la cruz como humildes discípulos de Cristo para seguirle desde el pesebre hasta el Calvario? "El que conmigo no recoge—dice Cristo,—desparrama." Lucas 11:23.

Opiniones limitadas acerca de la expiación

Algunos tienen opiniones limitadas acerca de la expiación. Piensan que Cristo sufrió tan sólo una pequeña parte de la penalidad de la ley de Dios; suponen que, aunque el amado Hijo soportó la ira de Dios fué porque el primero advertía a través de sus dolorosos sufrimientos el amor y la aceptación del Padre; que los portales de la tumba se iluminaron delante de él con radiante esperanza, y que tenía evidencias constantes de su gloria futura. Este es un gran error. La más punzante angustia de Cristo provenía de que él comprendía el desagrado de su Padre. La agonía que esto le causaba era tan intensa que el hombre puede apreciarla tan sólo débilmente.

Para muchos, la historia de la condescendencia, la humillación y el sacrificio de nuestro Señor, no despierta interés más profundo
[231] ni conmueve más el alma, ni afecta más la vida que la historia de la muerte de los mártires de Jesús. Muchos sufrieron la muerte por torturas lentas; otros murieron crucificados. ¿En qué difiere de estas muertes la del amado Hijo de Dios? Es verdad que murió en la cruz en forma muy cruel; sin embargo, otros por amor a él, han sufrido iguales torturas corporales. ¿Por qué fué entonces más espantoso el sufrimiento de Cristo que el de otras personas que entregaron su vida por amor a él? Si los sufrimientos de Cristo consistieron solamente en dolor físico, entonces su muerte no fué más dolorosa que la de algunos mártires.

Pero el dolor corporal fué tan sólo una pequeña parte de la agonía que sufrió el amado Hijo de Dios. Los pecados del mundo pesaban sobre él, así como la sensación de la ira de su Padre, mientras sufría la penalidad de la ley transgredida. Fué esto lo que abrumó su alma divina. Fué el hecho de que el Padre ocultara su rostro, el sentimiento de que su propio Padre le había abandonado, lo que le infundió desesperación. El inocente Varón que sufría en el Calvario comprendió y sintió plena y hondamente la separación que el pecado produce entre Dios y el hombre. Fué oprimido por las potestades de las tinieblas. Ni un solo rayo de luz iluminó las perspectivas del futuro para él. Y luchó con el poder de Satanás, quien declaraba que tenía a Cristo en su poder, que era superior en fuerza al Hijo de Dios, que el Padre había negado a su Hijo y que ya no gozaba del favor de

Dios más que él mismo. Si gozaba aún del favor divino, ¿por qué necesitaba morir? Dios podía salvarlo de la muerte.

Cristo no cedió en el menor grado al enemigo que lo torturaba, ni aun en su más acerba angustia. Rodeaban al Hijo de Dios legiones de ángeles malos, mientras que a los santos ángeles se les ordenaba que no rompiesen sus filas ni se empeñasen en lucha contra el enemigo que le tentaba y vilipendiaba. A los ángeles celestiales no se les permitió ayudar al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fué en aquella terrible hora de tinieblas, en que el rostro de su Padre se ocultó mientras le rodeaban legiones de malos ángeles y los pecados [232] del mundo estaban sobre él, cuando sus labios profirieron estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Cómo se mide el valor de un alma

La muerte de los mártires no se puede comparar con la agonía sufrida por el Hijo de Dios. Debemos adquirir una visión más amplia y profunda de la vida, los sufrimientos y la muerte del amado Hijo de Dios. Cuando se considera correctamente la expiación, se reconoce que la salvación de las almas es de valor infinito. En comparación con la empresa de la vida eterna, todo lo demás se hunde en la insignificancia. Pero ¡cómo han sido despreciados los consejos de este amado Salvador! El corazón se ha dedicado al mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta al Hijo de Dios. La hueca hipocresía, el orgullo, el egoísmo y las ganancias, la envidia, la malicia y las pasiones han llenado de tal manera los corazones de muchos, que Cristo no halla cabida en ellos.

El era eternamente rico; sin embargo, por amor nuestro se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Estaba vestido de luz y gloria, y rodeado de huestes de ángeles celestiales, que aguardaban para ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se vistió de nuestra naturaleza y vino a morar entre los mortales pecaminosos. Este es un amor que ningún lenguaje puede expresar, pues supera todo conocimiento. Grande es el misterio de la piedad. Nuestras almas deben ser vivificadas, elevadas y arrobadas por el tema del amor del Padre y del Hijo hacia el hombre. Los discípulos de Cristo deben aprender aquí a reflejar en cierto grado este misterioso amor; así se prepararán para unirse con todos los redimidos que atribuirán

"al que está sentado en el trono, y al Cordero, ... la bendición, y la honra y la gloria, y el poder, para siempre jamás." Apocalipsis 5:13.

* * * * *

[233] Cristo se dió a sí mismo como sacrificio expiatorio, para salvar a un mundo perdido. Fué tratado como merecemos ser tratados nosotros, a fin de que pudiésemos ser tratados como él merece serlo. Fué condenado por nuestros pecados, en los cuales no tuvo parte, a fin de que pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no participábamos nosotros. Sufrió la muerte que nos correspondía, a fin de que pudiésemos recibir su vida. "Por su llaga fuimos nosotros curados." Isaías 53:5.*

* * * * *

El tema favorito de Cristo era el carácter paternal y el amor abundante de Dios. Este conocimiento de Dios fué el don que entregó Cristo a los hombres, y que ha confiado a su pueblo para que ellos
[234] lo comuniquen al mundo.*

*Testimonios para la Iglesia 8:208, 209 (1904).
*Testimonios para la Iglesia 6:55 (1900).

El celo cristiano*

Hay un celo ruidoso, sin objeto ni propósito, que no obra de acuerdo con el conocimiento, sino que actúa ciegamente y, como resultado, destruye. No es el celo cristiano, pues éste se rige por principios y no es esporádico. Es ferviente, profundo y fuerte, embarga toda el alma y pone en ejercicio la sensibilidad moral. Para él, la salvación de las almas y los intereses del reino de Dios son asuntos de la más alta importancia. ¿Qué objeto hay que exija mayor fervor que la salvación de las almas y la gloria de Dios? Hay en esto consideraciones que no se pueden pasar por alto livianamente. Son de tanto peso como la eternidad. Los destinos eternos están en juego. Hombres y mujeres se deciden para bien o para mal. El celo cristiano no se agotará en palabrerías, sino que será sensible y actuará con vigor y eficiencia. Sin embargo, el celo cristiano no obrará para ser visto. La humildad caracterizará todos sus esfuerzos y se verá en todas sus obras. El celo cristiano inducirá a orar fervientemente y con humildad, y a la fidelidad en los deberes del hogar. En el círculo del hogar se verá la amabilidad y el amor, la benevolencia y la compasión, que son siempre frutos del celo cristiano. ...

¡Oh, cuán pocos aprecian el valor de las almas! ¡Cuán pocos están dispuestos a sacrificarse para llevar almas al conocimiento de Cristo! Se habla mucho, se profesa gran amor por las almas que perecen; pero el hablar cuesta poco. Lo que se necesita es ferviente celo cristiano, un celo que se manifieste en obras. Todos deben trabajar ahora para sí mismos, y cuando tengan a Jesús en su corazón, lo confesarán a otros. Más fácil es impedir que las aguas del Niágara se despeñen por las cataratas, que impedir a un alma poseedora de Cristo que lo confiese. [235]

*Testimonios para la Iglesia 2:232, 233 (1869). (Del cap. “Amonestaciones a la iglesia.”)

Responsabilidades de los jóvenes*

Si los jóvenes pudiesen ver cuánto bien podrían hacer si quisieran hacer de Dios su fortaleza y sabiduría, no seguirían ya una conducta de negligente indiferencia para con él; no serían seducidos ya por la influencia de los no consagrados. En vez de sentir que tienen la responsabilidad individual de esforzarse para beneficar a otros y conducir a otros a la senda de la justicia, se dedican a buscar su propia diversión. Son miembros inútiles de la sociedad y su vida carece tanto de propósito como la de las mariposas. Los jóvenes pueden tener un conocimiento de la verdad y creerla, pero sin vivirla. Los tales poseen una fe muerta. Su corazón no se ha conmovido de manera que afecte su conducta y carácter a la vista de Dios, y no están más cerca de cumplir su voluntad que los incrédulos. Su corazón no se conforma con la voluntad de Dios, y están enemistados con él. Los que se dedican a las diversiones y aman la sociedad de los buscadores de placeres, sienten aversión por los servicios religiosos. ¿Dirá el Maestro a estos jóvenes que profesan su nombre: Bien hecho, buenos y fieles siervos, a menos que sean en verdad buenos y fieles?

Los jóvenes están en gran peligro. Sus lecturas livianas causan mucho mal. Pierden el tiempo que debieran emplear en una forma útil. Algunos llegan hasta a privarse de sueño para terminar algún ridículo cuento de amor. El mundo está inundado de novelas de todas clases. Algunas no son de carácter tan peligroso como otras. Unas son inmorales y obscenas; otras están barnizadas con más refinamiento; pero la influencia de todas es perniciosa. ¡Ojalá los jóvenes
[236] reflexionaran acerca de la influencia que tienen sobre la mente las historias excitantes! ¿Podéis abrir la Palabra de Dios después de una lectura tal, y leer con interés las palabras de vida? ¿No encontráis insípido el Libro de Dios? El encanto de aquella historia de amor pesa sobre la mente, la excita e impide que concentréis vuestro

*Testimonios para la Iglesia 2:235-237 (1869). (Del cap. "Amonestaciones a la iglesia.")

espíritu en las verdades importantes y solemnes que conciernen a vuestro interés eterno. Pecáis contra vuestros padres al dedicar a un propósito tan malo el tiempo que les pertenece, y pecáis contra Dios al emplear así el tiempo que debierais dedicar a la devoción a él.

Es deber de los jóvenes estimular la sobriedad. La liviandad y las bromas causarán aridez al alma y harán perder el favor de Dios. Muchos de vosotros pensáis que no ejercéis mala influencia sobre los demás, y así os sentís satisfechos en cierta medida; pero ¿ejercéis influencia para el bien? ¿Procuráis por medio de vuestra conversación y vuestros actos conducir a otros al Salvador, o, si profesan creer en Cristo, los inducís a caminar cerca de él?

Los jóvenes deben cultivar un espíritu de devoción y piedad. No pueden glorificar a Dios a menos que procuren constantemente alcanzar la plenitud de la estatura de Cristo: la perfección en Cristo Jesús. Medren y abunden en vosotros las gracias cristianas. Dad a vuestro Salvador vuestros mejores y más santos afectos. Prestad entera obediencia a su voluntad. El no aceptará menor devoción que ésta. No permitáis que os hagan perder la firmeza las burlas y los escarnios de aquellos cuya mente se dedica a la vanidad. Seguid a vuestro Salvador, ora gocéis de buena o mala reputación; tened por gozo y sagrado honor el llevar la cruz de Cristo. Jesús os ama y murió por vosotros. A menos que procuréis servirle con vuestros afectos indivisos, no alcanzaréis la perfecta santidad en su temor, y os veréis obligados a oír al fin la palabra terrible: *Apartaos*. [237]

Una carta de cumpleaños*

Amado hijo: Te escribo esto en ocasión de tu décimonono cumpleaños. Nos ha sido un placer tenerte con nosotros por algunas semanas. Estás ahora por dejarnos, pero nuestras oraciones te seguirán.

Hoy termina otro año de tu vida. ¿Cómo puedes considerarlo al echar sobre él una mirada retrospectiva? ¿Has progresado en la vida divina? ¿Has crecido en espiritualidad? ¿Has crucificado el yo con sus afectos y concupiscencias? ¿Te interesa más el estudio de la Palabra de Dios? ¿Has obtenido victorias decisivas sobre tus propios sentimientos y carácter díscolo, o, cuál ha sido el registro de tu vida durante el año que acaba de pasar a la eternidad para nunca más volver?

Al entrar en un nuevo año, hazlo con la ferviente resolución de dirigirte hacia adelante y hacia arriba. Sea tu vida más elevada y más exaltada de lo que jamás ha sido. Proponte no buscar tu propio interés y placer, sino hacer progresar la causa de tu Redentor. No permanezcas en una posición donde necesites ayuda, donde otros tengan que guardarte para conservarte en el camino estrecho. Puedes ser fuerte para ejercer en otros una influencia santificadora. Puedes hallarte donde el interés de tu alma se despierte para hacer bien a otros, para consolar a los entristecidos, fortalecer a los débiles y dar tu testimonio por Cristo siempre que se presente la oportunidad. Ten por blanco honrar a Dios en todo, siempre y por doquiera. Entreteje tu religión en todo. Sé cabal en cuanto emprendas.

No has experimentado el poder salvador de Dios como es tu privilegio hacerlo, porque no has hecho del deseo de glorificar a Cristo el gran blanco de tu vida. Sea para gloria de Dios cada resolución
[238] que tomes, cada trabajo que emprendas, cada placer que disfrutes. Sea éste el lenguaje de tu corazón: Yo soy tuyo, oh Dios, para vivir por ti, trabajar para ti y sufrir por ti.

*Testimonios para la Iglesia 2:261-268 (1869).

Muchos profesan estar del lado del Señor, sin estarlo; el peso de todas sus acciones está en favor de Satanás. ¿Por qué medios determinaremos en qué lado estamos? ¿Quién posee el corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿Acerca de quién conversamos con deleite? ¿A quién dedicamos nuestros más cálidos afectos y nuestras mejores energías? Si estamos del lado del Señor, nuestros pensamientos están con él, y nuestras reflexiones más dulces se refieren a él. No trabamos amistad con el mundo; hemos consagrado a Dios todo lo que tenemos y somos. Anhelamos llevar su imagen, respirar su espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todo.

Una influencia positiva

Debes conducirte de tal manera que nadie necesite equivocarse acerca de ti. Sin decisión, no puedes ejercer influencia en el mundo. Tus resoluciones pueden ser buenas y sinceras, pero fracasarán a menos que hagas de Dios tu fortaleza y avances con firme resolución de propósito. Debes consagrar todo tu corazón a la causa y la obra de Dios. Debes desear sinceramente obtener experiencia en la vida cristiana. Debes ejemplificar a Cristo en tu vida.

No puedes servir a Dios y a Mammón. Estarás completamente del lado del Señor o del lado del enemigo. “El que no es conmigo, contra mí es; el que conmigo no recoge, desparrama.” Lucas 11:23. Algunas personas fracasan en su vida religiosa porque son vacilantes e irresolutas. Con frecuencia se convencen y casi llegan al punto de entregarlo todo para Dios; pero, al no decidirse, vuelven a caer. Mientras están en el pecado, su conciencia se endurece, y se vuelve cada vez menos susceptible a las impresiones del Espíritu de Dios. Su Espíritu las ha amonestado y convencido, pero ha sido despreciado y contristado hasta que casi se ha apartado de ellas. No se puede jugar con Dios. El nos muestra claramente nuestro deber, y [239]
si no andamos en la luz, ésta se convierte en tinieblas.

Dios te invita a ser colaborador suyo en su viña. Empieza donde te encuentres. Acude a la cruz, y allí renuncia a ti mismo, al mundo y a todo ídolo. Acepta plenamente a Jesús en tu corazón. Te hallas en un lugar donde es difícil conservar la consagración y ejercer una influencia que aparte a otros del pecado, de los placeres y de la

insensatez para que anden en el camino angosto, que deben seguir los redimidos del Señor.

Entrégate completamente a Dios; ríndelo todo sin reserva y busca así la paz que sobrepuja todo entendimiento. No puedes ser nutrido por Cristo a menos que estés en él. Si no estás en él, eres un sarmiento seco. No sientes tu necesidad de pureza y verdadera santidad. Debes anhelar con fervor el Espíritu Santo, y orar fervorosamente para obtenerlo. No puedes esperar la bendición de Dios sin buscarla. Si empleas los recursos que se hallan a tu alcance, experimentarás un crecimiento en la gracia, y te elevarás a una vida superior.

No es natural para ti amar las cosas espirituales, pero puedes adquirir este amor ejercitando tu mente y las fuerzas de tu ser en esa dirección. Lo que necesitas es el poder de obrar. La verdadera educación es el poder de usar nuestras facultades de manera que produzcan resultados benéficos. ¿Por qué ocupa la religión tan poco de nuestra atención mientras que el mundo obtiene la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos? Es porque toda la fuerza de nuestro ser se dedica a ello. Nos hemos preparado para dedicarnos con fervor y poder a los negocios mundanales hasta el punto que ahora es fácil para la mente inclinarse en este sentido. Esta es la única razón que nos explica por qué los creyentes encuentran tan difícil la vida religiosa y tan fácil la vida mundanal. Las facultades han sido educadas para ejercer su fuerza en esa dirección. En la vida religiosa se han aceptado las verdades de la Palabra de Dios, pero no se las ha ilustrado en forma práctica en la vida.

[240] El cultivo de los pensamientos religiosos y sentimientos de devoción no es hecho parte de la educación. Debieran influir en el ser entero y regirlo completamente. El hábito de hacer lo recto es lo que se necesita. Se obra intermitentemente bajo influencias favorables; pero el pensar natural y fácilmente en las cosas divinas no es el principio que rige la mente.

Enanos espirituales

Si se ejercita de continuo la mente en las cosas del espíritu, no será necesario permanecer en la condición de enanos espirituales. Pero el mero hecho de orar al respecto, no satisfará las necesidades del caso. Debes habituar tu mente a concentrarse en estas cosas.

El ejercicio producirá fuerza. Muchos de los que profesan creer en Cristo, están muy expuestos a perder ambos mundos. El ser cristiano a medias y mundano a medias hace que uno sea cristiano en una centésima parte, y mundano en todo lo demás.

La vida espiritual es lo que Dios requiere, y sin embargo son millares los que claman: "No sé lo que me pasa, no tengo fuerza espiritual, no poseo el Espíritu de Dios." Sin embargo, las mismas personas se vuelven activas, locuaces, y aun elocuentes cuando hablan de asuntos mundanales. Escuchemos a los tales en la reunión. Apenas si pronuncian una docena de palabras con voz casi imperceptible. Son hombres y mujeres del mundo. Han cultivado sus tendencias mundanales hasta que sus facultades se han fortalecido en ese sentido. Sin embargo, son tan débiles como niños en lo que respecta a las cosas espirituales, cuando debieran ser fuertes e inteligentes. No se deleitan en espaciarse en el misterio de la piedad. No conocen el lenguaje del cielo, y no educan sus mentes para poder cantar los himnos del cielo o deleitarse en los ejercicios espirituales que allí recibirán la atención de todos.

Los que profesan creer en Cristo, los cristianos mundanales, no están familiarizados con las cosas celestiales. Nunca serán llevados a las puertas de la Nueva Jerusalén para participar en ejercicios que hasta entonces no les interesaron especialmente. No prepararon sus [241]
mentes para que se deleitasen en la devoción y en la meditación de las cosas de Dios y del cielo. ¿Cómo podrían, entonces, participar en los servicios del cielo? ¿Cuánto deleite hallarían en lo espiritual, lo puro y lo santo del cielo, cuando ello no fué su deleite especial en la tierra? La atmósfera que allí reine será la pureza misma. Pero esas personas no están familiarizadas con ella. Cuando estaban en el mundo, siguiendo sus vocaciones mundanales, sabían lo que debían hacer y cómo debían obrar. Gracias al constante ejercicio, las facultades inferiores se desarrollaron, mientras que las potencias superiores y más nobles del alma, debilitadas por la inactividad, se tornaron incapaces de despertarse para los ejercicios espirituales. Las cosas espirituales no se disciernen, porque son consideradas con ojos que aman el mundo y no pueden estimar el valor y la gloria de lo divino sobre lo temporal.

La mente debe ser educada y disciplinada para amar la pureza. El amor por las cosas espirituales debe ser alentado. Sí, debe ser

estimulado, si se quiere crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. Desear lo bueno y la verdadera santidad es correcto en sí, pero si te detienes allí, de nada te servirá. Los buenos propósitos son loables, pero no tendrán valor a menos que se lleven resueltamente a cabo. Muchos se perderán aunque esperaron y desearon ser cristianos, pero no hicieron esfuerzos fervientes; por lo tanto, serán pesados en la balanza y hallados faltos. La voluntad debe ejercerse en la debida dirección diciendo: *Quiero* ser un cristiano consagrado. *Quiero* conocer la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor perfecto. Escucha las palabras de Jesús: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos." Mateo 5:6. Cristo ha hecho amplia provisión para satisfacer el alma que tiene hambre y sed de justicia.

El elemento puro del amor dilatará al alma, a fin de que alcance lo superior, en busca del conocimiento más amplio de las cosas divinas,
[242] de tal manera que no quede satisfecha a menos que obtenga la plenitud. La mayoría de los que profesan ser cristianos no tienen idea de la fuerza espiritual que podrían tener si fuesen tan ambiciosos, celosos y perseverantes para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas como lo son para obtener las miserables y perecederas cosas de esta vida. Las masas que profesan ser cristianas se satisfacen con su condición de enanos espirituales. No están dispuestas a buscar primeramente el reino de Dios y su justicia; de ahí que la piedad sea para ellas un misterio oculto e incomprensible. No conocen a Cristo por experiencia.

Transpórtese repentinamente al cielo a esos hombres y mujeres que están satisfechos con su condición de enanos e inválidos en las cosas divinas, y hágaseles considerar por un instante el alto y santo estado de perfección que reina siempre allí, donde toda alma rebosa de amor, donde todo rostro resplandece de gozo, donde se elevan melodiosos acentos de música arrobadora en honor de Dios y del Cordero y los incesantes raudales de luz fluyen sobre los santos desde el rostro de Aquel que se sienta sobre el trono y del Cordero; y hágaseles comprender que hay un gozo superior aún que experimentar; porque cuanto más reciben del gozo de Dios, tanto mayor es la capacidad de los justos para disfrutar la dicha eterna; de modo que continúen recibiendo nuevas y mayores provisiones de las incesantes fuentes de gloria y felicidad inefable; ¿podrían dichas

personas, me pregunto, alternar con la muchedumbre celestial, participar en sus cantos y soportar la pura, excelsa y arrobadora gloria que emana de Dios y del Cordero? ¡Oh no! Su tiempo de prueba se alargó durante años para que pudiesen aprender el lenguaje del cielo, para que pudiesen llegar a ser "participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia." 2 Pedro 1:4. Pero tenían que dedicar las facultades de su mente y las energías de su ser a un negocio egoísta. No podían dedicarse a servir a Dios sin reserva. Las empresas mundanales debían ocupar el primer lugar y recibir lo mejor de sus facultades; un pensamiento pasajero fué todo lo que dedicaron a Dios. ¿Serán [243] los tales transformados después que se haya pronunciado la decisión final: "El santo sea santificado todavía, y el que es sucio, ensúciese todavía"? Apocalipsis 22:11. Ese tiempo se está acercando.

Los que han educado su mente en el deleite de los ejercicios espirituales, son los que pueden ser trasladados sin que los abrume la pureza y la gloria trascendental del cielo. Puedes tener un vasto conocimiento de las artes, puedes estar familiarizado con las ciencias, puedes sobresalir en música y caligrafía, pueden agradar tu modales a los que te tratan, pero ¿qué tienen que ver estas cosas con una preparación para el cielo? ¿Te preparan para subsistir delante del tribunal de Dios?

No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el cielo. Es la piedad sincera y experimental lo único que puede darte un carácter puro y elevado, y habilitarte para entrar en la presencia de Dios, quien mora en luz inaccesible. Esta tierra es el único lugar donde debemos adquirir el carácter celestial. Por lo tanto, comienza en seguida. Y no te lisonjees de que llegará el tiempo en que podrás con más facilidad que ahora hacer un esfuerzo ferviente. Cada día te distancia más de Dios. Prepárate para la eternidad con un celo que no has manifestado todavía. Educa la mente para amar la Biblia, amar la reunión de oración, amar la hora de meditación, y sobre todo, la hora en la cual el alma comulga con Dios. Adquiere la mentalidad del cielo si quieres unirte con el coro celestial en las mansiones divinas.

Hoy empieza un nuevo año de tu vida. Una nueva página ha sido abierta en el libro por el ángel registrador. ¿Qué se anotará en sus columnas? ¿Quedarán manchadas con la negligencia espiritual, con

deberes que no fueron cumplidos? No lo permita Dios. Sean anotadas allí cosas de las que no te avergüences cuando sean reveladas a
[244] las miradas de los hombres y de los ángeles.*

*Greenville, Míchigan, 27 de julio de 1868.

El engaño de las riquezas*

Querida Hna. M***: Cuando el Señor me mostró su caso, se me hizo recordar lo que pasó hace muchos años, cuando Vd. creía en la próxima venida de Cristo. Vd. esperaba y amaba su aparición. ...

La vi a Vd. luchar con la pobreza, para sostenerse a sí misma y a sus hijos. Muchas veces Vd. no sabía qué hacer, y el porvenir parecía obscuro e incierto. En su angustia, clamaba al Señor y él la consolaba y ayudaba, y en derredor suyo brillaban rayos de esperanza y luz. ¡Cuánto apreciaba a Dios en esas ocasiones! ¡Cuán dulce era su amor consolador! Le parecía que tenía un precioso tesoro depositado en el cielo. Y al considerar la recompensa de los afligidos hijos de Dios, ¡cuánto la consolaba poder llamarle Padre!...

Mi atención fué dirigida a sus deseos de poseer recursos. El sentimiento de su corazón era: "¡Oh, si tan sólo tuviese medios, no los despilfarraría! Daría un ejemplo a los avaros y mezquinos. Les mostraría la gran bendición que se recibe al hacer bien." Su alma aborrecía la codicia. Al ver que quienes poseían abundantes riquezas cerraban su corazón al clamor de los menesterosos, Vd. decía: "Dios los visitará y los recompensará según sus obras." Y cuando veía a los ricos enorgullecidos, que rodeaban su corazón de egoísmo, como con ligaduras de hierro, comprendía que ellos eran más pobres que Vd. misma, aun cuando pasaba necesidades y sufrimientos. Cuando veía que estos hombres, orgullosos de sus riquezas, obraban con altanería, porque el dinero tiene poder, se compadecía de ellos y nada la habría inducido a cambiar de lugar con ellos. Sin embargo, Vd. deseaba recursos a fin de usarlos de una manera que reprendiese a los codiciosos. [245]

Dios dijo al ángel que la había atendido hasta entonces: "La he probado en la pobreza y la aflicción, y ella no se ha separado de mí ni se ha rebelado contra mí. Ahora la probaré con la prosperidad. Le revelaré un aspecto del corazón humano con el cual ella no está familiarizada. Le mostraré que el dinero es el enemigo más

*Testimonios para la Iglesia 2:268-288 (1869).

peligroso que haya encontrado. Le revelaré el engaño de las riquezas; le demostraré que son una trampa, aun para aquellos que se sienten seguros contra el egoísmo, contra la exaltación, la extravagancia, el orgullo y el amor de las alabanzas humanas."

Probada por la prosperidad

Me fué mostrado que ante Vd. se abrió el camino para que mejorasen sus condiciones de vida, y pudiese al fin obtener los recursos que pensaba usar con sabiduría para gloria de Dios. ¡Cuán ansiosamente miraba su ángel ministrador esa nueva prueba, para ver cómo la resistiría! Cuando llegaron los recursos a sus manos, vi cómo, gradual y casi imperceptiblemente, Vd. se separaba de Dios. Gastaba para su propia conveniencia los recursos que se le habían confiado, y se rodeaba de las comodidades de esta vida. Vi que los ángeles la miraban con anhelante tristeza, con el rostro medio desviado, pesarosos de abandonarla. Sin embargo, Vd. no advertía la presencia de ellos, y seguía su conducta sin acordarse de su ángel guardián.

En medio de la prosperidad, Vd. no llevó a cabo las resoluciones que había hecho en la adversidad. El engaño de las riquezas la separó de sus propósitos. Aumentaron sus preocupaciones y se extendió su influencia. Los afligidos, al recibir alivio de sus padecimientos, la glorificaban, y Vd. aprendió a amar las alabanzas de los pobres labios mortales. Vivía en una ciudad populosa, y pensó que para el éxito de sus negocios como asimismo para conservar su influencia, era necesario que cuanto la rodeaba estuviese de acuerdo con los mismos. Pero llevó las cosas al extremo. Se dejó guiar demasiado por las opiniones y juicios ajenos. Gastó recursos inútilmente tan sólo
[246] para satisfacer la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Se olvidó de que estaba manejando el dinero de su Señor. Cuando gastaba dinero sólo para estimular la vanidad, no consideraba que el ángel registrador anotaba acciones cuyo recuerdo la avergonzaría. El ángel dijo, señalándola: "Te glorificaste a ti misma, pero no me magnificaste." Hasta se jactaba Vd. porque podía comprar esas cosas.

Un tiempo de peligro

Su fe y sencilla confianza en Dios empezaron a desvanecerse tan pronto como los recursos comenzaron a afluir. No se apartó Vd. de Dios en seguida. Su apostasía fué gradual. Renunció a los cultos matutino y vespertino porque no eran siempre convenientes. Su nuera le planteaba problemas difíciles y penosos, que tuvieron mucho que ver para disuadirla de continuar observando las devociones familiares. En su casa ya no se oraba. Sus negocios se convirtieron en el asunto primordial, y el Señor y su verdad quedaron relegados a segundo término. Recuerde los días del comienzo de su experiencia; ¿la habrían apartado esas pruebas entonces de la oración en familia?

Por este descuido de la oración de viva voz, Vd. dejó de ejercer una influencia que debió conservar. Era su deber reconocer a Dios en su familia, sin tener en cuenta las consecuencias. Debiera haber presentado sus peticiones ante Dios mañana y noche. Vd. debiera haber sido como un sacerdote en la casa, y debiera haber confesado sus pecados y los de sus hijos. Si hubiese sido fiel, Dios, que había sido su guía, no la habría abandonado a su propia sabiduría.

En su casa se gastaban recursos inútilmente por pura ostentación. Vd. se había afligido hondamente al ver este pecado en otros. Mientras usaba así sus recursos, estaba robando a Dios. Entonces el Señor dijo: "Yo dispersaré. Por un tiempo le permitiré andar en el camino que ha elegido; cegaré su juicio y le quitaré la sabiduría. Le mostraré que su fuerza es debilidad, y su sabiduría insensatez. [247] La humillaré y abriré sus ojos para que vea cuánto se ha apartado de mí. Si no quiere volverse a mí de todo corazón, y reconocerme en todos sus caminos, mi mano dispersará, y el orgullo de la madre y de los hijos será abatido y la pobreza volverá a ser su suerte. Mi nombre será ensalzado. La soberbia del hombre será abatida, y su orgullo, humillado. ..."

En la primera parte de su vida, el Señor le impartió los talentos de la influencia, pero no le dió recursos, y por lo tanto no esperaba que Vd., en su pobreza, impartiese lo que no tenía. Como la viuda, Vd. dió lo que podía, aunque si hubiese considerado sus circunstancias, se habría sentido eximida de hacer tanto como hizo. En su enfermedad, Dios no le pedía que le dedicase la energía activa que la enfermedad le había quitado. Aunque Vd. se veía restringida en

su influencia y sus recursos, Dios aceptaba sus esfuerzos para hacer bien y contribuir al progreso de su causa según lo que poseía, y no según lo que no tenía. El Señor no desprecia la ofrenda más humilde hecha voluntaria y sinceramente.

Vd. posee un temperamento fogoso. El fervor por una causa buena es digno de alabanza. En sus anteriores pruebas y perplejidades obtuvo una experiencia que había de reportar ventajas a otros. Era celosa en el servicio de Dios. Se deleitaba en presentar las evidencias de nuestra fe a los que no creían en la verdad presente. Podía hablar con seguridad; porque estas cosas eran una realidad para Vd. La verdad era parte de su ser; los que escuchaban sus fervientes llamados no podían dudar de su sinceridad, y quedaban convencidos de que las cosas eran así.

En la providencia de Dios, su influencia se extendió; además de esto, Dios creyó propio probarla dándole talentos y recursos. Por lo tanto, le fué impuesta una doble responsabilidad. Cuando empezó a mejorar su condición, Vd. dijo: "Tan pronto como pueda conseguirme una casa, daré para la causa de Dios." Pero cuando tuvo
[248] la casa, Vd. vió que había que hacer tantos arreglos para que todo fuese conveniente y agradable en derredor, que se olvidó del Señor y de sus derechos sobre Vd., y se sintió menos inclinada a ayudar a la causa de Dios que en los días de su pobreza y aflicción.

Buscó la amistad con el mundo, y se apartó más y más de Dios. Se olvidó de la exhortación de Cristo: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día." "Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga." Lucas 21:34; 1 Corintios 10:12.

Hay tres consignas en la vida cristiana que deben ser observadas si deseamos evitar que Satanás nos gane la delantera; a saber: Velar, orar y trabajar. Es necesario orar y velar para progresar en la vida divina. Nunca hubo en su caso un tiempo más importante que el actual. Su única seguridad consiste en vivir una vida vigilante. Vele y ore siempre. ¡Oh, cuán grande preventivo es ello contra la tentación y el peligro de caer en las trampas del mundo! ¡Cuán fervientemente debiera Vd. haberse dedicado al trabajo durante los últimos años cuando su influencia era extensa!

Amada hermana, la alabanza de los hombres y la adulación corriente en el mundo han ejercido en Vd. una influencia mayor de lo que cree. No ha aprovechado sus talentos, dándolos a los banqueros. Vd. es por naturaleza afectuosa y generosa. Ha ejercido estos rasgos de carácter hasta cierto punto, pero no tanto como Dios requiere. La mera posesión de estos dones excelentes, no es suficiente; Dios exige que se los mantenga en constante ejercicio, porque, valiéndose de ellos, él bendice a los que necesitan ayuda y lleva a cabo su obra en favor de la salvación del hombre. ...

Oportunidad de volver

A Vd., hermana mía, se le ha confiado dinero y la capacidad de ejercer influencia; por lo tanto, su responsabilidad es grande. Debe obrar con cautela, y en el temor de Dios. Su sabiduría es debilidad, [249] pero la sabiduría de lo alto es fuerte. El Señor quiere iluminar sus tinieblas y volver a darle una vislumbre del tesoro celestial, para que pueda apreciar el valor comparativo de ambos mundos. Le permite así elegir entre este mundo o la herencia eterna. Vi que tenía todavía oportunidad de volver al aprisco. Jesús la ha redimido por su propia sangre, y le pide que emplee sus talentos en su servicio. Vd. no se ha endurecido a la influencia del Espíritu Santo. Cuando se le presenta la verdad de Dios, halla respuesta en su corazón. ...

Amada hermana mía, el Señor ha sido muy misericordioso con Vd. y su familia. Tiene ante su Padre celestial la obligación de alabar y glorificar su santo nombre en la tierra. A fin de continuar en su amor, debe trabajar constantemente para obtener la humildad de espíritu, y ese ánimo manso y sereno que es de gran valor a los ojos de Dios. Su fuerza en Dios aumentará al consagrarlo todo a él, de manera que pueda decir con confianza: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o cuchillo?" Romanos 8:35. "Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Vers. 38, 39. [250]

La verdadera conversión*

La converción es una obra que la mayoría no aprecia. No es cosa de poca monta transformar una mente terrenal que ama al pecado, e inducirla a comprender el indescriptible amor de Cristo, los encantos de su gracia y la excelencia de Dios, de tal manera que el alma se impregne del amor divino y sea cautivada por los misterios celestiales. Cuando una persona comprende estas cosas, su vida anterior le parece desagradable y odiosa. Aborrece el pecado, y, quebrantando su corazón delante de Dios, abraza a Cristo, vida y gozo del alma. Renuncia a sus placeres anteriores. Tiene una mente nueva, nuevos afectos, nuevo interés, nueva voluntad; sus tristezas, deseos y amor son todos nuevos. Se aparta ahora de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, que hasta entonces prefirió a Cristo, y éste es el encanto de su vida, la corona de su regocijo. Considera ahora, en toda su riqueza y gloria, el cielo que no le atraía antes, y lo contempla como su patria futura, donde verá, amará y alabará a Aquel que la redimió con su sangre preciosa.

Las obras de la santidad, que parecían cansadoras, son ahora su delicia. Escoge como tema de estudio y consejera a la Palabra de Dios que antes le parecía árida y sin interés. Es como una carta que le escribiera Dios, con la inscripción del Eterno. Somete a esta regla sus pensamientos, palabras y acciones y por ella los prueba. Tiembla ante las órdenes y amenazas que contiene, mientras que se aferra firmemente a sus promesas y fortalece su alma apropiándose de ellas. Elige ahora la sociedad de los más piadosos; ya no se deleita en la de los impíos, cuya compañía amaba antes. Llora por pecados que ve en ellos y de los cuales se reía antes. Renuncia al amor propio
[251] y a la vanidad, vive para Dios y es rica en buenas obras. Esta es la santificación que Dios requiere. No aceptará nada que sea menos que esto.

*Testimonios para la Iglesia 2:294-296 (1869).

Una súplica personal

Le ruego, hermano mío, que escudriñe su corazón con diligencia y pregunte: "¿En qué camino viajo? ¿Adónde me llevará?" Puede regocijarse porque su existencia no fué cortada mientras no tenía esperanza segura de vida eterna. Dios no permita que descuide por más tiempo esta obra y perezca en sus pecados. No halague su alma con falsas esperanzas. Vd. no ve otro camino que seguir sino uno demasiado humilde para aceptarlo. Cristo le presenta, aun a Vd., mi hermano errante, un mensaje de misericordia: "Venid, que ya está todo aparejado." Lucas 14:17. Dios está dispuesto a aceptarle, y a perdonarle todas sus transgresiones, si tan sólo quiere venir. Vd. ha sido pródigo, se separó de Dios y se mantuvo mucho tiempo alejado de él; a pesar de eso, él le recibirá ahora. Sí; la Majestad del cielo le invita a acudir a él, para que reciba vida. Cristo está dispuesto a limpiarle del pecado cuando Vd. le acepte. ¿Qué ganancia ha encontrado en el servicio del pecado? ¿Qué le ha aprovechado seguir la carne y el diablo? ¿No es miserable el salario que recibió? ¡Oh, vuelva, vuelva! ¿por qué habría de morir?

Vd. ha sentido muchas convicciones y remordimientos de conciencia. Ha manifestado muchos propósitos y formulado incontables promesas; y sin embargo, se demora, y no quiere venir a Cristo a fin de recibir vida. ¡Ojalá que en su corazón se grabe la comprensión del tiempo en que vivimos para que vuelva y viva! ¿No puede Vd. oír la voz del fiel Pastor en este mensaje? ¿Cómo puede Vd. desobedecer? No juegue con Dios, no sea que lo abandone a sus tortuosos caminos. Para Vd. es asunto de vida o muerte. ¿Cuál escogerá? Es cosa terrible contender con Dios y resistir a sus súplicas. Puede sentir arder el amor de Dios en el altar de su corazón, como lo sintió una [252] vez. Puede comulgar con Dios como en tiempos pasados. Si limpia su camino, puede volver a disfrutar las riquezas de su gracia, y su rostro expresará nuevamente su amor.

No se requiere de Vd. que se confiese ante aquellos que no conocen su pecado y sus errores. No es su deber publicar una confesión que haga triunfar a los incrédulos; debe confesarse ante quienes corresponde, ante los que no se aprovecharán de sus yerros. Confiésese de acuerdo con la Palabra de Dios, y permita que sus prójimos oren por Vd. y Dios aceptará su obra y le sanará. Por amor de su alma,

escuche las súplicas que le instan a hacer una obra cabal para la eternidad. Ponga a un lado su orgullo, su vanidad y haga lo recto. Vuelva al redil. El Pastor le aguarda y le recibirá. Arrepiéntase, haga
[253] sus primeras obras, y vuelva a gozar del favor de Dios.

La contaminación moral*

Se me ha mostrado que vivimos en medio de los peligros de los últimos días. Por cuanto abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. La palabra "muchos" se refiere a los que profesan seguir a Cristo. Afectados, sin que ello sea necesario, por la iniquidad prevaleciente, se apartan de Dios. La causa de esta apostasía estriba en que no se mantienen apartados de la iniquidad. El hecho de que su amor hacia Dios se esté enfriando por causa de que abunda la iniquidad, demuestra que, en cierto sentido, participan de esta iniquidad, pues de otra manera ella no afectaría su amor a Dios, ni su celo y fervor en su causa.

Se me ha presentado un horrible cuadro de la condición del mundo. La inmoralidad cunde por doquiera. La disolución es el pecado característico de esta era. Nunca alzó el vicio su deforme cabeza con tanta osadía como ahora. La gente parece aturdida, y los amantes de la virtud y de la verdadera bondad casi se desalientan por esta osadía, fuerza y predominio del vicio. La iniquidad prevaleciente no es del dominio exclusivo del incrédulo y burlador. Ojalá fuese tal el caso; pero no sucede así. Muchos hombres y mujeres que profesan la religión de Cristo son culpables. Aun los que profesan esperar su aparición no están más preparados para ese suceso que Satanás mismo. No se están limpiando de toda contaminación. Han servido durante tanto tiempo a su concupiscencia, que sus pensamientos son, por naturaleza, impuros y sus imaginaciones, corruptas. Es tan imposible lograr que sus mentes se espacien en cosas puras y santas como lo sería desviar el curso del Niágara y hacer que sus aguas remontasen las cataratas.

Jóvenes y niños de ambos sexos participan de la contaminación [254]
moral, y practican el asqueroso vicio solitario destructor de cuerpo y alma. Muchos de los que profesan ser cristianos están tan atontados por la misma práctica que sus sensibilidades morales no pueden ser despertadas para comprender que es pecado, y que si persisten en

*Testimonios para la Iglesia 2:346-353 (1869).

ello terminarán de seguro por destruir completamente el cuerpo y la mente. ¡El hombre, el ser más noble de la tierra, formado a la imagen de Dios, se transforma en una bestia, se embrutece y corrompe! Cada cristiano tendrá que aprender a refrenar sus pasiones y a guiarse por los buenos principios. A menos que lo haga, es indigno del nombre de cristiano.

Algunos que ostensiblemente profesan el cristianismo no comprenden el pecado del abuso propio y sus resultados inevitables. Un hábito inveterado ha cegado su entendimiento. No se dan cuenta del carácter excesivamente pecaminoso de este pecado degradante que enerva y destruye su fuerza nerviosa y cerebral. Los principios morales se debilitan excesivamente cuando están en conflicto con un hábito inveterado. Los solemnes mensajes del cielo no pueden impresionar con fuerza el corazón que no está fortificado contra la práctica de este vicio degradante. Los nervios sensibles del cerebro han perdido su tonicidad por la excitación mórbida destinada a satisfacer un deseo antinatural de complacencia sensual. Los nervios del cerebro que relacionan todo el organismo entre sí son el único medio por el cual el cielo puede comunicarse con el hombre, y afectan su vida más íntima. Cualquier cosa que perturbe la circulación de las corrientes eléctricas del sistema nervioso, disminuye la fuerza de las potencias vitales, y como resultado se atenúa la sensibilidad de la mente. En consideración de estos hechos, ¡cuán importante es que los ministros y la gente que profesan piedad se conserven sin mancha de este vicio degradante!

Mi alma cayó postrada por la angustia cuando se me reveló la condición débil de los que profesan pertenecer al pueblo de Dios.
[255] Abunda la iniquidad, y el amor de muchos se enfría. Son tan sólo pocos los cristianos profesos que consideran este asunto según la debida luz y que ejercen el dominio debido sobre sí mismos cuando la opinión pública y las costumbres no los condenan. ¡Cuán pocos refrenan sus pasiones porque se sienten bajo la obligación moral de hacerlo, y porque el temor de Dios está ante sus ojos! Las facultades superiores del hombre están esclavizadas por el apetito y las pasiones corruptas.

Apartaos de la iniquidad

Algunos reconocerán el mal de las prácticas pecaminosas, y, sin embargo, se disculparán diciendo que no pueden vencer sus pasiones. Esta es una admisión terrible de parte de una persona que lleva el nombre de Cristo. "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo." 2 Timoteo 2:19. ¿Por qué existe esta debilidad? Es porque las propensiones animales han sido fortalecidas por el ejercicio, hasta que han prevalecido sobre las facultades superiores. A los hombres y mujeres les faltan principios. Están muriendo espiritualmente porque han condescendido durante tanto tiempo con sus apetitos naturales que su dominio propio parece haber desaparecido. Las pasiones inferiores de su naturaleza han empuñado las riendas, y la que debiera ser la facultad dominante se ha convertido en la sierva de la pasión corrupta. Se mantiene al alma en la servidumbre más abyecta. La sensualidad ha apagado el deseo de santidad, y ha agostado la prosperidad espiritual.

Mi alma se aflige por los jóvenes que forman su carácter en esta era de degeneración. Tiemblo también por sus padres, porque se me ha mostrado que en general no entienden su obligación de educar a sus hijos en el camino por donde deben andar. Consultan las costumbres y las modas; y los niños no tardan en dejarse llevar por éstas y se corrompen, mientras sus indulgentes padres no advierten el peligro. Pero muy pocos jóvenes están libres de hábitos corrompidos. En extenso grado se los exime de ejercicio físico por temor a que trabajen demasiado. Los padres mismos llevan las cargas que sus [256] hijos debieran llevar. Es malo trabajar con exceso, pero los resultados de la indolencia son más temibles. La ociosidad conduce a la práctica de hábitos corrompidos. La laboriosidad no cansa ni agota una quinta parte de lo que rinde el hábito pernicioso del abuso propio. Si el trabajo sencillo y bien regulado agota a vuestros hijos, tened la seguridad, padres, de que hay, además del trabajo, algo que enerva su organismo y les produce una sensación de cansancio continuo. Dad a vuestros hijos trabajo físico para que pongan en ejercicio los nervios y los músculos. El cansancio que acompaña un trabajo tal, disminuirá su inclinación a participar en hábitos viciosos. La ociosidad es una maldición. Produce hábitos licenciosos.

Se me han presentado muchos casos, y mi alma ha enfermado y se ha llenado de asco al tener una vislumbre de sus vidas íntimas, a causa de la podredumbre del corazón de los seres humanos que profesan piedad y hablan de ser trasladados al cielo. Me he preguntado con frecuencia: ¿En quién puedo confiar? ¿Quién está libre de iniquidad?

Se nos pidió que oráramos

Mi esposo y yo asistimos una vez a una reunión en la que se solicitó nuestra simpatía en favor de un hermano que sufría mucho de tisis. Pálido y demacrado, el enfermo solicitó las oraciones de los hijos de Dios. Nos dijo que su familia estaba enferma y que había perdido un hijo. Habló con sentimiento de su pérdida. Dijo que desde hacía un tiempo esperaba a los Hnos. White. Creía que si ellos oraban por él, sanaría. Después de terminar la reunión, los hermanos nos llamaron la atención a su caso. Dijeron que la iglesia les estaba ayudando, que su esposa estaba enferma, y que su hijo había muerto. Los hermanos se habían reunido para orar por la familia afligida. Estábamos muy cansados, y pesaba sobre nosotros la responsabilidad del trabajo durante la reunión, y deseábamos que
[257] se nos disculpara.

Yo había resuelto no orar a favor de nadie, a menos que el Espíritu del Señor dictase lo que debía hacerse. Se me había mostrado que abundaba tanta iniquidad, aun entre los profesos observadores del sábado, que no deseaba orar con otros en favor de aquellos cuya historia no conocía. Cuando expresé mi razón, los hermanos me aseguraron que, por cuanto sabían, era un hermano digno. Conversé algunas palabras con el que había solicitado nuestras oraciones para ser sanado; pero no me sentía libre. El lloró y dijo que había aguardado nuestra venida, y se sentía seguro de que si orábamos por él, recobraría la salud. Le dijimos que no conocíamos su vida; que preferíamos que orasen por él aquellos que le conocían. Nos importunó con tanta insistencia que decidimos considerar su caso, y presentarlo ante el Señor aquella noche; y si el camino parecía expedito, cumpliríamos con su petición.

Esa noche, postrados en oración, presentamos su caso ante el Señor. Pedimos conocer la voluntad de Dios acerca de él. Todo lo

que deseábamos era que Dios fuera glorificado. ¿Quería el Señor que orásemos por este hombre afligido? Dejamos la carga al Señor y nos retiramos a descansar. En un sueño se me presentó claramente el caso de este hombre. Se me mostró su conducta desde su infancia, y supe que si orábamos, el Señor no nos oiría, porque ese hermano albergaba iniquidad en su corazón. A la mañana siguiente, el hombre acudió a pedirnos que orásemos por él. Lo llevamos aparte y le dijimos que lamentábamos vernos obligados a negarle lo que pedía. Relaté mi sueño que él reconoció como verdadero. Había abusado de sí mismo desde su juventud, y había continuado haciéndolo durante su matrimonio, pero dijo que procuraría librarse del vicio.

Este hombre tenía que vencer un hábito fomentado durante mucho tiempo. Ya era hombre de edad madura. Sus principios morales eran tan débiles, que se desmoronaban cuando tenían que luchar con un vicio tan arraigado. Las pasiones más bajas habían adquirido gran ascendiente sobre su naturaleza superior. Le interrogué acerca [258]
de la reforma pro salud. Dijo que no podía vivir de acuerdo con ella. Su esposa arrojaba de la casa la harina integral si se la traían. Sin embargo esta familia había recibido ayuda de la iglesia. Se habían hecho oraciones en su favor. Había muerto su hijo, la esposa estaba enferma, y el esposo y padre nos presentaba su caso para que lo llevásemos a un Dios puro y santo, a fin de que realizase un milagro y lo sanase. Las sensibilidades morales de este hombre estaban embotadas.

Cuando los jóvenes adoptan prácticas viles mientras su espíritu es tierno, nunca obtendrán fuerza para desarrollar plena y correctamente su carácter físico, intelectual y moral. Allí había un hombre que se degradaba diariamente, y sin embargo se atrevía a comparecer en la presencia de Dios, para pedir renovación de la fuerza que había despilfarrado vilmente, y que, si le era concedida, consumiría en su concupiscencia. ¡Qué tolerancia la de Dios! Si tratase al hombre de acuerdo con sus caminos corrompidos, ¿quién podría vivir delante de él? Y si nosotros hubiésemos sido menos cautelosos y hubiésemos presentado este caso a Dios, mientras practicaba la iniquidad, ¿nos habría oído el Señor? ¿Habría contestado? “Porque tú no eres un Dios que ame la maldad: el malo no habitará junto a ti. No estarán los insensatos delante de tus ojos: aborreces a todos los que obran

iniquidad." " Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera." Salmos 5:4, 5; 66:18.

Este no es un caso aislado. Aun las relaciones matrimoniales no eran suficientes para preservar a este hombre de los hábitos corrompidos de su juventud. ¡Ojalá se me pudiera convencer de que los casos como el que presenté son raros; pero sé que son frecuentes! Los hijos que nacen de padres dominados por pasiones corrompidas resultan inútiles. ¿Qué puede esperarse de tales hijos, sino que se hundan aún más bajo que sus padres? ¿Qué puede esperarse de esta generación naciente? Miles carecen de principios. Estos mismos transmiten a su posteridad sus propias pasiones miserables y [259] corruptas. ¡Qué legado! Miles arrastran sus vidas sin principios, contaminan a los que viven con ellos; y perpetúan sus pasiones degradadas, transmitiéndolas a sus hijos. Asumen la responsabilidad de darles la estampa de su propio carácter.

La relación de la alimentación con la moralidad

Vuelvo al caso de los cristianos. Si todos los que profesan obedecer la ley de Dios estuvieran libres de iniquidad, mi alma quedaría aliviada; pero no lo están. Aun algunos de los que profesan guardar todos los mandamientos de Dios son culpables del pecado de adulterio. ¿Qué puedo decir para despertar sus sensibilidades embotadas? Los principios morales, aplicados estrictamente, son la única salvaguardia del alma. Si hubo alguna vez un tiempo en que la alimentación debía ser de la clase más sencilla, es ahora. No debe ponerse carne delante de nuestros hijos. Su influencia tiende a excitar y fortalecer las pasiones inferiores, y tiende a amortiguar las facultades morales. Los cereales y las frutas, preparados sin grasa y en forma tan natural como sea posible, deben ser el alimento destinado a todos aquellos que aseveran estar preparándose para ser trasladados al cielo. Cuanto menos excitante sea nuestra alimentación, tanto más fácil será dominar las pasiones. La complacencia del gusto no debe ser consultada sin tener en cuenta la salud física, intelectual o moral.

La satisfacción de las pasiones más bajas inducirá a muchos a cerrar los ojos a la luz, porque temen ver pecados que no están dispuestos a abandonar. Todos pueden ver si lo desean. Si prefieren

las tinieblas a la luz, su criminalidad no disminuirá por ello. ¿Por qué no leen los hombres y mujeres y se instruyen en estas cosas que tan decididamente afectan su fuerza física, intelectual y moral? Dios os ha dado un tabernáculo que cuidar y conservar en la mejor condición para su servicio y gloria. Vuestros cuerpos no os pertenecen. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está [260] en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es." 1 Corintios 6:19, 20; 3:16, 17. [261]

Por qué reprende Dios a su pueblo*

Sobre todos los demás pueblos del mundo, los adventistas del séptimo día debieran ser modelos de piedad, santos de corazón y conducta. Afirmé en presencia de N*** que del pueblo escogido por Dios como su tesoro peculiar, se requería que fuese elevado, refinado y santificado, partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Si los que hacen tan alta profesión de fe se complacen en el pecado y la iniquidad, su culpa será muy grande. El Señor reprende los pecados de uno para que los demás también se sientan amonestados y teman.

Las amonestaciones y reprensiones no se dan a los que yerran entre los adventistas porque su vida sea más censurable que la de los profesos cristianos de las iglesias nominales, ni porque su ejemplo o sus actos sean peores que los de los adventistas que no quieren prestar obediencia a los requisitos de la ley de Dios; sino porque tienen gran luz, y porque por su profesión de fe han asumido la posición de pueblo especial y escogido de Dios, y llevan la ley de Dios escrita en su corazón. Al prestar obediencia a las leyes de su gobierno manifiestan su lealtad al Dios del Cielo. Son los representantes de Dios en la tierra. Cualquier pecado que haya en ellos los separa de Dios, y de una manera especial, deshonra su nombre y brinda a los enemigos de su santa ley la ocasión de echar oprobio sobre su causa y su pueblo, a quien ha llamado "linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido" (1 Pedro 2:9), a fin de que manifiesten las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

[262] Las personas que se oponen a la ley del gran Jehová, y que consideran virtud especial el hablar, escribir y actuar en la forma más acerba y odiosa para revelar el desprecio que sienten por aquella ley, pueden hacer una exaltada profesión de amar a Dios y aparentar mucho celo religioso, como lo hacían los príncipes de los sacerdotes y ancianos judíos; y sin embargo, en el día de Dios, la Majestad del

*Testimonios para la Iglesia 2:451-453 (1870).

cielo dirá de ellos: "Hallado falto." "Por la ley es el conocimiento del pecado." Romanos 3:20. Se enfurecen contra el espejo que habría de descubrirles los defectos de su carácter, porque les señala sus pecados. Los dirigentes adventistas que han rechazado la luz están encendidos de furor contra la santa ley de Dios, como lo estuvo la nación judía contra el Hijo de Dios. Terriblemente engañados, engañan a otros. No quieren acudir a la luz que reprendería sus acciones. No quieren ser enseñados. Pero el Señor reprende y corrige a los que profesan observar su ley. Señala sus pecados y presenta su iniquidad, porque desea separar de ellos todo pecado y perversidad, a fin de que perfeccionen la santidad en su temor, y estén preparados para morir en el Señor, o ser trasladados al cielo. Dios los reprende y corrige, a fin de que sean refinados, santificados, elevados, y finalmente exaltados a su propio trono. [263]

La necesidad del dominio propio*

La extraición de Pedro es del más alto valor para todos los que buscan la inmortalidad. Se dirige así a los que tienen la misma fe preciosa:

"Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado fe igualmente preciosa con nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo: gracia y paz os sea multiplicada en el conocimiento de Dios, y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos sean dadas de su divina potencia, por el conocimiento de Aquel que nos ha llamado por su gloria y virtud: por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia. Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud, y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza, y en la templanza paciencia, y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal, y en el amor fraternal caridad. Porque si en vosotros hay estas cosas, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Mas el que no tiene estas cosas, es ciego, y tiene la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo." 2 Pedro 1:1-11.

[264] Estamos en un mundo en el cual abundan la luz y el conocimiento; y sin embargo, muchos de los que profesan pertenecer a la misma preciosa fe son voluntariamente ignorantes. Los rodea la luz; y sin embargo, no se la apropian. Los padres no ven la necesidad de informarse, de obtener conocimiento, y de ponerlo en práctica

*Testimonios para la Iglesia 2:471-478 (1870). (Del cap. titulado: "Una súplica a la iglesia.")

en su vida matrimonial. Si siguiesen la exhortación del apóstol, y viviesen de acuerdo con el plan de la adición, no serían infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero muchos no comprenden la obra de la santificación. Piensan que la han alcanzado, cuando han aprendido solamente las primeras lecciones de la adición. La santificación es una obra progresiva; no se alcanza en una hora o en un día, ni se conserva luego sin esfuerzo especial de nuestra parte.

Muchos padres no obtienen el conocimiento que debieran tener en la vida matrimonial. No se cuidan de manera que Satanás no les saque ventaja ni domine su mente y su vida. No ven que Dios requiere de ellos que se guarden de todo exceso en su vida matrimonial. Pero, muy pocos consideran que es un deber religioso gobernar sus pasiones. Se han unido en matrimonio con el objeto de su elección, y por lo tanto, razonan que el matrimonio santifica la satisfacción de las pasiones más bajas. Aun hombres y mujeres que profesan piedad, dan rienda suelta a sus pasiones concupiscentes, y no piensan que Dios los tiene por responsables del desgaste de la energía vital que debilita su resistencia y enerva todo el organismo.

El pacto matrimonial cubre pecados del más vil carácter. Hombres y mujeres que profesan ser piadosos degradan su propio cuerpo por la satisfacción de pasiones corrompidas, y así se rebajan a un nivel más bajo que el de los brutos. Abusan de las facultades que Dios les ha dado para que las conserven en santificación y honra. Sacrifican la vida y la salud sobre el altar de las bajas pasiones. Someten las facultades superiores y más nobles a las propensiones animales. Los que así pecan ignoran el resultado de su conducta. Si pudiesen ver cuánto sufrimiento se atraen por su complacencia pecaminosa, se alarmarían, y algunos por lo menos rehuirían la con- [265]
ducta pecaminosa que cobra tan espantoso salario. Es tan miserable la existencia que arrastra una vasta clase de personas que preferirían la muerte a la vida. Muchos mueren prematuramente por haber sacrificado su vida a la nada gloriosa satisfacción excesiva de las pasiones animales. Sin embargo, porque están casados, piensan que no cometen pecado alguno.

Un falso concepto del amor

Hombres y mujeres, aprenderéis algún día lo que es la concupiscencia y el resultado de satisfacerla. Puede hallarse en las relaciones matrimoniales una pasión de clase tan baja como fuera de ellas. El apóstol Pablo exhorta a los esposos a amar a sus esposas "como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella." "Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y regala, como también Cristo a la iglesia." Efesios 5:25, 28, 29. No es amor puro el que impulsa a un hombre a hacer de su esposa un instrumento que satisfaga su concupiscencia. Es expresión de las pasiones animales que claman por ser satisfechas.

¡Cuán pocos hombres manifiestan su amor de la manera especificada por el apóstol: "Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, [no para contaminarla], sino para santificarla y limpiarla," para "que fuese santa y sin mancha." Esta es la calidad del amor que en las relaciones matrimoniales Dios reconoce como santo. El amor es un principio puro y sagrado; pero la pasión concupiscente no admite restricción, no quiere que la razón le dicte órdenes ni la controle. No vislumbra las consecuencias; no quiere razonar de la causa al efecto. Muchas mujeres están sufriendo de gran debilidad y constantes enfermedades debido a que se han despreciado las leyes de su ser; y se han pisoteado las leyes de la naturaleza. Hombres y
[266] mujeres despilfarran la fuerza nerviosa del cerebro, y la ponen en acción antinatural para satisfacer las pasiones bajas; y este monstruo odioso, la pasión baja y vil, recibe el nombre delicado de amor.

Muchos cristianos profesos que desfilaron delante de mí, carecían de restricción moral. Eran más animales que hijos de Dios. De hecho, su naturaleza parecía ser casi completamente animal. Muchos hombres de este tipo degradan a la esposa a quien prometieron sostener y apreciar. Hacen de ella un instrumento para satisfacer las propensiones bajas y concupiscentes. Y muchísimas mujeres se someten a ser esclavas de la pasión concupiscente; no poseen sus cuerpos en santificación y honra. La esposa ya no conserva aquella dignidad y respeto propio que poseía antes del casamiento. Esta santa institución debiera haber conservado y aumentado su

respeto femenino y su santa dignidad; pero su casta, digna y divina femineidad ha sido consumida sobre el altar de la pasión baja; ha sido sacrificada para satisfacer a su esposo. Ella no tarda en perder el respeto hacia el esposo que no considera las leyes a las cuales obedecen los brutos. La vida matrimonial se convierte en un yugo amargo; porque muere el amor y con frecuencia es reemplazado por la desconfianza, los celos y el odio.

Frutos de los excesos

Ningún hombre puede amar de veras a su esposa cuando ella se somete pacientemente a ser su esclava para satisfacer sus pasiones depravadas. En su sumisión pasiva, ella pierde el valor que una vez él le atribuyó. La ve envilecida y rebajada, y pronto sospecha que se sometería con igual humildad a ser degradada por otro que no sea él mismo. Duda de su constancia y pureza, se cansa de ella y busca nuevos objetos que despierten e intensifiquen sus pasiones infernales. No tiene consideración con la ley de Dios. Estos hombres son peores que los brutos; son demonios con forma humana. No conocen los principios elevadores y ennoblecedores del amor verdadero y santificado. La esposa también llega a sentir celos del esposo. [267]
y sospecha que, si tuviese oportunidad, dirigiría sus atenciones a otra persona con tanta facilidad como a ella. Ella ve que no se rige por la conciencia ni el temor de Dios; todas estas barreras santificadas son derribadas por las pasiones concupiscentes; todas las cualidades del esposo que le asemejarían a Dios son sujetas a la concupiscencia brutal y vil.

El mundo está lleno de hombres y mujeres de esta clase; y muchas casas aseadas, de buen gusto y aun costosas, albergan un infierno en su interior. Imaginaos, si os es posible, lo que debe ser la posteridad de tales padres. ¿No se hundirán los hijos a un nivel aun más bajo? Los padres graban en sus hijos la imagen de su carácter. Por lo tanto, los hijos nacidos de tales padres heredan de ellos cualidades bajas y viles. Satanás fomenta todo lo que tiende a la corrupción. La cuestión que se ha de decidir es ésta: ¿Debe la esposa sentirse obligada a ceder implícitamente a las exigencias del esposo, cuando ve que sólo las pasiones bajas lo dominan y cuando su propio juicio y razón la convencen de que al hacerlo perjudica

su propio cuerpo, que Dios le ha ordenado poseer en santificación y honra y conservar como sacrificio vivo para Dios?

No es un amor puro y santo lo que induce a la esposa a satisfacer las propensiones animales de su esposo, a costa de su salud y de su vida. Si ella posee verdadero amor y sabiduría, procurará distraer su mente de la satisfacción de las pasiones concupiscentes hacia temas elevados y espirituales, espaciándose en asuntos espirituales interesantes. Tal vez sea necesario instarlo con humildad y afecto aun a riesgo de desagradarle, y hacerle comprender que no puede ella degradar su cuerpo cediendo a los excesos sexuales. Ella debe, con ternura y bondad, recordarle que Dios tiene los primeros y más altos derechos sobre todo su ser y que no puede despreciar esos derechos, porque tendrá que dar cuenta de ellos en el gran día de Dios. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? [268] Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." "Por precio sois comprados; no os hagáis siervos de los hombres." 1 Corintios 6:19, 20; 7:23.

Si ella elevara sus afectos, y en santificación y honra conservara su dignidad femenina refinada, podría la mujer hacer mucho para santificar a su esposo por medio de su influencia juiciosa y así cumplir su alta misión. Con ello puede salvarse a sí misma y a su esposo, y cumplir así una doble obra. En este asunto tan delicado y difícil de tratar, se necesita mucha sabiduría y paciencia, como también valor moral y fortaleza. Puede hallarse fuerza y gracia en la oración. El amor sincero ha de ser el principio que rija al corazón. El amor hacia Dios y hacia el esposo deben ser los únicos motivos que rijan la conducta.

Si la esposa decide que es prerrogativa de su esposo tener pleno dominio de su cuerpo, y resuelve amoldar su mente a la de él en todo respecto, para pensar igual que él, renuncia a su individualidad y pierde su identidad, pues ésta se funde con la de su esposo. Ella es una simple máquina que la voluntad de él ha de mover y controlar, un ser destinado a su placer. Piensa, decide y actúa por ella. Ella deshonra a Dios al ocupar esta posición pasiva, pues delante del Señor tiene una responsabilidad que debe asumir.

Cuando la esposa entrega su cuerpo y su mente al dominio de su esposo, y se somete pasiva y totalmente a su voluntad en todo, sacrificando su conciencia, su dignidad y aun su identidad, pierde la oportunidad de ejercer la poderosa y benéfica influencia que debiera poseer para elevar a su esposo. Podría suavizar su carácter severo, y podría ejercer su influencia santificadora de tal modo que lo refinase y purificase, induciéndole a luchar fervorosamente para gobernar sus pasiones, a ser más espiritual, a fin de que puedan participar juntos de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que impera en el mundo por la concupiscencia.

El poder de la influencia puede ser grande para inspirar a la mente temas elevados y nobles, por encima de las complacencias bajas [269] y sensuales que procura por naturaleza el corazón que no ha sido regenerado por la gracia. Si la esposa considera que, a fin de agradar a su esposo debe rebajar sus normas, cuando la pasión animal es la base principal del amor de él y controla sus acciones, desagrada a Dios, porque deja de ejercer una influencia santificadora sobre su esposo. Si le parece que debe someterse a sus pasiones animales sin una palabra de protesta, no comprende su deber con él ni con Dios. Los excesos sexuales destruirán ciertamente el amor por los ejercicios devocionales, privarán al cerebro de la substancia necesaria para nutrir el organismo y agotarán efectivamente la vitalidad. Ninguna mujer debe ayudar a su esposo en esta obra de destrucción propia. No lo hará si ha sido iluminada al respecto y le ama de verdad.

Abnegación y temperancia

Cuanto más se satisfacen las pasiones animales, tanto más fuertes se vuelven y más violentos serán los deseos de complacerlas. Comprendan su deber los hombres y mujeres que temen a Dios. Muchos cristianos profesos sufren de parálisis de los nervios y del cerebro debido a su intemperancia en este sentido. Hieden de podredumbre los huesos y tuétanos de muchos que son considerados como hombres buenos, que oran y lloran, que ocupan puestos elevados, pero cuyos cuerpos contaminados no cruzarán los portales de la ciudad celestial.

¡Ojalá que pudiese hacer comprender a todos su obligación hacia Dios en cuanto a conservar en la mejor condición el organismo

mental y físico, para prestar servicio perfecto a su Hacedor! Evite la esposa cristiana, tanto por sus palabras como por sus actos, excitar las pasiones animales de su esposo. Muchos no tienen fuerza que malgastar en este sentido. Desde su juventud han estado debilitando el cerebro y minando su constitución por la satisfacción de las pasiones animales. La abnegación y la temperancia debieran ser la
[270] consigna en su vida matrimonial.

Las reuniones de Testimonios y de oración*

Recibí hace poco una carta de un hermano a quien respeto en gran manera, en la cual me preguntaba cómo deben dirigirse las reuniones. Deseaba saber si se deben ofrecer muchas oraciones en sucesión, y luego descansar unos momentos, y hacerse otra vez unas cuantas oraciones.

Por la luz que he recibido al respecto, he decidido que Dios no exige que, cuando nosotros nos reunimos para rendirle culto, hagamos tediosos y cansadores estos momentos, permaneciendo de rodillas largo tiempo, escuchando varias largas oraciones. Aquellos cuya salud es débil no pueden soportar este recargo sin agotarse y cansarse hasta el extremo. El cuerpo se cansa al permanecer postrado demasiado tiempo; y lo peor es que la mente se cansa de tal manera por el ejercicio continuo de la oración, que no se obtiene ningún refrigerio espiritual y el tiempo pasado en las reuniones está más que perdido. Los asistentes se cansan mental y físicamente, y no obtienen fortaleza espiritual.

Las reuniones para el público y las de oración no deben ser tediosas. Si es posible, todos deben llegar puntualmente a la hora señalada; y a los morosos que lleguen con media hora o quince minutos de atraso no se los debe esperar. Aun cuando no haya más de dos presentes, ellos pueden pedir el cumplimiento de la promesa. La reunión debe iniciarse a la hora señalada, si es posible, sean pocos o muchos los presentes. Debe, ponerse a un lado la formalidad y la fría rigidez, y todos deben cumplir puntualmente con su deber. En las ocasiones comunes, no debe hacerse oración durante más de diez minutos. Después que ha habido un cambio de posición y [271]
el ejercicio del canto o de la exhortación ha aliviado la monotonía, entonces si algunos se sienten inducidos a hacerlo, permítaseles orar.

*Testimonios para la Iglesia 2:577-582 (1871).

Oraciones cortas y directas

Todos debieran considerar como un deber cristiano el hacer oraciones cortas. Presentad al Señor exactamente lo que queréis, sin recorrer todo el mundo. En la oración privada, todos tienen el privilegio de orar todo el tiempo que deseen, y de ser tan explícitos como quieran. Pueden orar por todos sus parientes y amigos. La cámara secreta es el lugar donde se han de contar todas las dificultades, pruebas y tentaciones particulares. La reunión para adorar a Dios en conjunto no es el lugar donde se hayan de revelar las cosas privadas del corazón.

¿Cuál es el objeto que se tiene al reunirse? ¿Es para informar a Dios, instruirle, diciéndole en oración todo lo que sabemos? Nos reunimos para edificarnos unos a otros mediante el intercambio de pensamientos y sentimientos, para obtener fuerza, luz y valor al conocer mejor nuestras esperanzas y aspiraciones mutuas; y al elevar con fe nuestras oraciones fervientes y sentidas, recibimos refrigerio y vigor de la fuente de nuestra fuerza. Estas reuniones deben ser momentos muy preciosos, y deben ser hechas interesantes para todos los que tienen placer en las cosas religiosas.

Temo que algunos no presenten sus dificultades a Dios en oración particular, sino que las reserven para la reunión de oración, y allí eleven sus oraciones de varios días. A los tales se los puede llamar asesinos de reuniones públicas y de oración. No emiten luz; no edifican a nadie. Sus oraciones heladas y sus largos testimonios de apóstatas arrojan una sombra. Todos se alegran cuando han terminado, y es casi imposible desechar el enfriamiento y las tinieblas que sus oraciones y exhortaciones imparten a la reunión. Por la luz que he recibido, entiendo que nuestras reuniones deben ser espirituales, sociales y no demasiado largas. La reserva, el orgullo, la vanidad y
[272] el temor del hombre deben quedar en casa. Las pequeñas diferencias y los prejuicios no deben ir con nosotros a estas reuniones. Como en una familia unida, la sencillez, la mansedumbre, la confianza y el amor deben reinar en el corazón de los hermanos y las hermanas que se reúnen para ser refrigerados y vigorizados al juntar sus luces.

"Vosotros sois la luz del mundo," dice el Maestro celestial. Todos no tienen la misma experiencia en su vida religiosa. Pero si se reúnen los que han pasado por diversas circunstancias, pueden hablar de

lo que han experimentado con sencillez y humildad. Todos los que prosiguen adelante en la carrera cristiana, deben tener y tendrán una experiencia viva, nueva e interesante. Una experiencia viva se compone de pruebas diarias, conflictos y tentaciones, arduos esfuerzos y victorias y mucha paz y gozo obtenidos mediante Jesús. Un simple relato de estas cosas da luz, fuerza y conocimiento que ayudarán a otros en su progreso en la vida cristiana. El culto de Dios debe ser interesante e instructivo para los que aman las cosas divinas y celestiales.

Las reuniones que dirigió Jesús

Jesús, el Maestro celestial, no se mantenía alejado de los hijos de los hombres, sino que, a fin de beneficiarlos, vino del cielo a la tierra, donde estaban, para que la pureza y la santidad de su vida resplandeciesen sobre la senda de todos e iluminasen el camino del cielo. El Redentor del mundo procuró hacer claras y sencillas sus lecciones de instrucción, a fin de que todos las comprendiesen. Generalmente prefería dar sus discursos al aire libre. No había paredes que pudiesen contener la multitud que le seguía; pero tenía razones especiales por recurrir a los huertos y las playas a fin de dar allí sus instrucciones. Podía contemplar allí el panorama y hacer uso de objetos y escenas familiares para los de humilde condición, a fin de ilustrar con ellas las verdades importantes que les hacía conocer. A estas lecciones asociaba las obras de Dios en la naturaleza. Las aves que gorjeaban sus cantos sin preocupación, las flores del valle [273] que resplandecían de hermosura, el nenúfar que lucía su pureza en el seno del lago, los altos árboles, la tierra cultivada, los ondeantes cereales, el suelo árido, el árbol que no daba fruto, las colinas eternas, el burbujeante arroyo, el sol poniente, que teñía y doraba los cielos, todas estas cosas las empleaba para grabar en la mente de sus oyentes la verdad divina. Relacionaba las obras puestas por la mano de Dios en los cielos y sobre la tierra con las palabras que deseaba grabar en sus mentes, a fin de que mientras mirasen las obras admirables de Dios en la naturaleza, sus lecciones se mantuviesen frescas en su recuerdo.

En todos sus esfuerzos, Cristo procuraba hacer interesantes sus enseñanzas. Sabía que una muchedumbre cansada y hambrienta no

podía conseguir beneficio espiritual, y no olvidaba sus necesidades corporales. En cierta ocasión realizó un milagro para alimentar a cinco mil personas que se habían reunido para escuchar las palabras de vida que brotaban de sus labios. Jesús tenía en cuenta los alrededores cuando daba su preciosa verdad a las multitudes. El panorama era de tal naturaleza que atraía los ojos y despertaba admiración en el pecho de los que amaban lo bello. Podía ensalzar la sabiduría de Dios en las obras que había creado, y podía vincular estas lecciones sagradas dirigiendo sus mentes de la naturaleza al Dios de ella.

Así el panorama, los árboles, las aves, las flores del valle, las colinas, el lago y los hermosos cielos, se asociaban en su recuerdo con las verdades sagradas que serían santificadas en su memoria cuando mirasen aquellas cosas después de la ascensión de Cristo al cielo.

Cuando enseñaba a la gente, no dedicaba el tiempo a la oración. No les imponía, como los fariseos, largas y tediosas ceremonias y oraciones. Enseñó así a orar a sus discípulos: "Y cuando oras, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas,
[274] y en los cantones de las calles en pie, para ser vistos de los hombres: de cierto os digo, que ya tienen su pago. Mas tú, cuando oras, éntrate en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te recompensará en público. Y orando, no seáis prolijos, como los gentiles; que piensan que por su parlería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros pues, oraréis así." Mateo 6:5-8.

La oración en público

Cristo inculcó en sus discípulos la idea de que sus oraciones debían ser cortas y expresar exactamente lo que querían, y nada más. Les indicó la longitud y el contenido que debían caracterizar sus oraciones; debían expresar sus deseos de bendiciones temporales y espirituales, y su gratitud por las mismas. ¡Cuán abarcante es esta oración modelo! Se refiere a la necesidad real de todos. Uno o dos minutos bastan para cualquier oración común. Hay casos en que la oración nos es dictada en una forma especial por el Espíritu de Dios, cuando se eleva la súplica en el Espíritu. El alma anhelante siente

agonía y gime en busca de Dios. El espíritu lucha como luchó Jacob, y no quiere descansar sin manifestaciones especiales del poder de Dios. Así quiere Dios que sea.

Pero muchos elevan oraciones áridas como si fueran sermones. Oran a los hombres y no a Dios. Si estuvieran orando a Dios, y comprendiesen realmente lo que están haciendo, se alarmarían por su audacia; porque dirigen un discurso al Señor a modo de oración, como si el Creador del universo necesitase información especial sobre temas generales relacionados con las cosas que suceden en el mundo. Tales oraciones son todas como metal que resuena y címbalo que retiñe. No son anotadas en el cielo. Los ángeles de Dios se cansan de ellas, tanto como los mortales que están obligados a escucharlas.

A Jesús se le encontraba a menudo en oración. Se retiraba a los huertos solitarios o a las montañas para dar a conocer sus peticiones [275] a su Padre. Cuando había terminado los quehaceres y los cuidados del día, y los cansados buscaban reposo, Jesús dedicaba el tiempo a la oración. No quisiéramos desalentar el espíritu de oración; porque no se ora ni se vela bastante. Y menos aún se ora con el Espíritu y también con comprensión. La oración ferviente y eficaz es siempre oportuna, y nunca cansará. Una oración tal interesa y refrigera a todos los que tienen amor por la devoción.

Se descuida la oración secreta, y ésta es la razón por la cual muchos hacen oraciones tan largas, tediosas y sin valor cuando se reúnen para adorar a Dios. Repasan en sus oraciones una semana de deberes descuidados y oran en círculo, esperando compensar su negligencia y apaciguar su conciencia. Esperan ganar por su oración el favor de Dios. Pero con frecuencia estas oraciones logran solamente hacer bajar a otros al nivel de las tinieblas espirituales en que está la persona que las hace. Si los cristianos quisieran apropiarse las enseñanzas de Cristo acerca de velar y orar, rendirían un culto más inteligente a Dios.

* * * * *

Debemos reunirnos en derredor de la cruz. Cristo y Cristo crucificado debe ser el tema de contemplación, conversación y de la más gozosa emoción. Debemos realizar estas reuniones especiales

con el propósito de mantener fresco en nuestro pensamiento todo lo que recibimos de Dios y expresar nuestra gratitud por su gran amor, nuestra disposición a confiárselo todo a la mano que fué clavada en la cruz por nosotros. Debemos aprender aquí el lenguaje de Canaán, cantar los himnos de Sión. Por el misterio y la gloria de la cruz podremos estimar el valor del hombre, y entonces estaremos en condiciones de apreciar la importancia de trabajar por nuestros
[276] semejantes, a fin de que ellos sean exaltados al trono de Dios.*

*Testimonios para la Iglesia 4:462 (1880).

Cómo observaremos el sábado*

Dios es misericordioso. Sus requerimientos son razonables y concuerdan con la bondad y la benevolencia de su carácter. El sábado fué creado para que toda la humanidad recibiese beneficio. No fué hecho el hombre para adaptarse al sábado; sino que el sábado fué hecho después de la creación del hombre, para satisfacer sus necesidades. Después que Dios hubo hecho el mundo en seis días, reposó y luego santificó y bendijo el día en que había reposado de todas sus obras que había creado y hecho. Puso aparte ese día especial para que el hombre descansase en él de su trabajo, a fin de que mientras mirase la tierra y los cielos, pudiese reflexionar que Dios había hecho todo esto en seis días y reposado en el séptimo, y que al contemplar las pruebas tangibles de la sabiduría infinita de Dios, su corazón se llenase de amor y reverencia hacia su Creador.

A fin de santificar el sábado, no es necesario que nos encerremos entre paredes, y que nos privemos de las hermosas escenas de la naturaleza, del aire libre y vigorizador y de la hermosura del cielo. En ningún caso debemos permitir que las cargas y las transacciones comerciales distraigan nuestra mente en el sábado del Señor que él ha santificado. No debemos permitir que nuestra mente se espacie siquiera en cosas de carácter mundanal. Pero la mente no puede ser refrigerada, vivificada y elevada si quedamos encerrados durante casi todas las horas del sábado entre paredes, escuchando largos sermones y oraciones tediosas y formales. El sábado del Señor recibe un uso erróneo si se lo celebra así. No se alcanza el objeto para el cual fué instituído. El sábado fué hecho para el hombre, para beneficiarle al apartar su espíritu de la labor secular a fin de que contemple la bondad y la gloria de Dios. Es necesario que el pueblo [277]
de Dios se reúna para hablar de él, para intercambiar pensamientos e ideas acerca de las verdades contenidas en su Palabra, y dedicar una parte del tiempo a la oración apropiada. Pero estos momentos,

*Testimonios para la Iglesia 2:582-585 (1871).

aun en sábado, no deben ser hechos tediosos por su dilación y falta de interés.

El libro de la naturaleza

Durante una porción del día, todos debieran tener oportunidad de salir al aire libre. ¿Cómo pueden los niños recibir un conocimiento más correcto de Dios y una impresión mental mejor, que pasando una parte del tiempo al aire libre, no jugando, sino en compañía de sus padres? Asóciense sus mentes juveniles con Dios en los hermosos panoramas de la naturaleza, llámeseles la atención hacia las manifestaciones de su amor por el hombre en sus obras creadas y se sentirán atraídos e interesados. No correrán el peligro de asociar el carácter de Dios con todo lo severo y adusto; sino que al ver las cosas bellas que creó para la felicidad del hombre, serán inducidos a considerarle como un Padre tierno y amable. Verán que sus prohibiciones no han sido hechas simplemente para manifestar su poder y autoridad, sino que busca la felicidad de sus hijos. Y al cobrar el carácter de Dios el aspecto atrayente del amor, la benevolencia y la belleza, se sentirán inducidos a amarle. Podéis llamarles la atención a las aves hermosas que llenan el aire de música con sus felices cantos, los tallos de la hierba y las flores perfectas de llamativos matices que perfuman el aire. Todas estas cosas proclaman el amor y la habilidad del Artista celestial, y revelan la gloria de Dios.

Padres, ¿por qué no hacéis uso de las lecciones preciosas que Dios nos ha enseñado en el libro de la naturaleza para dar a vuestros hijos una idea correcta de su carácter? Los que sacrifican la sencillez por la moda, y se privan de admirar la belleza de la naturaleza, no pueden ser espirituales, no pueden comprender la habilidad y el poder de Dios según se revelan en sus obras creadas; por lo tanto,
[278] sus corazones no palpitan con nuevo amor e interés, y no se llenan de reverencia al vislumbrar a Dios en la naturaleza.

Todos los que aman a Dios deben hacer lo que puedan para que el sábado sea una delicia, santo y honorable. No pueden hacer esto buscando sus propios placeres en diversiones pecaminosas y prohibidas. Sin embargo, pueden hacer mucho para exaltar el sábado en sus familias y hacer de él el día más interesante de la semana. Debemos dedicar tiempo a interesar a nuestros hijos. Un cambio

ejercerá una influencia feliz sobre ellos. Podemos andar con ellos al aire libre; podemos sentarnos con ellos en los huertos y bajo la alegre luz del sol, y dar a sus mentes inquietas algo en que ocuparse, conversando con ellos de las obras de Dios. Podemos inspirarles amor y reverencia llamando su atención a los hermosos objetos de la naturaleza.

El sábado debe resultar tan interesante para nuestras familias que su visita semanal sea saludada con gozo. De ninguna manera mejor pueden los padres exaltar y honrar el sábado que ideando medios de impartir la debida instrucción a sus familias, e interesarlas en las cosas espirituales, dándoles una visión correcta del carácter de Dios, y de lo que él requiere de nosotros a fin de perfeccionar el carácter cristiano y alcanzar la vida eterna. Padres, haced del sábado una delicia para que vuestros hijos puedan esperarlo con placer y recibirlo con gozo en su corazón. [279]

La recreación cristiana[*] [*]

He estado pensando en el contraste que habría entre nuestra reunión de hoy aquí y las reuniones que celebran generalmente los incrédulos. En vez de hacer oración y mencionar a Cristo y las cosas religiosas, se oirían risas torpes y conversaciones triviales. Su objeto sería pasar momentos alegres. La reunión comenzaría con insensatez y terminaría con vanidad. Nosotros queremos que estas reuniones sean dirigidas de tal manera, y que nosotros nos conduzcamos de tal modo que podamos volver a nuestros hogares con una conciencia libre de ofensa contra Dios y el hombre, con el conocimiento de que no hemos herido en nada a aquellos con quienes nos hemos asociado, ni hemos ejercido influencia perniciosa sobre ellos.

En esto fracasan muchos. No consideran que son responsables de la influencia que ejercen diariamente; que deben dar cuenta a Dios de las impresiones que causan y de la influencia que difunden en todo su trato de la vida. Si esta influencia es tal que tienda a apartar de Dios la mente de otros y atraerlos hacia la vanidad y la insensatez, induciéndolos a buscar su propio placer en diversiones y complacencias insensatas, tendrán que dar cuenta de ello. Y si estas personas son hombres y mujeres de influencia, si su posición es tal que su ejemplo afectará a otros, recaerá sobre ellos un pecado mayor por no regir su conducta de acuerdo con la norma bíblica.

La ocasión que estamos celebrando hoy concuerda precisamente
[280] con mis ideas acerca de la recreación. He procurado[*] exponer mis opiniones al respecto, pero es más fácil ilustrarlas que exponerlas. Estuve en este terreno hace más o menos un año, cuando había una reunión similar a ésta. Casi todo transcurrió muy agradablemente entonces, pero había algunas cosas que objetar. Algunos se entregaron

[*] Transcrito tal como fué pronunciado ante un grupo de unas doscientas personas que estaban disfrutando de momentos de recreación a orillas del lago Goguac, cerca de Battle Creek, estado de Míchigan, en mayo de 1870.

[*] Testimonios para la Iglesia 2:585-587 (1871).

[*] Testimonios para la Iglesia 2:585-587 (1871).

a muchas bromas. Todos no eran observadores del sábado, y se manifestaba una influencia que no era tan agradable como podríamos haber deseado.

Pero creo que aun mientras estamos procurando refrigerar nuestros espíritus y vigorizar nuestros cuerpos, *Dios requiere* de nosotros que empleemos todas nuestras facultades en todos los momentos con el mejor propósito. Podemos asociarnos juntos como lo hacemos hoy, y hacerlo todo para gloria de Dios. Podemos y debemos dirigir nuestras recreaciones de tal manera que nos dejen más idóneos para desempeñar con éxito los deberes que nos incumben, y para que nuestra influencia sea más benéfica sobre aquellos con quienes tratamos. Tal debiera ser especialmente el caso en una ocasión como ésta, que debiera alegrarnos a todos. Podemos volver a nuestras casas con el espíritu animado y el cuerpo refrigerado, preparados para reanudar el trabajo con mejor esperanza y más valor.

Creemos que cada día de nuestra vida es nuestro privilegio glorificar a Dios aquí en la tierra; que no hemos de vivir en este mundo simplemente para divertirnos y agradarnos a nosotros mismos. Estamos aquí para beneficiar a la humanidad, para ser una bendición para todos. Y si dejamos que nuestro espíritu se rebaje al nivel en el cual muchos de los que procuran solamente la vanidad y la insensatez permiten que se espacie el suyo, ¿cómo podemos beneficiar a la sociedad, a nuestra especie y generación? No podemos dedicarnos inocentemente a cualquier diversión que nos incapacite para el más fiel desempeño de los deberes comunes de la vida.

Queremos buscar lo elevado y hermoso. Queremos desviar la mente de lo superficial, vano e inestable. Lo que deseamos es obtener nuevas fuerzas de todo aquello en lo cual participemos. De todas estas reuniones destinadas a la recreación, de todo trato agradable, [281]
queremos obtener nueva fuerza para llegar a ser mejores hombres y mujeres. De toda fuente posible adquiramos nuevo valor, nueva fuerza, nuevo poder, a fin de elevar nuestra vida a la pureza y la santidad, y no descender al bajo nivel de este mundo. [282]

No habrá tiempo de gracia después que venga Cristo*

Cuando Jesús se levante en el lugar santísimo y ponga a un lado sus vestiduras de mediador y se revista con las vestiduras de venganza en lugar del atavío sacerdotal, habrá terminado la obra en favor de los pecadores. Habrá llegado entonces el momento en que se dará la orden: "El que es injusto, sea injusto todavía: ... y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía. Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra." Apocalipsis 22:11, 12.

Dios ha dado su Palabra para que todos la investiguen, a fin de que puedan conocer el camino de la vida. Nadie necesita errar, si tan sólo quiere someterse a las condiciones impuestas en la Palabra de Dios para la salvación. A todos se les concede el tiempo de gracia, a fin de que todos puedan formar su carácter para la vida eterna. Se da a todos oportunidad de decidirse por la vida o por la muerte. Los hombres serán juzgados de acuerdo con la medida de luz que les haya sido dada. Ninguno tendrá que dar cuenta de sus tinieblas y sus errores, si no le ha sido comunicada la luz. No pecó al no poseer lo que no le fué dado. Todos serán probados antes que Cristo abandone su puesto del lugar santísimo. El tiempo de gracia de todos termina cuando él deja de interceder por los pecadores, y se reviste de las vestiduras de venganza.

Muchos opinan que será concedido un tiempo de gracia después que Jesús acabe su obra de mediador en el departamento santísimo. Este es un sofisma de Satanás. Dios prueba al mundo por la luz que
[283] se complace en darle antes de la venida de Cristo. Entonces se habrá formado el carácter para la vida o la muerte. Pero el tiempo de gracia de aquellos que prefieran vivir una vida de pecado, y descuidar la gran salvación ofrecida, se cierra cuando cesa el ministerio de Cristo, precisamente antes de su aparición en las nubes de los cielos.

*Testimonios para la Iglesia 2:691-695 (1871).

Las personas que aman al mundo, cuyos ánimos son carnales y enemigos de Dios, se harán la ilusión de que se les otorgará un tiempo de gracia después que Cristo aparezca en las nubes de los cielos. El corazón carnal, que es tan adverso a someterse y obedecer, se verá seducido por esta opinión placentera. Muchos permanecerán en seguridad carnal, y continuarán en rebelión contra Dios, lisonjeándose con la idea de que habrá entonces un momento para arrepentirse del pecado, y que tendrán oportunidad de aceptar la verdad que es ahora impopular, y que tanto contraría sus inclinaciones y deseos naturales. Creen que aprovecharán la oportunidad de salvarse cuando no tengan nada que aventurar, ni que perder al obedecer a Cristo y la verdad.

Responsables de la luz

Hay en las Escrituras algunas cosas que son difíciles de comprender, y que, según el lenguaje de Pedro, los ignorantes e inestables tuercen para su propia perdición. Tal vez no podamos en esta vida explicar el significado de todo pasaje de la Escritura; pero no hay puntos de verdad práctica que hayan de quedar envueltos en el misterio. Cuando llegue el momento en que, según la Providencia de Dios, el mundo deba ser probado respecto de la verdad para este tiempo, su Espíritu inducirá a las mentes a escudriñar las Escrituras, aun con ayuno y oración, hasta que descubran eslabón tras eslabón, y los unan en una cadena perfecta. Todo hecho que se relacione directamente con la salvación de las almas quedará tan claro que nadie necesitará errar ni andar en las tinieblas.

A medida que hemos seguido la cadena de la profecía, se ha visto claramente y explicado la verdad revelada para nuestro tiempo. [284] Somos responsables de los privilegios que disfrutamos y de la luz que resplandece sobre nuestra senda. Los que vivieron en generaciones pasadas fueron responsables de la luz que se dejó brillar sobre ellos. Su mente se preocupó con respecto a diferentes puntos de la Escritura que los probaban. Pero no comprendían las verdades que nosotros comprendemos. No fueron responsables de la luz que no recibieron. Tuvieron la Biblia como nosotros; pero el tiempo en que debía revelarse la verdad especial relacionada con las escenas

finales de la historia de esta tierra había de coincidir con las últimas generaciones que iban a vivir en la tierra.

Las verdades especiales han sido adaptadas a las condiciones de las generaciones a medida que existían. La verdad presente, que prueba a los de esta generación, no era una prueba para los de las generaciones anteriores. Si la luz que ahora resplandece sobre nosotros acerca del sábado del cuarto mandamiento hubiese sido dada a las generaciones pasadas, Dios habría tenido a éstas por responsables de ella.

Cuando el templo de Dios fué abierto en el cielo, Juan vió en santa visión una clase de personas cuya atención había sido atraída por el arca que contenía la ley de Dios, a la cual miraban con reverencia. La prueba especial del cuarto mandamiento no llegó hasta después que el templo de Dios fué abierto en el cielo.

Los que murieron antes que fuese dada la luz referente a la ley de Dios y los requerimientos del cuarto mandamiento, no fueron culpables del pecado de violar el sábado. Es insondable la sabiduría y la misericordia de Dios al dispensar luz y conocimiento en el momento oportuno, a medida que el pueblo la necesite. Antes de venir a juzgar el mundo con justicia, envía una amonestación para despertar a las personas y llamarles la atención al descuido en que se tuvo el cuarto mandamiento, para que, estando instruidas, puedan arrepentirse de la transgresión de su ley y demostrar fidelidad al gran
[285] Legislador. El ha provisto lo necesario para que todos puedan ser santos y felices si así lo desean. Se le ha dado suficiente luz a esta generación para que podamos saber cuáles son nuestros deberes y privilegios y disfrutar de la sencillez y el poder de las preciosas y solemnes verdades.

Somos responsables tan sólo por la luz que brilla sobre nosotros. Los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesús nos están probando. Si somos fieles y obedientes, Dios se deleitará en nosotros, y nos bendecirá como su pueblo escogido y peculiar. Cuando la fe y el amor perfectos y la obediencia abunden y obren en el corazón de los que siguen a Cristo, éstos ejercerán una poderosa influencia. Difundirán una luz que disipará las tinieblas circundantes, refinará y elevará a todos los que caigan dentro de la esfera de su influencia, e impartirá un conocimiento de la verdad a todos los que estén

dispuestos a ser iluminados y a seguir en la humilde senda de la obediencia.

Se descuidan las verdades por las fantasías

Los que son dominados por la mente carnal no pueden comprender la fuerza sagrada de la verdad vital de la cual depende su salvación, porque albergan orgullo en su corazón, amor al mundo, amor a la comodidad, egoísmo, codicia, envidia, celos, concupiscencia, odio y todo mal. Si quisieran vencer estas cosas, podrían participar de la naturaleza divina. Muchos abandonan las claras verdades de la Palabra de Dios y ya no siguen la luz que resplandece claramente sobre su senda; procuran penetrar secretos que no han sido revelados claramente, conjeturan, hablan y disputan acerca de cuestiones que no necesitan comprender, porque no se refieren en forma especial a su salvación. Miles han sido seducidos de esta manera por Satanás. Han descuidado la fe y el deber presente que son claros y abarcantes para todos los que tienen raciocinio; se han espaciado en teorías dudosas, y pasajes que no podían comprender, y han errado en lo que concierne a la fe; su fe es mixta.

Dios quiere que todos hagan un uso práctico de las claras enseñanzas de su Palabra acerca de la salvación del hombre. Si son [286]
hacedores de la Palabra, que es clara y poderosa en su sencillez, no dejarán de perfeccionar un carácter cristiano. Seguirán santificados por la verdad, y obedeciéndola humildemente se asegurarán la vida eterna. Dios quiere siervos que sean fieles, no sólo en palabra, sino en acciones. Sus frutos demostrarán la sinceridad de su fe.

Hno. O***, Vd. estará sujeto a las tentaciones de Satanás si continúa albergando sus opiniones erróneas. Su fe será una fe mixta, y estará en peligro de confundir a otras mentes. Dios requiere de su pueblo que sea unido. Sus opiniones particulares perjudicarán su influencia; y si continúa albergándolas y hablando de ellas, habrán de separarle finalmente de sus hermanos. Si Dios tiene alguna luz necesaria para la salvación de su pueblo, se la dará como le ha dado otras grandes e importantes verdades. Vd. no debe ir más allá que esto. Deje que Dios obre a su modo para realizar su propósito a su tiempo y manera. Dios le ayude a andar en la luz como él es luz. [287]

El carácter sagrado del sábado*

Cuando el sábado comienza debemos ponernos en guardia, velar sobre nuestros actos y palabras, no sea que robemos a Dios, dedicando a nuestro uso el tiempo que pertenece estrictamente al Señor. No debemos hacer ni permitir que nuestros hijos hagan trabajo alguno para ganarse la vida, ni cosa alguna que podría haberse hecho durante los seis días hábiles.

El viernes es el día de preparación. Entonces puede dedicarse tiempo a los preparativos necesarios para el sábado, y a pensar y conversar acerca de ello. Nada de lo que a los ojos del cielo será considerado como violación del santo sábado debe dejarse para ser dicho o hecho en sábado. Dios requiere no sólo que evitemos el trabajo físico en sábado, sino que disciplinemos nuestra mente para que se espacie en temas sagrados. Se infringe virtualmente el cuarto mandamiento al conversar de cosas mundanales, o al dedicarse a una conversación liviana y trivial. El hablar de cualquier cosa o de todo lo que acude a la mente, es pronunciar nuestras propias palabras. Toda desviación de lo recto nos pone en servidumbre y condenación.

Hno. P***, Vd. debe disciplinarse para discernir el carácter sagrado del sábado del cuarto mandamiento, debe trabajar para elevar la norma en su familia, y en cualquier lugar donde, por su ejemplo, la haya rebajado entre el pueblo de Dios. Debe contrarrestar la influencia que ha ejercido al respecto, y cambiar sus palabras y acciones. Vd. ha dejado con frecuencia de acordarse "del día del reposo, para santificarlo;" se ha olvidado de él muchas veces para pronunciar sus propias palabras en el día santificado de Dios. Ha
[288] sido descuidado, y en el sábado ha participado con personas no consagradas en conversaciones con respecto a los temas comunes del día, como las ganancias y pérdidas, los ganados, las cosechas y las provisiones. En esto, su ejemplo perjudica a su influencia. Debe reformarse.

*Testimonios para la Iglesia 2:702-705 (1871). (Del cap. titulado: "Responsables de la luz.")

Los que no son plenamente convertidos a la verdad permiten con frecuencia que sus mentes se espacien libremente en negocios mundanales, y aunque descansan del trabajo físico en sábado, su lengua expresa lo que tienen en la mente; de ahí sus palabras acerca de sus ganados, las cosechas y las pérdidas y ganancias. Todo esto es violar el sábado. Si la mente se espacia en asuntos mundanales, la lengua lo revelará; porque de la abundancia del corazón habla la boca.

La responsabilidad del ministro

El ejemplo de los ministros debe ser especialmente circunspecto acerca de esto. El sábado debe dedicarse concienzudamente a la conversación sobre temas religiosos, a presentar la verdad, el deber, las esperanzas y temores del cristiano, sus pruebas, conflictos y aflicciones, la victoria final y la recompensa que habrá de recibir.

Los ministros de Jesús deben reprender a los que no se acuerdan del sábado para santificarlo. Deben reprender bondadosa y solemnemente a los que participan en conversación mundanal en sábado, y al mismo tiempo aseveran ser observadores del sábado. Deben estimular la devoción a Dios en su santo día.

A los que recuperan el sueño

Nadie debe sentirse libre para pasar el tiempo santificado de una manera que no sea provechosa. Desagrada a Dios que los observadores del sábado duerman durante gran parte del sábado. Deshonran a su Creador al hacerlo. Por su ejemplo dicen que los seis días son demasiado preciosos para que ellos los pasen descansando. Deben ganar dinero, aunque sea privándose del sueño que necesitan, y lo recuperan durmiendo durante el tiempo santo. Luego se disculpan diciendo: "El sábado fué dado como día de reposo. No me privaré [289]
del descanso para asistir a la reunión; porque necesito descansar." Los tales hacen un uso erróneo del día santificado. En este día deben interesar especialmente a sus familias en la observancia del mismo, y congregarse en la casa de oración con los pocos o con los muchos que asistan, según sea el caso. Deben dedicar su tiempo y sus energías a los ejercicios espirituales, para que la influencia divi-

na que descansa sobre el sábado los acompañe durante la semana. De todos los días de la semana, ninguno es tan favorable para los pensamientos y sentimientos de devoción como el sábado.

Se me mostró que todo el cielo contemplaba y observaba durante el sábado a los que reconocen los requerimientos del cuarto mandamiento y guardan el sábado. Los ángeles tomaban nota de su interés en la institución divina y su alta consideración por ella. Los que santificaban al Señor Dios en su corazón por una actitud estrictamente devocional, y procuraban aprovechar las horas sagradas observando el sábado lo mejor posible y honrar a Dios llamando delicias al sábado, eran especialmente bendecidos de los ángeles con luz y salud y recibían fuerza especial. Pero, por otro lado, los ángeles se apartaban de aquellos que no apreciaban el carácter sagrado del día santificado de Dios, y les quitaban su luz y su fuerza. Los vi cubiertos de una nube, abatidos y con frecuencia tristes. Sentían la
[290] falta del Espíritu de Dios.

Mentes desequilibradas*

A cada uno de nosotros Dios ha confiado sagrados cometidos, de los cuales nos tiene por responsables. Es su propósito que eduquemos la mente, a fin de que podamos ejercitar los talentos que nos dió y, realizando la mayor suma de bien, reflejemos la gloria del Dador. Debemos a Dios todas las cualidades de la mente. Esas facultades pueden ser cultivadas, dirigidas y dominadas tan discretamente que alcancen el propósito para el cual fueron dadas. Es nuestro deber educar la mente, de modo que saque a luz las energías del alma y desarrolle toda facultad. Cuando todas las facultades estén en ejercicio, el intelecto se fortalecerá y se alcanzará el propósito por el cual fueron dadas aquéllas.

Muchos no están haciendo la mayor suma de bien, porque ejercitan el intelecto en una dirección y descuidan de dar atención esmerada a aquellas cosas para las cuales piensan que no se adaptan. Dejan así dormir algunas facultades débiles, porque la obra que las ejercitaría, y por consiguiente las fortalecería, no les agrada. Deben ejercitarse y cultivarse todas las facultades de la mente. La percepción, el juicio, la memoria y todas las potencias del raciocinio deben tener igual fuerza a fin de que las mentes estén bien equilibradas.

Si se usan ciertas facultades con descuido de las demás, el designio de Dios no se realiza plenamente en nosotros; porque todas las facultades ejercen su influencia y dependen en gran medida una de la otra. No se puede usar eficazmente una de ellas sin la operación de todas, para que el equilibrio se conserve cuidadosamente. Si toda la atención y fuerza se concentran en una, mientras las otras permanecen dormidas, el desarrollo es intenso en ésta, y nos conducirá a los extremos porque todas las facultades no han sido cultivadas. [291]
Algunas mentes están atrofiadas y les falta el debido equilibrio. No todas las mentes están, por naturaleza, constituídas de igual manera. Tenemos mentes diferentes; algunas son fuertes en ciertos puntos y muy débiles en otros. Y estas deficiencias tan evidentes no necesitan

*Testimonios para la Iglesia 3:32-36 (1872).

ni debieran existir. Si los que las poseen fortalecieran los puntos débiles de su carácter, cultivándolos y ejercitándolos, llegarían a ser fuertes.

Un consejo a los ministros

Es agradable, pero no muy provechoso, ejercer aquellas facultades que son por naturaleza las más fuertes, mientras descuidamos las débiles, que necesitan ser fortalecidas. Las facultades más débiles deben recibir cuidadosa atención, a fin de que todas las potencias del intelecto queden bien equilibradas y todas hagan su parte como una maquinaria bien regulada. Dependemos de Dios para la preservación de todas nuestras facultades. En su relación con Dios, los cristianos se hallan en la obligación de educar su mente de manera que todas las facultades queden fortalecidas y se desarrollen más plenamente. Si descuidamos esto, nunca alcanzarán aquéllas el propósito para el cual fueron destinadas. No tenemos derecho a descuidar ninguna de las facultades que Dios nos ha dado. Vemos monomaníacos en todas partes del país. Con frecuencia son cuerdos acerca de todos los temas menos uno. La razón de ello es que un órgano de la mente se ejercitó especialmente mientras se dejó dormir a los demás. El que estuvo en constante uso se gastó y enfermó, y el hombre naufragó. Dios no fué glorificado por esta conducta. Si el hombre hubiese ejercitado de igual manera todos los órganos, éstos habrían alcanzado un desarrollo sano; no se habría impuesto todo el trabajo a uno y por lo tanto, ninguno se habría arruinado.

Los predicadores deben ser precavidos, para no estorbar los
[292] propósitos de Dios mediante sus propios planes. Corren el peligro de cercenar la obra de Dios, de limitar sus trabajos a ciertas localidades, y de no cultivar un interés especial en la obra de Dios en sus diversos departamentos. Algunos concentran su mente sobre un tema, con exclusión de otros que pueden ser de igual importancia. Son hombres de una sola idea. Toda la fuerza de su ser se concentra en el tema que ocupa su mente en el momento. Pierden de vista toda otra consideración. Este asunto favorito preocupa sus pensamientos y es el tema de su conversación. Asimilan ávidamente todas las pruebas referentes a este asunto y tanto se espacian en ellas que cansan la mente que debe seguirlos.

Con frecuencia se pierde tiempo explicando puntos que son realmente baladíes y que debieran darse por sentados sin presentar pruebas, porque son obvios. Pero los puntos realmente vitales deben ser presentados tan clara y enérgicamente como lo permitan el lenguaje y las pruebas. El poder de concentrar la mente sobre un tema con exclusión de todos los demás, es bueno hasta cierto punto; pero el ejercicio constante de esta facultad cansa los órganos encargados de esa obra; les impone un recargo excesivo y como resultado no se alcanza a realizar la mayor cantidad de bien. Un juego de órganos tiene que sufrir el desgaste principal mientras que los otros permanecen dormidos. La mente no puede ejercitarse así en forma sana, y por consiguiente la vida se acorta.

No todos pueden seguirlos

Todas las facultades deben sobrellevar una parte de la labor, obrando armoniosamente, equilibrándose unas a otras. Los que dedican toda la fuerza de su mente a un tema adolecen de grandes deficiencias en otros puntos, pues sus facultades no son cultivadas por igual. El tema que consideran encadena su atención, y los induce a seguir profundizando más y más el asunto. A medida que se interesan y asimilan, ven más conocimientos y luz. Pero son pocas las mentes que pueden seguirlos, a menos que hayan dedicado al tema los mismos pensamientos profundos. Existe el peligro de que estos [293] hombres aren y planten las semillas de la verdad a tal profundidad que las tiernas y preciosas hojas nunca lleguen a la superficie.

A menudo se realiza duro trabajo innecesario, que nunca será apreciado. Si los que tienen la facultad de concentrarse tan intensamente la cultivan a expensas de las demás, no pueden tener una mente bien proporcionada. Son como máquinas en las cuales un solo juego de engranajes trabaja a la vez. Mientras que algunas ruedas se herrumbran en la inactividad, otras se están gastando por el uso constante. Los hombres que cultivan una o dos facultades, y no las ejercitan todas por igual, no pueden realizar en el mundo la mitad del bien que Dios quiso que realizaran. Son hombres unilaterales; utilizan solamente la mitad del poder que Dios les ha dado, mientras que la otra mitad se herrumbra e inutiliza por la inactividad.

Si las personas dotadas de esta clase de mente tienen un trabajo especial que requiere reflexión, no deben ejercitar todas sus facultades en ese asunto con exclusión de todo otro interés. Aunque dediquen la mayor parte de su atención al tema que estudian, los otros ramos de la obra deben recibir el beneficio de una parte de su tiempo. Esto será mejor para ellos y para la causa en general. Un ramo de la obra no debe recibir la atención exclusiva en detrimento de todos los demás.

Debemos buscar la claridad

En sus escritos, algunos deben precaverse constantemente de no obscurecer puntos que son claros, cubriéndolos con muchos argumentos que no serán de interés vital para el lector. Si se espacian tediosamente en ciertos puntos, dando todo detalle que se les ocurra, su trabajo estará casi perdido. El interés del lector no será bastante profundo para estudiar el asunto hasta el final. Se pueden hacer confusos los puntos más esenciales de la verdad si se presta atención a todo detalle minucioso. Se abarca mucho terreno, pero la obra a la
[294] cual se dedica tanta labor no producirá todo el bien que podría hacer si despertara interés general.

En esta época, cuando fábulas agradables surgen a la superficie y atraen la mente, la verdad presentada en estilo fácil, apoyada en algunas pocas pruebas indubitables, es mejor que la investigación destinada a hacer un abrumador despliegue de evidencias; porque entonces las diversas mentes no considerarán el argumento tan distinto como antes de que las evidencias les fueran presentadas. Para muchos, los asertos positivos resultan mucho más convincentes que los largos argumentos. Los tales toman muchas cosas por sentadas y
[295] las pruebas no les ayudan a decidir el caso.

La fidelidad en los deberes domésticos*

Estimada Hna. O***: Creo que Vd. no es feliz. Al buscar una gran obra que hacer, pasa por alto los deberes actuales que se encuentran directamente en su camino. No es feliz porque está mirando por encima de los pequeños deberes diarios de la vida en busca de alguna obra más elevada y más grande. Se siente inquieta, intranquila y descontenta. Le gusta más dictar que ejecutar órdenes. Le gusta más decir a otros lo que deben hacer que hacerlo Vd. misma con alegría.

Vd. podría haber hecho más feliz el hogar de sus padres si hubiese estudiado menos sus inclinaciones, y más la necesidad ajena. Cuando desempeña los deberes comunes y ordinarios de la vida, no dedica su corazón al trabajo. Su mente se aleja de él y piensa en un trabajo más agradable, superior o más honorable. Alguien debe hacer esas mismas cosas que no le causan placer y hasta le desagradan. Estos deberes sencillos, si se hacen con buena voluntad y fidelidad, le darán una educación que Vd. necesita para que le lleguen a gustar los deberes domésticos. Hay en ello una experiencia que le es altamente esencial obtener, pero no la aprecia. Vd. murmura contra su suerte, haciendo así desgraciados a los que la rodean, y sufriendo Vd. misma una grave pérdida. Tal vez nunca se la llame a hacer un trabajo que la hará presentarse ante el público. Pero todo el trabajo necesario que hagamos, sea lavar los platos, poner la mesa, atender a los enfermos, cocinar o lavar, es de importancia moral; y mientras no podamos desempeñar estos deberes con alegría y felicidad, no estamos listos para desempeñar otros deberes mayores y superiores. Las tareas humildes que se nos presentan deben ser hechas por alguien; y los que las cumplen deben sentir que están haciendo un trabajo [296] necesario y honorable, y que al cumplir su misión, por humilde que sea, realizan la obra de Dios tan ciertamente como Gabriel cuando era enviado a los profetas. Todos trabajan en su orden y en sus respectivas esferas. La mujer en su hogar, al desempeñar los sencillos

*Testimonios para la Iglesia 3:79-81 (1872).

deberes de la vida que deben ser realizados, puede y debe manifestar fidelidad, obediencia y amor tan sinceros como los que manifiestan los ángeles en su esfera. La conformidad con la voluntad de Dios hace que sea honorable cualquier trabajo que debe ser hecho.

Lo que Vd. necesita es amor y afecto. Su carácter necesita ser moldeado. Debe poner a un lado sus preocupaciones, y en su lugar albergar amabilidad y amor. Niéguese a sí misma. No fuimos creados ángeles, sino un poco inferiores a ellos; sin embargo, nuestra obra es importante. No estamos en el cielo, sino en la tierra. Cuando estemos en el cielo, entonces estaremos preparados para hacer la obra sublime y elevadora del cielo. Aquí en este mundo es donde debemos ser probados. Debemos estar armados para el conflicto y para el deber.

El deber más sublime que incumbe a las jóvenes es el que han de cumplir en sus propios hogares, al beneficiar a sus padres, hermanos y hermanas con afecto y verdadero interés. Allí es donde se puede manifestar abnegación y olvido propio, al cuidar a los demás y actuar en su favor. Nunca degradará este trabajo a una mujer. Es el cargo más sagrado y elevado que ella pueda ocupar. ¡Qué influencia puede ejercer una hermana sobre sus hermanos! Si ella vive correctamente, puede determinar cuál será el carácter de sus hermanos. Sus oraciones, su amabilidad y su afecto pueden valerle mucho en una familia. Hermana mía, estas nobles cualidades no pueden comunicarse a otras mentes, a menos que existan primero en la propia. El contentamiento de espíritu, el afecto, la amabilidad y la alegría del genio que manifieste a todo corazón le devolverán lo que Vd. dé a los demás. Si Cristo no reina en el corazón, habrá
[297] descontento y deformidad moral. El egoísmo requerirá de los demás lo que no estamos dispuestos a darles. Si Cristo no está en el corazón, el carácter será desapacible.

No son solamente las obras y las batallas grandes las que prueban el alma y exigen valor. La vida diaria causa perplejidades, pruebas y desalientos. Es el trabajo humilde el que con frecuencia exige paciencia y fortaleza. Se necesitará confianza propia y resolución para afrontar y vencer todas las dificultades. Asegúrese de que el Señor esté con Vd., para que sea en todo lugar su consuelo. Necesita mucho un espíritu manso y tranquilo, y sin él no puede tener felicidad. Dios le ayude, hermana mía, a buscar mansedumbre y justicia.

Lo que necesita Vd. es el Espíritu de Dios. Si está dispuesta a ser cualquier cosa o a no ser nada, Dios la ayudará, la fortalecerá y la bendecirá. Pero, si descuida los pequeños deberes, nunca le serán confiados otros mayores. [298]

Los pensamientos vanos[*] [*]

Todos vuestros actos, por secretos que penséis que hayan sido, están abiertos para vuestro Padre celestial. Nada le es oculto ni encubierto. Conoce todos vuestros actos y los motivos que los impulsan. El tiene pleno conocimiento de todas vuestras palabras y pensamientos.

Es vuestro deber dominar vuestros pensamientos. Tendréis que guerrear contra una imaginación vana. Podéis pensar que no es pecado permitir que vuestros pensamientos divaguen sin restricción. Pero no es así. Sois responsables ante Dios por acariciar pensamientos vanos; porque de las vanas imaginaciones nace la comisión de pecados, la ejecución de aquellas cosas en las cuales la mente se espació. Gobernad vuestros pensamientos, y entonces os será mucho más fácil gobernar vuestras acciones. Vuestros pensamientos necesitan ser santificados. Pablo escribe a los corintios: "Destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo." 2 Corintios 10:5. Cuando asumáis tal actitud, comprenderéis mejor la obra de consagración. Vuestros pensamientos serán puros, castos y elevados; vuestras acciones puras y sin pecado. Vuestros cuerpos serán conservados en santificación y honor, para que los podáis presentar "en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto." Romanos 12:1. Se requiere de vosotros que seáis abnegados tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Debéis entregaros completamente a Dios; en vuestro estado actual no sois aprobados por él. ...

[299] A fin de responder a los grandes fines de la vida, debéis evitar el ejemplo de aquellos que están buscando su propio placer y deleite, y que no tienen temor de Dios. Dios ha hecho amplias provisiones para vosotros. El ha dispuesto que si cumplís con las condiciones trazadas en su Palabra, y os separáis del mundo, recibiréis fuerza de él para

[*] Nota: Porción de un Testimonio dirigido a dos jóvenes.

[*] Testimonios para la Iglesia 3:81-84 (1872).

reprimir toda influencia degradante y desarrollar lo noble, bueno y elevador. Cristo será en vosotros "una fuente de agua que salte para vida eterna." Juan 4:14. La voluntad, el intelecto y toda emoción, cuando los controla la religión, tienen un poder transformador. [300]

Consideración por los que yerran*

Si después que uno hizo lo mejor que podía según su criterio, otro cree advertir algún detalle donde podría haber mejorado el asunto, debe dar a su hermano con bondad y paciencia el beneficio de su juicio, pero no puede censurarlo ni poner en duda su integridad de propósito, como no quisiera él tampoco que se sospechara de él o se le censurara injustamente. Si el hermano que toma a pecho la causa de Dios ve que ha fracasado en sus fervorosos esfuerzos para obrar, se afligirá por ello; porque estará inclinado a recelar de sí mismo y a perder la confianza en su propio juicio. Nada debilitará tanto su valor piadoso como el darse cuenta de sus errores en la obra que Dios le señaló y que él ama más que su propia vida. Cuán injusto sería entonces que sus hermanos, al descubrir sus errores, hundieran más y más la espina en su corazón, intensificando su dolor y debilitando con cada golpe su fe y valor y su confianza en sí mismo para trabajar con éxito en la edificación de la causa de Dios.

Con frecuencia la verdad y los hechos deben ser presentados claramente a los que yerran para hacerles ver y sentir su error a fin de que se reformen. Pero esto debe hacerse siempre con ternura compasiva, no con dureza o severidad, sino considerando uno mismo las propias debilidades, no sea que también resulte tentado. Cuando el que cometió la falta vea y reconozca su error, en vez de agraviarle y tratar de hacérsela sentir más hondamente, se le debe consolar. Cristo dijo en su sermón del monte: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir." Mateo 7:1, 2.

[301] Nuestro Salvador reprendió los juicios precipitados. "¿Por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, ... y he aquí la viga en tu ojo?" Mateo 7:3, 4. Sucede con frecuencia que mientras alguien está dispuesto a discernir los errores de sus hermanos, tal vez comete mayores faltas él mismo y, sin embargo, no lo ve.

*Testimonios para la Iglesia 3:92-94 (1872). (Del cap. "La obra en Battle Creek.")

Todos los que seguimos a Cristo debemos tratarnos unos a otros exactamente como deseamos que el Señor nos trate en nuestros errores y debilidades, porque todos erramos y necesitamos su compasión y perdón. Jesús consintió en revestirse de la naturaleza humana, para que supiese compadecerse de los mortales pecaminosos y errantes e interceder ante su Padre en favor de ellos. Se ofreció para ser el abogado del hombre y se humilló para familiarizarse con las tentaciones que asediaban al hombre, a fin de que pudiese socorrer a los que son tentados y fuera un tierno y fiel sumo sacerdote.

Con frecuencia es necesario reprender claramente el pecado y el mal. Pero los ministros que trabajan por la salvación de sus semejantes no deben ser implacables con los errores de unos y otros ni hacer resaltar sus defectos. No deben exponer o reprender sus debilidades. Deben preguntarse si, en caso de que otro siguiese esta conducta con ellos mismos, produciría el efecto deseado; ¿aumentaría su amor por el que recalcase sus errores o acrecentaría su confianza en él? Especialmente los errores de los ministros dedicados a la obra de Dios deben ser mantenidos en un círculo tan pequeño como sea posible, porque son muchos los débiles que se aprovecharían del saber que los que ministran en palabra y doctrina tienen debilidades como los otros hombres. Es algo muy cruel que las faltas de un ministro sean expuestas a los incrédulos si ese ministro es tenido por digno de trabajar en lo futuro por la salvación de las almas. Ningún bien puede provenir de esta exposición, sino solamente daño. Al Señor le desagrada esta conducta, porque socava la confianza del pueblo en aquellos a quienes él acepta para llevar a cabo su obra. El carácter de todo colaborador debe ser custodiado celosamente por sus hermanos [302] en el ministerio. Dios dice: “No toquéis ... a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas.” 1 Crónicas 16:22. Debe cultivarse el amor y la confianza. La falta de este amor y confianza de un ministro hacia otro, no aumenta la felicidad del que es así deficiente, sino que al mismo tiempo que labra la desdicha de su hermano, él mismo es desdichado. Hay en el amor mayor poder que en la censura. El amor se abrirá paso a través de las vallas, mientras que la censura cerrará toda vía de acceso al alma. [303]

Parábolas de los perdidos*

La oveja perdida

Se me remitió a la parábola de la oveja perdida. Se deja a las noventa y nueve en el desierto, y se inicia la búsqueda de aquella que se extravió. Cuando se la encuentra, el pastor la pone sobre sus hombros y regresa gozoso. No lo hace murmurando ni censura a la pobre oveja perdida por haberle causado tantas molestias, sino que regresa lleno de alegría con el peso de ésta sobre sus hombros.

Y aún se requiere una mayor demostración de gozo. Se llama a los amigos y vecinos para que se regocijen con el pastor, "porque he hallado mi oveja que se había perdido." El haber hallado la oveja perdida constituye el motivo del regocijo: nadie se interesa más en el hecho de que se haya extraviado, porque el gozo de haberla encontrado de nuevo supera la pena de la pérdida y todos los cuidados, perplejidades y peligros que se afrontaron al buscar a la oveja perdida y al traerla de nuevo a un lugar seguro. "Os digo, que así habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento." Lucas 15:6, 7.

La dracma perdida

La dracma perdida representa los pecadores extraviados y errantes. El cuidado con que la mujer buscó la dracma perdida les enseña a los seguidores de Cristo una lección con respecto a su deber hacia los que yerran y se extravían de la senda recta. La mujer encendió su candil para tener más luz, luego barrió la casa y buscó diligentemente
[304] hasta encontrar la moneda.

Aquí se define claramente cuál es el deber de los cristianos hacia aquellos que necesitan ayuda porque se han apartado de Dios. No se debe abandonar en las tinieblas y el error a aquellos que

*Testimonios para la Iglesia 3:99-104 (1872). (Del cap. "La obra en Battle Creek.")

han errado, sino que deben emplearse todos los medios de que se disponga para traerlos de nuevo a la luz. Se enciende el candil, y, mediante fervientes oraciones en procura de luz celestial para encarar los casos de aquellos que se encuentran cercados por las tinieblas y la incredulidad, se escudriña la Palabra de Dios para hallar puntos claros de la verdad, a fin de que los cristianos se encuentren tan fortificados con los argumentos que surgen de ella, con sus amonestaciones, amenazas y expresiones de ánimo, que puedan alcanzar a los que se han apartado. La indiferencia y la negligencia tendrán que hacer frente al desagrado de Dios.

Cuando la mujer encontró la dracma, llamó a sus amigos y vecinos y les dijo: "Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente." Lucas 15:9, 10. Si los ángeles de Dios se regocijan cuando los pecadores ven y confiesan sus errores y retornan al compañerismo de sus hermanos, cuánto más deberían alegrarse los seguidores de Cristo, siendo pecadores ellos mismos, ya que cada día necesitan del perdón de Dios y de sus hermanos, al ver regresar a su hermano o hermana que fuera engañado por los sofismas de Satanás y siguiera una conducta equivocada que le ocasionó sufrimiento.

En lugar de mantener a distancia a los errantes, los hermanos deben ir a su encuentro. En lugar de censurarlos porque están en las tinieblas, deben encender sus propias lámparas para obtener más gracia divina y un conocimiento más claro de las Escrituras, de modo que puedan disipar las tinieblas de aquellos que están en el error, gracias a la luz que les traen. Y cuando tienen éxito, y los apóstatas comprenden su error y se avienen a seguir en pos de la luz, deben recibirlos alegremente, y no con un espíritu de murmuración o haciendo un esfuerzo para darles a entender la magnitud de su [305]
pecado, por cuya causa se ha requerido preocupación extraordinaria, ansiedad, y fatigoso trabajo. Si los puros ángeles de Dios saludan el evento con alegría, cuánto más deben regocijarse los hermanos, quienes a su vez han necesitado simpatía, amor y ayuda cuando han errado y no han sabido cómo salir del paso al encontrarse en las tinieblas.

El hijo pródigo

Se me llamó la atención a la parábola del hijo pródigo. Pidió a su padre que le diera su porción de la herencia. Deseaba separar sus intereses de los de su padre y manejar su parte según su propia inclinación. El padre aceptó esta petición, y el hijo, egoístamente, se apartó de él, a fin de no sentirse molesto con sus consejos y reproches.

Pensaba que sería muy feliz cuando pudiera emplear su parte de la herencia de acuerdo con su propio placer, sin sentirse coartado por las advertencias o las restricciones. No deseaba sentir la molestia de la obligación mutua. Si compartía la propiedad con su padre, éste tenía derecho sobre él como hijo. Pero no sentía obligación alguna hacia su generoso progenitor, y fortaleció su espíritu rebelde y egoísta con la idea de que le pertenecía una parte de la propiedad del autor de sus días. Exigió esa parte cuando en justicia no podía pedir nada ni debiera haber recibido nada.

Después que el egoísta hubo recibido el tesoro del cual era tan indigno, se alejó como si hasta quisiera olvidarse de que tenía padre. Despreció la restricción y se decidió plenamente a obtener el placer del modo y la manera que mejor le pareciese. Después de haber gastado en sus complacencias pecaminosas todo lo que su padre le diera, se produjo una hambruna en el país, y se sintió atenaceado por la necesidad. Entonces comenzó a lamentarse por su conducta pecaminosa y sus placeres extravagantes, porque se encontraba desprovisto de todo y necesitaba los medios que había dilapidado. Se
[306] vió obligado a descender de su vida de satisfacciones pecaminosas al oficio degradante de porquerizo.

Después de haber caído hasta el fondo, pensó en la amabilidad y bondad paternas. Entonces sintió la necesidad de un padre. Por su propia culpa se encontraba sin amigos y sufriendo privaciones. Su desobediencia y pecado habían dado como consecuencia que se encontrara ahora separado de su progenitor. Pensó en los privilegios y bondades que los jornaleros de éste gozaban libremente, mientras él, que se había alejado de la casa de su padre, perecía de hambre. Humillado por la adversidad, decidió volver a él y confesar humildemente su falta. Era un pordiosero que carecía de ropas confortables

o aun decentes. Estaba arruinado por causa de las privaciones y enflaquecido por el hambre.

El amor del padre

Cuando se encontraba a cierta distancia de su hogar, su padre vió al vagabundo, y lo primero que hizo fué pensar en aquel hijo rebelde que le abandonara años antes para entregarse a una vida de pecado sin restricciones. Sus sentimientos paternos se conmovieron. A pesar de todas las señales de degradación, discernió su propia imagen en el hijo. No esperó a que éste recorriera toda la distancia, sino que se apresuró a ir a su encuentro. No le dirigió reproches, sino que, con la más tierna compasión y piedad por el hecho de que a causa de su propia conducta pecaminosa se había atraído tantos sufrimientos, se apresuró a darle pruebas de su amor y de su perdón.

A pesar de que su hijo estaba demacrado y su rostro indicaba claramente la vida disoluta que había llevado, a pesar de venir cubierto con los andrajos de un pordiosero y con los pies desnudos sucios por el polvo del camino, el padre sintió la más profunda piedad cuando éste cayó postrado humildemente delante de él. No se contuvo en su dignidad; no fué exigente. No desplegó ante él la conducta errónea y pecaminosa del pasado, para hacerle sentir cuánto había caído. Lo [307] levantó y lo besó. Estrechó a su hijo rebelde contra su corazón y envolvió en su propia rica túnica su cuerpo casi desnudo. Lo abrazó contra su pecho con tanto calor, y manifestó tanta piedad, que si alguna vez el hijo había dudado de la bondad y amor de su padre, no podía seguir haciéndolo. Si era consciente de su pecado cuando decidió regresar a la casa del autor de sus días, tuvo una sensación aun más profunda de su ingrata conducta cuando se le recibió de esta manera. Su corazón, ya vencido, se quebrantó ahora debido a que comprendía que había contristado el amor de ese padre.

El hijo penitente y tembloroso, que había temido mucho que se lo repudiara, no estaba preparado para tal recibimiento. Sabía que no lo merecía, y de este modo reconoció el pecado que cometiera al abandonar a su padre: “He pecado contra el cielo, y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Lucas 15:21. Sólo pedía que se le aceptara como jornalero. Pero el padre pidió a sus siervos

que le dieran señales especiales de respeto y que le vistieran como si siempre hubiese sido su propio hijo obediente.

El hermano celoso

El padre hizo del regreso de su hijo una ocasión de regocijo especial. El hijo mayor, que se encontraba en el campo, no sabía que su hermano había regresado, pero escuchó las demostraciones generales de regocijo y preguntó a los siervos qué significaba todo aquello. Se le explicó que su hermano, a quien creían muerto, había regresado, y que su padre había dado muerte al becerro grueso para él debido a que lo recibía como si hubiese resucitado de los muertos.

Entonces el hermano se enojó y no quiso ir a verlo ni a recibirlo. Se sentía muy indignado debido a que se recibía ahora con tanto honor al infiel, que había abandonado a su padre y le había dejado a él la pesada responsabilidad de cumplir con los deberes que debían haber compartido ambos. Este hermano se había entregado a una
[308] vida de maldad y libertinaje, había dilapidado los bienes que su padre le diera, hasta verse reducido a la necesidad, mientras que él había sido fiel en el hogar al llevar a cabo todos sus deberes de hijo; y ahora, este disoluto llega a casa y se lo recibe con respeto y honor superiores a todo lo que él jamás había recibido.

El padre suplicó a su hijo mayor que fuera y recibiese a su hermano con alegría, debido a que estaba perdido mas se lo había encontrado; estaba muerto en delitos y pecados, pero vivía de nuevo; había adquirido sensibilidad moral y aborrecía su vida de pecado. Pero el hijo mayor manifestó: "He aquí tantos años te sirvo, no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos: mas cuando vino este tu hijo, que ha consumido tu hacienda con rameras, has matado para él el becerro grueso." Lucas 15:29-32.

El anciano le aseguró a su hijo que siempre estaba con él, y que todo lo que tenía era suyo, pero que era correcto que manifestara su alegría de esa manera porque su "hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado." Para el padre, el hecho de que el perdido era hallado, el muerto había revivido, sobrepujaba todas las demás consideraciones.

Esta parábola fué dada por Cristo para representar la manera en que nuestro Padre celestial recibe a los errantes y arrepentidos. El padre es aquel contra el cual se ha pecado; sin embargo, en la compasión de su alma, lleno de piedad y perdón, se encuentra con el pródigo y le revela la gran alegría que significa para él que éste su hijo, a quien creía muerto a todo afecto filial, haya llegado a ser sensible a su gran pecado y negligencia, y haya vuelto a su padre, apreciando su amor y reconociendo sus requerimientos. Sabe que el hijo aquel que se había entregado a una vida de pecado y que ahora está arrepentido, necesita de su piedad y amor. Ha sufrido; ha sentido su necesidad, y viene hacia su padre confiando en que es el único que puede suplir su gran necesidad.

El regreso del hijo pródigo fué fuente de la mayor alegría. Las [309]
quejas del hijo mayor eran naturales, pero incorrectas. Sin embargo, ésa es frecuentemente la actitud que asumen mutuamente los hermanos. Se esfuerzan demasiado por hacer notar dónde han errado a los que se encuentran en el error, y por recordarles siempre sus equivocaciones. Los que han errado necesitan piedad, ayuda, simpatía. Sufren, y con frecuencia están abatidos y desalentados. Necesitan sobre todo un amplio perdón. [310]

El trigo y la cizaña*

En otra parábola que Jesús presentó a sus discípulos, comparó el reino de los cielos a un campo en el cual un hombre sembró buena simiente, pero, mientras dormía, el enemigo sembró cizaña. Se le preguntó entonces al padre de la familia: "¿No sembraste buena simiente en tu campo? ¿de dónde, pues, tiene cizaña? Y él les dijo: Un hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No; porque cogiendo la cizaña, no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas recoged el trigo en mi alfolí." Mateo 13:27-30. Si se hubiese ejercido fidelidad y vigilancia, si nadie hubiese dormido y manifestado negligencia, el enemigo no habría tenido una oportunidad tan favorable para sembrar la cizaña entre el trigo. Satanás no duerme nunca. Siempre vela y aprovecha toda oportunidad de mandar sus agentes a diseminar el error, pues halla suelo propicio en muchos corazones no santificados.

Los que creen sinceramente en la verdad son entristecidos y ven sus pruebas y pesares muy acrecentados por causa de los elementos que están entre ellos y los molestan, desalientan y descorazonan en sus esfuerzos. Pero el Señor quiere enseñarles a sus siervos una lección de gran cuidado en todos sus movimientos. "Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro." No arranquéis por la fuerza la cizaña, no sea que al desarraigarla, se desarraiguen también las preciosas plantas. Tanto los ministros como los miembros de la iglesia deben ser cautelosos, no sea que manifiesten un celo que no esté de acuerdo
[311] con el conocimiento. Hay peligro de hacer demasiado para curar en la iglesia dificultades que, si se las dejara en paz, con frecuencia se solucionarían solas. Es una conducta equivocada intervenir prematuramente en cualquier iglesia. Debemos ejercer el mayor cuidado, paciencia y dominio propio para soportar estas cosas, y

*Testimonios para la Iglesia 3:113-116 (1872).

no dedicarnos a ponerlas en orden, trabajando con nuestro propio espíritu.

La obra hecha en *** fué prematura, y ocasionó una separación inoportuna en esa pequeña iglesia. Si los siervos de Dios pudiesen haber sentido la fuerza de la lección que dió nuestro Salvador en la parábola del trigo y la cizaña, no habrían emprendido la obra que emprendieron. Antes que se den pasos que hayan de brindar aun a los más indignos la menor ocasión de quejarse por verse separados de la iglesia, el asunto debe ser hecho siempre objeto de la más cuidadosa consideración y ferviente oración.

En *** se tomaron medidas que crearon un partido opositor. Algunos eran oidores del lado del camino, otros eran terreno pedregoso, y otros aun pertenecían a esa clase que recibió la verdad mientras había en el corazón una cantidad de espinas que ahogaron la buena semilla; éstos no habrían perfeccionado nunca un carácter cristiano. Pero había unos pocos que podrían haber sido nutridos y fortalecidos, y haberse establecido en la verdad; pero la posición asumida por los Hnos. R*** y S*** provocó una crisis prematura; y luego se manifestó falta de sabiduría y juicio en el trato con la facción.

Aun cuando las personas merezcan tanto ser separadas de la iglesia como Satanás mereció ser echado del cielo, habrá quienes simpaticen con ellas. Hay siempre una clase de personas que siente más la influencia de los humanos que la del Espíritu de Dios y de los sanos principios; y dada su falta de consagración, están siempre dispuestas a ponerse de parte del mal y a conceder su compasión y compañía a los que menos las merecen. Estos simpatizantes ejercen una influencia poderosa sobre los demás; ven las cosas en una luz pervertida, hacen mucho daño y muchas almas quedan arruinadas. [312] Satanás, al rebelarse, arrastró consigo a una tercera parte de los ángeles. Estos se apartaron del Padre y del Hijo, y se unieron con el instigador de la rebelión. Teniendo presentes estos hechos, debemos obrar con la mayor cautela. ¿Qué podemos esperar sino pruebas y perplejidad en nuestra relación con hombres y mujeres singulares? Debemos soportar esto y evitar la necesidad de arrancar la cizaña, no sea que el trigo sea desarraigado también.

La bendición de las pruebas y la adversidad

"En el mundo tendréis aflicción" (Juan 16:33), dice Cristo, pero en mí tendréis paz. Las pruebas a las cuales son sometidos los cristianos en la tristeza, la adversidad y el oprobio, son los medios designados por Dios para separar el tamo del trigo. Nuestro orgullo, egoísmo, malas pasiones y amor de los placeres mundanales, deben ser todos vencidos; por lo tanto Dios nos manda aflicciones para probarnos, y mostrarnos que existen estos males en nuestro carácter. Debemos vencer por su fuerza y por su gracia, a fin de participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. "Porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación,—dice Pablo—nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria; no mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven: porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas." 2 Corintios 4:17, 18. Las aflicciones, las cruces, las tentaciones, la adversidad y nuestras variadas pruebas, son los medios que emplea Dios para refinarnos, santificarnos y hacernos dignos de su alfolí celestial.

El daño hecho a la causa de Dios por las acciones prematuras no puede nunca repararse plenamente. En *** la causa de Dios no ha progresado como habría podido hacerlo, y no es apreciada por la gente como antes que se hiciese esa obra. Con frecuencia, hay
[313] entre nosotros personas cuya influencia parece ser simplemente un cero a la izquierda; su vida parece inútil; pero si se les permite que se vuelvan rebeldes y combativas, se truecan en celosos obreros de Satanás. Esta obra está más de acuerdo con los sentimientos del corazón natural.

Es muy necesario el examen propio y la oración secreta. Dios ha prometido sabiduría a quienes se la pidan. A menudo emprenden la labor misionera quienes no están preparados para ella. Cultivan un celo exterior mientras descuidan la oración secreta. Cuando tal es el caso, se causa mucho daño, pues estos obreros procuran regir las conciencias de otros por sus propias normas. Necesitan mucho dominio propio. Las palabras apresuradas despiertan contienda. El Hno. S*** corre el peligro de ceder a un espíritu de crítica mordaz. Esto no cuadra en los ministros de justicia.

Hno. S***, Vd. tiene mucho que aprender. Se ha sentido inclinado a echar la culpa de sus fracasos y desalientos sobre el Hno. W***; pero una detenida investigación de sus motivos y conducta revelaría que estos desalientos tienen otras causas que se hallan en Vd. mismo. Al seguir las inclinaciones de su corazón natural se reduce a la servidumbre. El espíritu severo y torturador que alberga a veces, cercena su influencia. Hermano mío, Vd. tiene que hacer para sí mismo una obra que ninguna otra persona puede hacer por Vd. Cada uno deberá dar cuenta de sí mismo a Dios. El nos ha dado su ley como espejo en el cual podemos descubrir los defectos de nuestro carácter. No hemos de mirar este espejo con el propósito de ver reflejados los defectos de nuestro vecino ni de observar si él llega a la altura de la norma, sino para ver nuestras imperfecciones a fin de eliminarlas. El conocimiento no es todo lo que necesitamos; debemos seguir la luz. No se nos deja elegir por nuestra cuenta, para obedecer lo que nos agrada y desobedecer cuando nos conviene más. La obediencia es mejor que el sacrificio. [314]

La educación debida*

Tratar con las mentes juveniles es la obra más hermosa en que se hayan empeñado jamás hombres y mujeres. Debe ejercerse el mayor cuidado en la educación de los jóvenes, a fin de variar la manera de instruirlos, con el propósito de despertar las facultades más elevadas y nobles de la mente. Los padres y los maestros no están ciertamente preparados para educar debidamente a los niños si no han aprendido primero la lección del dominio propio, la paciencia, la tolerancia, la bondad y el amor. ¡Qué puesto importante es el de los padres, tutores y maestros! Son muy pocos los que comprenden las necesidades más esenciales de la mente, y cómo se ha de dirigir el intelecto que se desarrolla, los pensamientos y sentimientos en constante crecimiento de los jóvenes.

Hay una época para desarrollar a los niños, y otra para educar a los jóvenes; es esencial que en la escuela se combinen ambas en extenso grado. Se puede preparar a los niños para que sirvan al pecado, o para que sirvan a la justicia. La primera educación de los jóvenes amolda su carácter, tanto en su vida secular como en la religiosa. Salomón dice: “Instruye al niño en su carrera: aun cuando fuere viejo no se apartará de ella.” Proverbios 22:6. Este lenguaje es positivo. La preparación que Salomón recomienda consiste en dirigir, educar y desarrollar. Para hacer esta obra, los padres y los maestros deben comprender ellos mismos el “camino” por el cual debe andar el niño. Esto abarca más que tener simplemente un conocimiento de los libros. Abarca todo lo que es bueno, virtuoso, justo y santo. Abarca la práctica de la templanza, la piedad, la bondad fraternal y el amor mutuo y hacia Dios. A fin de alcanzar este objeto, debe recibir atención la educación física, mental, moral y religiosa de los
[315] niños.

La educación de los niños, en el hogar y en la escuela, no debe ser como el adiestramiento de los animales; porque los niños tienen una voluntad inteligente, que debe ser dirigida para que controle todas

*Testimonios para la Iglesia 3:131-135 (1872).

sus facultades. Los animales necesitan ser adiestrados, porque no tienen razón ni intelecto. Pero a la mente humana se le debe enseñar el dominio propio. Debe educársela para que rija al ser humano, mientras que los animales son controlados por un amo, y se les enseña a someterse a él. El amo es mente, juicio y voluntad para la bestia. Un niño puede educarse de tal manera que no tenga voluntad propia, como el animal. Aun su individualidad puede fundirse con la de aquel que dirige su adiestramiento; para todos los fines y propósitos, su voluntad está sometida a la voluntad del maestro.

Los niños así educados serán siempre deficientes en energía moral y responsabilidad individual. No se les ha enseñado a obrar por la razón y los buenos principios; sus voluntades han sido controladas por otros y su mente no ha sido despertada para que se expanda y fortalezca por el ejercicio. Sus temperamentos peculiares y capacidades mentales, no han sido dirigidos ni disciplinados para ejercer facultades más poderosas cuando lo necesiten. Los maestros no deben detenerse allí, sino que deben dar atención especial al cultivo de las facultades más débiles, a fin de que se cumplan todos los deberes, y se las desarrolle de un grado de fuerza a otro a fin de que la mente alcance las debidas proporciones.

Debe enseñarse la confianza propia

En muchas familias, los niños parecen bien educados, mientras están bajo la disciplina y el adiestramiento; pero cuando el sistema que los sujetó a reglas fijas se quebranta, parecen incapaces de pensar, actuar y decidir por su cuenta. Estos niños han estado durante tanto tiempo bajo una regla férrea sin que se les permitiera pensar o actuar por su cuenta en lo que les correspondía, que no tienen confianza en sí mismos para obrar de acuerdo con su propio juicio [316]
u opinión. Y cuando se apartan de sus padres para actuar por su cuenta, el juicio ajeno los conduce en dirección equivocada. No tienen estabilidad de carácter. No se les ha hecho depender de su propio juicio a medida que era posible, y por lo tanto su mente no se ha desarrollado ni fortalecido debidamente. Han estado durante tanto tiempo absolutamente controlados por sus padres, que fían completamente en ellos; sus padres son para ellos mente y juicio.

Por otro lado, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y maestros. Debe enseñárseles a los niños a respetar el juicio experimentado y a ser guiados por sus padres y maestros. Se los debe educar de tal manera que sus mentes estén unidas con las de sus padres y maestros, y se los ha de instruir para que comprendan lo conveniente que es escuchar sus consejos. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora de sus padres y maestros, su carácter no será como el junco que tiembla al viento.

En el caso de que no se les enseñe a los jóvenes a pensar debidamente y actuar por su cuenta, en la medida en que lo permita su capacidad e inclinación mental, a fin de que por este medio pueda desarrollarse su pensamiento, su sentido de respeto propio, y su confianza en su propia capacidad de obrar, el adiestramiento severo producirá siempre una clase de seres débiles en fuerza mental y moral. Y cuando se hallen en el mundo para actuar por su cuenta, revelarán el hecho de que fueron adiestrados como los animales, y no educados. Su voluntad, en vez de ser guiada, fué forzada a someterse por la dura disciplina de padres y maestros.

Aquellos padres y maestros que se jactan de ejercer el dominio completo de la mente y la voluntad de los niños que están bajo su cuidado, dejarían de jactarse si pudiesen ver la vida futura de los niños así dominados por la fuerza o el temor. Carecen casi completamente de preparación para compartir las severas responsabilidades [317] de la vida. Cuando estos jóvenes ya no estén bajo el cuidado de sus padres y maestros, y estén obligados a pensar y actuar por su cuenta, es casi seguro que seguirán una conducta errónea y cederán al poder de la tentación. No tienen éxito en esta vida; y se advierten las mismas deficiencias en su vida religiosa. Si los instructores de los niños y los jóvenes pudiesen ver desplegados delante de ellos el resultado futuro de su disciplina errónea, cambiarían su plan de educación. Esa clase de maestros que se congratulan de dominar casi por completo la voluntad de sus alumnos, no son los que tienen más éxito, aunque momentáneamente las apariencias sean halagadoras.

Dios no quiso nunca que una mente humana estuviese bajo el dominio completo de otra. Los que se esfuerzan porque la individualidad de sus alumnos se funda en la suya, para ser mente, voluntad y conciencia de ellos, asumen terribles responsabilidades. Estos

alumnos pueden, en ciertas ocasiones, parecerse a soldados bien adiestrados. Pero, cuando se elimine la restricción, no actuarán en forma independiente, basados en principios firmes que existan en ellos. Los que tienen por objeto educar a sus alumnos para que vean y sientan que tienen en sí el poder de ser hombres y mujeres de principios firmes, preparados para afrontar cualquier situación de la vida, son los maestros de mayor utilidad y éxito permanente. Puede ser que su obra no sea vista bajo los aspectos más ventajosos por los observadores descuidados, y que sus labores no sean apreciadas tan altamente como las del maestro que domina la mente y la voluntad de sus alumnos por la autoridad absoluta; pero la vida futura de los alumnos demostrará los mejores resultados de ese mejor plan de educación.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros ordenen y dicten demasiado, mientras que no mantienen suficientes relaciones sociales con sus hijos o alumnos. Con frecuencia se muestran demasiado reservados y ejercen su autoridad en una forma fría y carente de simpatía, que no puede conquistar el corazón de sus [318]
hijos y alumnos. Si hiciesen acercar a los niños a sí y les demostrasen que los aman, y manifestasen interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces niños entre los niños, podrían hacer muy felices a éstos y conquistarían su amor y su confianza. Y los niños respetarían y amarían más temprano la autoridad de sus padres y maestros.

Los hábitos y principios de un maestro deben considerarse como de mayor importancia que su preparación literaria. Si es un cristiano sincero, sentirá la necesidad de interesarse por igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus alumnos. A fin de ejercer la debida influencia, debe tener perfecto dominio de sí mismo y su propio corazón debe estar henchido de amor por sus alumnos, cosa que se revelará en su mirada, sus palabras y actos. Debe ser de carácter firme, para poder amoldar la mente de sus alumnos, como también instruirlos en las ciencias. La primera educación de los jóvenes modela generalmente su carácter para toda la vida. Los que tratan con los jóvenes deben ser cuidadosos para despertar sus cualidades mentales, a fin de que sepan dirigir sus facultades de manera que puedan ejercitarlas con el mayor provecho. [319]

La reforma pro salud*

El 10 de diciembre de 1871 me fué mostrado que la reforma pro salud es un ramo de la gran obra que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor. Está tan íntimamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano lo está con el cuerpo. La ley de los Diez Mandamientos ha sido considerada livianamente por los hombres, pero el Señor no quiso venir a castigar a los transgresores de dicha ley sin mandarles primero un mensaje de amonestación. El tercer ángel proclama ese mensaje. Si los hombres hubieran sido siempre obedientes al Decálogo, y hubiesen llevado a cabo en su vida los principios de esos preceptos, la maldición de tanta enfermedad que ahora inunda al mundo no existiría.

Debemos recalcar la ley natural

Los hombres y mujeres no pueden violar la ley natural, complaciendo un apetito depravado y pasiones concupiscentes, sin violar la ley de Dios. Por lo tanto, el Señor ha permitido que sobre nosotros resplandezca la luz de la reforma pro salud, para que veamos el pecado que cometemos al violar las leyes que él estableció en nuestro ser. Todos nuestros goces o sufrimientos pueden atribuirse a la obediencia o transgresión de la ley natural.

Nuestro misericordioso Padre celestial ve la condición deplorable de los hombres, que, a sabiendas unos, por ignorancia muchos, viven violando las leyes que él estableció. Pero por su amor y compasión hacia la especie humana, él hace resplandecer la luz de la reforma pro salud. Promulga su ley y anuncia la penalidad que se aplicará a la transgresión de ella, para que todos puedan aprender
[320] y procuren vivir en armonía con la ley natural. Proclama su ley tan distintamente y la hace tan eminente que es como una ciudad asentada sobre una montaña. Todos los seres responsables pueden comprenderla si quieren. Los idiotas no serán responsables. Hacer

*Testimonios para la Iglesia 3:161 (1872).

clara la ley natural e instar a que se la obedezca es la obra que acompaña al mensaje del tercer ángel, con el propósito de preparar un pueblo para la venida del Señor. [321]

Peligro de los aplausos*

Se me ha mostrado que debe ejercerse gran cautela, aun cuando se necesite aliviar la pesada carga que oprime a hombres y mujeres, no sea que éstos confíen en su propia sabiduría y dejen de fiar únicamente en Dios. Es peligroso adular a las personas o ensalzar la capacidad de un ministro de Cristo. En el día de Dios, muchos serán pesados en la balanza y hallados faltos por causa del ensalzamiento. Quisiera amonestar a mis hermanos y hermanas a que nunca adulen a las personas por causa de su capacidad; porque esto las perjudica. El yo se ensalza fácilmente, y como consecuencia, las personas pierden el equilibrio. Repito a mis hermanos y hermanas: Si queréis que vuestras almas estén limpias de la sangre de todos los hombres, nunca aduléis ni alabéis los esfuerzos de pobres mortales; porque ello puede causar su ruina. Es peligroso ensalzar por palabras y acciones a los hermanos o hermanas, por humildes que parezcan ser en su conducta. Si ellos poseen realmente el espíritu manso y humilde que Dios estima tan altamente, ayudadles a retenerlo. Esto no se hará censurándolos, ni dejando de apreciar debidamente su verdadero valor. Pero son pocos los que pueden soportar sin perjuicio la alabanza.

Algunos ministros capaces que están ahora predicando la verdad presente, aman la aprobación. El aplauso los estimula como el vaso de vino al bebedor. Colocad a estos ministros frente a una congregación pequeña que no prometa excitación especial ni provoque oposición definida, y perderán su interés y celo y parecerán tan lánguidos en la obra como el bebedor cuando se ve privado de su dosis de bebida. Estos hombres no llegarán a ser obreros verdaderos y prácticos hasta que hayan aprendido a trabajar sin la excitación
[322] del aplauso.

*Testimonios para la Iglesia 3:185, 186 (1872).

El trabajo a favor de los que yerran*

Cristo se identificó con las necesidades de la gente. Sus necesidades y sufrimientos eran los suyos. El dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí." Mateo 25:35, 36. Los siervos de Dios deben tener en su corazón tierno afecto y sincero amor por los discípulos de Cristo. Deben manifestar el profundo interés que Cristo hace resaltar en el cuidado del pastor por la oveja perdida; deben seguir el ejemplo dado por Cristo y manifestar la misma compasión y amabilidad y el mismo amor tierno y compasivo que él nos demostró a nosotros.

Las grandes potencias morales del alma son la fe, la esperanza y el amor. Si éstas son inactivas, el predicador puede tener todo el celo y fervor que quiera, pero su labor no será aceptada por Dios y no podrá beneficiar a la iglesia. El ministro de Cristo, que lleva el mensaje solemne de Dios a la gente, debe proceder siempre con justicia, amar la misericordia y andar humildemente delante de Dios. Si está el espíritu de Cristo en el corazón, inclinará toda facultad del alma a nutrir y proteger las ovejas de su dehesa, como fiel y verdadero pastor. El amor es la cadena de oro que liga mutuamente los corazones con vínculos voluntarios de amistad, ternura y fiel constancia, y que liga el alma a Dios.

Entre los hermanos hay una decidida falta de amor, compasión y piadosa ternura. Los ministros de Cristo son demasiado fríos e inexorables. Sus corazones no arden de tierna compasión y ferviente amor. La más pura y más elevada devoción a Dios es la que se manifiesta en los deseos y esfuerzos más fervientes por ganar almas [323]
para Cristo. La razón por la cual los ministros que predican la verdad presente no tienen más éxito, consiste en que son deficientes, muy deficientes, en fe, esperanza y amor. Todos nosotros tenemos que afrontar y soportar trabajos y conflictos, actos de abnegación

*Testimonios para la Iglesia 3:186-188 (1872).

y pruebas secretas del corazón. Sentiremos pesar y derramaremos lágrimas por nuestros pecados; sostendremos constantes luchas y vigilias, mezcladas con remordimientos y vergüenza, por causa de nuestras deficiencias.

No olviden los ministros de la cruz de nuestro Salvador su experiencia en estas cosas, mas tengan siempre presente que son tan sólo hombres sujetos a error y a las mismas pasiones que sus hermanos; y que para ayudar a éstos deben ser perseverantes en sus esfuerzos para beneficiarlos, teniendo el corazón lleno de compasión y amor. Deben acercarse al corazón de sus hermanos, y ayudarles en aquello en que son débiles y necesitan más ayuda. Los que trabajan en palabra y doctrina deben quebrantar su propio corazón duro, orgulloso e incrédulo, si quieren notar la misma obra en sus hermanos. Cristo lo ha hecho todo para nosotros, porque éramos impotentes; estábamos atados con cadenas de tinieblas, pecado y desesperación y no podíamos hacer nada por nosotros mismos. Es mediante el ejercicio de la fe, la esperanza y el amor como nos acercamos más y más a la norma de la perfecta santidad. Nuestros hermanos sienten la misma lastimosa necesidad de ayuda que hemos sentido nosotros. No debemos recargarnos con censuras innecesarias, sino que debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a ser muy compasivos y tiernos, para que podamos llorar por los que yerran y los que han apostatado de Dios. El alma tiene un valor infinito, que no puede estimarse sino por el precio pagado por su rescate. ¡El Calvario! ¡El Calvario! ¡El Calvario explicará el verdadero valor del alma!

* * * * *

Las medidas benignas, las respuestas impregnadas de mansedum-
[324] bre y las palabras agradables se prestan mucho más para reformar y salvar que la severidad y la dureza. Un poco de dureza excesiva puede colocar a las personas fuera de nuestro alcance, mientras que un espíritu conciliador sería el medio de vincularlas con nosotros, y podríamos entonces corroborarlas en el buen camino. Debemos ser también impulsados por un espíritu perdonador y reconocer todo
[325] buen propósito y acto de los que nos rodean.[*]

[*] Testimonios para la Iglesia 4:65 (1876).

El amor y el deber*

El amor tiene un hermano gemelo que es el deber. El amor y el deber se encuentran lado a lado. El amor puesto en ejercicio mientras se descuida el deber, hará a los hijos testarudos, voluntariosos, perversos, egoístas y desobedientes. Si se emplea el severo deber solo, sin que el amor lo suavice y domine, tendrá un resultado similar. El deber y el amor deben fusionarse a fin de que los niños sean debidamente disciplinados.

Antiguamente, fueron dadas instrucciones a los sacerdotes: "Y enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo santo y lo profano, y les enseñarán a discernir entre lo limpio y lo no limpio. Y en el pleito ellos estarán para juzgar; conforme a mis derechos lo juzgarán." Ezequiel 44:23, 24. "Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte, y él no se apartare de su camino, por su pecado morirá él, y tú libraste tu vida." Ezequiel 33:8, 9.

En estos pasajes se presenta claramente el deber de los siervos de Dios. Ellos no pueden eximirse de cumplir fielmente su deber de reprender pecados y males entre el pueblo de Dios, aunque sea una tarea desagradable y no sea aceptada por el que yerra. Pero en la mayor parte de los casos, el que es reprendido aceptaría la amonestación y oiría el reproche si no fuese que otros se interponen en el camino. Estos se acercan como simpatizantes y compadecen al que ha sido reprendido, y creen que deben defenderlo. No ven que al Señor le desagrada el que hace mal, porque la causa del Señor ha sido herida y su nombre cubierto de oprobio. [326]

Hay almas que fueron apartadas de la verdad y que perdieron la fe como resultado de la conducta errónea seguida por el que faltó. Pero el siervo de Dios, cuyo discernimiento está entorpecido y cuyo juicio es torcido por malas influencias, se siente tan inclinado a

*Testimonios para la Iglesia 3:195, 196 (1872).

ponerse del lado del ofensor cuya influencia ha hecho mucho daño, como de parte del que reprende lo malo y el pecado, y al hacer así dice virtualmente al pecador: "No se aflija, no se abata; al fin de cuentas Vd. tiene casi razón." Dice al pecador: "Todo te irá bien."

Dios requiere que sus siervos anden en la luz y no se cubran los ojos para no discernir las obras de Satanás. Deben estar preparados para amonestar y reprender a los que están en peligro por causa de sus sutilezas. Satanás trabaja a diestra y siniestra para obtener ventajas. No descansa. Es perseverante y astuto. Vela para aprovechar toda circunstancia y utilizarla en su guerra contra la verdad y los intereses del reino de Dios. Es lamentable que los siervos de Dios, ante las trampas de Satanás, no ejerzan ni la mitad del cuidado que debieran ejercer. En vez de resistir al diablo para que huya de ellos,
[327] muchos se inclinan a transigir con las potestades de las tinieblas.

La iglesia de Laodicea*

El mensaje a la iglesia de Laodicea es una denuncia sorprendente y se aplica al actual pueblo de Dios.

"Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea. He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo." Apocalipsis 3:14-17.

El Señor nos muestra aquí que el mensaje que deben dar a su pueblo los ministros que él ha llamado para que amonesten a la gente no es un mensaje de paz y seguridad. No es meramente teórico, sino práctico en todo detalle. En el mensaje a los laodicenses, los hijos de Dios son presentados en una posición de seguridad carnal. Están tranquilos, creyéndose en una exaltada condición de progreso espiritual. "Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo."

¡Qué mayor engaño puede penetrar en las mentes humanas que la confianza de que en ellos todo está bien cuando todo anda mal! El mensaje del Testigo Fiel encuentra al pueblo de Dios sumido en un triste engaño, aunque crea sinceramente dicho engaño. No sabe que su condición es deplorable a la vista de Dios. Aunque aquellos a quienes se dirige el mensaje del Testigo Fiel se lisonjean de que se encuentran en una exaltada condición espiritual, dicho mensaje quebranta su seguridad con la sorprendente denuncia de su [328]
verdadera condición de ceguera, pobreza y miseria espirituales. Este testimonio tan penetrante y severo no puede ser un error, porque es el Testigo Fiel el que habla y su testimonio debe ser correcto.

A los que se sienten seguros por causa de sus progresos y se creen ricos en conocimiento espiritual, les cuesta recibir el mensaje

*Testimonios para la Iglesia 3:252-258 (1873).

que declara que están engañados y necesitan toda gracia espiritual. El corazón que no ha sido santificado es engañoso "más que todas las cosas, y perverso." Jeremías 17:9. Se me mostró que muchos se ilusionan creyéndose buenos cristianos, aunque no tienen un solo rayo de la luz de Jesús. No tienen una viva experiencia personal en la vida divina. Necesitan humillarse profunda y cabalmente delante de Dios antes de sentir su verdadera necesidad de realizar esfuerzos fervientes y perseverantes para obtener los preciosos dones del Espíritu.

Dios conduce a su pueblo paso a paso. La vida cristiana es una constante batalla y una marcha. No hay descanso de la lucha. Es mediante esfuerzos constantes e incesantes como nos mantenemos victoriosos sobre las tentaciones de Satanás. Como pueblo, estamos triunfando en la claridad y fuerza de la verdad. Somos plenamente sostenidos en nuestra posición por una abrumadora cantidad de claros testimonios bíblicos. Pero somos muy deficientes en humildad, paciencia, fe, amor, abnegación, vigilancia y espíritu de sacrificio según la Biblia. Necesitamos cultivar la santidad bíblica. El pecado prevalece entre el pueblo de Dios. El claro mensaje de reprensión enviado a los laodicenses no es recibido. Muchos se aferran a sus dudas y pecados predilectos, a la par que están tan engañados que hablan y sienten como si nada necesitasen. Piensan que es innecesario el testimonio de reproche del Espíritu de Dios, o que no se refiere a ellos. Los tales se hallan en la mayor necesidad de la gracia de Dios y de discernimiento espiritual para poder descubrir su falta de conocimiento espiritual. Les falta casi toda cualidad necesaria
[329] para perfeccionar un carácter cristiano. No tienen el conocimiento práctico de la verdad bíblica que induce a la humildad en la vida y a conformar la voluntad a la de Cristo. No viven obedeciendo a todos los requerimientos de Dios.

No es suficiente el simple hecho de profesar creer la verdad. Todos los soldados de la cruz de Cristo se obligan virtualmente a entrar en la cruzada contra el adversario de las almas, a condenar lo malo y sostener la justicia. Pero el mensaje del Testigo Fiel revela el hecho de que nuestro pueblo está sumido en un terrible engaño, que impone la necesidad de amonestarlo para que interrumpa su sueño espiritual y se levante a cumplir una acción decidida.

La causa de la ceguera espiritual

En mi última visión se me mostró que este mensaje decidido del Testigo Fiel no ha cumplido aún el designio de Dios. La gente duerme en sus pecados. Continúa declarándose rica, y sin necesidad de nada. Muchos preguntan: ¿Por qué se dan todos estos reproches? ¿Por qué los Testimonios nos acusan continuamente de apostasía y graves pecados? Amamos la verdad; estamos prosperando; no necesitamos esos testimonios de amonestación y reproche. Pero miren sus corazones estos murmuradores y comparen su vida con las enseñanzas prácticas de la Biblia; humillen sus almas delante de Dios; ilumine la gracia de Dios las tinieblas; y caerán las escamas de sus ojos y se percatarán de su verdadera pobreza y miseria espirituales. Sentirán la necesidad de comprar oro, que es la fe y el amor puro; ropa blanca, que es el carácter inmaculado, purificado en la sangre de su amado Redentor; y colirio, que es la gracia de Dios, y que les dará un claro discernimiento de las cosas espirituales para descubrir el pecado. Estas cosas son más preciosas que el oro de Ofir.

Se me ha mostrado que la mayor razón por la cual los hijos de Dios se encuentran ahora en este estado de ceguera espiritual, es que no quieren recibir la corrección. Muchos han despreciado los [330]
reproches y amonestaciones que se les dirigieron. El Testigo Fiel condena la tibieza de los hijos de Dios, que confiere a Satanás gran poder sobre ellos en este tiempo de espera y vigilancia. Los egoístas, los orgullosos y los amantes del pecado se ven siempre asaltados por dudas. Satanás sabe sugerir dudas e idear objeciones contra el testimonio directo que Dios envía, y muchos piensan que es una virtud, un indicio de inteligencia ser incrédulos, dudar y argüir. Los que desean dudar tendrán bastante oportunidad de hacerlo. Dios no se propone suprimir todo motivo de incredulidad. El da evidencias que deben ser investigadas cuidadosamente con mente humilde y espíritu dispuesto a recibir enseñanza; y todos deben decidir por el peso de las evidencias.

La vida eterna es de valor infinito y nos costará todo lo que poseemos. Se me mostró que no estimamos debidamente las cosas eternas. Todo lo que es digno de posesión, aun en este mundo, debe obtenerse mediante esfuerzo y a veces por el sacrificio más penoso. Y ello es tan sólo para obtener un tesoro perecedero. ¿Estaremos

menos dispuestos a soportar conflictos y trabajos y a hacer esfuerzos fervientes y grandes sacrificios, para obtener un tesoro que es de valor incalculable y una vida que se mide con la del Infinito? ¿Puede el cielo costarnos demasiado?

La fe y el amor son tesoros áureos, elementos que faltan en gran manera entre el pueblo de Dios. Se me ha mostrado que la incredulidad en los testimonios de amonestación, estímulo y reproche está apartando la luz del pueblo de Dios. La incredulidad les cierra los ojos para que ignoren su verdadera condición. El Testigo Fiel describe así su ceguera: "Y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo." Apocalipsis 3:17.

La fe en la pronta venida de Cristo se está desvaneciendo. "Mi señor se tarda en venir" (Mateo 24:48), es no sólo lo que se dice en el corazón, sino que se expresa en palabras y muy definidamente en
[331] las obras. En este tiempo de vigilia, el estupor anubla los sentidos del pueblo de Dios con respecto a las señales de los tiempos. La terrible iniquidad que tanto abunda requiere la mayor diligencia y el testimonio vivo para impedir que el pecado penetre en la iglesia. La fe ha estado disminuyendo en grado temible, y únicamente el ejercicio puede hacerla aumentar.

Cuando nació el mensaje del tercer ángel, los que se dedicaban a la obra de Dios tenían algo que arriesgar, tenían que hacer sacrificios. Empezaron esta obra en la pobreza y sufrieron las mayores privaciones y oprobios. Arrostraban una oposición resuelta que los impulsaba hacia Dios en su necesidad y mantenía viva su fe.[*] Nuestro actual plan de la benevolencia sistemática sostiene ampliamente a nuestros predicadores y no hay necesidad de que ellos ejerzan fe en que serán sostenidos. Los que ahora emprenden la predicación de la verdad no tienen nada que arriesgar. No corren peligros, ni tienen que hacer sacrificios especiales. El sistema de la verdad está listo y a mano, y se provee a los obreros de publicaciones que defienden las verdades que ellos promulgan.

[*] Las primeras tentativas de obtener fondos sistemáticamente consistieron en pedir a cada miembro que diese semanalmente una ofrenda específica y una cantidad correspondiente a cierto porcentaje de la propiedad que poseía. Esto se conoció como la "benevolencia sistemática," precursora del sistema de los diezmos tan bien conocido hoy.—F. P. W.

Algunos jóvenes se inician en la obra sin tener un sentimiento real de su exaltado carácter. No tienen que soportar privaciones, penurias ni severos conflictos que requerirían el ejercicio de la fe. No cultivan la abnegación práctica ni albergan un espíritu de sacrificio. Algunos se están poniendo orgullosos y engreídos, y no tienen verdadera preocupación por la obra. El Testigo Fiel dice a estos ministros: "Sé pues celoso, y arrepiéntete." Apocalipsis 3:19. Algunos de ellos se ensoberbecen tanto que son realmente un estorbo y una maldición para la preciosa causa de Dios. No ejercen una influencia salvadora sobre los demás. Estos hombres necesitan convertirse cabalmente a [332] Dios y ser santificados por las verdades que presentan a otros.

Muchos se sienten impacientes e irritados porque son frecuentemente molestados por amonestaciones y reproches que les hacen acordar de sus pecados. Dice el Testigo Fiel: "Yo conozco tus obras." Apocalipsis 3:15. Los motivos, los propósitos, la incredulidad, las sospechas y los celos, pueden ocultarse de los hombres, pero no de Cristo. El Testigo Fiel viene como consejero: "Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." Apocalipsis 3:18-21.

Testimonios directos en la iglesia

Los que son reprendidos por el Espíritu de Dios no deben levantarse contra el humilde instrumento. Es Dios, y no un mortal sujeto a error, quien ha hablado para salvarlos de la ruina. Los que desprecian la amonestación serán dejados en las tinieblas y se engañarán a sí mismos. Pero los que la escuchen y se dediquen celosamente a la obra de apartar sus pecados de sí a fin de tener las gracias necesarias, estarán abriendo la puerta de su corazón para que el amado Salvador pueda entrar y morar con ellos. Esta clase de personas se encontrará siempre en perfecta armonía con el testimonio del Espíritu de Dios.

Los ministros que predican la verdad presente no deben descuidar el solemne mensaje dirigido a los laodicenses. El testimonio del Testigo Fiel no es un mensaje suave. El Señor no nos dice: "Estáis
[333] más o menos bien; habéis soportado castigos y reproches que nunca merecisteis; habéis sido innecesariamente desalentados por la severidad; no sois culpables de los males y pecados por los cuales se os reprendió."

El Testigo Fiel declara que cuando uno supone que está en buenas condiciones de prosperidad, realmente lo necesita todo. No es suficiente que los ministros presenten temas teóricos; deben también presentar los temas prácticos. Deben estudiar las lecciones prácticas que Cristo dió a sus discípulos, y hacer una detenida aplicación de las mismas a sus propias almas y a las de la gente. Porque Cristo da este testimonio de reprensión, ¿supondremos que le faltan sentimientos de tierno amor hacia su pueblo? ¡Oh, no! El que murió para redimir al hombre de la muerte, ama con amor divino, y a aquellos a quienes ama los reprende. "Yo reprendo y castigo a todos los que amo." Pero muchos no quieren recibir el mensaje que el cielo les manda gracias a su misericordia. No pueden soportar que se les hable de su negligencia en el cumplimiento del deber, ni de sus malas acciones, de su egoísmo, orgullo y amor al mundo.

* * * * *

Peligros de los postreros días—Estamos viviendo en un tiempo muy solemne e importante en la historia de esta tierra. Nos vemos en medio de los peligros de los postreros días. Están por sobrecogernos sucesos importantes y terribles. ¡Cuán necesario es que todos los que temen a Dios y aman su ley, se humillen delante de él y se aflijan y lamenten, confesando los pecados que han separado a Dios de su pueblo! Lo que debe excitar la mayor alarma es que no sentimos ni comprendemos nuestra condición degradada, y que nos contentamos con permanecer como estamos. Debemos acudir a la Palabra de Dios y a la oración, buscando individualmente al Señor con fervor, para
[334] encontrarlo. Debemos hacer de esto nuestro primer quehacer.[*]

[*] Testimonios para la Iglesia 3:53 (1872).

El deber de reprender el pecado*

Se me ha mostrado que Dios ilustra aquí cómo considera el pecado de los que profesan ser el pueblo que guarda sus mandamientos. Aquellos a quienes él ha honrado especialmente haciéndoles presenciar las notables manifestaciones de su poder, como al antiguo Israel, y que aun así se atreven a despreciar sus expresas indicaciones, serán objeto de su ira. Quiere enseñar a su pueblo que la desobediencia y el pecado le ofenden excesivamente, y que no se los debe considerar livianamente. Nos muestra que cuando su pueblo es hallado en pecado, debe inmediatamente tomar medidas decisivas para apartar el pecado de sí, a fin de que el desagrado de Dios no descanse sobre él.

Pero si los que ocupan puestos de responsabilidad pasan por alto los pecados del pueblo, su desagrado pesará sobre ellos, y el pueblo de Dios será tenido en conjunto por responsable de esos pecados. En su trato con su pueblo en lo pasado, el Señor reveló la necesidad de purificar la iglesia del mal. Un pecador puede difundir tinieblas que privarán de la luz de Dios a toda la congregación. Cuando el pueblo comprende que las tinieblas se asientan sobre él y no conoce las causas, debe buscar a Dios con gran humillación, hasta que se hayan descubierto y desechado los males que agravian su Espíritu.

El prejuicio que se ha levantado contra nosotros porque hemos reprendido los males cuya existencia Dios me reveló, y la acusación que se ha suscitado de que somos duros y severos, es injusta. Dios nos ordena hablar, y no queremos callar. Si hay males evidentes entre su pueblo, y si los hijos de Dios los pasan por alto con indiferencia, en realidad éstos sostienen y justifican al pecador, son igualmente culpables y causarán como aquél el desagrado de Dios, porque serán [335]
hechos responsables de los pecados de los culpables. Se me han mostrado en visión muchos casos que provocaron el desagrado de Dios por la negligencia de sus siervos al tratar con los males y pecados que existían entre ellos. Los que excusaron estos males fueron considerados por el pueblo como personas de disposición

*Testimonios para la Iglesia 3:265-269 (1873). (Del cap. “La iglesia de Laodicea.”)

muy amable, simplemente porque rehuían el desempeño de un claro deber bíblico. La tarea no era agradable para sus sentimientos; por lo tanto la eludían.

El espíritu de odio que ha existido entre algunos porque fueron reprendidos los males que reinaban entre el pueblo de Dios, ha ocasionado ceguera y un terrible engaño para sus almas, haciéndoles imposible discriminar entre lo bueno y lo malo. Los tales han apagado su propia visión espiritual. Pueden presenciar los males, pero no se sienten como se sentía Josué, ni se humillan al advertir el peligro de las almas.

El verdadero pueblo de Dios, que toma a pecho el espíritu de la obra del Señor y la salvación de las almas, verá siempre al pecado en su verdadero carácter pecaminoso. Estará siempre de parte de los que denuncian claramente los pecados que tan fácilmente asedian a los hijos de Dios. Especialmente en la obra final que se hace en favor de la iglesia, en el tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil que han de subsistir sin defecto delante del trono de Dios, sentirán muy profundamente los yerros de los que profesan ser hijos de Dios. Esto lo expone con mucho vigor la ilustración que presenta el profeta acerca de la última obra, bajo la figura de los hombres que tenían sendas armas destructoras en las manos. Entre ellos había uno vestido de lino que tenía a su lado un tintero. "Y díjole Jehová: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella." Ezequiel 9:4.

¿Quiénes siguen el consejo de Dios en este tiempo? ¿Son los
[336] que excusan virtualmente los yerros de entre el profeso pueblo de Dios, y quienes murmuran en su corazón, si no abiertamente, contra los que quisieran reprender el pecado? ¿Son aquellos que se les oponen y simpatizan con los que contemporizan con el mal? No, en verdad. A menos que se arrepientan, y dejen la obra satánica de oprimir a los que tienen la preocupación de la obra, y de dar la mano a los pecadores de Sión, nunca recibirán el sello de la aprobación de Dios. Caerán en la destrucción general de los impíos, representada por la obra de los hombres que llevaban armas. Nótese esto con cuidado: Los que reciban la marca pura de la verdad, desarrollada en ellos por el poder del Espíritu Santo y representada por el sello del hombre vestido de lino, son los que "gimen y que claman a causa

de todas las abominaciones que se hacen" en la iglesia. Su amor por la pureza y el honor y la gloria de Dios es tal, y tienen una visión tan clara del carácter excesivamente pecaminoso del pecado, que se los representa agonizando, suspirando y llorando. Léase el capítulo noveno de Ezequiel.

Pero la matanza general de todos los que no ven así el amplio contraste entre el pecado y la justicia, y no tienen los sentimientos de aquellos que siguen el consejo de Dios y reciben la señal, está descrita en la orden dada a los cinco hombres con armas: "Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad viejos, mozos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario." Ezequiel 9:5, 6.

Acán es una lección objetiva

En el caso del pecado de Acán, Dios dijo a Josué: "Ni seré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros." Josué 7:12. ¿Cómo se compara este caso con la conducta seguida por los que no quieren alzar la voz contra el pecado y el mal, sino que siempre simpatizan con aquellos que perturban el campamento de Israel con sus pecados? Dios dijo a Josué: "No podrás estar delante [337] de tus enemigos, hasta tanto que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros." Vers. 13. Pronunció el castigo que debía seguir a la transgresión de su pacto.

Josué inició entonces una diligente búsqueda para descubrir al culpable. Consideró a Israel por tribus, luego por familias, y al fin individualmente; y Acán fué descubierto como el culpable. Pero, a fin de que el asunto fuese claro para todo Israel y que no hubiese ocasión de murmurar y decir que se había hecho sufrir a un inocente, Josué obró con método. Sabía que Acán era el transgresor y que había ocultado su pecado y provocado la ira de Dios contra su pueblo. Indujo discretamente a Acán a que confesara su pecado, a fin de que el honor y la justicia de Dios fuesen vindicados delante de Israel. "Entonces Josué dijo a Acán: Hijo mío, da gloria ahora a Jehová el Dios de Israel y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.

"Y Acán respondió a Josué, diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y he hecho así y así: Que vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un changote de oro de peso de cincuenta siclos; lo cual codicié y tomé: y he aquí que está escondido debajo de tierra en el medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello. Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello: y tomándolo de en medio de la tienda, trajéronlo a Josué y a todos los hijos de Israel, y pusiéronlo delante de Jehová. Entonces Josué y todo Israel con él, tomó a Acán hijo de Zera, y el dinero, y el manto, y el changote de oro, y sus hijos, y sus hijas, y sus bueyes, y sus asnos, y sus ovejas, y su tienda, y todo cuanto tenía, y llevároнlo todo al valle de Achor; y dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon y los quemaron a fuego, después de apedrearlos con piedras." Josué
[338] 7:19-25.

El Señor dijo a Josué que Acán no solamente había tomado las cosas que él les había encargado positivamente que no se tocasen, para no incurrir en maldición, sino que también las había ocultado. El Señor había dicho que Jericó y todos sus despojos debían ser consumidos, excepto el oro y la plata, que habían de reservarse para la tesorería del Señor. La victoria que fué la toma de Jericó no se obtuvo por la guerra, ni porque el pueblo se expusiera a peligros. El Capitán del ejército de Jehová había conducido las huestes del cielo. La batalla había sido del Señor; era él quien la había peleado. Los hijos de Israel no asestaron un solo golpe. La victoria y la gloria pertenecían al Señor, y los despojos eran suyos. Indicó que todo debía ser consumido excepto el oro y la plata que se reservaban para su tesorería. Acán comprendía bien la reserva hecha y sabía que los tesoros de oro y plata que él codiciaba pertenecían al Señor. Robó a
[339] la tesorería del Señor para su propio beneficio.

¿Confesaremos o negaremos a Cristo? *

En nuestro trato con la sociedad, en la familia, o en cualesquiera relaciones que trabemos en la vida, sean ellas limitadas o extensas, hay muchas maneras por las cuales podemos reconocer a nuestro Señor, y muchas maneras por las cuales le podemos negar. Podemos negarle en nuestras palabras, por hablar mal de otros, por conversaciones insensatas, bromas y burlas, por palabras ociosas o desprovistas de bondad, o prevaricando al hablar contrariamente a la verdad. Con nuestras palabras podemos confesar que Cristo no está en nosotros. Con nuestro carácter podemos negarle, amando nuestra comodidad, rehuyendo los deberes y las cargas de la vida que alguien debe llevar si nosotros no lo hacemos, y amando los placeres pecaminosos. También podemos negar a Cristo por el orgullo de los vestidos y la conformidad al mundo, o por una conducta descortés. Podemos negarle amando nuestras propias opiniones, y tratando de ensalzar y justificar el yo. Podemos también negarle permitiendo que la mente se espacie en un sentimiento de amor enfermizo y meditando en nuestra supuesta mala suerte y pruebas.

Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo delante del mundo, a menos que viva en él la mente y el espíritu de Cristo. Es imposible comunicar lo que no poseemos. La conversación y la conducta deben ser una expresión verdadera y visible de la gracia y verdad interiores. Si el corazón está santificado, será sumiso y humilde, los frutos se verán exteriormente, y ello será una muy eficaz confesión de Cristo. Las palabras y la profesión de fe no bastan. Vd., hermana mía, debe tener algo más que esto. Está engañándose [340]
a sí misma. Su espíritu, su carácter y sus acciones no manifiestan un espíritu de mansedumbre, abnegación y caridad. Las palabras y la profesión de fe pueden expresar mucha humildad y amor, pero si la conducta no está regida por la gracia de Dios, no se participa del don celestial, no se ha abandonado todo para Cristo, la voluntad no se ha rendido para seguirle a él.

*Testimonios para la Iglesia 3:331-335 (1873).

Vd. peca y niega a su Salvador al espaciarse en pensamientos lúgubres, al acumular pesares y tomar prestadas aflicciones. Introduce en el día de hoy las aflicciones de mañana, amarga su corazón, impone cargas y nubes a los que la rodean y se fabrica pruebas. El precioso tiempo de gracia que Dios le ha dado para que haga bien y se enriquezca con buenas obras, Vd. lo emplea imprudentemente en pensamientos de pesar y en edificar castillos en el aire. Deja que su imaginación se espacie en temas que no le traerán alivio ni felicidad. Sus sueños se oponen directamente a que obtenga una experiencia sana e inteligente en las cosas de Dios y una idoneidad moral para una vida mejor.

Recibida en el corazón, la verdad de Dios puede hacernos sabios para salvación. Al creerla y obedecerla, recibiremos gracia suficiente para los deberes y las pruebas de hoy. No necesitamos la gracia para mañana. Debemos comprender que hemos de tratar tan sólo con el día de hoy. Venzamos hoy; neguémonos a nosotros mismos; velemos y oremos ahora. Obtengamos victorias en Dios hoy. Las circunstancias y el ambiente que nos rodean, los cambios que se realizan diariamente alrededor nuestro y la Palabra escrita de Dios que discierne y prueba todas las cosas bastan para enseñarnos nuestro deber y lo que debemos hacer día tras día. En vez de permitir que nuestra mente se espacie en pensamientos de los cuales no obtenemos beneficio alguno, debemos escudriñar las Escrituras diariamente y cumplir en la vida cotidiana los deberes que tal vez
[341] ahora nos resulten penosos, pero que alguien debe cumplir.

Las bellezas de la naturaleza tienen una lengua que habla incesantemente a nuestros sentidos. El corazón abierto puede ser impresionado por el amor y la gloria de Dios, que se notan en las obras de sus manos. El oído atento puede oír y comprender las comunicaciones de Dios mediante las obras de la naturaleza. Hay una lección en el rayo de sol, y en los diversos objetos de la naturaleza que Dios presenta a nuestra vista. Los campos verdes, los altos árboles, los pimpollos y las flores, la nube pasajera, la lluvia que cae, el arroyo que murmura, el sol, la luna y las estrellas del firmamento, todas estas cosas atraen nuestra atención y meditación y nos invitan a conocer al Dios que lo hizo todo. Las lecciones que se pueden aprender de los diversos objetos del mundo natural son las siguientes: Ellos son obedientes a la voluntad de su Creador, nunca niegan a Dios

ni rehusan obedecer cualquier indicación de su voluntad. Los seres caídos son los únicos que se niegan a rendir plena obediencia a su Hacedor. Sus palabras y obras están en discrepancia con Dios y se oponen a los principios de su gobierno. ...

Lecciones de la naturaleza

Los profesos cristianos que están siempre quejándose y lamentándose, y que parecen creer que la felicidad y un rostro alegre son un pecado, no profesan la verdadera religión. Los que consideran el escenario hermoso de la naturaleza como si fuese un cuadro muerto, que prefieren contemplar las hojas muertas más bien que recoger las hermosas flores frescas, que se deleitan con morbidez en el lado melancólico del lenguaje que les habla el mundo natural, que no aprecian la belleza de los valles vestidos de verde y de las altas cimas de las montañas, que cierran sus oídos a la voz gozosa de la naturaleza, que es dulce música para el oído que la escucha, los tales no están en Cristo. No andan en la luz, sino que juntan para sí tinieblas y lobreguez, cuando podrían tener alegría y ver nacer en su corazón la bendición del Sol de Justicia con sanidad en sus rayos. [342]

Despreciadores de los reproches*

El apóstol Pablo afirma claramente que lo experimentado por los israelitas en sus viajes fué registrado para beneficio de los que viven en esta época, aquellos en quienes los fines de los siglos han parado. No consideramos que nuestros peligros sean menores que aquellos que corrieron los hebreos, sino mayores. Seremos tentados a manifestar celos y a murmurar, y habrá rebelión abierta, según se registra acerca del antiguo Israel. Habrá siempre un espíritu tendiente a levantarse contra la reprensión de pecados y males. Pero, ¿deberá callarse la voz de reprensión por causa de esto? En tal caso, no estaremos en mejor condición que las diversas denominaciones del país que temen mencionar los errores y pecados predominantes en el pueblo.

Aquellos a quienes Dios apartó como ministros de la justicia tienen solemnes responsabilidades en lo que se refiere a reprender los pecados del pueblo. Pablo ordenó a Tito: "Esto habla y exhorta, y reprende con toda autoridad. Nadie te desprecie." Tito 2:15. Siempre habrá quienes desprecien al que se atreva a reprender el pecado; pero hay ocasiones en que debe darse la reprensión. Pablo incitó a Tito a que reprendiese severamente a ciertas clases de personas, para que fuesen sanas en la fe.

Los hombres y las mujeres de diferentes temperamentos que se reúnen para formar la iglesia, tienen peculiaridades y defectos. A medida que éstos se desarrollen, requerirán reprensión. Si los que se hallan en puestos importantes no los reprendiesen nunca ni exhortasen, pronto se produciría una condición de desmoralización que deshonraría grandemente a Dios. Pero, ¿cómo será dada la
[343] reprensión? Dejemos contestar al apóstol: "Con toda paciencia y doctrina." 2 Timoteo 4:2. Los buenos principios deben aplicarse a la persona que necesite reprensión, pero nunca se deben pasar por alto, con indiferencia, los males que haya entre el pueblo de Dios.

*Testimonios para la Iglesia 3:358-362 (1875).

Habrá hombres y mujeres que desprecien la reprensión y que siempre se rebelarán contra ella. No es agradable que se nos presenten las cosas malas que hacemos. En casi cualquier caso en que sea necesaria la reprensión, habrá quienes pasen completamente por alto el hecho de que el Espíritu del Señor ha sido contristado y su causa cubierta de oprobio. Estos se compadecerán de los que merecían reprensión, porque se han herido sus sentimientos personales. Toda esta simpatía no santificada hace que los simpatizantes participen de la culpa del que fué reprendido. En nueve casos de cada diez, si se hubiese permitido que la persona reprendida comprendiese su mala conducta, se le habría ayudado a reconocerla y por lo tanto se habría reformado. Pero los simpatizantes entrometidos y no santificados atribuyen falsos motivos al que reprende y a la naturaleza del reproche, y, simpatizando con la persona reprendida, la inducen a pensar que realmente se la maltrató y sus sentimientos se rebelan contra el que no ha hecho sino cumplir con su deber. Los que cumplen fielmente sus deberes desagradables, conociendo su responsabilidad ante Dios, recibirán su bendición. Dios exige que sus siervos estén siempre dispuestos a hacer su voluntad con fervor. En el encargo que da el apóstol a Timoteo, le exhorta así: "Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina." 2 Timoteo 4:2.

Los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las instrucciones y restricciones del Señor. Querían simplemente hacer su voluntad, seguir los impulsos de su propia mente y ser dominados por su propio juicio. Si se les hubiese concedido esta libertad, no habrían proferido queja contra Moisés; pero se amotinaron bajo la restricción.

Dios quiere que su pueblo sea disciplinado y que obre con armo- [344]
nía, a fin de que lo vea todo unánimemente y tenga un mismo sentir y criterio. Para producir este estado de cosas, hay mucho que hacer. El corazón carnal debe ser subyugado y transformado. Dios quiere que haya siempre un testimonio vivo en la iglesia. Será necesario reprender y exhortar, y a algunos habrá que hacerles severos reproches, según lo exija el caso. Oímos el argumento: "¡Oh, yo soy tan sensible que no puedo soportar el menor reproche!" Si estas personas presentasen su caso correctamente, dirían: "Soy tan voluntarioso, tan pagado de mí mismo, tan orgulloso que no tolero que se me den

órdenes; no quiero que se me reprenda. Abogo por los derechos del juicio individual; tengo derecho a creer y hablar según me plazca." El Señor no desea que renunciemos a nuestra individualidad. Pero, ¿qué hombre es juez adecuado para saber hasta dónde debe llevarse este asunto de la independencia individual?

Pedro recomienda a sus hermanos: "Igualmente, mancebos, sed sujetos a los ancianos; y todos sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes." 1 Pedro 5:5. También el apóstol Pablo exhorta a sus hermanos filipenses a tener unidad y humildad: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún refrigerio de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algunas entrañas y misericordias, cumplid mi gozo; que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros: No mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." Filipenses 2:1-5. Y Pablo vuelve a exhortar así a sus hermanos: "El amor sea sin fingimiento: aborreciendo lo malo, llegándoos a lo bueno; amándoos los unos a los otros con caridad fraternal; previniéndoos con honra los unos a los otros." Romanos 12:9, 10. "Sujetaos los unos a los otros en el temor de Dios." Efesios
[345] 5:21.

La historia de los israelitas nos presenta el grave peligro del engaño. Muchos no se dan cuenta del carácter pecaminoso de su propia naturaleza ni de lo que es la gracia del perdón. Están en las tinieblas de su naturaleza, sujetos a tentaciones y gran engaño. Viven lejos del Señor: y sin embargo están muy satisfechos de su vida cuando Dios aborrece su conducta. Esta clase de personas guerreará siempre contra la dirección del Espíritu de Dios, especialmente con la reprensión. No quiere ser perturbada. Ocasionalmente experimenta temores egoístas y buenos propósitos y a veces pensamientos de ansiedad y convicción; pero no tiene experiencia profunda porque no está ligada con la Roca eterna. Esta clase de personas no ve nunca la necesidad del testimonio claro. El pecado no le parece tan grave, porque no anda en la luz como Cristo está en la luz.

Hay aún otra clase de personas que tiene gran luz y convicción especial, y una verdadera experiencia en la obra del Espíritu de Dios.

Pero la han vencido las múltiples tentaciones de Satanás. No aprecia la luz que Dios le ha dado. No escucha las amonestaciones y reprensiones del Espíritu de Dios. Está bajo condenación. Dichas personas resistirán siempre el testimonio recto, porque éste las condena.

Dios quiere que su pueblo sea una unidad; que sus hijos tengan un mismo parecer, un mismo ánimo y un mismo criterio. Esto no puede lograrse sin un testimonio claro, recto y vivo en la iglesia. La oración de Cristo era que los discípulos fuesen uno como él era uno con su Padre. "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa; para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les he dado; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado." Juan 17:20-23. [346]

Una súplica a los jóvenes[*]

Estimados Jóvenes: De vez en cuando el Señor me ha dado testimonios de amonestación para vosotros. Os alentará si queréis entregarle los mejores y más santos afectos de vuestro corazón. A medida que estas amonestaciones reviven distintamente delante de mí, comprendo vuestros peligros en una forma que yo sé que vosotros no discernís. La escuela situada en Battle Creek[*] reúne a muchos jóvenes de diferente idiosincrasia. Si estos jóvenes no son consagrados a Dios ni obedientes a su voluntad, y no andan humildemente en los caminos de sus mandamientos, la fundación de una escuela en Battle Creek causará gran desaliento a la iglesia. Esa escuela puede ser una bendición o una maldición. Os suplico a vosotros que habéis tomado el nombre de Cristo que os apartéis de toda iniquidad y que desarrolléis un carácter que Dios pueda aprobar.

Pregunto: ¿Creéis que los testimonios de reprensión que os han sido dados provienen de Dios? Si realmente creéis que la voz de Dios os ha hablado, señalando vuestros peligros, ¿prestáis atención a los consejos dados? ¿Mantenéis estos testimonios frescos en vuestra mente leyéndolos a menudo y con oración en vuestro corazón? El Señor os ha hablado, niños y jóvenes, vez tras vez; pero habéis sido tardos en escuchar sus amonestaciones. Si la rebeldía no hubiese endurecido vuestro corazón contra lo que Dios ha dicho acerca de vuestro carácter y de vuestros peligros y contra la conducta que se os ha trazado, algunos de vosotros habríais prestado atención a lo
[347] que se requiere de vosotros para que podáis obtener fuerza espiritual y ser una bendición en la escuela, la iglesia y entre todos aquellos con quienes tratáis.

Jóvenes y niñas, sois responsables ante Dios por la luz que os ha dado. Esta luz y estas amonestaciones, si no las escucháis, se le-

[*] Testimonios para la Iglesia 3:362-371 (1875).

[*] Cuando esta declaración fué escrita, el único colegio adventista del séptimo día se encontraba en Battle Creek, Míchigan, Estados Unidos.—F. P. W.

vantarán en el juicio contra vosotros. Se os han señalado claramente los peligros que corréis; se os han dirigido palabras de cautela y habéis sido guardados por todos lados y rodeados de advertencias. Habéis escuchado en la casa de Dios las verdades más solemnes y escrutadoras del corazón, presentadas por los siervos del Señor con la manifestación de su Espíritu. ¿Qué peso han tenido sobre vuestro corazón estas solemnes súplicas? ¿Qué influencia ejercen sobre vuestro carácter? Se os pedirá cuenta de cada una de estas súplicas y advertencias. Se levantarán en el juicio para condenar a los que viven en la vanidad, liviandad y orgullo.

Amados jóvenes amigos, lo que sembráis, segaréis. Ahora es el tiempo de la siembra para vosotros. ¿Cuál será la mies? ¿Qué estáis sembrando? Cada palabra que pronunciáis, cada acto que ejecutáis es una semilla que dará fruto, bueno o malo, y resultará en gozo o pesar para el que la siembre. Según la semilla que se siembre, será la cosecha. Dios os ha dado gran luz y muchos privilegios. Después que ha sido dada esta luz, después que vuestros peligros os han sido presentados claramente, la responsabilidad recae sobre vosotros. La manera en que empleéis la luz que Dios os da, hará inclinar la balanza para vuestra felicidad o desgracia. Vosotros mismos estáis moldeando vuestros destinos.

Todos ejercéis influencia para bien o para mal sobre la mente y el carácter de los demás. Y en los registros del cielo queda escrito exactamente qué clase de influencia ejercéis. Un ángel os acompaña, y toma nota de vuestras palabras y acciones. Cuando os levantáis por la mañana, ¿sentís vuestra impotencia y vuestra necesidad de fuerza divina? ¿Y dais a conocer humildemente, de todo corazón, vuestras necesidades a vuestro Padre celestial? En tal caso, los ángeles notan [348] vuestras oraciones, y si éstas no han salido de labios fingidores, cuando estéis en peligro de pecar inconscientemente y de ejercer una influencia que induciría a otros a hacer el mal, vuestro ángel custodio estará a vuestro lado, para induciros a seguir una conducta mejor, escoger las palabras que habéis de pronunciar, y para influir en vuestras acciones.

Si no os consideráis en peligro y si no oráis por ayuda y fortaleza para resistir las tentaciones, os extraviaréis seguramente; vuestro descuido del deber quedará anotado en el libro de Dios en el cielo, y seréis hallados faltos en el día de prueba.

Hay en derredor de vosotros algunas personas que han recibido instrucción religiosa, y otros que han sido complacidos, mimados, adulados y alabados, hasta el punto de haber quedado literalmente echados a perder para la vida práctica. Hablo de personas a quienes conozco. Su carácter se ha torcido tanto por la indulgencia, la adulación y la indolencia que son inútiles para esta vida. Siendo así, ¿qué se puede esperar de ellos para aquella vida donde todo es pureza y santidad, y donde todos tendrán un carácter armonioso? He orado por estas personas; les he hablado personalmente. Pude ver la influencia que ejercerían sobre otras mentes, al inducirlas a ser vanidosas, a desvivirse por la indumentaria y a descuidar sus intereses eternos. La única esperanza que hay para esta clase de personas consiste en que presten atención a sus caminos, humillen su corazón vano y orgulloso delante de Dios, confiesen sus pecados y se conviertan.

El amor a la ostentación y la diversión

La vanidad en el vestir como el amor a la diversión es una gran tentación para los jóvenes. Dios tiene sobre éstos derechos sagrados. Exige todo el corazón, toda el alma, todos los afectos. La respuesta que se da a veces a esta declaración es: "¡Oh, no profeso el cristianismo!" ¿Qué importa si no lo hacéis? ¿No tiene Dios sobre vosotros
[349] los mismos derechos que sobre el que profesa ser su hijo? Debido a que os atrevéis a descuidar las cosas sagradas, ¿pasará el Señor por alto vuestro pecado de negligencia y rebelión? Cada día en que despreciéis el derecho de Dios y toda oportunidad de misericordia que menospreciéis, serán cargados a vuestra cuenta y aumentarán la lista de pecados que se presentará contra vosotros en el día en que se investiguen las cuentas de cada alma. Me dirijo a vosotros, jóvenes y niñas, sea que profeséis o no el cristianismo. Dios exige vuestros afectos, vuestra gozosa obediencia y devoción. Tenéis ahora un corto tiempo de gracia y podéis aprovechar esta oportunidad para entregaros incondicionalmente a Dios.

La obediencia y la sumisión a los requerimientos de Dios son las condiciones que expone el apóstol inspirado, por las cuales llegamos a ser hijos de Dios y miembros de la familia real. Jesús ha rescatado por su propia sangre, del abismo y la ruina a la cual Satanás los

obligaba a ir, a todo niño y joven, y a todo hombre y mujer. Debido a que los pecadores no aceptarán la salvación que se les ofrece gratuitamente, ¿quedarán libres de sus obligaciones? El hecho de que decidan permanecer en pecado y audaz transgresión, no reduce su culpabilidad. Jesús pagó un precio por ellos y le pertenecen. Son su propiedad; y si no quieren obedecer a Aquel que dió su vida por ellos, y dedican su tiempo, fortaleza y talento al servicio de Satanás, están ganando su salario, que es la muerte.

La gloria inmortal y la vida eterna son la recompensa que nuestro Redentor ofrece a los que quieran obedecerle. Gracias a él, es posible que ellos perfeccionen su carácter cristiano mediante su nombre y venzan por su cuenta como él venció en su favor. Les ha dado un ejemplo en su propia vida, mostrándoles cómo pueden vencer. "Porque la paga del pecado es muerte: mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." Romanos 6:23.

Los derechos de Dios son igualmente válidos para todos. Los que prefieren descuidar la gran salvación que se les ofrece gratuitamente; [350] los que prefieren servirse a sí mismos y permanecer siendo enemigos de Dios, enemigos del Redentor que se sacrificó a sí mismo, están ganando su paga. Están sembrando para la carne y de la carne cosecharán corrupción.

Los que se han revestido de Cristo por el bautismo, demostrando por este acto que se separan del mundo y que se han comprometido a andar en novedad de vida, no deben levantar ídolos en su corazón. Los que se regocijaron una vez en la evidencia de que sus pecados eran perdonados, que gustaron el amor del Salvador, y que luego persisten en unirse con los enemigos de Cristo, rechazando la perfecta justicia que Jesús les ofrece y escogiendo los caminos que él ha condenado, serán juzgados más severamente que los paganos que nunca tuvieron la luz, y que nunca conocieron a Dios ni su ley. Los que se niegan a seguir la luz que Dios les ha dado, prefiriendo las diversiones, vanidades y locuras del mundo y negándose a conformar su conducta con los santos y justos requerimientos de la ley de Dios, son culpables de los más graves pecados a la vista de Dios. Su culpabilidad y su paga serán proporcionales a la luz y a los privilegios que tuvieron.

Vemos al mundo absorto en sus propias diversiones. Los primeros y principales pensamientos de la gran mayoría, especialmente de

las mujeres, se dedican a la ostentación. El amor a la indumentaria y los placeres está destruyendo la felicidad de millares. Y algunos de los que profesan amar y guardar los mandamientos de Dios imitan a esa clase de personas, tanto como les es posible hacerlo sin perder el nombre de cristianos. Algunos de los jóvenes tienen tanta afición a la ostentación, que hasta están dispuestos a renunciar al nombre de cristianos para seguir su inclinación a la vanidad y la indumentaria, y el amor a los placeres.

La abnegación en el vestir es parte de nuestro deber cristiano. El vestir sencillamente y abstenerse de ostentar joyas y adornos de toda clase está de acuerdo con nuestra fe. ¿Pertenecemos al número
[351] de aquellos que ven la insensatez de los mundanos al entregarse a la extravagancia en el vestir y al amor de las diversiones? En tal caso, debiéramos pertenecer a la clase que rehuye todo lo que sanciona este espíritu que se posesiona de la mente y del corazón de quienes viven para este mundo solamente y no piensan ni se interesan en el venidero.

Jóvenes cristianos, he visto en algunos de vosotros un amor a los vestidos y a la ostentación que me ha apenado. En algunos que han sido bien instruídos, que tuvieron privilegios religiosos desde su infancia y se vistieron de Cristo por el bautismo, confesando así que morían al mundo, he visto tal vanidad en la indumentaria y liviandad en la conducta, que han agraviado al amado Salvador y ocasionado oprobio para la causa de Dios. He notado con pena vuestra decadencia religiosa y vuestra disposición a adornar vuestra vestimenta. Algunos han tenido la mala suerte de llegar a poseer cadenas o alfileres de oro, o ambas cosas, y han manifestado el mal gusto de exhibirlos, para atraer la atención. No puedo sino asociar estos caracteres con el vano pavo real que ostenta sus vistosas plumas para ser admirado. Es todo lo que esta pobre ave tiene para atraer la atención, porque su graznido y su forma no son nada atrayentes.

El adorno de un espíritu manso y humilde

Los jóvenes pueden esforzarse por destacarse en la búsqueda del adorno de un espíritu manso y humilde, joya de inestimable valor que puede llevarse con gracia divina. Este adorno poseerá atracción para muchos en este mundo y será considerado de gran valor por los

ángeles del cielo, y sobre todo por nuestro Padre celestial; quienes lo llevan serán huéspedes idóneos de sus atrios.

Los jóvenes tienen facultades que, debidamente cultivadas, los capacitarían para ocupar casi cualquier puesto de confianza. Si se propusieran obtener una educación para ejercitar y desarrollar las facultades que Dios les ha dado a fin de ser útiles y beneficiar a otros, [352] su mente no se atrofiaría. Manifestarían profundidad de pensamiento y firmeza de principios, y ganarían influencia y respeto. Ejercerían sobre los demás una influencia elevadora, que induciría a las almas a ver y reconocer el poder de una vida cristiana inteligente. Los que se interesan más en el ostentoso adorno de sus personas que en educar la mente y ejercitar sus facultades para tener mayor utilidad, y glorificar a Dios, no comprenden su responsabilidad ante Dios. Se sentirán inclinados a ser superficiales en todo lo que emprendan, limitarán su utilidad y atrofiarán su intelecto.

Me siento hondamente apenada por los padres de estos jóvenes, como también por los hijos. La responsabilidad de la deficiente preparación de los hijos tendrá que recaer sobre alguien. Los padres que han mimado y complacido a sus hijos, en vez de refrenarlos juiciosamente de acuerdo a los buenos principios, pueden ver los caracteres que han formado. Según la preparación, es el carácter.

El fiel Abrahán

Mis pensamientos se remontan al fiel Abrahán, quien, en obediencia a la orden divina que le fuera dada en visión nocturna en Beer-seba, prosigue su viaje junto con Isaac. Ve delante de sí la montaña que Dios le ha prometido señalar como lugar donde debe ofrecer su sacrificio. Saca la leña del hombro de su siervo, y la pone sobre Isaac, el que ha de ser ofrecido. Ciñe su alma con firmeza y severidad llena de agonía, dispuesto a realizar la obra que Dios le exige que haga. Con corazón angustiado y mano enervada, toma el fuego, mientras que Isaac pregunta: “Padre mío. ... He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” Génesis 22:7. Pero, oh, Abrahán no puede decírselo en ese momento.

El padre y el hijo construyen el altar, y llega para Abrahán el terrible momento de dar a conocer a Isaac lo que ha hecho agonizar su alma durante todo el largo viaje, a saber, que Isaac mismo es la

[353] víctima. Isaac ya no es un niño; es un joven adulto. Podría rehusar someterse al designio de su padre, si quisiera hacerlo. No acusa a su padre de locura, ni siquiera procura cambiar su propósito. Se somete. Cree en el amor de su padre y sabe que no haría el terrible sacrificio de su único hijo si Dios no se lo hubiera ordenado. Isaac queda atado por las manos temblorosas y amantes de su padre compasivo, porque Dios lo ha dicho. El hijo se somete al sacrificio, porque cree en la integridad de su padre. Pero, cuando está listo, cuando la fe del padre y la sumisión del hijo han sido plenamente probadas, el ángel de Dios detiene la mano alzada de Abrahán que está por matar a su hijo, y le dice que basta. "Conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único." Vers. 12.

Este acto de fe de Abrahán ha sido registrado para nuestro beneficio. Nos enseña la gran lección de confiar en los requerimientos de Dios, por severos y crueles que parezcan; y enseña a los hijos a someterse enteramente a sus padres y a Dios. Por la obediencia de Abrahán se nos enseña que nada es demasiado precioso para darlo a Dios.

Una lección en figura

Isaac prefiguró al Hijo de Dios, que iba a ser ofrecido por los pecados del mundo. Dios quería inculcar en Abrahán el Evangelio de la salvación del hombre. Para ello y a fin de que la verdad fuese una realidad para él como también para probar su fe, le pidió que quitase la vida a su amado Isaac. Todo el pesar y la agonía que soportó Abrahán por esta sombría y temible prueba, tenía por propósito grabar profundamente en él la comprensión del plan de redención en favor del hombre caído. Se le hizo entender mediante su propia experiencia cuán inmensa era la abnegación del Dios infinito al dar a su propio Hijo para que muriese a fin de rescatar al hombre de la ruina completa. Para Abrahán, ninguna tortura mental podía igualarse con la que sufrió al obedecer la orden divina de sacrificar a su hijo. Dios
[354] entregó a su Hijo a una vida de humillación, pobreza, trabajo, odio, y a la muerte agonizante de la crucifixión. Pero, no había ningún ángel que comunicase el gozoso mensaje: "Basta; no necesitas morir, mi muy amado Hijo." Legiones de ángeles aguardaban tristemente, esperando que, como en el caso de Isaac, Dios impidiera en el últi-

mo momento su muerte ignominiosa. Pero no se les permitió a los ángeles llevar un mensaje tal al amado Hijo de Dios. La humillación que sufrió en el tribunal y en el camino al Calvario, prosiguió. Fué escarnecido, ridiculizado, escupido. Soportó las burlas, los desafíos y el vilipendio de los que le odiaban, hasta que en la cruz doblegó su frente y murió.

¿Podría Dios habernos dado prueba mayor de su amor que al dar así a su Hijo para que pasase por estas escenas de sufrimiento? Y como el don de Dios al hombre fué el don gratuito de su amor infinito, así sus derechos a nuestra confianza, nuestra obediencia, todo nuestro corazón y la riqueza de nuestros afectos, son correspondientemente infinitos. Requiere todo lo que el hombre puede dar. La sumisión de nuestra parte debe ser proporcional al don de Dios. Debe ser completa, sin ninguna reserva. Todos somos deudores de Dios. El tiene sobre nosotros derechos que no podemos satisfacer sin entregarnos en sacrificio pleno y de buen grado. Exige nuestra obediencia pronta y voluntaria, y no aceptará nada que no llegue a esto. Tenemos ahora oportunidad de asegurarnos el amor y el favor de Dios. Este puede ser el último año de vida de algunos de los que leen esto. ¿Hay, entre los jóvenes que leen esta súplica, quiénes prefieran los placeres de este mundo a la paz que Cristo da a quien busca fervientemente su voluntad y la hace alegremente?

Se pesan los caracteres

Dios pesa nuestros caracteres, conducta y motivos en la balanza del santuario. Será algo terrible si nuestro Redentor, quien murió en la cruz para atraer nuestros corazones a él, nos declara faltos de amor y obediencia. Dios nos ha concedido dones grandes y preciosos. [355] Nos ha dado luz y un conocimiento de su voluntad para que no necesitemos errar o andar en tinieblas. Ser pesado en la balanza y ser hallado falto en el día del juicio y recompensa finales, será terrible, un error espantoso que nunca podrá ser corregido. Amigos jóvenes, ¿se recorrerá en vano el libro de Dios para buscar vuestros nombres?

Dios os ha señalado una obra que debéis hacer para él, y que os hará colaboradores con él. En todo vuestro derredor hay almas que salvar. Hay personas a quienes podéis estimular y bendecir por vuestros fervientes esfuerzos. Podéis apartar las almas del pecado y

llevarlas a la justicia. Cuando comprendáis vuestra responsabilidad para con Dios, sentiréis la necesidad de ser fieles en la oración, fieles en cuanto a velar contra las tentaciones de Satanás. Si sois verdaderamente cristianos, os sentiréis más inclinados a lamentaros por las tinieblas morales del mundo que a participar de su liviandad y ostentación. Estaréis entre aquellos que suspiran y lloran por las abominaciones que se cometen en la tierra. Resistiréis las tentaciones de Satanás a participar de la vanidad y de los adornos ostentosos. Sólo una mente estrecha y un intelecto atrofiado pueden satisfacerse con esas cosas triviales y descuidar las altas responsabilidades.

Los jóvenes de nuestra época pueden trabajar con Cristo si quieren; y al trabajar, su fe se fortalecerá, y aumentará su conocimiento de la voluntad divina. Cada verdadero propósito y acto correcto será registrado en el libro de la vida. Ojalá pudiese yo despertar a los jóvenes para que vean y sientan cuán pecaminoso es vivir para su propia satisfacción, y atrofiar su intelecto con las cosas vanas de esta vida. Si quisieren elevar sus pensamientos y palabras por encima de los atractivos frívolos de este mundo, y tener por propósito glorificar
[356] a Dios, su paz, que supera todo entendimiento, les pertenecerá.

El poder de la oración en la tentación*

¡Cuán misericordiosa y tiernamente obra nuestro Padre celestial con sus hijos! Los guarda de mil peligros que ellos no ven, y los protege contra las artes sutiles de Satanás, para que no sean destruídos. Debido a que nuestra corta visión no discierne el cuidado protector de Dios mediante sus ángeles, no procuramos contemplar y apreciar el interés siempre vigilante que nuestro bondadoso y benevolente Creador tiene en la obra de sus manos; y no nos mostramos agradecidos por la multitud de mercedes que nos concede diariamente.

Los jóvenes ignoran los muchos peligros a los cuales están expuestos diariamente. No podrían nunca conocerlos plenamente todos; pero si velan y oran Dios mantendrá sus conciencias sensibles y claras sus percepciones, para que disciernan las operaciones del enemigo y sean fortalecidos contra sus ataques. Pero muchos de los jóvenes han seguido durante tanto tiempo sus propias inclinaciones, que el deber es una palabra que no tiene significado para ellos. No comprenden los altos y santos deberes que han de cumplir para beneficiar a otros y glorificar a Dios; y descuidan en absoluto su cumplimiento.

Si los jóvenes pudiesen tan sólo despertarse y sentir profundamente su necesidad de fuerza divina para resistir las tentaciones de Satanás, obtendrían preciosas victorias y una experiencia valiosa en la guerra cristiana. ¡Cuán pocos de los jóvenes piensan en la exhortación del inspirado apóstol Pedro: "Sed templados, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore: al cual resistid firmes en la fe"! 1 Pedro 5:8, 9. En la visión dada a Juan, él vió el poder de Satanás sobre los hombres, y exclamó: "¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo." Apocalipsis 12:12. [357]

*Testimonios para la Iglesia 3:373-378 (1875). (Del cap. "Una súplica a los jóvenes.")

La única seguridad de los jóvenes estriba en velar y orar humildemente, sin cesar. No deben hacerse la ilusión de que pueden ser cristianos sin esto. Satanás oculta sus tentaciones y designios bajo un manto de luz, como cuando se acercó a Cristo en el desierto. Se presentó entonces como uno de los ángeles celestiales. El adversario de nuestras almas se acercará como huésped celestial; y el apóstol recomienda como nuestra única seguridad la sobriedad y la vigilancia. Los jóvenes que se entregan a la negligencia y la liviandad y que descuidan los deberes cristianos, caen continuamente bajo las tentaciones del enemigo, en vez de vencer como Cristo venció.

El servicio de Cristo no es pesada rutina para el alma plenamente consagrada. La obediencia a nuestro Salvador no nos resta felicidad ni verdadero placer en esta vida, sino que ejerce un poder refinador y elevador sobre nuestro carácter. El estudio diario de las preciosas palabras de vida halladas en la Biblia fortalece el intelecto y nos permite conocer las obras grandiosas de Dios en la naturaleza. Por el estudio de las Escrituras obtenemos un conocimiento correcto de cómo vivir a fin de disfrutar la mayor felicidad sin sombra. El que estudia la Biblia se arma también de argumentos bíblicos para hacer frente a las dudas de los incrédulos y eliminarlas por la clara luz de la verdad. Los que han escudriñado las Escrituras pueden estar siempre fortalecidos contra las tentaciones de Satanás, cabalmente equipados para toda buena obra, y preparados para dar a todo aquel que los interrogue una razón de la esperanza que hay en ellos. ...

Mientras oráis, amados jóvenes, para no ser inducidos en tentación, recordad que vuestro trabajo no termina con la oración; debéis
[358] luego contestar hasta donde podáis vuestra propia plegaria, resistiendo a la tentación y dejando a Jesús que haga por vosotros lo que no podáis hacer. Nunca seréis demasiado cautelosos en vuestras palabras y vuestra conducta para no invitar al enemigo a tentaros. Muchos de nuestros jóvenes, por su negligente descuido de las amonestaciones y reprensiones que se les dirigen, abren la puerta de par en par para que entre Satanás. Teniendo la Palabra de Dios como nuestra guía y a Jesús como nuestro Maestro celestial, no necesitamos ignorar sus requerimientos ni los designios de Satanás, ni ser vencidos por sus tentaciones. No será tarea desagradable obedecer a la voluntad de Dios, cuando nos entreguemos completamente a la
[359] dirección de su Espíritu.

Los diezmos y ofrendas*

La misión de la iglesia de Cristo consiste en salvar a los pecadores que perecen. Consiste en darles a conocer el amor de Dios hacia los hombres y ganarlos para Cristo por la eficacia de ese amor. La verdad para este tiempo debe ser proclamada hasta en los rincones obscuros de la tierra, y esta obra puede empezar en nuestro propio país. Los que siguen a Cristo no deben vivir egoístamente; sino que, compenetrados del Espíritu de Cristo, deben obrar en armonía con él.

La actual frialdad e incredulidad tienen sus causas. El amor al mundo y los cuidados de la vida separan al alma de Dios. El agua de la vida debe estar en nosotros, fluir de nosotros, brotar para vida eterna. Debemos manifestar externamente lo que Dios obra en nuestro interior. Si el cristiano quiere disfrutar de la luz de la vida, debe aumentar sus esfuerzos para traer a otros al conocimiento de la verdad. Su vida debe caracterizarse por el ejercicio y los sacrificios para hacer bien a otros; y entonces no habrá ya quejas de que falta el gozo.

Los ángeles están siempre empeñados en trabajar para la felicidad de otros. Ese es su gozo. Lo que los corazones egoístas considerarían como un servicio humillante, o sea, el servir a los miserables y a las personas de carácter y posición en todo sentido inferiores, es la obra de los ángeles puros y sin pecado de los reales atrios del cielo. El espíritu abnegado del amor de Cristo es el espíritu que predomina en lo alto, y es la misma esencia de su felicidad.

Los que no sienten placer especial en tratar de beneficiar a los demás, en trabajar, aun con sacrificio, para hacerles bien, no pueden tener el espíritu de Cristo o del cielo, porque no están unidos a la obra de los ángeles celestiales, y no pueden participar en la felicidad que [360]
les imparte un gozo excelso. Cristo ha dicho: “Habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento.” Lucas 15:7. Si el gozo de los

*Testimonios para la Iglesia 3:381-408 (1875).

ángeles consiste en ver arrepentirse a los pecadores, ¿no consistirá el gozo de los pecadores salvados por la sangre de Cristo en ver a otros arrepentirse y volverse a Cristo por su intermedio? Al obrar en armonía con Cristo y los santos ángeles, experimentaremos un gozo que no puede sentirse fuera de esta obra.

El principio de la cruz de Cristo impone a todos los que creen la pesada obligación de negarse a sí mismos, de impartir la luz a otros y de dar de sus recursos para extender la luz. Si están en relación con el cielo, se dedicarán a la obra en armonía con los ángeles.

El principio de los mundanos consiste en obtener cuanto puedan de las cosas perecederas de esta vida. El egoísta amor a la ganancia es el principio que rige su vida. Pero el gozo más puro no se encuentra en las riquezas ni donde la avaricia está siempre anhelando más, sino donde reina el contentamiento y donde el amor abnegado es el principio dirigente. Son millares los que pasan su vida en la sensualidad, y cuyos corazones están llenos de quejas. Son víctimas del egoísmo y del descontento mientras en vano se esfuerzan por satisfacer sus almas con la sensualidad. Pero la desdicha está estampada en sus mismos rostros y detrás de ellos hay un desierto, porque su conducta no es fructífera en buenas obras.

En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y domine nuestra vida, quedarán vencidas la codicia, el egoísmo y el amor a la comodidad, y tendremos placer en cumplir la voluntad de Cristo, cuyos siervos aseveramos ser. Nuestra felicidad será entonces proporcional a nuestras obras abnegadas, impulsadas por el amor de Cristo.

La sabiduría divina ha recalcado, en el plan de salvación, la ley de la acción y la reacción, la cual hace doblemente bendita la
[361] obra de beneficencia en todas sus manifestaciones. El que da a los menesterosos beneficia a los demás, y se beneficia a sí mismo en un grado aún mayor. Dios podría haber alcanzado su objeto en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre, pero él sabía que éste no podría ser feliz sin desempeñar en la gran obra una parte en la cual cultivara la abnegación y benevolencia.

Para que el hombre no perdiese los bienaventurados resultados de la benevolencia, nuestro Redentor ideó el plan de alistarlo como colaborador suyo. Por un encadenamiento de circunstancias que exige manifestaciones de caridad, concede al hombre el mejor medio

de cultivar la benevolencia, y lo mantiene dando habitualmente para ayudar a los pobres y fomentar el adelanto de su causa. Envía a sus pobres como representantes suyos. Por las necesidades de estos últimos, un mundo arruinado está obteniendo de nosotros talentos, recursos e influencia, destinados a presentar a los hombres la verdad por cuya falta perecen. En la medida en que atendemos estos pedidos mediante nuestro trabajo y generosidad, nos vamos asemejando a Aquel que por nosotros se hizo pobre. Al impartir, beneficiamos a otros y así acumulamos verdaderas riquezas.

Intereses mundanos y tesoros celestiales

Ha habido en la iglesia una gran falta de generosidad cristiana. Los que estaban en la mejor posición para hacer progresar la causa de Dios, han hecho poco. Dios ha atraído misericordiosamente a una clase de personas al conocimiento de la verdad para que apreciase el inestimable valor de ésta en comparación con los tesoros terrenales. Jesús les ha dicho: "Seguidme." Las está probando con una invitación a la cena que él ha preparado. Observa para ver qué carácter adquirirán, y si considerarán que sus propios intereses son de mayor valor que las riquezas eternas. Muchos de estos amados hermanos formulan, por medio de sus actos, las excusas mencionadas en la siguiente parábola: [362]

"El entonces le dijo: Un hombre hizo una grande cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya está todo aparejado. Y comenzaron todos a una a excusarse. El primero le dijo: He comprado una hacienda, y necesito salir y verla; te ruego que me des por excusado. Y el otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; ruégote que me des por excusado. Y el otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Y vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de la familia, dijo a su siervo: Ve presto por las plazas y por las calles de la ciudad, y mete acá los pobres, los mancos, y cojos, y ciegos." Lucas 14:16-21.

Esta parábola representa correctamente la condición de muchos de los que profesan creer la verdad presente. El Señor les ha enviado una invitación a venir a la cena que él ha preparado para ellos con gran costo de su parte; pero los intereses mundanales les pare-

cen de mayor importancia que el tesoro celestial. Están invitados a participar en cosas de valor eterno; pero sus fincas, sus ganados y los intereses de su hogar les parecen de importancia tanto mayor que la obediencia a la invitación celestial, que superan para ellos toda atracción divina, y hacen de esas cosas terrenales una excusa para desobedecer el mandato celestial: "Venid, que ya está todo aparejado." Estos hermanos siguen ciegamente el ejemplo de los mencionados en la parábola. Contemplan sus posesiones mundanales y dicen: "No, Señor, no puedo seguirte: te ruego que me des por excusado."

Estos hombres usan como excusa por no poder obedecer los requerimientos de la verdad, las mismas bendiciones que Dios les dió con el fin de probarlos para ver si darán "lo que es de Dios, a Dios." Abrazan sus tesoros terrenales y dicen: "Debo cuidarlos; no debo descuidar las cosas de esta vida; son mías." De este modo el corazón de esos hombres se ha endurecido como el camino trillado.
[363] Cierran la puerta de su corazón al mensajero celestial que les dice: "Venid, que ya está todo aparejado," pero la abren para dejar entrar las cargas del mundo y las preocupaciones de los negocios, y Jesús llama en vano.

El amargo yugo del egoísmo

Su corazón está tan cubierto de espinas y de los cuidados de esta vida, que las cosas celestiales no pueden hallar cabida en él. Jesús invita a los cansados y cargados, y les promete descanso si quieren acudir a él. Los invita a cambiar el amargo yugo del egoísmo y la codicia que los esclaviza a Mammón, por su yugo y su carga que, según él declara, son suaves y livianos. Dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." Mateo 11:29. El quiere que ellos pongan a un lado las pesadas cargas de las congojas y las perplejidades mundanales y tomen su yugo de abnegación y sacrificio por los demás. Esta carga les resultará fácil. Los que se nieguen a aceptar el alivio que Cristo les ofrece, y continúen llevando el amargo yugo del egoísmo imponiendo a sus almas tareas sumamente pesadas según los planes que hacen para acumular dinero para la complacencia egoísta, no han experimentado la paz y el descanso que se hallan en llevar el yugo de

Cristo y las cargas de la abnegación y la benevolencia desinteresada que Cristo llevó en su favor.

Cuando el amor del mundo se posesiona del corazón y llega a constituir una pasión dominante, no queda lugar para la adoración a Dios, porque las facultades superiores de la mente se someten a la esclavitud de Mammón, y no pueden retener pensamientos de Dios y del cielo. La mente pierde su recuerdo de Dios, y se estrecha y atrofia por su afición a acumular dinero.

Por causa del egoísmo y amor al mundo, estos hombres han ido perdiendo gradualmente su comprensión de la magnitud de la obra para estos postreros días. No han educado su mente para dedicarse a servir a Dios. No tienen experiencia en ese sentido. Sus propiedades han absorbido sus afectos y eclipsado la magnitud del plan de [364] salvación. Mientras mejoran y amplían sus planes mundanales, no ven la necesidad de ampliar y extender la obra de Dios. Invierten sus recursos en cosas temporales, pero no en las eternas. Su corazón ambiciona más recursos. Dios los hizo depositarios de su ley, para que dejasen resplandecer ante otros la luz que les daba tan misericordiosamente. Pero han aumentado de tal manera sus preocupaciones y ansiedades que no tienen tiempo para beneficiar a otros con su influencia, para conversar con sus vecinos, para orar con ellos y por ellos, y para tratar de comunicarles el conocimiento de la verdad.

Estos hombres son responsables por el bien que podrían hacer, y que no hacen, presentando como excusa las preocupaciones y cargas mundanales que embargan su mente y absorben sus afectos. Hay almas por las cuales Cristo murió, que podrían salvarse por sus esfuerzos personales y ejemplo piadoso. Hay almas preciosas que perecen por falta de la luz que Dios otorgó a los hombres para que la reflejasen sobre la senda de los demás. Pero la luz preciosa queda oculta bajo el almud y no alumbra a aquellos que están en la casa.

La parábola de los talentos

Cada uno es mayordomo de Dios. A cada uno confió el Maestro sus recursos; pero el hombre afirma que estos recursos son suyos. Cristo dice: “Negociad entre tanto que vengo.” Lucas 19:13. Está acercándose el tiempo en que Cristo requerirá lo suyo con interés. El dirá a cada uno de sus mayordomos: “Da cuenta de tu mayordomía.”

Los que han ocultado el dinero de su señor en un pañuelo, enterrándolo en la tierra, en vez de confiarlo a los banqueros, y los que han despilfarrado el dinero de su Señor gastándolo en cosas innecesarias en vez de ponerlo a interés invirtiéndolo en su causa, no recibirán la aprobación del Maestro, sino una condenación decidida. El siervo inútil de la parábola le presentó el talento a Dios y dijo: "Te conocía
[365] que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y tuve miedo, y fuí, y escondí tu talento en la tierra: he aquí tienes lo que es tuyo." Mateo 25:24, 25. Su Señor toma nota de sus palabras y declara: "Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí; por tanto te convenía dar mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con usura." Vers. 26, 27.

Este siervo inútil no ignoraba los planes de Dios, pero se propuso firmemente estorbar el propósito de Dios, y luego le acusó de injusticia al exigir el rédito de los talentos que se le habían confiado. Esta misma queja y murmuración la formula una clase numerosa de hombres pudientes que profesan creer la verdad. Como el siervo infiel, temen que se les exija el interés del talento que Dios les prestó, para adelantar la difusión de la verdad; por lo tanto, lo inmovilizan invirtiéndolo en tesoros terrenales y sepultándolo en el mundo, y lo aseguran de tal manera que no tienen nada o casi nada para invertir en la causa de Dios. Lo han enterrado, temiendo que Dios exigiese parte del capital o del interés. Cuando, al exigírsela su Señor, traen la cantidad que les fué dada, aducen ingratas excusas por no haber confiado a los banqueros e invertido en la causa de Dios, para ejecutar su obra, los recursos que el Señor les había prestado.

El que desfalca los bienes de su Señor no sólo pierde el talento que Dios le prestó, sino también la vida eterna. De él se dice: "Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera." Vers. 30. El siervo fiel, que invierte su dinero en la causa de Dios para salvar almas, emplea sus recursos para gloria de Dios y recibirá el elogio del Maestro: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor." Vers. 21. ¿Cuál será el gozo de nuestro Señor? Será el gozo de ver almas salvadas en el reino de gloria. "El cual, habiéndole sido propuesto gozo, sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, y sentóse a la diestra del trono
[366] de Dios." Hebreos 12:2.

La idea de que son administradores debe tener una influencia práctica sobre todos los hijos de Dios. La parábola de los talentos, debidamente comprendida, desterrará la avaricia, a la que Dios llama idolatría. La benevolencia práctica dará vida espiritual a millares de los que nominalmente profesan la verdad, pero que actualmente lamentan las tinieblas que los circundan. Los transformará de egoístas y codiciosos adoradores de Mammón, en fervientes y fieles colaboradores de Cristo en la salvación de los pecadores.

Abnegación y sacrificio

El fundamento del plan de salvación fué puesto con *sacrificio*. Jesús abandonó las cortes reales y se hizo pobre para que por su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos. Todos los que participan de esta salvación, comprada para ellos a tan infinito precio por el Hijo de Dios, seguirán el ejemplo del verdadero Modelo. Cristo fué la principal piedra del ángulo y debemos edificar sobre este cimiento. Cada uno debe tener un espíritu de abnegación y sacrificio. La vida de Cristo en la tierra fué una vida de desinterés: se distinguió por la humillación y el sacrificio. ¿Y podrán los hombres, participantes de la gran salvación que Cristo vino a traerles del cielo, negarse a seguir a su Señor y compartir su abnegación y sacrificio? Dice Cristo: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos." "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto." Juan 15:5, 2. El mismo principio vital, la savia que fluye a través de la vid, nutre los pámpanos para que florezcan y lleven fruto. ¿Es el siervo mayor que su señor? ¿Practicará el Redentor del mundo la abnegación y el sacrificio por nosotros, y los miembros del cuerpo de Cristo se entregarán a la complacencia propia? La abnegación es una condición esencial del discipulado.

"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame." Mateo 16:24. Yo voy adelante en la senda de la abnegación. Nada requiero de vosotros, mis seguidores, sino aquello de lo cual yo, vuestro Señor, os he dado ejemplo en mi propia vida. [367]

El Salvador del mundo venció a Satanás en el desierto de la tentación. Venció para mostrar al hombre cómo puede vencer. Anunció en la sinagoga de Nazaret: "El Espíritu del Señor es sobre mí, por

cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres: me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados: para predicar el año agradable del Señor." Lucas 4:18, 19.

La gran obra que Jesús anunció que había venido a hacer fué confiada a los que le siguen en la tierra. Cristo, como nuestra cabeza, nos guía en la gran obra de salvación, y nos invita a seguir su ejemplo. Nos ha dado un mensaje mundial. Esta verdad debe extenderse a todas las naciones, lenguas y pueblos. El poder de Satanás debe ser desafiado y ser vencido por Cristo y también por sus discípulos. Una gran guerra debe reñirse contra las potestades de las tinieblas. Y a fin de que esta obra se lleve a cabo con éxito, se requieren recursos. Dios no se propone enviarnos recursos directamente del cielo, sino que confía a las manos de sus seguidores talentos y recursos para que los usen con el fin de sostener esta guerra.

El sistema del diezmo

El ha dado a su pueblo un plan para obtener sumas suficientes con qué financiar sus empresas. El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden sentir que son capaces de hacer una parte para llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería.
[368] Dice el apóstol: "Cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere." 1 Corintios 16:2.

Por este sistema se alcanzan grandes objetos. Si todos lo aceptasen, cada uno sería un vigilante y fiel tesorero de Dios, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán "atesorando para sí buen

fundamento para lo por venir," a fin de "que echen mano a la vida eterna." 1 Timoteo 6:19.

Al ver los que trabajan con perseverancia y sistemáticamente que sus generosos empeños tienden a alimentar el amor a Dios y a sus semejantes, y que sus esfuerzos personales extienden su esfera de utilidad, comprenderán que reporta una gran bendición el colaborar con Cristo. La iglesia cristiana, por lo general, no reconoce el derecho de Dios de exigirle que dé ofrendas de las cosas que posee, para sostener la guerra contra las tinieblas morales que inundan al mundo. Nunca podrá la causa de Dios progresar como debiera hacerlo antes que los seguidores de Cristo trabajen activa y celosamente.

Cada miembro individual de la iglesia debe sentir que la verdad que él profesa es una realidad, y todos deben trabajar desinteresadamente. Algunos ricos se sienten inclinados a murmurar porque la obra de Dios se extiende y se necesita dinero. Dicen que no acaban nunca los pedidos de recursos, y los motivos por solicitar ayuda se presentan uno tras otro. A los tales queremos decir que esperamos que la causa de Dios se extienda de tal manera que haya mayores ocasiones y pedidos más frecuentes y urgentes de que la tesorería supla lo necesario para proseguir la obra.

Si el plan de la benevolencia sistemática* fuese adoptado por [369]
cada persona y llevado plenamente a cabo, habría una constante provisión en la tesorería. Los ingresos afluirían como una corriente constantemente alimentada por rebosantes fuentes de generosidad. El dar ofrendas es una parte de la religión evangélica. ¿Acaso la consideración del precio infinito pagado por nuestra redención no nos impone solemnes obligaciones pecuniarias, así como el deber de consagrar todas nuestras facultades a la obra del Maestro?

Tendremos una deuda que saldar con el Maestro antes de mucho cuando él diga: "Da cuenta de tu mayordomía." Lucas 16:2. Si los hombres prefieren poner a un lado los derechos de Dios y retener egoístamente todo lo que él les da, él callará por el momento y continuará probándolos con frecuencia aumentando sus bendiciones, dejando que éstas continúen fluyendo; y aquellos hombres seguirán tal vez recibiendo honores de sus semejantes, sin que la iglesia los censure; pero antes de mucho Dios les dirá: "Da cuenta de tu

*Sobre la benevolencia sistemática, véase la nota de la 331.—F. P. W.

mayordomía." Dice Cristo: "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis." Mateo 25:45. "No sois vuestros. Porque comprados sois por precio," y estáis bajo la obligación de glorificar a Dios con vuestros recursos, así como en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son suyos. "Comprados sois por precio," "no con cosas corruptibles, como oro o plata; sino con la sangre preciosa de Cristo." 1 Corintios 6:20; 1 Pedro 1:18, 19. El pide, en compensación de los dones que nos ha confiado, que ayudemos en la obra de salvar almas. El dió su sangre y nos pide nuestro dinero. Mediante su pobreza somos hechos ricos, y ¿nos negaremos a devolverle sus propios dones?

Colaboradores con Dios

Dios no depende del hombre para sostener su causa. Podría haber enviado medios directamente del cielo para suplir su tesorería, si en su providencia lo hubiese considerado mejor para el hombre. Podría haber formulado planes para que los ángeles hubiesen sido
[370] enviados a publicar la verdad al mundo sin intervención de los hombres. Podría haber escrito las verdades en el firmamento y haber dejado que éste declarase al mundo sus requerimientos en caracteres vivos. Dios no depende del oro o la plata de hombre alguno. Dice: "Mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados." "Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti: porque mío es el mundo y su plenitud." Salmos 50:10, 12. Cualquier necesidad de que intervengamos en el adelantamiento de la causa de Dios, ha sido ordenada a propósito para nuestro bien. El nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ordenó que fuese necesaria la cooperación de los hombres a fin de que pudiesen practicar la generosidad.

En su sabia providencia, Dios permitió que los pobres estuviesen siempre con nosotros, para que mientras presenciáramos las diversas formas de necesidad y sufrimiento en el mundo, fuésemos probados y puestos en situación de desarrollar un carácter cristiano. El Señor ha puesto a los pobres entre nosotros para despertar nuestra simpatía y amor cristianos.

Los pecadores que están pereciendo por falta de conocimiento serán dejados en la ignorancia y las tinieblas a menos que los hombres les lleven la luz de la verdad. Dios no enviará a los ángeles

del cielo para hacer la obra que ha encomendado al hombre. Dió a todos una obra que hacer por esta misma razón, a saber, para que pudiese probarlos y para que ellos revelasen su verdadero carácter. Cristo pone a los pobres entre nosotros como representantes suyos. "Tuve hambre—dice,—y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber." Mateo 25:42. Cristo se identifica con la humanidad doliente en la persona de los seres humanos que sufren. Hace suyas sus necesidades y acoge sus desgracias en su seno.

Las tinieblas morales de un mundo arruinado suplican a cada cristiano que realice un esfuerzo, que dé de sus recursos y preste su influencia para asemejarse a Aquel que aunque poseía riquezas infinitas se hizo pobre por causa nuestra. El Espíritu de Dios no puede morar con aquellos a quienes mandó el mensaje de su verdad, [371] pero que necesitan que se les ruegue antes de sentir su deber de colaborar con Cristo. El apóstol pone de relieve el deber de dar por motivos superiores a la mera simpatía humana, porque los sentimientos sean conmovidos. Da realce al principio de que debemos trabajar abnegadamente y con sinceridad para gloria de Dios.

Las Escrituras requieren de los cristianos que participen en un plan de activa generosidad que les haga manifestar constantemente interés en la salvación de sus semejantes. La ley moral ordenaba la observancia del sábado, que no era una carga excepto cuando esa ley era transgredida y los hombres se veían sujetos a las penalidades que entrañaba su violación. Igualmente, el sistema del diezmo no era una carga para aquellos que no se apartaban del plan. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo ideó. En vez de carecer de fuerza ahora, tiene que practicarse más plena y extensamente, puesto que la salvación por Cristo debe ser proclamada con mayor plenitud en la era cristiana.

Jesús hizo saber al joven príncipe que la condición para obtener la vida eterna consistía en poner por obra en su vida los requerimientos especiales de la ley, que le exigían amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas, y a su prójimo como a sí mismo. Si bien los sacrificios simbólicos cesaron con la muerte de Cristo, la ley original, grabada en tablas de piedra, permaneció inmutable, e impone sus exigencias al hombre de todos los tiempos. Y en la era cristiana, el deber del hombre no

fué limitado, sino definido más especialmente y expresado con más sencillez.

El Evangelio, para extenderse y ampliarse, requería mayores provisiones para sostener la guerra después de la muerte de Cristo, y esto hizo que la ley de dar ofrendas fuese una necesidad más apremiante que bajo el gobierno hebreo. Dios no requiere menos ahora, sino mayores dones que en cualquier otro período de la historia del
[372] mundo. El principio trazado por Cristo es que los dones y ofrendas deben ser proporcionales a la luz y bendiciones que se han disfrutado. El dijo: "Porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él." Lucas 12:48.

Los primeros discípulos respondían a las bendiciones de la era cristiana mediante obras de caridad y benevolencia. El derramamiento del Espíritu de Dios, después que Cristo dejó a sus discípulos y ascendió al cielo, los condujo a la abnegación y al sacrificio propio para salvar a otros. Cuando los santos pobres de Jerusalén se hallaban en angustia, Pablo escribió a los cristianos gentiles acerca de las obras de benevolencia y dijo: "Por tanto, como en todo abundáis, en fe, y en palabra, y en ciencia, y en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, que también abundéis en esta gracia." 2 Corintios 8:7.

Aquí la generosidad es puesta al lado de la fe, del amor y de la diligencia cristiana. Los que piensan que pueden ser buenos cristianos y a la vez cerrar sus oídos y corazones a los llamados que Dios dirige a su liberalidad, están terriblemente engañados. Hay quienes profesan tener gran amor por la verdad, y, por lo menos de palabra, tienen interés en verla adelantar, pero no hacen nada para ello. La fe de los tales es muerta; no se perfecciona por las obras. El Señor no cometió nunca el error de convertir a un alma y dejarla bajo el poder de la avaricia.

Desde el tiempo de Adán

El sistema del diezmo se remonta hasta más allá del tiempo de Moisés. Ya en los días de Adán, se requería de los hombres que ofreciesen a Dios donativos de índole religiosa, es decir, antes que el sistema fuese dado a Moisés en forma definida. Al cumplir lo requerido por Dios, debían manifestar, mediante sus ofrendas, aprecio

por las misericordias y las bendiciones de Dios para con ellos. Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fué practicado por Abrahán, quien dió diezmos a Melquisedec, sacerdote del Altísimo. El mismo principio existía en los días de Job. Mientras Jacob estaba en Betel, peregrino, desterrado y sin dinero, se acostó una noche, [373] solitario y abandonado, teniendo una piedra por almohada, y allí prometió al Señor: "De todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti." Génesis 28:22. Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. El no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad.

El Señor quiso poner al hombre en estrecha relación consigo, e infundirle simpatía y amor por sus semejantes, imponiéndole la responsabilidad de realizar acciones que contrarrestaran el egoísmo y fortaleciesen su amor por Dios y el hombre. El plan de una liberalidad sistemática fué ideado por Dios para beneficio del hombre, quien se inclina a ser egoísta y a cerrar su corazón a las acciones generosas. El Señor requiere que se hagan donativos en tiempos determinados, para establecer el hábito de dar y para que la benevolencia se considere como un deber cristiano. El corazón, abierto por un donativo, no debe tener tiempo de enfriarse egoístamente y cerrarse antes que se otorgue el próximo. La corriente ha de fluir continuamente, manteniéndose abierto el conducto por medio de actos de generosidad.

La décima parte de las entradas

En cuanto a la cantidad requerida, Dios ha especificado que sea la décima parte de los ingresos. Esto queda a cargo de la conciencia y generosidad de los hombres, cuyo juicio debe ejercerse libremente en este asunto del diezmo. Y aunque queda librado a la conciencia, se ha trazado un plan bastante definido para todos. No se requiere compulsión alguna.

En la dispensación mosaica, Dios pedía de los hombres que diesen la décima parte de todas sus ganancias. Les confiaba las cosas de esta vida, como talentos que debían devolver perfeccionados. Ha requerido la décima parte, y la exige como lo mínimo que le debemos devolver. Dice: Os doy las nueve décimas, y os pido una; es mía. Cuando los hombres retienen el diezmo, roban a Dios. Además [374]

del diezmo, se requerían ofrendas por el pecado, ofrendas pacíficas y de agradecimiento a Dios.

Todo lo que se retiene de lo que Dios pide, o sea el diezmo, queda registrado en los libros del cielo como un robo hecho a él. Los que lo cometen defraudan a su Creador, y cuando se les presenta este pecado de negligencia, no es suficiente que cambien su conducta y empiecen desde entonces a obrar según el debido principio. Esto no corregirá las cifras escritas en los registros celestiales por su desfalco de la propiedad que se les ha confiado para que la devuelvan al Prestamista. Deben arrepentirse de su infidelidad para con Dios, y de su vil ingratitud.

"¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? Los diezmos y las primicias. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde." Malaquías 3:8-10. Aquí se promete que si se traen todos los diezmos al alfolí, Dios derramará su bendición sobre los obedientes.

"Increparé también por vosotros al devorador, y no os corromperá el fruto de la tierra; ni vuestra vid en el campo abortará, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las gentes os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos." Vers. 11, 12. Si todos los que profesan la verdad cumplen con los requerimientos de Dios en cuanto a dar el diezmo, que Dios llama suyo, la tesorería estará ampliamente provista para llevar a cabo la gran obra de salvar a los hombres.

Dios da al hombre los nueve décimos, mientras reclama un décimo para fines sagrados, así como dió al hombre seis días para su
[375] trabajo y se reservó y puso aparte el séptimo día para sí. Porque, como el sábado, el diezmo de las entradas es sagrado. Dios se lo ha reservado. El llevará a cabo su obra en la tierra con las entradas procedentes de los recursos que confió al hombre.

Dios exigía que su antiguo pueblo asistiera a tres asambleas anualmente. "Tres veces cada un año parecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere: en la solemnidad de los ázimos, y en la solemnidad de las semanas, y en la solemnidad

de la cabañas. Y no parecerá vacío delante de Jehová: Cada uno con el don de su mano, conforme a la bendición de Jehová tu Dios, que te hubiere dado." Deuteronomio 16:16, 17. Nada menos que una tercera parte de sus entradas se consagraba a fines sagrados y religiosos.

Cuandoquiera que los hijos de Dios, en cualquier época de la historia del mundo, ejecutaron alegre y voluntariamente el plan de la benevolencia sistemática y de los dones y ofrendas, han visto cumplirse la permanente promesa de que la prosperidad acompañaría todas sus labores en la misma proporción en que le obedeciesen. Siempre que reconocieron los derechos de Dios y cumplieron con sus requerimientos, honrándole con su substancia, sus alfolíes rebosaron; pero cuando robaron a Dios en los diezmos y las ofrendas, tuvieron que darse cuenta de que no sólo le estaban robando a él, sino que se defraudaban a sí mismos; porque él limitaba las bendiciones que les concedía en la proporción en que ellos limitaban las ofrendas que le llevaban.

No es carga gravosa

Algunos dirán que ésta es una de las leyes rigurosas que pesaban sobre los hebreos. Pero ésta no era una carga para el corazón voluntario que manifestaba amor a Dios. Únicamente cuando la naturaleza egoísta se fortalecía por la retención de aquellos recursos, el hombre perdía de vista lo eterno y estimaba los tesoros terrenales más que las almas. El Israel de Dios de estos últimos tiempos tiene necesidades aun más urgentes que el de antaño. Debe realizarse una obra grande e importante en breve tiempo. Nunca fué el propósito [376] de Dios que la ley del sistema del diezmo no rigiese entre su pueblo; sino que, al contrario, quiso que el espíritu de sacrificio se ampliase y profundizase para la obra final.

No se debe hacer de la benevolencia sistemática una compulsión sistemática. Lo que Dios considera aceptable son las ofrendas voluntarias. La verdadera generosidad cristiana brota del principio del amor agradecido. El amor a Cristo no puede existir sin que se manifieste en forma proporcional hacia aquellos a quienes él vino a redimir. El amor a Cristo debe ser el principio dominante del ser, que rija todas las emociones y todas las energías. El amor redentor

debe despertar todo el tierno afecto y la devoción abnegada que pueda existir en el corazón del hombre. Cuando tal sea el caso, no se necesitarán llamados conmovedores para quebrantar su egoísmo ni despertar sus simpatías dormidas para arrancar ofrendas en favor de la preciosa causa de la verdad.

Jesús nos compró a un precio infinito. Toda nuestra capacidad y nuestra influencia pertenecen en verdad a nuestro Salvador y deben ser dedicadas a su servicio. Consagrándoselas, manifestamos nuestra gratitud por haber sido redimidos de la esclavitud del pecado por la preciosa sangre de Cristo. Nuestro Salvador está siempre obrando por nosotros. Ascendió al cielo e intercede en favor de los rescatados por su sangre. Intercede delante de su Padre y presenta las agonías de la crucifixión. Alza sus manos heridas e intercede por su iglesia para que sea guardada de caer en la tentación.

Si nuestra percepción fuese avivada hasta poder comprender esta maravillosa obra del Salvador en pro de nuestra salvación, ardería en todo corazón un amor profundo y ardiente. Entonces nuestra apatía y fría indiferencia nos alarmarían. Una devoción y generosidad absolutas, impulsadas por un amor agradecido, impartirán a la más pequeña ofrenda, al sacrificio voluntario, una fragancia divina que hará inestimable el don. Pero después de haber entregado voluntariamente a nuestro Redentor todo lo que podemos darle, por valioso [377] que sea para nosotros, si consideramos nuestra deuda de gratitud a Dios tal cual es en realidad todo lo que podamos haber ofrecido nos parecerá muy insignificante y pobre. Pero los ángeles toman estas ofrendas que a nosotros nos parecen deficientes, y las presentan como una fragante oblación delante del trono, y son aceptadas.

Como discípulos de Cristo, no nos damos cuenta de nuestra verdadera situación. No tenemos opiniones acertadas respecto de nuestra responsabilidad como siervos de Cristo. El nos ha adelantado el salario en su vida de sufrimiento y en su sangre derramada, para ligarnos así en servidumbre voluntaria. Todas las buenas cosas que tenemos son un préstamo de nuestro Salvador. Nos ha hecho mayordomos. Nuestras ofrendas más ínfimas, nuestros servicios más humildes, presentados con fe y amor, pueden ser dones consagrados para salvar almas en el servicio del Maestro y para promover su gloria. El interés y la prosperidad del reino de Cristo deben superar toda otra consideración. Los que hacen de sus placeres e intereses

egoístas los objetos principales de su vida, no son mayordomos fieles.

Los que se nieguen a sí mismos para hacer bien a otros y se consagren con todo lo que tienen al servicio de Cristo, experimentarán la felicidad que en vano busca el egoísta. Dice nuestro Salvador: "Cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo." Lucas 14:33. La caridad "no busca lo suyo." 1 Corintios 13:5. Es el fruto de aquel amor desinteresado y de aquella benevolencia que caracterizaron la vida de Cristo. Si la ley de Dios está en nuestro corazón, subordinará nuestros intereses personales a las consideraciones elevadas y eternas.

Tesoros en la tierra

Cristo nos ordena que busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia. Tal es nuestro primero y más alto deber. Nuestro Maestro amonestó expresamente a sus siervos a que no acumularan [378] tesoros en la tierra; porque al hacerlo su corazón se fijaría en las cosas terrenales antes que en las celestiales. Por esta razón muchas pobres almas han dejado naufragar su fe. Contrariaron directamente las órdenes expresas de nuestro Señor, y permitieron que el amor al dinero llegase a ser la pasión dominante de su vida. Son intemperantes en sus esfuerzos para adquirir recursos. Están tan embriagados con su insano deseo de riquezas como el borracho por la bebida.

Los cristianos se olvidan de que son siervos del Maestro; de que le pertenecen ellos mismos, su tiempo y todo lo que tienen. Muchos son tentados y la mayoría se deja vencer por las engañosas incitaciones que Satanás les presenta para invertir su dinero en lo que les reportará el mayor provecho en pesos y centavos. Sólo unos pocos consideran las obligaciones que Dios les ha impuesto de hacer que su principal ocupación consista en suplir las necesidades de su causa, y de atender sus propios deseos en último término. Son pocos los que invierten dinero en la causa de Dios en proporción a sus recursos. Muchos lo han inmovilizado en propiedades que deben vender antes de poder invertirlo en la causa de Dios y darle así un uso práctico. Se valen de ello como una excusa para hacer tan sólo poco en la causa de su Redentor. Han enterrado su dinero tan literalmente como el hombre de la parábola. Roban a Dios el

diezmo, que reclama como suyo, y al robarle, se despojan del tesoro celestial.

Para beneficio del hombre

El plan de la benevolencia sistemática no oprime penosamente a ningún hombre. "Cuanto a la colecta para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere; para que cuando yo llegare, no se hagan entonces colectas." 1 Corintios 16:1, 2. Los pobres no quedan excluídos del privilegio de dar. Ellos, tanto como
[379] los pudientes, pueden tener una parte en esta obra. La lección que Cristo dió con respecto a las dos blancas de la viuda, nos demuestra que la ofrenda voluntaria más ínfima de los pobres, si se da con un corazón lleno de amor, es tan aceptable como los mayores donativos de los ricos.

En las balanzas del santuario, los donativos de los pobres, presentados por amor a Cristo, no se estiman según la cantidad dada, sino según el amor que motiva el sacrificio. Las promesas de Jesús llegarán a ser tan ciertamente una realidad para el pobre generoso, que tiene poco que ofrecer, pero lo da con liberalidad, como para el pudiente que da de su abundancia. El pobre hace un sacrificio de lo poco que posee y lo siente en realidad. Se niega algunas de las cosas que necesita para su comodidad, mientras que el rico da de su abundancia y no siente ninguna necesidad, no se niega nada de lo que realmente le hace falta. Por lo tanto, tiene la ofrenda del pobre un carácter sagrado que no se encuentra en la ofrenda del rico, porque éste da de su abundancia. La providencia de Dios organizó todo el plan de la benevolencia sistemática para beneficio del hombre. Su providencia nunca se paraliza. Si los siervos de Dios entran por las puertas que él les abre, todos trabajarán activamente.

Los que retienen lo que pertenece a la tesorería de Dios, y acumulan sus recursos para sus hijos, ponen en peligro el interés espiritual de estos últimos. Ponen su propiedad, que es una piedra de tropiezo para ellos, en el camino de sus hijos, para que también tropiecen con ella para perdición. Muchos cometen una gran equivocación respecto de las cosas de esta vida. Economizan, privándose a sí mis-

mos y a otros del bien que podrían recibir por el uso correcto de los medios que Dios les ha prestado, y se tornan egoístas y avarientos. Descuidan sus intereses espirituales, y su desarrollo religioso se atrofia; todo por el afán de acumular riquezas que no pueden usar. Dejan su propiedad a sus hijos, y en nueve casos de cada diez es para sus herederos una maldición aun mayor de lo que ha sido para ellos. [380] Los hijos, confiados en las propiedades de sus padres, con frecuencia no alcanzan a tener éxito en esta vida, y generalmente fracasan completamente en lo que respecta a obtener la vida venidera.

El mejor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es un conocimiento del trabajo útil y el ejemplo de una vida caracterizada por la benevolencia desinteresada. Por una vida tal demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará al aliviar las necesidades propias y ajenas y al adelantar la causa de Dios.

Responsabilidad de los pobres

Algunos están dispuestos a dar de acuerdo con lo que tienen, y piensan que Dios no tiene más derecho sobre ellos porque no tienen grandes recursos. No tienen entradas de las cuales puedan ahorrar después de gastar en lo necesario para su familia. Pero muchos de ellos pueden preguntarse: ¿Estoy dando de acuerdo a lo que podría haber tenido? Dios quiso que pusiesen a contribución las facultades de su cuerpo y mente. Algunos no han perfeccionado hasta lo sumo la habilidad que Dios les ha dado. El trabajo ha sido asignado al hombre. Se lo relacionó con la maldición, porque así lo hizo necesario el pecado. El bienestar físico, mental y moral del hombre hace necesaria una vida de trabajo útil. Que no seamos "perezosos en los quehaceres" (Romanos 12:11, VM), es la recomendación del inspirado apóstol Pablo.

Nadie, sea rico o pobre, puede glorificar a Dios por una vida de indolencia. Todo el capital que tienen muchos pobres está constituido por su tiempo y su fuerza física, y con frecuencia los malgastan por amor a la comodidad y a la indolencia negligente, de manera que no tienen nada que llevarle a su Señor en diezmos y ofrendas. Si los cristianos carecen de sabiduría para hacer que su trabajo rinda la mayor utilidad y para hacer una aplicación juiciosa de sus facultades

[381] físicas y mentales, deben tener mansedumbre y humildad para recibir el consejo de sus hermanos, a fin de que el mejor juicio de ellos supla sus deficiencias. Muchos pobres que están ahora conformes con no hacer nada para beneficiar a sus semejantes y para adelantar la causa de Dios, podrían hacer mucho si quisieran. Ellos son responsables delante de Dios por su capital de fuerza física, tanto como el rico lo es por su capital de dinero.

Algunos que debieran hacer ingresar recursos en la tesorería de Dios, quieren recibir de ella. Hay quienes son pobres ahora y podrían mejorar su condición por un empleo juicioso de su tiempo, evitando las especulaciones, como la explotación de patentes de invención, y refrenando su inclinación a confiar en tales especulaciones para obtener recursos de una manera más fácil que por el trabajo paciente y perseverante. Si los que han tenido éxito en la vida estuviesen dispuestos a recibir instrucción, podrían adquirir hábitos de abnegación y economía estricta y tener la satisfacción de ser dispensadores de caridad en vez de receptores de ella. Hay muchos siervos perezosos. Si hiciesen cuanto está a su alcance, experimentarían una bendición tan grande al ayudar a otros que en realidad se darían cuenta de que "más bienaventurada cosa es dar que recibir." Hechos 20:35.

Debidamente dirigida, la generosidad ejercita las energías mentales y morales de los hombres y los incita a una acción muy saludable para beneficiar a los necesitados y adelantar la causa de Dios. Si los que tienen recursos se dieran cuenta de que son responsables delante de Dios de cada peso que gastan, sus supuestas necesidades serían mucho menores. Si la conciencia estuviese despierta, testificaría contra los inútiles gastos para satisfacer el apetito, el orgullo, la vanidad, el amor a las diversiones, y reprocharía el despilfarro del dinero del Señor que debiera haberse dedicado a su causa. Pronto los que malgastan los bienes de su Señor tendrán que darle cuenta de su conducta.

Si los que profesan ser cristianos usasen menos de su fortuna
[382] para adornar su cuerpo y hermosear sus propias casas, y en sus mesas hubiese menos lujos extravagantes y malsanos, podrían colocar sumas mucho mayores en la tesorería del Señor. Imitarían así a su Redentor, quien dejó el cielo, sus riquezas y su gloria, y por amor de nosotros se hizo pobre, a fin de que pudiésemos tener las riquezas eternas. Si somos demasiado pobres para devolver fielmente a Dios

los diezmos que él requiere, somos ciertamente demasiado pobres para vestirnos costosamente y comer con lujo; porque malgastamos así el dinero de nuestro Señor en cosas perjudiciales para agradarnos y glorificarnos a nosotros mismos. Debemos inquirir diligentemente: ¿Qué tesoro nos hemos asegurado en el reino de los cielos? ¿Somos ricos para con Dios?

Un consejo a los ricos

Jesús dió a sus discípulos una lección respecto de la avaricia. "Y refirióles una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había llevado mucho; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde juntar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis alfolíes, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repósate, come, bebe, huélgate. Y díjole Dios: Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma; y lo que has prevenido, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico en Dios." Lucas 12:16-21.

La duración y felicidad de la vida no consiste en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. Este rico insensato, en su egoísmo supremo, había amontonado tesoros que no podía emplear. Vivía solamente para sí. Se extralimitó en los negocios, obtuvo ganancias ilícitas y no practicó la misericordia ni el amor de Dios. Robó a los huérfanos y a las viudas, o defraudó a sus semejantes para aumentar su creciente reserva de bienes mundanales. Podía haberse hecho tesoros en los cielos en bolsas que no envejecen, pero por su avaricia perdió ambos mundos. Los que humildemente usan para gloria de Dios los recursos que él les ha confiado, recibirán antes de mucho su [383] tesoro de la mano del Maestro con la bendición: "Bien, buen siervo y fiel;... entra en el gozo de tu Señor." Mateo 25:21.

Cuando consideramos el sacrificio hecho para la salvación de los hombres, nos embarga el asombro. Cuando el egoísmo clama por la victoria en el corazón de los hombres, y ellos se sienten tentados a retener la proporción que deben dedicar a cualquier buena obra, deben fortalecer sus principios de lo recto por el pensamiento de que el que era rico en el tesoro inestimable del cielo, se apartó de todo ello y se hizo pobre. No tuvo dónde reclinar su cabeza. Y todo

este sacrificio fué hecho en nuestro favor, para que obtuviésemos las riquezas eternas.

Cristo asentó los pies en la senda de la abnegación y el sacrificio, que todos sus discípulos deben recorrer si quieren ser finalmente exaltados con él. Acogió en su propio corazón las tristezas que el hombre debe sufrir. Con frecuencia la mente de los mundanos se embota. Pueden ver tan sólo las cosas terrenales, que eclipsan la gloria y el valor de las cosas celestiales. Hay hombres que rodearán la tierra y el mar para obtener ganancias terrenales, y sufrirán privaciones y padecimientos para alcanzar su objeto, y, sin embargo, se apartan de los atractivos del cielo y no consideran las riquezas eternas. Los que se hallan comparativamente en la pobreza son los que hacen más para sostener la causa de Dios. Son generosos con lo poco que poseen. Han fortalecido sus impulsos generosos por la liberalidad continua. Como sus gastos casi equivalían a sus entradas, su pasión por las riquezas terrenales no tuvo cabida u oportunidad de fortalecerse.

Pero son muchos los que, al comenzar a juntar riquezas materiales, calculan cuánto tardarán en poseer cierta suma. En su afán de acumular una fortuna, dejan de enriquecerse para con Dios. Su generosidad no se mantiene a la par con lo que reúnen. A medida que aumenta su pasión por las riquezas, sus afectos se entrelazan con su tesoro. El aumento de su propiedad fortalece el intenso deseo
[384] de tener más, hasta que algunos consideran que el dar al Señor el diezmo es una contribución severa e injusta. La inspiración ha declarado: “Cuando se aumenten las riquezas, no pongáis en ellas vuestro corazón.” Salmos 62:10 (VM). Muchos han dicho: “Si yo fuese tan rico como Fulano, multiplicaría mis donativos para la tesorería de Dios. No haría otra cosa con mi riqueza sino emplearla para el adelantamiento de la causa de Dios.” Dios ha probado a algunos de éstos dándoles riquezas; pero con éstas las tentaciones se hicieron más intensas, y su generosidad fué mucho menor que en los días de su pobreza. Un ambicioso deseo de mayores riquezas absorbió su mente y corazón, y cometieron idolatría.

Fidelidad indivisa

El que regala a los hombres riquezas infinitas y una vida eterna de bienaventuranzas en su reino como recompensa de la obediencia fiel, no aceptará un corazón dividido. Estamos viviendo en medio de los peligros de los últimos días, cuando se manifiesta todo lo que puede apartar de Dios la mente y los afectos. Podremos discernir y apreciar nuestro deber únicamente cuando lo consideremos a la luz que irradia de la vida de Cristo. Así como el sol sale por el oriente y baja por el occidente, llenando el mundo de luz, así el que sigue verdaderamente a Cristo será una luz para el mundo. Saldrá al mundo como una luz brillante y resplandeciente, para que aquellos que están en tinieblas sean iluminados y calentados por los rayos que despida. Cristo dice de los que le siguen: "Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder." Mateo 5:14.

Nuestro gran Ejemplo era abnegado, y ¿debe la conducta de los que profesan seguirle ser tan contraria a la suya? El Salvador lo dió todo por el mundo que perecía, sin retenerse a sí mismo siquiera. La iglesia de Dios está dormida. Sus miembros están debilitados por la inacción. De todas partes del mundo nos llegan voces que nos dicen: "Pasad y ayudadnos," pero no hay movimiento en respuesta. [385] De vez en cuando se realiza un débil esfuerzo; algunos manifiestan que quisieran ser colaboradores del Maestro; pero con frecuencia se deja a los tales trabajar casi solos. Nuestro pueblo tiene un solo misionero* en todo el amplio campo de los países extranjeros.

La verdad es poderosa, pero no se la pone en práctica. No es suficiente colocar solamente dinero sobre el altar. Dios llama a hombres voluntarios para que proclamen la verdad a otras naciones, lenguas y pueblos. No es nuestro número ni nuestras riquezas lo que nos dará una victoria señalada; sino la devoción al trabajo, el valor moral, el ardiente amor por las almas y un celo incansable e invariable.

*Estas palabras fueron escritas en 1875 poco después que fuera enviado J. N. Andrews a Europa y antes que las misiones llegasen a ser tema de interés para cada miembro de la iglesia.—F. P. W.

Bienaventuranza de la generosidad

Son muchos los que han considerado a la nación judía como un pueblo digno de lástima, porque se le hacía contribuir constantemente al sostén de su religión. Pero Dios, quien creó al hombre y le proveyó todas las bendiciones de que goza, sabía lo que era mejor para él. Y por su bendición hacía que las nueve décimas fueran para los judíos de más valor que la cantidad entera sin su bendición. Si algunos, por egoísmo, robaban a Dios o le traían una ofrenda que no fuese perfecta, lo seguro era que seguía a ello el desastre y la pérdida. Dios lee los motivos del corazón. Conoce los propósitos de los hombres, y los recompensará a su debido tiempo según lo hayan merecido.

El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo. Nuestro Padre celestial no creó el plan de la
[386] benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. Vió que este sistema de beneficencia era precisamente lo que el hombre necesitaba.

Aquellas iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son las más prósperas espiritualmente. La verdadera generosidad del que sigue a Cristo identifica su interés con el Maestro. En el trato de Dios con los judíos y con su pueblo hasta el fin del tiempo, él requiere una benevolencia sistemática en proporción a las entradas. El plan de salvación fué basado en el infinito sacrificio del Hijo de Dios. La luz del Evangelio, que irradia de la cruz de Cristo, reprende el egoísmo y estimula la generosidad. No es de lamentar que aumenten los pedidos de recursos. En su providencia, Dios invita a su pueblo a que salga de su limitada esfera de acción para emprender mayores cosas. En este tiempo, en que las tinieblas morales están cubriendo el mundo, se necesitan esfuerzos ilimitados. La mundanalidad y la avaricia están royendo las vísceras de los hijos de Dios. Deben comprender que su misericordia es la que multiplica las demandas de recursos. El ángel de Dios coloca los actos generosos al lado de la oración. Le dijo a Cornelio: “Tus

oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios." Hechos 10:4.

En sus enseñanzas, Cristo dijo: "Pues si en las malas riquezas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?" Lucas 16:11. La salud y la prosperidad espiritual de la iglesia dependen en extenso grado de su benevolencia sistemática. Es como la corriente sanguínea que debe fluir por todo el ser, vivificando todo miembro del cuerpo. Aumenta el amor por las almas de nuestros semejantes, porque por la abnegación y el sacrificio propio somos puestos en más estrecha relación con Cristo, quien por nosotros se hizo pobre. Cuanto más invirtamos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas, tanto más se les acercará nuestro corazón. Si nuestro número fuese reducido a la mitad de lo que es, pero todos [387] trabajasen con devoción, tendríamos un poder que haría temblar al mundo. A los que trabajan activamente, Cristo ha dirigido estas palabras: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Mateo 28:20.

A todo el mundo

Encontraremos oposición proveniente de motivos egoístas, del fanatismo y del prejuicio; pero con valor indómito y fe viva debemos sembrar junto a todas las aguas. Los agentes de Satanás son formidables; debemos hacerles frente y combatirlos. Nuestras labores no se han de limitar a nuestro propio país. El campo es el mundo; la mies está madura. La orden dada por Cristo a los discípulos antes de ascender fué: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura." Marcos 16:15.

Nos sentimos profundamente apenados al ver a algunos de nuestros predicadores que se limitan a trabajar por las iglesias, haciendo aparentemente algunos esfuerzos, pero casi sin obtener resultado por sus labores. El campo es el mundo. Salgan a un mundo incrédulo, y trabajen para convertir las almas a la verdad. Indicamos a nuestros hermanos y hermanas el ejemplo de Abrahán, quien subió al monte Moria para ofrecer a su único hijo, a la orden de Dios. Esto era obediencia y sacrificio. Moisés se encontraba en las cortes reales y tenía delante de sí la perspectiva de una corona. Pero se apartó de este soborno tentador, y "rehusó ser llamado hijo de la hija de

Faraón; escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado. Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios." Hebreos 11:24-26.

Los apóstoles no contaban su vida por preciosa y se regocijaban de ser tenidos por dignos de sufrir oprobio por el nombre de Cristo. Pablo y Silas sufrieron la pérdida de todo. Fueron azotados y arrojados brutalmente al frío piso de una mazmorra, en una posición muy dolorosa, con los pies elevados y sujetos en el cepo. ¿Llegaron pro-
[388] testas y quejas a los oídos del carcelero? ¡Oh, no! Desde el interior de la cárcel, se elevaron voces que rompían el silencio de la noche con cantos de gozo y alabanza a Dios. Animaba a estos discípulos un profundo y ferviente amor por la causa de su Redentor, en favor de la cual sufrían.

En la medida en que la verdad de Dios llene nuestro corazón, absorba nuestros afectos y rija nuestra vida, tendremos por gozo el sufrir por la verdad. Ni las paredes de la cárcel, ni la hoguera del martirio, podrán entonces dominarnos ni poner obstáculo a la gran obra.

"Ven, oh alma mía, al Calvario."

Observa la humilde vida del Hijo de Dios. El fué "varón de dolores, experimentado en quebranto." Isaías 53:3. Contempla su ignominia, su agonía en el Getsemaní, y aprende lo que es abnegación. ¿Estamos padeciendo necesidad? También la padeció Cristo, la Majestad del cielo. Pero su pobreza era por causa nuestra. ¿Nos contamos entre los ricos? Así se contaba él también. Pero consintió por causa nuestra en hacerse pobre, para que por su pobreza pudiésemos ser hechos ricos. En Cristo tenemos la abnegación ejemplificada. Su sacrificio consistió no meramente en abandonar los atrios reales del cielo, en ser juzgado por los hombres perversos como un criminal y declarado culpable, en ser entregado a la muerte como malhechor, sino en llevar el peso de los pecados del mundo. La vida de Cristo reprende nuestra indiferencia y frialdad.

Estamos cerca del tiempo del fin, cuando Satanás ha bajado con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo. Está trabajando con todo engaño de injusticia en aquellos que perecen. Nuestro gran Jefe

ha dejado la guerra en nuestras manos para que la prosigamos con vigor. No estamos haciendo una vigésima parte de lo que podríamos hacer si estuviésemos despiertos. La obra se demora porque hay amor a la comodidad y falta el espíritu abnegado del cual Cristo nos dió ejemplo en su vida. [389]

Se necesitan colaboradores de Cristo, hombres que sientan la necesidad de ensanchar los esfuerzos. La obra de nuestras prensas no debe disminuir sino duplicarse. Deben establecerse escuelas en diferentes lugares, para educar a nuestra juventud y prepararla para trabajar a fin de que la verdad progrese.

Ya se ha malgastado muchísimo tiempo, y los ángeles llevan al cielo el registro de nuestra negligencia. Nuestra condición letárgica y nuestra falta de consagración nos han hecho perder preciosas oportunidades que Dios nos envió en las personas que estaban capacitadas para ayudarnos en nuestra actual necesidad. ¡Oh, cuánto necesitamos nuestra Ana More[*] para ayudarnos en este tiempo a alcanzar otras naciones! Su extenso conocimiento de los campos misioneros nos daría acceso a los que hablan otros idiomas y a quienes no podemos acercarnos ahora. Dios trajo este don a nuestro medio para hacer frente a nuestra emergencia actual; pero no apreciamos el don, y nos lo quitó. Ella descansa de sus labores, pero sus obras de abnegación la siguen. Es deplorable que nuestra obra misionera quede rezagada por falta del conocimiento necesario para lograr acceso a las diferentes naciones y localidades de la gran mies mundial.

Sentimos angustia de espíritu porque hemos perdido algunos de los dones que podríamos tener ahora si hubiésemos estado despiertos. Se ha impedido a los obreros que penetrasen en la ya blanca mies. Incumbe a los hijos de Dios humillar su corazón delante de él, y en la más profunda humillación rogar al Señor que perdone nuestra apatía y complacencia egoísta y borre el vergonzoso registro de los deberes descuidados y privilegios dejados sin aprovechar. En la contemplación de la cruz del Calvario, el verdadero cristiano abandonará la idea de restringir sus ofrendas a lo que no le cuesta nada y oirá en sonidos como de trompeta: [390]

[*] Ana More, misionera de experiencia en Africa, al hacerse adventista del séptimo día mientras se hallaba en servicio misionero, perdió el sostén de la junta misionera que la había enviado, de manera que regresó a los Estados Unidos. En Battle Creek encontró que su capacidad y sus talentos no fueron plenamente apreciados ni utilizados.—F. P. W.

"Ve, trabaja en mi viña; Pronto podrás descansar."

Cuando Jesús estaba por ascender al cielo, señaló los campos de la mies y dijo a sus seguidores: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio." Marcos 16:15. "De gracia recibisteis, dad de gracia." Mateo 10:8. ¿Nos negaremos a nosotros mismos para que se pueda recoger la mies que se pierde?

Dios pide talentos de influencia y recursos. ¿Nos negaremos a obedecer? Nuestro Padre celestial concede dones y solicita que le sea devuelta una porción para probarnos si somos dignos de recibir el don de la vida eterna.

* * * * *

Las ofrendas de los niños pueden ser aceptables y gratas a Dios. De acuerdo con el espíritu que impulsa a los donativos será el valor de la ofrenda. Los pobres, al seguir la regla del apóstol de apartar una pequeña suma cada semana, ayudan a llenar la tesorería, y sus dones son completamente aceptables para Dios; porque ellos hacen sacrificios tan grandes, y aun más grandes que sus hermanos ricos. El plan de la benevolencia sistemática guardará a toda familia contra las tentaciones de gastar recursos en cosas inútiles; y beneficiará
[391] especialmente a los ricos al evitar que cometan despilfarros.*

*Testimonios para la Iglesia 3:412 (1875).

La autoridad de la iglesia*

El redentor del mundo invistió a su iglesia con gran poder. Presenta las reglas que se han de aplicar a los casos en que se ha de juzgar a los miembros. Después de dar indicaciones explícitas en cuanto a la conducta que se ha de seguir, dice: "De cierto os digo que todo lo que ligareis en la tierra, será ligado en el cielo; y todo [en la disciplina de la iglesia] lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo." Mateo 18:18. De manera que aun la autoridad celestial ratifica la disciplina de la iglesia con respecto a sus miembros, cuando se ha seguido la regla bíblica.

La Palabra de Dios no da licencia a ningún hombre para oponer su juicio al de la iglesia, ni le permite insistir en sus opiniones contrarias a las de la misma. Si no hubiese disciplina ni gobierno de la iglesia, ésta se reduciría a fragmentos; no podría mantenerse unida como un cuerpo. Siempre hubo seres humanos de espíritu independiente, que aseveraron que estaban en lo correcto, que Dios los había instruído, impresionado y conducido en forma especial. Cada uno tiene una teoría propia, opiniones que le son peculiares, y cada uno sostiene que sus opiniones están de acuerdo con la Palabra de Dios. Cada cual sustenta diferente teoría y fe, aunque todos aseguran tener una luz especial de Dios. Apartan a los demás del cuerpo y cada uno es en sí mismo una iglesia separada. Todos no pueden estar en lo cierto, y sin embargo, se declaran conducidos por el Señor. La palabra de la inspiración no es sí y no, sino sí y amén en Cristo Jesús.

Después de impartir sus instrucciones, nuestro Salvador promete que si dos o tres se unen para pedir algo a Dios, eso les será concedi- [392]
do. Cristo demuestra con esto que debe haber unión con los demás, aun para desear un objeto determinado. Se da gran importancia a la oración unánime, a la unión de propósito. Dios oye las oraciones de las personas; pero en esta ocasión Jesús daba lecciones sumamente importantes, que se relacionaban en especial con su iglesia recién

*Testimonios para la Iglesia 3:428-433 (1875). (Del cap. "Independencia individual.")

organizada en la tierra. Debe haber acuerdo en las cosas que se desean y por las cuales se ora. No debía tratarse simplemente de los pensamientos y la actividad de una mente expuesta a engaño; la petición debía reflejar el deseo ferviente de varias mentes concentradas en el mismo punto.

En la admirable conversión de Pablo, vemos el poder milagroso de Dios. Un resplandor que superaba la gloria del sol meridiano brilló en derredor de él. Jesús, cuyo nombre él odiaba y despreciaba más que cualquier otro, se reveló a Pablo con el propósito de detener su loca aunque sincera carrera, a fin de hacer de ese instrumento nada promisorio un vaso escogido para proclamar el Evangelio a los gentiles. Había hecho concienzudamente muchas cosas contrarias al nombre de Jesús de Nazaret. En su celo, estaba persiguiendo con ardor a la iglesia de Cristo. Eran profundas y arraigadas sus convicciones con respecto a su deber de exterminar esta doctrina alarmante, que prevalecía por doquiera y según la cual Jesús era el Príncipe de la vida.

Enviado a la iglesia en busca de instrucción

Pablo creía de veras que la fe en Jesús anulaba la ley de Dios, el servicio religioso de las ofrendas de sacrificios y el rito de la circuncisión, que en todos los siglos pasados habían recibido la plena sanción de Dios. Pero la milagrosa revelación de Cristo infundió luz en las cámaras obscurecidas de su mente. El Jesús de Nazaret contra el cual luchaba era de veras el Redentor del mundo.

Pablo se da cuenta de su celo erróneo y exclama: “Señor, ¿qué
[393] quieres que haga?” Hechos 9:6. Jesús no le dijo entonces, como podría haberlo hecho, qué obra le asignaba. Pablo debía recibir instrucción en la fe cristiana y obrar en forma comprensiva. Cristo le envió a los mismos discípulos a quienes había estado persiguiendo tan acerbamente, para que aprendiese de ellos. La luz de la iluminación celestial le había hecho perder la vista a Pablo; pero Jesús, el Gran Médico de los ciegos, no se la restaura. Contesta a la pregunta de Pablo con estas palabras: “ Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que te conviene hacer.” Vers. 6. No sólo podría Jesús haber curado a Pablo de su ceguera, sino que podría haberle perdonado sus pecados, haberle explicado cuál era su deber y haberle

trazado su conducta futura. De Cristo había de fluir toda potestad y misericordia; pero no dió a Pablo, cuando se convirtió a la verdad, una experiencia independiente de su iglesia recién organizada en la tierra.

La luz admirable dada a Pablo en esta ocasión le asombró y confundió. Estaba completamente subyugado. Esa parte de la obra no podía hacerla algún hombre en favor de Pablo; pero quedaba todavía una obra que cumplir que los siervos de Cristo podían hacer. Jesús le indica a Pablo que recurra a sus agentes de la iglesia para conocer mejor su deber. Así autoriza y sanciona su iglesia organizada. Cristo había hecho la obra de la revelación y convicción, y ahora Pablo estaba en condición de aprender de aquellos a quienes Dios había ordenado que enseñasen la verdad. Cristo envió a Pablo a sus siervos escogidos, y en esta forma le puso en relación con su iglesia.

Los mismos a quienes se proponía matar debían instruirle en la religión que él había despreciado y perseguido. Pasó tres días ciego y sin comer, dirigiéndose hacia los hombres a quienes, en su celo, se proponía destruir. Allí colocó Jesús a Pablo en relación con sus representantes en la tierra. El Señor dió a Ananías una visión para que fuese a cierta casa de Damasco y preguntase por Saulo de Tarso; "porque he aquí, él ora." Hechos 9:11. [394]

Después que se le indicó a Saulo que fuera a Damasco, le condujeron los mismos hombres que le habían acompañado para ayudarle a llevar atados a los discípulos a Jerusalén para juzgarlos y darles muerte. Saulo posó en la casa de un tal Judas en Damasco, dedicando el tiempo al ayuno y la oración. Allí se probó la fe de Saulo. Tres días estuvo en tinieblas mentales con respecto a lo que se requería de él, y otros tantos estuvo ciego. Se le había dicho que fuese a Damasco, porque allí se le diría lo que debía hacer. Estaba en la incertidumbre, y clamaba fervorosamente a Dios.

Un ángel fué enviado a hablar con Ananías, para indicarle que fuese a cierta casa donde Saulo estaba orando para recibir instrucción con respecto a lo que debía hacer. Había desaparecido el orgullo de Saulo. Poco antes, manifestaba confianza en sí mismo, pues creía que estaba empeñado en una obra por la cual recibiría recompensa; pero ahora, todo había cambiado. Estaba postrado y humillado hasta el polvo en arrepentimiento y vergüenza, y sus súplicas de perdón eran fervientes. Dijo el Señor por medio del ángel a Ananías: " He

aquí, él ora." El ángel le hizo saber al siervo de Dios que le había mostrado a Saulo en visión un hombre llamado Ananías, que entraba y ponía su mano sobre él para que pudiese recobrar la vista. Ananías casi no podía creer las palabras del ángel, y repitió lo que había oído acerca de la acerba persecución que Saulo hacía sufrir a los santos de Jerusalén. Pero la orden que se le dió a Ananías era imperativa: "Ve: porque instrumento escogido me es éste, para que lleve mi nombre en presencia de los Gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel." Vers. 15.

Ananías obedeció las indicaciones del ángel. Puso sus manos sobre el hombre que hacía tan poco se movía impulsado por un espíritu de odio profundísimo y que respiraba amenazas contra todos los que creían en el nombre de Cristo. Ananías dijo a Saulo: "Saulo hermano, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista, y seas lleno
[395] de Espíritu Santo. Y luego le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al punto la vista: y levantándose, fué bautizado." Vers. 17, 18.

Jesús podría haber hecho directamente toda esta obra en favor de Pablo. Pero tal no era su plan. Pablo tenía un deber que cumplir en lo que respectaba a confesarse ante los hombres cuya destrucción había premeditado, y Dios iba a encomendar una obra de responsabilidad a aquellos a quienes había ordenado que actuasen en su lugar. Pablo debía dar los pasos necesarios para su conversión. Se requirió de él que se uniese al mismo pueblo que había perseguido por sus creencias. Cristo da aquí a todo su pueblo un ejemplo de la manera en que obra para la salvación de los hombres. El Hijo de Dios se identificó con el cargo y la autoridad de su iglesia organizada. Sus bendiciones debían transmitirse por intermedio de los agentes a quienes había ordenado, vinculando así al hombre con el conducto por medio del cual llegan sus bendiciones. El hecho de que Pablo fuese estrictamente escrupuloso en su persecución de los santos, no le exime de culpa cuando el Espíritu Santo le revela la crueldad de su obra. Debe aprender de los discípulos.

No se sanciona la independencia

Supo que Jesús, a quien en su ceguera consideraba como impostor, era en verdad el Autor y el fundamento de toda la religión del pueblo escogido de Dios desde el tiempo de Adán y el Consumador de la fe ahora tan clara para su visión iluminada. Vió a Cristo como el que vindicaba la verdad, el que cumplía todas las profecías. Había considerado a Cristo como quien anulaba la ley de Dios; pero cuando el dedo de Dios tocó su visión espiritual, supo por los discípulos que Cristo era el originador y fundamento de todo el sistema judío de sacrificios, y que en la muerte de Cristo la sombra se había encontrado con la realidad, y que Cristo había venido al mundo con el expreso propósito de vindicar la ley de su Padre.

A la luz de la ley, Pablo se dió cuenta de que era pecador. Comprendió que había estado transgrediendo la misma ley que él pensaba [396] haber guardado tan celosamente. Se arrepintió y murió al pecado, se hizo obediente a las exigencias de la ley de Dios y tuvo fe en Cristo como su Salvador; fué bautizado, y predicó a Jesús tan ferviente y celosamente como antes le había condenado. En la conversión de Pablo se nos presentan principios importantes que siempre debemos recordar. El Redentor del mundo no sanciona que en asuntos religiosos la experiencia y la acción sean independientes de su iglesia organizada y reconocida, donde la tal existe.

Muchos tienen la idea de que sólo son responsables ante Cristo por su luz y experiencia, independientemente de sus seguidores reconocidos en el mundo. Pero esto Jesús lo condena en sus enseñanzas, en los ejemplos y en los hechos que dejó para nuestra instrucción. Allí estaba Pablo, un hombre a quien Dios iba a preparar para una obra muy importante, a saber, la de ser vaso escogido para él, llevado directamente a la presencia de Cristo; sin embargo, no le enseñó las lecciones de verdad. Le detuvo en su carrera y le convenció; y cuando él preguntó: "¿Qué quieres que haga?" el Salvador no se lo dijo directamente, sino que le puso en relación con su iglesia. Sus miembros le habían de decir lo que debía hacer. Jesús es el amigo del pecador; su corazón está siempre abierto; siempre se conmueve por la desgracia humana, él tiene toda potestad tanto en el cielo como en la tierra, pero respeta los medios que instituyó para iluminar y salvar a los hombres. Ordenó a Saulo que fuera a la iglesia, reconociendo

así el poder con que la invistió como conducto de luz para el mundo. Ella es el cuerpo organizado de Cristo en la tierra, y es necesario respetar sus ordenanzas. En el caso de Saulo, Ananías representa a Cristo; también representa a los ministros de Cristo en la tierra, que han sido designados para actuar en lugar de Cristo.

* * * * *

Cristo da poder a la voz de la iglesia. "De cierto os digo que
[397] todo lo que ligareis en la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo." Mateo 18:18. No sanciona la actuación de un hombre que inicie algo por su propia responsabilidad individual, y abogue por las opiniones que elija sin tener en cuenta el juicio de la iglesia. Dios ha concedido a su iglesia el más alto poder debajo del cielo. Es la voz de Dios en su pueblo unido como iglesia lo que ha de ser respetado.

Dios ha dado a su iglesia hombres de experiencia, que han ayunado, llorado y orado, aun toda la noche, para que el Señor abra las Escrituras a su entendimiento. En humildad, estos hombres han dado al mundo el beneficio de su madura experiencia. ¿Es esta luz,
[398] del cielo o de los hombres? ¿Tiene algún valor, o ninguno?*

*Testimonios para la Iglesia 3:450, 451 (1875).

La condición del mundo*

Me fué mostrada la condición del mundo, que está colmando rápidamente su copa de iniquidad. Violencias y crímenes de toda clase llenan nuestro mundo, y Satanás emplea todos los medios para popularizar delitos y vicios degradantes. La juventud que recorre las calles está rodeada de avisos y noticias de crímenes y pecado, presentados en alguna novela o en algún teatro. Su mente se familiariza con el pecado. La conducta que siguen personas bajas y viles le es recordada de continuo en las noticias de los periódicos del día, y todo lo que puede excitar la curiosidad y despertar las pasiones animales se presenta mediante historias emocionantes y excitantes.

Publicaciones procedentes de intelectos corrompidos envenenan la mente de millares de habitantes de nuestro mundo. El pecado no les parece excesivamente pecaminoso. Oyen y leen tanto con referencia a los crímenes y vilezas degradantes, que su conciencia, antes tierna y capaz de horrorizarse, se embota de tal manera que se espacia ávidamente en los dichos y hechos de hombres viles y bajos.

"Como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre." Lucas 17:26. Dios tendrá un pueblo celoso para las buenas obras, firme en medio de las contaminaciones de esta época de degeneración. Habrá un pueblo cuyos miembros se aferrarán de tal manera a la fuerza divina que podrán resistir a toda tentación. Los malos anuncios que se ven en llamativos carteles pueden tratar de hablar a sus sentidos y corromper su mente, pero estarán de tal manera unidos con Dios y los ángeles que serán como quienes no ven ni oyen. Tienen que hacer una obra que nadie puede hacer por ellos, la cual consiste en pelear la buena batalla de la fe y [399]
echar mano de la vida eterna. No tendrán confianza en sí mismos, ni suficiencia propia. Conociendo su debilidad, unirán su ignorancia a la sabiduría de Cristo, su debilidad a su fuerza.

*Testimonios para la Iglesia 3:471-474 (1875).

Un ejemplo de pureza

Los jóvenes pueden tener principios tan firmes que las más poderosas tentaciones de Satanás no podrán apartarlos de su fidelidad. Samuel era un niño rodeado de las influencias más corruptoras. Veía y oía cosas que afligían su alma. Los hijos de Elí, que ministraban en cargos sagrados, estaban dominados por Satanás. Esos hombres contaminaban la misma atmósfera circundante. Muchos hombres y mujeres se dejaban fascinar diariamente por el pecado y el mal; pero Samuel quedaba sin tacha. Las vestiduras de su carácter eran inmaculadas. No tenía la menor participación ni deleite en los pecados que llenaban todo Israel de terribles informes. Samuel amaba a Dios; mantenía su alma en tan íntima relación con el cielo, que se envió a un ángel para hablar con él acerca de los pecados de los hijos de Elí que estaban corrompiendo a Israel.

El apetito y la pasión avasallan a millares de los que profesan seguir a Cristo. Sus sentidos se embotan de tal manera por la familiaridad con el pecado que ya no lo aborrecen, sino que lo consideran atractivo. El fin de todas las cosas está cerca. Dios no tolerará mucho más tiempo los delitos y la degradante iniquidad de los hijos de los hombres. Sus crímenes han llegado en verdad a los mismos cielos, y pronto recibirán la retribución de las temibles plagas de Dios que caerán sobre la tierra. Beberán la copa de la ira de Dios, sin mezcla de misericordia.

He visto que existe el peligro de que aun los que profesan ser hijos de Dios se corrompan. La disolución está cautivando a los seres humanos. Parecen infatuados e incapaces de resistir y vencer sus apetitos y pasiones. En Dios hay poder; en él hay fuerza. Si tan sólo quieren pedirlo, el poder vivificante de Jesús estimulará a
[400] todos los que han aceptado el nombre de Cristo. Nos rodean peligros y riesgos, y estamos seguros únicamente cuando sentimos nuestra debilidad y nos asimos con la mano de la fe a nuestro poderoso Libertador. El tiempo en que vivimos es terrible. Ni un solo instante podemos dejar de velar y orar. Nuestras almas impotentes deben confiar en Jesús, nuestro compasivo Redentor.

Es tiempo de velar

Se me mostró la magnitud e importancia de la obra que nos espera. Pero son pocos los que se dan cuenta del verdadero estado de las cosas. Todos los que están dormidos y no pueden comprender la necesidad de vigilancia y alarma, serán vencidos. Los jóvenes se están levantando para entrar en la obra de Dios; algunos de ellos comprenden apenas el carácter sagrado y la responsabilidad de la obra. Tienen poca experiencia en el ejercicio de la fe y en el anhelo y hambre del Espíritu de Dios que siempre producen resultados. Algunos hombres de capacidad, que podrían desempeñar puestos importantes, no saben qué espíritu los anima. La liviandad les es tan natural como lo es para el agua correr hacia abajo. Hablan de insensateces y bromean con niñas, mientras casi diariamente oyen las verdades más solemnes y conmovedoras. Estos hombres tienen una religión meramente intelectual, pero su corazón no está santificado por las verdades que oyen. Los tales no pueden conducir a otros a la Fuente de aguas vivas antes de haber bebido de sus raudales ellos mismos.

No es éste un tiempo que se pueda dedicar a la liviandad, la vanidad o las trivialidades. Las escenas de la historia de esta tierra están por clausurarse. Las mentes a las cuales se les ha permitido alimentar pensamientos degradantes necesitan transformarse. Dice el apóstol Pedro: "Teniendo los lomos de vuestro entendimiento ceñidos, con templanza, esperad perfectamente en la gracia que os es presentada cuando Jesucristo os es manifestado: como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino como aquel que os ha llamado es santo, [401] sed también vosotros santos en toda conversación: porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo." 1 Pedro 1:13-16.

Los pensamientos deben concentrarse en Dios. Deben sujetarse en obediencia a la voluntad del Señor. No se deben tributar ni esperar alabanzas, porque esto tendería a fomentar en los hombres la confianza en sí mismos más bien que a aumentar su humildad; a corromperlos más bien que a purificarlos. Los que están realmente preparados y sienten que deben desempeñar una parte en relación con la obra de Dios, se sentirán oprimidos por su comprensión del carácter sagrado de la obra, como un carro bajo las gavillas. Ahora

es el momento de hacer los esfuerzos más fervientes para vencer los
[402] sentimientos naturales del corazón carnal.

La condición de la iglesia*

Hay gran necesidad de una reforma entre el pueblo de Dios. La condición actual de la iglesia nos induce a preguntar: ¿Es ésta una representación correcta de Aquel que dió su vida por nosotros? ¿Son éstos quienes siguen a Cristo, los hermanos de aquellos que no tuvieron por cara su vida? Los que lleguen a la norma bíblica, a la descripción bíblica de los discípulos de Cristo, serán a la verdad escasos. Habiendo abandonado a Dios, la Fuente de las aguas vivas, se han cavado cisternas, "cisternas rotas que no detienen aguas." Jeremías 2:13. Dijo el ángel: "La falta de amor y fe son los grandes pecados de los cuales son ahora culpables los hijos de Dios."

La falta de fe conduce a la negligencia y al amor del yo y del mundo. Los que se separan de Dios y caen en tentación se entregan a vicios groseros, porque el corazón carnal conduce a gran perversidad. Y este estado de cosas se encuentra entre muchos de los que profesan ser hijos de Dios. Mientras aseveran servir a Dios, están en todos sus intentos y propósitos, corrompiendo sus caminos delante de él. Muchos se entregan al apetito y la pasión, a pesar de que la clara luz de la verdad señala el peligro y eleva su voz amonestadora: Cuidaos, refrenaos, negaos. "La paga del pecado es muerte." Romanos 6:23. Aunque el ejemplo de los que naufragaron en la fe se destaca como un fanal para advertir a otros que no sigan el mismo curso, muchos se precipitan, sin embargo, alocadamente. Satanás domina sus mentes, y parece tener poder sobre sus cuerpos.

¡Oh, cuántos se lisonjean de que tienen bondad y justicia, cuando la verdadera luz de Dios revela que durante toda su vida han vivido [403] solamente para agradarse a sí mismos! Toda su conducta es aborrecida de Dios. ¡Cuántos viven sin ley! En sus densas tinieblas, se consideran con complacencia; pero sea la ley de Dios revelada a sus conciencias, como lo fué a la de Pablo, y verán que están vendidos al pecado, y deben morir al ánimo carnal. El yo debe morir.

*Testimonios para la Iglesia 3:474-477 (1875).

¡Cuán tristes y temibles son los errores que muchos cometen! Edifican sobre la arena, pero se lisonjean de estar asentados sobre la roca eterna. Muchos que profesan piedad están despeñándose temerariamente e ignoran su peligro como si no hubiese juicio futuro. Les aguarda una terrible retribución, y sin embargo, los dominan los impulsos y las pasiones bajas; están llenando un sombrío registro de su vida para el juicio. Dirijo mi voz de amonestación a todos los que llevan el nombre de Cristo, para que se aparten de toda iniquidad. Purificad vuestras almas obedeciendo a la verdad. Limpiaos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios. Vosotros a quienes esto se aplica, sabéis lo que quiero decir. Aun a vosotros que habéis corrompido vuestros caminos delante del Señor, participando de la iniquidad que abunda y ennegreciendo vuestras almas con el pecado, Cristo os invita a cambiar de conducta, a asiros de su fortaleza y a hallar en él aquella paz, aquel poder y aquella gracia que os harán más que vencedores en su nombre.

Las corrupciones de esta era degenerada han manchado muchas almas que profesaban servir a Dios. Pero aun ahora no es demasiado tarde para corregir los males ni para obtener expiación por la sangre de un Salvador crucificado y resucitado, si os arrepentís y sentís necesidad de perdón. Necesitamos velar y orar ahora como nunca antes, no sea que caigamos bajo el poder de la tentación y dejemos el ejemplo de una vida que resultará en un miserable naufragio. Como pueblo, no debemos ser negligentes ni considerar el pecado con indiferencia. El campamento necesita que se lo purifique. Todos
[404] los que llevan el nombre de Cristo necesitan velar, orar y guardar las avenidas del alma; porque Satanás está obrando para corromper y destruir, si se le concede la menor ventaja.

Hermanos míos, Dios os llama, como seguidores suyos, a andar en la luz. Tenéis que alarmaros. El pecado está entre nosotros, y no se reconoce su carácter excesivamente pecaminoso. Los sentidos de muchos están embotados por la complacencia del apetito y por la familiaridad con el pecado. Necesitamos acercarnos más al Cielo. Podemos crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. El andar en la luz, corriendo en el camino de los mandamientos de Dios, no da la idea de que podemos permanecer quietos sin hacer nada. Debemos avanzar.

En el amor al yo, la exaltación propia y el orgullo, hay gran debilidad; pero en la humildad hay gran fuerza. Nuestra verdadera dignidad no se mantiene cuando más pensamos en nosotros mismos, sino cuando Dios está en todos nuestros pensamientos, y en nuestro corazón arde el amor hacia nuestro Redentor y hacia nuestros semejantes. La sencillez de carácter y la humildad de corazón darán felicidad, mientras que el engreimiento producirá descontento, murmuraciones y continua desilusión. Lo que nos infundirá fuerza divina será aprender a pensar menos en nosotros mismos y más en hacer felices a los demás.

En medio de nuestra separación de Dios, nuestro orgullo y tinieblas, estamos tratando constantemente de elevarnos a nosotros mismos, y nos olvidamos de que el ánimo humilde es poder. La fuerza de nuestro Salvador no residía en un gran despliegue de palabras agudas que penetraran hasta el alma; era su amabilidad y sus modales sencillos y sin afectación lo que le conquistaba los corazones. El orgullo y la importancia propia, cuando se comparan con la humildad y la sencillez, son ciertamente una debilidad. Se nos invita a aprender de Aquel que era manso y humilde de corazón; entonces experimentaremos el descanso y la paz que tan deseables resultan. [405]

El amor al mundo*

La tentación que le presentó Satanás a nuestro Salvador sobre la altísima montaña es una de las principales tentaciones a las cuales la humanidad debe hacer frente. Los reinos del mundo, con su gloria, le fueron ofrecidos a Cristo por Satanás como regalo, a condición de que éste le tributase la honra debida a un superior. Nuestro Salvador sintió la fuerza de esa tentación; pero le hizo frente en nuestro favor, y venció. No se le habría probado en ese punto, si el hombre no hubiese de ser probado por la misma tentación. Al resistir, nos dió un ejemplo de la conducta que debemos seguir cuando Satanás se acerca a nosotros individualmente, para apartarnos de nuestra integridad.

Nadie puede seguir a Cristo, y poner sus afectos en las cosas de este mundo. Juan, en su primera epístola, escribe: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él." 1 Juan 2:15. Nuestro Redentor, que hizo frente a esta tentación de Satanás en todo su poder, sabe cuánto peligro hay de que el hombre ceda a la tentación de amar al mundo.

Cristo se identificó con la humanidad, soportó esta prueba y venció en favor del hombre. Resguardó con sus advertencias esos mismos aspectos en los cuales Satanás podía tener más éxito al tentar al hombre. Sabía que Satanás obtendría la victoria sobre el hombre, a menos que éste estuviese especialmente guardado respecto del apetito y del amor a las riquezas y honores mundanales. Dice: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan: mas haceos tesoros en el cielo, [406] donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón." Mateo 6:19-21. "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón." Vers. 24.

*Testimonios para la Iglesia 3:477-482 (1875).

Cristo señala aquí a dos señores: Dios y el mundo, y nos revela claramente que resulta simplemente imposible servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo, no apreciaremos las cosas que sobre todas las demás, son dignas de nuestra atención. El amor al mundo excluirá el amor a Dios, y subordinará nuestros intereses más elevados a las consideraciones mundanales. Dios no ocupará así en nuestros afectos y devociones un lugar tan exaltado como las cosas del mundo.

Nuestras obras revelarán la medida exacta en la cual los tesoros terrenales poseen nuestros afectos. El mayor cuidado, ansiedad y trabajo se dedican a los intereses mundanales, mientras que las consideraciones eternas son secundarias. En esto Satanás recibe del hombre el homenaje que exigió de Cristo, pero que no alcanzó a obtener. Es el amor egoísta del mundo lo que corrompe la fe de los que profesan seguir a Cristo y los hace deficientes en fuerza moral. Cuanto más aman las riquezas terrenales, más se apartan de Dios y menos participan de su naturaleza divina, que les haría sentir las influencias corruptoras del mundo y los peligros a los cuales están expuestos.

Con sus tentaciones, Satanás se propone hacer muy atractivo al mundo. Por medio del amor a las riquezas y los honores mundanales, ejerce un poder hechizador para conquistar los afectos aun de aquellos que profesan ser cristianos. Muchos hombres que profesan ser cristianos harán cualquier sacrificio para obtener riquezas; y cuanto mayor sea su éxito en ello, menos amor tendrán por la verdad preciosa y menos interés por sus progresos. Pierden su amor por Dios y obran como locos. Cuanto más prosperan en la obtención [407] de riquezas, tanto más pobres se sienten por no tener más, y menos quieren invertir en la causa de Dios.

Las obras de aquellos que tienen un insano amor por las riquezas, demuestran que no les es posible servir a dos señores, a Dios y a Mammón. El dinero es su dios. Tributan homenaje a su poder. En todos sus intentos y propósitos, sirven al mundo. Sacrifican su patrimonio de honor por las ganancias mundanales. Este poder dominante rige su mente, y ellos violarán la ley de Dios para servir sus intereses personales, para aumentar su tesoro terrenal.

Siervos de Mammón

Son muchos los que tal vez profesan la religión de Cristo, pero no aman ni prestan atención a la letra o los principios de las enseñanzas de Cristo. Dedican lo mejor de su fuerza a empresas mundanales, y se inclinan ante Mammón. Es alarmante que sean tantos los engañados por Satanás, los que se entusiasman en su imaginación ante las brillantes perspectivas de ganancias mundanales. Los domina la ilusión de alcanzar felicidad perfecta si pueden adquirir honores y riquezas en este mundo. Satanás los tienta con su cohecho seductor: "Todo esto te daré" (Mateo 4:9), todo este poder, toda esta riqueza, con lo cual puedes hacer mucho bien. Pero cuando obtienen el objeto por el cual trabajaron, no están ya relacionados con el abnegado Redentor que los haría participantes de la naturaleza divina. Retienen sus tesoros terrenales y desprecian la abnegación y los sacrificios requeridos por Cristo. No desean separarse de los caros tesoros terrenales a los cuales sus corazones se han aficionado. Han cambiado de señor; han aceptado a Mammón en lugar de Cristo. Mammón es su dios, y a él sirven.

Por el amor a las riquezas, Satanás conquistó la adoración de estas almas engañadas. El cambio se ha hecho tan imperceptiblemente y el poder de Satanás ha sido tan seductor y astuto, que se
[408] han conformado al mundo y no notan que se han separado de Cristo, y que no son ya sus siervos sino de nombre.

Satanás obra con los hombres con más cuidado que con Cristo en el desierto de la tentación, porque sabe que allí perdió la batalla. Es un enemigo vencido. No se presenta al hombre directamente para exigirle el homenaje de un culto exterior. Pide simplemente a los hombres que pongan sus afectos en las buenas cosas de este mundo. Si logra ocupar la mente y los afectos, los atractivos celestiales se eclipsan. Todo lo que quiere del hombre es que caiga bajo el poder seductor de sus tentaciones, que ame el mundo, la ostentación y los altos puestos, que ame el dinero y ponga sus afectos en los tesoros terrenales. Si lo logra, obtiene todo lo que pidió de Cristo.

La liberación por medio de Cristo

El ejemplo de Cristo nos muestra que nuestra única esperanza de victoria reside en resistir continuamente a los ataques de Satanás. El que triunfó sobre el adversario de las almas en el conflicto de la tentación, comprende el poder de Satanás sobre la especie humana, pues lo venció en nuestro favor. Como vencedor, nos ha dado la ventaja de su victoria, para que en nuestros esfuerzos por resistir las tentaciones de Satanás podamos unir nuestra debilidad a su fuerza, nuestra indignidad a sus méritos. Y si en las fuertes tentaciones somos sostenidos por su poder prevaleciente, logramos resistir en su nombre todopoderoso y vencer como él venció.

Es por medio de sufrimientos indecibles cómo nuestro Redentor puso la redención a nuestro alcance. En este mundo no fué honrado ni reconocido, para que por medio de su maravillosa condescendencia y humillación pudiese ensalzar al hombre hasta ponerlo en situación de recibir honores celestiales y goces imperecederos en las cortes del Rey. ¿Murmurará el hombre caído porque el cielo puede obtenerse únicamente mediante lucha, humillación, trabajo y esfuerzo?

Más de un corazón orgulloso pregunta: ¿Por qué necesito humillarme y arrepentirme antes de poder tener la seguridad de que Dios [409] me acepta y alcanzar la recompensa inmortal? ¿Por qué no es más fácil, placentera y atrayente la senda del cielo? Remitimos a todos los que dudan y murmuran al que fué nuestro gran Ejemplo mientras sufría bajo las cargas de la culpabilidad humana y soportaba las más agudas torturas del hambre. En él no había pecado. Aun más; era el Príncipe del Cielo; pero se hizo pecado por toda la especie humana. “Herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados.” Isaías 53:5.

Cristo lo sacrificó todo por el hombre, a fin de permitirle ganar el cielo. Ahora le incumbe al hombre caído demostrar que a su vez está dispuesto a sacrificarse por amor de Cristo, a fin de obtener la gloria inmortal. Los que tienen un sentido justo de la magnitud de la salvación y de su costo, no murmurarán nunca porque deban sembrar con lágrimas y porque los conflictos y la abnegación sean la suerte del cristiano en esta vida. Las condiciones de la salvación

del hombre han sido ordenadas por Dios. La humillación y el llevar la cruz son provistos para que el pecador arrepentido halle consuelo y paz. El pensamiento de que Cristo se sometió a una humillación y a un sacrificio que el hombre nunca será llamado a soportar, debiera acallar toda voz murmuradora. El hombre obtiene el gozo más dulce por su sincero arrepentimiento ante Dios por la transgresión de su ley, y por la fe en Cristo como Redentor y Abogado del Pecador.

Los hombres trabajan a gran costo para obtener los tesoros de esta vida. Sufren trabajos, penurias y privaciones para obtener alguna ventaja mundanal. ¿Por qué debiera estar menos dispuesto el pecador a sufrir y sacrificarse a fin de obtener un tesoro imperecedero, una vida que se compara con la de Dios, una corona inmarcesible de gloria inmortal? Debemos obtener a cualquier costo los infinitos tesoros del cielo, la herencia cuyo valor sobrepuja todo cálculo, y que constituye un eterno peso de gloria. No debemos murmurar contra
[410] la abnegación, porque el Señor de vida y gloria la practicó antes que nosotros. No debemos evitar los sufrimientos y las privaciones, pues la Majestad del cielo los aceptó en favor de los pecadores. El sacrificio de las comodidades y conveniencias no debe provocar en nosotros un pensamiento de protesta, porque el Redentor del cielo aceptó todo aquello en nuestro favor. Aun sumando en su mayor valor todas nuestras abnegaciones, privaciones y sacrificios, nos cuesta mucho menos, en todo respecto, de lo que le costó al Príncipe de la vida. Cualquier sacrificio que hagamos, parecerá insignificante
[411] cuando lo comparemos con el que hizo Cristo en favor nuestro.

La presunción*

Hay quienes tienen un espíritu temerario, que ellos llaman valor y bravura. Se colocan innecesariamente en lugares donde hay peligro y riesgo, exponiéndose así a ciertas tentaciones que requerirán, para salir de ellas sin perjuicio ni mancha, un milagro de Dios. La tentación que Satanás sugirió al Salvador del mundo de que se arrojase de las almenas del templo, fué resistida firmemente. Satanás citó una promesa de Dios como seguridad de que, basándose en ella, Cristo podía obedecerle sin peligro. Cristo hizo frente a esa tentación con el texto que dice: "Escrito está además: No tentarás al Señor tu Dios." Mateo 4:7. La única conducta segura para los cristianos consiste en repeler al enemigo con la Palabra de Dios. Satanás insta a los hombres a colocarse en lugares donde Dios no les pide que vayan, y presenta pasajes de la Escritura para justificar sus sugestiones.

Las preciosas promesas de Dios no son dadas para fortalecer al hombre en su conducta presuntuosa, ni para que confíe en ellas cuando se precipita innecesariamente al peligro. El Señor nos pide que obremos dependiendo humildemente de su providencia. "Ni del hombre que camina es ordenar sus pasos." Jeremías 10:23. Nuestra prosperidad y nuestra vida están en Dios. Nada podemos hacer prósperamente sin el permiso y la bendición de Dios. El puede poner su mano para dar prosperidad y bendecir o puede volverla contra nosotros. "Encomienda a Jehová tu camino, y espera en él; y él hará." Salmos 37:5. Como hijos de Dios, se nos pide que conservemos un carácter cristiano consecuente. Debemos ejercer prudencia, precaución y humildad y andar con circunspección para con aquellos que nos rodean. Sin embargo, no hemos de renunciar [412] en ningún caso a nuestros principios.

Nuestra única seguridad consiste en no dar cabida al diablo; porque sus sugestiones y propósitos tienden siempre a perjudicarnos e impedir que confiemos en Dios. El se transforma en ángel de pureza para poder introducir sus planes mediante sus especiosas tentaciones

*Testimonios para la Iglesia 3:482-485 (1875).

de manera que no discernamos sus astucias. Cuanto más cedamos, más poder ejercerán sus engaños sobre nosotros. No hay seguridad al entrar en controversia o deliberaciones con él. Por cada ventaja que concedamos al enemigo, pedirá más. Nuestra única seguridad consiste en rechazar firmemente el primer paso hacia la presunción. Dios nos ha dado, por los méritos de Cristo, suficiente gracia para resistir a Satanás y ser más que vencedores. La resistencia es éxito. "Resistid al diablo, y de vosotros huirá." Santiago 4:7. La resistencia debe ser firme y constante. Perderemos todo lo ganado si resistimos hoy para ceder mañana.

Importancia del trabajo de las mujeres

El pecado de esta era consiste en despreciar los mandamientos expresos de Dios. El poder de la mala influencia es muy grande. Eva tenía todo lo que necesitaba. No le faltaba nada para ser feliz; pero su apetito intemperante deseó el fruto del único árbol que Dios le había prohibido. No necesitaba del fruto del árbol del conocimiento, pero permitió que su apetito y curiosidad dominasen su razón. Estaba perfectamente feliz en su hogar en el Edén, al lado de su esposo, mas, como las inquietas Evas modernas, se hizo la ilusión de que había una esfera superior a la que Dios le había asignado. Pero cuando quiso alcanzar una posición más elevada que la original, cayó mucho más abajo. Este será, por cierto, el resultado que las Evas de la generación presente obtendrán si descuidan la alegre atención de sus deberes diarios de acuerdo con el plan de Dios.

[413] Hay para las mujeres un trabajo que es aún más importante y elevador que los deberes del rey en su trono. Pueden amoldar la mente de sus hijos y formar su carácter de manera que sean útiles en este mundo y puedan llegar a ser hijos e hijas de Dios. Deben considerar su tiempo demasiado valioso para pasarlo en la sala de bailes o en trabajos inútiles. Hay bastante trabajo necesario e importante que hacer en este mundo necesitado y doliente, sin malgastar momentos preciosos en los adornos o la ostentación. Las hijas del Rey celestial, miembros de la familia real, sentirán el peso de la responsabilidad que significa alcanzar una vida superior, para llegar a estar en íntima comunión con el cielo y trabajar al unísono con el Redentor del mundo. Las que se dedican a este trabajo no estarán satisfechas con

las modas e insensateces que absorben la mente y los afectos de las mujeres de estos postreros días. Si son verdaderamente hijas de Dios, participarán de la naturaleza divina. Al ver las influencias corruptoras de la sociedad, se sentirán movidas de la más profunda compasión, como su divino Redentor. Simpatizarán con Cristo, y en su esfera, según su capacidad y oportunidades, trabajarán para salvar a las almas que perecen, como Cristo trabajó en su exaltada esfera en beneficio del hombre.

Si la mujer es negligente en seguir el plan que Dios tenía al crearla, y se esfuerza por alcanzar puestos importantes para los cuales él no la capacitó, dejará vacante el lugar que podría ocupar aceptablemente. Al salir de su esfera, pierde la verdadera dignidad y nobleza femeninas. Cuando Dios creó a Eva, quiso que no fuese ni inferior ni superior al hombre, sino que en todo fuese su igual. La santa pareja no debía tener intereses independientes; sin embargo, cada uno poseía individualidad para pensar y obrar. Pero después del pecado de Eva, como ella fué la primera en desobedecer, el Señor le dijo que Adán dominaría sobre ella. Debía estar sujeta a su esposo, y esto era parte de la maldición. En muchos casos, esta maldición ha hecho muy penosa la suerte de la mujer, y ha transformado su vida en una carga. Ejerciendo un poder arbitrario, el hombre ha abusado [414] en muchos respectos de la superioridad que Dios le dió. La sabiduría infinita ideó el plan de la redención que sometió a la especie humana a una segunda prueba, dándole una nueva oportunidad.

Una advertencia a los ministros

Satanás emplea a los hombres como agentes suyos para inducir a la presunción a los que aman a Dios. Ello es especialmente cierto en el caso de los que son seducidos por el espiritismo. Los espiritistas en general no aceptan a Cristo como Hijo de Dios, y por su incredulidad conducen a muchas almas a pecados de presunción. Hasta aseveran ser superiores a Cristo, como lo aseveró Satanás al contender con el Príncipe de la vida. Hay espiritistas de conciencia cauterizada, cuyas almas están impregnadas de pecados repugnantes, que se atreven a tomar el nombre del inmaculado Hijo de Dios en sus labios contaminados, y con blasfemia unen su nombre excelso con la vileza que señala su propia naturaleza mancillada.

Los hombres que presentan estas condenables herejías desafían a los que enseñan la Palabra de Dios a que entren en controversia con ellos, y algunos de los que enseñan la verdad no han tenido el valor de rechazar un desafío de esta clase por parte de personas cuyo carácter está señalado en la Palabra de Dios. Algunos de nuestros ministros no han tenido el valor moral de decir a estos hombres: Dios nos ha amonestado en su Palabra respecto de vosotros. Nos ha dado una fiel descripción de vuestro carácter y de las herejías que sostenéis. Algunos de nuestros ministros, antes que dar a esta clase de hombres ocasión de triunfar o de acusarlos de cobardía, les han hecho frente en discusión abierta. Pero al discutir con los espiritistas, no hacen frente al hombre solamente, sino a Satanás y sus ángeles. Se ponen en comunicación con las potestades de las tinieblas, y alientan a los malos ángeles que están en su derredor.

[415] Los espiritistas desean dar publicidad a sus herejías, y los ministros que defienden la verdad bíblica les ayudan en ello cuando consienten en entrar en discusión con ellos. Aprovechan esas oportunidades para presentar sus herejías al pueblo, y en toda discusión que se sostenga con ellos algunos serán engañados. La mejor conducta que podamos seguir consiste en evitarlos.

* * * * *

La presunción es una tentación común, y cuando Satanás asalta a los hombres con ella, obtiene la victoria nueve veces de cada diez. Los que *profesan* seguir a Cristo y aseveran por su fe hallarse en guerra contra todo lo malo de su naturaleza, se precipitan con frecuencia irreflexivamente en tentaciones de las cuales sólo un milagro podría sacarlos sin contaminación. La meditación y la oración los habría preservado e inducido a rehuir la posición crítica y peligrosa en la cual se colocaron cuando dieron a Satanás ventaja sobre ellos. Las promesas de Dios no están destinadas a que nosotros apelemos a ellas temerariamente mientras nos precipitamos al peligro, violando las leyes de la naturaleza y despreciando la prudencia y el juicio con

[416] que Dios nos ha dotado. Esta es la más flagrante presunción.[*]

[*] Testimonios para la Iglesia 4:44, 45 (1876).

El poder del apetito*

Una de las tentaciones más intensas que el hombre tenga que arrostrar se refiere al apetito. Entre la mente y el cuerpo hay una relación misteriosa y maravillosa. La primera reacciona sobre el último, y viceversa. Mantener el cuerpo en condición de buena salud para que desarrolle su fuerza, para que cada parte de la maquinaria viviente pueda obrar armoniosamente, debe ser el primer estudio de nuestra vida. Descuidar el cuerpo es descuidar la mente. No puede glorificar a Dios el hecho de que sus hijos tengan cuerpos enfermizos y mentes atrofiadas. Complacer el gusto a expensas de la salud es un perverso abuso de los sentidos. Los que participan de cualquier clase de intemperancia, sea en comer o beber, malgastan sus energías físicas y debilitan su poder moral. Experimentarán las consecuencias de la transgresión de la ley física.

El Redentor del mundo sabía que la complacencia del apetito produciría debilidad física y embotaría de tal manera los órganos de la percepción, que no discernirían las cosas sagradas y eternas. Cristo sabía que el mundo estaba entregado a la glotonería y que esta sensualidad pervertiría las facultades morales. Si la costumbre de complacer el apetito dominaba de tal manera a la especie que, a fin de romper su poder, el divino Hijo de Dios tuvo que ayunar casi seis semanas en favor del hombre, ¡qué obra confronta al cristiano para poder vencer como Cristo venció! El poder de la tentación a complacer el apetito pervertido puede medirse únicamente por la angustia indecible de Cristo en aquel largo ayuno en el desierto.

Cristo sabía que a fin de llevar a cabo con éxito el plan de salvación, debía comenzar la obra de redimir al hombre donde había [417] comenzado la ruina. Adán cayó por satisfacer el apetito. A fin de enseñar al hombre su obligación de obedecer a la ley de Dios, Cristo empezó su obra de redención reformando los hábitos físicos del hombre. La decadencia de la virtud y la degeneración de la especie se deben principalmente a la complacencia del apetito pervertido.

*Testimonios para la Iglesia 3:485-492 (1875).

A todos, especialmente a los predicadores que enseñan la verdad, incumbe la solemne responsabilidad de vencer en lo tocante al apetito. Su utilidad sería mucho mayor si dominasen sus apetitos y pasiones; y sus facultades mentales y morales serían más vigorosas si ellos combinasen el trabajo físico con las actividades mentales. Combinando los hábitos de estricta temperancia con el trabajo mental y físico, lograrían hacer mucho más trabajo, y conservarían la claridad de la mente. Si siguiesen esta conducta, sus pensamientos y palabras fluirían más libremente, sus ejercicios religiosos serían más enérgicos y las impresiones hechas en sus oyentes serían más notables.

La intemperancia en el comer

La intemperancia en el comer, aunque se trate de alimentos de la debida calidad, tendrá una influencia agotadora sobre el organismo y embotará las emociones más sensibles y santas. La temperancia estricta en el comer y beber es altamente esencial para la sana conservación y el ejercicio vigoroso de todas las funciones del cuerpo. Los hábitos estrictamente temperantes, combinados con el ejercicio de los músculos tanto como de la mente, conservarán el vigor mental y físico y darán fuerza y resistencia a los que se dedican al ministerio, a los redactores y a todos los demás cuyos hábitos sean sedentarios. Como pueblo, a pesar de que profesamos practicar la reforma pro salud, comemos demasiado. La complacencia del apetito es la causa más importante de la debilidad física y mental y es el cimiento de la flaqueza que se nota por doquiera.

La intemperancia comienza en nuestras mesas, por el consumo
[418] de alimentos malsanos. Después de un tiempo, por la complacencia continua del apetito, los órganos digestivos se debilitan y el alimento ingerido no satisface. Se establecen condiciones malsanas y se anhela ingerir alimentos más estimulantes. El té, el café y la carne producen un efecto inmediato. Bajo la influencia de estos venenos, el sistema nervioso se excita y, en algunos casos, el intelecto parece vigorizado momentáneamente y la imaginación resulta más vívida. Por el hecho de que estos estimulantes producen resultados pasajeros tan agradables, muchos piensan que los necesitan realmente y continúan consumiéndolos. Pero siempre hay una reacción. El

sistema nervioso, habiendo sido estimulado indebidamente, obtuvo fuerzas de las reservas para su empleo inmediato. Todo este pasajero fortalecimiento del organismo va seguido de una depresión. En la misma proporción en que estos estimulantes vigorizan temporalmente el organismo, se producirá una pérdida de fuerzas de los órganos excitados después que el estímulo pasa. El apetito se acostumbra a desear algo más fuerte, lo cual tenderá a aumentar la sensación agradable, hasta que satisfacerlo llega a ser un hábito y de continuo se desean estimulantes más fuertes, como el tabaco, los vinos y licores. Cuanto más se complazca el apetito, tanto más frecuentes serán sus demandas, y más difícil dominarlo. Cuanto más se debilite el organismo y menos pueda pasarlo sin estimulantes antinaturales, tanto más aumentará la pasión por esas cosas, hasta que la voluntad quede avasallada y no tenga ya fuerza para negarse a satisfacer el deseo malsano.

La única conducta segura

La única conducta segura consiste en no tocar ni probar té, café, vino, tabaco, opio ni bebidas alcohólicas. La necesidad que tienen los hombres de esta generación de invocar en su ayuda el poder de la voluntad fortalecida por la gracia de Dios, a fin de no caer ante las tentaciones de Satanás, y resistir hasta la menor complacencia del apetito pervertido, es dos veces mayor hoy que hace algunas generaciones. Pero la actual tiene menos dominio propio que las [419]
anteriores. Los que han complacido su apetencia por estos estimulantes han transmitido sus depravados apetitos y pasiones a sus hijos, y se requiere mayor poder moral para resistir la intemperancia en todas sus formas. La única conducta perfectamente segura consiste en colocarse firmemente de parte de la temperancia y no aventurarse en la senda del peligro.

El principal motivo que tuvo Cristo para soportar aquel largo ayuno en el desierto, fué enseñarnos la necesidad de la abnegación y la temperancia. Esta obra debe comenzar en nuestra mesa, y debe llevarse estrictamente a cabo en todas las circunstancias de la vida. El Redentor del mundo vino del cielo para ayudar al hombre en su debilidad, para que, con el poder que Jesús vino a traerle, lograra

fortalecerse para vencer el apetito y la pasión, y pudiese ser vencedor en todo.

Muchos padres educan los gustos de sus hijos y forman su apetito. Les permiten comer carne y beber té y café. Los alimentos a base de carne y altamente sazonados, y el té y café cuyo consumo algunas madres fomentan en sus hijos, los preparan para desear estimulantes más fuertes, como el tabaco. El uso de éste despierta el deseo de ingerir bebidas alcohólicas; y el consumo de tabaco y bebidas reduce invariablemente la energía nerviosa.

Si las sensibilidades morales de los cristianos se aguzaran en el tema de la temperancia en todas las cosas, podrían, por su ejemplo, y principiando en sus mesas, ayudar a los que tienen poco dominio propio, a los que son casi incapaces de resistir a las instancias de su apetito. Si pudiésemos comprender que los hábitos que adquirimos en esta vida afectarán nuestros intereses eternos, y que nuestro destino eterno depende de que nos habituemos a ser temperantes, lucharíamos para ser estrictamente temperantes en el comer y beber. Por nuestro ejemplo y esfuerzo personales, podemos ser instrumentos para salvar a muchas almas de la degradación de la intemperancia, el crimen y la muerte. Nuestras hermanas puden hacer
[420] mucho en la obra de la salvación de los demás, al poner sobre sus mesas únicamente alimentos sanos y nutritivos. Pueden dedicar su precioso tiempo a educar los gustos y apetitos de sus hijos, a hacerles adquirir hábitos de temperancia en todas las cosas, y a estimular la abnegación y la benevolencia para beneficio de los demás.

No obstante el ejemplo que Cristo nos dió en el desierto de la tentación al negarse a complacer el apetito y al vencer su poder, son muchas las madres cristianas que, por su ejemplo y por la educación que dan a sus hijos, los están preparando para que lleguen a ser glotones y bebedores. Con frecuencia se permite a los niños que coman lo que prefieren y cuando quieren, sin tener en cuenta su salud. Son muchos los niños a quienes se educa desde su infancia para que lleguen a ser glotones. Por la complacencia del apetito, padecen de dispepsia desde su tierna infancia. La sensualidad y la intemperancia en el comer se desarrollan y fortalecen con el aumento de vigor. El poder mental y físico es sacrificado por la indulgencia de los padres. Adquieren gusto por ciertos manjares de los cuales no

reciben beneficio, sino perjuicio, y como el organismo se recarga, la constitución se debilita.

Beneficios del ejercicio físico

Los predicadores, maestros y alumnos no se enteran como debieran de la necesidad del ejercicio al aire libre. Descuidan este deber, que es de lo más esencial para la conservación de la salud. Se aplican detenidamente al estudio de los libros, e ingieren la alimentación de un trabajador manual. Con tales hábitos, algunos adquieren corpulencia porque el organismo está obstruído. Otros enflaquecen y se debilitan, porque sus fuerzas vitales se agotan con el trabajo de desechar el exceso de alimentos; el hígado se recarga y le es imposible eliminar las impurezas de la sangre; y la enfermedad es el resultado. Si el ejercicio físico se combinase con el mental, se apresuraría la circulación de la sangre, la acción del corazón sería más perfecta, las impurezas se eliminarían, y todo el cuerpo [421]
experimentaría nueva vida y vigor.

Cuando los ministros, los maestros y los estudiantes excitan continuamente su cerebro por el estudio, y dejan al cuerpo inactivo, los nervios de la emoción se recargan, mientras que los del movimiento permanecen inactivos. Al usarse solamente los órganos mentales, éstos se desgastan y debilitan, mientras que los músculos pierden su vigor por falta de actividad. No hay inclinación a ejercitar los músculos mediante el trabajo físico, porque el ejercio parece penoso.

Los ministros deben dar el ejemplo

Los ministros de Cristo, que profesan ser sus representantes, deben seguir su ejemplo, y ante todo deben adquirir hábitos de estricta temperancia. Deben mantener la vida y el ejemplo de Cristo delante de la gente por medio de su propia vida abnegada, de sacrificio propio y activa generosidad. Cristo venció el apetito en favor de los hombres; y en su lugar ellos deben presentar a los demás un ejemplo digno de ser imitado. Los que no sienten la necesidad de dedicarse a la obra de vencer al apetito, dejarán de obtener preciosas victorias, y llegarán a ser esclavos del apetito y la concupiscencia, que están llenando la copa de iniquidad de los que moran en la tierra.

Los hombres que se dedican a dar el último mensaje de amonestación al mundo, un mensaje que ha de decidir el destino de las almas, deben hacer en su propia vida una aplicación práctica de las verdades que predican a los demás. Deben ser para la gente ejemplos en su manera de comer y beber y en su casta conversación y comportamiento. En todas partes del mundo, la glotonería, la complacencia de las pasiones viles y los pecados graves son ocultados bajo el manto de la santidad por muchos que profesan representar a Cristo. Hay hombres de excelente capacidad natural, cuya labor no alcanza a la mitad de lo que podría ser si ellos fuesen templados en todas las cosas. La satisfacción del apetito y la pasión embota
[422] la mente, disminuye la fuerza física y debilita el poder moral. Sus pensamientos no son claros. No pronuncian sus palabras con poder; éstas no son vivificadas por el Espíritu de Dios para alcanzar los corazones de los oyentes.

Así como nuestros primeros padres perdieron el Edén por complacer el apetito, nuestra única esperanza de reconquistar el Edén consiste en dominar firmemente el apetito y la pasión. La abstinencia en el régimen alimenticio y el dominio de todas las pasiones conservarán el intelecto y darán un vigor mental y moral que capacitará a los hombres para poner todas sus propensiones bajo el dominio de las facultades superiores, para discernir entre lo bueno y lo malo, lo sagrado y lo profano. Todos los que tienen un verdadero sentido del sacrificio hecho por Cristo al abandonar su hogar del cielo para venir a este mundo a fin de mostrar al hombre, por su propia vida, cómo resistir la tentación, se negarán alegremente a sí mismos y resolverán participar de los sufrimientos de Cristo.

Regidos por una conciencia iluminada

El temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Los que venzan como Cristo venció, necesitarán precaverse constantemente contra las tentaciones de Satanás. El apetito y las pasiones deben ser sometidos al dominio de la conciencia iluminada, para que el intelecto no sufra perjuicio, y las facultades de percepción se mantengan claras a fin de que las obras y trampas de Satanás no sean interpretadas como providencia de Dios. Muchos desean la recompensa y la victoria finales que han de ser concedidas a los vencedores, pero no están

dispuestos a soportar los trabajos, las privaciones y la abnegación como lo hizo su Redentor. Únicamente por la obediencia y el esfuerzo continuo seremos vencedores como Cristo lo fué.

El poder dominante del apetito causará la ruina de millares de personas, que, si hubiesen vencido en ese punto, habrían tenido fuerza moral para obtener la victoria sobre todas las demás tentaciones de Satanás. Pero los que son esclavos del apetito no alcanzarán a [423] perfeccionar el carácter cristiano. La continua transgresión del hombre durante seis mil años ha producido enfermedad, dolor y muerte. Y a medida que nos acerquemos al fin, la tentación de complacer el apetito será más poderosa y más difícil de vencer.

* * * * *

Empiécese en el hogar—La obra de la temperancia debe empezar en nuestras familias, en nuestras mesas. Las madres, mediante una disciplina y educación correctas, tienen una obra importante que hacer para dar al mundo hijos e hijas que serán capaces de ocupar casi cualquier puesto, y que puedan también dignificar los deberes de la vida doméstica y hallar placer en ellos.

Importancia de la obra de la madre en el hogar

La obra de la madre es muy importante y sagrada. Debe enseñar a sus hijos desde la cuna a practicar hábitos de abnegación y dominio propio. Si su tiempo se dedica mayormente a las insensateces de esta época de degeneración, si el vestido y las diversiones ocupan su precioso tiempo, sus hijos no recibirán la educación esencial para adquirir un carácter correcto. La madre cristiana no debe manifestar ansiedad simplemente por lo exterior, sino porque sus hijos tengan una constitución sana y se apoyen en buenos principios de moral.

Muchas madres que deploran la intemperancia que existe por doquiera, no miran bastante hondo para ver la causa. Están preparando diariamente una variedad de platos muy sazonados, que tientan al apetito e incitan a comer demasiado. Las mesas de nuestro pueblo norteamericano se preparan generalmente de una manera que contribuye a formar borrachos. El apetito es el principio que rige a un numeroso grupo de personas. Todo aquel que complace el apetito comiendo demasiado a menudo, e ingiere alimentos malsanos,

debilita su poder de resistir a los clamores del apetito y la pasión en
[424] otros respectos, en la proporción en que ha fortalecido la propensión a los hábitos incorrectos relacionados con el comer.

Es necesario inculcar en las madres la obligación que tienen para con Dios y el mundo, de dar a la sociedad hijos de carácter bien desarrollado. Los hombres y mujeres que suben al escenario de acción con principios firmes, estarán preparados para permanecer puros en medio de las contaminaciones morales de esta era corrompida.*

* * * * *

Siendo que un estado mental sano depende de la condición normal de las fuerzas vitales, ¡cuánto cuidado debería ejercerse para no usar estimulantes ni narcóticos! El tabaco es un veneno lento e insidioso, y sus efectos son más difíciles de eliminar del organismo que los del alcohol. ¿Qué fuerza puede tener el devoto del tabaco para detener los progresos de la intemperancia? Debe haber una revolución en nuestro mundo con respecto al tabaco antes que se ponga el hacha a la raíz del árbol.

Pero vayamos un paso más adelante. El té y el café están fomentando el anhelo de ingerir estimulantes más fuertes, como el tabaco y las bebidas alcohólicas. Avancemos un poco más, hasta examinar las comidas diarias, las mesas que se tienden en las familias cristianas. ¿Se práctica la temperancia en todas las cosas? ¿Se practican allí las reformas esenciales para la salud y la felicidad?

Todo verdadero cristiano debe dominar su apetito y sus pasiones. A menos que esté libre de la servidumbre y esclavitud del apetito, no puede ser siervo fiel y obediente de Cristo. La complacencia del apetito y la pasión hacen que la verdad no tenga efecto sobre el corazón. Es imposible que el espíritu y el poder de la verdad santifiquen a un hombre en alma, cuerpo y espíritu cuando está
[425] dominado por el apetito y la pasión.*

Todos deben custodiar los sentidos, no sea que Satanás obtenga la victoria sobre ellos; porque son las avenidas del alma.*

* * * * *

*Testimonios para la Iglesia 3:562, 563 (1875).
*Testimonios para la Iglesia 3:569, 570 (1875).
*Testimonios para la Iglesia 3:507 (1875).

Como pueblo, profesamos ser reformadores, portadores de luz para el mundo y fieles centinelas de Dios que custodian toda avenida por la cual Satanás podría penetrar con sus tentaciones para pervertir el apetito. Nuestro ejemplo e influencia deben ser un poder de parte de la reforma. Debemos abstenernos de toda práctica que pudiera embotar la conciencia o estimular la tentación. No debemos abrir puerta alguna que dé a Satanás acceso a la mente de un ser humano formado a la imagen de Dios. Si todos fuesen vigilantes y fieles para custodiar las pequeñas brechas abiertas por el uso moderado de los así llamados vinos y sidras inofensivos, se cerraría el camino a la embriaguez. Lo que se necesita en toda comunidad es un propósito firme, y una voluntad de no gustar ni aun tocar lo malo; entonces la reforma de la temperancia será firme, permanente y cabal.[*] [426]

[*] Testimonios para la Iglesia 5:360 (1885).

La disciplina de la prueba*

"Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata; y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia. Y será suave a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalem, como en los días pasados, y como en los años antiguos." Malaquías 3:3, 4. Este es el proceso de refinación y purificación que realiza Jehová de los ejércitos. Es obra muy penosa para el alma, pero es el único proceso por el cual pueden eliminarse las escorias e impurezas contaminadoras. Nuestras pruebas son todas necesarias para acercarnos a nuestro Padre celestial en obediencia a su voluntad, para que podamos llevar al Señor una ofrenda de justicia.

A cada una de las personas cuyos nombres se mencionan aquí* Dios les ha dado capacidades y talentos que deben aprovechar. Cada uno necesita una experiencia nueva y viva en la vida divina, a fin de hacer la voluntad de Dios. Ninguna experiencia pasada nos bastará para el presente, ni nos fortalecerá para vencer las dificultades de nuestra senda. Debemos tener diariamente nueva gracia y fortaleza para ser victoriosos.

Con muy poca frecuencia somos colocados dos veces en circunstancias exactamente iguales. Abrahán, Moisés, Elías, Daniel y muchos otros fueron todos probados duramente, pero no de la misma manera. Cada uno tiene sus pruebas individuales en el drama de la vida. Pero es muy raro que se presenten dos veces las mismas pruebas. [427] Cada uno tiene su propia experiencia peculiar, según su carácter y circunstancias, para realizar cierta obra. Dios tiene una obra, un propósito en la vida de cada uno de nosotros. Cada acto, por pequeño que sea, tiene su lugar en la experiencia de nuestra vida. Debemos

*Testimonios para la Iglesia 3:541-544 (1875). (Del cap. "El deber del hombre hacia sus semeiantes.")

*Este capítulo referente a la disciplina de la prueba se saca de un largo testimonio dirigido a varias personas y familias, y por consiguiente hay varias referencias a aquellos a quienes se dirigía en particular.—F. P. W.

tener continuamente la luz y la experiencia que provienen de Dios. Todos necesitamos estas cosas, y Dios está más que dispuesto a que las tengamos si queremos aceptarlas. El no ha cerrado las ventanas de los cielos a vuestras oraciones, pero os habéis sentido satisfechos con seguir adelante sin la ayuda divina que tanto necesitáis.

¡Cuán poco reconocéis la influencia de vuestros actos diarios sobre la historia ajena! Tal vez penséis que lo que hagáis o digáis no tendrá seria repercusión, cuando los resultados más importantes para el bien o para el mal son la consecuencia de vuestras palabras y acciones. Las palabras y las acciones consideradas pequeñas y sin importancia, son eslabones en la larga cadena de los sucesos humanos. No habéis sentido la necesidad de que Dios nos manifieste su voluntad en todos los actos de nuestra vida diaria. En el caso de nuestros primeros padres, el deseo de satisfacer una sola vez el apetito abrió las compuertas de la desgracia y el pecado sobre el mundo. Ojalá que vosotras, mis amadas hermanas, comprendieseis que cada paso que dais puede tener una influencia duradera y dominante sobre vuestra vida y el carácter de otros. ¡Oh, cuánta necesidad hay, pues, de comunión con Dios! ¡Qué necesidad de gracia divina para dirigir cada paso, y mostrarnos cómo desarrollar un carácter cristiano!

Una experiencia progresiva

Los cristianos tendrán que pasar por nuevas escenas y nuevas pruebas, donde la experiencia pasada no podrá ser una guía suficiente. Tenemos mayor necesidad de aprender del divino Maestro ahora que en cualquier otro período de nuestra vida. Cuanto más nos acerquemos a la luz pura del cielo, tanto mayor número de defectos discerniremos que es necesario reformar en nosotros. Todos pode- [428]
mos hacer una buena obra en beneficio de los demás, si procuramos el consejo de Dios y lo seguimos con obediencia y fe. La fe de los justos es progresiva, y va de fuerza en fuerza, de gracia en gracia, y de gloria en gloria. La iluminación divina aumentará más y más; corresponderá a nuestros movimientos de adelanto, y nos preparará para afrontar las responsabilidades y emergencias que nos esperan.

Cuando las pruebas os rodean, cuando el abatimiento y la sombría incredulidad dominan vuestros pensamientos, cuando el egoísmo amolda vuestras acciones, no veis vuestra necesidad de Dios, ni

de un conocimiento profundo y cabal de su voluntad. No conocéis la voluntad de Dios, ni podéis conocerla mientras vivís para el yo. Confiáis en vuestras buenas intenciones y resoluciones, y la suma principal de vuestra vida se compone de resoluciones hechas y resoluciones quebrantadas. Lo que todos necesitáis es morir al yo, dejar de aferraros a él y entregaros a Dios.

Gustosamente os consolaría si pudiera. Gustosamente alabaría vuestras buenas cualidades, buenos propósitos y buenos actos; pero Dios no se complació en mostrármelos. Me presentó las cosas que os impiden ganar el carácter noble y elevado de la santidad que necesitáis para no perder el reposo celestial y la gloria inmortal que él os quisiera ver alcanzar. Apartad los ojos de vosotros mismos y dirigidlos a Jesús. Es todo en todos. Los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado bastarán para purificar del mayor y del menor pecado. Con fe y confianza, entregad la custodia de vuestras almas a Dios, como a un Creador fiel. No alberguéis continuamente aprensiones y temores de que Dios os abandonará. No lo hará nunca a menos que os apartéis de él. Cristo vendrá y morará con vosotros si le abrís la puerta de vuestro corazón. Puede haber perfecta armonía entre vosotros y el Padre y su Hijo, si queréis morir al yo y vivir para Dios.

[429] ¡Cuán pocos son los que se dan cuenta de que tienen ídolos favoritos y acarician pecados! Dios ve estos pecados que vosotros no veis quizás pero los conserváis, y obra con su podadera para separarlos de vosotros. Todos queréis elegir por vosotros mismos el proceso de purificación. ¡Cuánto os cuesta someteros a la crucifixión del yo! Pero cuando se somete todo a la obra del Dios que conoce nuestras debilidades y nuestra pecaminosidad, él emplea el mejor método para producir los resultados deseados.

Enoc anduvo con Dios por medio de un conflicto constante y una fe sencilla. Todos podéis hacer lo mismo. Podéis convertiros, transformaros cabalmente, ser de veras hijos de Dios, y disfrutar no sólo del conocimiento de su voluntad, sino conducir también por vuestro ejemplo a otros por la misma senda de humilde obediencia y consagración. La verdadera piedad se difunde y comunica. El salmista dice: “No encubrí tu justicia dentro de mi corazón: tu verdad y tu salvación he dicho: no oculté tu misericordia y tu verdad

en grande concurso." Salmos 40:10. Dondequiera que haya amor de Dios, hay también deseo de expresarlo.

Dios os ayude a todos a hacer esfuerzos fervientes para ganar la vida eterna y conducir a otros por la senda de la santidad. [430]

“No puedo ir” *

Yo hago una grande obra—dice Nehemías,—y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros.” Nehemías 6:3.

El 3 de enero de 1875, me fué mostrado* que el pueblo de Dios no debe cejar por un momento en su vigilancia. Satanás nos sigue la pista. Está resuelto a vencer con sus tentaciones al pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Si no le damos lugar, sino que resistimos sus designios, firmes en la fe, tendremos fuerza para apartarnos de toda iniquidad. Los que guardan los mandamientos de Dios serán un poder en la tierra, si viven a la altura de su luz y sus privilegios. Pueden ser modelos de piedad, santos de corazón y conversación. No gozaremos de comodidad, para que no cesemos de orar y ser vigilantes. A medida que se acerca el tiempo en que Cristo ha de revelarse en las nubes de los cielos, las tentaciones de Satanás se intensificarán para con aquellos que guardan los mandamientos de
[431] Dios; porque él sabe que su tiempo es corto.

Satanás realizará su obra por medio de agentes. Los ministros que aborrecen la ley de Dios emplearán cualquier medio de que dispongan para desviar las almas de su lealtad a Dios. Nuestros peores enemigos se hallarán entre los adventistas del primer día. Su corazón está plenamente resuelto a hacer guerra contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús. Esta clase considera

*Testimonios para la Iglesia 3:570-575 (1875).

*Es un placer declarar aquí lo referente a la misericordiosa visión manifestada por el Espíritu Santo el 3 de enero de 1875 a la Sra. de White, que había estado enferma con un severo ataque de influenza, y había guardado cama durante una semana, hasta que los médicos del Instituto de Salud llegaron a preocuparse por su caso. En esta condición siguió las indicaciones dadas en el capítulo cinco de la epístola de Santiago, y después de un gran esfuerzo de fe, como el hombre del Evangelio que extendió su mano seca, fué librada del dolor y la enfermedad, y pronto fué arrebatada en una visión que duró diez minutos. Se vistió luego para la reunión, caminó hasta la capilla y después de hablar veinte minutos a la muchedumbre congregada, regresó a su casa caminando. Desde entonces ha escrito mucho, y ha hablado con libertad a la gente. Se está preparando ahora para el largo viaje a la costa del Pacífico.—JAIME WHITE.

que es una virtud hablar, escribir y actuar con el más acerbo odio contra nosotros. No necesitamos esperar un trato justo de su parte. A muchos de ellos Satanás les inspira una insana iracundia contra los que guardan los mandamientos de Dios. Seremos vilipendiados y calumniados; todos nuestros motivos y actos serán mal juzgados y se atacará nuestro carácter. De esta manera se manifestará la ira del dragón. Pero vi que no debemos desanimarnos. Nuestra fuerza está en Jesús, nuestro Abogado. Si con humildad confiamos en Dios y nos aferramos a sus promesas, nos dará gracia y sabiduría celestial para resistir todas las trampas de Satanás y salir vencedores.

El ejemplo de Nehemías

En mi reciente visión, vi que no aumentará nuestra influencia ni nos dará favor ante Dios el buscar represalias o descender de nuestra gran obra al nivel de los enemigos para contestar sus calumnias. Hay quienes recurrirán a cualquier especie de engaño y grosera mentira para obtener su objeto y engañar las almas, y arrojar estigmas sobre la ley de Dios y sobre aquellos que se deleitan en obedecerla. Repetirán las mentiras más inconsecuentes y viles, hasta creer ellos mismos que éstas constituyen la verdad. Tales son los argumentos más enérgicos que tienen contra el sábado del cuarto mandamiento. No debemos permitir que nos dominen nuestros sentimientos ni que nos distraigan de la obra de amonestar al mundo.

Me fué presentado el caso de Nehemías. Estaba empeñado en edificar las murallas de Jerusalén, y los enemigos de Dios habían resuelto que dichos muros no se reedificaran. "Mas acaeció que [432] oyendo Sanballat y Tobías, y los Arabes, y los Ammonitas, y los de Asdod, que los muros de Jerusalem eran reparados, porque ya los portillos comenzaban a cerrarse, encolerizáronse mucho; y conspiraron todos a una para venir a combatir a Jerusalem, y a hacerle daño." Nehemías 4:7, 8.

En este caso, un espíritu de odio y de oposición a los hebreos formó el vínculo de unión y creó simpatía mutua entre diferentes grupos de hombres que de otra manera habrían guerreado entre sí. Esto ilustra bien lo que con frecuencia presenciamos en nuestra época en la unión de hombres de diferentes denominaciones para oponerse a la verdad presente, hombres cuyo único vínculo parece

ser lo que pertenece a la naturaleza del dragón, y que manifiestan amargura y odio contra el remanente que guarda los mandamientos de Dios. Esto se ve especialmente entre los adventistas que guardan el primer día, los que no guardan ninguno, y los que consideran que todos los días son iguales, que se destacan por la manera en que se odian y se calumnian mutuamente, cuando les dejan tiempo los esfuerzos que hacen para representar falsamente, calumniar y ultrajar de toda manera posible a los adventistas del séptimo día.

"Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche." Vers. 9. Corremos constantemente el peligro de creer que nos bastamos a nosotros mismos, de confiar en nuestra propia sabiduría y no hacer de Dios nuestra fortaleza. Nada perturba tanto a Satanás como nuestro conocimiento de sus designios. Si sentimos nuestro peligro, sentiremos nuestra necesidad de orar, como la sintió Nehemías, y como él obtendremos esa sólida defensa que nos dará seguridad en el peligro. Si somos negligentes e indiferentes, seremos ciertamente vencidos por los designios de Satanás. Debemos ser vigilantes. Aunque, como Nehemías, recurramos a la oración, llevando todas nuestras perplejidades y cargas a Dios, no debemos creer que no tenemos nada que
[433] hacer. Debemos velar y orar. Debemos vigilar la obra de nuestros adversarios, no sea que ellos obtengan ventaja al engañar las almas. Debemos, en la sabiduría de Cristo, hacer esfuerzos para derrotar sus propósitos, aunque sin permitirles que nos distraigan de nuestra gran obra. La verdad es más fuerte que el error. La justicia prevalecerá sobre el mal.

Debe esperarse oposición

Los hijos de Dios están procurando reparar la brecha que ha sido hecha en la ley de Dios. "Y edificarán los de ti los desiertos antiguos; los cimientos de generación y generación levantarás: y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llamares delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad

de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado." Isaías 58:12-14.

Esto perturba a los enemigos de nuestra fe, y ellos emplean todos los medios de que disponen para estorbarnos en nuestra obra. Sin embargo, la muralla derribada se va levantando con firmeza. Se está amonestando al mundo, y muchos ya se apartan de la costumbre de pisotear el sábado de Jehová. Dios acompaña esta obra y el hombre no puede detenerla. Los ángeles de Dios cooperan con los esfuerzos de sus siervos fieles, y la obra progresa constantemente. Encontraremos oposición de toda clase, como la encontraron los que edificaban las murallas de Jerusalén; pero si velamos, oramos y trabajamos como ellos lo hicieron, Dios peleará nuestras batallas y nos dará preciosas victorias.

Nehemías "se llegó a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés. Y Jehová fué con él." 2 Reyes 18:6, 7. Le enviaron repetidas veces mensajeros para solicitar un parlamento, pero él se negó a recibirlos. Los enemi- [434]
gos hicieron audaces amenazas con respecto a lo que se proponían hacer, y mandaron mensajeros a arengar al pueblo que se dedicaba a la obra de reconstrucción. Estos mensajeros presentaron incentivos halagadores y prometieron a los constructores dejarlos libres de restricciones y concederles maravillosos privilegios, si unían sus intereses a los suyos y dejaban su labor de construcción.

Pero se dió al pueblo la orden de no entrar en controversia con sus enemigos y de no contestarles, a fin de no darles la ventaja de las palabras. Los enemigos recurrieron a las amenazas y al ridículo. Dijeron: "Aun lo que ellos edifican, si subiere una zorra derribará su muro de piedra." Sanballat "encolerizóse y enojóse en gran manera, e hizo escarnio de los Judíos." Nehemías oró así: "Oye, oh Dios nuestro, que somos en menosprecio, y vuelve el baldón de ellos sobre su cabeza."

"Y enviéles mensajeros, diciendo: Yo hago una grande obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros. Y enviaron a mí con el mismo asunto por cuatro veces, y yo les respondí de la misma manera. Envió entonces Sanballat a mí su criado, a decir lo mismo por quinta vez, con una carta abierta en su mano." Nehemías 4:3, 4; 6:3-5.

La confianza en Dios

Encontraremos la más feroz oposición de parte de los adventistas que se oponen a la ley de Dios. Pero, como los que edificaron las murallas de Jerusalén, no debemos dejarnos distraer ni estorbar de nuestra obra por los informes, por los mensajeros que desean entrar en discusión o controversia, ni por las amenazas amedrentadoras, la publicación de mentiras, o ninguno de los recursos que Satanás pueda instigar. Nuestra respuesta debe ser: Estamos empeñados en una gran obra y no podemos ir. A veces no sabremos qué conducta debemos seguir para preservar el honor de la causa de Dios y vindicar su verdad.

[435] La conducta de Nehemías debiera ejercer una gran influencia sobre nuestra mente acerca de cómo hacer frente a esta clase de oponentes. Debemos llevar todas estas cosas al Señor en oración, como lo hizo Nehemías cuando dirigió sus súplicas a Dios con espíritu humillado. Se aferró a Dios con fe inquebrantable. Tal es la conducta que debemos seguir. El tiempo es demasiado precioso para que los siervos de Dios se dediquen a vindicar su propio carácter calumniado por los que aborrecen el sábado del Señor. Debemos avanzar con confianza inquebrantable, creyendo que Dios dará a su verdad grandes y preciosas victorias. Con humildad, mansedumbre y pureza de vida, confiados en Jesús, debemos ir acompañados de un poder convincente de que tenemos la verdad.

No entendemos como nos es dado entenderlas la fe y la confianza que podemos depositar en Dios, y las grandes bendiciones que la fe nos dará. Nos espera una obra importante. Debemos obtener idoneidad moral para el cielo. Nuestras palabras y nuestro ejemplo deben hacerse sentir sobre el mundo. Los ángeles de Dios están activamente empeñados en ministrar a los hijos de Dios. Nos han sido hechas preciosas promesas a condición de que obedezcamos a los requerimientos de Dios. El cielo está lleno de las más ricas bendiciones que esperan todas para sernos comunicadas. Si sentimos nuestra necesidad y acudimos a Dios con sinceridad y fe ferviente, seremos puestos en íntima comunión con el cielo y seremos conductos de luz para el mundo.

Es necesario que se haga resonar a menudo la amonestación: "Sed templados, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore." 1 Pedro 5:8. [436]

Biografías bíblicas*

Las vidas relatadas en la Biblia son biografías auténticas de personas que vivieron en realidad. Desde Adán hasta el tiempo de los apóstoles, a través de sucesivas generaciones, se nos presenta un relato claro y escueto de lo que sucedió en realidad y de lo que experimentaron personajes reales. A muchos les extraña que la historia inspirada narre los hechos que mancillan el carácter moral de hombres buenos. Los incrédulos destacan estos pecados con gran satisfacción y ridiculizan a quienes los perpetraron. Los escritores inspirados no escribieron mentiras destinadas a impedir que el relato de las flaquezas y faltas humanas ensombreciera las páginas de la historia sagrada. Los escribas de Dios anotaron lo que les dictaba el Espíritu Santo, pues ellos no controlaban la obra. Escribieron la verdad literal y revelan los hechos crudos por razones que no puede comprender plenamente nuestra mente finita.

El hecho de que no se pasa por alto la verdad, ni se suprimen los pecados de los personajes principales, es una de las mejores evidencias de la autenticidad de las Escrituras. Muchos insistirán en que es asunto fácil relatar lo que ocurrió en una vida común. Pero es hecho probado que es humanamente imposible referir una historia imparcial de un contemporáneo; y es casi tan difícil narrar, sin desviarse de la exacta verdad, la historia de cualquier persona o pueblo con cuya carrera nos hayamos familiarizado. La mente humana está tan sujeta al prejuicio, que le resulta casi imposible tratar el tema imparcialmente. O hace resaltar crudamente los defectos de la persona considerada, o hace brillar exageradamente sus virtudes, según el prejuicio o el favoritismo del escritor. Por imparcial que
[437] quiera ser el historiador, es muy difícil que lo sea de veras, y todos los críticos convienen en ello.

Pero la unción divina, que se eleva por encima de las debilidades de la humanidad, cuenta la verdad sencilla y desnuda. Cuántas biografías se han escrito acerca de cristianos impecables, que por

*Testimonios para la Iglesia 4:9-15 (1876).

su vida hogareña y relaciones con la iglesia resplandecían como ejemplos de piedad inmaculada. Ninguna tacha destruía la belleza de su santidad, no se registraba defecto alguno que nos recordara que fueron arcilla común, sujetos a las tentaciones ordinarias de la humanidad. Sin embargo, si su historia hubiese sido escrita por una pluma inspirada, ¡cuán diferente habría parecido! Se habrían revelado las debilidades humanas, las luchas con el egoísmo, el fanatismo y el orgullo, tal vez los pecados ocultos, y la guerra continua entre el espíritu y la carne.

Aun los diarios privados no revelan en sus páginas los actos pecaminosos de sus autores. A veces se registran los conflictos con el mal, pero generalmente esto se hace sólo cuando el bien ganó la victoria. Pero pueden contener un relato fiel de los actos dignos de alabanza y los esfuerzos nobles, y esto también cuando quien escribe se propone llevar sinceramente un diario fiel de su vida. Es casi humanamente imposible ofrecer nuestros defectos a la inspección posible de nuestros amigos.

Si nuestra buena Biblia hubiese sido escrita por personas no inspiradas, habría presentado un aspecto muy diferente, y su estudio sería desalentador para los mortales que yerran, que contienden con flaquezas naturales y las tentaciones de un enemigo astuto. Pero tal cual es, tenemos un relato correcto de la experiencia religiosa que tuvieron los personajes notables de la historia bíblica. Los hombres a quienes Dios había favorecido, y a quienes había confiado grandes responsabilidades, fueron a veces vencidos por la tentación y cometieron pecados, así como nosotros actualmente luchamos, vacilamos y con frecuencia caemos en el error. Pero es alentador para nuestro corazón abatido saber que por la gracia de Dios ellos pudieron obtener nuevo vigor para levantarse por encima de su [438] naturaleza mala; y al recordar esto, estamos listos para reanudar la lucha nosotros mismos.

Lo experimentado por Israel es una advertencia

Las murmuraciones del antiguo Israel y su descontento rebelde, como también los grandes milagros realizados en su favor, y el castigo de su idolatría e ingratitud, fueron registrados para nuestro beneficio. El ejemplo del antiguo Israel es dado como advertencia

para el pueblo de Dios, a fin de que evite la incredulidad y escape a su ira. Si las iniquidades de los hebreos hubiesen sido omitidas del relato sagrado, y se hubiesen relatado solamente sus virtudes, su historia no nos habría enseñado la lección que nos enseña.

Los incrédulos y los que aman el pecado disculpan sus delitos citando la perversidad de hombres a quienes antiguamente Dios dió autoridad. Arguyen que si esos santos cedieron a la tentación y cometieron pecados, no es de admirar que ellos también hagan el mal; e insinúan que no son tan malos al fin y al cabo, puesto que tienen delante de sí tan ilustres ejemplos de iniquidad.

Los principios de la justicia exigían una narración fiel de los hechos para beneficio de todos los que hubiesen de leer el relato sagrado. En esto discernimos evidencias de la sabiduría divina. Se nos pide que obedezcamos a la ley de Dios, y no sólo se nos instruye en cuanto a la penalidad de la desobediencia, sino que se narra para nuestro beneficio y amonestación la historia de Adán y Eva en el paraíso, y los tristes resultados de su desobediencia a los mandamientos de Dios. El relato es completo y explícito.

La ley que fué dada al hombre en el Edén está registrada juntamente con la penalidad que la acompañaría en caso de que fuese desobedecida. Luego sigue la historia de la tentación y la caída, y el castigo infligido a nuestros padres cuando cayeron. Su ejemplo
[439] nos es dado como advertencia en lo que respecta a la desobediencia, a fin de que sepamos con seguridad que la paga del pecado es la muerte, que la justicia retributiva de Dios no se elude, y que él exige de los seres que ha creado una estricta obediencia a sus mandamientos. Cuando la ley fué proclamada en el Sinaí, ¡cuán definida fué la penalidad incluída, cuán seguro fué el castigo que había de seguir a la transgresión de aquella ley, y cuán claros fueron los casos registrados como evidencia de este hecho!

La pluma inspirada, fiel a su tarea, nos habla de los pecados que vencieron a Noé, Lot, Moisés, Abrahán, David y Salomón, y hasta nos cuenta que aun el enérgico espíritu de Elías se abatió bajo la tentación durante su terrible prueba. Están fielmente registradas la desobediencia de Jonás y la idolatría de Israel. La negación de Pedro, la aguda contienda que hubo entre Pablo y Bernabé, las flaquezas de los profetas y los apóstoles, todo queda revelado por el Espíritu Santo, que descorre el velo del corazón humano. Ante

nosotros se expone la vida de los creyentes, con todos sus defectos e insensateces, que están destinados a ser una lección para todas las generaciones que los habían de seguir. Si hubiesen sido perfectos, habrían sido sobrehumanos, y nuestra naturaleza pecaminosa nos haría desesperar de llegar jamás a tal punto de excelencia. Pero al ver cómo lucharon y cayeron, cómo cobraron nuevamente ánimo y vencieron por la gracia de Dios, cobramos aliento para avanzar contra los obstáculos que la naturaleza degenerada coloca en nuestro camino.

Dios ha sido siempre fiel en castigar el crimen. Envió a sus profetas para amonestar a los culpables, denunciar sus pecados y pronunciar juicio contra ellos. Los que se preguntan por qué la Palabra de Dios destaca los pecados de sus hijos en forma tan clara que los burladores pueden ridiculizarlos y los santos deplorarlo, deben considerar que todo fué escrito para su instrucción, a fin de que evitaran los males registrados e imitaran solamente la justicia de los que sirvieron al Señor.

Necesitamos precisamente las lecciones que la Biblia nos da, [440] porque juntamente con la revelación del pecado, está registrada la retribución que sigue. El pesar y la penitencia del culpable, el llanto del alma enferma de pecado, llegan del pasado hasta nosotros, diciéndonos que el hombre necesitaba entonces como ahora la gracia perdonadora de Dios. Las Escrituras nos enseñan que aunque él castiga el delito, se compadece del pecador arrepentido y lo perdona.

Advertencias actuales

En su providencia, el Señor ha considerado apropiado enseñar y amonestar a su pueblo de diversas maneras. Por su orden directa, por los escritos sagrados y por el espíritu de profecía, le ha hecho conocer su voluntad. Mi obra ha consistido en hablar claramente de los defectos y errores del pueblo de Dios. El hecho de que los pecados de ciertas personas hayan sido sacados a luz, no evidencia que las tales sean a la vista de Dios peores que muchos cuyas faltas no han sido mencionadas. Pero se me ha mostrado que no me toca a mí elegir mi obra, sino obedecer humildemente la voluntad de Dios. Los errores y las malas acciones que hay en la vida de los que profesan ser cristianos, han sido registrados para instrucción de

aquellos que están expuestos a caer en las mismas tentaciones. La experiencia de uno sirve como faro que aparte a los demás de las rocas peligrosas.

Así se nos han revelado las trampas y los designios de Satanás, la importancia que tiene el perfeccionar un carácter cristiano, y los medios por los cuales se puede obtener este resultado. Dios indica así lo que es necesario para obtener su bendición. Muchos propenden a manifestar sentimientos de rebeldía cuando se reprenden sus pecados particulares. El espíritu de esta generación dice: "Decidnos cosas halagüeñas." Isaías 30:10. Pero el espíritu de profecía dice solamente la verdad. Abunda la iniquidad y se enfría el amor de muchos de los que profesan seguir a Cristo. No ven la maldad de su propio corazón,
[441] y no sienten su debilidad e incapacidad. En su misericordia, Dios descorre el velo y les muestra que hay detrás del escenario un ojo que discierne la culpa y los motivos de sus acciones.

Se suele blanquear los pecados de las iglesias populares. Muchos de sus miembros participan de los vicios más groseros, y están sumidos en la iniquidad. Babilonia ha caído y ha llegado a ser jaula de toda ave inmunda y aborrecible. Los pecados más indignos de la época hallan refugio bajo el manto del cristianismo. Muchos proclaman que la ley de Dios ha sido abolida, y viven ciertamente en armonía con su fe. Si no hay ley, no hay transgresión, y por lo tanto, no hay pecado; pues el pecado es la transgresión de la ley.

El ánimo carnal es enemistad contra Dios, y se rebela contra su voluntad. Deséchese el yugo de la obediencia, y aquel ánimo cae inconscientemente en la iniquidad del delito. La iniquidad abunda entre los que hablan grandilocuentemente de la libertad religiosa pura y perfecta. Su conducta es aborrecible para el Señor, y son colaboradores del adversario de las almas. Desvían sus ojos de la luz revelada, y las bellezas de la santidad son tan sólo sombras para ellos. Es asombroso ver sobre qué débiles fundamentos muchísimos edifican sus esperanzas del cielo. Se burlan de la ley del Ser infinito, como si quisieran desafiarle y anular su Palabra. Ni siquiera Satanás con su conocimiento de la ley divina se atrevería a hacer los discursos que hacen desde el púlpito algunos de los ministros aborrecedores de la ley; sin embargo, él se regocija en las blasfemias de ellos.

Se me ha mostrado lo que es el hombre sin conocimiento de la voluntad de Dios. Los crímenes y la iniquidad llenan su vida.

Pero cuando el Espíritu de Dios le revela el significado pleno de la ley, ¡qué cambio se produce en su corazón! Como Belsasar, lee inteligentemente la escritura del Todopoderoso, y la convicción se apodera de su alma. Los truenos de la Palabra de Dios le sacan de su letargo, y pide misericordia en el nombre de Jesús. Y Dios escucha siempre con oído voluntario esa humilde plegaria. Nunca aparta al [442] penitente sin consolarlo.

El Señor consideró propio darme una visión de las necesidades y los errores de su pueblo. Por mucho que me doliera, presenté fielmente a los ofensores sus defectos y la manera de remediarlos, según los dictados del Espíritu de Dios. En muchos casos esto excitó la lengua calumniadora, y amargó contra mí a aquellos por quienes trabajaba y sufría. Pero no por esto me he desviado de mi conducta. Dios me ha dado mi obra y, sostenida por su fuerza, he cumplido los penosos deberes que me había encomendado. Así ha pronunciado el Espíritu de Dios advertencias y juicios, sin privarnos, no obstante, de la dulce promesa de misericordia.

Si los hijos de Dios quisieran reconocer cómo los trata él y aceptasen sus enseñanzas, sus pies hallarían una senda recta, y una luz los conduciría a través de la obscuridad y el desaliento. David aprendió sabiduría de la manera en que Dios le trató, y se postró en humildad bajo el castigo del Altísimo. La descripción fiel que de su verdadero estado hizo el profeta Natán, le dió a conocer a David sus propios pecados y le ayudó a desecharlos. Aceptó mansamente el consejo y se humilló delante de Dios. “La ley de Jehová—exclama él—es perfecta, que vuelve el alma.” Salmos 19:7.

No hay ocasión para desesperar

Los pecadores que se arrepienten no tienen motivo para desesperar porque se les recuerden sus transgresiones y se les amoneste acerca de su peligro. Los mismos esfuerzos hechos en su favor demuestran cuánto los ama Dios y desea salvarlos. Ellos sólo deben pedir su consejo y hacer su voluntad para heredar la vida eterna. Dios presenta a su pueblo que yerra los pecados que comete, a fin de que pueda ver su enormidad según la luz de la verdad divina. Su deber es entonces renunciar a ellos para siempre.

Dios es hoy tan poderoso para salvar del pecado como en los
[443] tiempos de los patriarcas, de David y de los profetas y apóstoles. La multitud de casos registrados en la historia sagrada, en los cuales Dios libró a su pueblo de sus iniquidades, debe hacer sentir al cristiano de esta época el anhelo de recibir instrucción divina y celo para perfeccionar un carácter que soportará la detenida inspección del juicio.

La historia bíblica sostiene al corazón que desmaya con la esperanza de la misericordia divina. No necesitamos desesperarnos cuando vemos que otros lucharon con desalientos semejantes a los nuestros, cayeron en tentaciones como nosotros, y sin embargo recobraron sus fuerzas y recibieron bendición de Dios. Las palabras de la inspiración consuelan y alientan al alma que yerra. Aunque los patriarcas y los apóstoles estuvieron sujetos a las flaquezas humanas, por la fe obtuvieron buen renombre, pelearon sus batallas con la fuerza del Señor y vencieron gloriosamente. Así también podemos nosotros confiar en la virtud del sacrificio expiatorio y ser vencedores en el nombre de Jesús. La humanidad fué humanidad en todas partes del mundo, desde el tiempo de Adán hasta la generación actual; y a
[444] través de todas las edades el amor de Dios no tiene parangón.

La responsabilidad de los miembros de la iglesia*

Amados hermanos: Así como los diferentes miembros del organismo humano se unen para formar el cuerpo entero y cada uno cumple su parte obedeciendo a la inteligencia que gobierna el todo, de la misma manera los miembros de la iglesia de Cristo deben estar unidos en un cuerpo simétrico, sujeto a la inteligencia santificada del conjunto.

El progreso de la iglesia se retarda por la conducta errónea de sus miembros. El unirse con la iglesia, aunque es un acto importante y necesario, no lo hace a uno cristiano ni le asegura la salvación. No podemos asegurarnos el derecho al cielo por hacer registrar nuestro nombre en el libro de la iglesia mientras nuestro corazón quede enajenado de Cristo. Debemos ser sus fieles representantes en la tierra y trabajar al unísono con él. "Amados, ahora somos hijos de Dios." 1 Juan 3:2. Debemos tener presente esta santa relación y no hacer nada que deshonre la causa de nuestro Padre.

Lo que profesamos es muy exaltado. Como adventistas observadores del sábado, profesamos obedecer todos los mandamientos de Dios y esperar la venida de nuestro Redentor. Un solemnísimo mensaje de amonestación ha sido confiado a los pocos fieles de Dios. Debemos demostrar por nuestras palabras y obras que reconocemos la gran responsabilidad que se nos ha impuesto. Nuestra luz debe resplandecer tan claramente que los demás puedan ver que glorificamos al Padre en nuestra vida diaria, que estamos en relación con el cielo y somos coherederos con Cristo Jesús, para que cuando él aparezca con poder y grande gloria seamos como él. [445]

Todos debemos sentir nuestra responsabilidad individual como miembros de la iglesia visible y trabajadores en la viña del Señor. No debemos aguardar que nuestros hermanos, que son tan frágiles como nosotros, nos ayuden; porque nuestro precioso Salvador nos ha invitado a unirnos a él y a unir nuestra debilidad con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con

*Testimonios para la Iglesia 4:16-20 (1876). (Del cap. "La unidad de la iglesia.")

su mérito. Ninguno de nosotros puede ocupar una posición neutral; nuestra influencia se ejercerá en pro o en contra de Jesús. Somos agentes activos de Cristo, o del enemigo. O recogemos con Jesús, o dispersamos. La verdadera conversión es un cambio radical. La misma tendencia de la mente y la inclinación del corazón serán desviadas, y la vida llegará a ser nueva en Cristo.

Dios conduce a su pueblo

Dios está conduciendo a un pueblo para que se coloque en perfecta unidad sobre la plataforma de la verdad eterna. Cristo se dió a sí mismo al mundo para que pudiese "limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras." Tito 2:14. Este proceso de refinamiento está destinado a purificar a la iglesia de toda injusticia y del espíritu de discordia y contención, para que sus miembros edifiquen en vez de derribar y concentren sus energías en la gran obra que está delante de ellos. Dios quiere que sus hijos lleguen todos a la unidad de la fe. La oración de Cristo, precisamente antes de su crucifixión, pedía que sus discípulos fuesen uno, como él era uno con el Padre, para que el mundo creyese que el Padre le había enviado. Esta, la más conmovedora y admirable oración, llega a través de los siglos hasta nuestros días, porque sus palabras son: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos." Juan 17:20.

¡Cuán fervorosamente deben tratar de contestar esta oración en su vida los que profesan seguir a Cristo! Muchos no se dan cuenta del carácter sagrado de la relación con la iglesia, y les cuesta
[446] someterse a la restricción y disciplina. Su conducta demuestra que exaltan su propio juicio por encima del de la iglesia unida y no evitan cuidadosamente el estimular un espíritu de oposición a su voz. Los que ocupan posiciones de responsabilidad en la iglesia pueden tener faltas como los demás y pueden errar en sus decisiones; pero, no obstante eso, la iglesia de Cristo en la tierra les ha dado una autoridad que no puede ser considerada con liviandad. Después de su resurrección, Cristo delegó el poder en su iglesia diciendo: "A los que remitiereis los pecados, les son remitidos: a quienes los retuviereis, serán retenidos." Juan 20:23.

La relación con la iglesia no se ha de cancelar a la ligera; sin embargo, cuando algunos que profesan seguir a Cristo se ven contrariados, o cuando su voz no ejerce la influencia dominante que les parece merecer, amenazan con abandonar la iglesia. En verdad, al abandonar la iglesia ellos serán los que más sufrirán, porque al retirarse de su esfera de influencia se someten plenamente a las tentaciones del mundo.

Sostenedores sinceros

Todo creyente debe ser sincero en su unión con la iglesia. La prosperidad de ella debe ser su primer interés, y a menos que sienta la obligación sagrada de lograr que su relación con la iglesia sea un beneficio para ella con preferencia a sí mismo, la iglesia lo pasará mucho mejor sin él. Está al alcance de todos hacer algo para la causa de Dios. Hay quienes gastan grandes sumas en lujos innecesarios. Complacen sus apetitos, pero creen que es una carga pesada contribuir con recursos para sostener la iglesia. Están dispuestos a recibir todo el beneficio de sus privilegios, pero prefieren dejar a otros pagar las cuentas.

Los que realmente sienten un profundo interés por el adelanto de la causa, no vacilarán en invertir dinero en la empresa, cuando y dondequiera que sea necesario. También deben considerar como deber solemne ejemplificar en su carácter las enseñanzas de Cristo, estando en paz uno con otro y actuando en perfecta armonía, como un todo indiviso. Deben someter su criterio individual al juicio del [447]
cuerpo de la iglesia. Muchos viven solamente para sí. Consideran su vida con gran complacencia, lisonjeándose de que son sin culpa, cuando de hecho no hacen nada para Dios y viven en directa oposición a su Palabra expresa. La observancia de las formas externas no habrá de satisfacer nunca la gran necesidad del alma humana. El profesar creer en Cristo no lo capacitará a uno lo bastante para resistir la prueba del día del juicio. Debe haber una perfecta confianza en Dios, una infantil dependencia de sus promesas y una completa consagración a su voluntad.

Dios probó siempre a su pueblo en el horno de la aflicción a fin de hacerlo firme y fiel, y limpiarlo de toda iniquidad. Después que Abrahán y su hijo hubieron soportado la prueba más severa que se

les podía imponer, Dios habló así a Abrahán por medio de su ángel: "Ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único." Génesis 22:12. Este gran acto de fe hace resplandecer el carácter de Abrahán con notable esplendor. Ilustra vívidamente su perfecta confianza en el Señor, a quien no le negó nada, ni aun el hijo que obtuviera por la promesa.

Nada tenemos que sea demasiado precioso para darlo a Jesús. Si le devolvemos los talentos de recursos que él ha confiado a nuestra custodia, él entregará aún más en nuestras manos. Cada esfuerzo que hagamos por Cristo será remunerado por él, y todo deber que cumplamos en su nombre, contribuirá a nuestra propia felicidad. Dios entregó a su muy amado Hijo a la agonía de la crucifixión, para que todos los que creyesen en él pudiesen llegar a ser uno en el nombre de Jesús. Si Cristo hizo un sacrificio tan grande para salvar a los hombres y ponerlos en unidad unos con otros, así como él estuvo unido con el Padre, ¿qué sacrificio hecho por quienes le siguen será demasiado grande para conservar esa unidad?

Si el mundo ve que existe perfecta armonía en la iglesia de Dios, ello será para él una poderosa evidencia en favor de la religión cris-
[448] tiana. Las disensiones, las malhadadas divergencias y las pequeñas dificultades de la iglesia deshonran a nuestro Redentor. Todas estas cosas pueden ser evitadas si el yo se entrega a Dios y los que siguen a Jesús obedecen la voz de la iglesia. La incredulidad sugiere que la independencia individual aumenta nuestra importancia, que es señal de debilidad renunciar a nuestras ideas de lo que es correcto y propio para acatar el veredicto de la iglesia; pero es peligroso seguir tales sentimientos y opiniones, y nos llevará a la anarquía y confusión. Cristo vió que la unidad y la comunión cristianas eran necesarias para la causa de Dios y, por lo tanto, las ordenó a sus discípulos. Y la historia del cristianismo desde aquel tiempo hasta ahora demuestra en forma concluyente que tan sólo en la unión hay fuerza. Sométase el juicio individual a la autoridad de la iglesia.

El testimonio de una iglesia unida

Los apóstoles sentían la necesidad de la unidad estricta y trabajaban con fervor para alcanzarla. Pablo exhortó a sus hermanos con estas palabras: "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro

Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros disensiones, antes seáis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer." 1 Corintios 1:10.

También escribió a sus hermanos filipenses: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún refrigerio de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algunas entrañas y misericordias, cumplid mi gozo; que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros: no mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." Filipenses 2:1-5.

A los romanos escribió: "Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os dé que entre vosotros seáis unánimes según Cristo [449] Jesús; para que concordes, a una boca glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo nos sobrellevó, para gloria de Dios." "Unánimes entre vosotros: no altivos, mas acomodándoos a los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión." Romanos 15:5-7; Romanos 12:16.

Pedro escribió así a las iglesias dispersas: "Finalmente, sed todos de un mismo corazón, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino antes por el contrario, bendiciendo; sabiendo que vosotros sois llamados para que poseáis bendición en herencia." 1 Pedro 3:8, 9.

Y Pablo en su epístola a los corintios, dice: "Resta, hermanos, que tengáis gozo, seáis perfectos, tengáis consolación, sintáis una misma cosa, tengáis paz; y el Dios de paz y de caridad será con vosotros." 2 Corintios 13:11.

* * * * *

En cuanto sea posible, debéis andar en armonía con vuestros hermanos y hermanas. Debéis entregaros a Dios y cesar de manifestar severidad y disposición a censurar. Debéis renunciar a vuestro propio espíritu y recibir en su lugar el espíritu del amado Salvador. Extended vuestra mano y asíos de la suya, para que su contacto

os electrice y os cargue con las dulces características de su propio carácter incomparable. Podéis abrir vuestro corazón a su amor, y dejar que su poder os transforme y su gracia sea vuestra fuerza. Entonces ejerceréis una poderosa influencia para el bien. Vuestra fortaleza moral estará a la altura de la prueba más estrecha del carácter. Vuestra integridad será pura y santificada. Entonces vuestra luz resplandecerá como la mañana.*

* * * * *

La religión de Cristo no exige de nosotros que perdamos nuestra
[450] identidad de carácter, sino meramente que nos adaptemos, en cierta medida, a los sentimientos y modalidades de los demás. Muchas personas se pueden vincular en una unidad de fe religiosa aunque sus opiniones, hábitos y gustos no armonicen en asuntos temporales; pero si arde en su seno el amor de Cristo, y fijan los ojos en el mismo cielo como su morada eterna, pueden tener la comunión más dulce y más inteligente, y la más admirable unidad. Habrá escasamente dos personas que experimenten exactamente lo mismo en todo detalle. Las pruebas de una no son tal vez las pruebas de otra, y nuestros corazones deben estar siempre abiertos a la simpatía bondadosa y debe arder en ellos el amor que Jesús sintió por todos sus hermanos.*
[451]

*Testimonios para la Iglesia 4:63 (1876).
*Testimonios para la Iglesia 4:65, 66 (1876).

Avancemos*

La historia de los hijos de Israel ha sido escrita para instrucción y admonición de todos los cristianos. Cuando los israelitas fueron sobrecogidos por peligros y dificultades, y el camino les parecía cerrado, su fe los abandonó y murmuraron contra el caudillo que Dios les había asignado. Le culpaban de haberlos puesto en peligro, cuando él había obedecido tan sólo a la voz de Dios.

La orden divina era: "Que marchen." Éxodo 14:15. No habían de esperar hasta que el camino les pareciese despejado y pudiesen comprender todo el plan de su libramiento. La causa de Dios ha de avanzar y él abrirá una senda delante de su pueblo. Vacilar y murmurar es manifestar desconfianza en el Santo de Israel. En su providencia Dios llevó a los hebreos a las fortalezas de las montañas, con el mar Rojo por delante, para poder librarlos y salvarlos para siempre de sus enemigos. Podría haberlos salvado de cualquier otra manera, pero eligió este método a fin de probar su fe y fortalecer su confianza en él.

No podemos acusar a Moisés de falta alguna porque el pueblo murmuraba contra su conducta. Era su propio corazón rebelde e insumiso el que los indujo a censurar al hombre a quien Dios había nombrado dirigente de su pueblo. Mientras Moisés obraba en el temor del Señor y según su dirección, con fe plena en sus promesas, los que debieran haberle sostenido se desalentaron, y no pudieron ver delante de sí otra cosa que desastre, derrota y muerte.

El Señor trata ahora con su pueblo que cree en la verdad presente. Quiere producir resultados portentosos, y mientras que su providencia obra con ese fin, dice a sus hijos: "¡Marchad!" Es cierto [452] que el camino no está todavía abierto, pero cuando ellos avancen con la fuerza de la fe y el valor, Dios despejará el camino delante de sus ojos. Siempre hay quienes se quejan, como el antiguo Israel, y atribuyen las dificultades de su situación a aquellos a quienes Dios suscitó con el propósito especial de hacer progresar su causa. No

*Testimonios para la Iglesia 4:25-28 (1876).

alcanzan a ver que Dios los está probando mediante estrecheces, de las cuales sólo su mano puede librarlos.

Hay ocasiones en que la vida cristiana parece rodeada de peligros y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación se figura que le espera una ruina inminente al frente, y detrás, la esclavitud y la muerte. Sin embargo, la voz de Dios habla claramente por sobre todos los desalientos y dice: "¡Marchad!" Debemos obedecer a esta orden, fuere cual fuere el resultado, aun cuando nuestros ojos no puedan penetrar las tinieblas y sintamos las frías olas a nuestros pies.

Avancemos por fe

Los hebreos estaban cansados y aterrorizados; sin embargo, si se hubiesen echado atrás cuando Moisés les ordenó que avanzaran y se hubiesen negado a acercarse más al mar Rojo, nunca habría abierto Dios el camino para ellos. Al descender al agua, mostraron que tenían fe en la palabra de Dios, según la expresara Moisés. Hicieron cuanto estaba en su poder, y luego el Poderoso de Israel cumplió su parte y dividió las aguas a fin de abrir una senda para sus pies.

Las nubes que se acumulan en derredor de nuestro camino, no desaparecerán nunca ante un espíritu vacilante y de duda. La incredulidad dice: "Nunca podremos superar estos obstáculos; esperemos hasta que hayan sido suprimidos o podamos ver claramente nuestro camino." Pero la fe nos insta valientemente a avanzar, esperándolo y creyéndolo todo. La obediencia a Dios traerá seguramente la victoria. Es únicamente por medio de la fe cómo podemos llegar al cielo.

[453] Hay gran similitud entre nuestra historia y la de los hijos de Israel. Dios condujo a su pueblo de Egipto al desierto, donde podía guardar su ley y obedecer su voz. Los egipcios, que no respetaban a Jehová, acamparon cerca de Israel; sin embargo, lo que para los israelitas era un gran raudal de luz, que iluminaba todo el campamento y resplandecía sobre la senda que se tendía ante ellos, fué para las huestes del Faraón una muralla de nube que obscurecía aún más las tinieblas de la noche.

Así también, en este tiempo, hay un pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley. Para quienes los acatan, los mandamientos de Dios son como una columna de fuego que los ilumina y los conduce

por el camino de la salvación eterna. Pero para aquellos que los desprecian, son como las nubes de la noche. “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová.” Proverbios 1:7. Mejor que todo otro conocimiento es la comprensión de la Palabra de Dios. En la observancia de los mandamientos hay gran recompensa, y ninguna ventaja terrenal debe inducir al cristiano a vacilar por un momento en su fidelidad. Las riquezas, los honores y las pompas mundanales no son sino como escoria que perecerá ante el fuego de la ira de Dios.

La voz del Señor que ordena a sus fieles que marchen, prueba con frecuencia su fe hasta lo sumo. Pero si ellos hubiesen de postergar la obediencia hasta que haya desaparecido de su entendimiento toda sombra de incertidumbre y no quedase ningún riesgo de fracaso o derrota, nunca avanzarían. Los que creen que les es imposible ceder a la voluntad de Dios y tener fe en sus promesas hasta que todo esté despejado y llano delante de ellos, no cederán nunca. La fe no es la certidumbre del conocimiento; es “la substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven.” Hebreos 11:1. El obedecer a los mandamientos de Dios es la única manera de obtener su favor. “Marchad” debe ser el santo y seña del cristiano. [454]

Colaboradores de Cristo*

El tiempo transcurrido durante el congreso de 1874 y después del mismo, fué muy importante para ***. Si hubiese habido allí una casa de culto cómoda y placentera, se habrían decidido por la verdad dos veces más personas de las que fueron realmente ganadas. Dios trabaja con nuestros esfuerzos. Podemos cerrar el camino de los pecadores mediante nuestra negligencia y egoísmo. Debiera haberse manifestado gran diligencia en tratar de salvar a aquellos que están todavía en el error, aunque interesados en la verdad.

En el servicio de Cristo se necesita un comando tan sabio como el que se requiere para los batallones de un ejército que protege la vida y la libertad del pueblo. No todos pueden trabajar juiciosamente para la salvación de las almas. Es necesario pensar detenidamente. No debemos entrar al azar en la obra del Señor y esperar éxito. El Señor necesita hombres de intelecto, hombres de reflexión. Jesús pide colaboradores, no personas que siempre cometan errores. Dios necesita hombres inteligentes, que piensen correctamente, a fin de hacer la gran obra necesaria para la salvación de las almas.

Los mecánicos, los abogados, los negociantes, los hombres de todos los oficios y profesiones, se educan a fin de llegar a dominar su ramo. ¿Deben los que siguen a Cristo ser menos inteligentes, y mientras profesan dedicarse a su servicio ignorar los medios y recursos que han de emplearse? La empresa de ganar la vida eterna es superior a toda consideración terrenal. A fin de conducir a las almas a Cristo, debe conocerse la naturaleza humana y estudiarse la mente humana. Se requiere mucha reflexión cuidadosa y ferviente
[455] oración para saber cómo acercarse a los hombres y las mujeres a fin de presentarles el gran tema de la verdad.

Algunas personas impulsivas, aunque sinceras, después que se ha dado un discurso categórico, suelen acercarse de una manera muy abrupta a los que no creen como nosotros y les hacen repelente la verdad que deseamos verlos recibir. “Los hijos de este siglo

*Testimonios para la Iglesia 4:67-73 (1876).

son en su generación más sagaces que los hijos de luz." Lucas 16:8. Los negociantes y los políticos estudian la cortesía. Es su costumbre hacerse tan atrayentes como les sea posible. Procuran que sus discursos y modales ejerzan la mayor influencia sobre la mente de cuantos los rodeen. Emplean su conocimiento y capacidad tan hábilmente como les resulta posible a fin de alcanzar su objeto.

Los que profesan creer en Cristo sacan a relucir gran cantidad de escoria, que obstruye el camino de la cruz. No obstante todo esto, hay personas tan profundamente convencidas, que pasarán por todo desaliento y salvarán cualquier obstáculo a fin de alcanzar la verdad. Pero si los que profesan creer en la verdad hubiesen purificado sus mentes obedeciéndola, si hubiesen sentido la importancia del conocimiento y del refinamiento de los modales en la obra de Cristo, donde se ha salvado un alma podrían haberse salvado veinte.

Hay que alentar a los nuevos conversos

Además, después que las personas se han convertido a la verdad, es necesario cuidarlas. El celo de muchos ministros parece cesar tan pronto como cierta medida de éxito acompaña sus esfuerzos. No se dan cuenta de que muchos recién convertidos necesitan cuidados, atención vigilante, ayuda y estímulo. No se los debe dejar solos, a merced de las más poderosas tentaciones de Satanás; necesitan ser educados con respecto a sus deberes; hay que tratarlos bondadosamente, conducirlos, visitarlos y orar con ellos. Estas almas necesitan el alimento asignado a cada uno a su debido tiempo.

No es extraño que algunos se desanimen, se demoren en el [456] camino y sean devorados por los lobos. Satanás persigue a todos. Envía a sus agentes para reintegrar a sus filas a las almas que perdió. Debe haber más padres y madres que reciban en su corazón a estos niños en la verdad, y los estimulen y oren por ellos, para que su fe no se confunda.

La predicación es una pequeña parte de la obra que ha de ser hecha por la salvación de las almas. El Espíritu de Dios convence a los pecadores de la verdad, y los pone en los brazos de la iglesia. Los predicadores pueden hacer su parte, pero no pueden nunca realizar la obra que la iglesia debe hacer. Dios requiere que su iglesia cuide de aquellos que son jóvenes en la fe y experiencia, que vaya a ellos, no

con el propósito de chismear con ellos, sino para orar, para hablarles palabras que sean "como manzanas de oro en canastillos de plata." Proverbios 25:11.

Todos necesitamos estudiar el carácter y los modales para saber tratar juiciosamente con los diferentes intelectos, para poder emplear nuestros mejores esfuerzos en ayudarles a comprender correctamente la Palabra de Dios, y a vivir una verdadera vida cristiana. Debemos leer la Biblia con ellos, y desviar su mente de las cosas temporales y dirigirla a sus intereses eternos. Es el deber de los hijos de Dios ser sus misioneros, y llegar a relacionarse con aquellos que necesitan ayuda. Si uno está tambaleando bajo la tentación, su caso debe ser considerado cuidadosamente y tratado sabiamente; porque su interés eterno está en juego y las palabras y los hechos de aquellos que trabajan por él pueden ser un sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

A veces se presenta algún caso que debe estudiarse con oración. Se le debe mostrar a la persona su verdadero carácter, debe comprender sus propias peculiaridades de disposición y temperamento, y ver sus flaquezas. Debe tratársela con juicio. Si se la puede alcanzar, si se puede conmover su corazón por este trabajo prudente y paciente, esta persona podrá ser ligada con fuertes vínculos a Cristo e inducida a confiar en Dios. ¡Oh, cuando se hace una obra como ésta, todo el
[457] cielo la mira y se regocija en ella; porque un alma preciosa ha sido rescatada de las trampas de Satanás y salvada de la muerte! ¡Oh! ¿no valdrá la pena trabajar inteligentemente por la salvación de las almas? Cristo pagó el precio de su propia vida por ellas, y ¿preguntarán los que le siguen: "Soy yo guarda de mi hermano"? Génesis 4:9. ¿No trabajarán al unísono con el Maestro? ¿No apreciaremos el valor de las almas por las cuales nuestro Salvador murió?

Trabajemos por los niños

Se han hecho algunos esfuerzos para interesar a los niños en la causa; pero no han sido suficientes. Nuestras escuelas sabáticas debieran hacerse más interesantes. Las escuelas fiscales han mejorado mucho sus métodos de enseñanza en los últimos años. Se emplean lecciones objetivas, cuadros y pizarrones, para que las lecciones difíciles sean claras para las mentes juveniles. Así también se puede

simplificar la verdad presente y hacerla intensamente interesante para los intelectos activos de los niños.

Ciertos padres, a quienes no se puede alcanzar de otra manera, con frecuencia son alcanzados por medio de sus hijos. Los maestros de la escuela sabática pueden instruir a los niños en la verdad, y ellos, a su vez, la llevarán al círculo de la familia. Pero pocos maestros parecen comprender la importancia de este ramo de la obra. Los métodos de enseñanza que se han adoptado con tanto éxito en las escuelas fiscales pueden ser empleados con resultados similares en las escuelas sabáticas, y ser el medio de atraer a los niños a Jesús y de educarlos en la verdad bíblica. Esto hará mucho más bien que la excitación religiosa de un carácter emotivo que se desvanece tan rápidamente como se produce.

Se debe albergar el amor de Cristo. Se necesita más fe en la obra que creemos ha de ser hecha antes de la venida de Cristo. Se debe trabajar con más abnegación y sacrificio en la debida dirección. Debe estudiarse con más reflexión y oración para saber cómo trabajar más [458]
ventajosamente. Deben madurarse planes cuidadosos. Hay entre nosotros intelectos que pueden idear y ejecutar planes si tan sólo se les da la oportunidad. Y los esfuerzos bien dirigidos e inteligentes serán seguidos por grandes resultados.

Reuniones de oración interesantes

Las reuniones de oración deben ser los cultos más interesantes que se tengan; pero con frecuencia son mal dirigidas. Muchos asisten a la predicación, pero descuidan la reunión de oración. También en este punto se requiere reflexión. Se debe pedir sabiduría a Dios, y se deben hacer planes para dirigir las reuniones de manera que sean interesantes y atrayentes. La gente tiene hambre del pan de vida. Si lo encuentra en la reunión de oración, irá para recibirlo.

Las oraciones y los discursos largos y prosaicos no cuadran en ningún lugar, pero mucho menos en la reunión de testimonios. Se permite que los más osados y los que están siempre listos para hablar impidan a los tímidos y retraídos que den su testimonio. Los más superficiales son generalmente los que tienen más que decir. Sus oraciones son largas y mecánicas. Cansan a los ángeles y a la gente que los escucha. Las oraciones deben ser cortas y directas. Déjense

las largas y cansadoras peticiones para la cámara privada, si alguno las tiene que ofrecer. Dejemos al Espíritu de Dios entrar en nuestro corazón, y él apartará toda árida formalidad.

El poder de la buena música

La música puede ser un gran poder para el bien; y sin embargo no sacamos el mayor provecho de este ramo del culto. Se canta generalmente por impulso o para hacer frente a casos especiales. En otras ocasiones, a los que cantan se les deja cometer errores y equivocaciones, y la música pierde el efecto que debe tener sobre la mente de los presentes. La música debe tener belleza, majestad y
[459] poder. Elévense las voces en cantos de alabanza y devoción. Si es posible, recurramos a la música instrumental, y ascienda a Dios la gloriosa armonía como ofrenda aceptable.

Pero es a veces más difícil disciplinar a los cantores y mantenerlos en orden, que mejorar las costumbres de la gente en cuanto a orar y exhortar. Muchos quieren hacer las cosas según su propio estilo; se oponen a las consultas y se impacientan bajo la dirección. En el servicio de Dios se necesitan planes bien madurados. El sentido común es algo excelente en el culto del Señor. Las facultades del pensar deben ser consagradas a Cristo y deben idearse medios y recursos para servirle mejor. La iglesia de Dios que procura hacer bien, viviendo la verdad y tratando de salvar almas, puede ser un poder en el mundo si quiere ser disciplinada por el Espíritu del Señor. Sus miembros no deben pensar que pueden trabajar para la eternidad con negligencia.

Simpatía y sociabilidad

Como pueblo, perdemos mucho por falta de simpatía y sociabilidad unos con otros. El que habla de independencia y se encierra en sí mismo no está ocupando el puesto que Dios le destinó. Somos hijos de Dios y dependemos mutuamente unos de otros para nuestra felicidad. Sobre nosotros pesan los derechos de Dios y de la humanidad. Debemos desempeñar todos nuestra parte en esta vida. El debido cultivo de los elementos sociales de nuestra naturaleza es lo que nos hace simpatizar con nuestros hermanos y nos proporciona felicidad

en nuestros esfuerzos por beneficiar a otros. La felicidad del cielo consistirá en la comunión pura de los seres santos, la armoniosa vida social con los ángeles bienaventurados y con los redimidos que hayan lavado y emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero. No podemos ser felices mientras estamos engolfados en nuestros propios intereses. Debemos vivir en este mundo para ganar almas para el Salvador. Si perjudicamos a otros, nos perjudicamos a nosotros también. Si beneficiamos a otros nos beneficiamos a nosotros mismos; porque la influencia de toda buena acción se refleja en nuestro corazón. [460]

Tenemos el deber de ayudarnos unos a otros. No siempre llegamos a relacionarnos con cristianos sociables, amables y humildes. Muchos no han recibido la debida educación; su carácter es deforme, rudo y nudoso; parece retorcido en todo sentido. Mientras les ayudamos a ver y corregir sus defectos, debemos cuidar de no impacientarnos e irritarnos por las faltas de nuestros prójimos. Hay seres desagradables que profesan a Cristo; pero la belleza de la gracia cristiana los transformará si se ponen diligentemente a obtener la mansedumbre y bondad de Aquel a quien siguen, recordando que "nadie vive para sí." Romanos 14:7. ¡Colaboradores de Cristo! ¡Qué posición excelsa!

¿Dónde se han de encontrar los abnegados misioneros en estas grandes ciudades? El Señor necesita obreros en su viña. Debemos temer robarle el tiempo que exige de nosotros; debemos temer gastarlo en la ociosidad y en el atavío del cuerpo, dedicando a insensatos propósitos las horas preciosas que Dios nos ha dado para que las dediquemos a la oración, a familiarizarnos con nuestra Biblia y a trabajar para beneficio de nuestros semejantes, haciéndonos así a nosotros mismos y a ellos idóneos para la gran obra que nos incumbe.

Hay madres que dedican trabajo innecesario a vestidos destinados a hermosear su propia persona y la de sus hijos. Es nuestro deber vestirnos a nosotros y a nuestros hijos sencillamente y con aseo, sin inútiles adornos, bordados o atavíos, cuidando de no fomentar en ellos un amor a la indumentaria que provocaría su ruina, sino tratando más bien de cultivar las gracias cristianas. Ninguno de nosotros puede ser excusado de sus responsabilidades, y en ningún caso podremos comparecer sin culpa delante del trono de Dios a menos que hagamos la obra que el Señor nos ha encargado.

Se necesitan misioneros de Dios, hombres y mujeres fieles que
[461] no rehuyan la responsabilidad. Un trabajo juicioso logrará buenos resultados. Hay verdadero trabajo que hacer. La verdad debe ser presentada a la gente de una manera cuidadosa por personas que unan la mansedumbre a la sabiduría. No debemos mantenernos apartados de nuestros semejantes, sino acercarnos a ellos; porque sus almas son tan preciosas como las nuestras. Podemos llevar la luz a sus hogares y, con espíritu enternecido y subyugado, interceder con ellos para que vivan a la altura del exaltado privilegio que se les ofrece; podemos orar con ellos cuando parezca apropiado, mostrarles que pueden alcanzar cosas superiores, y luego hablarles con prudencia de las verdades sagradas para estos postreros días.

Entre nuestro pueblo hay más reuniones dedicadas al canto que a la oración. Pero aun estas reuniones pueden ser dirigidas con reverencia acompañada de alegría para que ejerzan buena influencia. Sin embargo, hay demasiadas bromas, ociosa conversación y chismes para que estos momentos resulten beneficiosos para elevar los
[462] pensamientos y refinar los modales.

Los reavivamientos sensacionalistas*

El interés se ha dispersado en gran manera en ***. Cuando se produce un nuevo entusiasmo, muchos arrojan el peso de su influencia del lado erróneo. Cada hombre y mujer debe estar en guardia cuando se manifiestan entre el público ciertos engaños con el propósito de apartar a la gente de la verdad. Hay algunos que están siempre listos para ver y oír cosas nuevas y extrañas; y el enemigo de las almas tiene en estas ciudades importantes muchos medios de inflamar la curiosidad y mantener la mente distraída de las grandes y santificadoras verdades para estos últimos días.

Si cada fluctuante entusiasmo religioso induce a algunos a descuidar el deber que tienen de sostener plenamente, por medio de su presencia e influencia, a la minoría que cree en la verdad impopular, habrá mucha debilidad en una iglesia en lugar de haber fuerza. Satanás emplea diversos medios para lograr sus propósitos y si, bajo el disfraz de la religión popular, puede descarriar de la senda de la verdad a los vacilantes e incautos, habrá logrado mucho en cuanto a dividir la fuerza del pueblo de Dios. Este entusiasmo fluctuante de los reavivamientos, que va y viene como la marea, tiene un aspecto engañoso que induce a muchas personas honradas a creer que se trata del verdadero Espíritu del Señor. Multiplica los conversos. Los que son de temperamento emotivo, los débiles y pusilánimes acuden a su estandarte, pero cuando la ola retrocede, quedan varados en la playa. No seáis engañados por los falsos maestros ni seducidos por vanas palabras. El enemigo de las almas tendrá seguramente bastantes platos de fábulas placenteras para halagar el apetito de todos.

Siempre se levantarán fulgurantes meteoros, pero la estela de luz [463]
que dejan se apaga inmediatamente en las tinieblas, y éstas parecen más densas que nunca antes. Estos entusiasmos religiosos sensacionalistas, creados por el relato de anécdotas y la manifestación de excentricidades y rarezas, constituyen una obra superficial y los

*Testimonios para la Iglesia 4:73-76 (1876).

de nuestra fe que se dejen encantar e infatuar por estos destellos de luz, no fortalecerán nunca la causa de Dios. Están listos para retirar su influencia en la primera ocasión y para inducir a otros a asistir a aquellas reuniones donde oyen aquello que debilita el alma y confunde la mente. Es este retraimiento del interés de la obra lo que hace languidecer la causa de Dios. Debemos ser firmes en la fe; no debemos ser movedizos. Tenemos nuestra obra delante de nosotros, la cual consiste en hacer brillar sobre otras mentes la luz de la verdad, tal como está revelada en la ley de Dios, para conducirlas fuera de las tinieblas. Esta obra requiere, para tener éxito, energía resuelta y perseverante, y un propósito fijo.

Se necesita firmeza

Hay en la iglesia algunos que necesitan aferrarse a las columnas de nuestra fe, asentarse y hallar roca firme para su fundamento en vez de flotar sobre la superficie de la emoción y moverse gracias a los impulsos. Hay en la iglesia dispépticos espirituales. Se han convertido en inválidos y su debilidad espiritual es el resultado de su propia conducta vacilante. Son arrastrados de un lado a otro por los variables vientos de doctrina, y con frecuencia se ven confundidos y sumidos en la incertidumbre porque se dejan llevar enteramente por los sentimientos. Son cristianos ávidos de sensaciones y que siempre tienen hambre de algo nuevo y distinto. Las doctrinas extrañas confunden su fe, y son inútiles para la causa de la verdad.

Dios llama a hombres y mujeres estables, de propósito firme, en quienes se pueda fiar en momentos de peligro y de prueba, que estén tan firmemente arraigados y fundados en la verdad como las
[464] rocas eternas, que no puedan ser agitados a diestra o siniestra, sino que avancen constantemente y estén siempre del lado del bien. Hay personas a quienes, en tiempo de peligro para la fe, se las puede hallar casi siempre en las filas del enemigo. Si ejercen influencia es para el mal. No se sienten bajo la obligación moral de dar toda su fuerza a la verdad que profesan. Los tales serán recompensados según sus obras.

Los que hacen poco para el Salvador en la salvación de las almas y para conservar su integridad delante de Dios, obtendrán tan sólo poca fibra espiritual. Necesitamos emplear continuamente la

fuerza que tenemos para que ésta se desarrolle y aumente. Como la enfermedad es el resultado de la violación de las leyes naturales, la decadencia espiritual es el resultado de una continua transgresión de la ley de Dios. Sin embargo, los mismos transgresores pueden profesar que guardan todos los mandamientos del Señor.

Debemos acercarnos más a Dios, ponernos en más íntima relación con el cielo y llevar a cabo los principios de la ley en las menores acciones de nuestra vida diaria a fin de ser espiritualmente sanos. Dios ha dado a sus siervos capacidad y talentos que han de emplearse para su gloria y no ser relegados a la inactividad o malgastados. Les ha dado la luz y el conocimiento de su voluntad para que los comuniquen a otros; y al impartirlos llegarán a ser conductos de luz. Si no ejercemos nuestra fuerza espiritual, nos debilitamos, como los miembros del cuerpo se inutilizan cuando el inválido está obligado a permanecer mucho tiempo inactivo. Es el uso lo que da poder.

Debemos servir a otros

Nada aumentará más la fuerza espiritual y el fervor y profundidad de los sentimientos, como el visitar y servir a los enfermos y abatidos, ayudándoles a ver la luz y a aferrarse de Jesús por la fe. Hay deberes desagradables que alguien debe cumplir, o habrá almas que perecerán. Los cristianos hallarán bendición en hacer estos deberes por desagradables que sean. Cristo asumió la desagradable tarea de bajar de la mansión de pureza y gloria insuperable, [465]
para venir a morar como hombre entre los hombres en un mundo mancillado y ennegrecido por el crimen, la violencia y la iniquidad. Lo hizo para salvar almas; y ¿podrán presentar excusas en favor de sus vidas de comodidad egoísta los que fueron objeto de un amor tan asombroso y una condescendencia sin parangón? ¿Preferirán los tales seguir sus propios placeres e inclinaciones, y dejarán que las almas perezcan en las tinieblas porque se arrostran chascos y reproches al trabajar para salvarlas? Cristo pagó un precio infinito por la redención del hombre, y ¿dirá éste: "Señor mío, no quiero trabajar en tu viña; ruégote que me des por excusado"?

El Señor invita a aquellos que viven cómodamente en Sión a que se levanten y trabajen. ¿No escucharán la voz del Maestro? El quiere

obreros fieles y dedicados a la oración, que siembren junto a todas las aguas. Los que trabajen así se sorprenderán al ver cómo las pruebas, resueltamente soportadas en el nombre y con la fuerza de Jesús, darán firmeza a la fe y renovarán el valor. En la senda de la humilde obediencia hay seguridad y poder, consuelo y esperanza; pero los que no hagan nada por Jesús perderán finalmente su recompensa. Sus manos débiles no podrán aferrarse del Poderoso, sus rodillas vacilantes no podrán soportarlos en el día de la adversidad. Los que den estudios bíblicos y trabajen para Cristo recibirán el premio glorioso, y oirán el "bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu
[466] Señor." Mateo 25:23.

La retención de los recursos*

La bendición de Dios descansará sobre aquellos que en *** aprecian la causa de Cristo. Las ofrendas voluntarias de nuestros hermanos y hermanas, hechas con fe y amor al Redentor crucificado, les reportarán bendiciones; porque Dios toma nota de todo acto de generosidad de parte de sus santos, y lo recuerda. Al preparar una casa de culto, debe ejercerse grandemente la fe y confianza en Dios. En los negocios, los que no aventuran nada, adelantan poco; ¿por qué no tener también fe en la obra de Dios, e invertir recursos en su causa?

Algunos, cuando están en la pobreza, son generosos con lo poco que tienen; pero a medida que adquieren propiedades, se vuelven avaros. Tienen muy poca fe, porque no siguen adelantando a medida que prosperan, y no dan a la causa de Dios hasta el sacrificio.

En el sistema judaico se requería que la generosidad se manifestara primero hacia el Señor. En la cosecha y la vendimia, las primicias del campo—el grano, el vino y el aceite,—debían consagrarse como ofrenda para Jehová. Se reservaban para los pobres las espigas caídas y los rincones de los campos. Nuestro misericordioso Padre celestial no descuidó las necesidades de los pobres. Las primicias de la lana, cuando se esquilaban las ovejas; del grano, cuando se trillaba el trigo, debían ofrecerse a Jehová; y él ordenaba que los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros fuesen invitados a los festines. Al fin de cada año se requería de todos que jurasen solemnemente si habían obrado o no de acuerdo con el mandato de Dios.

Este plan fué prescrito por el Señor para convencer a los israelitas de que en todo asunto él ocupaba el primer lugar. Mediante [467]
este sistema de dadivosidad debían recordar que su misericordioso Maestro era el verdadero propietario de sus campos y rebaños; que el Dios del cielo les mandaba el sol y la lluvia para la siembra y la

*Testimonios para la Iglesia 4:76-83 (1876).

cosecha, y que todo lo que poseían era creado por él. Todo era del Señor, y él los había hecho administradores de sus bienes.

La generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado por los cristianos en ninguna ocasión ulterior. Los judíos acababan de ser libertados de su larga esclavitud en Egipto y erraban por el desierto; sin embargo, apenas fueron librados de los ejércitos de los egipcios que los perseguían en su apresurado viaje, llegó la palabra del Señor a Moisés, diciendo: "Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda: de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda." Éxodo 25:2.

El pueblo tenía pocas riquezas, y ninguna halagüeña perspectiva de aumentarlas; pero tenía delante de sí un objeto: construir un tabernáculo para Dios. El Señor había hablado, y sus hijos debían obedecer su voz. No retuvieron nada. Todos dieron con mano voluntaria; no cierta cantidad de sus ingresos, sino gran parte de lo que poseían. La consagraron gozosa y cordialmente al Señor, y le agradaron al hacerlo. ¿No le pertenecía acaso todo? ¿No les había dado él todo lo que poseían? Si él lo pedía, ¿no era su deber devolver al Prestamista lo suyo?

No hubo necesidad de rogarles. El pueblo trajo aún más de lo requerido, y se le dijo que cesara de traer sus ofrendas porque había ya más de lo que se podía usar. Igualmente, al construirse el templo, el pedido de recursos recibió cordial respuesta. La gente no dió de mala gana. Le regocijaba la perspectiva de que fuese construído un edificio para el culto de Dios, y dió más de lo suficiente para ese fin. David bendijo al Señor delante de toda la congregación y dijo: "Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos
[468] ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos." 1 Crónicas 29:14. Además, en su oración, David dió gracias con estas palabras: "Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos aprestado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo." Vers. 16.

David comprendía perfectamente de quién provenían todas sus bendiciones. ¡Ojalá que aquellos que en este tiempo se regocijan en el amor del Salvador se dieran cuenta de que su plata y oro son del Señor y deben emplearse para fomentar su gloria y no retenerse ávidamente para enriquecimiento y complacencia propia! El tiene

indisputable derecho a todo lo que ha prestado a sus criaturas. Todo lo que ellas poseen le pertenece.

Hay objetos elevados y santos que requieren recursos, y el dinero así invertido proporcionará al dador gozo más abundante y permanente de lo que obtendría si lo gastara en la complacencia personal o lo acumulase egoístamente cediendo a la codicia. Cuando Dios nos pide nuestro tesoro, cualquiera que sea la cantidad, la respuesta voluntaria hace del don una ofrenda consagrada a él y acumula para el dador un tesoro en el cielo, donde la polilla no puede corromper, ni el fuego consumir, ni los ladrones hurtar. La inversión no corre riesgo. El dinero queda en sacos sin agujeros; está seguro.

¿Pueden los cristianos, que se precian de tener mayor luz que los hebreos, dar menos de lo que daban ellos? ¿Pueden los cristianos que viven cerca del tiempo del fin quedar satisfechos con sus ofrendas que no alcanzan ni a la mitad de lo que eran las de los judíos? Su generosidad tendía a beneficiar a su propia nación; en estos postreros días la obra se extiende al mundo entero. El mensaje de la verdad ha de ir a todas las naciones, lenguas y pueblos; sus publicaciones, impresas en muchas lenguas diferentes, han de ser esparcidas como las hojas de los árboles en el otoño.

Escrito está: “ Pues que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también estad armados del mismo pensamiento.” [469] 1 Pedro 4:1. Y además: “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.” 1 Juan 2:6. Preguntémonos: ¿Qué habría hecho nuestro Salvador en nuestras circunstancias? ¿Cuáles habrían sido sus esfuerzos para la salvación de las almas? Esta pregunta queda contestada por el ejemplo de Cristo. Dejó su realeza, puso a un lado su gloria, sacrificó sus riquezas y revistió su divinidad de humanidad, a fin de alcanzar a los hombres donde estaban. Su ejemplo demuestra que depuso la vida por los pecadores.

La cruz revela un principio

Satanás dijo a Eva que podía alcanzarse un alto estado de felicidad complaciendo al apetito irrefrenado; pero la promesa de Dios al hombre se realiza por medio de la abnegación. Cuando, sobre la ignominiosa cruz, Cristo sufría en agonía por la redención del hombre, la naturaleza humana fué exaltada. Únicamente mediante

la cruz puede elevarse a la familia humana para que se relacione con el Cielo. La abnegación y las cruces se nos presentan a cada paso en nuestro viaje hacia allá.

El espíritu de generosidad es el del Cielo; el espíritu de egoísmo es el de Satanás. El amor abnegado de Cristo se revela en la cruz. El dió todo lo que tenía, y luego se dió a sí mismo para que el hombre fuese salvo. La cruz de Cristo despierta la generosidad de todo aquel que sigue al bienaventurado Salvador. El principio que ilustra es el de dar, siempre dar. Este principio puesto en práctica mediante la generosidad genuina y las buenas obras, es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de los mundanos consiste en conseguir, y con ello esperan obtener felicidad; pero al. seguirlo hasta sus últimas consecuencias, su fruto es el sufrimiento y la muerte.

Llevar la verdad a los habitantes de la tierra, rescatarlos de su culpa e indiferencia, es la misión de los que siguen a Cristo. Los hombres deben tener la verdad a fin de que los santifique, y nosotros somos los conductos de la luz de Dios. Nuestros talentos, recursos
[470] y conocimientos no están destinados meramente a beneficiarnos a nosotros mismos; se han de usar para la salvación de las almas, para elevar al hombre de su vida de pecado y conducirlo por medio de Cristo al Dios infinito.

Debemos trabajar celosamente en esta causa, tratando de conducir a los pecadores, arrepentidos y creyentes, a un Redentor divino e inculcarles un elevado sentimiento del amor de Dios hacia el hombre. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Juan 3:16. ¡Qué amor incomparable es éste! Es tema para la más profunda meditación. ¡El asombroso amor de Dios por un mundo que no le amaba! El pensar en él ejerce un poder subyugador sobre el alma y cautiva la mente a la voluntad de Dios. Los hombres que se enloquecen por las ganancias y se sienten desilusionados y desgraciados en su búsqueda de las cosas del mundo, necesitan el conocimiento de esta verdad para satisfacer el hambre y la sed insaciable de sus almas.

La maldición del egoísmo

En vuestra gran ciudad se necesitan misioneros para Dios, que lleven la luz a los que moran en sombra de muerte. Se necesitan manos expertas para que, con la mansedumbre de la sabiduría y la fuerza de la fe, eleven a las almas cansadas al seno de un Redentor compasivo. ¡Qué maldición es el egoísmo! Nos impide dedicarnos al servicio de Dios. Nos impide percibir las exigencias del deber, que debieran hacer arder nuestros corazones con celo ferviente. Todas nuestras energías tendrían que dedicarse a la obediencia de Cristo. Dividir nuestro interés con los caudillos del error es ayudar al bando del mal y conceder ventajas a nuestros enemigos. La verdad de Dios no transige con el pecado, no se relaciona con el artificio ni se une con la transgresión. Se necesitan soldados que siempre contesten al llamado y estén listos para entrar en acción inmediatamente y no aquellos que, cuando se los necesita, se encuentran ayudando al enemigo. [471]

La nuestra es una gran obra. Sin embargo, son muchos los que profesan creer estas verdades sagradas, pero están paralizados por los sofismas de Satanás, y no hacen nada por la causa de Dios, sino al contrario, la estorban. ¿Cuándo obrarán como quienes esperan al Señor? ¿Cuándo manifestarán un celo que esté de acuerdo con su fe? Muchos retienen egoístamente sus recursos y tranquilizan su conciencia con la idea de hacer algo grande para la causa de Dios después de su muerte. Hacen un testamento por el cual legan una gran suma a la iglesia y a sus diversos intereses, y luego se acomodan, con el sentimiento de que han hecho todo lo que se requería de ellos. ¿En qué se han negado a sí mismos por este acto? Por el contrario, han manifestado la misma esencia del egoísmo. Cuando ya no puedan usar el dinero, se lo darán a Dios. Pero lo retendrán durante tanto tiempo como puedan, hasta que los obligue a abandonarlo un mensajero a quien no se puede despedir.

Un testamento tal es frecuentemente evidencia de verdadera avaricia. Dios nos ha hecho a todos administradores suyos, y en ningún caso nos ha autorizado para descuidar nuestro deber o dejarlo a fin de que otros lo hagan. El pedido de recursos para fomentar la causa de la verdad no será nunca más urgente que ahora. Nuestro dinero no hará nunca mayor suma de bien que actualmente. Cada

día de demora en invertirlo debidamente limita el período en que resultará benéfico para la salvación de las almas. Si dejamos que otros efectúen aquello que Dios nos ha asignado a nosotros, nos perjudicamos a nosotros mismos y a Aquel que nos dió todo lo que tenemos. ¿Cómo pueden los demás hacer *nuestra* obra de benevolencia mejor que nosotros? Dios quiere que cada uno sea durante su vida el ejecutor de su propio testamento en este asunto. La adversidad, los accidentes o la intriga pueden suprimir para siempre los propuestos actos de benevolencia, cuando el que acumuló una fortuna ya no está más para custodiarla. Es triste que tantos estén
[472] descuidando la actual áurea oportunidad de hacer bien y aguarden hasta perder su mayordomía antes de devolver al Señor los recursos que les prestó para que los empleasen para su gloria.

"Guardaos de toda avaricia"

Una característica notable de las enseñanzas de Cristo es la frecuencia y el fervor con que reprendía el pecado de la avaricia, y señalaba el peligro de las adquisiciones mundanales y del amor desmedido a la ganancia. En las mansiones de los ricos, en el templo y en las calles, amonestaba a aquellos que indagaban por la salvación: "Mirad, y guardaos de toda avaricia." "No podéis servir a Dios y a las riquezas." Lucas 12:15; 16:13.

Es esta creciente devoción a la ganancia de dinero y el egoísmo engendrado por el deseo de ganancias, lo que priva a la iglesia del favor de Dios y embota la espiritualidad. Cuando la cabeza y las manos están constantemente ocupadas en hacer planes y trabajar para acumular riquezas, se olvidan las exigencias de Dios y la humanidad. Si Dios nos ha bendecido con prosperidad, no es para que nuestro tiempo y nuestra atención se aparten de él y se dediquen a aquello que él nos prestó. El Dador es mayor que el don. No somos nuestros; hemos sido comprados con precio. ¿Hemos olvidado el precio infinito que se pagó por nuestra redención? ¿Ha muerto la gratitud en nuestro corazón? ¿Acaso la cruz de Cristo no cubre de vergüenza una vida manchada de egoísta comodidad y complacencia propia?

¿Qué habría sucedido si Cristo, cansándose de la ingratitud y los ultrajes que por todas partes recibía, hubiese abandonado su

obra? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese llegado al momento en que dijo: "Consumado es"? Juan 19:30. ¿Qué hubiese sucedido si hubiese regresado al cielo, desalentado por la recepción que se le diera? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese pasado en el huerto de Getsemaní por aquella agonía de alma que hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre? [473]

Al trabajar por la redención de la especie humana, Cristo sentía la influencia de un amor sin parangón y de su devoción a la voluntad del Padre. Trabajó para beneficio del hombre hasta en la misma hora de su humillación. Pasó su vida en la pobreza y la abnegación por causa del degradado pecador. En un mundo que le pertenecía, no tuvo dónde reclinar la cabeza. Estamos recogiendo los frutos de su infinito sacrificio; y sin embargo, cuando se ha de trabajar, cuando se necesita nuestro dinero para ayudar en la obra del Redentor, en la salvación de las almas, rehuímos el deber y rogamos que se nos excuse. Una innoble pereza, una indiferencia negligente y un perverso egoísmo cierran nuestros sentidos a las exigencias de Dios.

¡Oh! ¿debió Cristo, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, llevar la pesada cruz y la corona de espinas, y beber la amarga copa, mientras nosotros nos reclinamos cómodamente, glorificándonos a nosotros mismos y olvidando las almas por cuya redención murió derramando su preciosa sangre? No; demos mientras está en nuestro poder hacerlo. Obremos mientras tenemos fuerza. Trabajemos mientras es de día. Dediquemos nuestro tiempo y nuestros recursos al servicio de Dios, para obtener su aprobación y recibir su recompensa. [474]

La prueba*

Nuestros casos se hallan pendientes en el tribunal del cielo. Día tras día rendimos allí nuestras cuentas. Cada cual será recompensado según sus obras. Los holocaustos y sacrificios no eran aceptables para Dios en los tiempos antiguos, a menos que fuese correcto el espíritu con que se ofrecía el don. Samuel dijo: "¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros." 1 Samuel 15:22. Todo el dinero de la tierra no puede comprar la bendición de Dios ni asegurarnos una sola victoria.

Muchos harían cualquier sacrificio menos el que *deben* hacer, que consiste en entregarse a sí mismos, en someter su voluntad a la voluntad de Dios. Cristo dijo a sus dicípulos: "Si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." Mateo 18:3. Esta es una lección de humildad. Debemos todos llegar a ser humildes como niños a fin de heredar el reino de Dios.

Nuestro Padre celestial ve el corazón de los hombres y conoce su carácter mejor que ellos mismos. Ve que algunos tienen susceptibilidades y facultades que, debidamente encauzadas, podrían emplearse para su gloria, para ayudar en el adelantamiento de su obra. El prueba a estas personas y en su sabia providencia las coloca en diferentes puestos y circunstancias, para que revelen lo que está en su corazón y los puntos débiles de su carácter, que ellas mismas desconocen. Les da oportunidad de corregir estas debilidades, de pulir las toscas aristas de su naturaleza y de prepararse para su servicio, a fin de
[475] que cuando él las llame a obrar estén listas y los ángeles del cielo puedan unir sus labores con el esfuerzo humano en la obra que debe ser hecha en la tierra.

A los hombres a quienes Dios destina para ocupar puestos de responsabilidad, él les revela en su misericordia sus defectos ocultos, a fin de que puedan mirar su interior y examinar con ojo crítico las

*Testimonios para la Iglesia 4:84-94 (1876).

complicadas emociones y manifestaciones de su propio corazón, y notar lo que es malo, para que puedan modificar su disposición y refinar sus modales. En su providencia, el Señor pone a los hombres donde él pueda probar sus facultades morales y revelar sus motivos, a fin de que puedan mejorar lo que es bueno en ellos y apartar lo malo. Dios quiere que sus siervos se familiaricen con el mecanismo moral de su propio corazón. A fin de lograrlo, permite con frecuencia que el fuego de la aflicción los asalte para que se purifiquen. "¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar cuando él se mostrará? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata; y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia." Malaquías 3:2, 3.

La purificación del pueblo de Dios no puede lograrse sin que dicho pueblo soporte padecimientos. Dios permite que los fuegos de la aflicción consuman la escoria, separen lo inútil de lo valioso, a fin de que el metal puro resplandezca. Nos hace pasar de un fuego a otro, probando nuestro verdadero valor. Si no podemos soportar estas pruebas, ¿qué haremos en el tiempo de angustia? Si la prosperidad o la adversidad descubren falsedad, orgullo o egoísmo en nosotros, ¿qué haremos cuando Dios pruebe la obra de cada uno como por fuego y revele los secretos de todo corazón?

La verdadera gracia está dispuesta a ser probada; y si estamos poco dispuestos a que nos escudriñe el Señor, nuestra condición es verdaderamente grave. Dios es refinador y purificador de las almas; en el calor del horno, la escoria queda para siempre separada del verdadero oro y plata del carácter cristiano. Jesús vigila la prueba. [476] El sabe lo que es necesario para purificar el metal precioso a fin de que refleje el esplendor de su amor divino.

Jesús abrió el camino

Dios acerca a los suyos a sí mediante pruebas difíciles, mostrándoles su propia debilidad e incapacidad y enseñándoles a confiar en él como su única ayuda y salvaguardia. Así logra su objeto. Así quedan preparados para que se los emplee en cualquier emergencia, para desempeñar importantes puestos de confianza y para lograr los grandes fines para los cuales les fueron dadas sus facultades.

Dios prueba a los hombres a la derecha y a la izquierda, y así los educa, prepara y disciplina. Jesús, nuestro Redentor, representante y cabeza del hombre, soportó este proceso de prueba. Sufrió más de lo que nosotros podemos ser llamados a sufrir. Llevó nuestras enfermedades y fué tentado en todo como nosotros. No lo sufrió por su propia culpa, sino por causa de nuestros pecados; y ahora, fiando en los méritos de nuestro Vencedor, podemos llegar a ser vencedores en su nombre.

La obra de refinamiento y purificación que Dios ejecuta debe proseguir hasta que sus siervos estén tan humillados, tan muertos al yo que, cuando se los llame al servicio activo, sean sinceros en buscar la gloria de Dios. Entonces él aceptará sus esfuerzos; no obrarán impetuosamente, por impulso; no se apresurarán y pondrán en peligro la causa del Señor, siendo esclavos de tentaciones y pasiones, ni seguirán sus propios ánimos carnales encendidos por Satanás. ¡Oh, cuán terriblemente mancillada queda la causa de Dios por la perversa voluntad del hombre y su genio insumiso! ¡Cuánto sufrimiento trae él sobre sí al seguir sus propias y temerarias pasiones! Dios arroja vez tras vez a los hombres al suelo, y aumenta la presión hasta que la perfecta humildad y una transformación de carácter los pongan en armonía con Cristo y el espíritu del cielo y sean vencedores de sí
[477] mismos.

Dios ha llamado a hombres de diferentes estados y los ha ido probando para ver qué carácter desarrollarían, para ver si se les podía confiar la guardia del fuerte en *** y para ver si suplirían o no las deficiencias de los hombres que ya estaban allí, y si, al ver los fracasos de ellos, rehuirían el ejemplo de los que no son aptos para dedicarse a la sacratísima obra de Dios. El ha seguido a los hombres de *** con continuas amonestaciones, reproches y consejos. Ha derramado gran luz sobre los que ofician en su causa allí, para que el camino les fuese claro. Pero si ellos prefieren seguir su propia sabiduría, despreciando la luz, como la despreció Saúl, se extraviarán seguramente y causarán mucha perplejidad a la causa. Delante de ellos han sido puestas la luz y las tinieblas, pero con demasiada frecuencia han elegido las tinieblas.

El mensaje de Laodicea

El mensaje de Laodicea se aplica a los hijos de Dios que profesan creer en la verdad presente. La mayoría de ellos son tibios y sólo profesan la verdad. Tienen el nombre de cristianos, pero nada de celo. Dios indicó que quería, en el corazón de la obra, hombres que corrigiesen el estado de cosas que existía allí y permaneciesen como fieles centinelas en su puesto del deber. Les ha dado luz con respecto a todo punto, para instruirlos, estimularlos y confirmarlos, según lo requería el caso. Pero no obstante todo esto, los que debieran ser fieles y veraces, fervientes en el celo cristiano y de espíritu misericordioso, los que debieran conocer y amar fervientemente a Jesús, ayudan al enemigo a debilitar y desalentar a aquellos a quienes Dios está empleando para fortalecer la obra. El término "tibio" se aplica a esta clase de personas. Profesan amar la verdad, pero son deficientes en la devoción y el fervor cristiano. No se atreven a abandonar del todo la verdad y correr el riesgo de los incrédulos; pero no están dispuestos a morir al yo y seguir de cerca los principios de su fe.

[478] La única esperanza de los laodicenses consiste en tener una visión más clara de su situación delante de Dios, un conocimiento de la naturaleza de su enfermedad. No son ni fríos ni calientes; ocupan una posición neutral, y al mismo tiempo se lisonjean de que no les falta nada. El Testigo Fiel aborrece esa tibieza. Abomina la indiferencia de esa clase de personas. Dice: "¡Ojalá fueses frío, o caliente!" Apocalipsis 3:15. Como el agua tibia, le causan náuseas. No son ni despreocupados ni egoístamente tercos. No se empeñan cabal y cordialmente en la obra de Dios, identificándose con sus intereses; sino que se mantienen apartados y están listos para abandonar su puesto cuando lo exigen sus intereses personales y mundanos. Falta en su corazón la obra interna de la gracia. De los tales se dice: "Tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo." Vers. 17.

El remedio de Dios

La fe y el amor son el oro puro, o las verdaderas riquezas que el Testigo Fiel les aconseja a los tibios que compren. Por ricos que seamos en los tesoros terrenales, toda nuestra riqueza no nos habilita para comprar los preciosos remedios que curan esa enfermedad del alma que se llama tibieza. El intelecto y las riquezas terrenales eran impotentes para suprimir los defectos de la iglesia de Laodicea o para remediar su deplorable condición. Sus miembros eran ciegos, y sin embargo creían que nada les faltaba. El Espíritu de Dios no iluminaba sus mentes, y ellos no percibían su estado pecaminoso; por lo tanto, no sentían necesidad de ayuda.

El no poseer las gracias del Espíritu es triste en verdad; pero es una condición aun más terrible hallarnos así destituidos de la espiritualidad y de Cristo y, sin embargo, tratar de justificarnos diciendo a aquellos que se alarman por nosotros que no necesitamos sus temores y compasión. ¡Terrible es el poder del engaño en la mente humana! ¡Qué ceguera la que pone la luz en lugar de las tinieblas y las tinieblas en lugar de la luz! El Testigo Fiel nos aconseja [479] que compremos de él oro afinado en el fuego, vestiduras blancas y colirio.

El oro probado en el fuego que se recomienda aquí, es la fe y el amor. Enriquece el corazón, porque se lo ha refinado hasta su máxima pureza, y cuanto más se lo prueba, tanto más resplandece. La vestidura blanca es la pureza de carácter, la justicia de Cristo impartida al pecador. Es a la verdad una vestidura de tejido celestial, que puede comprarse únicamente de Cristo, para una vida de obediencia voluntaria. El colirio es aquella sabiduría y gracia que nos habilitan para discernir entre lo malo y lo bueno, y para reconocer el pecado bajo cualquier disfraz. Dios ha dado a su iglesia ojos que él quiere que sean ungidos con sabiduría para que vean claramente; pero muchos sacarían los ojos de la iglesia si pudiesen, porque no quieren que sus obras salgan a luz, no sea que resulten reprendidos. El colirio divino impartirá claridad al entendimiento. Cristo es el depositario de todas las gracias. El dice: “Yo te amonesto que de mí compres.” Apocalipsis 3:18.

Algunos serán eliminados

Tal vez algunos digan que esperar el favor de Dios por nuestras buenas obras es exaltar nuestros propios méritos. A la verdad, no podemos comprar una sola victoria con nuestras buenas obras; sin embargo, no podemos ser vencedores sin ellas. La compra que Cristo nos recomienda consiste tan sólo en cumplir con las condiciones que él nos ha dado. La verdadera gracia, que es de valor inestimable, y que soportará la prueba y la adversidad, se obtiene únicamente por la fe y por una obediencia humilde acompañada de oración. Las gracias que soportan las pruebas de la aflicción y la persecución, y la evidencia de su pureza y sinceridad, son el oro que es probado en el fuego y hallado puro. Cristo ofrece vender al hombre este precioso tesoro: "Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego." El cumplimiento muerto y frío del deber no nos hace cristianos. Debemos salir de la condición de tibieza y experimentar una verdadera conversión, o no llegaremos al cielo. [480]

Se me llamó la atención a la providencia de Dios entre su pueblo, y se me mostró que cada prueba del proceso de refinamiento y purificación impuesto a los que profesaban ser cristianos demostraba si algunos eran escoria. El oro fino no aparece siempre. En toda crisis religiosa, algunos caen bajo la tentación. El zarandeo de Dios avienta multitudes como hojas secas. La prosperidad contribuye a que ingresen en la iglesia multitudes que meramente profesan la religión. La adversidad las elimina de la iglesia. El espíritu de esta clase de personas no es firme en Dios. Se separan de nosotros porque no son de los nuestros; porque cuando la tribulación o la persecución surgen por causa de la Palabra, muchos se escandalizan.

Recuerden los tales cuando, hace sólo unos meses, estaban juzgando los casos de otros que se hallaban en condición similar a la que ahora ocupan ellos. Recuerden cuidadosamente de qué se preocuparon con respecto a los tentados. Si alguno les hubiese dicho que a pesar de su celo y trabajo para corregir a los otros se habían de encontrar, a la larga, en una situación semejante de tinieblas, habrían dicho, como le dijo Hazael al profeta: "¿Es tu siervo perro, que hará esta gran cosa?" 2 Reyes 8:13.

Se engañan a sí mismos. Durante la calma, ¡qué firmeza manifiestan! ¡Cuán buenos marinos parecen ser! Pero cuando se presentan

las furiosas tempestades de las pruebas y las tentaciones, sus almas naufragan. Puede que haya hombres que tengan excelentes dones, mucha capacidad, espléndidas cualidades; pero un defecto, un solo pecado albergado, ocasionará al carácter lo que al barco una tabla carcomida: un completo desastre y una ruina absoluta.

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad deben progresar continuamente. No deben aferrarse a los métodos antiguos y
[481] creer que no es necesario convertirse en obreros que empleen métodos científicos. Aunque cuando viene al mundo el hombre es el más impotente de los seres que ha creado Dios, y es el más perverso por naturaleza, es capaz, sin embargo, de progresar constantemente. Puede ser ilustrado por la ciencia, ennoblecido por la virtud, y puede progresar en dignidad mental y moral, hasta alcanzar una perfección de la inteligencia y una pureza de carácter tan sólo un poco inferiores a la perfección y la pureza de los ángeles. Con la luz de la verdad que resplandece sobre los intelectos humanos y el amor de Dios que se derrama en su corazón, no podemos concebir lo que pueden llegar a ser ni cuán grande obra pueden hacer.

Necesidad de progreso constante

Sé que el corazón humano está ciego con respecto a su verdadera condición; pero no puedo dejaros sin hacer un esfuerzo por ayudaros. Os amamos, y queremos veros progresar hacia la victoria. Jesús os ama. El murió por vosotros y quiere que os salvéis. No deseamos obligaros a quedar en ***; pero queremos que hagáis una obra cabal en beneficio de vuestra propia alma, que corrijáis todos los males que haya allí y que hagáis todo esfuerzo posible para dominar el yo, no sea que perdáis el cielo. Esto es algo que no debéis permitir. Por amor a Cristo, resistid al diablo y él huirá de vosotros.

* * * * *

La obra que consiste en podarnos y purificarnos para el cielo, es una obra grande y nos costará mucho sufrimiento y prueba, porque nuestra voluntad no quiere sujetarse a la de Cristo. Debemos pasar por el horno de fuego hasta que éste haya consumido la escoria y seamos purificados y reflejemos la imagen divina. Los que siguen sus

inclinaciones y se rigen por las apariencias no son buenos jueces de lo que Dios está haciendo. Están llenos de descontento. Ven fracaso donde hay en verdad triunfo, y gran pérdida donde hay ganancia; como Jacob, están listos para exclamar: "Contra mí son todas estas [482] cosas" (Génesis 42:36), cuando las mismas cosas de las cuales se quejan obran para su propio bien.

Sin cruz no hay corona. ¿Cómo puede uno hacerse fuerte en el Señor sin pruebas? Para tener fuerza, debemos ejercitarnos. Para tener fe enérgica, debemos estar colocados en circunstancias donde nuestra fe se ejercitará. Precisamente antes de su martirio, el apóstol Pablo exhortó así a Timoteo: "Sé participante de los trabajos del evangelio según la virtud de Dios." 2 Timoteo 1:8. Por medio de mucha tribulación es como hemos de entrar en el reino de Dios. Nuestro Salvador fué probado de toda manera posible, y sin embargo triunfó continuamente en Dios. Es nuestro privilegio ser fuertes en la fortaleza de Dios en todas las circunstancias y gloriarnos en la cruz de Cristo.* [483]

*Testimonios para la Iglesia 3:67 (1872).

La eficacia de la sangre de Cristo*

A los hijos de Israel se les ordenó antiguamente que trajesen una ofrenda para toda la congregación, a fin de purificarla de la contaminación ceremonial. Este sacrificio era una vaquillona roja que representaba la ofrenda más perfecta que debía redimirlos de la contaminación del pecado. Era un sacrificio que se ofrecía circunstancialmente para purificar a todos los que habían llegado, por necesidad o accidente, a tocar muertos. A todos los que habían tenido algo que ver con la muerte se los consideraba ceremonialmente inmundos. Esto tenía como propósito inculcar entre los hebreos el hecho de que la muerte es consecuencia del pecado, y por lo tanto representa al mismo. La vaquillona, el arca y la serpiente de bronce: cada una de estas cosas señalaba en forma impresionante a la única gran ofrenda: el sacrificio de Cristo.

Esta vaquillona debía ser roja, símbolo de la sangre. Debía ser sin mancha ni defecto y no debía haber llevado nunca el yugo. En esto también prefiguraba a Cristo. El Hijo de Dios vino voluntariamente a realizar la obra de la expiación. No pesó sobre él ningún yugo obligatorio; porque era independiente y superior a toda ley. Los ángeles, como inteligentes mensajeros de Dios, estaban bajo el yugo de la obligación; ningún sacrificio personal de ellos podía expiar la culpabilidad del hombre caído. Únicamente Cristo estaba libre de las exigencias de la ley para emprender la redención de la especie pecaminosa. Tenía poder para deponer su vida y para volverla a tomar. “El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios.” Filipenses 2:6.

Sin embargo, este ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó sobre sí la forma de siervo, a fin de sufrir y morir en lugar del hombre.
[484] Jesús podría haber permanecido a la diestra de su Padre, llevando su corona y vestiduras regias. Pero prefirió cambiar todas las riquezas, honores y gloria del cielo por la pobreza de la humanidad; y su alto puesto por los horrores del Getsemaní y la humillación y agonía del

*Testimonios para la Iglesia 4:120-123 (1876).

Calvario. Se hizo Varón de dolores, experimentado en quebranto, a fin de que por su bautismo de sufrimiento y sangre pudiese purificar y redimir a un mundo culpable. "Heme aquí—fué su gozoso asentimiento—para que haga, oh Dios, tu voluntad." Hebreos 10:7.

Se conducía fuera del campamento a la vaquillona destinada al sacrificio, y se la mataba en medio de una imponente ceremonia. Así sufrió Cristo fuera de las puertas de Jerusalén, porque el Calvario estaba fuera de las murallas de la ciudad. Esto era para demostrar que Cristo no moría sólo por los hebreos, sino por toda la humanidad. Proclama a un mundo caído que ha venido para ser su Redentor, y le insta a aceptar la salvación que le ofrece. Una vez degollada la vaquillona en el transcurso de una ceremonia solemnísima, el sacerdote, ataviado con limpias vestiduras blancas recogía en sus manos la sangre mientras fluía del cuerpo de la víctima y la arrojaba siete veces hacia el templo. "Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, lleguémonos con corazón verdadero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua limpia." Hebreos 10:21, 22.

El cuerpo de la vaquillona se reducía a cenizas, lo cual significaba un sacrificio completo y amplio. Luego, una persona que no había sido contaminada por el contacto con los muertos recogía las cenizas, y las colocaba en una vasija que contenía agua de un arroyo. Esta persona limpia y pura tomaba luego un palo de cedro con un trapo escarlata y un manojo de hisopo y asperjaba el contenido de la vasija sobre el tabernáculo y la gente congregada. La ceremonia se repetía varias veces a fin de ser cabal, y se hacía como purificación del pecado.

Así también Cristo, con su propia justicia inmaculada, después [485]
de derramar su preciosa sangre entra en el lugar santo a purificar el santuario. Y allí la corriente carmesí inicia el servicio de reconciliación entre Dios y el hombre. Algunos pueden considerar el sacrificio de la vaquillona como una ceremonia sin significado; pero se ejecutaba de acuerdo con la orden de Dios, y encierra un profundo significado que no ha perdido su aplicación en nuestro tiempo.

El sacerdote usaba cedro e hisopo, lo sumergía en el agua de la purificación, y con ello rociaba lo inmundo. Esto simbolizaba la sangre de Cristo derramada para limpiarnos de las impurezas morales. Las repetidas aspersiones ilustran el carácter cabal de la obra que

debe realizarse en favor del pecador arrepentido. Todo lo que éste tiene debe ser consagrado. No sólo debe purificar su propia alma, sino que debe esforzarse por que su familia, sus arreglos domésticos, su propiedad y todo lo que le pertenece, quede consagrado a Dios.

Después de rociar con hisopo la tienda, sobre la puerta de aquellos que habían sido purificados se escribía: "No soy mío, Señor; soy tuyo." Así debe ser con los que profesan ser purificados por la sangre de Cristo. Dios no es menos exigente ahora que en tiempos antiguos. En su oración, el salmista se refiere a esta ceremonia simbólica cuando dice: "Purifícame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré emblanquecido más que la nieve." "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí." "Vuélveme el gozo de tu salud; y el espíritu libre me sustente." Salmos 51:7, 10, 12.

La sangre de Cristo es eficaz, pero necesita ser aplicada continuamente. No sólo quiere Dios que sus siervos empleen para su gloria los recursos que les ha confiado, sino que desea que se consagren ellos mismos a su causa. Hermanos míos, si os habéis vuelto egoístas y estáis privando al Señor de aquello que debierais dar alegremente para su servicio, entonces necesitái, que se os aplique cabalmente la sangre de la aspersión, para consagraros vosotros y todos vuestros
[486] bienes a Dios.

La obediencia voluntaria*

Abrahán era anciano cuando recibió de Dios la sorprendente orden de ofrecer a su hijo Isaac en holocausto. A Abrahán se lo consideraba anciano aun en su generación. El ardor de su juventud se había desvanecido. Ya no era fácil para él soportar penurias y afrontar peligros. En el vigor de la juventud, el hombre puede hacer frente a la tormenta con orgullosa conciencia de su fuerza, y elevarse por encima de los desalientos que harían desfallecer su corazón más tarde en la vida cuando sus pasos se dirigen vacilantes hacia la tumba.

Pero en su providencia, Dios reservó su última y más penosa prueba para Abrahán cuando la carga de los años le oprimía y anhelaba descansar de la ansiedad y los afanes. El Señor le habló diciendo: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas ... y ofrécelo ... en holocausto." Génesis 22:2. El corazón del anciano se paralizó de horror. La pérdida de ese hijo por alguna enfermedad habría partido el corazón del amante padre y el pesar habría doblegado su encanecida cabeza; pero ahora se le ordenaba que derramase con su propia mano la sangre preciosa de aquel hijo. Eso le parecía una terrible imposibilidad.

Sin embargo, Dios había hablado, y él debía obedecer a su palabra. Abrahán estaba cargado de años, pero esto no lo dispensaba del cumplimiento del deber. Empuñó el bordón de la fe, y con muda agonía tomó de la mano a su hijo, hermoso y sonrosado, lleno de salud y juventud, y salió para obedecer a la palabra de Dios. El anciano y gran patriarca era humano; sus pasiones y afectos eran como los nuestros y amaba a su hijo, solaz de su vejez, a quien había sido dada la promesa del Señor.

Pero Abrahán no se detuvo a preguntar cómo se cumplirían las promesas de Dios si se daba muerte a Isaac. No se detuvo a razonar con su corazón dolorido, sino que ejecutó la orden divina al pie de la letra, hasta que, precisamente cuando estaba por hundir su cuchillo [487]

*Testimonios para la Iglesia 4:144-148 (1876).

en las palpitantes carnes del joven, recibió la orden: "No extiendas tu mano sobre el muchacho, ... que ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único." Génesis 22:12.

Este gran acto de fe está registrado en las páginas de la historia sagrada para que resplandezca sobre el mundo como ilustre ejemplo hasta el fin del tiempo. Abrahán no alegó que su vejez le dispensaba de obedecer a Dios. No dijo: "Mi cabello ha encanecido, ha desaparecido el vigor de mi virilidad; ¿quién consolará mi desfalleciente vida cuando Isaac no exista más? ¿Cómo puede un anciano padre derramar la sangre de su hijo unigénito?" No; Dios había hablado, y el hombre debía obedecer sin preguntas, murmuraciones ni desmayos en el camino.

Necesitamos hoy la fe de Abrahán en nuestras iglesias, para iluminar las tinieblas que se acumulan en derredor de ellas, obscureciendo la suave luz del amor de Dios y atrofiando el sentimiento espiritual. La edad no nos excusará nunca de obedecer a Dios. Nuestra fe debe ser prolífica en buenas obras, porque la fe sin obras es muerta. Cada deber cumplido, cada sacrificio hecho en el nombre de Jesús, produce una excelsa recompensa. En el mismo acto del deber, Dios habla y da su bendición. Pero requiere de nosotros que le entreguemos completamente nuestras facultades. La mente y el corazón, el ser entero, deben serle dados, o no llegaremos a ser verdaderos cristianos.

Dios no ha privado al hombre de nada que pueda asegurarle riquezas eternas. Ha revestido la tierra de belleza y la ha ordenado para su uso y comodidad durante su vida temporal. Dió a su Hijo para que muriese por la redención de un mundo que había caído por el pecado y la insensatez. Un amor tan incomparable y un sacrificio
[488] tan infinito exigen nuestra obediencia más estricta, nuestro amor más santo, nuestra fe ilimitada. Sin embargo, todas estas virtudes, aun ejercidas en su mayor extensión, no pueden compararse con el gran sacrificio que fué ofrecido por nosotros.

Obediencia implícita

Dios requiere pronta e implícita obediencia a su ley; pero los hombres están dormidos o paralizados por los engaños de Satanás, quien les sugiere excusas y subterfugios, y vence sus escrúpulos

diciendo, como dijo a Eva en el huerto: "No moriréis." Génesis 3:4. La desobediencia no sólo endurece el corazón y la conciencia del culpable, sino que tiende a corromper la fe de los demás. Lo que les parecía muy malo al principio, pierde gradualmente esta apariencia al estar constantemente delante de sus ojos, hasta que finalmente dudan de que sea realmente un pecado, e inconscientemente caen en el mismo error.

Por Samuel, Dios ordenó a Saúl que fuera e hiriese a los amalecitas y destruyese completamente todas sus posesiones. Pero Saúl obedeció tan sólo parcialmente la orden; destruyó el ganado flaco, pero se reservó el de mejor calidad y perdonó la vida al perverso rey. Al día siguiente recibió al profeta Samuel lisonjeándose y congratulándose: "Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová." Pero el profeta contestó inmediatamente: "¿Pues qué balido de ganados y bramido de bueyes es éste que yo oigo con mis oídos?" 1 Samuel 15:13, 14.

Saúl quedó confuso, y trató de rehuir la responsabilidad contestando: "De Amalec los *han* traído; porque *el pueblo* perdonó a lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios; pero lo demás lo destruimos." 1 Samuel 15:15. Samuel reprendió entonces al rey, recordándole la orden explícita que Dios le diera de destruir todas las cosas pertenecientes a Amalec. I e señaló su transgresión y declaró que había desobedecido al Señor. Pero Saúl se negó a reconocer que había hecho mal; volvió a disculpar su pecado, [489] alegando que se había reservado el mejor ganado para sacrificarlo a Jehová,

El corazón de Samuel se entristeció por la persistencia con que el rey se negaba a ver y confesar su pecado. Preguntó con tristeza: "¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová ? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros: porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría el infringir. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey." 1 Samuel 15:22, 23.

La demora es peligrosa

No basta mirar de frente al deber si demoramos el cumplimiento de sus demandas. Una demora tal da tiempo a la duda; la incredulidad se desliza en el corazón, el juicio se pervierte y se obscurece el entendimiento. Al fin, las reprensiones del Espíritu de Dios no llegan al corazón de la persona seducida, la cual se ha enceguecido tanto que considera imposible que dichas reprensiones le sean destinadas o que se apliquen a su caso.

El precioso tiempo de gracia está pasando y pocos se dan cuenta de que les es concedido con el propósito de que se preparen para la eternidad. Malgastan las áureas horas en búsquedas mundanales, en los placeres, dedicándose plenamente al pecado. Desprecian y olvidan la ley de Dios; sin embargo, cada estatuto de la misma no deja por ello de estar en vigor. Cada transgresión recibirá su castigo. El amor a la ganancia mundanal conduce a la profanación del sábado; sin embargo, las exigencias de ese santo día no han sido abrogadas ni disminuidas. La orden de Dios es clara e implícita en este punto; nos ha prohibido perentoriamente que trabajemos en el séptimo día. Lo ha puesto aparte como día santificado para él.

[490] Muchos son los obstáculos que hay en la senda de los que quieren obedecer a los mandamientos de Dios. Hay fuertes y sutiles influencias que los vinculan con los caminos del mundo. Pero el poder del Señor puede romper esas cadenas. El suprimirá todo obstáculo delante de los pies de sus fieles, o les dará fuerza y valor para vencer toda dificultad si buscan fervientemente su ayuda. Todos los obstáculos se desvanecerán ante un ferviente deseo de hacer la voluntad de Dios y un esfuerzo persistente por cumplirla a cualquier costo, aun cuando se hubiere de sacrificar la vida misma. La luz del Cielo iluminará las tinieblas de aquellos que, en las pruebas y perplejidades, avancen mirando a Jesús como el autor y consumador de su fe.

En los tiempos antiguos, Dios habló a los hombres por boca de los profetas y los apóstoles. En estos días les habla por los testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en el que Dios instruyera a los suyos con más fervor que ahora en lo que respecta a su voluntad y la conducta que quiere verles seguir. Pero, ¿aprovecharán sus enseñanzas? ¿Recibirán sus reprensiones y oirán sus amonestaciones?

Dios no aceptará ninguna obediencia parcial; no sancionará ninguna transigencia con el yo. [491]

Las críticas a los que llevan responsabilidades*

La Iglesia sufre por falta de obreros cristianos abnegados. Si todos los que, por lo general, no pueden resistir a la tentación y son demasiado débiles para permanecer de pie solos, se mantuviesen alejados de ***, reinaría en aquel lugar una atmósfera espiritual mucho más pura. Los que se alimentan de las hojarascas de los fracasos y deficiencias ajenas, que juntan para sí mismos los miasmas malsanos de las negligencias y los defectos de sus vecinos, haciéndose basureros de la iglesia, no constituyen ninguna ventaja para la sociedad de la cual forman parte, sino que son, en realidad, una carga para la comunidad a la cual imponen su presencia.

Lo que necesita la iglesia no son cargas, sino obreros fervientes: no personas que censuren, sino edificadores de Sión. Se necesitan verdaderamente misioneros en el gran corazón de la obra, hombres que retengan la fortaleza, que sean tan fieles como el acero para preservar el honor de aquellos a quienes Dios ha colocado a la cabeza de su obra, y que harán cuanto puedan para sostener la causa en todos sus departamentos, aun a costa del sacrificio de sus propios intereses y vidas, si es necesario. Pero se me mostró que son pocos los que tienen la verdad entretejida con su misma alma, que pueden soportar la prueba escrutadora de Dios. Son muchos los que han aceptado la verdad, pero ésta no se ha apoderado de ellos para transformar su corazón y purificarlo de todo egoísmo. Hay quienes vienen a *** para ayudar en la obra, como también muchos que
[492] son miembros antiguos, que tendrán que rendir una terrible cuenta a Dios por el estorbo que han sido para la causa, por su amor propio y su vida no consagrada.

La religión no tiene virtud salvadora si el carácter de aquellos que la profesan no corresponde a su profesión de fe. Dios ha dado misericordiosamente mucha luz a su pueblo de ***, pero Satanás quiere realizar su obra, y ejerce con más energía su poder en el mismo

*Testimonios para la Iglesia 4:193-196 (1876). (Del cap. “Se necesitan reprensiones fieles.”)

corazón de ésta. Se apodera de hombres y mujeres egoístas, no consagrados, y los hace centinelas para que vigilen a los fieles siervos de Dios, pongan en duda sus palabras, sus actos y sus motivos, y critiquen y murmuren contra sus reprensiones y amonestaciones. Por su medio crea sospechas y celos y procura debilitar el valor de los fieles, agradar a los que no son santificados, y anular las labores de los siervos de Dios.

Satanás ha ejercido gran poder sobre la mente de los padres por medio de sus hijos indisciplinados. El pecado de la negligencia paterna está anotado contra muchos observadores del sábado. El espíritu de la chismografía es uno de los agentes esenciales que tiene Satanás para sembrar discordia y disensión, para separar amigos y minar la fe de muchos en la veracidad de nuestra posición. Hay hermanos y hermanas que propenden demasiado a hablar de las faltas y de los errores que creen ver en los demás, y especialmente en aquellos que han dado sin vacilar los mensajes de reprensión y amonestación que Dios les confiara.

Los hijos de estos quejosos escuchan con oídos abiertos y reciben el veneno del desafecto. Los padres están así cerrando ciegamente las avenidas por medio de las cuales se podrían alcanzar los corazones de los hijos. Cuántas familias sazonan sus comidas diarias con dudas y preguntas. Disecan el carácter de sus amigos y lo sirven como delicado postre. Circula por la mesa un precioso trozo de calumnia, para que lo comenten, no solamente los adultos, sino también los niños. Esto deshonra a Dios. Jesús dijo: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis." Mateo 25:40. Por lo tanto desprecian y ultrajan a Cristo los que calumnian a sus siervos. [493]

Los nombres de los siervos escogidos de Dios han sido tratados con falta de respeto y en algunos casos con absoluto desprecio por ciertas personas que debieran haberlos mantenido en alto. Los niños han oído las observaciones irrespetuosas de sus padres con referencia a las solemnes reprensiones y amonestaciones dadas por los siervos de Dios. Han comprendido las burlas escarnecedoras y expresiones despectivas que de vez en cuando cayeron en sus oídos, y la tendencia ha sido poner en su mente los intereses eternos y sagrados al mismo nivel que los asuntos comunes del mundo. ¡Qué obra están haciendo estos padres al transformar a sus hijos en

incrédulos desde su infancia! Así es como se enseña a los niños a ser irreverentes y a rebelarse contra las reprensiones que el cielo envía contra el pecado.

Es inevitable que prevalezca la decadencia espiritual donde existen tales males. Esos mismos padres y madres cegados por el enemigo, se preguntan por qué sus hijos se inclinan tanto a la incredulidad y a dudar de la verdad de la Biblia. Se preguntan por qué es tan difícil que los alcancen las influencias morales y religiosas. Si tuviesen percepción espiritual, descubrirían en seguida que este deplorable estado de cosas es resultado de la influencia que ellos ejercen en su hogar, de sus celos y desconfianza. Así se educan muchos incrédulos en los círculos familiares de los que profesan ser cristianos.

Muchos son los que hallan placer especial en discurrir y espaciarse en los defectos, reales o imaginarios, de aquellos que llevan pesadas responsabilidades en relación con las instituciones de la causa de Dios. Pasan por alto el bien que han realizado, los beneficios que han producido su ardua labor y su devoción incansable a la causa, y fijan su atención en alguna equivocación aparente, en algún asunto que, una vez consumado, ellos imaginan que se podría haber hecho de una manera mejor con resultados más halagüeños, cuando
[494] la verdad es que, si ellos hubiesen tenido que hacer la obra, o se habrían negado a dar un paso en las circunstancias desalentadoras del caso, o habrían actuado con más indiscreción que quienes la hicieron siguiendo las indicaciones de la providencia de Dios.

Pero estos habladores indisciplinados se aferran a los detalles más desagradables del trabajo, como el liquen a las asperezas de la roca. Estas personas se atrofian espiritualmente al espaciarse de continuo en las faltas y los defectos de los demás. Son moralmente incapaces de discernir las acciones buenas y nobles, los esfuerzos abnegados, el verdadero heroísmo y el sacrificio propio. No se están volviendo más nobles ni más elevados en su vida y esperanza, ni más generosos y amplios en sus ideas y planes. No cultivan la caridad que debe caracterizar la vida del cristiano. Están degenerando cada día, y sus prejuicios y opiniones se estrechan cada vez más. La mezquindad es su elemento, y la atmósfera que los rodea es venenosa para la paz y la felicidad.

* * * * *

Los cristianos deben cuidar sus palabras. Nunca debieran comunicar a otros informes desagradables de uno de sus amigos, especialmente si saben que falta unión entre ellos. Es cruel hacer insinuaciones y sugestiones, como si uno supiera, acerca de este amigo o conocido, muchos detalles que ignoran los demás. Estas insinuaciones van más lejos, y crean impresiones más desfavorables que el relato franco y sin exageración de los hechos. ¡Cuánto daño no ha sufrido la iglesia de Cristo por estas cosas! La conducta inconsecuente y poco precavida de sus miembros la ha hecho tan débil como el agua. Los miembros de la misma iglesia han traicionado confidencias, y sin embargo los culpables no se proponían hacer mal alguno. Ha hecho mucho daño la falta de prudencia en la selección de los temas de conversación.

La conversación debe versar sobre las cosas espirituales y divinas; pero ha sucedido de otra manera. Si el trato de los amigos [495]
cristianos se dedica principalmente al perfeccionamiento del espíritu y del corazón, no habrá nada que lamentar posteriormente, y se podrá recordar la entrevista con agradable satisfacción. Pero si se dedican las horas a la liviandad y las conversaciones vanas, y se emplea el tiempo en disecar la vida y el carácter de los demás, el trato entre amigos resultará en una fuente de mal, y nuestra influencia tendrá sabor de muerte para muerte.[*]

* * * * *

No debemos permitir que nuestras perplejidades y chascos carcoman nuestras almas y nos llenen de inquietud e impaciencia. No ofendamos a Dios permitiendo que haya contienda, malas sospechas, o maledicencia. Hermano mío, si Vd. abre su corazón a la influencia de la envidia y las malas sospechas, el Espíritu Santo no podrá morar con Vd. Procure la plenitud que hay en Cristo. Trabaje de acuerdo con él. Permita que cada pensamiento, palabra y acción revele a Cristo. Vd. necesita un bautismo diario del amor que en los días de los apóstoles hizo a todos unánimes. Este amor impartirá salud al cuerpo, al espíritu y al alma. Rodee su alma de una atmósfera que

[*] Testimonios para la Iglesia 2:186, 187 (1868).

fortalezca la vida espiritual. Cultive la fe, la esperanza, el valor y el amor. Deje que reine en su corazón la paz de Dios.*

* * * * *

El Señor vive y reina. Pronto se levantará majestuoso para sacudir terriblemente la tierra. Debe proclamarse ahora un mensaje especial, un mensaje que disipe las tinieblas espirituales y convenza y convierta las almas. "Escapa por tu vida" (Génesis 19:17), es la invitación que debe darse a los que moran en el pecado. Un gran fervor debe poseernos. No tenemos un momento que perder en críticas y acusaciones. Que aquellos que han hecho esto en lo pasado caigan de rodillas en oración y tengan cuidado de no preferir sus palabras y
[496] sus planes a las palabras y los planes de Dios.*

*Testimonios para la Iglesia 8:191 (1904).
*Testimonios para la Iglesia 8:36 (1904).

El carácter sagrado de los mandamientos de Dios*

Muy respetable Hno. ***: En enero de 1875 se me mostró que hay impedimentos en el camino de la prosperidad espiritual de la iglesia. El Espíritu de Dios está contristado porque muchos no son como debieran ser en su corazón y su vida. La fe que profesan no está en armonía con sus obras. No observan como debieran el sagrado día de reposo del Señor. Cada semana roban a Dios usurpando los extremos de su santo tiempo; y dedican a las cosas mundanales las horas que debieran dedicar a la oración y la meditación.

Dios nos ha dado sus mandamientos, no sólo para que creamos en ellos, sino para que los acatemos. Cuando el gran Jehová echó los cimientos de la tierra y adornó al mundo entero con su manto de belleza y lo llenó de cosas útiles al hombre; cuando hubo creado todas las maravillas de la tierra y del mar, instituyó el sábado y lo santificó. Dios bendijo y santificó el séptimo día porque había descansado en él de toda su maravillosa obra de la creación. El sábado fué hecho para el hombre, y Dios quiere que en ese día dejemos de lado nuestro trabajo, así como él descansó después de trabajar seis días en la creación.

Cuando a los que reverencian los mandamientos de Jehová se les haya dado la luz con referencia al cuarto precepto del Decálogo, lo obedecerán sin averiguar la posibilidad o conveniencia de una obediencia tal. Dios hizo al hombre a su imagen, y luego le dió el ejemplo al observar el séptimo día que había santificado. Ordenó que en aquel día el hombre le adorara y no se entregase a ninguna ocupación mundana. Nadie que desprecie el cuarto mandamiento después de haber recibido luz acerca de las exigencias del sábado, [497] puede ser tenido por inocente a la vista de Dios.

Hno. ***, Vd. reconoce los requerimientos divinos con respecto a la observancia del sábado, pero sus obras no están en armonía con lo que declara ser su fe. En la medida en que Vd. infringe la ley de Dios, arroja el peso de su influencia en favor del bando

*Testimonios para la Iglesia 4:247-254 (1876).

incrédulo. Cuando sus preocupaciones temporales parecen requerir atención, Vd. viola el cuarto mandamiento sin compunción. Hace de la observancia de la ley de Dios asunto de conveniencia, obedeciendo o desobedeciendo según lo exijan sus negocios o su inclinación. Esto no es honrar el sábado como institución sagrada. Vd. contrista al Espíritu de Dios y deshonra a su Redentor al seguir esta conducta temeraria.

La obediencia parcial no es aceptable

El Señor no acepta una observancia parcial de la ley del sábado, y ella ejerce peor efecto sobre la mente de los pecadores que si Vd. no profesara observar el sábado. Ellos perciben que su vida contradice su creencia y pierden la fe en el cristianismo. El Señor quiere decir precisamente lo que expresa, y el hombre no puede poner impunemente a un lado sus mandamientos. El ejemplo de Adán y Eva en el huerto nos amonesta suficientemente contra cualquier desobediencia a la ley divina. El pecado que cometieron nuestros primeros padres al escuchar las engañosas tentaciones del enemigo atrajo la culpa y el pesar sobre el mundo, y obligó al Hijo de Dios a abandonar las cortes reales del cielo y ocupar un humilde lugar en la tierra. Se sometió a los insultos, al rechazamiento y a la crucifixión, por parte de aquellos mismos a quienes venía a bendecir. ¡Qué costo infinito acompañó a aquella desobediencia en el huerto de Edén! La Majestad del cielo fué sacrificada para salvar al hombre de la penalidad de su crimen.

Dios no pasará por alto ninguna transgresión de su ley, ni la considerará con más ligereza ahora que en el día en que pronunció
[498] el juicio contra Adán. El Salvador del mundo alza su voz y protesta contra aquellos que consideran los mandamientos divinos indiferentemente y con negligencia. El dice: “Cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos: mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos.” Mateo 5:19. La enseñanza de nuestra vida se hace sentir completamente en favor de la verdad o contra ella. Si nuestras obras parecen justificar al transgresor en su pecado, si nuestra influencia resta importancia a la violación de los mandamientos de Dios, en-

tonces no sólo somos culpables nosotros mismos, sino que hasta cierto punto somos responsables de los consiguientes errores ajenos.

En el mismo principio del cuarto precepto, Dios dijo: "Acordarte has," sabiendo que el hombre, dada la multitud de sus cuidados y perplejidades, se vería tentado a excusarse de satisfacer plenamente los requisitos de la ley, o, en el apremio de los negocios mundanales, se olvidaría de su importancia y santidad. "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra," es decir, los quehaceres usuales de la vida, que persiguen las ganancias mundanales o el placer. Estas palabras son muy explícitas; no puede haber error.

Hermano ***, ¿cómo se atreve Vd. a transgredir un mandamiento tan solemne e importante? ¿Ha hecho el Señor una excepción por la cual se lo exime a Vd. de la ley que él dió al mundo? ¿Son sus transgresiones omitidas del libro de registro? ¿Ha convenido él en excusar su desobediencia cuando las naciones se presenten delante de él para el juicio? No se engañe ni por un momento con el pensamiento de que su pecado no traerá su merecido castigo. Sus transgresiones serán castigadas con la vara, porque Vd. tuvo la luz, y anduvo sin embargo en sentido completamente contrario a ella. "Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho." Lucas 12:47. [499]

Dios dió al hombre seis días para que realizara su trabajo y llevara a cabo los quehaceres comunes de la vida; pero le pide un día, que él puso aparte y santificó. Lo da al hombre como día en el cual pueda descansar de su trabajo y dedicarse al culto y al mejoramiento de su condición espiritual. ¡Qué flagrante ultraje es de parte del hombre robar el día santificado de Jehová, y apropiárselo para sus propios propósitos egoístas!

Es de parte del hombre mortal la más grosera presunción aventurarse a hacer una especie de componenda con el Todopoderoso a fin de asegurar sus propios intereses temporales mezquinos. El emplear ocasionalmente el sábado para los negocios seculares es una violación tan flagrante de la ley como el rechazarla enteramente; porque es hacer de los mandamientos del Señor un asunto de conveniencia. "Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso" (Éxodo 20:5), es lo que repercute con voz de trueno desde el Sinaí. Ninguna obediencia parcial, ningún interés dividido acepta Aquel que declara que las

debilidades de los padres serán castigadas en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen, y que manifestará misericordia en millares de generaciones a aquellos que le aman y guardan sus mandamientos. No es asunto sin importancia robar a un vecino, y grande es el estigma impuesto al culpable de semejante acto; sin embargo, el que nunca defraudaría a sus semejantes, roba sin vergüenza alguna a su Padre celestial el tiempo que ha bendecido y apartado con un propósito especial.

La fe y la obediencia

Estimado hermano, sus obras difieren de la fe que profesa, y su único argumento es la miserable excusa de la conveniencia. En tiempos pasados, los siervos de Dios fueron llamados a dar su vida para vindicar su fe. La conducta de Vd. armoniza mal con la de los mártires cristianos, que sufrieron hambre y sed, tortura y muerte,
[500] antes que renunciar a su religión o a los principios de la verdad.

Escrito está: "¿Qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?" Santiago 2:14. Cada vez que Vd. dedica sus manos a trabajar en sábado, niega virtualmente su fe. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que la fe sin obras es muerta, y que el testimonio de la vida de uno proclama al mundo si uno es fiel o no a la fe que profesa. Su conducta rebaja la ley de Dios en la estima de sus amigos mundanos. Por ella Vd. les dice: "Vosotros podéis obedecer los mandamientos o no obedecerlos. Yo creo que la ley de Dios es, en cierto modo, obligatoria para los hombres; pero al fin y al cabo, el Señor no es tan escrupuloso como para exigir una observancia estricta de sus preceptos, y una transgresión ocasional no es castigada con severidad de su parte."

Muchos, al excusarse por violar el sábado, se refieren a su ejemplo. Arguyen que si un hombre tan bueno, que cree que el séptimo día es el día de reposo, puede dedicarse a empleos mundanales en ese día cuando las circunstancias parecen requerirlo, seguramente ellos pueden hacer lo mismo sin ser condenados. Muchas almas se enfrentarán con Vd. en el día del juicio, y presentarán su influencia como argumento para explicar su desobediencia a la ley de Dios. Aunque esto no disculpará el pecado de ellos, será una terrible cuenta contra Vd.

Dios ha hablado, y quiere que el hombre obedezca. No pregunta si le es conveniente hacerlo. El Señor de la vida y la gloria no consultó su conveniencia o placer cuando dejó su puesto y elevada jerarquía para venir a ser varón de dolores y experimentado en quebranto, para aceptar la ignominia y la muerte a fin de librar al hombre de las consecuencias de su desobediencia. Jesús murió, no para salvar al hombre *en* sus pecados, sino *de* sus pecados. El hombre ha de abandonar el error de sus caminos, seguir el ejemplo de Cristo, tomar su cruz y seguirlo, negándose a sí mismo y obedeciendo a Dios a todo costo.

Dijo Jesús: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al [501] otro: no podéis servir a Dios y a Mammón." Mateo 6:24. Si somos verdaderos siervos de Dios, no habrá en nuestra mente duda alguna acerca de si vamos a obedecer sus mandamientos o consultar nuestros propios intereses temporales. Si los que creen en la verdad no son sostenidos por su fe en estos días comparativamente apacibles, ¿qué los sostendrá cuando venga la gran prueba y sea promulgado el decreto contra aquellos que no quieran adorar la imagen de la bestia ni recibir su marca en su frente o en su mano? Ese tiempo solemne no está lejos. En vez de volverse débiles e irresolutos, los hijos de Dios deben cobrar fuerzas y valor para el tiempo de la tribulación.

Jesús, nuestro gran Ejemplo, enseñó mediante su vida y su muerte la más estricta obediencia. Murió, el justo por los injustos, el inocente por los culpables, a fin de que fuese preservado el honor de la ley de Dios, sin que el hombre pereciese para siempre. El pecado es la transgresión de la ley. Si el pecado de Adán produjo tan indecible sufrimiento y requirió el sacrificio del amado Hijo de Dios, ¿cuál será el castigo de los que, viendo la luz de la verdad, anulan el cuarto mandamiento del Señor?

Las circunstancias no son una excusa

Las circunstancias no justificarán a nadie que trabaje el sábado por amor a la ganancia mundanal. Si Dios excusa a un hombre, puede excusarlos a todos. ¿Por qué no habría de trabajar en sábado para ganarse la vida el Hno. *** que es pobre, cuando al hacerlo podría sostener mejor su familia? ¿Por qué no podrían los otros

hermanos, o todos nosotros, guardar el sábado únicamente cuando fuese conveniente hacerlo? La voz de Sinaí responde: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios." Éxodo 20:9, 10.

[502] Las malas acciones perpetradas por los que creen en la verdad, causan gran debilidad a la iglesia. Son piedras de tropiezo en el camino de los pecadores y les impiden venir a la luz. Hermano, Dios lo llama a ponerse completamente de su lado y a dejar que sus obras muestren que Vd. respeta sus preceptos y tiene por inviolable el sábado. El le invita a despertar, reconocer su deber y ser fiel a las responsabilidades que le incumben. Estas solemnes palabras le son dirigidas: "Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llamares delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras; entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado." Isaías 58:13, 14.

Como muchos de nuestros hermanos, Vd. se está enredando con los transgresores de la ley de Dios, mirando los asuntos desde su punto de vista y cayendo en sus errores. Dios visitará con sus juicios a aquellos que profesan servirle y en realidad sirven a Mammón. Los que desprecian la expresa orden del Señor para obtener ventajas personales, están acumulando desgracias futuras sobre sí mismos. La iglesia de *** debe inquirir detenidamente para ver si no ha hecho del templo de Dios, como los judíos, un lugar de comercio. Cristo dijo: "Mi casa, casa de oración será llamada, mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho." Mateo 21:13.

La edad no disculpa a nadie

¿No están muchos de los nuestros cayendo en el pecado de sacrificar su religión a la ganancia mundanal, conservando una forma de piedad, y sin embargo, dedicando toda su mente a las ocupaciones temporales? La ley de Dios debe ser considerada ante todo y obedecida en el espíritu y en la letra. Si se considera livianamente la Palabra de Dios, pronunciada con pavorosa solemnidad desde el santo monte, ¿cómo se recibirán los testimonios de su Espíritu? Las

mentes que están tan entenebrecidas que no reconocen la autoridad de los mandamientos del Señor, dados directamente al hombre, pue- [503]
den recibir poco beneficio del débil instrumento elegido por él para instruir a su pueblo.

Su edad no lo dispensa a Vd. de obedecer a los mandatos divinos. Abrahán fué probado estrictamente en su vejez. Al afligido anciano le parecían terribles e inoportunas las palabras del Señor; pero no puso en duda su justicia ni vaciló en su obediencia. Podría haber alegado que era anciano y débil, y que no podía sacrificar al hijo que era el gozo de su vida. Podría haber recordado al Señor que esta orden contrariaba las promesas que le había hecho respecto de su hijo. Pero Abrahán obedeció sin una queja ni un reproche. Su confianza en Dios fué implícita.

La fe de Abrahán debe ser nuestro ejemplo; sin embargo, cuán pocos soportarán pacientemente una simple reprensión por los pecados que hacen peligrar su bienestar eterno. Cuán pocos reciben la corrección con humildad y aprovechan de ella. La exigencia de Dios respecto de nuestra fe, nuestros servicios y nuestros afectos, debe recibir una respuesta alegre. Tenemos una deuda infinita para con el Señor y debemos cumplir sin vacilación el menor de sus requerimientos. Para violar los mandamientos, no es necesario que pisoteemos todo el código moral. Si despreciamos un precepto, somos transgresores de la ley sagrada. Pero si queremos ser fieles observadores de los mandamientos, debemos observar estrictamente todo lo que Dios nos ha impuesto.

Dios permitió que su propio Hijo sufriese la muerte a fin de satisfacer la penalidad de la transgresión de la ley; por tanto, ¿cómo tratará a aquellos que, frente a toda esta evidencia, se aventuran en la senda de la desobediencia después de haber recibido la luz de la verdad? El hombre no tiene derecho a presentar su conveniencia o sus necesidades en este asunto. Dios proveerá; el que alimentó a Elías a orillas del arroyo, haciendo de un cuervo su mensajero, no dejará a sus fieles sufrir por falta de alimento. [504]

El Salvador preguntó a sus discípulos, que estaban apremiados por la pobreza, por qué se acongojaban acerca de lo que debían comer y cómo habían de vestirse. Les dijo: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?”

Les señaló las hermosas flores, formadas y matizadas por una mano divina, diciendo: "Y por el vestido ¿por qué os congojáis? Reparad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" Mateo 6:26, 28-30.

¿Dónde está la fe del pueblo de Dios? ¿Por qué sienten sus miembros tanta duda y desconfianza respecto de Aquel que provee a sus necesidades y los sostiene por su fuerza? El Señor probará la fe de su pueblo; mandará reprensiones, que serán seguidas por aflicciones, si no se escuchan estas advertencias. Quebrantará el fatal letargo del pecado a cualquier precio en aquellos que se han apartado de su fidelidad a él, y los despertará para que comprendan cuál es su deber.

Hermano mío, su alma debe ser vivificada y ampliada su fe. Vd. ha justificado durante tanto tiempo su desobediencia por un motivo u otro, que su conciencia, arrullada en el descanso, ha cesado de recordarle sus errores. Ha seguido durante tanto tiempo su propia conveniencia respecto de la observancia del sábado, que su mente, encallecida, ya no es susceptible de ser impresionada respecto de su conducta desobediente; sin embargo, por haberse puesto Vd. mismo en esa condición, no es por eso menos responsable. Empiece en seguida a obedecer los mandamientos divinos y a confiar en Dios. No provoque su ira, no sea que le visite con terrible castigo. Vuelva a él antes que sea demasiado tarde, y halle perdón para su desobediencia. El es rico y abundante en misericordia; le dará su
[505] paz y aprobación, si Vd. se allega a él con humilde fe.

La preparación para la venida de Cristo*

En la reciente visión que me fué dada en Battle Creek, durante nuestra reunión general, se me mostró el peligro que corremos como pueblo, de llegar a asemejarnos al mundo más bien que a la imagen de Cristo. Estamos ahora en los mismos umbrales del mundo eterno; pero es el propósito del adversario de las almas inducirnos a postergar la terminación del tiempo. Satanás asaltará de toda manera posible a los que profesan ser el pueblo que guarda los mandamientos de Dios y espera la segunda aparición de nuestro Salvador en las nubes de los cielos con poder y grande gloria. Inducirá a tantos como pueda a postergar el día malo, a identificarse en espíritu con el mundo y a imitar sus costumbres. Me sentí alarmada al ver que el espíritu del mundo estaba dominando los corazones y las mentes de muchos que hacen alta profesión de la verdad. Albergan el egoísmo y la complacencia propia; pero no cultivan la verdadera piedad ni la estricta integridad.

El ángel de Dios me señaló a los que profesan la verdad, y con voz solemne repitió estas palabras: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad pues, orando en todo tiempo, que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre." Lucas 21:34-36.

Al considerar el poco tiempo que nos queda, debiéramos velar y orar como pueblo, y en ningún caso dejarnos distraer de la solemne [506] obra de preparación para el gran acontecimiento que nos espera. Porque el tiempo se alarga aparentemente, muchos se han vuelto descuidados e indiferentes acerca de sus palabras y acciones. No comprenden su peligro, y no ven ni entienden la misericordia de nuestro Dios al prolongar el tiempo de gracia a fin de que tengan oportunidad de adquirir un carácter digno de la vida futura e inmor-

*Testimonios para la Iglesia 4:306-313 ((1879).

tal. Cada momento es del más alto valor. Se les concede tiempo, no para que lo dediquen a estudiar sus propias comodidades y a transformarse en moradores de la tierra, sino para que lo empleen en la obra de vencer todo defecto de su carácter, y en ayudar a otros, por su ejemplo y esfuerzo personal, a ver la belleza de la santidad. Dios tiene en la tierra un pueblo que con fe y santa esperanza está siguiendo el rollo de la profecía que rápidamente se cumple, y cuyos miembros están tratando de purificar sus almas obedeciendo a la verdad, a fin de no ser hallados sin manto de boda cuando Cristo aparezca.

Influencia de la fijación de fechas

Muchos de los que tomaron el nombre de adventistas han incurrido en el error de fijar fechas para la venida de Cristo. Lo han hecho repetidas veces, pero el resultado ha sido cada vez el fracaso. Se nos declara que el tiempo definido de la venida de nuestro Señor está fuera del alcance de los mortales. Aun los ángeles que ministran a los que han de ser herederos de la salvación no conocen ni el día ni la hora. "Empero del día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo." Mateo 24:36. Por haber pasado repetidas veces la fecha fijada por algunos, el mundo se encuentra en un estado de incredulidad más decidida que antes con respecto al próximo advenimiento de Cristo. El mundo considera con digusto el fracaso de los que fijaron fechas; y porque hubo hombres que se dejaron seducir de este modo, muchos se apartan de la verdad presentada por la Palabra de Dios según la cual el fin de todas las
[507] cosas está cercano.

Los que tan presuntuosamente predican una fecha definida satisfacen, al hacerlo, al adversario de las almas, porque promueven la incredulidad más bien que el cristianismo. Mediante textos de las Escrituras erróneamente interpretados, presentan una cadena de argumentos que aparentemente sostienen su teoría. Pero sus fracasos demuestran que son falsos profetas, que no interpretan correctamente el lenguaje de la Inspiración. La Palabra de Dios es verdad y certidumbre, pero los hombres han pervertido su significado. Esos errores han desprestigiado la verdad de Dios para estos últimos días. Los ministros de todas las denominaciones ridiculizan a los

adventistas; sin embargo, los siervos de Dios no deben callar. Las señales predichas en la profecía se están cumpliendo rápidamente en derredor nuestro. Esto debe inducir a todo aquel que sigue verdaderamente a Cristo a actuar con celo.

Los que creen que deben predicar una fecha definida a fin de hacer impresión sobre la gente, no actúan de acuerdo con el debido punto de vista. Desde 1844, la fijación de una fecha no ha sido una prueba, y no volverá a serlo. El Señor me ha mostrado que el mensaje del tercer ángel debe progresar y proclamarse a los dispersos hijos del Señor, pero que no ha de depender de una fecha. Vi que algunos eran presa de un entusiasmo falso producido por la predicación referente a fechas; pero el mensaje del tercer ángel es más fuerte de lo que puede serlo el anunció de tales fechas. Vi que este mensaje puede subsistir sobre su propio fundamento y no necesita fechas para fortalecerse; que avanzará con gran poder, hará su obra y será abreviado en justicia.[*] Los sentimientos de los oyentes se pueden conmover y despertarse sus temores; pero no obran basados en buenos principios. Se crea excitación, y cuando pasa la fecha, como ha sucedido repetidas veces, los que se conmovieron por la proximidad de la misma, recaen en la frialdad, las tinieblas y el pecado, y es casi imposible despertar su conciencia sin recurrir a alguna gran excitación.

En el tiempo de Noé, los habitantes del mundo se burlaban de lo que llamaban los temores y presentimientos supersticiosos del predicador de la justicia. Se lo denunciaba como un visionario, fanático y alarmista. [508] "Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre." Mateo 24:37. Los hombres rechazarán en nuestra época el solemne mensaje de amonestación como lo rechazaron en el tiempo de Noé. Se referirán a esos falsos maestros que predijeron el acontecimiento y citaron la fecha definida, y dirán que no tienen más fe en nuestra advertencia que en la de ellos. Tal es la actitud del mundo hoy. La incredulidad está muy difundida y la predicación de la venida de Cristo es asunto de burla y ridículo. Esto contribuye a que sea tanto más esencial que los que creen en la verdad presente manifiesten su fe por sus obras. Deben ser santificados por la verdad

[*] Early Writings, 75 (1871).

que profesan creer porque son en verdad sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

Noé predicó a sus contemporáneos que Dios les daría ciento veinte años en los cuales podrían arrepentirse de sus pecados y hallar refugio en el arca. Pero ellos rechazaron la misericordiosa invitación. Les fué concedido abundante tiempo para apartarse de sus pecados, vencer sus malas costumbres y adquirir un carácter justo. Pero la inclinación al pecado, aunque débil al principio en muchos, se fortaleció por la repetida participación en el pecado, y los precipitó a una ruina irreparable. La misericordiosa amonestación de Dios fué rechazada con mofas, burlas y ridículo; y ellos fueron dejados en tinieblas para seguir el curso que su corazón pecaminoso había escogido. Pero su incredulidad no impidió que se cumpliese el acontecimiento predicho. Llegó, y grande fué la ira de Dios, que se apreció en la ruina general.

Estas palabras de Cristo deben grabarse en el corazón de todos los que creen la verdad presente: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día." Lucas 21:34. Cristo mismo nos presenta el peligro que nos acecha. El conocía los riesgos que encontraríamos en estos postreros días y quería que nos preparásemos. "Mas como los días de Noé, así será
[509] la venida del Hijo del hombre." Mateo 24:37. Estaban comiendo y bebiendo, plantando y edificando, casándose y dándose en matrimonio, y no conocieron hasta el día que Noé entró en el arca y el diluvio vino y los barrió a todos.

El día de Dios encontrará a los hombres absortos igualmente en los negocios y placeres del mundo, en banquetes y glotonerías, y en la complacencia del apetito pervertido, en el consumo contaminador de bebidas y de narcótico tabaco. Tal es ya la condición de nuestro mundo, y estas prácticas se encuentran hasta en los que profesan pertenecer al pueblo de Dios, algunos de los cuales siguen las costumbres del mundo y participan de sus pecados. Abogados, mecánicos, agricultores, negociantes y aun ministros claman desde el púlpito: "Paz y seguridad" (1 Tesalonicenses 5:3), cuando la destrucción está por sobrevenirles.

Fe y diligencia

El creer en la próxima venida del Hijo del hombre en las nubes de los cielos no inducirá a los verdaderos cristianos a ser descuidados y negligentes en los asuntos comunes de la vida. Los que aguardan la pronta aparición de Cristo no estarán ociosos. Por lo contrario, serán diligentes en sus asuntos. No trabajarán con negligencia y falta de honradez sino con fidelidad, presteza y esmero. Los que se lisonjean de que el descuido y la negligencia en las cosas de esta vida son evidencia de su espiritualidad y de su separación del mundo, incurren en un gran error. Su veracidad, fidelidad e integridad se prueban mediante las cosas temporales. Si son fieles en lo poco, lo serán en lo mucho.

Se me mostró que es en esto donde muchos no soportan la prueba. Desarrollan su verdadero carácter en el manejo de las preocupaciones temporales. Son infieles, maquinadores y deshonestos en su trato con sus semejantes. No consideran que su derecho a la vida futura e inmortal depende de cómo se conducen en los asuntos de la presente, y que la más estricta integridad es indispensable para la formación de un carácter justo. En todas nuestras filas se [510]
práctica la falta de honradez; y ésta es la causa de la tibieza que notamos en muchos de los que profesan creer la verdad. Estos no están relacionados con Cristo y están engañando sus propias almas. Me duele declarar que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado.

Conocidos por sus frutos

Se me llamó la atención al sermón de Cristo sobre el monte. Allí tenemos la orden del gran Maestro: "Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque ésta es la ley y los profetas." Mateo 7:12. Esta orden de Cristo es de la más alta importancia, y debe ser estrictamente acatada. Es como manzanas de oro en canastillos de plata. ¿Cuántos cumplen en su vida el principio que Cristo ordenó allí, y obran con otros como quisieran que se obrase con ellos en circunstancias similares? Lector, tenga a bien contestar.

Un hombre honrado, según la medida de Cristo, es el que manifiesta integridad inquebrantable. Las pesas engañosas y las balanzas falsas con que muchos tratan de incrementar sus intereses en el mundo, son abominación a la vista de Dios. Sin embargo, muchos de los que profesan guardar los mandamientos de Dios trabajan con pesas y balanzas falsas. Cuando un hombre está verdaderamente relacionado con Dios y guarda su ley en verdad, su vida lo revelará, porque todas sus acciones estarán en armonía con las enseñanzas de Cristo. No venderá su honra por ganancia. Sus principios se basan en el fundamento seguro, y su conducta en asuntos mundanales es un trasunto de sus principios. La firme integridad resplandece como el oro entre la escoria y la basura del mundo. Se puede pasar por alto y ocultar a los ojos de los hombres el engaño, la mentira y la infidelidad, pero no a los ojos de Dios. Los ángeles del Señor, que vigilan el desarrollo de nuestro carácter y pesan nuestro valor moral,
[511] registran en los libros del cielo estas transacciones menores que revelan el carácter. Si un obrero es infiel en las vocaciones diarias de la vida, y descuida su trabajo, el mundo no lo juzgará incorrectamente si estima su norma religiosa de acuerdo con su norma comercial.

"El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto." Lucas 16:10. No es la magnitud de un asunto lo que hace que sea justo o injusto. Así como un hombre trata con sus semejantes, tratará con Dios. El que es infiel en las riquezas injustas, no recibirá nunca las riquezas verdaderas. Los hijos de Dios no deben dejar de recordar que en todas sus transacciones comerciales son probados y pesados en la balanza del santuario.

Cristo dijo: "No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos." "Así que, por sus frutos los conoceréis." Mateo 7:18, 20. Los hechos de la vida de un hombre son los frutos que lleva. Si es infiel, y le falta honradez en las cosas temporales, produce espinas y cardos; será infiel en la vida religiosa y robará a Dios en los diezmos y las ofrendas.

La Biblia condena en los términos más enérgicos toda mentira, trato falso e improbidad. Lo bueno y lo malo se manifiestan claramente. Pero se me mostró que el pueblo de Dios se ha puesto sobre el terreno del enemigo, ha cedido a sus tentaciones y ha seguido sus designios hasta que sus sensibilidades han quedado terriblemente

embotadas. Una ligera desviación de la verdad, una pequeña variación de los requisitos de Dios no se considera tan pecaminosa cuando entraña ganancia o pérdida pecuniaria. Pero el pecado es pecado, ya lo cometa el millonario o el mendigo de la calle. Los que obtienen propiedades por medio de la falsedad están trayendo condenación sobre su alma. Todo lo que se obtiene por medio del engaño y el fraude, será tan sólo una maldición para quien lo reciba.

Adán y Eva sufrieron las terribles consecuencias resultantes de desobedecer la orden expresa de Dios. Podrían haber razonado: Este [512] es un pecado muy pequeño, y nunca será tenido en cuenta. Pero Dios trató el asunto como un mal temible, y la desgracia de su transgresión se sentirá a través de todos los tiempos. En la época en que vivimos, los que profesan ser hijos de Dios cometen con frecuencia pecados de mayor magnitud. En las transacciones comerciales, los que profesan ser hijos de Dios dicen mentiras, obran en consecuencia, y atraen el desagrado de Dios sobre ellos y el oprobio sobre su causa. La menor desviación de la veracidad y la rectitud es una transgresión de la ley de Dios.

El participar continuamente en el pecado acostumbra a la persona a hacer mal, pero no disminuye el carácter gravoso del pecado. Dios estableció principios inmutables que él no puede cambiar sin revisar toda su naturaleza. Si la Palabra de Dios fuese estudiada fielmente por todos los que profesan creer la verdad, éstos no serían enanos en las cosas espirituales. Los que desprecian los requerimientos de Dios en esta vida no respetarían su autoridad si estuviesen en el cielo.

La Biblia es una guía infalible

Toda especie de inmoralidad queda claramente delineada en la Palabra de Dios, y se nos exponen sus resultados. El ceder a las pasiones inferiores se nos presenta en su carácter más repugnante. Nadie, por obscuro que sea su entendimiento, necesita errar. Pero se me ha mostrado que muchos de los que profesan andar en todos los mandamientos de Dios albergan este pecado. Dios juzgará a cada hombre por su Palabra.

Dijo Cristo: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan

testimonio de mí." Juan 5:39. La Biblia es una guía infalible. Exige perfecta pureza en palabras, pensamientos y acciones. Únicamente los que tengan un carácter virtuoso y sin mancha podrán entrar en la presencia de un Dios puro y santo. Si se estudia y obedece la
[513] Palabra de Dios, guiará a los hombres, así como los israelitas fueron conducidos por una columna de fuego de noche y una columna de nube de día. La Biblia es la voluntad de Dios expresada al hombre. Es la única norma perfecta de carácter y señala el deber del hombre en toda circunstancia de la vida. En ésta hay muchas responsabilidades que recaen sobre nosotros, cuyo descuido no sólo nos ocasionará sufrimientos a nosotros mismos, sino que causará pérdida a otros.

Hombres y mujeres que profesan reverenciar la Biblia y seguir sus enseñanzas, dejan de cumplir en muchos respectos lo que ella exige. En la educación de los niños siguen su propia naturaleza perversa más bien que la revelada voluntad de Dios. Este descuido del deber entraña la pérdida de millares de almas. La Biblia traza reglas para la correcta disciplina de los niños. Si los hombres siguiesen estos requerimientos de Dios, veríamos hoy aparecer en el escenario de acción una clase de jóvenes muy diferente. Pero los padres que profesan creer la Biblia y seguirla, obran de una manera directamente contraria a sus enseñanzas. Oímos el clamor de tristeza y angustia de parte de padres y madres, que lamentan la conducta de sus hijos sin darse cuenta de que ellos están trayendo esa tristeza y angustia sobre sí mismos y arruinando a sus hijos por su erróneo cariño. No se percatan de las responsabilidades que Dios les dió en cuanto a inculcar en sus hijos hábitos correctos desde la infancia.

Padres, sois en extenso grado responsables de las almas de vuestros hijos. Muchos descuidan su deber durante los primeros años de la vida de éstos, pensando que cuando lleguen a ser mayores tendrán entonces mucho cuidado para reprimir lo malo y educarlos en lo bueno. Pero la época en que deben llevar a cabo esta obra es cuando los niños son tiernos lactantes en sus brazos. No es correcto que los padres mimen y echen a perder a sus hijos; ni tampoco es correcto que los maltraten. Una conducta firme, decidida y recta producirá
[514] los mejores resultados.

Injertados en Cristo*

Cristo, en su enseñanza a sus discípulos, les dijo: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto." Juan 15:1, 2. El que está unido con Cristo y participa de la savia y la nutrición de la vid, realizará las obras de Cristo. Debe estar en él el amor de Cristo, o no puede estar en la Vid. El amor supremo hacia Dios, y el amor hacia nuestro prójimo, igual al que tenemos para con nosotros mismos, es la base de la verdadera religión.

Cristo pregunta a cada uno de los que profesan su nombre: "¿Me amas tú?" Si amamos a Jesús, amaremos las almas por las cuales murió. Puede ser que alguien no tenga un aspecto muy agradable, tal vez sea deficiente en muchos respectos; pero si tiene fama de honrado e íntegro, conquistará la confianza de los demás. El amor a la verdad y la confianza que los hombres pueden depositar en él superarán los rasgos objetables de su carácter. El ser dignos de confianza en nuestro puesto y vocación, el estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos para beneficio de los demás, impartirá paz al espíritu y nos brindará el favor de Dios.

Los que quieran andar detenidamente en las pisadas de su abnegado Redentor reflejarán en su manera de ser la de Cristo. La pureza y el amor de Cristo resplandecerán en su vida diaria y su carácter, y la mansedumbre y la verdad guiarán sus pies. Toda rama fructífera se podará para que dé más fruto. Aun las ramas fructíferas pueden ostentar demasiado follaje, y aparentar lo que en realidad no son. Los seguidores de Cristo pueden hacer alguna obra para el Maestro, y sin embargo no estar haciendo ni la mitad de lo que podrían hacer. [515] El los poda entonces, porque la mundanalidad, la indulgencia propia y el orgullo se están manifestando en su vida. Los viñadores cortan los pámpanos sobrantes de las vides y los zarcillos que se aferran a

*Testimonios para la Iglesia 4:353-355 (1879). (Del cap. "La integridad en los negocios.")

la maleza de la tierra, y así las hacen más fructíferas. Estas causas de estorbo deben eliminarse y debe cortarse todo lo defectuoso que ha crecido demás, para dejar lugar a los rayos sanadores del Sol de Justicia.

Dios quiso que por medio de Cristo el hombre caído tuviese otra oportunidad. Muchos no entienden el propósito para el cual fueron creados. Lo fueron para beneficiar a la humanidad y glorificar a Dios, más bien que para gozar de sí mismos y glorificarse. Dios poda constantemente a su pueblo y corta las ramas que se extienden profusamente, a fin de que lleven frutos para su gloria y no produzcan solamente hojas. Dios nos poda mediante el pesar, las desilusiones y la aflicción, a fin de que disminuya el desarrollo de los rasgos perversos del carácter, y para que los rasgos superiores tengan oportunidad de desarrollarse. Debemos renunciar a los ídolos, debe enternecérsenos la conciencia, las meditaciones de nuestro corazón deben convertirse en espirituales, y todo el carácter debe adquirir simetría. Los que realmente desean glorificar a Dios, agradecerán si todos los ídolos y pecados quedan expuestos, a fin de poder ver estos males y desecharlos; pero el corazón dividido deseará complacencia más bien que abnegación.

La rama aparentemente seca, al conectarse con la vid viviente, llega a formar parte de ella. Fibra tras fibra y vena tras vena se van adhiriendo a la vid, hasta que deriva de la cepa madre su vida y nutrición. El injerto brota, florece y fructifica. El alma, muerta en sus delitos y pecados, debe experimentar un proceso similar a fin de quedar reconciliada con Dios, y participar de la vida y del gozo de Cristo. Así como el injerto recibe vida cuando se une a la vid, el pecador participa de la naturaleza divina cuando se relaciona con Dios. El hombre finito queda unido con el Dios infinito. Cuando
[516] estamos así unidos, las palabras de Cristo *moran* en nosotros y no somos ya impulsados por sentimientos espasmódicos, sino por principios vivos y permanentes. Debemos meditar en las palabras de Cristo, apreciarlas y atesorarlas en el corazón. No debemos repetirlas como loros, sin darles cabida en la memoria ni dejarles ejercer influencia sobre el corazón y la vida.

Así como el pámpano debe permanecer en la vid para obtener la savia vital que lo hace florecer, los que aman a Dios y guardan todos sus dichos deben permanecer en su amor. Sin Cristo no podemos

subyugar un solo pecado ni vencer la menor tentación. Muchos necesitan el Espíritu de Cristo y su poder para iluminar su entendimiento, tanto como el ciego Bartimeo necesitaba su vista natural. "Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí." Juan 15:4. Todos los que están realmente en Cristo experimentarán el beneficio de esta unión. El Padre los acepta en el Amado, y se transforman en el objeto de su solicitud y tierno y amante cuidado. Esta relación con Cristo resultará en la purificación del corazón, y en una vida circunspecta y un carácter sin tacha. El fruto que llevará el árbol cristiano es "caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza." Gálatas 5:22, 23. [517]

Una lección de humildad*

Jesús, el amado Salvador, ha dado a todos notables lecciones de humildad, pero especialmente al ministro evangélico. En su humillación, cuando su obra en la tierra estaba casi terminada y estaba por volver al trono de su Padre, de donde había venido con toda la potestad en sus manos y con toda la gloria sobre su frente, entre las últimas lecciones que dió a sus discípulos hubo una sobre la importancia de la humildad. Mientras éstos contendían en cuanto a quién sería el mayor en el reino prometido, se ciñó como siervo y lavó los pies de aquellos que le llamaban Señor y Maestro.

Casi había terminado su ministerio; le quedaban tan sólo unas pocas lecciones más que impartir. Y a fin de que nunca olvidasen la humildad del Cordero de Dios, puro y sin mancha, el que iba a ofrecer en favor del hombre el sacrificio más grande y eficaz se humilló y les lavó los pies a los discípulos. Nos beneficiará a todos, pero especialmente a nuestros ministros en general, el recordar frecuentemente las escenas finales de la vida de nuestro Redentor. Aquí, asediados de tentaciones como él lo fué, podemos todos aprender lecciones de la mayor importancia para nosotros.

Sería bueno que dedicásemos una hora de meditación cada día para repasar la vida de Cristo desde el pesebre hasta el Calvario. Debemos considerarla punto por punto, y dejar que la imaginación capte vívidamente cada escena, especialmente las finales de su vida terrenal. Al contemplar así sus enseñanzas y sus sufrimientos, y el sacrificio infinito que hizo para la salvación de la familia humana, podemos fortalecer nuestra fe, vivificar nuestro amor, compenetrarnos
[518] más profundamente del espíritu que sostuvo a nuestro Salvador.

Si queremos ser salvos al fin, debemos aprender todos, al pie de la cruz, la lección de penitencia y fe. Cristo sufrió la humillación para salvarnos de la desgracia eterna. Consintió en que sobre él recayesen el desprecio, las burlas y los ultrajes, a fin de protegernos.

*Testimonios para la Iglesia 4:373-375 (1879). (Del cap. “La consagración de los ministros.”)

Fué nuestra transgresión lo que reunió en derredor de su alma divina el velo de las tinieblas, y le arrancó su clamor, como de quien fuese herido y abandonado de Dios. Llevó nuestros pesares; fué afligido por nuestros pecados. Se hizo ofrenda por el pecado, a fin de que pudiésemos ser justificados delante de Dios por su medio. Todo lo noble y generoso que hay en el hombre responderá a la contemplación de Cristo en la cruz.

Anhelo ver a nuestros ministros espaciándose más en la cruz de Cristo, mientras sus propios corazones se enternecen y subyugan ante el amor incomparable del Salvador, quien realizara este sacrificio infinito. Si, en relación con la teoría de la verdad, nuestros ministros se espaciasen más en la piedad práctica, hablando con el corazón impregnado del espíritu de la misma, veríamos a muchas más almas acudir al estandarte de la verdad; sus corazones se conmoverían gracias a las súplicas de la cruz de Cristo, la generosidad infinita y la compasión de Jesús al sufrir por el hombre. Estos temas vitales, en relación con los puntos doctrinales de nuestra fe, harían mucho bien a la gente. El corazón del maestro debe rebosar de un conocimiento experimental del amor de Cristo.

El poderoso argumento de la cruz convencerá de pecado. El amor divino de Dios hacia los pecadores, expresado en el don de su Hijo para que sufriese la vergüenza y la muerte a fin de que ellos pudiesen ser ennoblecidos y dotados de la vida eterna, es digno de que se lo estudie toda la vida. Os ruego que estudiéis de nuevo la cruz de Cristo. Si todos los orgullosos y vanagloriosos, cuyo corazón anhela recibir el aplauso de los hombres y alcanzar distinción por encima de sus semejantes, pudiesen estimar correctamente el valor de la más alta gloria terrenal en contraste con el valor del Hijo de Dios, [519] rechazado, despreciado y escupido por aquellos mismos a quienes había venido a redimir, ¡cuán insignificantes parecerían todos los honores que puede conceder el hombre finito!

En la Palabra de Dios se tratan deberes cuyo cumplimiento mantendrá al pueblo de Dios humilde y separado del mundo y le impedirá apostatar como las iglesias nominales. El lavamiento de los pies y la participación en la cena del Señor deben practicarse con más frecuencia. Jesús nos dió el ejemplo y nos dijo que hiciésemos como él nos dijo. Vi que su ejemplo debe seguirse tan exactamente como sea posible; pero los hermanos no han obrado siempre tan

juiciosamente como debieran hacerlo al lavarse los pies, y se ha producido confusión. Este rito debe introducirse en lugares nuevos con cuidado y prudencia, especialmente donde la gente no está informada acerca del ejemplo y las enseñanzas de nuestro Señor al respecto, y donde se tienen prejuicios contra esta práctica. Muchas almas sinceras, debido a la influencia de sus maestros anteriores en quienes tenían confianza, manifiestan mucho prejuicio contra este claro deber, y se les debe presentar el tema en el momento y de la
[520] manera más convenientes.*

*Esta recomendación de que se celebrasen los ritos "con más frecuencia" y que hubiese uniformidad en la práctica para reemplazar la "confusión" que existía entonces en algunos lugares, fué dada en 1853. Dió como resultado la celebración trimestral de los servicios de la comunión en las iglesias adventistas del séptimo día. Estas reuniones debían ser dirigidas con orden y decoro.—F. P. W. Early Writings, 116, 117 (1854).

El juicio*

En la mañana del 23 de octubre de 1879, a eso de las dos, el Espíritu del Señor descansó sobre mí, y contemplé escenas del juicio venidero. Las palabras me faltan para describir adecuadamente las cosas que pasaron delante de mí y el efecto que tuvieron sobre mi espíritu.

Parecía haber llegado el gran día de la ejecución del juicio de Dios. Diez mil veces diez millares estaban congregados delante de un gran trono, sobre el cual estaba sentado un personaje de majestuosa apariencia. Delante de él había varios libros y sobre las tapas de cada uno de ellos estaba escrito en letras de oro semejantes a llamas de fuego "El libro mayor del cielo." Uno de estos libros, que contenía los nombres de los que aseveran creer en la verdad, fué abierto entonces. Inmediatamente perdí de vista los incontables millones que rodeaban el trono y mi atención se dedicó únicamente a los que profesan ser hijos de la luz y la verdad. A medida que se nombraba una tras otra a estas personas, y se mencionaban sus buenas acciones, sus rostros se iluminaban con un gozo santo que se reflejaba en toda dirección. Pero esto no pareció ser lo que impresionó con más fuerza mi espíritu.

Se abrió otro libro en el cual estaban anotados los *pecados* de los que profesan la verdad. Bajo el encabezamiento del egoísmo venían todos los demás pecados. Había también encabezamientos en cada columna, y debajo de ellos, frente a cada nombre, estaban registrados en sus respectivas columnas los pecados menores. Bajo la codicia venía la mentira, el robo, los hurtos, el fraude y la avaricia; bajo la ambición venía el orgullo y la extravagancia; los celos encabezaban la lista de la malicia, la envidia y el odio; y la intemperancia, otra larga lista de crímenes terribles, como la lascivia, el adulterio, la [521] complacencia de las pasiones animales, etc. Mientras contemplaba esto me sentía abrumada de angustia indecible, y exclamé: "¿Quién puede salvarse? ¿Quién puede ser justificado delante de Dios? ¿Cú-

*Testimonios para la Iglesia 4:384-387 (1880).

yas vestiduras están sin mancha? ¿Quién está sin defecto a la vista de un Dios puro y santo?

Mientras el Ser santo que estaba sobre el trono hojeaba lentamente las páginas del libro mayor, y sus ojos se posaban un momento sobre las personas, su mirada parecía penetrar como fuego hasta sus mismas almas, y en ese momento, toda palabra y acción de sus vidas pasaba delante de sus mentes tan claramente como si hubiesen sido escritas ante su visión en letras de fuego. El temblor se apoderó de aquellas personas, y sus rostros palidecieron. Al principio, mientras rodeaban el trono, aparentaban una indiferencia negligente. Pero ¡cuán cambiadas estaban! Había desaparecido la sensación de seguridad, y en su lugar reinaba un terror indecible. Cada alma se sentía presa de espanto, no fuese que se hallara entre los que eran hallados faltos. Todo ojo se fijaba en el rostro de Aquel que estaba sentado sobre el trono; y mientras sus ojos escrutadores recorrían solemnemente la compañía, los corazones temblaban, porque se sentían condenados sin que se pronunciase una palabra. Con angustia en el alma, cada uno declaraba su propia culpabilidad, y en forma terriblemente vívida veía que al pecar había desechado el precioso don de la vida eterna.

Estorbaron la siembra

Una clase de personas estaba anotada por haber estorbado la siembra. A medida que el ojo escrutador del Juez descansaba sobre ellos, se les revelaban distintamente sus pecados y negligencia. Con labios pálidos y temblorosos reconocían que habían traicionado su santo cometido. Habían recibido advertencias y privilegios, pero no los habían escuchado ni aprovechado. Podían ver ahora que habían presumido demasiado de la misericordia de Dios. En verdad, no
[522] tenían que hacer confesiones como las de los viles, bajos y corrompidos; pero, como la higuera, eran malditos porque no llevaron frutos, porque no aprovecharon los talentos que se les había confiado.

Esta clase había hecho de su *yo* algo supremo, y había trabajado solamente en favor de sus intereses egoístas. No eran ricos para con Dios ni habían respondido a sus derechos sobre ellos. Aunque profesaban ser siervos de Cristo, no le llevaron almas. Si la causa de Dios hubiese dependido de sus esfuerzos, habría languidecido; porque no

solamente retenían los recursos que Dios les había prestado, sino que se retenían a sí mismos. Pero ahora podían ver y sentir que al mostrarse irresponsables con la obra de Dios, se habían colocado a la izquierda. Habían tenido oportunidad, pero no quisieron hacer lo que podían y debían haber hecho.

Se mencionaron los nombres de todos los que profesan la verdad. Se reprendió a algunos por su incredulidad, y a otros por haber sido perezosos. Habían dejado que otros hiciesen la obra de la viña del Señor y llevasen las más pesadas responsabilidades, mientras que ellos servían egoístamente sus propios intereses temporales. Si hubiesen cultivado la capacidad que Dios les había dado, habrían llevado fielmente las responsabilidades y habrían trabajado en favor de los intereses del Maestro. El Juez dijo: "Todos serán justificados por su fe, y juzgados por sus obras." ¡Cuán vívidamente aparecía entonces su negligencia, y cuán prudente el arreglo de Dios al dar a cada uno una obra que hacer para promover la causa y salvar a sus semejantes! Cada uno debía manifestar una fe viva entre su familia y su vecindario, revelando bondad hacia los pobres, simpatía hacia los afligidos, dedicándose a la obra misionera y ayudando a la causa de Dios con sus recursos. Pero, como en el caso de Meroz, la maldición de Dios descansaba sobre ellos por lo que no habían hecho. Habían amado el trabajo que les producía el mayor provecho en esta vida; y frente a sus nombres, en el libro mayor dedicado a las buenas obras, había un lamentable espacio en blanco. [523]

Las palabras que se dirigieron a estas personas fueron muy solemnes: "Sois pesados en la balanza y se os ha hallado faltos. Habéis descuidado las responsabilidades espirituales en favor de las actividades temporales, mientras que vuestra misma posición de confianza hacía necesario que tuvieseis sabiduría más que humana y un juicio superior al juicio finito. Lo necesitabais siquiera para cumplir la parte mecánica de vuestro trabajo; y cuando separasteis a Dios y su gloria de vuestros quehaceres, os apartasteis de su bendición."

Hallados faltos

Se hizo luego la pregunta: "¿Por qué no lavasteis las vestiduras de vuestro carácter y no las emblanquecisteis en la sangre del Cordero? Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que por

él pudiese salvarse. Mi amor hacia vosotros fué más abnegado que el amor de una madre. Para que pudiese borrarse vuestro sombrío registro de iniquidad, y ofrecerse a vuestros labios la copa de la salvación, sufrí la muerte de la cruz, llevando el peso y la maldición de vuestra culpabilidad. Soporté los dolores de la muerte y los horrores de las tinieblas de la tumba para vencer a aquel que tenía el poder de la muerte, abrir su cárcel y franquearos las puertas de la vida. Me sometí a la vergüenza y la agonía porque os amaba con amor infinito, y quería hacer volver al paraíso de Dios, al árbol de la vida, a mis ovejas extraviadas. Habéis despreciado esta vida de bienaventuranzas que compré para vosotros a un precio tan elevado. Habéis rehuído la vergüenza, el oprobio y la ignominia que llevó vuestro Maestro por vosotros. No habéis apreciado los privilegios que fueron puestos a vuestro alcance por su muerte. No quisisteis participar de sus sufrimientos, y no podéis ahora participar de su gloria."

Entonces se pronunciaron estas palabras solemnes: "El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio, ensúciese todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado
[524] todavía." Apocalipsis 22:11. El libro se cerró luego, y cayó el manto de la persona que estaba sentada sobre el trono, revelando la terrible gloria del Hijo de Dios.

La escena se disipó después y me encontré nuevamente en la tierra, inefablemente agradecida de que el día de Dios no había venido todavía, y que aún se nos concede un precioso tiempo de gracia en el cual podemos prepararnos para la eternidad.

* * * * *

Cada hora de trabajo pasa por el escrutinio de Dios, y queda anotada la fidelidad o infidelidad con que éste se realizó. Cuando el Juez se siente y los libros se abran, y cada uno sea juzgado de acuerdo con las cosas escritas en los libros, tendremos que hacer frente al registro de los momentos despilfarrados y las oportunidades no aprovechadas. El egoísmo, la envidia, el orgullo, los celos, la ociosidad, o cualquier otro pecado que se acaricie en el corazón, lo excluirán a uno de la bienaventuranza del cielo. "A quien os prestáis

vosotros mismos por siervos para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis.” Romanos 6:16.* [525]

*Testimonios para la Iglesia 4:453 (1880).

Los embajadores de Cristo*

Los embajadores de Cristo tienen una obra solemne e importante, que algunos consideran con demasiada ligereza. Mientras Cristo es ministro del santuario celestial, es también, a través de sus delegados, ministro de su iglesia en la tierra. Habla al pueblo por medio de hombres elegidos, y lleva a cabo su obra por su intermedio, como cuando, en los días de su humillación, andaba visiblemente en la tierra. Aunque han pasado siglos, el transcurso del tiempo no ha cambiado la promesa que hizo al separarse de sus discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Mateo 28:20. Desde la ascensión de Cristo hasta el presente, hombres ordenados por Dios, que derivaron su autoridad de él, han tenido que enseñar la fe. Cristo, el verdadero Pastor, dirige su obra por intermedio de estos subpastores. De modo que la posición de los que trabajan en el ministerio de la Palabra y enseñan la doctrina, viene a ser muy importante. Ruegan a la gente, en lugar de Cristo, que se reconcilie con Dios.

La gente no debe considerar a sus ministros como meros oradores, sino como embajadores de Cristo, que reciben su sabiduría y poder de la gran Cabeza de la iglesia. El pasar por alto y despreciar la palabra hablada por el representante de Cristo, es no sólo manifestar falta de respeto al hombre, sino también al Maestro que lo envió. El está en el lugar de Cristo; y la voz del Salvador debe ser oída en su representante.

Prediquemos a Cristo

Muchos de nuestros ministros han cometido un grave error al dar discursos completamente dedicados a los argumentos. Hay almas que escuchan la teoría de la verdad y quedan impresionadas por
[526] las evidencias que se presentan, y luego, si una parte del discurso revela a Cristo como Salvador del mundo, la semilla sembrada puede

*Testimonios para la Iglesia 4:393-404 (1880).

brotar y llevar fruto para gloria de Dios. Pero en muchos discursos no se presenta la cruz de Cristo ante la gente. Tal vez algunos estén escuchando el último sermón de su vida y algunos no volverán a estar en condiciones tales que se pueda volver a presentarles la cadena de verdad y darle una aplicación práctica a sus corazones. Esta oportunidad áurea se habrá perdido para siempre. Si Cristo y su amor redentor hubiesen sido ensalzados en relación con la teoría de la verdad, esto podría haberlos hecho inclinarse hacia su lado.

Más almas de las que nosotros nos imaginamos anhelan comprender cómo pueden acudir a Cristo. Muchos escuchan los sermones que se predican desde los púlpitos de las iglesias populares, y al salir no saben mejor que antes de escucharlos cómo encontrar a Jesús y la paz y el descanso que desean sus almas. Los ministros que predican el último mensaje de misericordia deben tener presente que Cristo ha de ser ensalzado como refugio del pecador. Muchos ministros piensan que no es necesario predicar el arrepentimiento y la fe con un corazón completamente subyugado por el amor de Dios; dan por sentado que sus oyentes están perfectamente familiarizados con el Evangelio, y que deben presentarles asuntos de una naturaleza diferente para retener su atención. Si sus oyentes están interesados, lo consideran como evidencia de éxito. La gente ignora mucho de lo que respecta al plan de salvación, y necesita más instrucción acerca de este asunto de suma importancia que acerca de cualquier otro.

De aquellos que se congregan para escuchar la verdad debe esperarse que deseen ser beneficiados, como lo expresaron Cornelio y sus amigos: “Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado.” Hechos 10:33.

Los discursos teóricos son esenciales para que todos conozcan la forma de la doctrina y vean la cadena de la verdad, eslabón tras [527]
eslabón, unida en un conjunto perfecto. Pero jamás debe presentarse un discurso sin presentar a Cristo y Cristo crucificado como fundamento del Evangelio, aplicando en forma práctica las verdades presentadas, y grabando en la mente el hecho de que la doctrina de Cristo no es sí y no, sino sí y amén en Cristo Jesús.

Después que se ha presentado la teoría de la verdad, entonces viene la parte ardua del trabajo. No se debe dejar a la gente sin instrucción referente a las verdades prácticas que se relacionan con su vida diaria. Los oyentes deben ver y sentir que son pecadores y

que necesitan convertirse a Dios. Lo que Cristo dijo, lo que hizo y lo que enseñó, debe presentárseles de la manera más impresionante.

La obra del ministro no hace sino empezar cuando se presenta la verdad al entendimiento de la gente. Cristo es nuestro Mediador y Sumo Sacerdote en presencia del Padre. Se reveló a Juan como el Cordero inmolado, como si hubiera estado en el mismo acto de derramar su sangre en favor del pecador. Cuando se le presenta a éste la ley de Dios, mostrándole la profundidad de sus pecados, debe señalársele el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Debe enseñársele el arrepentimiento para con el Padre y la fe para con nuestro Señor Jesucristo. Así estará la labor del representante de Jesús en armonía con la obra que nuestro Salvador realiza en el santuario celestial.

Enseñemos la piedad práctica

Los ministros alcanzarían muchos más corazones si se espaciasen más en la piedad práctica. Con frecuencia, cuando se hacen esfuerzos para introducir la verdad en campos nuevos, la labor es casi completamente teórica. La gente queda perturbada. Ve la fuerza de la verdad, y anhela obtener un fundamento seguro. Cuando se han suavizado sus sentimientos es el momento, ante todo, de presentar con instancias la religión de Cristo a la conciencia; pero demasiado
[528] a menudo se ha permitido que la serie de conferencias termine sin que se hiciera esta obra a favor de las personas que la necesitaban. Aquel esfuerzo resultó demasiado parecido a la ofrenda de Caín: no tenía la sangre expiatoria para hacerlo aceptable a Dios. Caín obraba bien al presentar una ofrenda, pero dejó a un lado todo lo que le daba valor: la sangre de la expiación.

Es un hecho triste que muchos se espacien tanto en la teoría y tan poco en la piedad práctica debido a que Cristo no mora en su corazón. No tienen relación viva con Dios. Muchas almas se deciden en favor de la verdad por el peso de la evidencia, sin haberse convertido. No se dieron discursos prácticos en relación con los doctrinales para que los oyentes viesen la hermosa cadena de la verdad, se enamoraran de su Autor y se santificaran por la obediencia. El ministro no ha consumado su obra hasta no haber convencido a sus oyentes de la

necesidad de cambiar de carácter de acuerdo con los principios puros de la verdad que han recibido.

Una religión formal es de temer, porque en ella no hay Salvador. Cristo dió discursos claros, íntimos, escrutadores y prácticos. Sus embajadores deben seguir su ejemplo en cada discurso. Cristo y su Padre eran uno; a todos los requerimientos del Padre, Cristo daba alegremente su aquiescencia. El tenía el sentir de Dios. El Redentor era el modelo perfecto. Jehová se manifestaba en él. El cielo estaba envuelto en la humanidad, y la humanidad estaba encerrada en el seno del Amor Infinito.

Si los ministros quieren sentarse con mansedumbre a los pies de Jesús, pronto obtendrán una visión correcta del carácter de Dios, y podrán también enseñar a otros. Algunos entran en el ministerio sin amar profundamente a Dios y a sus semejantes. En la vida de los tales se manifestará egoísmo y complacencia propia. Mientras estos centinelas faltos de consagración y fidelidad se están sirviendo a sí mismos en vez de alimentar la grey y de atender a sus deberes pastorales, el pueblo perece por falta de la debida instrucción. [529]

En cada discurso deben hacerse llamados fervientes a la gente para que abandone sus pecados y se vuelva a Cristo. Deben condenarse los pecados y complacencias populares de nuestra época y debe darse vigor a la piedad práctica. El ministro mismo debe alentar fervor; debe sentir en el fondo del corazón las palabras que pronuncia, y debe verse incapacitado para reprimir su preocupación por las almas de los seres humanos para quienes Cristo murió. Del Maestro se dijo: “El celo de tu casa me comió.” Juan 2:17. Y sus representantes deben sentir el mismo fervor.

Hagamos llamamientos fervientes

Un sacrificio infinito ha sido hecho en favor del hombre, pero habrá sido en vano para toda alma que no acepte la salvación. ¡Cuán importante es que el que presenta la verdad lo haga comprendiendo plenamente la responsabilidad que recae sobre él! ¡Cuán tierno, compasivo y cortés debe ser en toda su conducta al tratar con las almas de los hombres, siendo que el Redentor del mundo demostró que las apreciaba tan altamente! Cristo pregunta: “¿Quién pues es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su familia?”

Mateo 24:45. Jesús pregunta: ¿Quién? y cada ministro del Evangelio debe repetir la pregunta en su propio corazón. Al considerar las verdades solemnes, y al contemplar el cuadro trazado con respecto al mayordomo fiel y prudente, su alma debe conmoverse hasta en lo más profundo.

A cada hombre le ha sido dada su obra: a nadie se disculpa. Cada uno tiene una parte que hacer, según su capacidad; y al que presenta la verdad le incumbe desentrañar cuidadosamente y con oración la capacidad de todos los que aceptan la verdad, y luego instruirlos y conducirlos paso a paso, dejándoles sentir la carga de responsabilidad que recae sobre ellos en cuanto a hacer la obra que Dios les reserva. Se debe insistir una y otra vez acerca del hecho de que nadie podrá resistir a la tentación, responder al propósito de
[530] Dios, y vivir la vida de un cristiano, a menos que asuma su obra, sea grande o pequeña, y haga ese trabajo con fidelidad concienzuda. A todos les corresponde cierta obra además de ir a la iglesia y escuchar la Palabra de Dios. Deben practicar la verdad oída llevando a cabo sus principios en su vida diaria. Deben trabajar constantemente para Cristo, no por motivos egoístas, sino con el deseo sincero de glorificar a Aquel que hizo todo sacrificio para salvar al hombre de la ruina.

Los ministros deben inculcar a todos los que aceptan la verdad que deben tener a Cristo en sus hogares; que necesitan su gracia y sabiduría para guiar y dominar a sus hijos. Es parte de la obra que Dios les ha dejado, educar y disciplinar a estos hijos y criarlos en sumisión. Manifiéstense la bondad y la cortesía del ministro en su trato con los niños. Debe siempre tener presente que son hombres y mujeres en miniatura, miembros jóvenes de la familia del Señor. Pueden estar muy cerca del Maestro y serle muy caros, y si se los instruye y disciplina debidamente, le prestarán servicio aun en su juventud. Cristo se siente entristecido por cada palabra dura, severa y desconsiderada que se dirija a los niños. No se respetan siempre sus derechos, y se los trata con frecuencia como si no tuviesen un carácter que necesita desarrollarse debidamente a fin de no torcerse, para que el propósito de Dios no fracase en su vida.

Desde niño, Timoteo conocía las Escrituras, y este conocimiento le salvaguardó de las malas influencias que le rodeaban, y de la tentación a escoger el placer y la complacencia egoísta antes que el

deber. Todos nuestros hijos necesitan una salvaguardia tal; y debe ser parte de la obra de los padres y de los embajadores de Cristo cuidar de que los niños estén debidamente instruídos en la Palabra de Dios.

Si el ministro quiere recibir la aprobación de su Señor, debe trabajar con fidelidad para presentar a cada hombre perfecto en Cristo. No debe, por su manera de trabajar, dar la impresión de que poco le importa si los hombres aceptan o no la verdad y practican la piedad verdadera; por el contrario, la fidelidad y la abnegacion [531] manifestadas en su vida deben ser tales que convenzan al pecador de que hay intereses eternos en juego, y de que su alma está en peligro a menos que responda a la ferviente labor realizada en favor suyo. Los que han sido llevados del error y las tinieblas a la verdad y la luz, tienen que experimentar grandes cambios, y a menos que la necesidad de una reforma cabal se grabe en la conciencia, serán como el hombre que se miró en el espejo, la ley de Dios, y descubrió los defectos de su carácter moral, pero luego se fué y olvidó qué clase de hombre era. La mente debe conservar un vivo sentido de la responsabilidad, o recaerá en un estado de negligencia más completa que antes de que se la despertara.

La obra de los embajadores de Cristo es mucho mayor y de más responsabilidad de lo que muchos sueñan. Aquellos no deben quedar satisfechos con su éxito a menos que puedan, por sus fervientes labores y la bendición de Dios, presentarle cristianos útiles, que tengan un verdadero sentido de su responsabilidad, y que hagan la obra que les ha señalado. La debida labor e instrucción tendrán por resultado el poner en condición de trabajar a aquellos hombres y mujeres cuyo carácter es fuerte, y cuyas condiciones son tan firmes que no permiten que nada de un carácter egoísta los estorbe en su trabajo, disminuya su fe o los aparte del deber.

Si el ministro ha instruido debidamente a los que estaban bajo su cuidado, cuando él sale rumbo a otros campos de trabajo, la obra no se disgregará, sino que quedará firmemente unida y segura. A menos que quienes reciban la verdad se conviertan cabalmente y haya un cambio radical en su vida y carácter, el alma no estará firmemente ligada a la Roca eterna; y después que cese el trabajo del ministro, y haya pasado la novedad, la impresión se borrará, la

verdad perderá su poder fascinante, y dichas personas no ejercerán ya ninguna influencia santa, ni serán mejores por profesar la verdad.

Me asombra que teniendo delante de nosotros los ejemplos de
[532] lo que el hombre puede ser y hacer, no nos sintamos estimulados a esforzarnos para emular más las buenas obras de los justos. Todos no pueden ocupar una posición eminente; pero todos pueden ocupar puestos de utilidad y confianza, y pueden, por su fidelidad perseverante, hacer mayor bien de lo que se imaginan. Los que abrazan la verdad deben buscar una clara comprensión de las Escrituras y un conocimiento experimental de un Salvador vivo. El intelecto debe cultivarse, la memoria debe ponerse a contribución. Toda pereza intelectual es pecado y el letargo espiritual es muerte.

Dirijamos la atención hacia Cristo

¡Oh, si pudiese disponer de un lenguaje suficientemente vigoroso para hacer la impresión que quisiera causar en mis colaboradores en el Evangelio! Hermanos míos, estáis manejando las palabras de vida; estáis tratando con mentes que son capaces del más alto desarrollo si se las dirige en el debido cauce. En los discursos que se presentan hay demasiada exhibición del yo. El Cristo crucificado, el Cristo que ascendió a los cielos, el Cristo que va a volver, debe enternecer, alegrar y llenar la mente del ministro del Evangelio de tal manera que presente estas verdades a la gente con amor y fervor profundo. El ministro se perderá entonces de vista y Jesús será magnificado. La gente quedará impresionada con estos temas absorbentes, y hablará de ellos y los alabará en vez de alabar al ministro, el mero instrumento. Si la gente, mientras alaba al predicador, tiene poco interés en la Palabra, éste puede saber que la verdad no está santificando su propia alma. No habla a sus oyentes de manera que honre a Cristo y magnifique su amor.

Dijo Cristo: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Mateo 5:16. Dejad resplandecer vuestra luz de tal manera que la gloria sea para Dios en lugar de ser para vosotros mismos. Si se os dirigen alabanzas, bien podéis temblar y
[533] avergonzaros, porque se ha frustrado el gran propósito; no se ensalza a Dios sino al siervo. *Así brille vuestra luz;* tened cuidado, ministros

de Cristo de qué manera brilla vuestra luz. Si refulge hacia el cielo revelando la excelencia de Cristo, brilla correctamente. Si se vuelve hacia vosotros, si os exhibís a vosotros mismos, e inducís a la gente a miraros, sería mejor que os callaseis, porque vuestra luz brilla falsamente.

Ministros de Cristo, podéis estar relacionados con Dios si veláis y oráis. Sean vuestras palabras sazonadas con sal; rijan vuestra conducta la cortesía cristiana y la verdadera elevación. Si la paz de Dios reina en el corazón, su poder no sólo fortalecerá, sino que enternecerá vuestro corazón y seréis representantes vivos de Cristo. El pueblo que profesa la verdad está apartándose de Dios. Jesús va a venir pronto, y dicho pueblo no está listo. El mismo ministro debe alcanzar una norma más alta, una fe señalada con mayor firmeza, una experiencia viva, no árida y vulgar, como la de los que profesan nominalmente la religión.

La Palabra de Dios os presenta un blanco muy alto. ¿Queréis, por ayuno y oración, alcanzar la plenitud y solidez del carácter cristiano? Debéis trazar sendas rectas para vuestros pies, no sea que los cojos se aparten del camino. Una relación estrecha con Dios os proporcionará en vuestras labores un poder vital que despierta confianza y convence de pecado al pecador, induciéndolo a clamar: "¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?" Hechos 16:30.

La comisión dada por Cristo a sus discípulos, precisamente antes de su ascensión al cielo, era: "Por tanto, id, y doctrinad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Mateo 28:19, 20. La comisión alcanza a aquellos que crean en su Palabra por medio de sus discípulos. Y todos los que son llamados por Dios a ocupar el puesto de embajadores suyos deben recibir las lecciones de piedad práctica que dió Cristo en su [534]
Palabra, y enseñarlas a la gente.

Cristo abrió las Escrituras a sus discípulos, empezando por Moisés y los profetas, y los instruyó en todas las cosas relativas a él mismo, y también les explicó las profecías. En su predicación, los apóstoles se remontaron hasta el día de Adán, y llevaron a sus oyentes a través de la historia profética y, terminando con Cristo y Cristo crucificado, invitaron a los pecadores a apartarse de sus pecados

y volverse a Dios. Los representantes de Cristo en nuestra época deben seguir su ejemplo, y en todo discurso deben ensalzar a Cristo como el Ser exaltado, como el que lo es todo en todos.

Un ministerio consagrado

No sólo el formalismo se está posesionando de las iglesias nominales, sino que está aumentando en grado alarmante entre aquellos que profesan observar los mandamientos de Dios y esperar la pronta aparición de Cristo en las nubes de los cielos. No debemos ser estrechos en nuestras miras y limitar nuestras facilidades de hacer bien, sino que, mientras extendemos nuestra influencia y ampliamos nuestros planes a medida que la Providencia nos prepara el camino, debemos ser más fervientes para evitar la idolatría del mundo. Mientras hacemos mayores esfuerzos para aumentar nuestra utilidad, debemos hacer esfuerzos correspondientes para obtener sabiduría de Dios a fin de llevar adelante todos los ramos de la obra según su orden, y no desde un punto de vista mundanal. No debemos amoldarnos a las costumbres del mundo, sino sacar el mejor partido de las facilidades que Dios ha puesto a nuestro alcance para presentar la verdad a la gente.

Cuando, como pueblo, nuestras obras correspondan a nuestra profesión, veremos realizarse mucho más que ahora. Cuando tengamos hombres tan consagrados como Elías, poseedores de la fe que él poseía, veremos que Dios se revelará a nosotros, como se manifestó
[535] a los santos hombres de antaño. Cuando tengamos hombres que, aunque reconociendo sus deficiencias, intercedan ante Dios con fe ferviente como Jacob, veremos los mismos resultados. El poder de Dios descenderá sobre el hombre en respuesta a la oración de fe.

Hay poca fe en el mundo. Son pocos los que viven cerca de Dios. ¿Y cómo podemos esperar que recibiremos más poder y que Dios se revelará a los hombres, cuando se maneja su Palabra con negligencia y los corazones no se santifican por la verdad? Hay hombres que no están siquiera convertidos a medias, que confían en sí mismos y se creen suficientes por su carácter, y predican la verdad a otros. Pero Dios no obra con ellos, porque no son santos en su corazón ni en su vida. No andan humildemente con Dios. Debemos tener un

ministerio consagrado, y entonces veremos la luz de Dios y su poder favorecerá todos nuestros esfuerzos.

Los centinelas colocados antaño sobre los muros de Jerusalén y otras ciudades ocupaban una posición de la mayor responsabilidad. De su fidelidad dependía la seguridad de todos los habitantes de aquellas ciudades. Cuando se temía un peligro, ellos no debían callar ni de día ni de noche. A intervalos debían llamarse uno a otro, para ver si estaban despiertos, no fuese que le ocurriese daño a alguno de ellos. Se colocaban centinelas sobre alguna eminencia que dominaba los lugares importantes que debían guardarse, y de ellos se elevaba el clamor de amonestación o de buen ánimo. Este clamor se transmitía de una boca a otra; cada uno repetía las palabras, hasta que daba la vuelta entera a la ciudad.

Estos atalayas representan el ministerio, de cuya fidelidad depende la salvación de las almas. Los dispensadores de los misterios de Dios deben estar como atalayas sobre los muros de Sión; y si ven llegar la espada, deben dar la amonestación. Si son centinelas dormidos y sus sentidos espirituales están tan embotados que no ven el peligro ni se dan cuenta de él y la gente perece, Dios les demandará la sangre de ésta.

[536] "Hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel: oirás pues tú la palabra de mi boca, y amonestarlos has de mi parte." Ezequiel 3:17. Los atalayas necesitan vivir muy cerca de Dios, oír su palabra y ser impresionados por su Espíritu, para que la gente no confíe en ellos en vano. "Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás: y tú no le amonestares, ni le hablares, para que el impío sea apercibido de su mal camino, a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, mas su sangre demandaré de tu mano. Y si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad, y de su mal camino, él morirá por su maldad, y tú habrás librado tu alma." Ezequiel 3:18, 19. Los embajadores de Cristo deben cuidar de no perder, por su infidelidad, su propia alma y la de aquellos que los oyen.

Se me han mostrado las iglesias que en diferentes estados profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la segunda venida de Cristo. Se advierte en ellas una indiferencia alarmante, como también orgullo, amor al mundo y una fría formalidad. Constituyen el pueblo que se está volviendo rápidamente como el antiguo Israel en cuanto concierne a la falta de espiritualidad. Muchos hacen alta

profesión de piedad, y sin embargo carecen de dominio propio. En ellos rigen los apetitos y pasiones, y el yo predomina. Muchos son arbitrarios, intransigentes, intolerantes, orgullosos, jactanciosos y sin consagración. Sin embargo, algunas de estas personas son ministros que manejan verdades sagradas. A menos que se arrepientan, su candelero será quitado de su lugar. La maldición que el Salvador pronunció sobre la higuera estéril es un sermón dirigido a todos los formalistas e hipócritas jactanciosos que se presentan ante el mundo cubiertos de hojas orgullosas pero que no dan fruto. ¡Qué reprensión para los que tienen la forma de la piedad, mientras que en su vida sin cristianismo niegan la eficacia de ella! El que trató con ternura al principal de los pecadores, el que nunca despreció la verdadera mansedumbre y penitencia, por grande que fuese la culpa, hizo caer severas denuncias sobre los que hacían gran profesión de piedad,
[537] pero que negaban su fe con sus obras.

Deberes de los padres para con el colegio*

Nuestros hermanos y hermanas de todas partes deben sentir que es su deber sostener esta institución que Dios ha ideado. Algunos de los alumnos regresan a casa murmurando y quejándose, y ciertos padres y miembros de la iglesia prestan oído atento a sus declaraciones exageradas y unilaterales. Sería bueno que considerasen que la historia tiene dos fases; pero en vez de hacerlo así, permiten que estos informes parciales levanten una valla entre ellos y el colegio. Empiezan luego a expresar temores, dudas y sospechas acerca de la manera en que se dirige el mismo. Una influencia tal ocasiona gran daño. Las palabras de descontento se difunden como una enfermedad contagiosa, y es difícil contrarrestar la impresión hecha en los espíritus. La historia se amplía con cada repetición, hasta que adquiere proporciones gigantescas, cuando la investigación revelaría el hecho de que no hubo culpa de parte de los maestros o profesores. Estaban cumpliendo simplemente su deber al poner en vigencia las reglas que deben practicarse en la escuela para que ésta no se desmoralice.

Los padres no actúan siempre con prudencia. Muchos exigen que los demás sigan sus ideas, y se impacientan si no lo consiguen; pero cuando se requiere que sus propios hijos observen los reglamentos de la escuela, y estos niños se impacientan bajo la restricción necesaria, con demasiada frecuencia esos padres, que profesan amar y temer a Dios, se ponen de parte de los hijos en vez de reprenderlos y corregir sus defectos. A menudo esto resulta ser el punto decisivo en el desarrollo del carácter de sus hijos. Se violan las reglas y el orden, y se pisotea la disciplina. Los niños desprecian la restricción, y se [538] les permite hablar despectivamente de las instituciones de Battle Creek. Si los padres quisieran tan sólo reflexionar, verían el mal resultado de su conducta. Sería de veras algo admirable si en una escuela de cuatrocientos alumnos, dirigidos por hombres y mujeres

*Testimonios para la Iglesia 4:428, 429 (1880). (Del cap. “Nuestro colegio.”)

sujetos a las flaquezas de la humanidad, cada paso que se diera fuese tan perfecto y exacto que no se lo pudiera criticar.

Si los padres quisieran ponerse en la situación de los maestros y ver cuán difícil resulta necesariamente manejar y disciplinar una escuela de centenares de alumnos de todos los grados y diversas mentalidades, es posible que, al reflexionar, verían las cosas en forma diferente. Deberían considerar que algunos niños no han sido nunca disciplinados en sus hogares. Puesto que siempre se les consintieron todos los gustos y no se les enseñó a obedecer, sería muy ventajoso para ellos que se los alejara de sus padres no juiciosos y fuesen colocados bajo reglamentos y adiestramiento tan severo como los que rigen a los soldados en un ejército. A menos que se haga algo por estos hijos que han sido tan tristemente descuidados por padres infieles, nunca serán aceptados por Jesús; a menos que se llegue a ejercer cierto dominio sobre ellos, serán inútiles en esta vida y no tendrán parte en la venidera.

En el cielo hay obediencia y paz, armonía y orden perfectos. Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. No podrán nunca ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando venga Cristo, no cambiará el carácter de ninguna persona. El precioso tiempo de gracia nos es dado para que lo aprovechemos lavando las vestiduras del carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida. Cada día
[539] se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo. Cada día hay nuevas batallas que pelear y victorias que ganar. Cada día el alma debe ejercitarse en fervientes súplicas ante Dios por las grandes victorias de la cruz. Los padres no deben descuidar ningún deber de su parte para beneficiar a sus hijos. Deben educarlos de tal manera que sean una bendición para la sociedad aquí, y puedan
[540] cosechar la recompensa de la vida eterna.

Los estudiantes del colegio*

Los estudiantes que profesan amar a Dios y obedecer la verdad, deben poseer un grado de dominio propio y fuerza de principios religiosos que los habiliten para permanecer inconmovibles en medio de las tentaciones, y destacarse por Jesús en el colegio, en la casa de pensión, o dondequiera que estén. La religión no ha de ser llevada simplemente como un manto en la casa de Dios, sino que los principios religiosos deben caracterizar toda la vida.

Los que están bebiendo de la fuente de la vida no manifestarán, como los mundanos, un anhelante deseo de variedad y placer. En su comportamiento y carácter se verá el descanso, la paz y la felicidad que han hallado en Cristo al deponer diariamente sus perplejidades y cargas a sus pies. Mostrarán que hay contentamiento y aun gozo en la senda del deber y la obediencia. Los tales ejercerán sobre sus condiscípulos una influencia que se hará sentir sobre toda la escuela. Los que componen ese fiel ejército refrigerarán y fortalecerán a los maestros y profesores en sus esfuerzos, procurando vencer toda especie de infidelidad, discordia y negligencia de los reglamentos. Su influencia será salvadora y sus obras no perecerán en el gran día de Dios, sino que los seguirán en el mundo futuro; y la influencia de su vida aquí se hará sentir a través de las incesantes edades de la eternidad. Un joven ferviente, concienzudo y fiel en la escuela es un tesoro inestimable. Los ángeles del cielo le consideran con amor. Su precioso Salvador le ama, y en el libro mayor del cielo quedará registrada toda obra de justicia, toda tentación resistida, todo mal vencido. Así estará echando un buen fundamento para el tiempo venidero, para asirse de la vida eterna. ...

De la juventud cristiana depende en gran medida la conservación [541]
y perpetuidad de las instituciones que Dios ha designado como medios de adelantar su obra. Esta seria responsabilidad descansa sobre la juventud que entra hoy en el escenario de acción. Nunca ha habido una época en que dependiesen resultados tan importantes

*Testimonios para la Iglesia 4:432-435 (1880).

de una generación de hombres. ¡Cuán importante es, pues, que los jóvenes lleguen a estar capacitados para la gran obra, a fin de que Dios pueda usarlos como instrumentos suyos! Su Hacedor tiene sobre ellos derechos que superan a todos los demás.

Dios es quien ha dado la vida y toda dote física y mental que los jóvenes poseen. Les ha conferido capacidad para que la aprovechen sabiamente, a fin de confiarles una obra que será tan duradera como la eternidad. En recompensa de sus grandes dones, él pide que ellos cultiven y ejerzan debidamente sus facultades intelectuales y morales. No les dió esas facultades para su diversión o para que abusasen de ellas obrando contra su voluntad y su providencia, sino para que las empleasen en fomentar el conocimiento de la verdad y santidad en el mundo. El exige su gratitud, su veneración y amor, por su continua bondad e infinitas misericordias. El requiere con justicia que se obedezcan sus leyes y todos los sabios reglamentos que restringirán y guardarán a los jóvenes de los designios de Satanás y los conducirán por sendas de paz. Si los jóvenes pueden ver que al cumplir con las leyes y reglamentos de nuestras instituciones están haciendo algo que mejorará su posición en la sociedad, elevará su carácter, ennoblecerá su mente y aumentará su fidelidad, no se rebelarán contra las reglas justas y los requerimientos sanos, ni se dedicarán a crear sospechas y prejuicios contra estas instituciones. Nuestros jóvenes deben tener un espíritu de energía y fidelidad para hacer frente a las demandas que se les hacen, y les será una garantía de éxito. El carácter malo y temerario de muchos de los jóvenes en esta época del mundo es descorazonador. Mucha de la culpa incumbe a los padres en el hogar. Sin el temor de Dios nadie puede
[542] ser verdaderamente feliz.

El carácter sagrado de los votos*

La breve pero terrible historia de Ananías y Safira ha sido registrada por la pluma inspirada para beneficio de todos los que profesan seguir a Cristo. Esta lección importante no ha pesado lo suficiente en la mente de nuestro pueblo. Será provechoso para todos considerar reflexivamente la naturaleza de la grave ofensa por la cual aquellos culpables recibieron un castigo ejemplar. Esta señalada evidencia de la justicia retributiva de Dios es terrible, y debe inducir a todos a temer repetir el pecado que produjera semejante castigo. El egoísmo era el gran pecado que había torcido el carácter de esa pareja culpable.

Juntamente con otros, Ananías y su esposa Safira habían tenido el privilegio de oír el Evangelio predicado por los apóstoles. El poder de Dios acompañaba la palabra hablada, y una profunda convicción se apoderó de todos los presentes. La influencia enternecedora de la gracia de Dios los indujo, en su corazón, a renunciar a su egoísta posesión de bienes terrenales. Mientras se hallaban bajo la influencia directa del Espíritu de Dios hicieron la promesa de dar al Señor ciertas tierras; pero cuando ya no estaban bajo esa influencia celestial, la impresión era menos fuerte y empezaron a dudar y a rehuir el cumplimiento de la promesa que habían hecho. Pensaron que se habían apresurado demasiado y desearon reconsiderar el asunto. Así abrieron una puerta por la cual Satanás entró en seguida, y obtuvo el dominio de su mente.

Este caso debe ser una advertencia a todos para que se guarden contra el primer ataque de Satanás. Primero albergaron la codicia. Luego, avergonzados de que sus hermanos supiesen que su alma egoísta lloraba lo que habían dedicado y prometido solemnemente a Dios, practicaron el engaño. Hablaron del asunto entre sí, y deliberadamente decidieron retener una parte del precio de la tierra. Cuando se los convenció de su mentira, su castigo fué la muerte instantánea. Sabían que el Señor a quien habían defraudado los había escudriña- [543]

*Testimonios para la Iglesia 4:462-476 (1880).

do, pues Pedro dijo: "¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintieses al Espíritu Santo, y defraudases del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu potestad? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios." Hechos 5:3, 4.

Era necesario un ejemplo especial para guardar a la joven iglesia contra la desmoralización; porque su número aumentaba rápidamente. De este modo se dió una advertencia a todos los que profesaban a Cristo en aquel entonces, y a todos los que más tarde habían de profesar su nombre, respecto de que Dios requiere fidelidad en el cumplimiento de los votos. Pero a pesar de este notable castigo del engaño y la mentira, los mismos pecados han sido con frecuencia repetidos en la iglesia cristiana, y son muy difundidos en nuestra época. Se me ha mostrado que Dios dió ese ejemplo como amonestación a todos los que se viesen tentados a actuar de manera similar. El egoísmo y el fraude se practican diariamente en la iglesia, al retener ésta los recursos que Dios exige, robándole así y poniéndose en conflicto con los arreglos que él ha hecho para difundir la luz y el conocimiento de la verdad por toda la anchura y longitud de la tierra.

Dios, en sus planes sabios, hizo depender el adelantamiento de su causa de los esfuerzos personales de su pueblo, y de sus ofrendas voluntarias. Aceptando la cooperación del hombre en el gran plan de redención, le confirió señalada honra. El ministro no puede predicar a menos que se lo envíe. La obra de dispensar luz no incumbe sólo a los ministros. Cada persona, al llegar a ser miembro de la iglesia, se compromete a ser representante de Cristo y a vivir la verdad que profesa. Los que siguen a Cristo deben llevar adelante la obra que él
[544] les dejó cuando ascendió al cielo.

Las instituciones que son instrumentos de Dios para llevar a cabo su obra en la tierra deben ser sostenidas. Deben erigirse iglesias, establecerse escuelas y proporcionarse a las casas editoras las cosas necesarias para hacer una gran obra en la publicación de la verdad que ha de ser proclamada a todas partes del mundo. Estas instituciones son ordenadas por Dios y deben ser sostenidas por los diezmos y las ofrendas generosas. A medida que la obra se amplía, se necesitarán recursos para hacerla progresar en todos sus ramos. Los que han sido convertidos a la verdad y han sido hechos partici-

pantes de su gracia, pueden colaborar con Cristo dándole ofrendas y sacrificios voluntarios. Cuando los miembros de la iglesia desean que no se hagan más pedidos de recursos, dicen virtualmente que se conformarían con que la causa no progresase.

"E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si tornare en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios, y esta piedra que he puesto por título, será casa de Dios: y de todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti." Génesis 28:20-22. Las circunstancias que indujeron a Jacob a hacer un voto al Señor eran similares a las que inducen a los hombres y las mujeres a hacerle votos en nuestro tiempo. Mediante un acto pecaminoso había obtenido la bendición que le había prometido la segura palabra de Dios. Al hacer esto había mostrado gran falta de fe en el poder de Dios para ejecutar sus propósitos por desalentadoras que fuesen las apariencias del momento. En lugar de obtener el puesto que codiciaba, se vió obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú. Con sólo el bastón que tenía en la mano, tenía que viajar centenares de kilómetros por un país desolado. Había perdido el valor, y se sentía lleno de remordimiento y timidez, y trataba de evitar a los hombres, no fuese que su hermano airado pudiese seguirle el rastro. No tenía la paz de Dios para consolarlo; porque le acosaba el pensamiento de que había perdido el derecho a la protección divina. [545]

El segundo día de su viaje se acerca a su fin. Se siente cansado, hambriento y sin hogar, y le parece que Dios le ha abandonado. Sabe que ha traído todo esto sobre sí mismo por su mala conducta. Le rodean sombrías nubes de desesperación, y le parece ser un paria. Su corazón está lleno de un terror sin nombre y apenas se atreve a orar. Pero está tan completamente solitario que siente la necesidad de la protección divina como nunca antes. Llora y confiesa sus pecados ante Dios, y suplica que le dé alguna evidencia de que no le ha abandonado completamente. Pero su cargado corazón no halla alivio. Ha perdido toda confianza en sí mismo, y teme que el Dios de sus padres le haya desechado. Pero ese Dios misericordioso se compadece del pobre hombre desamparado y pesaroso, que allega las piedras para formar su almohada y tiene tan sólo el pabellón de los cielos como cobertor.

En una visión nocturna ve una escalera mística, cuya base descansa en la tierra, y cuya cúspide alcanza a la hueste estrellada, a los más altos cielos. Los mensajeros celestiales suben y bajan por esta escalera de brillo deslumbrante, mostrándole la senda que comunica el cielo con la tierra. Oye una voz que le renueva la promesa de misericordia, protección y bendiciones futuras. Cuando Jacob despierta de este sueño dice: "Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía." Génesis 28:16. Mira en derredor suyo como esperando ver a los mensajeros celestiales; pero únicamente ve las borrosas líneas de los objetos de la tierra; y los cielos, que resplandecen con las gemas de luz, responden a su ferviente y asombrado mirar. La escalera y los brillantes mensajeros han desaparecido y sólo en su imaginación puede ver a la gloriosa Majestad que se hallaba en su cumbre.

Jacob quedó abrumado por el profundo silencio de la noche, y con la vívida impresión de que se encontraba en la inmediata presencia de Dios. Su corazón estaba lleno de gratitud por no haber sido destruido. Ya no pudo dormir esa noche; llenaba su alma una pro-
[546] funda y ferviente gratitud, mezclada con* santo gozo. "Y levantóse Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella." Génesis 28:18. Y allí hizo su solemne voto a Dios.

Cumplió su voto

Jacob hizo ese voto mientras se hallaba refrigerado por los rocíos de la gracia, y vigorizado por la presencia y la seguridad de Dios. Después que hubo pasado la gloria divina, tuvo tentaciones, como los hombres de nuestra época, pero fué fiel a su voto, y no quiso albergar pensamientos referentes a la posibilidad de quedar libre de la promesa que había hecho. Podría haber razonado de manera muy similar a como lo hacen los hombres de hoy, diciéndose que esta revelación era tan sólo un sueño, que estaba muy excitado cuando formuló ese voto y por tanto no necesitaba cumplirlo; pero no obró así.

Transcurrieron largos años antes que Jacob se atreviera a volver a su país; pero cuando lo hizo, cumplió fielmente su deuda para con

su Señor. Había llegado a ser rico, y una suma muy grande de sus propiedades pasó a la tesorería del Señor.

En nuestra época, muchos fracasan donde Jacob tuvo éxito. Aquellos a quienes Dios concedió más riquezas, se inclinan con más intensidad a retener lo que tienen, porque deben dar una suma proporcional a su propiedad. Jacob dió el diezmo de todo lo que tenía, y luego, reconociendo que antes lo había empleado para su uso personal, dió al Señor el beneficio de lo que había usado para sí durante el tiempo que había estado en un país pagano y no podía pagar su voto. Esto sumaba una cantidad elevada, pero no vaciló; no consideraba suyo, sino como del Señor, lo que había consagrado a Dios.

Según la cantidad otorgada será la requerida. Cuanto mayor sea el capital confiado, más valioso es el don que Dios requiere que se le devuelva. Si un cristiano tiene diez o veinte mil pesos, las exigencias de Dios son imperativas para él, no sólo en cuanto a dar la proporción de acuerdo con el sistema del diezmo, sino en cuanto a presentar sus ofrendas por el pecado y agradecimiento a Dios. La [547] dispensación levítica se distinguía de una manera notable por la santificación de la propiedad.

Cuando hablamos del diezmo como norma de las contribuciones judaicas a los propósitos religiosos, no lo hacemos con pleno conocimiento de causa. El Señor mantenía sus requerimientos por encima de todo lo demás, y en casi todo se hacía acordar a los israelitas de su Dador, pidiéndoles que le devolviesen algo. Se les pedía que pagasen rescate por su primogénito, por las primicias de sus rebaños y por las primeras gavillas de su mies. Se les requería que dejasen las esquinas de sus campos para los indigentes. Cuanto caía de su mano al segar debía quedar para los pobres, y una vez cada siete años debían dejar que las tierras produjesen espontáneamente para los menesterosos. Luego, había ofrendas de sacrificio, ofrendas por el pecado, y la remisión de todas las deudas cada séptimo año. Había también numerosos gastos destinados a la hospitalidad y los donativos para los pobres, y además, pesadas contribuciones sobre las propiedades.

Según la prosperidad otorgada

En épocas fijas, a fin de conservar la integridad de la ley, se le preguntaba al pueblo si había cumplido fielmente sus votos o no. Unos pocos, de conciencia sensible, devolvían a Dios alrededor de la tercera parte de todos sus ingresos para beneficio de los intereses religiosos y para los pobres. Estas exigencias no se hacían a una clase particular de la gente, sino a *todos,* siendo lo requerido proporcional a la cantidad que se poseía. Además de todos estos donativos sistemáticos y regulares, había objetos especiales que exigían ofrendas voluntarias, como cuando se edificó el tabernáculo en el desierto, y el templo en Jerusalén. Dios hacía esas substracciones tanto para beneficiar al pueblo mismo como para sostener el servicio del culto.

Entre nuestro pueblo debe haber un despertar acerca de este asunto. Son sólo pocos los hombres que sienten remordimiento
[548] de conciencia si descuidan su deber en cuanto a la beneficencia. Muy pocos sienten remordimiento de alma por robar diariamente a Dios. Si un cristiano, deliberada o accidentalmente, paga a su vecino menos de lo que le debe o se niega a cancelar una deuda honorable, su conciencia le perturbará, a menos que esté cauterizada; no puede descansar aun cuando nadie sepa del asunto sino él. Hay muchos votos descuidados y promesas que no han sido pagadas, y sin embargo, cuán pocos afligen sus ánimos acerca del asunto; cuán pocos sienten la culpabilidad de esta violación de sus deberes. Debemos sentir nuevas y más profundas convicciones al respecto. La conciencia debe ser despertada, y el asunto debe recibir sincera atención, porque habrá que dar cuenta de ello a Dios en el último día, y sus exigencias han de ser cumplidas.

Las responsabilidades del negociante cristiano, por grande o pequeño que sea su capital, estarán en exacta proporción con los dones que haya recibido de Dios. El engaño de las riquezas ha arruinado a millares y decenas de millares. Estos ricos se olvidan de que son mayordomos y de que se está acercando rápidamente el día en que se les dirá: “Da cuenta de tu mayordomía.” Lucas 16:2. Según se demuestra en la parábola de los talentos, cada uno es responsable del sabio empleo de los dones que le han sido concedidos. El pobre de la parábola, por haber recibido el don menor, sentía menos res-

ponsabilidad y no empleó el talento a él confiado; por lo tanto fué echado a las tinieblas de afuera.

Dijo Cristo: "¡Cuán difícil es para los que confían en las riquezas, entrar en el reino de Dios!" Marcos 10:24 (VM). Y sus discípulos se quedaron asombrados de su doctrina. Cuando un ministro que ha trabajado con éxito en ganar almas para Jesucristo abandona su obra sagrada para obtener ganancias temporales, se le llama apóstata y habrá de dar cuenta a Dios por los talentos a los cuales dió mala aplicación. Cuando hombres de diferentes vocaciones: agricultores, mecánicos, abogados, etc., se hacen miembros de la iglesia, vienen a ser siervos de Cristo; y aunque sus talentos sean completamente [549] diferentes, su responsabilidad en cuanto a hacer progresar la causa de Dios por el esfuerzo personal y con sus recursos, no es menor que la que descansa sobre el predicador. El ay que caerá sobre el ministro si no predica el Evangelio, caerá tan seguramente sobre el negociante, si él, con sus diferentes talentos, no coopera con Cristo en lograr los mismos resultados. Cuando se le presente esto a cada individuo, algunos dirán: "Dura es esta palabra" (Juan 6:60); sin embargo es veraz aunque sea contradicha continuamente por la práctica de hombres que profesan seguir a Cristo.

La benevolencia sistemática es equitativa

Dios proveyó pan para su pueblo en el desierto mediante un milagro de misericordia, y podría haber provisto todo lo necesario para el servicio religioso, pero no lo hizo, porque en su infinita sabiduría veía que la disciplina moral de su pueblo dependía de su cooperación con él, de que cada uno de ellos hiciese algo. A medida que la verdad vaya progresando, pesarán sobre los hombres las exigencias de Dios respecto a dar de lo que les ha confiado con este mismo fin. Dios, el Creador del hombre, al instituir el plan de la benevolencia sistemática, ha distribuído el peso de la obra igualmente sobre todos según sus diversas capacidades.

Cada uno ha de ser su propio asesor, y se le deja dar según se propone en su corazón. Pero hay algunos que son culpables del mismo pecado que cometieron Ananías y Safira, pues piensan que si retienen una porción de lo que Dios pide en el sistema del diezmo, los hermanos no lo sabrán nunca. Así pensaba la pareja

culpable cuyo ejemplo se nos da como advertencia. En este caso Dios demostró que escudriña el corazón. No pueden ocultársele los motivos y propósitos del hombre. Dejó a los cristianos de todas las épocas una amonestación perpetua a precaverse del pecado al cual los corazones humanos están continuamente inclinados.

[550] Aunque no sigan ahora indicios visibles del desagrado de Dios a la repetición del pecado de Ananías y Safira, éste es igualmente odioso a su vista, y el transgresor será castigado con toda seguridad en el día del juicio; y muchos sentirán la maldición de Dios aun en esta vida. Cuando se hace una promesa a la causa, es un voto hecho a Dios y debe ser cumplido como cosa sagrada. A la vista de Dios, no es menos que un sacrilegio el apropiarnos para nuestro uso particular de lo que una vez fué prometido para fomentar su obra sagrada.

Las promesas son sagradas

Cuando se ha hecho, en presencia de nuestros hermanos, la promesa verbal o escrita de dar cierta cantidad, ellos son los testigos visibles de un contrato formalizado entre nosotros y Dios. La promesa no se hace al hombre, sino a Dios. y es como un pagaré dado a un vecino. Ninguna obligación legal tiene más fuerza para el cristiano en cuanto al desembolso de dinero, que una promesa hecha a Dios.

Las personas que hacen tales promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que se los libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aun mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Por el hecho de que su voto no será llevado a los tribunales, ¿es menos válido? ¿Habrá de robar a Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales?

Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. ¿Inclinará nuestra conducta la balanza de las evidencias contra nosotros? El caso de Ananías y Safira era de lo más grave. Al retener parte del precio, mintieron al Espíritu Santo. Del mismo

modo, la culpa pesa proporcionalmente sobre cada individuo que cometa ofensas semejantes. [551]

Cuando los corazones de los hombres han sido enternecidos por la presencia del Espíritu de Dios, son más sensibles a las impresiones del Espíritu Santo, y se resuelven a negarse a sí mismos y sacrificarse por la causa de Dios. Al brillar la divina luz en las cámaras de la mente con claridad y fuerza inusitadas, es cuando los sentimientos del hombre natural quedan vencidos y el egoísmo pierde su poder sobre el corazón y se despiertan los deseos de imitar al Modelo, Jesucristo, en la práctica de la abnegación y la generosidad. La disposición del hombre naturalmente egoísta se impregna entonces de bondad y compasión hacia los pecadores perdidos, y él formula una solemne promesa a Dios como la hicieron Abrahán y Jacob. En tales ocasiones los ángeles celestiales están presentes. El amor hacia Dios y las almas triunfa sobre el egoísmo y el amor al mundo. Esto sucede especialmente cuando el predicador, con el Espíritu y el poder de Dios, presenta el plan de redención, trazado por la Majestad celestial en el sacrificio de la cruz. Por los siguientes pasajes podemos ver cómo Dios considera el asunto de los votos:

"Y habló Moisés a los príncipes de las tribus de los hijos de Israel, diciendo: Esto es lo que Jehová ha mandado. Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no violará su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca." Números 30:2, 3. "No sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne; ni digas delante del ángel, que fué ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se aíre a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?" Eclesiastés 5:6. "Entraré en tu casa con holocaustos: te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios, y habló mi boca, cuando angustiado estaba." Salmos 66:13, 14. "Lazo es al hombre el devorar lo santo, y andar pesquisando después de los votos." Proverbios 20:25. "Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y habría en ti pecado. Mas cuando te abstuvieres de prometer, no habrá en ti pecado. Guardarás lo que tus labios [552] pronunciaren; y harás, como prometiste a Jehová tu Dios, lo que de tu voluntad hablaste por tu boca." Deuteronomio 23:21-23.

"Prometed, y pagad a Jehová vuestro Dios: todos los que están alrededor de él, traigan presentes al Terrible." Salmos 76:11. "Y

vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová; y cuando hablan que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh qué trabajo! y lo desechasteis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Seráme acepto eso de vuestra mano? dice Jehová. Maldito el engañoso, que tiene macho en su rebaño, y promete, y sacrifica lo dañado a Jehová; porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es formidable entre las gentes." Malaquías 1:12-14.

"Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en pagarla; porque no se agrada de los insensatos. Paga lo que prometieres. Mejor es que no prometas, que no que prometas y no pagues." Eclesiastés 5:4, 5.

El hombre es instrumento de Dios

Dios le ha dado al hombre algo que hacer para que logre la salvación de sus semejantes. Puede obrar en relación con Cristo haciendo actos de misericordia y de beneficencia. Pero no puede redimirlos porque es incapaz de satisfacer las exigencias de la justicia insultada. Esto lo pudo hacer sólo el Hijo de Dios, poniendo a un lado su honra y gloria, revistiendo de humanidad su divinidad, y viniendo a la tierra para humillarse y derramar su sangre en favor de la familia humana.

Al comisionar a sus discípulos para que fuesen "por todo el mundo" a predicar "el evangelio a toda criatura," Cristo encomendó a los hombres la obra de difundir las buenas nuevas. Pero mientras algunos salen a predicar, invita a otros a que satisfagan sus demandas en cuanto a los diezmos y ofrendas con que sostener el ministerio y difundir la verdad en forma impresa por toda la tierra. Tal es el
[553] medio que Dios tiene para exaltar al hombre. Es precisamente la obra que él necesita, pues conmoverá las más profundas simpatías de su corazón y ejercitará su más alta capacidad mental.

Toda cosa buena de la tierra fué puesta aquí por la mano bondadosa de Dios, como expresión de su amor hacia el hombre. Los pobres son suyos, como lo es la causa de la religión. El ha puesto recursos en manos de los hombres para que sus dones divinos fluyan por conductos humanos y hagan la obra que nos ha sido señalada

en cuanto a salvar a nuestros semejantes. Cada uno tiene su obra asignada en el gran campo; sin embargo, nadie debe concebir la idea de que Dios depende del hombre. El podría decir una palabra y enriquecer a cada hijo de la pobreza. En un momento podría sanar al género humano de todas sus enfermedades. Podría prescindir completamente de los ministros y hacer a los ángeles embajadores de su verdad. Podría haber escrito la verdad en el firmamento o haberla impreso en las hojas de los árboles y las flores del campo; o podría haberla proclamado desde el cielo con voz audible. Pero el Dios omnisciente no eligió ninguno de esos métodos. Sabía que el hombre debía tener algo que hacer a fin de que la vida le resultara una bendición. El oro y la plata son del Señor, y él podría hacerlos llover del cielo si quisiera, pero en vez de esto ha hecho al hombre su mayordomo y le ha confiado recursos, no para que los atesore, sino para que los use beneficiando a otros. De este modo convierte al hombre en el medio por el cual distribuye sus bendiciones en la tierra. Dios ideó el sistema de la beneficencia a fin de que el hombre pudiese llegar a ser generoso y abnegado como su Creador y al fin recibir de él la recompensa eterna y gloriosa.

Dios obra por intermedio de instrumentos humanos; y quienquiera que despierte la conciencia de los hombres y los induzca a realizar buenas obras y a tener real interés en el adelantamiento de la causa de la verdad, no lo hace de sí mismo, sino por el Espíritu de Dios que obra en él. Las promesas hechas en tales circunstancias tienen un carácter sagrado, por ser el fruto de la obra del Espíritu de [554]
Dios. Cuando estas promesas se saldan, el Cielo acepta la ofrenda, y a estos obreros generosos se les acredita ese tesoro invertido en el banco del cielo. Los tales están echando buen fundamento para el tiempo venidero, y echan mano de la vida eterna.

Pero cuando la presencia inmediata del Espíritu de Dios no se siente tan vívidamente, y la mente se preocupa por las cosas temporales de la vida, entonces algunos se sienten tentados a dudar de la fuerza de la obligación que asumieron voluntariamente; y, cediendo a las sugestiones de Satanás, razonan que se ejerció una presión indebida sobre ellos, y que obraron bajo el entusiasmo del momento; que la necesidad de recursos para la causa de Dios fué exagerada; y que se los indujo a prometer bajo falsos motivos, sin comprender plenamente el asunto, y por lo tanto quieren que se les

libre del compromiso. ¿Tienen los ministros poder para aceptar sus excusas, y decir: " No se os obligará a cumplir vuestra promesa; quedáis libres de vuestro voto"? Si acaso lo hiciesen, se hacen partícipes del pecado del que retiene su donativo. ...

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individualmente. Si ve que algún hermano descuida el cumplimiento de sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero abiertamente. Si está en circunstancias tales que le resulta imposible pagarlo, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.

Dios quiere que los miembros de su iglesia consideren que sus obligaciones hacia él son tan válidas como sus deudas con el negociante o el mercado. Repase cada uno su vida y vea si hay promesas que no han sido pagadas ni redimidas por descuido y luego haga esfuerzos extraordinarios para pagar hasta "el último maravedí" (Lucas 12:59); porque todos habremos de hacer frente al arreglo final de un tribunal cuya prueba podrán soportar sólo quienes hayan sido
[555] íntegros y veraces.

Los testamentos y legados*

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan." Mateo 6:19, 20. El egoísmo es un pecado destructor del alma. Bajo este encabezamiento se incluye la codicia, o avaricia, que es idolatría. Todas las cosas pertenecen a Dios. Toda la prosperidad de que disfrutamos es resultado de la beneficencia divina. Dios es el grande y bondadoso Dador. Si él requiere alguna parte de la provisión generosa que nos ha concedido, no es para enriquecerse con nuestros dones, porque él nada necesita de nuestra mano; sino que es para que tengamos oportunidad de practicar la abnegación, el amor y la simpatía hacia nuestros semejantes, y así seamos sumamente exaltados.

En toda dispensación, desde el tiempo de Adán hasta el nuestro, Dios ha exigido la propiedad del hombre, diciendo: Yo soy el dueño legítimo del universo; por lo tanto conságrame tus primicias, trae un tributo de lealtad, entrégame lo mío, reconociendo así mi soberanía, y quedarás libre para retener y disfrutar mis bondades, y mi bendición estará contigo. "Honra a Jehová de tu substancia, y de las primicias de todos tus frutos." Proverbios 3:9.

Los requerimientos de Dios ocupan el primer lugar. No estamos haciendo su voluntad si le consagramos lo que queda de nuestra entrada después que han sido suplidas todas nuestras necesidades imaginarias. Antes de consumir cualquier parte de nuestras ganancias, debemos sacar y presentar a Dios la porción que él exige. En la antigua dispensación, se mantenía siempre ardiendo sobre el altar una ofrenda de gratitud, para demostrar así la infinita obligación del hombre hacia Dios. Si nuestros negocios seculares prosperan, ello [556]
se debe a que Dios nos bendice. Una parte de estos ingresos debe consagrarse a los pobres, y una gran porción debe dedicarse a la causa de Dios. Cuando se le devuelve a Dios lo que él pide, el resto

*Testimonios para la Iglesia 4:476-485 (1880).

será santificado y bendecido para nuestro propio uso. Pero cuando un hombre roba a Dios reteniendo lo que él requiere, su maldición recae sobre el conjunto.

Dios ha hecho que los hombres sean conductos por medio de los cuales sus dones deben fluir, para sostener la obra que él quiere que se lleve a cabo en el mundo. El les ha dado propiedades para que las empleen sabiamente, no para que las atesoren egoístamente o las malgasten en lujos y en la complacencia propia, sea en vestidos o en el embellecimiento de sus casas. Les ha confiado recursos con que sostener a sus siervos en sus labores como predicadores y misioneros, y para sostener las instituciones que él ha establecido entre nosotros.

Los que se regocijan en la preciosa luz de la verdad deben sentir un ardiente deseo de que se la difunda por doquiera. Hay algunos pocos fieles portaestandartes que nunca rehuyen el deber o las responsabilidades. Sus corazones y bolsillos están siempre abiertos a todo pedido de recursos para adelantar la causa de Dios. A la verdad, algunos parecen listos a sobrepasar su deber, como si temiesen perder la oportunidad de invertir su porción en el banco del cielo.

Hay otros que harán lo menos que puedan. Atesoran sus recursos, o malgastan medios en su propia persona, dando a regañadientes una ofrenda escasa para sostener la causa de Dios. Si hacen una promesa a Dios, se arrepienten luego y evitan su pago mientras pueden, si no dejan de pagarla por completo. Disminuyen el diezmo tanto como pueden como si temiesen que lo devuelto a Dios se perdiera. Nuestras diversas instituciones pueden estar abrumadas por falta de recursos, pero estas personas obran como si no les importara que prosperen o no. Sin embargo, dichas instituciones son instrumentos
[557] de Dios para iluminar al mundo.

Estas instituciones no han recibido, como otras por el estilo, asignaciones o legados; sin embargo Dios las ha prosperado y bendecido grandemente y las ha convertido en medios de difundir grandes beneficios. Hay entre nosotros ancianos cuyo tiempo de gracia se acerca a su fin; pero por falta de hombres que estén alerta y aseguren para la causa de Dios los recursos que poseen, éstos pasan a las manos de los que sirven a Satanás. Estos recursos sólo les fueron prestados por Dios para que se los devolviesen; pero en nueve casos de cada diez, estos hermanos, cuando están por desaparecer del escenario de

acción, disponen de la propiedad de Dios de una manera que no le puede glorificar, porque ni un solo peso llegará jamás a la tesorería del Señor. En algunos casos, estos hermanos aparentemente buenos tuvieron consejeros que no eran consagrados, quienes los aconsejaron desde su punto de vista, y no según el parecer de Dios. Con frecuencia se legan propiedades a hijos y nietos para perjuicio suyo solamente. Ellos no sienten amor hacia Dios ni hacia la verdad, y por lo tanto estos recursos, que son todos del Señor, pasan a las filas de Satanás para ser manejados por él. Este es mucho más vigilante, avizor y hábil que nuestros hermanos en lo que se refiere a idear medios para asegurarse los recursos del Señor para su causa. Algunos testamentos se hacen de manera tan precaria que no resisten la prueba de la ley, y así se han perdido para la causa miles de pesos. Nuestros hermanos deben considerar que sobre ellos, como fieles siervos en la causa de Dios, descansa la responsabilidad de ejercitar su intelecto, respecto de este asunto, y asegurar para el Señor lo que le pertenece.

Mayordomía de los ancianos

Muchos manifiestan una delicadeza innecesaria al respecto. Creen que están pisando en terreno prohibido cuando introducen el tema de la propiedad al conversar con ancianos e inválidos, a fin de saber cómo piensan disponer de ella. Pero este deber es tan sagrado como el de predicar la Palabra para salvar almas. He aquí, [558]
por ejemplo, un hombre que tiene dinero o propiedades de Dios en sus manos. Está por cambiar su mayordomía. Los recursos que Dios le prestó para que fueran usados en su causa, ¿los colocará en las manos de hombres perversos, sólo porque son parientes suyos? ¿No sentirán interés y ansiedad los cristianos por el bienestar futuro de este hombre tanto como por el interés de la causa de Dios, para que disponga debidamente del dinero de su Señor, de los talentos que le fueron prestados para que los aprovechase sabiamente? ¿Permanecerán impasibles sus hermanos, y le verán perder su asidero en esta vida, robando al mismo tiempo a la tesorería de Dios? Esto sería una terrible pérdida para él y para la causa, porque, al colocar sus recursos en las manos de aquellos que no tienen consideración por

la verdad de Dios, estaría, por así decirlo, envolviendo ese talento en un pañuelo para enterrarlo.

El Señor quiere que los que le siguen dispongan de sus recursos mientras pueden hacerlo ellos mismos. Algunos preguntarán: "¿Debemos despojarnos realmente a nosotros mismos de todo lo que llamanos nuestro?" Tal vez no se nos exija esto ahora; pero debemos estar dispuestos a hacerlo por amor a Cristo. Debemos reconocer que nuestras posesiones son absolutamente suyas, y hemos de usarlas generosamente cuandoquiera que se necesiten recursos para adelantar su causa.

Algunos cierran sus oídos cuando se pide dinero que se ha de emplear en enviar misioneros a países extranjeros, y en publicar la verdad y diseminarla por todo el mundo como caen las hojas de los árboles en el otoño. Los tales disculpan su codicia informándonos de que han hecho arreglos para hacer obras de caridad después de su muerte. Han considerado la causa de Dios en sus testamentos. Por tanto, viven una vida de avaricia, robando a Dios en los diezmos y las ofrendas, y en sus testamentos devuelven a Dios tan sólo una pequeña porción de lo que él les ha prestado, mientras asignan una gran parte a parientes que no tienen interés alguno en la verdad.
[559] Esta es la peor clase de robo. Roban a Dios lo que le deben, no sólo durante toda su vida, sino también al morir.

La demora es insensatez

Es completa insensatez diferir la preparación para la vida futura hasta llegar casi a la última hora de la actual. Es también un grave error diferir la respuesta a las exigencias de Dios en cuanto a la generosidad debida a su causa hasta el tiempo de transferir la mayordomía a otros. Aquellos a quienes confiáis vuestros recursos pueden no manejarlos tan bien como vosotros. ¿Cómo se atreven los ricos a correr tan grandes riesgos? Los que aguardan hasta el momento de morir para disponer de su propiedad, la entregan a la muerte más bien que a Dios. Al hacerlo así, muchos están obrando en forma directamente contraria al plan de Dios bosquejado claramente en su Palabra. Si ellos quieren hacer bien, deben aprovechar los áureos momentos actuales y trabajar con toda su fuerza, temiendo perder la oportunidad favorable.

Los que descuidan un deber conocido, no contestando a los requerimientos que Dios les hace en esta vida, y calman su conciencia calculando hacer sus testamentos cuando estén por morir, no oirán palabras de elogio del Maestro ni tampoco recibirán recompensa. No practicaron la abnegación, sino que retuvieron egoístamente sus recursos tanto como pudieron, entregándolos únicamente cuando la muerte los requirió. Aquello que muchos se proponen postergar hasta que estén por morir, si fuesen verdaderos cristianos lo harían mientras están gozando plenamente de la vida. Se consagrarían ellos mismos y su propiedad a Dios, y mientras actuasen como mayordomos suyos tendrían la satisfacción de cumplir su deber. Haciéndose sus propios ejecutores, satisfarían los requerimientos de Dios ellos mismos antes de pasar la responsabilidad a otros.

Debemos considerarnos administradores de la propiedad del Señor, y tener a Dios como el propietario supremo, a quien debemos [560] devolver lo suyo cuando lo requiere. Cuando venga para recibir lo suyo con interés, los codiciosos verán que en vez de multiplicar los talentos que se les confiaron, atrajeron sobre sí mismos la maldición pronunciada sobre el siervo inútil.

El Señor quiere que la muerte de sus siervos sea considerada como una pérdida, por causa de la influencia benéfica que ejercieron y las muchas ofrendas voluntarias que dieron para alimentar la tesorería de Dios. Los legados que se dejan al morir son un mísero substituto de la benevolencia que uno podría hacer mientras vive. En verdad, los siervos de Dios deben hacer sus testamentos cada día en buenas obras y ofrendas generosas a Dios. No deben permitir que la cantidad dada a Dios sea desproporcionalmente pequeña cuando se la compara con la cantidad dedicada a su propio uso. Al hacer así su testamento diariamente, recordarán aquellos objetos y amigos que ocupan el mayor lugar en sus afectos. Su mejor amigo es Jesús. El no les privó de su propia vida, sino que por amor de ellos se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuesen enriquecidos. Merece todo el corazón, toda la propiedad, todo lo que ellos tienen y son.

Pero muchos de los que profesan ser cristianos postergan los requerimientos de Jesús en la vida, y le insultan dejándole una mínima donación al morir. Recuerden todos los que pertenecen a esta clase que este robo a Dios no es una acción impulsiva sino un plan bien considerado, en cuyo prefacio dicen: “En pleno goce de

mis facultades." Después de haber defraudado a la causa de Dios en vida, perpetúan el fraude después de muertos, y esto con el pleno consentimiento de sus facultades mentales. Un testamento tal es lo que muchos se conforman con tener por almohada mortuoria. Su testamento es parte de su preparación para la muerte, y está preparado de manera que sus posesiones no perturben sus horas finales. ¿Pueden los tales pensar con placer en lo que se requerirá de ellos cuando hayan de dar cuenta de su mayordomía?

[561] Debemos todos ser ricos en buenas obras en esta vida, si queremos obtener la vida futura, inmortal. Cuando el juicio sesione, y los libros se abran, cada uno será recompensado según sus obras. Hay, matriculados en el registro de la iglesia, muchos nombres al frente de los cuales está anotado el robo en el libro mayor del cielo. Y a menos que esas personas se arrepientan y obren por el Maestro con generosidad desinteresada, participarán ciertamente de la condenación del mayordomo infiel.

Seamos precavidos

Sucede con frecuencia que un activo negociante muere repentinamente, y al examinar sus negocios se los encuentra muy enredados. Cuando se procura poner sus cosas en orden, los honorarios de los abogados consumen gran parte de la propiedad, si no toda, mientras que su esposa e hijos y la causa de Cristo quedan despojados. Los que son fieles mayordomos de los recursos del Señor, conocerán exactamente la situación de sus negocios, y como hombres prudentes estarán preparados para cualquier emergencia. Si hubiese de terminar repentinamente su tiempo de gracia, no dejarían en una perplejidad tan grande a aquellos que se viesen en la necesidad de ordenar sus bienes.

Muchos no se preocupan de hacer su testamento mientras gozan aparentemente de salud. Pero nuestros hermanos debieran tomar esa precaución; debieran conocer su situación financiera y no dejar que sus negocios se enreden. Deben ordenar su propiedad de manera que puedan dejarla en cualquier momento.

Los testamentos deben hacerse de una manera que resista la prueba de la ley. Después de haber sido formulados, pueden permanecer durante años, y no causar ningún perjuicio, aunque se continúe

haciendo donativos de vez en cuando, según la causa los necesite. La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento. Al legar vuestra propiedad por testamento a vuestros parientes, cuidad de no olvidar la causa de Dios. Sois sus agentes, conservadores de su propiedad; y debéis considerar primero [562] sus requerimientos. Vuestra esposa y vuestros hijos no han de ser dejados en la indigencia; debéis proveer para ellos, si lo necesitan. Pero no introduzcáis en vuestro testamento, simplemente porque es costumbre hacerlo, una larga lista de parientes que no sufren necesidad.

Téngase siempre presente que el egoísta sistema actual de disponer de la propiedad no es plan ideado por Dios, sino por el hombre. Los cristianos deben ser reformadores y romper el sistema actual, dando un aspecto completamente nuevo a la confección de los testamentos. Téngase también presente la idea de que es la propiedad del Señor la que estamos manejando. La voluntad del Señor en este asunto es ley. Si un hombre os hubiese hecho albaceas suyos, ¿no estudiaríais detenidamente la voluntad del testador, para que ni siquiera la más pequeña cantidad recibiese mala aplicación? Vuestro Amigo celestial os ha confiado una propiedad, y os ha indicado su voluntad acerca de cómo debe usarse. Si se estudia esta voluntad con corazón abnegado, lo que pertenece a Dios no se empleará para malos fines. La causa del Señor ha sido vergonzosamente descuidada, cuando él ha otorgado a ciertos hombres recursos suficientes para satisfacer toda emergencia si tan sólo ellos tuviesen corazones agradecidos y obedientes.

Continuad dispensando con prudencia

Los que hacen su testamento no deben pensar que habiendo hecho esto no tienen ya ningún deber; sino que, por lo contrario, deben estar trabajando constantemente, usando los talentos que se les ha confiado para fortalecer la causa de Dios. El ha ideado planes para que todos puedan trabajar inteligentemente en la distribución de sus recursos. No se propone sostener su obra mediante milagros. Tiene unos pocos mayordomos fieles que economizan y usan sus recursos para adelantar su causa. En vez de ser la abnegación y la generosidad una excepción, debieran ser la regla. Las crecientes

[563] necesidades de la causa de Dios requieren recursos. Constantemente llegan pedidos de hombres de nuestro país y del extranjero para solicitar que vayan mensajeros con la luz y la verdad. Esto requerirá más obreros y recursos para sostenerlos.

Fluyen a la tesorería del Señor muy pocos recursos para ser dedicados a la salvación de las almas, y eso mismo se consigue tras arduo trabajo. Si se pudiesen abrir los ojos de todos para que vieran cómo la codicia prevaleciente ha impedido el adelanto de la obra de Dios, y cuánto más podría haberse hecho si todos hubiesen seguido el plan de Dios en los diezmos y las ofrendas, muchos se reformarían, porque no se atreverían a estorbar el progreso de la causa de Dios como lo han hecho. La iglesia no se da cuenta de la obra que podría hacer si lo entregase todo para Cristo. Un verdadero espíritu de abnegación sería un argumento en favor de la realidad y el poder del Evangelio que el mundo no podría contradecir ni interpretar falsamente, y abundantes bendiciones se derramarían sobre la iglesia.

Invito a nuestros hermanos a dejar de robar a Dios. Algunos están en una situación tal que deben hacer sus testamentos. Pero al hacerlos, deben tener cuidado de no dar a sus hijos e hijas recursos que deberían fluir a la tesorería de Dios. Estos testamentos son con frecuencia motivos de rencillas y disensiones. Para alabanza de los hijos de Dios en la antigüedad, se registra que él no se avergonzaba de ser llamado su Dios; y la razón dada es que en vez de buscar y codiciar egoístamente las posesiones terrenales, o buscar su felicidad en los placeres mundanales, se colocaban ellos mismos y todo lo que tenían en las manos de Dios. Vivían sólo para su gloria, declarando abiertamente que buscaban una patria mejor, a saber, la celestial. Dios no se avergonzaba de un pueblo tal. No le deshonraba a los ojos del mundo. La Majestad del cielo no se avergonzaba de llamarlos hermanos.

Son muchos los que insisten en que no pueden hacer más para la
[564] causa de Dios de lo que hacen ahora; pero no dan según su capacidad. El Señor abre a veces los ojos cegados por el egoísmo, reduciendo simplemente sus ingresos a la cantidad que están dispuestos a dar. Se encuentran caballos muertos en el campo o el establo; el fuego destruye casas o granjas, o fracasan las cosechas. En muchos casos, Dios prueba al hombre con bendiciones, y si manifiesta infidelidad

al devolverle los diezmos y los ofrendas, retira su bendición. "El que siembra escasamente, también segará escasamente." 2 Corintios 9:6. A vosotros los que seguís a Cristo, os rogamos, por las misericordias de Cristo y las riquezas de su bondad, y por la honra de la verdad y de la religión, que os dediquéis vosotros mismos y vuestras propiedades nuevamente a Dios. En vista del amor y de la compasión de Cristo, que le hicieron descender de los atrios reales para sufrir abnegación, humillación y muerte, pregúntese cada uno: "¿Cuánto debo a mi Señor?" y luego traed vuestras ofrendas de agradecimiento de acuerdo con vuestro aprecio por el gran don del cielo en el amado Hijo de Dios.

Al determinar la proporción que debe darse a la causa de Dios, cuidad de exceder las exigencias del deber más bien que substraer de ellas. Considerad para quién es la ofrenda. Este recuerdo ahuyentará la codicia. Consideremos tan sólo el gran amor con que Cristo nos amó, y nuestras ofrendas más generosas nos parecerán indignas de su aceptación. Cuando Cristo sea el objeto de sus afectos, los que hayan recibido su amor perdonador no se detendrán a calcular el valor del vaso de alabastro ni del precioso ungüento. El codicioso Judas podía hacerlo; pero el que haya recibido el don de la salvación, lamentará tan sólo que la ofrenda no tenga más rico perfume y mayor valor. Los cristianos deben considerarse como conductos por medio de los cuales las misericordias y bendiciones han de fluir de la Fuente de toda bondad hacia sus semejantes. Por medio de la conversión de estos últimos pueden enviar al cielo ondas de gloria en las alabanzas y ofrendas de los que han llegado así a ser sus copartícipes del don celestial. [565]

La relación de los miembros de la iglesia*

Cada hombre que lucha para vencer, tendrá que contender con sus propias debilidades; pero como es mucho más fácil ver las faltas ajenas que las propias, debiera manifestar más diligencia y severidad consigo mismo que con los demás.

Todos los miembros de la iglesia, si son hijos e hijas de Dios, pasarán por un proceso de disciplina antes de poder ser luces en el mundo. Dios no convertirá a los hombres y las mujeres en conductos de luz, mientras estén en las tinieblas y se conformen con permanecer en ellas, sin hacer esfuerzos especiales para relacionarse con la Fuente de la luz. Los que sientan su propia necesidad y se inciten a sí mismos a la reflexión más profunda y a la oración y acción más fervientes y perseverantes, recibirán ayuda divina. Cada uno tiene mucho que desaprender respecto de sí mismo, y también mucho que aprender. Debe deshacerse de antiguas costumbres, y la victoria se puede obtener únicamente mediante empeñosas luchas para corregir estos errores y la plena recepción de la verdad para poner en práctica sus principios, por la gracia de Dios.

Serenidad y dominio propio

Desearía poder hablar palabras que os convenciesen a todos de que nuestra única esperanza como individuos consiste en relacionarnos con Dios. Debe obtenerse pureza de alma; y debemos escudriñar mucho nuestros corazones y vencer mucha obstinación y amor propio, lo cual requerirá oración ferviente y constante.

[566] Los hombres duros y criticones con frecuencia se disculpan o tratan de justificar su falta de cortesía cristiana porque algunos de los reformadores obraron con un espíritu tal, y sostienen que la obra que debe hacerse en este tiempo requiere el mismo espíritu; pero tal no es el caso. Un espíritu sereno y perfectamente controlado es el que más conviene en cualquier lugar, aun en la compañía de los más

*Testimonios para la Iglesia 4:485-489 (1880).

toscos. Un celo furioso no hace bien a nadie. Dios no eligió a los reformadores porque eran hombres apasionados e intolerantes. Los aceptó como eran, a pesar de estos rasgos de carácter; pero les habría impuesto responsabilidades diez veces mayores si hubiesen sido de ánimo humilde, si hubiesen sometido su espíritu al dominio de la razón. Aunque los ministros de Cristo deben denunciar el pecado y la impiedad, la impureza y la mentira, aunque son llamados a veces a reprender la iniquidad, tanto entre los encumbrados como entre los humildes, y a mostrarles que la indignación de Dios caerá sobre los transgresores de su ley, no deben ser intolerantes ni tiránicos; deben manifestar bondad y amor, y un espíritu deseoso de salvar más bien que de destruir.

Una integridad cabal

La longanimidad de Jehová enseña inequívocas lecciones de tolerancia y amor a los ministros y a los miembros de la iglesia que aspiran a colaborar con Cristo. Cristo relacionó consigo a Judas y al impulsivo Pedro, no porque Judas fuese codicioso y Pedro apasionado, sino para que pudiesen aprender de él, su gran Maestro, y llegasen a ser como él, abnegados, mansos y humildes de corazón. El vió en ambos hombres buen material. Judas poseía capacidad financiera, que habría sido valiosa para la iglesia si hubiese recibido en su corazón las lecciones que Cristo daba al reprender todo egoísmo, fraude y avaricia, aun en los asuntos pequeños de la vida. Estas lecciones eran repetidas con frecuencia: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.” Lucas 16:10.

Nuestro Salvador trataba de convencer a sus oyentes de que un hombre que se aprovechase de su vecino en el más pequeño detalle, [567]
lo haría en asuntos mayores si la oportunidad le fuese favorable. La menor desviación de la rectitud estricta quebranta las vallas y prepara el corazón para hacer mayor injusticia. Por precepto y ejemplo, Cristo enseñó que la más estricta integridad debe gobernar las acciones que ejecutamos al relacionarnos con nuestros semejantes. “Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos.” Mateo 7:12. Cristo estaba continuamente describiendo la vida defectuosa de los fariseos

y reprendiéndolos. Ellos profesaban guardar la ley de Dios, mas en sus actos diarios practicaban la iniquidad. Robaban a muchas viudas y huérfanos lo poco que tenían, para satisfacer un avariento deseo de ganancia.

Judas podría haber sacado beneficio de todas estas lecciones si hubiese albergado en su corazón el deseo de ser recto; pero su afán de adquirir riquezas y el amor al dinero llegaron a ser una fuerza que lo dominaba. Llevaba la bolsa que contenía los recursos destinados a llevar a cabo la obra de Cristo, y de vez en cuando se apropiaba de pequeñas sumas para su propio uso. Su corazón egoísta lamentó la ofrenda hecha por María cuando ofreció el vaso de alabastro lleno de ungüento, y la reprendió por su imprudencia. Así, en vez de aprender, quería enseñar e instruir a nuestro Señor acerca de cuál era el verdadero carácter de la acción de María.

Esos dos hombres tuvieron iguales oportunidades de aprender las continuas lecciones del ejemplo de Cristo para corregir los rasgos pecaminosos de su carácter. Mientras oían sus eficaces reprensiones y denuncias contra la hipocresía y la corrupción, veían que los que eran tan terriblemente denunciados eran objeto de la labor solícita e incansable de Cristo para reformarlos. El Salvador lloraba por sus tinieblas y error. Manifestaba anhelos, ilimitada compasión y amor, y exclamó sobre Jerusalén: "¡Cuántes veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!"
[568] Mateo 23:37.

Pedro era presto y celoso para obrar, audaz e intransigente; y Cristo vió en él material que sería de gran valor para la iglesia. Por lo tanto, relacionó a Pedro consigo a fin de que todo lo que era bueno y valioso pudiera conservarse, y para que, mediante sus lecciones y ejemplos, pudiese suavizar lo que era duro en su temperamento y conducta. Si su corazón se transformaba verdaderamente por la gracia divina, el cambio se vería en la auténtica bondad, simpatía y cortesía que manifestaría. Jesús no era nunca frío e intratable. Con frecuencia los afligidos penetraban en su retiro cuando él necesitaba refrigerio y descanso; pero tenía para todos una mirada bondadosa y una palabra alentadora. Era un modelo de verdadera cortesía. Pedro negó a su Señor, pero más tarde se arrepintió y se humilló profundamente por su gran pecado; y Cristo demostró que perdonaba

a su discípulo errante al condescender en mencionarlo por nombre después de su resurrección.

La tolerancia de Jesús

Judas cedió a las tentaciones de Satanás y traicionó a su mejor amigo. Pedro aprendió y aprovechó las lecciones de Cristo, y llevó a cabo la obra de reforma que se les encomendó a los discípulos cuando su Señor ascendió al cielo. Estos dos hombres representan las dos clases de personas que Cristo relaciona consigo, dándoles las ventajas de sus lecciones y el ejemplo de su vida abnegada y compasiva a fin de que aprendan de él.

Cuanto más considere el hombre a su Salvador, y llegue a conocerle, tanto más se asemejará a su imagen y hará las obras de Cristo. La época en que vivimos requiere una acción reformadora. La luz de la verdad que resplandece sobre nosotros requiere hombres de acción resuelta y valor moral íntegro, para que trabajen diligente y perseverantemente en la salvación de todos aquellos que quieran oír la invitación del Espíritu de Dios.

El amor que debe existir entre los miembros de la iglesia es con [569]
frecuencia reemplazado por críticas y censuras; y éstas se manifiestan hasta en los servicios religiosos, en reproches y severas alusiones personales. Los ministros, los ancianos o los hermanos no deben apoyar estas cosas. Los servicios de la iglesia deben llevarse a cabo con un sincero deseo de glorificar a Dios. Cuando los hombres, con sus peculiaridades, se reúnen en la iglesia, a menos que la verdad de Dios suavice y subyugue los rasgos duros del carácter, aquélla quedará afectada y su paz y armonía serán sacrificadas a causa de estos rasgos egoístas no santificados. Muchos, al tratar de descubrir las faltas de sus hermanos, descuidan la investigación de su propio corazón y la purificación de su propia vida. Esto desagrada a Dios. Cada miembro de la iglesia debe ser celoso de su propia alma y debe vigilar atentamente sus propias acciones, no sea que obre por motivos egoístas y sea una causa de tropiezo para sus hermanos débiles.

Dios toma a los hombres tales como son, con el elemento humano de su carácter, y luego los educa para su servicio si quieren dejarse disciplinar y aprender de él. La raíz de amargura, de envidia,

de desconfianza, de celos y aun de odio que existe en el corazón de algunos miembros de la iglesia, es obra de Satanás. Tales elementos tienen una influencia perniciosa sobre la iglesia. “Un poco de levadura leuda toda la masa.” Gálatas 5:9. El celo religioso que se manifiesta al acusar a los hermanos, es un celo que no es conforme al conocimiento. Cristo no tiene nada que hacer con un testimonio
[570] tal.

Dispépticos mentales*

Mi amor hacia su alma me induce a escribirle en este momento. Me siento oprimida por la responsabilidad que asumo al escribirle estas cosas. Por su propia conducta está cerrando las puertas del cielo para Vd. y sus hijos; porque ninguno de Vds. entrará allí con sus actuales caracteres deficientes. Vd., hermana mía, está perdiendo tristemente en el juego de la vida. Los ángeles santos la observan con tristeza, y los malos espíritus miran con expresión de triunfo al ver cómo Vd. pierde rápidamente las gracias que adornan el carácter cristiano, mientras que en su lugar Satanás implanta sus propios malos rasgos.

Se ha dedicado tanto a la lectura de novelas y cuentos que vive en un mundo imaginario. La influencia de una lectura tal perjudica tanto a la mente como al cuerpo; debilita el intelecto e impone una terrible carga sobre la fuerza física. A veces apenas podría considerarse que su mente está sana, porque la imaginación se ha sobreexcitado y ha enfermado por causa de la lectura de historias ficticias. La mente debe disciplinarse de tal manera que todas sus facultades se desarrollen simétricamente. Cierto curso de preparación puede vigorizar las facultades especiales, y al mismo tiempo dejar rezagadas otras, de manera que se estorba su utilidad. La memoria sufre grave perjuicio debido a la lectura mal escogida, que tiende a desequilibrar las facultades del raciocinio, y a crear nerviosidad, cansancio del cerebro y postración de todo el organismo. Si constantemente se alimenta con exceso la imaginación, y se la estimula mediante las ficciones, no tarda en volverse tiránica, en dominar todas las otras facultades de [571]
la mente, y en tornar caprichoso el gusto y pervertir las tendencias.

Vd. es una dispéptica mental. Su mente rebosa de conocimientos de toda clase: política, historia, teología y anécdotas, de todo lo cual solamente una parte puede ser retenida por una memoria recargada. Sería de mucho más valor tener menos información en un cerebro

*Testimonios para la Iglesia 4:497-499 (1880). (Del cap. “Importancia del dominio propio.”)

bien disciplinado. Vd. ha descuidado la tarea de adiestrar su mente para la acción vigorosa; por lo tanto, su voluntad y su inclinación la han dominado en vez de servirla. El resultado es la pérdida de poder físico y mental.

Durante años su mente ha sido como un arroyo susurrante casi lleno de rocas y malezas, cuya agua se desperdicia. Si sus facultades estuviesen controladas por propósitos elevados no sería inválida como es ahora. Se le antoja que sus caprichosos apetitos deben ser complacidos, así como su deseo de leer excesivamente. Vi arder la lámpara a la medianoche en su pieza mientras Vd. leía alguna historia fascinante, aguijando así su ya sobreexcitado cerebro. Esta conducta ha estado disminuyendo su vitalidad, y debilitándola física, mental y moralmente. La irregularidad ha causado desorden en su casa, y si esto continúa, hundirá su espíritu en la imbecilidad. Vd. ha abusado del tiempo de gracia que Dios le concedió y lo ha despilfarrado.

Fruto de las lecturas impropias

Dios nos concede talentos para que los aprovechemos sabiamente, no para que abusemos de ellos. La educación es tan sólo una preparación de las facultades físicas, intelectuales y morales para el mejor cumplimiento de todos los deberes de la vida. La lectura impropia imparte una educación falsa. El poder de resistencia, y la fuerza y actividad del cerebro pueden ser reducidos o aumentados de acuerdo con la manera en que se emplean. Vd. tiene mucho que hacer para deshacerse de sus lecturas livianas. Elimínelas de su casa.
[572] No conserve delante de sí la tentación de pervertir su imaginación, desequilibrar su sistema nervioso y arruinar a sus hijos. Por la mucha lectura se está incapacitando para los deberes de esposa y madre, y de hecho se está descalificando para hacer el bien en cualquier lugar.

No estudia la Biblia como debiera; por lo tanto, no se hace sabia en las Escrituras, ni se capacita cabalmente para toda buena obra. La lectura liviana fascina la mente y quita interés a la lectura de la Palabra de Dios. Vd. procura hacer creer a otros que conoce las Escrituras; pero esto no puede ser porque su mente está llena de escoria. La Biblia requiere reflexión y escudriñamiento con oración. No basta con recorrerla superficialmente. Aunque algunos pasajes

son demasiado claros para que se los entienda mal, otros son más intrincados y exigen estudio cuidadoso y paciente. Como el metal precioso oculto en las colinas y las montañas, es necesario buscar sus gemas de verdad y almacenarlas en la mente para uso futuro. ¡Ojalá que todos ejercitasen sus mentes tan constantemente en la búsqueda del oro celestial como en la del oro que perece!

Cuando Vd. escudriñe las Escrituras con el ferviente deseo de aprender la verdad, Dios impartirá su Espíritu a su corazón e impresionará su mente con la luz de su Palabra. La Biblia es su propio intérprete, pues un pasaje explica el otro. Comparando los textos que se refieren a los mismos temas, verá Vd. una belleza y una armonía que nunca soñó. No hay otro libro cuya lectura fortalezca, amplíe, eleve y ennoblezca la mente como la lectura de este Libro de los libros. Su estudio imparte nuevo vigor a la mente, que es puesta así en contacto con temas que requieren reflexión fervorosa y es impulsada a orar a Dios para poder comprender las verdades reveladas. Si se deja que la mente trate temas comunes en vez de problemas difíciles y profundos, se estrechará hasta el nivel de los asuntos que contemple y perderá finalmente su poder de expansión.

* * * * *

Desagradan a Dios aquellos que negligente o indolentemente dejan de convertirse en obreros eficientes y bien informados. El cris- [573]
tiano debe poseer más inteligencia y discernimiento más agudo que el mundano. El estudio de la Palabra de Dios amplía continuamente el espíritu y fortalece el intelecto. No hay nada que refine y eleve tanto el carácter, y dé tanto vigor a toda facultad, como el ejercicio continuo de la mente para captar y comprender las verdades de peso e importancia.

La mente humana se atrofia y debilita cuando trata solamente con asuntos comunes, sin elevarse nunca por encima del nivel de las cosas temporales y de los sentidos, para asir los misterios de lo invisible. El entendimiento se rebaja gradualmente al nivel de los temas con que se familiariza constantemente. La mente contraerá sus facultades y perderá su capacidad si no se ejercita para adquirir conocimiento

adicional, y no se esfuerza por comprender las revelaciones del poder
[574] divino en la naturaleza y en la Palabra sagrada.*

*Testimonios para la Iglesia 4:545, 546 (1881).

Casamientos antibíblicos*

Estamos viviendo en los postreros días, cuando la locura referente al matrimonio constituye una de las señales de la próxima venida de Cristo. No se consulta a Dios en estos asuntos. La religión, el deber y los principios son sacrificados para seguir los impulsos del corazón no consagrado. No debiera haber mucha ostentación y regocijo por la unión de los cónyuges. Ni siquiera hay un matrimonio de cada cien que resulte feliz, que lleve la sanción de Dios y coloque a los cónyuges en una posición que les permita glorificarle mejor. Las malas consecuencias de los casamientos mal concertados son innumerables. Se contraen por impulso. Rara vez se piensa en considerar sinceramente el asunto, y se tiene por anticuado consultar a los que tienen experiencia.

En lugar del amor puro imperan el impulso y la pasión no santificada. Muchos ponen en peligro sus propias almas y atraen sobre sí la maldición de Dios al entablar relaciones matrimoniales simplemente para satisfacer su fantasía. Me han sido mostrados los casos de algunos de los que profesan creer la verdad y han cometido el gran error de casarse con personas incrédulas. Tenían la esperanza de que el cónyuge incrédulo aceptaría la verdad; pero éste después de alcanzar su objeto se halla más lejos de la verdad que antes. Y luego empiezan los trabajos sutiles, los esfuerzos continuos del enemigo para apartar al creyente de la fe.

Muchos están perdiendo ahora su interés y confianza en la verdad porque se han relacionado íntimamente con la incredulidad. Respiran una atmósfera de duda y descreimiento. Ven y oyen a la incredulidad, y finalmente la aprecian. Algunos tienen el valor de resistir a estas influencias, pero en muchos casos su fe queda imperceptiblemente [575] minada y finalmente destruída. Satanás ha tenido éxito en sus planes. Obró por medio de sus agentes de manera tan silenciosa que las vallas de la fe y la verdad han sido vencidas antes que los creyentes tuviesen la menor sospecha del lugar adonde iban.

*Testimonios para la Iglesia 4:503-508 (1880).

Es algo peligroso aliarse con el mundo. Satanás sabe muy bien que la hora del casamiento de muchos jóvenes, tanto de un sexo como del otro, cierra la historia de su experiencia religiosa y de su utilidad. Quedan perdidos para Cristo. Tal vez hagan durante un tiempo un esfuerzo para vivir una vida cristiana; pero todas sus luchas se estrellan contra una constante influencia en la dirección opuesta. Hubo un tiempo en que era para ellos un privilegio y un gozo hablar de su fe y esperanza; pero luego llegan a no tener deseo de mencionar el asunto, sabiendo que la persona a la cual han ligado su destino no se interesa en ello. Como resultado, la fe en la preciosa verdad muere en el corazón, y Satanás teje insidiosamente en derredor de ellos una tela de escepticismo.

Llevar a los excesos lo legítimo constituye un grave pecado. Los que profesan la verdad pisotean la voluntad de Dios al casarse con incrédulos; pierden su favor y hacen obras amargas, de las que habrán de arrepentirse. La persona incrédula puede poseer un excelente carácter moral; pero el hecho de que no haya respondido a las exigencias de Dios y haya descuidado una salvación tan grande, es razón suficiente para que no se verifique una unión tal. El carácter de la persona incrédula puede ser similar al del joven a quien Jesús dirigió las palabras: "Una cosa te falta" (Marcos 10:21), y esa cosa era la esencial.

A veces se arguye que el no creyente favorece la religión, y que como cónyuge es todo lo que puede desearse, excepto en una cosa, que no es creyente. Aunque el buen juicio indique al creyente lo impropio que es unirse para toda la vida con una persona incrédula, en nueve casos de cada diez triunfa la inclinación. La decadencia espiritual comienza en el momento en que se formula el voto ante el
[576] altar; el fervor religioso se enfría, y se quebranta una fortaleza tras otra, hasta que ambos están lado a lado bajo el negro estandarte de Satanás. Aun en las fiestas de boda, el espíritu del mundo triunfa contra la conciencia, la fe y la verdad. En el nuevo hogar no se respeta la hora de oración. El esposo y la esposa se han elegido mutuamente y han despedido a Jesús.

Al principio el cónyuge no creyente no se opondrá abiertamente; pero cuando se presenta la verdad bíblica a su atención y consideración, surge en seguida el sentimiento: "Te casaste conmigo sabiendo lo que era, y no quiero que se me moleste. De ahora en adelante

quede bien entendido que la conversación sobre tus opiniones particulares queda prohibida." Si el cónyuge creyente manifiesta algún fervor especial respecto de su propia fe, ello puede ser interpretado como falta de bondad hacia el que no tiene interés en la experiencia cristiana.

El cónyuge creyente razona que, dada su nueva relación, debe conceder algo al compañero que ha elegido. Asiste a diversiones sociales y mundanas. Al principio lo hace de muy mala gana; pero el interés por la verdad disminuye, y la fe se trueca en duda e incredulidad. Nadie habría sospechado que esa persona que antes era un creyente firme y concienzudo que seguía devotamente a Cristo, pudiese llegar a ser la persona vacilante y llena de dudas que es ahora. ¡Oh, qué cambio realizó ese casamiento imprudente!

¿Qué debe hacer todo creyente cuando se encuentra en esa penosa situación que prueba la integridad de los principios religiosos? Con firmeza digna de imitación debe decir francamente: "Soy cristiano a conciencia. Creo que el séptimo día de la semana es el día de reposo bíblico. Nuestra fe y principios son tales que van en direcciones opuestas. No podemos ser felices juntos, porque si yo sigo adelante para adquirir un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios, llegaré a ser más diferente del mundo y semejante a Cristo. Si Vd. continúa no viendo hermosura en Cristo ni atractivos en la verdad, amará al mundo, al cual yo no puedo amar, mientras yo amaré las cosas de Dios que Vd. no puede amar. Las cosas espiri- [577]
tuales se disciernen espiritualmente. Sin discernimiento espiritual Vd. no podrá ver los derechos que Dios tiene sobre mí, ni podrá comprender mis obligaciones hacia el Maestro a quien sirvo; por lo tanto le parecerá que yo le descuido por los deberes religiosos. Vd. no será feliz; sentirá celos por el afecto que entrego a Dios; y yo igualmente me sentiré aislado por mis creencias religiosas. Cuando sus opiniones cambien, cuando Vd. responda a las exigencias de Dios y aprenda a amar a mi Salvador, podremos reanudar nuestras relaciones."

El creyente hace así por Cristo un sacrificio que su conciencia aprueba, y demuestra que aprecia demasiado la vida eterna para correr el riesgo de perderla. Siente que sería mejor permanecer soltero que ligar sus intereses para toda la vida a una persona que prefiere el mundo a Cristo, y que lo apartaría de su cruz. Pero muchos no

reconocen el peligro que entraña el conceder los afectos a personas incrédulas. En las mentes juveniles el matrimonio está revestido de romanticismo y es difícil despojarlo de ese carácter que le presta la imaginación, para hacer que la mente comprenda cuán pesadas responsabilidades entraña el voto matrimonial. Liga los destinos de dos personas con vínculos que sólo la muerte puede cortar.

¿Podrá aquel que busca gloria, honra, inmortalidad y vida eterna, unirse con otra persona que rehusa alistarse con los soldados de la cruz de Cristo? Vosotros, los que profesáis elegir a Cristo como vuestro Maestro y obedecerle en todas las cosas, ¿habréis de unir vuestros intereses con personas regidas por el príncipe de las potestades de las tinieblas? "¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de concierto?" "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos." Amós 3:3; Mateo 18:19. ¡Pero cuán extraño es el espectáculo! Mientras una de las personas tan íntimamente unidas se dedica a la oración, la otra permanece indiferente y descuidada; mientras una
[578] busca el camino que lleva al cielo y a la vida eterna, la otra* se encuentra en el camino anchuroso que lleva a la muerte.

Centenares de personas han sacrificado a Cristo y el cielo al casarse con personas inconversas. ¿Pueden conceder tan poco valor al amor y a la comunión de Cristo que prefieren la compañía de pobres mortales? ¿Estiman tan poco el cielo que están dispuestos a arriesgar sus goces uniéndose con una persona que no ama al precioso Salvador?

La felicidad y prosperidad de la vida matrimonial dependen de la unidad de los cónyuges. ¿Cómo puede armonizar el ánimo carnal con el ánimo que se ha asimilado el sentir de Cristo? El uno siembra para la carne, piensa y obra de acuerdo con los impulsos de su corazón; el otro siembra para el Espíritu, tratando de reprimir el egoísmo, vencer la inclinación propia y vivir en obedencia al Maestro, cuyo siervo profesa ser. Así que hay una perpetua diferencia de gusto, inclinación y propósito. A menos que el creyente gane al impenitente por su firme adhesión a los principios cristianos, lo más común es que se desaliente y venda esos principios por la compañía de una persona que no está relacionada con el Cielo.

*19—J.T., Tomo 1

Dios prohibió estrictamente que su antiguo pueblo formase alianzas matrimoniales con otras naciones. Se arguye ahora que esta prohibición tenía por objeto evitar que los hebreos se casasen con idólatras y se relacionasen con familias paganas. Pero los paganos estaban en una condición más favorable que los impenitentes de esta época, quienes, teniendo la luz de la verdad, se niegan, sin embargo, con persistencia, a aceptarla. El pecador moderno es mucho más culpable que los paganos, porque la luz del Evangelio resplandece claramente en derredor de él. Viola su conciencia y es deliberadamente enemigo de Dios. La razón que Dios alegó al prohibir estos casamientos era: "Porque apartarán a tus hijos de en pos de mí." Deuteronomio 7:4 (VM). Los antiguos hijos de Israel que se atrevieron a despreciar la prohibición de Dios, lo hicieron sacrificando los principios religiosos. Tomemos por ejemplo el caso de Salomón. Sus esposas apartaron su corazón de su Dios. [579]

Obreros fieles*

La paz de Cristo no puede ser comprada con dinero; el talento brillante no puede disponer de ella; el intelecto no la puede asegurar: es un don de Dios. ¿Cómo podría yo hacer comprender a todos la gran pérdida que experimentan si no siguen los santos principios de la religión de Cristo en la vida diaria? La mansedumbre y la humildad de Cristo constituyen el poder del cristiano. Son a la verdad más preciosas que todo lo que el genio puede crear o las riquezas comprar. De todas las cosas buscadas, apreciadas o cultivadas, no hay nada tan valioso a la vista de Dios como un corazón puro, una disposición rebosante de agradecimiento y paz.

Si la divina armonía de la verdad y el amor imperan en el corazón, resplandecerán en palabras y acciones. El cultivo más cuidadoso de los modales externos y de la cortesía no tiene suficiente poder para ahuyentar toda inquietud, juicio duro y palabras impropias. El espíritu de genuina benevolencia debe morar en el corazón. El amor imparte a su poseedor gracia, donaire y hermosura de porte. El amor ilumina el rostro y subyuga la voz; refina y eleva a todo el ser humano. Lo pone en armonía con Dios, porque es un atributo celestial.

Muchos corren el riesgo de pensar que mientras llevan cargas de trabajo, escriben, ejercen la profesión médica o deben cumplir los deberes de los diversos departamentos, se los excusa si descuidan la oración, la observancia del sábado y el servicio religioso. Las cosas sagradas quedan así rebajadas para adaptarse a su conveniencia, mientras que los deberes, la abnegación y las cruces quedan sin tocar. Ni los médicos ni sus ayudantes deben intentar realizar su trabajo sin tomarse tiempo para orar. Dios quiere ser el ayudador
[580] de todos los que profesan amarle si ellos quieren acudir a él con fe y, conscientes de su propia debilidad, anhelan su poder. Cuando se separan de Dios, su sabiduría resulta insensatez. Cuando sean pequeños a sus propios ojos y se apoyen en su Dios, entonces él

*Testimonios para la Iglesia 4:559-561 (1881).

será el brazo de su poder y el éxito acompañará sus esfuerzos; pero cuando permiten que la mente se distraiga de Dios, entonces Satanás entra y rige los pensamientos y pervierte el juicio.

Nadie está en mayor peligro que el que considera segura su montaña. Entonces es cuando sus pies empezarán a resbalar. Vendrán las tentaciones una tras otra, y tan imperceptible será su influencia sobre la vida y el carácter, que a menos que sea guardado por el poder divino, será corrompido por el espíritu del mundo y no llevará a cabo el propósito de Dios. Todo lo que el hombre tiene se lo ha dado Dios, y el que aprovecha su capacidad para gloria del Señor, será instrumento que haga bien; pero nos es tan imposible vivir una vida piadosa sin orar constantemente y cumplir los deberes religiosos, como lo sería obtener fuerzas físicas sin ingerir alimento temporal. Debemos sentarnos diariamente a la mesa de Dios. Debemos recibir fuerza de la Vid viviente si queremos nutrirnos.

La conducta que han seguido algunos al practicar métodos mundanos para lograr sus propósitos, no está en armonía con la voluntad de Dios. Ven males que es necesario corregir, pero no desean atraer oprobio sobre sus propias cabezas y, en vez de arrostrar valientemente estas cosas, echan la carga a otro y le dejan arrostrar las dificultades que ellos mismos han rehuído; y en demasiados casos, el que usa un lenguaje claro es considerado como grave ofensor.

Hermanos, os ruego que obréis con el sincero deseo de glorificar a Dios. Depended de su poder; sea su gracia vuestra fuerza. Por el estudio de las Escrituras y la oración ferviente, tratad de obtener un claro concepto de vuestro deber y luego cumplidlo fielmente. Es esencial que cultivéis la fidelidad en las cosas pequeñas, y al hacerlo adquiriréis costumbres de integridad en las responsabilidades mayores. Los pequeños incidentes de la vida diaria pasan con frecuencia sin que los notemos; pero son estas cosas las que forman el carácter. Cada acontecimiento de la vida es grande para bien o para mal. La mente necesita ser educada por las pruebas diarias, a fin de que adquiera fuerza para resistir en cualquier situación difícil. En los días de prueba y peligro, necesitaréis ser fortalecidos para permanecer firmes de parte de lo recto, independientes de toda influencia opositora. [581]

Dios quiere hacer mucho por vosotros, si tan sólo sentís vuestra necesidad de él. Jesús os ama. Tratad siempre de andar en la luz de

la sabiduría de Dios; y en todas las variables escenas de la vida, no descanséis hasta saber que vuestra voluntad está en armonía con la voluntad de vuestro Creador. Por la fe en él podéis obtener fuerza para resistir a toda tentación de Satanás, y así crecer en fuerza moral
[582] con cada prueba que Dios os envíe.

En el laberinto del escepticismo*

No hay excusa para la duda o el escepticismo. Dios ha hecho amplia provisión para establecer la fe de todos los hombres, si quieren decidir por el peso de las evidencias. Pero si antes de creer, esperan que cada objeción aparente sea eliminada, nunca se establecerán, arraigarán ni afirmarán en la verdad. Dios no eliminará nunca todas las aparentes dificultades de nuestra senda. Los que deseen dudar, podrán hallar oportunidad para ello; los que deseen creer, tendrán bastantes evidencias en que basar su fe.

La actitud de algunos es inexplicable, aun para ellos mismos. Van al garete, sin anclas, debatiéndose en la niebla de la incertidumbre. Pronto se apodera Satanás del timón, y lleva su frágil embarcación doquiera le place. Pasan a ser sujetos a su voluntad. Si estos espíritus no hubiesen escuchado a Satanás, no habrían sido engañados por sus sofismas; si se hubiesen equilibrado del lado de Dios, no habrían quedado confundidos y aturdidos.

Dios y los ángeles observan con intenso interés el desarrollo del carácter y pesan el valor moral. Los que resisten los designios de Satanás saldrán como oro probado en el fuego. Los que son arrebatados por las olas de la tentación se imaginan, como Eva, que se vuelven maravillosamente sabios, que superan su ignorancia y estrecha conciencia; pero, como ella, descubrirán que se han engañado lamentablemente. Han estado persiguiendo sombras, trocando la sabiduría celestial por el frágil juicio humano. Un poco de conocimiento los ha engreído. Un conocimiento más profundo y cabal de sí mismos y de Dios, los volvería cuerdos y sensatos, y los colocaría de parte de la verdad, los ángeles y Dios. [583]

La Palabra de Dios nos juzgará a cada uno de nosotros en el último gran día. Los jóvenes hablan de la ciencia, y son más sabios de lo que está escrito; procuran explicar los caminos y las obras de Dios de acuerdo con su comprensión finita; pero todo eso concluye

*Testimonios para la Iglesia 4:583-586 (1881). (Del cap. “Posición y obra del sanatorio.”)

en un miserable fracaso. La verdadera ciencia y la inspiración están en perfecta armonía. La falsa ciencia es algo independiente de Dios. Es ignorancia presuntuosa. Este poder engañador ha cautivado y esclavizado las mentes de muchos que han preferido las tinieblas a la luz. Se han puesto del lado de la incredulidad, como si el dudar fuese una virtud e indicio de una mente amplia, cuando en realidad revela un intelecto demasiado débil y estrecho para percibir a Dios en sus obras creadas. No podrían sondear el misterio de su Providencia, aunque lo estudiasen con toda su fuerza durante toda la vida. Y debido a que las obras de Dios no pueden ser explicadas por las mentes finitas, Satanás los somete a sus sofismas, y los enreda en las mallas de la incredulidad. Si éstos que dudan quieren relacionarse estrechamente con Dios, él les aclarará sus propósitos.

Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. La mente carnal no puede comprender estos misterios. Si aquellos que dudan continúan siguiendo al gran engañador, las impresiones y convicciones del Espíritu de Dios irán disminuyendo y se harán más frecuentes las incitaciones de Satanás, hasta que la mente se someta plenamente a su dominio. Entonces aquello que estas mentes aturdidas consideran como insensatez, será el poder de Dios, y lo que Dios considera como insensatez será para ellos la fuerza de la sabiduría.

Uno de los grandes males que han acompañado a la búsqueda dé conocimiento y las investigaciones de la ciencia, es que los que se dedican a tales cosas pierden de vista con demasiada frecuencia el carácter divino de la religión pura y sin adulteración. Los sabios según el mundo han intentado explicar mediante principios científicos la influencia del Espíritu de Dios sobre el corazón. El
[584] menor progreso en esta dirección llevará al alma a los laberintos del escepticismo. La religión de la Biblia es simplemente el misterio de la piedad; ninguna mente humana puede comprenderlo plenamente, y es completamente incomprensible para el corazón irregenerado.

El Hijo de Dios comparó las operaciones del Espíritu Santo al viento, que “de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde vaya.” Juan 3:8. Leemos además en el relato sagrado que el Redentor del mundo se regocijó en espíritu y dijo: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños.” Lucas 10:21.

El Salvador se regocijó de que el plan de salvación fuera de tal naturaleza que los que son sabios en su propia estima, aquellos que están engreídos por las enseñanzas de la vana filosofía, no pueden ver la belleza, el poder y el misterio oculto del Evangelio. Pero a todos los humildes de corazón, aquellos que tienen un deseo sincero e infantil de recibir enseñanzas y conocer y hacer la voluntad de su Padre celestial, se les revela su Palabra como el poder de Dios para su salvación. [585]

La influencia de las compañías*

En nuestras instituciones, donde muchos trabajan juntos, la influencia de las compañías es muy grande. Es natural buscar compañía. Cada uno hallará compañeros o los hará. Y la intensidad de la amistad determinará la influencia que los amigos ejerzan unos sobre otros, para bien o para mal. Todos tendrán amistades, influirán en ellas y recibirán su influencia.

Es misterioso el vínculo que une los corazones humanos de manera que los sentimientos, los gustos y los principios de dos personas quedan íntimamente fusionados. El uno recibe el espíritu del otro y copia sus modales y actos. Como la cera conserva la figura del sello, así la mente retiene la impresión producida por el trato y la asociación con otros. La influencia puede ser inconsciente, mas no por eso es menos poderosa.

Si se pudiese persuadir a los jóvenes a asociarse con los puros, reflexivos y amables, el efecto sería muy saludable. Si eligen compañeros que temen al Señor, su influencia los conducirá a la verdad, al deber y a la santidad. Una vida verdaderamente cristiana es un poder para el bien. Pero, por otro lado, los que se asocian con hombres y mujeres de moral dudosa, de costumbres y principios malos, no tardarán en andar en la misma senda. El impulso de las tendencias del corazón natural es hacia abajo. El que se asocia con los escépticos no tardará en llegar a ser escéptico; el que elija la compañía de los viles, llegará seguramente a ser vil. El andar en el consejo de los impíos es el primer paso en la senda que conduce al camino de los pecadores y a sentarse con los escarnecedores.

[586] Aquellos que quieran adquirir un carácter íntegro deben elegir como asociados a quienes sean de inclinación seria, reflexiva y religiosa. Los que han contado el costo, y desean edificar para la eternidad, deben poner buen material en su edificación. Si aceptan maderas podridas, si se conforman con deficiencias de carácter, el edificio quedará condenado a la ruina. Presten todos atención a cómo

*Testimonios para la Iglesia 4:587-591 (1881).

edifican. La tempestad de la tentación lanzará sus embates contra el edificio, y a menos que éste se halle firme y fielmente construído, no resistirá la prueba.

Un buen nombre es más precioso que el oro. Existe en los jóvenes la inclinación a asociarse con los que son de mentalidad y moral inferior. ¿Qué felicidad verdadera puede esperar una persona joven de una relación voluntaria con personas que tienen una norma baja de pensamientos, sentimientos y conducta?

Hay personas de gustos envilecidos y costumbres depravadas, y todos los que elijan tales compañeros seguirán su ejemplo. Vivimos en tiempos peligrosos que deben infundir temor en todos los corazones. Vemos que la mente de muchos se pierde en los enredos del escepticismo. Las causas de esto son la ignorancia y el orgullo y un carácter deficiente. La humildad es una lección difícil de aprender para el hombre caído. Hay en el corazón humano algo que se opone a la verdad revelada que se refiere a Dios y los pecadores, a la transgresión de la ley divina y al perdón por medio de Cristo.

Guardemos nuestro espíritu

Hermanos y hermanas, ancianos y jóvenes, cuando tengáis un momento libre, abrid la Biblia y atesorad en la mente sus preciosas verdades. Cuando estáis trabajando, custodiad vuestra mente, mantenedla firme en Dios, hablad menos y meditad más. Recordad que "toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio." Mateo 12:36. Sean vuestras palabras selectas; esto cerrará una puerta contra el adversario de las almas. Empezad el día con oración; trabajad como a la vista de Dios. Sus ángeles están siempre a vuestro lado, anotando vuestras palabras, vuestra conducta [587]
y la manera en que hacéis vuestro trabajo. Si os apartáis del buen consejo y elegís como compañeros a aquellos de quienes podéis con razón sospechar que no tienen inclinación religiosa, aunque profesan ser cristianos, no tardaréis en llegar a ser como ellos. Os ponéis en el camino de la tentación, en el campo de batalla de Satanás, y a menos que estéis constantemente guardados seréis vencidos por sus designios. Hay personas que durante cierto tiempo profesaron la religión; y sin embargo, estaban realmente apartadas de Dios e insensibles a la voz de la conciencia. Son vanas y triviales, su conversación es

de baja índole. El galanteo y el casamiento ocupan su mente, con exclusión de los pensamientos más nobles y superiores.

Determinan nuestro destino

Las compañías elegidas por los obreros determinan su destino para este mundo y para el venidero. Algunos que eran una vez concienzudos y fieles han cambiado tristemente; se han separado de Dios y Satanás los ha inducido a ponerse de su lado. Son ahora irreligiosos e irreverentes, y ejercen su influencia sobre otros que se dejan amoldar fácilmente. Las malas compañías deterioran el carácter; minan los buenos principios. "El que anda con los sabios, sabio será; mas el que se allega a los necios, será quebrantado." Proverbios 13:20.

Los jóvenes están en peligro; pero no disciernen las tendencias y el resultado de la conducta que siguen. Muchos se dedican al galanteo. Parecen infatuados. No hay nada noble, digno ni sagrado en estas relaciones; debido a que son impulsadas por Satanás, la influencia que ejercen tiende a agradar al enemigo. Las amonestaciones que se dirigen a estas personas son desoídas, pues ellas son temerarias, voluntariosas y desafiantes. Creen que la amonestación, el consejo o el reproche no se aplican a ellas. Su conducta no las preocupa. Están continuamente separándose de la luz y el amor de Dios. Pierden todo
[588] discernimiento de las cosas sagradas y eternas; y aunque conservan una forma árida de los deberes cristianos, no ponen el corazón en estos servicios religiosos. Demasiado tarde, estas almas seducidas aprenderán que "estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan." Mateo 7:14.

Las palabras, las acciones y los motivos quedan registrados, pero cuán poco se percatan esas cabezas livianas y superficiales y esos corazones duros de que un ángel de Dios está a su lado anotando la manera en que emplean sus preciosos momentos. Dios traerá a luz toda palabra y toda acción. El está en todo lugar. Sus mensajeros, aunque invisibles, visitan el taller y el dormitorio. Las ocultas obras de las tinieblas serán sacadas a luz. Los pensamientos, los intentos y los propósitos del corazón serán revelados. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar.

Ennoblezcamos nuestra obra

Los obreros deben llevar a Jesús consigo a todo departamento de su trabajo. Cualquier cosa que hagan, deben hacerla con una exactitud y un esmero que soporten la inspección. Deben poner su corazón en el trabajo. La fidelidad es tan esencial en los deberes comunes de la vida como en los que entrañan mayor responsabilidad. Algunos pueden concebir la idea de que su trabajo no es ennoblecedor; pero su trabajo es precisamente lo que ellos quieren hacerlo. Ellos solos son capaces de degradar o elevar su empleo. Quisiéramos que cada zángano se viese obligado a trabajar para ganar su pan cotidiano; porque el trabajo es una bendición, no una maldición. La labor diligente nos preservará de muchas trampas de Satanás, quien "encuentra siempre algún trabajo perjudicial para las manos ociosas."

Ninguno de nosotros debe avergonzarse de su trabajo, por humilde y servil que parezca, pues es ennoblecedor. Todos los que trabajan, ya sea con la mente o con las manos, cumplen con su deber y honran su religión, tanto mientras lavan la ropa o los platos como [589] cuando van a la reunión. Mientras las manos se dedican al trabajo más común, la mente puede ser elevada y ennoblecida por pensamientos puros y santos. Cuando cualquiera de los obreros manifiesta falta de respeto por las cosas religiosas, debe ser separado de la obra. Nadie piense que la institución depende de él.

Los que han estado empleados largo tiempo en nuestras instituciones, debieran ser ahora obreros responsables, dignos de confianza en todo lugar, tan fieles al deber como la brújula al polo. Si ellos hubiesen aprovechado debidamente sus oportunidades, podrían tener ahora un carácter simétrico y una profunda y viva experiencia en las cosas religiosas. Pero algunos de estos obreros se han separado de Dios. Han puesto a un lado la religión. No constituye ya un principio labrado en ellos, cuidadosamente apreciado doquiera vayan, en cualquier sociedad en que los coloquen las circunstancias, y no les resulta un ancla para el alma. Quisiera que todos los obreros consideraran cuidadosamente que el éxito, tanto en esta vida como para alcanzar la vida futura, depende mayormente de la fidelidad en las cosas pequeñas. Los que anhelan tener responsabilidades superiores

deben manifestar fidelidad en el cumplimiento de sus deberes donde Dios los ha colocado.

La perfección de la obra de Dios se ve tan claramente en el más diminuto insecto como en el rey de las aves. El alma del niñito que cree en Cristo le es tan preciosa como los ángeles que rodean su trono. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." Mateo 5:48. Como Dios es perfecto en su esfera, puede serlo el hombre en la suya. Todo lo que la mano hallare para hacer debe ser hecho con esmero y prontitud. La fidelidad e integridad en las cosas pequeñas, el cumplimiento de los pequeños deberes y de los actos de bondad, alegrará la senda de la vida, y cuando nuestra obra en la tierra esté terminada, cada uno de los pequeños deberes cumplidos con fidelidad será atesorado como
[590] preciosa gema delante de Dios.

La iglesia triunfará*

Hasta el momento en que Cristo aparezca en las nubes de los cielos con poder y grande gloria, los hombres se irán pervirtiendo en espíritu y dejarán la verdad por las fábulas. La iglesia verá todavía tiempos angustiosos. Profetizará vestida de saco. Pero, aunque debe arrostrar herejías y persecuciones, aunque debe batallar con los infieles y los apóstatas, por la ayuda de Dios está aplastando la cabeza de Satanás. El Señor tendrá un pueblo tan leal como el acero y de fe tan firme como el granito. Sus miembros han de ser sus testigos en el mundo, instrumentos que han de realizar una obra especial y gloriosa en el día de su preparación.

El mensaje del Evangelio no gana una sola alma para Cristo, ni penetra en un solo corazón, sin herir la cabeza de Satanás. Cada vez que se le arrebata un cautivo y éste queda libre de su opresión, se derrota al tirano. Las casas editoras y las prensas son instrumentos en las manos de Dios para enviar a toda lengua y nación la preciosa luz de la verdad. Esta llega hasta los países paganos, y abre constantemente brechas en todas las supersticiones y errores concebibles.

Los ministros que han predicado la verdad con todo celo y fervor pueden apostatar y unirse a las filas de nuestros enemigos; acaso ¿transforma esto la verdad de Dios en mentira? "Pero—dice el apóstol—el fundamento de Dios está firme." 2 Timoteo 2:19. Pueden cambiar la fe y los sentimientos de los hombres; pero nunca la verdad de Dios. Se está proclamando el mensaje del tercer ángel; es infalible.

Nadie puede servir a Dios sin unir contra sí a los malos hombres y los malos ángeles. Los malos espíritus serán enviados a perseguir [591] a toda alma que procure unirse a las filas de Cristo; pues Satanás desea recuperar la presa que le fué arrebatada. Los hombres malos se rendirán ante grandes engaños, creerán en ellos y se perderán. Estos

*Testimonios para la Iglesia 4:594-596 (1881). (Del cap. "Las sociedades de publicaciones.")

hombres se cubrirán con vestiduras de sinceridad, y engañarán, si fuese posible, a los mismos escogidos.

Certidumbre de la verdad

Es tan cierto que tenemos la verdad como que Dios vive; y Satanás, con todas sus artes y todo su poder infernal, no puede cambiar la verdad de Dios en mentira. Aunque el gran adversario procurará anular hasta lo sumo la Palabra de Dios, la verdad fulgurará como una lámpara encendida.

El Señor nos ha elegido, y nos ha hecho objetos de su misericordia maravillosa. ¿Nos dejaremos hechizar por las charlas de los apóstatas? ¿Nos colocaremos de parte de Satanás y de su hueste? ¿Nos uniremos con los transgresores de la ley de Dios? Sea más bien nuestra oración: "Señor, pon enemistad entre mí y la serpiente." Si no estamos en enemistad con sus obras tenebrosas, nos circuyen sus poderosos repliegues y su dardo está listo para penetrar en cualquier momento hasta nuestro corazón. Debemos tenerla por enemigo mortal. Debemos oponernos a ella en nombre de Cristo. Nuestra obra es seguir adelante. Debemos defender cada pulgada del terreno. Que todos los que llevan el nombre de Cristo se revistan de la armadura
[592] de justicia.

La sencillez en el vestir*

En su sermón del monte, Cristo exhorta a sus seguidores a no permitir que su espíritu se abstraiga en las cosas terrenales. Dice claramente: “No podéis servir a Dios y a Mammón. Por tanto os digo: No os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?” “Y por el vestido ¿por qué os congojáis? Reparad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido así como uno de ellos.” Mateo 6:24, 25, 28, 29.

Estas palabras rebosan de significado. Eran aplicables en los días de Cristo, y lo son en nuestra época. En ellas, Jesús pone en contraste la sencillez natural de las flores del campo, con el adorno artificial del vestido. Declara que la gloria de Salomón no podía compararse con una sola flor en su hermosura natural. Esta es una lección para todos los que desean conocer y hacer la voluntad de Dios. Jesús nota el cuidado y la devoción que muchos dedican al vestido, y nos aconseja y hasta nos ordena que no pensemos demasiado en él. Es importante que prestemos atención cuidadosa a sus palabras. Salomón estaba tan embargado por pensamientos de ostentación, que no elevó su espíritu por una constante comunión con el Dios de la sabiduría. Pasó por alto la perfección y la belleza del carácter en su propósito de obtener la belleza exterior. Vendió su honor y la integridad de su carácter al procurar glorificarse a sí mismo ante el mundo, y finalmente se transformó en un déspota que sostenía sus lujos extravagantes imponiendo al pueblo tributos excesivos. Primero se corrompió en su corazón, luego apostató de Dios, y finalmente adoró a los ídolos. [593]

Al ver a nuestras hermanas apartarse de la sencillez en el vestir y cultivar el amor por las modas del mundo, nos afligimos. Al ir en esa dirección, se están separando de Dios y descuidan el adorno

*Testimonios para la Iglesia 4:628-648 (1881).

interior. No deben sentirse libres para dedicar el tiempo que Dios les ha dado al adorno innecesario de sus vestidos. ¡Cuánto mejor sería que lo empleasen escudriñando las Escrituras, y obteniendo así un conocimiento cabal de las profecías y las lecciones prácticas de Cristo! ... Le agradaría a Dios ver a nuestras hermanas vestidas con ropas aseadas y sencillas, dedicándose fervientemente a la obra del Señor. No carecen de capacidad, y si diesen el uso debido a los talentos que ya poseen, su eficiencia aumentaría grandemente. Si el tiempo que ahora dedican al trabajo inútil lo consagrasen a escudriñar la Palabra de Dios y explicarla a otros, su propia mente se enriquecería con gemas de la verdad y se fortalecería a la vez que se ennoblecería, gracias al esfuerzo hecho para comprender las razones de nuestra fe. Si nuestras hermanas fuesen cristianas de acuerdo con la Biblia y concienzudas, si procuraran aprovechar toda oportunidad para iluminar a otras, veríamos que, por sus esfuerzos abnegados, decenas de almas abrazarían la verdad. Hermanas, en el día en que se haga el ajuste de cuentas, ¿sentiréis placer al repasar vuestra vida, o lamentaréis haber buscado la belleza exterior, mientras que descuidabais casi completamente la hermosura interior, la del alma?

¿No tienen nuestras hermanas suficiente celo y valor moral para colocarse sin excusa de parte de la Biblia? El apóstol dió indicaciones muy explícitas acerca de este punto: "Asimismo ... ataviándose en hábito honesto, con vergüenza y modestia; no con cabellos encrespados, u oro, o perlas, o vestidos costosos, sino de buenas obras, como conviene a mujeres que profesan piedad." 1 Timoteo 2:9, 10. Aquí el Señor, por su apóstol, habla expresamente en contra de que se lleve oro. Cuídense las personas de experiencia de no extraviar a
[594] otras por su ejemplo al respecto. Ese anillo que rodea su dedo puede ser muy sencillo, pero es inútil, y el llevarlo ejerce mala influencia sobre los demás.

Especialmente las esposas de nuestros ministros deben tener cuidado de no apartarse de las claras enseñanzas de la Biblia con respecto al vestir. Muchas consideran que esas órdenes son demasiado anticuadas para que se les preste atención; pero el que las dió a sus discípulos, comprendía los peligros que entrañaría en nuestro tiempo el amor al vestido, y nos envió la consiguiente amonestación. ¿Le prestaremos atención y seremos sabios? La extravagancia en el vestir aumenta continuamente. Y no se ha llegado aún al fin. La

moda cambia a cada momento, y nuestras hermanas la siguen, sin reparar en el gasto de tiempo y dinero. Se gastan en vestidos muchos recursos que debieran ser devueltos a Dios, el Dador de ellos.

Los observadores del sábado que han cedido a la influencia del mundo, han de ser probados. Están por sobrecogernos los peligros de los postreros días, y espera al profeso pueblo de Dios una prueba que muchos no han anticipado. Será probada la sinceridad de su fe. Muchos se han unido con los mundanos en el orgullo, la vanidad, y la búsqueda de placeres, lisonjeándose de que podían hacer esto y seguir siendo cristianos. Pero son estas complacencias las que los separan de Dios, y los hacen hijos del mundo. Cristo no nos dió un ejemplo tal. Únicamente los que se niegan a sí mismos, y viven una vida de sobriedad, humildad y santidad, siguen verdaderamente a Jesús; y los tales no pueden disfrutar de la compañía de quienes aman al mundo.

Muchos se visten como el mundo, a fin de ejercer influencia sobre los incrédulos; pero en esto cometen un triste error. Si quieren ejercer una influencia verdadera y salvadora, vivan de acuerdo con su profesión de fe, manifiéstenla por sus obras justas, y hagan clara la distinción que hay entre el cristiano y el mundo. Sus palabras, su indumentaria y sus acciones deben hablar en favor de Dios. Entonces ejercerán una influencia santa sobre todos los que los rodeen, y aun [595]
los incrédulos conocerán que han estado con Jesús. Si alguno quiere que su influencia se ejerza en favor de la verdad, viva de acuerdo con lo que profesa e imite así al humilde Modelo.

El orgullo, la ignorancia y la insensatez son compañeros constantes. Al Señor le desagrada el orgullo manifestado entre su pueblo profeso. Le deshonra su conformidad con las modas malsanas, inmodestas y costosas de esta época degenerada.

La moda rige al mundo; y es un ama tiránica, que con frecuencia obliga a sus adeptos a someterse a los mayores inconvenientes e incomodidades. La moda impone tributos sin razón y cobra sin misericordia. Tiene un poder fascinador, y está siempre lista para criticar y para ridiculizar a los pobres si no siguen en su estela a cualquier costo, aun con el sacrificio de la vida misma. Satanás se regocija de que sus designios tengan tanto éxito, y la muerte se ríe del celo ciego y de la insensatez destructora de la salud de aquellos que adoran ante el altar de la moda. ...

Es una vergüenza que nuestras hermanas se olviden de tal manera de su carácter santo y su deber para con Dios, que imiten las modas del mundo. No tenemos excusa excepto la perversidad de nuestro propio corazón. No extendemos nuestra influencia con una conducta tal. Es tan inconsecuente para con nuestra profesión de fe, que nos ridiculiza ante los ojos de los mundanos.

Más de un alma que estaba convencida de la verdad se ha visto inducida a decidirse contra ella por el orgullo y el amor al mundo que manifestaron nuestras hermanas. La doctrina que se predicaba parecía clara y armoniosa, y las oyentes sentían que debían tomar una pesada cruz al aceptar la verdad. Cuando estas personas vieron a nuestras hermanas haciendo tanta ostentación en el vestir, dijeron: "Estas personas se visten tan vistosamente como nosotras. No pueden creer realmente lo que profesan; y al fin y al cabo deben estar equivocadas. Si realmente pensaran que Cristo va a venir pronto, y el
[596] caso de cada alma debe decidirse para la vida o la muerte eterna, no dedicarían su tiempo y su dinero a vestirse de acuerdo con las modas existentes." ¡Cuán poco sabían del sermón que estaban predicando sus vestidos, estas hermanas que profesaban tener fe!

Nuestras palabras, nuestras acciones y nuestra indumentaria predican diariamente y en forma vívida, y juntan para Cristo o dispersan. Esto no es un asunto trivial, que se ha de dejar a un lado con una broma. El tema de la indumentaria exige seria reflexión y mucha oración. Muchos incrédulos han sentido que no han estado haciendo bien al permitir que los esclavizara la moda; pero cuando ven vestirse como los mundanos y gozar de una sociedad frívola a algunas personas que hacen alta profesión de piedad, deciden que una conducta tal no debe ser mala.

"Somos—dice el inspirado apóstol,—hechos espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres." 1 Corintios 4:9. Todo el cielo está tomando nota de la influencia diaria que ejercen sobre el mundo los profesos seguidores de Cristo. Hermanas mías, vuestro vestido habla en favor de Cristo y la verdad sagrada, o en favor del mundo. ¿Qué dice? Recordad que todos tendremos que dar cuenta a Dios por la influencia que ejercemos.

De ninguna manera quisiéramos estimular la negligencia en el vestir. Que el atavío sea apropiado y decoroso. Aunque se lo confeccione con una tela de algodón de pocos pesos el metro, debe

mantenérselo aseado y limpio. Si no hay frunces, la persona que lo ha de llevar no sólo puede ahorrarse algo haciendo el vestido ella misma, sino que puede economizar pequeñas sumas al lavarlo y plancharlo por sí misma. Las familias se imponen pesadas cargas al vestir a sus hijos de acuerdo con la moda. ¡Qué despilfarro de tiempo! Los pequeñuelos tendrían muy buen aspecto con un vestido sin frunces ni adornos, pero que esté ordenado y limpio. Es tan fácil lavar y planchar un vestido tal, que este trabajo no se siente como [597] una carga. ¿Por qué, al servir a las modas de esta época, se atreven nuestras hermanas a privar a Dios del servicio que le deben, y a su tesorería del dinero que deberían dar para su causa? Dedican los primeros y mejores pensamientos al vestido; despilfarran el tiempo y malgastan el dinero. Descuidan la cultura de la mente y del corazón. Consideran el carácter como de menor importancia que el vestido. El adorno de un espíritu manso y apacible es de valor infinito; y es una insensatez de las más perversas malgastar en actividades frívolas nuestras oportunidades de conseguir el precioso adorno del alma.

Hermanas, podéis hacer una obra noble para Dios si queréis. La mujer no conoce su poder. Dios no quiso que sus capacidades fuesen todas absorbidas en preguntarse: "¿Qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Con qué me vestiré?" Hay un propósito más elevado para la mujer, un destino más grandioso. Debe desarrollar y cultivar sus facultades; porque Dios puede emplearlas en su gran obra de salvar a las almas de la ruina eterna. ...

Pero el mayor de los males es la influencia que se ejerce sobre los niños y los jóvenes. Casi tan pronto como vienen al mundo, están sujetos a las exigencias de la moda. Los niñitos oyen hablar más del vestido que de su salvación. Ven a sus madres consultando con más fervor los figurines de modas que la Biblia. Hacen más visitas a la tienda y a la modista que a la iglesia. La ostentación exterior recibe mayor consideración que el adorno del carácter. Si se ensucian los lindos vestidos, ello arranca vivas reprimendas y los ánimos se vuelven irritables bajo la continua restricción.

Un carácter deformado no molesta tanto a la madre como un vestido sucio. El niño oye hablar más de los vestidos que de la virtud; porque la madre está más familiarizada con la moda que con su Salvador. Con frecuencia, su ejemplo rodea a los jóvenes con una

atmósfera venenosa. El vicio, disfrazado con el atavío de la moda,
[598] se introduce entre los niños.

La sencillez en el vestir hará que una mujer sensata tenga la apariencia más ventajosa para ella. Juzgamos el carácter de una persona por el estilo del vestido que lleva. El atavío vistoso indica vanidad y debilidad. Una mujer modesta y piadosa se vestirá modestamente. Un gusto refinado y una mente culta se revelarán en la elección de atavíos sencillos y apropiados.

Hay un adorno que no perecerá nunca, que promoverá la felicidad de todos los que nos rodean en esta vida y resplandecerá con lustre inmarcesible en el futuro inmortal. Es el adorno de un espíritu manso y humilde. Dios nos ha ordenado llevar sobre el alma el atavío más rico. Cada mirada que echan al espejo debiera recordar a las adoradoras de la moda el alma que descuidan. Cada hora malgastada en el atavío les merece una reprensión por dejar inculto el intelecto. Podría haber entonces una reforma que elevaría y ennoblecería todos los fines y propósitos de la vida. En vez de procurar adornos de oro para la vista, se haría un esfuerzo ferviente para obtener la sabiduría que es de más valor que el oro fino; sí, que es más preciosa que los rubíes.

Quienes adoran ante el altar de la moda tienen poca fuerza de carácter, y poca energía física. No tienen un propósito grande para la vida y su existencia no logra ningún fin de valor. Encontramos por doquiera mujeres cuya mente y corazón están absortos en su amor por el vestido y la ostentación. Sus almas están atrofiadas y empequeñecidas y sus pensamientos se concentran en su pobre y despreciable persona. En cierta oportunidad en que pasaba una joven vestida a la moda delante de varios caballeros en la calle, uno de ellos preguntó algo acerca de ella. La respuesta fué: “Sirve de lindo adorno en la casa de sus padres, pero en otro sentido no tiene utilidad.” Es deplorable que los que profesan ser discípulos de Cristo consideren cosa buena imitar la indumentaria y los modales de estos adornos inútiles.

Pedro da a las mujeres cristianas valiosas instrucciones acerca del
[599] vestir: “El adorno de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto, en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante

de Dios. Porque así también se ataviaban en el tiempo antiguo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios." 1 Pedro 3:3, 4, 5. Todo lo que recomendamos es que se cumplan las órdenes de la Palabra de Dios. ¿Leemos y seguimos las enseñanzas de la Biblia? ¿Obedeceremos a Dios o nos conformaremos con las costumbres del mundo? ¿Serviremos a Dios o a Mammón? ¿Podemos esperar tener la paz del espíritu y la aprobación de Dios mientras andamos en forma directamente contraria a las enseñanzas de su Palabra?

El apóstol Pablo exhorta a los cristianos a no conformarse con el mundo, sino a transformarse por la renovación de su entendimiento para que experimenten "cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." Romanos 12:2. Pero muchos de los que profesan ser hijos de Dios no manifiestan escrúpulos al conformarse a las costumbres del mundo en lo que se refiere a llevar oro, perlas y atavíos costosos. Los que son demasiado concienzudos para llevar estas cosas son considerados como de mente estrecha, supersticiosos y hasta fanáticos. Pero es Dios quien condesciende a darnos estas instrucciones; son las declaraciones de la Sabiduría infinita; y quienes las desprecian lo hacen a su propio riesgo y pérdida. Los que se aferran a los adornos prohibidos en la Palabra de Dios, conservan orgullo y vanidad en su corazón. Desean atraer la atención. Su vestido dice: "Miradme; admiradme." Así, la complacencia aumenta constantemente la vanidad inherente a la naturaleza humana. Cuando la mente piensa sólo en agradar a Dios, desaparecen todos los embellecimientos inútiles de la persona.

El apóstol pone el adorno exterior en contraste directo con un espíritu manso y humilde, y luego atestigua el valor comparativo de este último, " Lo cual es de grande estima delante de Dios." Hay una [600] contradicción decidida entre el amor al atavío externo y la gracia de la mansedumbre, el espíritu apacible. Únicamente si buscamos en todas las cosas amoldarnos a la voluntad de Dios reinará en el alma la paz y el gozo.

El amor al vestido hace peligrar la moralidad, y hace de la mujer lo contrario de una dama cristiana, caracterizada por la modestia y la sobriedad. ...

Cristo queda avergonzado por los que profesan seguirle. ¿En qué se le parecen? ¿En qué se conforma nuestra indumentaria con los requerimientos bíblicos? No quiero que los pecados de la gente

pesen sobre mí, y daré a la trompeta un sonido certero. Durante años he dado un testimonio claro y decidido sobre este asunto por la página impresa y desde la tribuna. No he rehuído declarar todo el consejo de Dios. Debo estar libre de la sangre de todos. El hecho de que la mundanalidad y el orgullo dominan en forma casi universal, no proporciona a ningún cristiano excusa para ser como los demás. Dios ha dicho: "No seguirás a los muchos para mal hacer." Éxodo 23:2.

No juguéis más, hermanas mías, con vuestras propias almas y con Dios. Se me ha mostrado que la causa principal de vuestra apostasía es vuestro amor por el vestido. Os induce a descuidar graves responsabilidades, y tenéis apenas una chispa del amor de Dios en vuestro corazón. Sin demora, renunciad a la causa de vuestra apostasía, porque es un pecado contra vuestra propia alma y contra Dios. No os endurezcáis por el engaño del pecado. La moda está deteriorando el intelecto y royendo la espiritualidad de nuestro pueblo. La obediencia a las modas está invadiendo nuestras iglesias adventistas, y está haciendo más que cualquier otro poder para separar de Dios a nuestro pueblo. Se me ha mostrado que las reglas de nuestras iglesias son muy deficientes. Todas las manifestaciones de orgullo en el vestir, que son prohibidas en la Palabra de Dios, deben ser suficiente razón para que la iglesia ejerza disciplina. Si a pesar de las
[601] amonestaciones, súplicas y ruegos, se continúa siguiendo la voluntad perversa, puede ello considerarse como prueba de que el corazón no está de ninguna manera unido al de Cristo. El yo, y únicamente el yo, es el objeto de la adoración, y un cristiano profeso de esta índole apartará a muchos de Dios.

Pesa sobre nosotros como pueblo un terrible pecado, porque hemos permitido que los miembros de nuestras iglesias vistan de una manera inconsecuente con su fe. Debemos levantarnos en seguida, y cerrar la puerta a las seducciones de la moda. A menos que lo
[602] hagamos, nuestras iglesias se desmoralizarán.

El anillo de compromiso*

Algunos se han preocupado con respeto al uso del anillo de compromiso y les parece que las esposas de nuestros ministros debieran amoldarse a esa costumbre. Todo eso es innecesario. Tengan las esposas de los ministros el eslabón de oro que vincula su alma con Jesucristo: un carácter puro y santo, el verdadero amor, la mansedumbre y la piedad que son los frutos producidos por el árbol cristiano, y su influencia estará segura en cualquier parte. El hecho de que provoca observaciones el no cumplir con la costumbre no es suficiente motivo para adoptarla. Los americanos [del norte] pueden hacer comprender su situación declarando sencillamente que en su país la costumbre no se considera obligatoria. No necesitamos llevar el símbolo, porque no somos infieles a nuestros votos matrimoniales, y el hecho de llevar un anillo no probaría nuestra fidelidad al respecto. Me preocupa profundamente este proceso semejante al de la levadura que parece sentirse entre nosotros y que tiende a conformarnos con las costumbres y modas. No debiera gastarse un centavo en un anillo de oro para testificar que somos casados. En los países donde la costumbre impera, no nos sentimos obligados a condenar a aquellos que usan su anillo de compromiso; llévenlo si pueden hacerlo a conciencia; pero ninguno de nuestros misioneros debe sentir que llevar un anillo acrecentará su influencia en una jota o un tilde. Si son cristianos, ello se manifestará en su carácter semejante al de Cristo, en sus palabras, en sus obras, en el hogar, en su trato con los demás; se revelará por su paciencia, longanimidad y bondad. Manifestarán el espíritu del Maestro, poseerán su belleza de carácter, su hermosa disposición y su corazón lleno de simpatía. [603]

*Escrito en Australia, Testimonies to Ministers and Gospel Workers, 180, 181 (1892).

La formación del carácter*

La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la energía de la voluntad y del dominio propio. Muchos jóvenes consideran equivocadamente como fuerza de carácter la pasión arrolladora; pero la verdad es que el que se deja dominar por sus pasiones, es un hombre débil. La verdadera grandeza del hombre y su nobleza se miden por el poder de los sentimientos que subyuga, no por el de los sentimientos que lo vencen a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al ultraje, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos. Los tales hombres son verdaderos héroes.

Muchos tienen ideas tan restringidas de lo que pueden llegar a ser que siempre permanecerán trafiados y estrechos, cuando si aprovechasen las facultades que Dios las ha dado, podrían desarrollar un carácter noble y ejercer una influencia que ganaría almas para Cristo. El conocimiento es poder; pero la capacidad intelectual, sin la bondad del corazón, es un poder para el mal.

Dios nos ha dado nuestras facultades intelectuales y morales; pero en extenso grado cada persona es arquitecto de su propio carácter. Cada día va subiendo la estructura. La Palabra de Dios nos advierte que prestemos atención a cómo edificamos, para que nuestro edificio se funde en la Roca eterna. Llegará el tiempo en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento para que todos cultiven las facultades que Dios les ha dado, a fin de que puedan desarrollar un carácter que tenga utilidad aquí y sea apto para la vida superior.

[604] Cada acto de la existencia, por muy insignificante que sea, tiene su influencia en la formación del carácter. Un buen carácter es más precioso que las posesiones mundanales; y la obra de su formación es la más noble a la cual puedan dedicarse los hombres.

Los caracteres formados por las circunstancias son variables y discordantes, una masa de sentimientos encontrados. Sus poseedores

*Testimonios para la Iglesia 4:656, 657 (1881). (Del cap. “La responsabilidad ante Dios.”)

no tienen un blanco elevado o fin en la vida. No ejercen influencia ennoblecedora sobre el carácter de los demás. Viven sin propósito ni poder.

La corta vida que se nos concede debe ser aprovechada sabiamente. Dios quiere que su iglesia sea viva, consagrada, y que trabaje. Nuestro pueblo, en conjunto, dista mucho de esto ahora. Dios pide almas fuertes, valientes, cristianas, activas y vivas, que sigan al verdadero Modelo, y que ejerzan una influencia definida por Dios y lo recto. El Señor nos ha confiado, como cometido sagrado, verdades importantísimas y solemnes, y debemos demostrar su influencia en nuestra vida y carácter.

* * * * *

En los juegos olímpicos a los cuales el apóstol Pablo llama nuestra atención, a los que participaban en las carreras se les exigía que hiciesen preparativos muy esmerados. Durante meses eran adiestrados por diferentes maestros en ejercicios físicos que estaban destinados a dar fuerza y vigor al cuerpo. Debían limitarse a tomar los alimentos que mantuvieran el cuerpo en la condición más sana, y su ropa debía ser tal que dejase todo órgano y músculo libre de impedimento.

Si los que habían de participar en la carrera por honores temporales estaban obligados a someterse a una disciplina tan severa para tener éxito, cuánto más necesario es que aquellos que se han de dedicar a la obra del Señor sean cabalmente disciplinados y preparados, si quieren triunfar. Su preparación debe ser tanto más esmerada, su fervor y esfuerzos abnegados tanto mayores que los de aquellos que aspiraban a honores mundanales, como son superiores las cosas celestiales a las de la tierra. La mente, como los músculos, debe ser [605]
adiestrada para realizar los esfuerzos más diligentes y perseverantes. El camino que conduce al éxito no es una carretera suave por la cual se viaja en coches palaciegos; sino que es una senda escabrosa, llena de obstáculos que han de ser superados por esfuerzo paciente.[*]

* * * * *

[*] Testimonios para la Iglesia 5:551, 552 (1889).

¡Cuán poco sabemos de la influencia que ejercen nuestros actos sobre la historia futura, nuestra y ajena! Muchos piensan que lo que hacen es de poca importancia, que no ocasionarán daño si se les ocurre asistir a este concierto, o unirse con el mundo en tal diversión. Así Satanás los dirige y controla sus deseos, y no consideran que los resultados pueden ser trascendentales. Pueden ser el eslabón de la cadena de sucesos que ligará a un alma a una trampa de Satanás y determinará su ruina eterna.

Cada acto, por pequeño que sea, tiene su lugar en el gran drama de la vida. Consideremos que el deseo de satisfacer una sola vez al apetito introdujo el pecado en nuestro mundo, con sus terribles consecuencias. Los matrimonios profanos de los hijos de Dios con las hijas de los hombres resultaron en una apostasía que llevó a la destrucción del mundo por el diluvio. El acto más trivial de indulgencia propia ha resultado en grandes revoluciones. Tal es el caso ahora. Son muy pocos los que son circunspectos. Como los hijos de Israel, no quieren prestar atención a las palabras de consejo, sino seguir su propia inclinación. Se unen con el elemento mundanal para asistir a reuniones donde se los notará, y así abren el camino y otros los siguen. Lo que se ha hecho una vez lo repetirán tanto ellos mismos como muchos otros. Cada paso que dan éstos, hace una impresión duradera, no sólo sobre su propia conciencia y hábitos, sino sobre los ajenos. Esta consideración presta una dignidad pavorosa a la vida
[606] humana.*

Seremos individualmente, para este tiempo y para la eternidad, lo que nos hagan nuestros hábitos. La vida de los que adquieren los debidos hábitos y son fieles en el cumplimiento de todo deber, será como luz resplandeciente que derrame sus rayos brillantes sobre las sendas ajenas; pero si nos permitimos tener hábitos de infidelidad, si consentimos que se fortalezcan los hábitos de molicie, indolencia y negligencia, una nube más sombría que la medianoche se asentará sobre las perspectivas de esta vida, y privará para siempre al individuo de la vida futura.*

* * * * *

*Testimonios para la Iglesia 5:92, 93 (1882).

*Testimonios para la Iglesia 4:452 (1880).

Toda la Biblia es una revelación de la gloria de Dios en Cristo. Recibida, creída y obedecida, es el gran instrumento en la transformación del carácter. Es el único medio seguro de cultura intelectual.*

* * * * *

La religión de Cristo no degrada nunca al que la recibe; nunca lo hace burdo ni tosco, descortés ni engreído, apasionado ni duro de corazón. Por el contrario, refina el gusto, santifica el juicio, purifica y ennoblece los pensamientos, poniéndolos en sujeción a Cristo. El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. El ha dado en su santa ley un trasunto de su carácter.*

* * * * *

El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo. Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante. Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado. Debe haber una lucha continua y un progreso constante hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección del carácter.*

*Testimonios para la Iglesia 8:319 (1904).
*Testimonios para la Iglesia 8:63, 64 (1904).
*Testimonios para la Iglesia 8:64 (1904).